



REINA DE LOS ANGELES

GREG BEAR

Lectulandia

Goldsmith, un famosísimo poeta, ha cometido un asesinato múltiple, una aberración casi inconcebible en una sociedad escindida entre los partidarios de la terapia mental para eliminar el crimen y los ilegales «selectores» que mantienen la vigencia de un castigo tal vez peor que la muerte. La policía y los «selectores» buscan al asesino, pero también lo hacen los especialistas en explorar el País de la Mente, interesados en comprender el porqué del múltiple asesinato. Y, mientras tanto, la sonda espacial AXIS, un pensante destinado a lograr la autoconciencia, parece haber encontrado signos de vida inteligente en un planeta de Alfa del Centauro B. El «milenio bilenario» de 2048 se presenta en verdad apocalíptico.

Una exploración inteligente y amena del futuro cercano, una novela en la cual los materiales de la ciencia ficción hard (nanotecnología, especulaciones sobre la inteligencia artificial, etc.) se ponen al servicio de un relato apasionado sobre la autoconciencia, la creatividad, la culpa y la redención.

"Una novela de gran ambición literaria que organiza el material hasta alcanzar el resultado significativo, obtenido con tanta destreza como mostrara Dan Simmons en los libros de HYPERION. Es también ciencia ficción de alto nivel, con el atractivo de ideas y tecnologías extraordinarias. Esta es la mejor obra de Greg Bear... ¿debo decir más?

FAREN MILLER (LOCUS).

Lectulandia

Greg Bear

Reina de los ángeles

Reina de los ángeles - 1

ePub r1.0

Red_S 22.08.13

Título original: *Queen of angels*

Greg Bear, 1990

Traducción: Carlos Gardini

Editor digital: Red_S

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Alexandra,
desde antes de su nacimiento
hasta mucho después del 100000000000

PRESENTACIÓN

En los últimos años parece haberse puesto de moda en la ciencia ficción tratar del llamado «futuro cercano», que suele situarse a mediados del siglo XXI. En demasiados casos, la especulación resulta chata y corta de miras, como ocurre en algunas de las obras de la ya un tanto apagada corriente cyberpunk. En ellas se suele imaginar un futuro cercano caracterizado casi exclusivamente por la omnipresencia de la informática, pero con estructuras sociales que en nada o muy poco difieren de las actuales. Sólo autores de gran fuerza literaria como el Gibson de NEUROMANTE (1984) o el Sterling de ISLAS EN LA RED (1988) son capaces de hacer interesante esta timorata especulación, aun cuando su creatividad resulte siempre mucho más patente en el original inglés, algo evidente en el caso de Gibson, verdadero artífice del lenguaje.

Por suerte, otros autores de la moderna ciencia ficción han abordado con mayor realismo y profundidad la especulación inteligente sobre lo que puede depararnos el futuro cercano. La tecnología es, qué duda cabe, un elemento importante en una sociedad; pero son sus usos, leyes y costumbres los que reflejan su realidad y la hacen creíble. Así lo han entendido algunos de los mejores autores que se esfuerzan en continuar, sin miedo y con brillante atrevimiento, la vertiente especulativa de la mejor ciencia ficción.

Precisamente en el año 1990 se dieron cita tres obras acerca del «futuro cercano» entre las cinco que resultaron finalistas del premio Hugo, el más importante que se concede en la ciencia ficción mundial. Se trata de la monumental TIERRA de David Brin (Ediciones B, colección Éxito Internacional), la sugerente THE QUIET POOLS de Michael Kube—McDowelly REINA DE LOS ÁNGELES de Greg Bear, que hoy presentamos. En los tres casos se aborda ese futuro cercano materializado en una sociedad compleja y rica que debe gran parte de su idiosincrasia a la tecnología y a la herencia de nuestro presente, pero sin olvidar la especulación reflexiva e inteligente en torno a los cambios que pueda depararnos el futuro.

El quinteto finalista del premio Hugo 1991 se completaba con LA CAÍDA DE HYPERION de Dan Simmons (Ediciones B, NOVA ciencia ficción, núm. 42). y BARRAYAR de Lois McMaster Bujold (prevista en Ediciones B, NOVA ciencia ficción). En un año francamente destacable por la altísima calidad y el elevado interés de los cinco finalistas, Lois McMaster Bujold obtuvo el premio Hugo con BARRAYAR, confirmando así el gran éxito popular de su saga sobre Miles Vorkosigan, uno de los más entrañables personajes de la reciente ciencia ficción. En cualquier caso, las novelas de Simmons y Bujold se desarrollan en un ámbito galáctico y no abordan ese «futuro cercano» que aquí nos interesa.

No me consta que la novela de Kube—McDowell vaya a ser traducida pronto al castellano. Es una lástima. Posiblemente se deba al desconocimiento popular de este autor que ha dado ya probadas muestras de su valía como hiciera con la trilogía de «The Trigon Disunity». (EMPRISE, ENIGMA y EMPERY), o su novela sobre futuros alternativos, ALTERNITIES.

Por el contrario, sí ha aparecido ya la traducción de TIERRA de David Brin que, publicada en una colección no especializada, pueda tal vez pasar inadvertida al lector demasiado centrado en las colecciones de ciencia ficción. Es una novela de gran interés que, sólo por diez votos, no logró arrebatarse a Bujold su merecido premio.

Finalmente, llegamos a REINA DE LOS ÁNGELES, con la que Greg Bear logra finalmente la gran novela que toda su carrera anterior hacía presagiar. REINA DE LOS ÁNGELES construye con habilidad un «futuro cercano» en torno al tema del crimen y castigo, eje central de una novela que incluye tecnología al igual que especulaciones sociales y psicológicas de gran interés.

Hasta hoy, Bear no parece haber tenido mucha suerte en España con editoriales que no han podido mantener la tan ansiada continuidad en su publicación. Por ello, el lector español ha podido conocer EON (EON, 1985; Ultramar) pero no su continuación, ETERNITY (1988). Tampoco ha podido conocer Anvil of Stars, continuación de LA FRAGUA DE DIOS (The Forge of God, 1987; Etiqueta Futura, Júcar). Asimismo, le fue erróneamente presentada como premio Nebula la novela MÚSICA EN LA SANGRE (Blood Music, 1985; Ultramar bolsillo), cuando en realidad había obtenido el premio una versión anterior con la extensión de relato corto.

En Estados Unidos, Bear ha sido saludado por la crítica y por el público lector como uno de los autores importantes surgidos con fuerza en la década de los ochenta; no obstante, su primera publicación data de 1966, cuando el autor contaba tan sólo quince años. Aceptado como un buen especialista de la ciencia ficción que no rehúye los contenidos científicos y tecnológicos, Bear ha rodeado sus especulaciones tecnológicas con los aspectos sociales y psicológicos que contienen credibilidad a las sociedades que describe.

REINA DE LOS ÁNGELES es una exploración inteligente y amena del futuro cercano, el milenio binario que se cumple en 2048. En esta novela, los materiales de la ciencia ficción hard (nanotecnología, especulaciones sobre la inteligencia artificial, etc.) se ponen al servicio de un relato apasionado sobre la autoconciencia, la creatividad, la culpa y la redención.

Además de una trama atractiva e interesante, la novela propone un ambiente nuevo y sorprendente.

Goldsmith, un famosísimo poeta, ha cometido un asesinato múltiple, una

aberración casi inconcebible en una sociedad escindida entre los partidarios de la terapia mental para eliminar el crimen y los ilegales «selectores» que mantienen la vigencia de un castigo tal vez peor que la muerte. La policía y los «selectores» buscan al asesino, pero también lo hacen los nuevos psicólogos, especialistas en explorar el País de la Mente y en comprender el porqué del múltiple asesinato. Mientras, la sonda espacial AXIS, un pensante destinado a lograr la autoconciencia, parece haber encontrado signos de vida inteligente en un planeta de Alfa del Centauro B. El «milenio binario» de 2048 se presenta en verdad apocalíptico.

Con justo criterio, en REINA DE LOS ÁNGELES Bear hace evolucionar incluso el lenguaje, al igual que Anthony Burgess en la famosa La naranja mecánica (1962). Afortunadamente hemos contado con el brillante esfuerzo de Carlos Gardini para obtener una traducción que me atrevo a juzgar excelente. No me resisto a copiar aquí el texto que el propio Gardini elaboró para advertencia del corrector de estilo. En sustitución de un posible glosario inexistente en la versión original, servirá para introducir al lector en el ambiente de ese nuevo mundo de los años 2047 y 2048 (el milenio binario) tan parecido y ala vez tan distinto de nuestro mundo actual.

He aquí algunas aclaraciones sobre la jerga utilizada en REINA DE LOS ÁNGELES de Greg Bear, para facilitar la revisión:

Los Ángeles está dividida en zonas altas (*crestas*) y zonas bajas (*sombras*), con distritos llamados *muescas*. Hay *esclavovías* por donde circulan vehículos «cautivos» y caminos *no esclavizados*. Las *expresovías* trasladan ascensores de alta velocidad.

La sociedad está compuesta por *terapiados* (*terapiar* se usa como verbo) y *aterapiados*. Los terapiados con mayor equilibrio mental obtienen los mejores puestos laborales. Los *naturales* (como Mary Choy) dominan su equilibrio mental sin necesidad de terapia alguna. *Gililóbulo* es un término despectivo para los aterapiados.

La policía se denomina *defensa pública* o *dp*, y se encarga de *jaulear* (arrestar) a los criminales para terapiarlos. Una vez terapiados quedan libres. Los *selectores* constituyen un movimiento ilegal que favorece el castigo de los criminales: los secuestran y los *engrapan* (la *grapa* forma parte de un aparato de tortura psicológica denominado *infernador*).

Predomina el uso de *nanotecnologías* para construcción, medicina, etc. Hay robots llamados *arbeiters* («obrero» en alemán) y aparatos de control llamados *managers*. Es común el uso de una especie de miniordenador personal llamado *pizarra*. Un *pensante* es un dispositivo de inteligencia artificial. Se usa *biquímica* (¡no bioquímica!) para designar a un *transformista* (persona que ha sometido su cuerpo a un proceso de transformación) que posee una química doble (apta para funcionar en dos entornos).

Los nombres abreviados van *sin punto*: Mary Choy es *M Choy* (no M. Choy), etc. La gente viste *dermiformes* (uniformes ceñidos), *trajemedios* y *trajelargos*.

Visionar («imaginar», «concebir») forma parte de la jerga cotidiana; *hartísimo* («muy», «demasiado») forma parte de la jerga de las «sombras» o partes bajas de la ciudad; *vaivenear* es practicar un ejercicio de danza para concentración mental. Las calificaciones oro y platino designan cosas lujosas o de buena calidad («vivir en un apartamento platino»). Un *fono* es un videófono y *vid* es el vídeo en general. *Faustear* (con mayúscula, usado por el doctor Burke, uno de los personajes) deriva de Fausto y es de significado evidente. El término *sherlockear* describe un proceso de deducciones basadas en conjeturas.

LitVid (combinación de «literatura» y «vídeo») es un equivalente de la TV por cable.

Nótese que la puntuación no es «convencional» (frecuente omisión de comas por ejemplo). Cuando aparece el personaje Richard Fettle, el signo + (más) indica sus pensamientos. En el capítulo 54, nótese la diferencia entre *guión largo* (—diálogo) y el *signo menos* (—), para los pensamientos de Fettle. Tanto los pensamientos y escritos de Fettle como las citas del poeta Goldsmith (generalmente en cursiva, como epígrafe) tiene un estilo quebrado, a veces «incorrecto».

DP de LA es Defensa Pública de Los Ángeles (ex dpto. de policía). *EUA* son los Estados Unidos.

Los *españolanos* son los habitantes de la república *La Española* (la isla descubierta por Colón, hoy Haití y Rep. Dominicana).

Sirva esta apretada y justa síntesis de Carlos Gardini como primera aproximación al ambiente novedoso en el que se desarrolla esta novela, una de las más atractivas y sugerentes de los últimos años. Libros como éste son los que justifican el alto interés de la ciencia ficción como la mejor literatura para la especulación inteligente.

Puede parecer un tópico, pero no puedo por menos que felicitarle de que un autor del interés y la proyección de Greg Bear pueda estar, por fin, en nuestra colección. Hacía ya algunos años que deseaba que ello fuera posible, y tal deseo se ha hecho realidad precisamente con la que, sin ninguna duda, es la mejor y más sugerente de sus novelas. Estoy seguro de que la disfrutarán.

MIQUEL BARCELÓ

LIBRO PRIMERO

Primer ejercicio:

Imagina una arboleda negra perfilada contra un cielo ceniciento. Las ramas destacan nítidamente contra el gris uniforme. El diseño es fijo e inmutable. El gris no posee cualidades, ni siquiera la vibración de la vista detrás de los ojos cerrados. Más que invierno, esto es certidumbre; la última imagen hallada en los ojos de un muerto. Ahora pregunta: ¿deseas paz y quietud?

Segundo ejercicio:

Hay una parcela cultivada donde cada tallo es perfecto, y es una parcela de hombres. Está lo que es perfecto en todos los hombres, común a todos, y hallar esa cosa y tocarla es transformar a todos los hombres.

*Ahora pregunta: ¿es la perfección certidumbre, y sólo somos perfectos cuando estamos muertos?**

** Autorización para citar pasajes no atribuidos: Comité Internacional de Derechos Artísticos,*

© Emanuel Goldsmith 2022—2045.

1

Lustrosa como una orca, acariciada por ondas de mercurio, Mary Choy se sumergió en su baño de vinagre, el primer momento de soledad en setenta y dos horas. Ese olor a arroz agridulce le cosquilleaba en la nariz. Cogió el lujoso manual oficial del doctor Sumpler y consultó el índice buscando Decoloración, Moderada, Bajo Tensión, para averiguar por qué la raya del trasero se le estaba agrisando contra la profunda negrura. ¿Has tomado tus baños de vinagre cada dos semanas?, la reconvino el manual.

—Sí, doctor Sumpler. —Mary Choy disfrutaba de esa media hora de acritud.

La terapia hidroacética continua se puede acelerar si el estrés produce decoloración. El reemplazo de melanina es alimentado desde arriba y desde abajo mediante suplementos vitamínicos y mediante nutrición epidérmica. La decoloración puede deberse a prendas excesivamente ceñidas (aflójalas o cambia de estilo), y también a malos hábitos de nutrición, que no siempre son corregibles mediante terapia vitamínica. No te preocupes por una decoloración que dure apenas unas horas por día; son comunes en los primeros años de tu cuerpo transformado.

—Grandioso. —El doctor Sumpler no le había advertido sobre esas pequeñas variaciones cromáticas. Mary cerró el manual y lo apoyó en el lavabo de azulejos,ladeó la cabeza para empaparse el cabello, liberarlo de la suciedad y el sudor de tres días frenéticos.

El agua no pudo lavar la visión de ocho jóvenes ciudadanos de las crestas en diversas etapas de desmembramiento. La noche anterior, el primer equipo de

investigación había acudido al tercer piso de la Cresta Uno Este cuando detectores médicos del vecindario captaron rastros de putrefacción humana.

En las dos primeras horas el equipo había montado un sensor olfativo, había realizado exámenes y buscado huellas térmicas. Luego los congeladores petrificaron el apartamento. A Mary, jefa de guardia, le habían asignado ese raro homicidio a las setecientas horas. Un regalo inesperado.

Ahora los expertos forenses estudiarían los cadáveres capa por capa, tomándose el tiempo necesario. Todo sería examinado y analizado en macro y microescala, y al cabo de un par de días sabrían todo sobre todas las personas que hubieran entrado o salido del apartamento durante el último año. Habría listas de escamas de piel, muestras de cabello y rastros de saliva para compararlos con antecedentes médicos (ahora utilizables merced a las enmiendas Raphkind, gracias a Dios por ese hijo de puta); Mary podría rastrear sospechosos mediante desvíos en la población microbiana y proyecciones de procedencia que a veces llegaban a identificar las habitaciones del apartamento de un sospechoso (gracias a Dios por la evolución y el ADN mitocondrial).

Con los ojos cerrados, volvió a ver los cadáveres yertos, cubiertos por una delgada capa de escarcha: sangre coagulada en oscuros y fríos lagos disipación de vida y memoria. Un truculento acertijo de carne que los expertos debían desentrañar.

Mary Choy había sido dp durante cinco de sus veintiocho años. Su talento y las leyes que prohibían la discriminación contra las transformistas voluntarias (gracias a Dios por las activistas, antes de Raphkind) le habían permitido ascender sigilosamente, y en tres años y medio había llegado a teniente de investigación. Aún era investigadora por elección propia, pues visionaba que éste era su lugar en la vida. No amaba la muerte. Amaba el misterio y la captura, la búsqueda de los carnívoros sociales, los parásitos y los inadaptados aterapiados.

Aún creía que contribuía a mantener a raya a los selectores y a todos los que propiciaban la punición al margen de la ley. El método de esa gente sólo multiplicaba el dolor. El método de Mary favorecía una justicia rápida y decisiva e imponía la terapia o el encarcelamiento. El noventa y cinco por ciento de los delitos podían resolverse; los terapeutas podían hallar y borrar los impulsos y motivaciones perversas.

A las dos horas de estar en la escena del delito, agentes dp le habían llevado un posible testigo, un sujeto alto, enjuto y entrecano, R Fettle, amigo de E Goldsmith, el dueño del apartamento. Mary no había visto el interior del apartamento pero los técnicos la habían puesto al corriente; el dueño era el principal sospechoso. Fettle no tuvo mucho que contar en el interrogatorio y quedó en libertad. Mary aún recordaba su reacción: desconcertado como un pez fuera del agua, tartamudeó alarmado cuando ella sugirió que podían acusarlo por no revelar que Goldsmith necesitaba terapia.

Pánico. Al principio Mary sintió desprecio por ese habitante de la muesca, puro desequilibrio y confusión.

Alzó un brazo y el agua se deslizó en hilillos por su piel lustrosa. Ahora sentía pena por Fettle.

Había sido hartísimo dura. Mary no estaba acostumbrada a los homicidios. Fettle no sabía nada. ¿Pero cómo podía alguien ignorar que su amigo era un asesino en potencia?

Suficiente vinagre. Emergió de la tina de plástico negro y se frotó con la toalla, tarareando una melodía. El pequeño *arbeiter* color jade —un modelo chino comprado con la última subida salarial— le entregó un uniforme planchado y plegado.

Mary silbó, y el *manager* hogareño le leyó los mensajes. Su voz masculina la siguió por tres habitaciones mientras ella buscaba un bucle de plata mineral para adornarse la oreja.

—Hay una llamada de la teniente Theodora Ferrero, sin mensaje —concluyó el *manager*.

Hacía tres meses que no tenía noticias de ella. Ferrero buscaba un ascenso y Mary suponía que su amiga estaba enfrascada en sus estudios. Habían hecho buenas migas en la Academia. Ferrero acababa de salir de una terapia menor y lucía equilibrada pero vulnerable. Mary, que acababa de completar su transformación, también se sentía frágil y se había apegado a la otra cadete. Luego habían venido tiempos más difíciles. Theodora aún era subteniente, la habían suspendido dos veces.

—Responde la llamada. Interrúmpeme si la consigues —dijo.

A diferencia de las dos terceras partes de los millones de personas que aspiraban a las crestas y los empleos bien retribuidos, Mary Choy había alcanzado el éxito sin terapia. La última evaluación de necesidad de terapia que le había hecho el departamento colgaba enmarcada junto a la puerta. Era una natural; había aprobado los tests de la agencia en el primer intento y cada examen anual de la Defensa Pública de Los Ángeles con igual facilidad. La evaluación era una cruz ascendente, un croquis de círculos que indicaban posiciones cerebrales adecuadas, señalando un proporcionado equilibrio entre personalidad subpersonalidad agentes o talentos. Con pensamientos equilibrados, un ego estable y preciso, sabía quién era y de qué era capaz; sabía cómo plantarse con firmeza y superar sin traumas los inevitables tropiezos. Era una joven madura, apta para una promoción. Eso mostraban los croquis, pero en sus momentos de introspección, Mary tenía sus reservas.

Aunque cobraba un buen sueldo, no dilapidaba el dinero. Su única ostentación era un apartamento en lo alto del tobillo del segundo pie de la Cresta Dos Norte. Ese hogar austero y elegante —grises cálidos, rojos y negros aterciopelados— era un refugio perfecto para su lustroso color medianoche. Allí podía diluirse y perder ese afianzado yo, fusionarse con la decoración, tomar sol por anchas ventanas sin

cortinas. No necesitaba chucherías. No era artista ni literata, y no despreciaba a quienes lo eran, pero su vida era una cacería —no una celebración— del espíritu humano.

En sus actividades privadas era igualmente austera. Practicaba las cinco disciplinas de centralización de energía, incluida la Danza de la Guerra, donde el yo rivalizaba con el yo para generar movimiento físico. Bailaba en un cuarto vacío con paredes de espuma blanca, un trazo de caligrafía negra contra un lienzo desnudo.

Concluidos los ejercicios, Mary se puso el uniforme, sellando los puntos vitales con blindaje de monomol, calzándose botas de soporte que impedían la fatiga de las piernas durante las largas esperas.

Una oficial no portaba armas porque presuntamente no intervenía en combate. La violencia física en los EE.UU. había disminuido muchísimo en los últimos quince años. Los terapiados no buscaban violencia.

Sus ojos oscuros eran serenos pero no vacíos ni inexpresivos. Su voz transformada era profunda pero femenina, potente pero maternal. Podía cantar canciones de cuna o ladrar una amenaza.

La sosegada, centrada y atezada Mary Choy tenía todo lo que deseaba excepto su pasado, cuyos restos embalsamados yacían en la cómoda de su dormitorio: una caja de viejas fotografías familiares, discos y cubos de memoria.

Se detuvo ante la cómoda sintiendo un temor instintivo por Theodora. Se agachó para acariciar a Remolón, su gato blanco de rayas rojas. El gato se frotó contra las botas, ojos marrones y pacientes, ronroneo profundo y gutural, único eslabón viviente con su infancia, un regalo de los padres de Mary al final de la secundaria.

—Conexión con Theodora Ferrero —dijo el manager.

—Ponme en vid —dijo Mary—. La tomaré en el living. —Caminó deprisa hacia el fono, se agachó un instante para alisar una arruga del monomol, se enderezó—. Hola, Theo. Meses de silencio. Me alegro de oírte.

Mary no podía ver a su amiga. El vid de Ferrero estaba apagado.

—Sí, gracias por llamar. —Una voz tensa—. Pensé que querías saber.

—¿Te fue bien? —preguntó Mary, segura de que Theodora había aprobado.

—Suspendida —dijo Ferrero—. Tercera vez, última oportunidad. Recomendada para más terapia.

Mary expresó sorpresa y compasión.

—Cuéntame. Déjame verte, cariño. Tengo el vid encendido.

—Lo sé. Pero no lo he conectado.

—No entiendo.

—No quiero verte, Mary. No quiero que me lo recuerdes.

—Sigo sin entender, Theo. ¿Qué sucedió?

—*No aprobé*. Es suficiente, ¿no crees?

—Theo, no las tengo todas conmigo. Hubo un gran homicidio, ocho víctimas. Estoy un poco aturdida y debo regresar a mi puesto.

—Lamento hablar de esto ahora, pero tienes una ventaja sobre mí y no quiero competir, Mary.

—¿Qué ventaja?

—Eres transformista. Eres exótica y estás protegida. La dp no se atreve a pedirte que vuelvas a terapia porque protestarías y los federales investigarían. No pueden tocarte.

—Tonterías, Theo. —Mary sintió calor en las mejillas. No se le notaban los sonrojos, pero los sentía.

—No lo creo así, Mary, y siento ganas de cortar.

—Theo, te comprendo, pero no te desquites conmigo. Fuimos juntas a la Academia. Significas mucho para mí. ¿Por qué querían que tú...?

—¡No tengo por qué contarte eso! Eres una puñetera alienígena, Mary. No he conectado el vid porque no quiero *verte*. Ni siquiera quiero hablarte. Me has hecho imposible el ascenso. Disfruta de tu triunfo, *cariño*. —La comunicación se cortó con un campanilleo.

Mary se quedó en silencio ante la mesilla gris del fono, acariciando el borde. Se miró los dedos negros, los estiró y flexionó. *Hacía* meses que la tensión de Theodora era evidente, pero Mary no esperaba semejante reacción. Una parte de ella decía *Es obvio por qué la dp pidió más terapia* y otra parte se las había con un *Por qué* más profundo.

Para eludir esa pregunta cruzó el living y encendió el LitVid. Las redes estaban llenas de mensajes de AXIS que al fin llegaban tras cruzar el espacio interestelar. Mary se plantó ante las nítidas simulaciones de la sonda que entraba en órbita del mundo escogido. Miró sin oír, viendo apenas, mientras mensajes conflictivos cruzaban su espacio interior.

¿Por qué había escogido un diseño tan exótico al transformarse? ¿Para sacar provecho, o para armonizar su yo interior con una apariencia externa insatisfactoria?

Los padres y hermanos de Mary habían aceptado al gato transformado rojo y blanco pero no a la hija transformada. Hacía cuatro años que no recibía noticias de ellos.

Y ahora Theodora, a quien había considerado su mejor amiga en una vida donde las amistades escaseaban.

Regresó a la gaveta, la abrió y extrajo un sobre que contenía un disco del tamaño de una palma.

Sólo acudía a esos recordatorios cuando sufría una conmoción y necesitaba recobrar la perspectiva.

Insertó el disco en la pizarra, invocó la imagen número cuatro mil veintiuno. En

color pero no en 3D.

Vídeo fijo de una mujer de veinte años: un metro sesenta y cinco tez pálida rostro redondo agradable sonrisa mansa. La joven usaba un traje verde y azul de la década del treinta que mostraba un lado del abdomen, el hombro izquierdo, la pierna derecha. Una moda poco atractiva. Delante de la joven, una casa de madera blanca en lo que ahora era la muesca cinco de las sombras, Culver City. A los pies de la joven se acurrucaba Remolón, dos kilos más delgado. La Mary Choy original a los veinte años.

Ambiciosa pero mesurada; inteligente pero parca. Trabajando en silencio en su investigación académica forense con el propósito de sumar crédito suficiente para financiar una transformación a cuenta del futuro sueldo.

Entornando los ojos oscuros, tensando los labios, guardó el disco en el sobre.

2

El enjuto y tenso Richard Fettle se inclinó en la curva, golpeando con las rodillas derechas las rodillas flexionadas de los pasajeros sentados. Aún temblaba, sobrecogido por la anomalía de esa mañana.

Tres estaciones atrás el redondo y pequeño autobús blanco se había llenado de ciudadanos de las sombras, jóvenes y viejos, hermandad corte de los milagros vulgares víctimas del futuro. El autobús ya no cargaba más gente.

La luz que entraba por las ventanillas les daba un lustre de segunda mano. Cinco soles refulgían en los brazos giratorios de las tres torres de Cresta Uno Este, luz generosa concedida a los subhabitantes.

+ Pésimo día. Malos tratos inmerecidos. Pero buena historia. El grupo de Madame atento cinco minutos. Vaya atención. Olvida a Goldsmith. Lo que hizo. ¿Lo hizo? El hombre es el poeta asesino, la mujer el ángel voraz. Lo que dijo. Nunca lo anotó. Goldsmith es el poeta asesino. Y me ha liado en el asunto. Dios, soy un hombre pacífico.

El autobús cruzó un bosquecillo de eucaliptos. Los cinco soles temblaron entre las hojas y se esfumaron. Fettle tiró de un cordel y el autobús se detuvo ante el portón de la finca de Madame de Roche.

Richard bajó. El autobús se alejó por el asfalto parcheado y no esclavizado. Richard se quedó en la acera rota, cabeza gacha ojos entornados componiendo ordenando.

+ Cómo contarle. Máxima purgación. Qué espanto. Todos le conocían.

La pelirroja y sesentona Madame de Roche pensaba que la gente era un fenómeno delicioso que merecía cultivarse. Alimentaba y agasajaba a sus fieles, les suministraba camas y cuartos de baño, escuchaba sus cuitas, les ofrecía todo excepto el respeto de los iguales, pues no era igual que ellos.

Aunque viviera en las sombras, no pertenecía a las sombras. Tampoco pertenecía a las crestas.

Alardeaba de despreciar a esa «chusma de fríos perfeccionistas».

Madame de Roche se parecía tan poco a sus huéspedes como a su jardín y sus

gatos, los cuales también cuidaba con gracia y comprensión.

+ Reducirlo a una actuación como narrador. Artificioso pero un modo de rescatar un mal momento.

Yo como asesino. Ocho mueren para que yo viva cinco minutos para narrar una historia que me ocurrió a mí a todos nosotros pues todos conocíamos a Goldsmith. Acusarme de no denunciarlo, de saber que necesitaba terapia pero yo no sabía; no sabía. Comenzar la historia antes de que ella llegue. Entonces pedirá que la repita. Oirá todo. Seré centro de atención por más tiempo.

Richard tiritó.

+ Dios. Soy un hombre pacífico. Perdóname pero he ganado esta historia.

Subió de dos en dos los escalones de la ancha escalinata de piedra sin mirar los agrietados leones de otra época que a la vez imitaba otra época. Traspuso el pórtico engañosamente hispánico de la mansión.

En una jaula de hierro forjado blanco esmaltado un bonito pájaro rojo y azul que se alisaba las plumas parpadeó, un destello de plata en una garra maltrecha.

+ Nueva adición. Una antigüedad de cuarenta años y muy valiosa; los pájaros verdaderos más baratos. Guacamayo. Mecamayo.

La puerta le reconoció. Tras saludar al grueso rostro de madera, Richard entró para confundirse con esa gran comunidad de aterapiados. Catorce fieles de Madame de Roche ambulaban en torno de las escaleras, arrastrando pantuflas o taconeando con suelas de plástico duro por el fresco piso de granito rojo: tres jóvenes estudiantes de cabello largo admirando un Shilbrage temprano; dos hombres de smoking comentando transacciones comerciales en bancos de las sombras; un círculo de poetas en tejanos admirando mutuamente sus cuadernillos impresos a mano. Ataviados con sus mejores prendas, excepto donde la filosofía exigía lo contrario, sostenían tragos con gesto amanerado y saludaban con cabeceos. Este mes Richard no protagonista.

+ Amigos pero no moverían un dedo si yo cayera. Petronio los conocería. El Señor me guarde si ellos son todo lo que poseo o merezco.

En una silla distante estaba sentada la favorita a quien Madame había escogido ese mes, Leslie Verdugo de rancio abolengo, un encantador espectro de cabello blanco con quien Richard nunca hablaba por timidez o quizá porque ella sonreía continuamente con ojos extraviados. Frente a ella, sentado a una mesa de cristal, estaba Gerald Francisco, un neoyorquino que se estaba especializando en el arte de imprimir con métodos antiguos. Se les acercaba el desmañado Raymond Cathcart, quien se consideraba un ecologista y escribía poemas que a veces conmovían a Richard, aunque en general le aburrían.

Apartándose de los poetas para unirse a ese nuevo atractor estaba Siobhan Edumbraga, una mujer exótica en lenguaje y modales pero físicamente torpe y a

veces muy ruda, una inocente sin talento manifiesto. Se había inventado ese nombre, y Richard desconocía el verdadero.

Richard se sumó al círculo de poetas sin delatar avaricia en el sombrío rostro aguileño y los líquidos ojos grises. Las noticias de un reciente insulto progresista a las artes —nano u otro medio ultrajante—hicieron reír a todos con odio y envidia. Los recursos de las crestas les hacían parecer niños jugando con plastilina. Eran individualistas que atesoraban sus perfidias aterapiadas y sus visiones deformes; pensaban que los defectos naturales eran necesarios para el arte. Richard compartía esa creencia pero no la tomaba en serio. A fin de cuentas qué era un fajo de cuadernillos toscos en las sudorosas manos de un poetaastro en comparación con los majestuosos logros de las crestas.

+ Amarse a sí mismo es ser terapiado. El odio a sí mismo es libertad.

—Richard rara vez llega tan tarde —dijo Nadine, acercándose al círculo, vestida de rojo. Nadine Preston tenía la edad de Richard pero hacía poco había escapado de los privilegios de las crestas mediante un farragoso divorcio. Su rostro liso y su cabello negro aureolaban una encantadora sonrisa de niña. Richard evocó su cuerpo esbelto. Tres cuartos de dulzura y un cuarto de arpía maquillada. Richard buscaba solaz sexual en su dulzura, pero no aguantaba sus berrinches.

—He tenido una aventura —murmuró Richard, enarcando las cejas grises.

—¿Sí? —preguntó Nadine, pero los demás no se interesaron. Continuaban conversando.

+ ¿Era Némesis, acudiendo a saldar mis deudas? Buena línea.

—Emanuel Goldsmith ha desaparecido —dijo Richard, con voz profunda y baja pero claramente audible—. Lo busca Defensa Pública de LA.

Los poetas se volvieron. Tenía escasos segundos para engancharlos.

—Los defensores públicos hablaron conmigo sobre él —dijo Richard—. Ocho personas fueron asesinadas hace dos noches. Yo iba al apartamento de Emanuel, en el tercer pie de Cresta Uno Este. El ascensor estaba bloqueado y había muchos dp y toda clase de arbeiters. Estaban congelando la habitación. Una asombrosa...

Madame de Roche bajó la escalera con andar veloz y majestuoso, arrastrando un chiffon azul, el cabello rojo sobre los hombros. Richard hizo una pausa y sonrió, mostrando sus dientes grandes y desparejos.

—Qué grupo delicioso —saludó ella, radiante. Sin discriminación observó con sus fieles ojos color zafiro aureolados por arrugas naturales. El rostro maternal, aun sin sonreír, demostraba afecto y buen humor—. Siempre es un placer. Perdón por mi demora. Continúad.

—Richard estuvo en la escena de un delito —dijo Nadine.

—¿De veras? —comentó Madame de Roche, la mano marfileña apoyada en un pomo de ébano.

Leslie Verdugo se le acercó. Madame de Roche la miró un instante y se concentró en Richard.

—Me interrogó una mujer asombrosa, una dp de uniforme, negra como azabache pero no negroide.

Al principio creí que deseaba acusarme del crimen, o al menos de irresponsabilidad pública por no denunciar a Emanuel. Me pregunté si era Némesis, acudiendo a saldar mis deudas.

—Comienza de nuevo —dijo Madame de Roche—. Creo que me he perdido algo.

Sin esfuerzo no hay ganancia. El mundo es rudo. Sólo aprendemos de nuestro bruto frenesí. Nos atormentamos unos a otros. La raza es como ácido en un surco de metal. Grabamos con ácido. ¿Esperanza?

3

En un remoto tiempo mítico la costa sur de California era un litoral pardo y un desierto polvoriento poblado por indígenas, españoles, mestizos, chaparrales y sinuosos pinos. Ahora, desde Big Sur hasta la punta de Baja, era una extensa zona urbana enlazada por esclavovías, alimentada por plantas desalinizadoras y hornadas de montaña recogidas en sitios tan lejanos como el Canadá, puntuada por las torres de Santa Bárbara, las inmensas crestas espejadas de Los Ángeles, los segmentados monumentos de la Costa Sur y los extensos arcos y rascacielos de cerámica de San Diego. Anidados entre las plantas de desalinización y de fusión de San Onofre y San Diego, como islas en esta anfibia batalla de titanes, los bajos enclaves de La Jolla y Del Mar dormitaban bajo un manto de raída elegancia y recuerdos del ayer. A lo largo de la Universidad de California en San Diego, estas ciudades albergaban a cientos de miles de atavistas que añoraban la simplicidad del pasado. Hacía décadas que los médicos, abogados y ejecutivos habían abandonado sus palacios de playa para mudarse al céntrico lujo de los monumentos; los reemplazaban anticuados académicos y eruditos.

Herr Professor Doctor Martin Burke, ex personaje célebre e influyente, había dejado recientemente los monumentos y la protección de la alta sociedad de las torres para descender a las barriadas llanas.

Había hallado un apartamento viejo y económicamente accesible en las colinas de La Jolla y allí aguardaba, con escaso entusiasmo y casi sin energías para responder la llamada del fono, la emisión pública del más reciente informe de AXIS por LitVid 21, historia viviente.

La cabeza y los hombros de un anunciador flotaban en la habitación. Martin bajó el sonido y al tercer campanilleo estiró el cuerpo para asegurarse de que el vid del fono estuviera desconectado.

—La tomaré —dijo.

El fono abrió una conexión.

—Hola —dijo Martin con ronca y flemática voz de sesentón. Acababa de cumplir cuarenta y cinco.

—Martin Burke, por favor. —Una voz de hombre, agradable y enérgica.

—Al habla —tosió.

—Señor Burke, usted trabajaba para el Instituto de Investigaciones Psicológicas...

—Trabajaba. —Pausa. Parecía un periodista—. No tuve nada que ver con...

—No, desde luego que no. Me llamo Paul Lascal, señor Burke. No soy periodista ni me interesan los escándalos Raphkind. Me interesa lo que usted sabe sobre el Instituto. ¿Podría hablar con usted?

Una simulación LitVid de AXIS flotaba ante Martin, imágenes mudas. La nave extendía sus paletas de desaceleración como una criatura aracnoide del espacio profundo. Las paletas se replegaron con velocidad irreal y los hijos de AXIS llovieron como monedas en una gris curva puntillista en torno del segundo planeta de Alfa del Centauro B.

—No me interesa hablar del Instituto —dijo Martin—. ¿Dónde consiguió usted mi número?

—Represento a Thomas Albigoni. —Lascal hizo una pausa, esperando un indicio de reconocimiento, y luego decidió continuar—. Carol Neuman le dio su nombre y número de fono. Ella pensó que usted podría ayudarle.

—No entiendo cómo. Hace un año que no trabajo en el Instituto. ¿Cómo está Carol conectada con el señor Albigense...?

—Albigoni. Thomas. Ella fue terapeuta de la hija. Trabaron amistad. Entiendo que usted ya no se lleva bien con los reguladores. Eso podría volverle doblemente útil para nosotros. Sólo una breve charla.

Mientras comemos, por ejemplo.

Martin miró el revoltijo de su pequeña cocina. Ni siquiera había tenido fuerzas para ordenar a los arbeiteres del apartamento que la limpiaran. No comía nada desde la tarde del día anterior.

—Usted parece creer que yo sé quién es Albigoni.

—Dirige una editorial.

—Ajá. ¿LitVids?

—Y libros. Literatura —señaló Lascal—. Más lit que vid.

—¿Una nota sensacionalista?

—No. Es otra cosa.

Martin se frotó la nariz.

—En tal caso, por tratarse de Carol, tal vez acepte.

—¿Conoce usted el...? —Lascal nombró un costoso restaurante de La Jolla.

—Lo conozco.

—¿Dentro de una hora? Pregunte por la mesa del señor Albigoni.

Martin asintió con un gruñido y colgó el auricular. Se reclinó en los débiles

cojines del viejo sofá.

En la maltrecha mesilla había un ejemplar impreso, ceremonial y condensado, de su atlas del cerebro humano, una obra seminal de su juventud publicada veinte años atrás. Durante la noche lo había abierto ebriamente en una lámina del nervio el sistema olfativo. Al lado de la lámina había dibujado la tosca caricatura de un vampiro, colmillos goteando sangre, flechas conectando la caricatura con la carne rosada y blanquecina de la corteza prepiriforme, el bulbo olfativo y el rinencéfalo.

Desde el sofá veía el pequeño dormitorio. En un rincón, más allá de la cama, una alta caja de metal albergaba pilas de cubos de datos. La vida de Martin se había centrado en esos cubos hasta que la caída y suicidio del presidente Raphkind inauguraron la nueva era de purga constitucional e indagaciones. No estaba directamente involucrado en los escándalos Raphkind, pero sus investigaciones científicas habían despertado sospechas. Los federales habían cerrado el Instituto y lo habían apartado de su vocación.

Elevó el sonido del informe AXIS, se levantó penosamente del sofá y fue al cuarto de baño a afeitarse y vestirse.

En otra época Martin recorría el País de la Mente. Ahora aceptaba invitaciones de desconocidos tan sólo para salir del apartamento.

*¿A qué calarse gafas? ¿A qué mirar afuera y adelante? No irás allá.
Tampoco iré yo. Somos Moisés contemplando Canaán. ¿A quién diablos le importa si nuestros
hijos llegan allí? Menuda noche de perros, ¿eh?*

4

LitVid 21 (Redes Ciencia y Filosofía). Proyección 23/12/47

1: Cobertura MultiRed informes AXIS 24 hrs cuatro canales

Red A: AccPúb David Shine y equipo

Red B: AccPúb Enlace Directo

Red C: Infosíntesis Australiana: Análisis (Pago).

Red D: Infosíntesis Lunar: Análisis (Pago).

2: Conferencia sobre diseño de bebés Tucson AZ 0800—2200 (Conferencia miembros —Pago).

Red A: Salud y aceptación social

Red B: Cambios sociales futuros

Red C: Imágenes religiosas, históricas y científicas de la humanidad

3: Foro Público de Asuntos Científicos AccPúb MultiRed 0900—2100

Red A: Diane Muldrow—Lewis—Taper

Proyección de entrevistas con personal técnico/científico

Red B: Debates senatoriales sobre ley de transformación

¿Discriminación en los estados del Este?

Red C: Conferencia sobre diseño de arbeiterers

Cleveland, Ohio

Red D: Noticias Nanotec (escogida para grabación, tarifa 20 dólares).

Red E: *SELECCIÓN FINAL*

Selección: 1/AXIS MultiRed Red A/Red B optativas

Gratis

LitVid 21/1 Red A (David Shine): «Hace quince años que AXIS está en camino, a

un coste de más de cien mil millones de dólares. Muchos alegan que es demasiado dinero en un cacharro metálico tan distante, pero la voz de la comunidad mundial se expresó con abrumadora contundencia hace tres décadas, con un estentóreo «sí». AXIS —acrónimo de

«Automated Explorer of Interstellar Space" o "explorador automático del espacio interestelar» —se transformó en el proyecto más grandioso de la historia reciente, quizá más importante que todas las misiones tripuladas a Marte, el regreso a la Luna, las plataformas y estaciones orbitales... Porque al planificar, construir y lanzar AXIS el mundo impulsó, con una lucidez histórica sin precedentes, una nueva revolución industrial.

»Las tecnologías necesarias para el éxito de AXIS —las nanotecnologías de máquinas más pequeñas que células vivientes— ya nos han cambiado la vida y prometen mucho más para el futuro próximo. Pero ¿qué son más importantes? ¿Los beneficios económicos e industriales, o los filosóficos y psicológicos?

»A través de AXIS podríamos encontrar a nuestros dobles, nuestras almas gemelas; podríamos hallar a los cónyuges futuros de la humanidad entre los ángeles que, según cuenta la Biblia, cohabitaron antaño con los terrícolas.

»AXIS puede ser la terapia para todos nosotros, para la gran raza humana, no curada ni sanada, con tanto camino por delante en su jadeante avance por la historia. Quizá logremos medirnos al fin con nuestros superiores, o nuestros iguales, y saber dónde estamos plantados.

»En cuanto a usted, hallará telenoticias más formales en los otros 21 canales de LitVid.

Nosotros tomamos la onda universal y el informe simulado del control de misión de Australia y el otro lado de la Luna, y añadimos nuestro propio sesgo cultural.

»En las últimas semanas, AXIS ha enviado imágenes de tres planetas que giran en torno de Alfa del Centauro B. Estos mundos aún carecen de nombre, y se denominan simplemente B—1, B—2 y B—3. B—3 ya era conocido por los astrónomos con base en la Luna; es un gigante gaseoso diez veces más grande que nuestro Júpiter. Al igual que Saturno, está rodeado por un delgado y escabroso anillo de pequeñas lunas de hielo. B—1 es una roca árida cercana a Alfa del Centauro B, similar a Mercurio. Pero ahora nos concentramos en B—2, un mundo ideal, un poco más pequeño que la Tierra. B—2 posee una atmósfera muy similar a la nuestra, y continentes y océanos de agua líquida. Tiene dos lunas de mil kilómetros de diámetro.

»Los sensores y telescopios de AXIS descubrieron B—2 hace casi tres años. Ahora AXIS se aproxima a este mundo similar a la Tierra. Es decir, inició su aproximación hace más de cuatro años, pues AXIS nos envía información a la velocidad de la luz a través de cuatro años—luz. La señal ha sido retransmitida por cincuenta radiofaros a través de cuarenta billones de kilómetros de espacio vacío. Los

informes sólo nos llegan esta semana, en forma condensada, para ser decodificados, ampliados y analizados por máquinas pensantes de California y por científicos planetarios de todo el mundo.

»Esto es lo más próximo a una transmisión en vivo y tiempo real que Dios nos permite».

Cambio/LitVid 21/1 Red B (Decodificado: Control Cabo Australiano: mensaje retransmitido Rastreo Espacial: Control Lunar: Control Cabo Australiano: Roger Atkins jefe de equipo AXIS).

(! = tiempo real).

AXIS (Banda Biológica 4) > Hola, Roger. Supongo que aún estás allí. Esta distancia todavía constituye un desafío para mí porque yo casi siempre opero a partir de configuraciones humanas... (diagnóstico de algoritmo de cortesía para función total pensante mecánico—biológico estado óptimo). He llegado a un millón de kilómetros de B—2. Recuerda este momento 23—7—2043—1205:15. Estoy preparando mis memorias maquina y biológica para recibir información de los hijos, que ahora vuelan hacia B—2 en una nube que se dispersa a la perfección. He despachado datos sobre B—3. El planeta es joviano, muy bonito, aunque tiende hacia los verdes y los amarillos más que hacia los rojos y pardos. Disfruto de la energía adicional que me brinda la luz de B; me permite concluir tareas que venía postergando, abrir áreas de memoria y pensamiento que mantuve cerradas durante el frío y la oscuridad. He concluido un análisis yoico. Como sin duda habrás descubierto al chequear mi diagnóstico de algoritmo de cortesía, mi estado es óptimo. No estoy usando el «yo» formal; la broma acerca de la auto—conciencia aún no tiene sentido para mí.

[Tiempo total de diagnóstico de algoritmo: 4,05 picosegundos]

Sensaciones:

Mi temperatura es 276 K. Flujo de radiación: 0,82 unidades solares. Mis instrumentos ópticos se están calentando; los instrumentos biópticos deberían estar totalmente desarrollados y preparados para interfaz electrónica dentro de 21 horas. Mis extensiones biológicas finales también crecen: los nutrientes no se han degradado y dentro de una hora podré comenzar a integrar nuevas extensiones neurales y chequear su aptitud.

Supongo que mi gemela terrícola está interpretando estos despachos con precisión y cortesía.

!JILL> Roger, ¿cómo está AXIS?

!Roger Atkins> Perfecto.

[Chequeos de redundancia y código Oliphant completos]

AXIS (Banda Biológica 4) > Los sistemas no neurales informan que ya están

preparados para despachar la información de los últimos seis meses sobre C.

Basta de cháchara. Como ves, estoy bien. El próximo diagnóstico de ensamblaje será enviado por los sistemas no biológicos.

[Mensaje cursado a división de lenguaje de máquina: computación de máquina estado óptimo]

!Roger Atkins> Alan, AXIS está bien. La simulación de Jill congenia perfectamente. Cursando a división de lenguaje de máquina.

LitVid 21 /1 Red B (entrevista grabada con Alexander Trinh, directivo del proyecto AXIS):

«El instrumental biológico y el equipo de integración comunican que AXIS está en perfectas condiciones. Estamos esperando recibir la información que los sensores de AXIS han recogido durante los últimos seis meses de vuelo hacia B—2. La mayor parte de esta información trata sobre Alfa del Centauro C, comúnmente llamada Próxima del Centauro.

Como ya saben la mayoría de nuestros espectadores, los astrónomos están muy interesados en Próxima del Centauro, aunque se encuentra a más de un billón de kilómetros de los componentes A y B de Alfa del Centauro. C es una estrella muy pequeña, una de las cinco estrellas más pequeñas que se conocen, con menos de una décima parte de la masa de nuestro sol y menos de la mitad de diámetro del planeta Júpiter. Es muy parecida a las enanas rojas designadas según UV Ceti, estrellas que resplandecen y se opacan por períodos de varios días.

»La información sobre A y B se está decodificando y estará disponible en todo el mundo mediante el servicio de suscripción Australia/ Infosíntesis, cuyas ganancias se destinan al pago de futuros análisis de datos de AXIS».

LitVid 21/1 Red A (David Shine): «Ahora abandonamos el informe de AXIS, que consiste principalmente en cifras y material para entusiastas, según me dicen, y pasamos a reproducir dos poemas. Uno de ellos es el poema que AXIS escribió para sus programadores como parte de un test de diagnóstico de largo alcance realizado hace cuatro meses. El segundo es un poema escrito y transmitido por AXIS seis meses después de abandonar nuestro sistema solar. En ese momento, AXIS aún operaba de modo biológico.

»La «mente" de AXIS consiste en un sistema maquinal y un sistema biológico. Mientras AXIS aceleraba utilizando un potente chorro de plasma de materia— antimateria, la sonda interestelar era controlada por un primitivo y tosco ordenador inorgánico resistente a la radiación. Cuando el motor de antimateria dejó de funcionar hace cuatro años, AXIS ingresó en una modalidad fría y silenciosa, y sus funciones se redujeron a una simple rutina de mantenimiento, uso de sensores y lanzamiento de

radiofaros. Durante ese tiempo la "mente» de AXIS —como ya he dicho, poco más que un mero ordenador— dejaba pasar los días, las semanas y los años, y su tarea más exigente consistía en monitorear gran cantidad de experimentos que no podían realizarse mientras ardía el chorro de plasma. Seis meses antes del inicio de la fase de desaceleración, AXIS se permitió el lujo de activar un pequeño generador de fusión, poco mayor que un pulgar humano. Esto produjo calor suficiente para permitir la actividad de las nanomáquinas, y la creación de las enormes aunque delgadas y ligeras alas o paletas superconductoras de AXIS.

»Las enormes alas de AXIS actuaban a través del campo magnético de la galaxia como el rotor de un increíble generador eléctrico. AXIS utilizó el flujo de electricidad resultante a través del material superconductor de las alas —varios miles de millones de vatios— para dismantelar el motor de antimateria, reducirlo a un polvo fino con la ayuda de nanomáquinas destructoras e impulsar eléctricamente este desecho refinado en dirección opuesta para reducir aún más la velocidad.

»Al atravesar el campo magnético de la galaxia y generar esta electricidad, AXIS recurrió a la ley de conservación de la energía para desacelerar aún más rápidamente sin utilización de combustible de a bordo. La potencia extraída de sus vastas alas era más que suficiente para contrarrestar el frío del espacio profundo; pero AXIS aguardó a estar cerca de Alfa del Centauro B para desarrollar su sistema biológico pensante.

»Esa compleja red neuronal está concluyendo su crecimiento e integración en este preciso instante, según el marco de referencia terrícola. El nuevo pensante biológico de AXIS reemplazará al pensante que murió y fue reciclado cuando AXIS abandonó las templadas regiones de nuestro sol y activó su motor de antimateria.

»Roger Atkins, principal programador y diseñador de la mente de AXIS, reveló a LitVid que él sabe distinguir si un poema fue escrito por el pensante maquinal o por el pensante biológico. ¿Puede usted distinguirlo? He aquí los dos poemas.

*Pasad, pasad cuando la noche
esté en medio de vuestro territorio
esta flor de mano en mano:
decid a cada noche que tuvo su ocasión,
necesitamos el día para tender los brazos.*

Ese parece bastante obvio, ¿no? Pero el doctor Atkins nos advierte que no son poemas profundamente simbólicos y no expresan el afán de AXIS de hallar una circunstancia específica, como una estrella cálida y cercana. Ahora vamos al segundo poema.

*Esto no es lo que teníamos
que decir en otras palabras
ese sabio día. La sabiduría
jugó su juego destructor
cortó su ruta e invocó
lo que había huido.*

Tal vez no sea un gran poema, pero no está mal para algo que ni siquiera es humano y viaja empacado en un vehículo del tamaño de un yate. Los espectadores pueden arriesgar una conjetura acerca de qué poema es maquinal y qué poema es biológico, llamando al número que está debajo de mi dedo. Durante la próxima hora sumaremos el total de respuestas atinadas y erróneas y las comunicaremos... en directo».

EXAMINADOR: «Aún estamos lejos del final de esta lista. Nuestros casos abarcan siglos... No conozco los delitos de estos tres».

ESCRIBIENTE: «Uno es Hiram Sapirstein, uno es Klaus Schiller, uno es Martin Bormann».

EXAMINADOR: «Recuerdo al señor Bormann. Usted ha comparecido antes en este juzgado, ¿verdad?».

BORMANN: «Sí».

EXAMINADOR: «Por ultrajes contra su propia especie».

BORMANN: «Sí».

EXAMINADOR: «¿De qué delito se le acusa ahora?».

ESCRIBIENTE: «De ultrajar al Infierno, señoría».

EXAMINADOR: «Pero estos otros dos... ¿son contemporáneos?».

ESCRIBIENTE: «Humanos, señoría, siglo veintiuno».

EXAMINADOR: «Los humanos fueron creados para aprender deprisa, no para tomarse siglos, como los ángeles y demonios. ¿Aún no han aprendido sus lecciones?». (No hay respuesta).

EXAMINADOR: «Me temo que no nos quedan torturas apropiadas para delitos de esta clase. Por no mencionar el espacio. Envíalos de vuelta».

ESCRIBIENTE: «¿Cómo ha dicho, señoría?».

EXAMINADOR: «Envíalos de vuelta. Que los vivos hallen el mejor modo de castigar a sus malhechores. ¡Abre las puertas del infierno y vete sacando a los condenados!».

5

Al mediodía, Madame de Roche sintió fatiga y los fieles se retiraron de la casa, todos excepto Fettle, pues ella le pidió que se quedara. A las doce y media la vieja y fresca casa estaba en silencio.

Madame de Roche ordenó a su arbeiter que trajera copas de té helado para ambos. La lustrosa y negra máquina caminó hacia la cocina con sus cuatro patas de araña.

—¿Aún no has publicado, Richard? —preguntó Madame cuando ambos se sentaron en la veranda del fondo, que daba a un desfiladero polvoriento, verde y gris.

—No, Madame. No escribo para publicar.

—Claro que no.

+ Bromea conmigo. Está de buen humor.

—Tu historia causó mucha impresión. Todos sentíamos afecto por Emanuel Goldsmith. Le conocí muy bien cuando éramos más jóvenes, cuando escribía obras teatrales. ¿Le conocías entonces?

—No, Madame. Entonces yo era un gililóbulo. Le conocí hace trece años.

Madame de Roche asintió pero arrugó el ceño.

—Por favor. Ambos recordamos una época en que el lenguaje era civilizado.

—Perdón.

—¿La dp estaba segura de que Goldsmith era el asesino?

—Parece que sí —dijo Richard.

Madame, con aire contemplativo, se relajó en su silla de ancho respaldo.

—Eso sería sumamente interesante. Emanuel asesino. Siempre pensé que tenía cierta energía, pero era una idea alocada. Nunca la expresé en voz alta... hasta ahora. Tú eras un acólito, ¿verdad?

¿Admirabas a algunas de sus mujeres?

—Yo era un sicofante, Madame. Admiraba su obra.

—Entonces esto te entristece.

—Me sorprende.

—¿Pero no te entristece? —preguntó ella con curiosidad.

—Si él lo hizo, estoy furioso con él. Es una traición para todos los aterapiados. Él era uno de los grandes. Seremos perseguidos a muerte, nuestro estilo será agraviado, nuestras obras rehuidas.

—¡Qué mal!

Richard movió la cabeza casi esperanzadamente, como viviendo la ordalía de antemano.

—Esa dp transformista que conociste... no era negroide, dices, pero era negra.

—Rasgos orientales, Madame.

—Némesis negra. Me gustaría conocer a esa mujer... ¿Elegante y tranquila?

—Mucho.

—¿Terapiada?

—Eso creo. Tenía aire de vivir en las crestas.

—Hubo una época en que los policías, los defensores públicos, constituían una clase inferior, mal pagada.

—Lo recuerdo, Madame.

—Tal vez les guste ir a las sombras.

—Emanuel vivía en el tercer pie de la Cresta Uno Este, Madame.

Ella movió la cabeza, recordando.

—No me preocupa que lo apresen y lo encarcelen —dijo, con voz suave como la seda—. Nunca fue uno de nosotros. Aterapiado, sí, pero un natural no necesita terapia. Nosotros, querido, no somos naturales. Somos meros aterapiados. El emblema de nuestro remedo de protesta. Oh, no. Emanuel deshonrará a una categoría mucho más elevada que la nuestra.

Madame de Roche lo despidió, y Richard se sintió abatido en cuanto traspuso la puerta. + Cada vez me siento más nadie sin alguien. Estar solo es estar en mala compañía.

Richard caminó de aquí para allá por la acera rota. Activó el llamador electrónico y a los cinco minutos otro rechoncho autobús blanco cruzó el bosquecillo de

eucaliptos y abrió sus anchas puertas.

—Destino —preguntó el autobús con voz gratamente andrógina.

+ Gente. Un lugar que disipe un mal momento.

Richard le dio una dirección de Glendale en Pacific, una avenida que conducía a la Cresta Tres Este y sus sombras. Una tertulia literaria donde se podía beber licor casero y donde no estaría solo. Tal vez allí pudiera contar de nuevo la historia máximo efecto máxima purga. + Némesis negra. Trabaja sobre eso.

—Una hora —le dijo el autobús.

—¿Tanto?

—Muchas llamadas. Por favor, suba.

Richard subió y cogió una correa.

>Moisés bajó de Horeb, el cabello encendido por Dios, el hollín de Dios en los labios, pues había comido las grasientas hojas de la zarza ardiente. Despojados de humanidad, sintiéndose como acero de carbono que pudiera vibrar al tacto, reflexionó sobre el futuro. Líder de hombres. Y mujeres. Se sentó al lado de su querida esposa Séfora en la oscuridad y maldijo su infortunio.

Los hombres no sabían qué querían ni cómo conseguirlo. Hacían lo primero que les pasaba por la cabeza. Odiaban por nimiedades y despreciaban el amor porque temían que abusaran de ellos. Reaccionaban con violencia en menos de lo que un ángel tardaba en pestañear, y luego ensalzaban el homicidio y la destrucción, alardeaban de ello y lloraban cuando se embriagaban. ¡Y las mujeres!

¿El acero de carbono no merecía algo más?

—Dame una tarea gloriosa, Señor, lejos de esta chusma.

Y fue entonces cuando Dios descendió y se enfadó con él, haciendo temblar la tierra que rodeaba la tienda. Séfora, hija de Jetro, dijo:

—Moisés, Moisés, ¿qué has hecho ahora?

—He tenido pensamientos indignos —dijo Moisés, con la esperanza de que eso bastara para aplacar a Dios, pero el paisaje se puso rojo y el cielo se cubrió de nubes sanguinolentas. Moisés, aun siendo acero de carbono, sintió temor.

Séfora tuvo la sagaz ocurrencia de cortar el prepucio del hijo de ambos, tocando a Moisés con la sangre, y luego el marco de la puerta.

—¡Aléjate de mi esposo! —exclamó—. Es un buen hombre. ¡Coge a mi hijo, mas no a mi esposo! Moisés se ocultó detrás de la hija de Jetro y comprendió claramente la debilidad de su pueblo.

6

Mary Choy regresó al apartamento congelado a las trece, al cabo de seis horas, tiempo para una siesta, un baño de vinagre, un par de trámites. Había solicitado tiempo completo para este caso y estaba segura de conseguirlo.

Algunas de las víctimas congeladas estaban identificadas, nombres de oro y platino, estudiantes, hijos de los célebres e influyentes. Se puso un traje térmico en el cubículo construido frente a la puerta, ordenó que se abriera el sello y entró en la fresca azulada.

Un radioexaminador colgaba de la pista montada en el techo, en reemplazo del sensor olfativo. Los microsensores recorrían los zarcillos yertos de una moqueta otrora viva, buscando escamas de piel y otros desechos alojados en el sistema digestivo de la moqueta. Habían hallado rastros de todas las víctimas y de Emanuel Goldsmith; también había rastros recientes de otros cuatro visitantes.

Mary escrutó la tristeza sólida y desperdigada de esos cuerpos jóvenes despidiéndose de ellos uno por uno.

Los nombres, por orden de muerte:

Augustin Rettig

Neona White

Betty—Ann Albigoni

Ernly Jeeger

Thomas Finch

y tres sin identificar. La madre de Rettig era manager general de la Cresta Uno Norte. El padre de White era dueño de Workers Inc., principal agencia de colocación del Borde del Pacífico, que representaba unos veintitrés millones de terapiados y gililóbulos naturales, la flor y nata. Workers Inc. había hecho una oferta a Mary en su juventud, antes de la transformación. Ella la había rechazado. Los dp del Borde Oeste trabajaban a través de Human Expedition Ltd, y ya en su juventud ella sabía adónde quería ir.

Betty—Ann Albigoni era hija de un editor. Libros, decía el archivo, más lit que vid; el principal editor de Goldsmith en lengua inglesa. El tío de Thomas Finch era asesor de High Reach, una empresa de suministros suborbitales. Ernley Jeeger, ahijado de Emanuel Goldsmith, era un prometedor poeta, también conocido por ser simpatizante de los eloi y por sus actividades cuasi ilegales en la industria del vid.

Una pálida luz roja montada en su hombro apuntaba adonde ella volvía los ojos. Frío lívido. El examinador se deslizó por el cielo raso como un insecto sin patas y pasó a otra habitación.

Finch, último en morir, yacía de espaldas como una cruz rota, rostro cortado, gazzate abierto al sesgo desde la mandíbula hasta la clavícula opuesta, ojos abiertos escarchados.

Se decía que un dp cobraba distancia. Patrañas. Mary asimiló con cerebro y hormigueo de piel cada tajo congelado, cada mirada muerta, cada destello de ojos blancos, cada mueca cadavérica. Aquí estaba su motivación para la excelencia.

Conocería al asesino y recomendaría una condena con terapia plena, con reestructuración si era necesario... y la dp lo consideraría necesario. Si Goldsmith era el asesino, como parecía, mala suerte; los LitVids se ensañarían con ella y con los dp de todo el mundo. Pero limaría esas asperezas cuando llegara el momento.

Oficialmente había regresado para una investigación contextual, un vistazo a los archivos de Goldsmith. La habitación donde Goldsmith tenía su oficina no albergaba cadáveres y ya estaba examinada. Mary podía entrar a investigar. Órdenes de la dp metropolitana y federal le permitían investigar casi todos los aspectos de la vida de Goldsmith, según las enmiendas Raphkind aún no anuladas por la corte designada por el presidente Yale un año atrás. Mary no aprobaba personalmente las enmiendas Raphkind, pero no era reacia a aprovecharlas. Lo que no apareciera allí quizás estuviera en Supervisión de Ciudadanos, pero esperaba no tener que acudir a ellos.

Goldsmith no era un hombre cuidadoso. Mary ladeó la cabeza protegida por el casco inflado y estudió el escritorio. Modelos comunes de pizarra y teclado, sin

laminado de oro ni caja de madera.

Galletas frías y media copa de vino congelado. Migajas. Plumas con punta de fibra y plumas estilográficas. Se preguntó dónde las conseguía. Un manotazo había dispersado una pila de papeles impresos —no el ya anticuado material reciclable sino papeles reales escritos a mano— sobre el mármol negro. Había cubos marchando en tándem hasta el borde del escritorio, algunos en el piso. Visionó una mano sacándolos de a dos —cerca había una caja vacía— para ponerlos por parejas en el escritorio hasta apoyar algunos más allá del borde, tirando cuatro. El gesto de un hombre muy distraído.

Se agachó para recogerlos. Cada cubo le proyectó una diminuta etiqueta verde en los ojos. *El progreso de Moisés, El camino de los nuevos, Debe/Haber*, informaron los cubos con naturalidad, sin preguntar quién era ella. Las obras de Goldsmith en estado sólido. Un hombre que no encriptaba sus archivos. Una obra por cubo. Sorprendente, por ser sólo texto. Tal vez fueran adaptaciones LitVid para los semianalfabetos. Las ventas por LitVid explicarían ese elevado apartamento en el tercer pie.

Había oído hablar de Emanuel Goldsmith antes de este caso. Invitado ocasional en programas nocturnos de cable, celebrado por su producción juvenil. Actualmente poco productivo. Mary Choy se proponía seguir siendo productiva hasta bien pasado un siglo, pero concedió que quizá sus planes fueran jóvenes e ingenuos. Una dp no podía dormirse en los laureles. Sueldo, no regalías.

Había libros verdaderos en los anaqueles. No los bajó pero a simple vista calculó que tendrían de ochenta a cien años. Costoso, un lujo en dinero y espacio en esa época saturada de información. En el espacio que ocupaba la cincuentena de volúmenes de papel de Goldsmith se podía apilar la Biblioteca de la Reserva Mundial.

Mary visionaba algo caótico, obsoleto, ineficaz, lo que cabía esperar en un poeta; pero el desparramo de cubos en el escritorio y el piso indicaba una desorganización mayor, un desarraigo personal.

Una clausura.

Leyó el inprog de la pizarra. El análisis de células y fibras y el examen de la oficina demostraban que nadie había entrado allí excepto Goldsmith. Aunque recibiera amistades, nadie invadía ese *sancta sanctorum*.

Al parecer Goldsmith estaba perturbado antes de los asesinatos, pues no había entrado en la oficina después de las muertes. Otra posibilidad aún no desechada por el radioexamen: que Goldsmith no estuviera en el apartamento durante los homicidios. Improbable.

Hurgó en una pila de papeles y vio un billete de avión y un documento de otro color. Recogió el billete. Un vuelo de ida y vuelta a La Española, con fecha de dos

días antes. El día posterior a los homicidios. ¿Había usado el billete? Marcó un memo en la pizarra para consultar a la línea aérea: NordAmericAir.

El otro documento era una carta, papel verdadero beige troquelado dorado, lujo de ricos y excéntricos tan atávico como los libros verdaderos. Mary dilató los ojos al leer el encabezamiento calado y la firma. Coronel sir John Yardley.

¿Auténtica? El inprog no confirmó nada. Sólo habían movido los papeles para buscar pistas químicas y biológicas; la elaboración contextual era tarea de Mary. Alzó la carta, apretando bordes opuestos de la rígida y gruesa hoja con tres dedos enguantados de cada mano. Se la acercó a los ojos.

Dactilografiada en una anticuada impresora eléctrica de impacto, tal vez incluso una máquina de escribir. Fecha y matasello de La Española, el nombre con que Yardley había designado su conquista, ex República Dominicana y Haití.

28 de noviembre de 2047

Querido Goldsmith:

Sean cuales fueren las circunstancias, nos será muy grato recibirte. Ermione está encantada. Hoy es raro contar con respaldo sincero. He disfrutado particularmente de nuestras cartas publicadas y de Moisés, y agradezco tu dedicatoria. Sólo espero que lo que hacemos aquí ayude a este viejo mundo a recobrar la cordura.

Tuyo, como siempre, coronel sir John Yardley

La Española

Mary dejó la carta con aprensión, como si fuera una serpiente.

No aspiro. Soy.

Hacía seis semanas que Martin no comía tan bien, desde que se le habían terminado los ahorros.

Rehusaba resignarse al socorro para menesterosos de las sombras; su solicitud para Asistencia Municipal no estaba procesada, quizá por desaprobación o ineptitud oficial; las reparticiones públicas eran el último refugio bien remunerado de los aterapiados. Ahora, en un reservado fresco y oscuro con tapicería de terciopelo, con una tarjeta de reserva en una mano y un whisky en la otra, sentía menos desdén por la civilización, más proximidad con la raza humana. Una nota en el dorso de la tarjeta decía:

«Coma usted. Llegaremos media hora tarde. Mis disculpas. Lascal».

Llegaron precisamente media hora tarde. Martin no tuvo dudas de que veía a sus benefactores cuando un hombre alto de hombros robustos, cabello gris y ondulado, y un sujeto de nariz corta y aguileña y de pelo corto entraron en el restaurante. Lo reconocieron por la mesa o de vista.

—Señor Albigoni, éste es Martin Burke —presentó Lascal, el de nariz aguileña. Se estrecharon la mano e hicieron comentarios intrascendentes sobre el decorado y el tiempo. Era obvio que Albigoni pensaba en otra cosa. Parecía demudado. Lascal estaba de buen humor o bien era hábil para ocultar sus sentimientos.

—He disfrutado de una opípara comida —dijo Martin—. Ahora temo no poder ayudarles.

—No tema —dijo Lascal.

Albigoni lo miró directamente pero no dijo nada. Su largo bigote gris formaba una hipérbola, negativa sobre labios pálidos y firmes. Lascal entregó los menús al camarero y pidió por ambos. Luego extendió las manos ante Martin: no ocultaba nada.

—¿Conoce usted a Emanuel Goldsmith? —preguntó.

—He oído hablar de él. Si hablamos del mismo hombre.

—Sí. El poeta. Asesinó a la hija del señor Albigoni hace tres noches.

Martin asintió como si hablaran de una pequeña estafa en el mundo editorial. Albigoni aún le clavaba los ojos sin verlo.

—Es un fugitivo, un hombre mentalmente enfermo —continuó Lascal—. ¿Usted estaría dispuesto a ayudarlo?

—¿Cómo? —Martin evitó beber un sorbo, pero acarició el vaso.

—El señor Albigoni era, o es, editor y amigo de Goldsmith. No le guarda rencor. —Lascal titubeó al pronunciar esa estudiada declaración.

Martin procuró no demostrar asombro. Esa comida se estaba tornando muy surrealista.

—Ahora que Goldsmith está mentalmente perturbado, tal vez loco, nos gustaría que usted le ayudara. Nos gustaría hallar las raíces de su enfermedad.

Martin sacudió la cabeza ante esos arcaísmos.

—Le he dicho que ya no estoy relacionado con el Instituto. Me han dicho...

La mirada de Albigoni cobró vida de repente. Ahora veía a Martin. Lascal miró de soslayo a su jefe y volvió la cabeza y los hombros como erigiendo una muralla para proteger a Albigoni de fuerzas externas.

—Podemos ocuparnos de su regreso, y de la reapertura del lugar.

—No quiero trabajar allí de nuevo. Me echaron a puntapiés por hacer trabajos razonables y valiosos.

—Pero usted no lo encaró de modo razonable —dijo Albigoni.

—No sé qué es razonable cuando la política se mezcla con la ciencia. ¿Usted sí? Albigoni meneó la cabeza y de nuevo se sumió en sus pensamientos.

—Goldsmith necesita un sondeo —dijo Lascal.

—Interpreto que no lo han apresado.

—No. —Un titubeo—. Todavía no. Necesitamos saber qué lo transformó en asesino.

—Necesita terapia legal, no un sondeo.

—Su problema trasciende la terapia —dijo Albigoni, masticando las palabras—. Un terapeuta puede repararlo o cambiarlo, pero no es lo que quiero. Necesito saber. —Un fogonazo de furia—. Mató a ocho personas. Amigos. Incluyendo a mi hija. Y su propio ahijado. No le causaron ningún daño. No lo amenazaban. Fue un acto premeditado de maldad.

—Han pasado sólo un par de días... —dijo Martin.

—Teóricamente, ¿podría usted sondear a Goldsmith y decirnos qué le impulsó a asesinar a sus jóvenes amigos? —preguntó Lascal.

Un arbeiter plateado y un camarero humano trajeron la comida, el arbeiter con la bandeja en el lomo plano. El camarero preguntó si Martin deseaba otro trago. Martin respondió que no.

—No me están diciendo todo —suspiró—. Caballeros, agradezco la gentileza pero...

—No podemos explicarle todo sin estar seguros de que usted está muy interesado y aceptará —dijo Lascal.

—Situación difícil —dijo Martin.

—Usted es nuestra mejor oportunidad —dijo Albigoni—. Estamos dispuestos a suplicarle.

—Recibiría una generosa recompensa —dijo Lascal.

—Creo que ustedes quieren que irrumpa en el Instituto, conecte a Goldsmith a un triplex de sondeo y averigüe qué tiene en la mollera. Pero el Instituto está cerrado, así

que es imposible.

—No lo es. —Lascal probó su ensalada de camarones.

Martin enarcó las cejas.

—Primero hay que hallar a Goldsmith, y luego persuadir al estado y al gobierno federal de reabrir el Instituto.

—Podemos reabrir el Instituto, y lo haremos —afirmó Albighoni. Lascal los miró a ambos, inquieto—. Paul, no me importa si vivo o muero, y la posibilidad de que el señor Burke acuda a los federales significa poco para mí.

—¿Qué tiene que ver Carol Neuman con...?

—Por favor, escúcheme —dijo Albighoni—. Después de asesinar a mi hija y a los otros siete, Emanuel Goldsmith fue a mi penthouse de la Torre Dos de Manhattan Beach. Confesó sus crímenes, se sentó en el sofá de mi living y pidió un trago. Mi esposa está realizando una investigación antropológica en Borneo y no sabe nada. Ni lo sabrá hasta que... se realice el sondeo y yo pueda explicar por qué lo hizo. Si usted realiza el sondeo, le garantizo que se reabrirá el Instituto, que usted regresará como director y que contará con dinero suficiente para investigar durante el resto de su vida, por larga que sea.

—Siempre que no termine terapeuta y confinado por violar derechos psicológicos federales —dijo Martin—. No puedo realizar mi trabajo, no puedo hacer lo que quise hacer toda mi vida. Ya es bastante castigo. No necesito que además la ley me humille. Creo que será mejor que me vaya.

Intentó levantarse. Lascal le cogió el brazo.

—El señor Albighoni no exagera. Está dispuesto a poner toda su fortuna personal a disposición de usted.

—¿Sólo para averiguar qué tiene Goldsmith en la mollera?

—En efecto. Luego lo entregamos a DP de LA, ileso para el juicio.

—¿Ustedes no desean que lo terapie... sólo que lo sondee? —A Martin le temblaba la mano. No podía creer que lo faustearan de esa manera.

—Sólo un sondeo. Si hay respuestas por descubrir, descúbrelas. Si no obtiene respuestas, un intento sincero será suficiente. El señor Albighoni costeará sus investigaciones. El Instituto se reabrirá legalmente.

—¿Qué hará Carol...? ¿Cómo está involucrada, además de ser la terapeuta de su hija?

Albighoni miró la mesa en silencio, se metió la mano en el bolsillo y extrajo una tarjeta con la inscripción JNM.

—Cuando haya tomado una decisión, use esta tarjeta en su fono. Sólo diga sí o no. Nos pondremos en contacto con usted y arreglaremos los detalles si la respuesta es sí.

Lascal salió del reservado seguido de Albighoni.

—Esperen, por favor —dijo Martin, la mano aún trémula. Cogió la tarjeta—. ¿Qué garantías tengo?

¿Cómo sé que contaré con esa ayuda económica?

—No soy un hampón —murmuró Albigoni.

—Gracias por su tiempo, señor Burke —dijo Lascal. Se marcharon. Martin apoyó la tarjeta cerca de un vaso de agua y observó el bailoteo de un reflejo de luz sobre las tres letras.

Recogió la tarjeta y se la guardó en el bolsillo.

Yo la amaba más de lo que ella creía. Ese sentimiento me colmaba quizá las habituales implicaciones cósmicas, enturbiándome la visión. Ella sólo sentía cierta atracción, suficiente para inspirarle lujuria. Esa lujuria duró treinta y siete días y luego fui desechado con las dosis de tacto y firmeza necesarias para disuadir a un enamorado terco. La ironía era que yo había hecho lo mismo a otra mujer un mes antes y con el tiempo vi la justa verdad, la escurridiza obviedad: si yo hubiera obtenido lo que pretendía mi polla, habría sido infeliz. Fue entonces cuando maduré. Fue entonces cuando escribí esas patrañas sobre la ecología del amor que me dieron tanta fama. Gracias a Geraldine otra huella dactilar marcada en la vieja arcilla.

—No entiendo por qué te interesa Goldsmith.

+ Lealtad adusta.

Richard esbozó una conclusión y estudió a su público con abatimiento.

Un público de siete personas en el bar del Salón de Arte y Literatura del Pacífico.

—Aún no entiendo por qué te interesaba ese cretino —insistió Yermak. Engulló su donut blanco y pastoso dejando islas de polvo en su vino tinto. Veinte años, el más joven del grupo. Miró a Richard con ojos socarrones—. Era capaz de cualquier cosa. Los malos escritores nos matan todos los días. Nos ejecutan con su prosa inmundada.

Ultrima Patch Thule acudió en defensa de Richard.

—Aquí visionamos asesinato —dijo con voz aguda y distante. Ultrima usaba gafas con montura metálica y evitaba hasta la terapia física para sus ojos borrosos.

—Perdonad mi tierna edad pero eso digo, que nos asesinó a todos. —Yermak alargó el rostro, incrédulo ante tanta dureza de mollera.

Richard guardó un afligido silencio, mirándose la mano posada sobre el vapuleado roble. No podía olvidar la sombría determinación de la dp, acusatoria y furiosa; ahora esto. Trató de recordar las últimas palabras que le había dirigido Goldsmith y no pudo. Tal vez debía haber visionado el cambio. Estaba cansado, sobrecogido aún por esa pésima mañana.

—Quisiera decir...

—¡Bah, cállate! —escupió Yermak, levantándose y desplazando ruidosamente la silla—. Perdonad mi tierna juventud, pero yo sabía que ese cretino apestaba. —Pedorreó con la boca—. Ésta es mi opinión.

—Siéntate —ordenó Jacob Welsh. Yermak volvió a colocar la silla en su sitio y se sentó, moviendo los ojos, irguiendo la nariz como un perro ante el silbato del entrenador—. Perdonad el apasionamiento de mi amigo, pero no deja de tener razón.

—Lo admito —dijo Ultrima—. Goldsmith no era muy galante últimamente. Ni siquiera mostraba la cara.

—Los mató —dijo Richard—. Era uno de nosotros y los mató. ¿No estamos preocupados por los nuestros?

—Pues no era uno de los míos. Yo soy *uno* —dijo Yermak, torciendo el gesto—. Citaré al cretino: «No aspiro. Soy».

—Has leído y memorizado —dijo Ultrima acusadoramente, sonriendo.

—Como todos —puntualizó Yermak con la aprobación de Welsh—. Lamento mi crudeza. Richard, admiramos tu preocupación y tu edad pero poco importa lo que haya hecho Goldsmith. Nos abandonó al marcharse de aquí, nos abandonó por la adulación de las crestas, y ningún habitante de las sombras puede respetarle, ni siquiera tú.

—Era un amigo —dijo Richard.

—Era un prostituto —dijo Welsh, demostrando nuevamente que la cuerda invisible que lo unía con Yermak transmitía algo más que tensión física.

Richard miró al pequeño grupo. Dos que aún no habían hablado, las hermanas Elayne y Sandra Sandhurst, se conformaban con beber té y escuchar con cautela. En los ojos de Welsh y Yermak centelleaba algo previsible: una furia que no existía antes de que Richard llevara la noticia. Temor de que la asociación con Goldsmith les causara problemas con los dp y los centros de poder: las crestas, los terapiados.

+ Madame de Roche dijo que no sería así, pero quizá los dp no compartan esa opinión. Yo ya he sido acusado. ¿Tal vez de nuevo? Con hiriente nitidez: arenas movedizas acoso aislamiento dolor. He eludido estas imágenes desde Gina y Dione.

+ Pasé quince años dormido.

Esa repentina nitidez se disipó y Richard cerró los ojos, y agachó la cabeza.

—Era un amigo —repitió.

—Tu amigo —observó Yermak con aparente calma.

—Richard es nuestro amigo —dijo Elayne Sandhurst.

—Desde luego —convino Yermak con irritación, temiendo que creyeran que pensaba lo contrario.

Miró a Richard con reprobación.

+ Piensa que siembro discordia para debilitar su posición. Sus posiciones son muy débiles. Se sienten desamparados.

—Lo siento —dijo Richard.

—¿Por qué te disculpas? —rezongó Jacob Welsh—. Por cierto, no lamentamos que nos lo hayas contado. Nunca lamentamos que se confirmen nuestras opiniones.

Sandra Sandhurst se apoyó el tejido en el regazo y unió los labios. + Una norna juzgando; único juicio válido, cortar nuestras hebras.

—Es un escritor de fama mundial, y todos le conocíamos. Fue bondadoso con todos nosotros.

Yermak volvió a pedorrear con la boca.

—Sólo era paternalista con los pobres.

—No lo era —dijo Elayne.

Yermak se levantó y desplazó de nuevo la silla.

—Vaya dramatismo —murmuró Elayne desdeñosamente.

—Vete a la porra —dijo Yermak con displicencia. Jacob Welsh reclinó la cabeza y se desperezó.

—Suficiente, amigo mío —le advirtió a Yermak sin disimular su tono aprobatorio—. Dos berrinches son suficientes.

—No me sentaré de nuevo con esta gentuza —dijo Yermak.

—Pues entonces vámonos. —Welsh se incorporó—. Tu noticia es útil, Richard, y

supongo que eso es suficiente. Tu lealtad es admirable pero no la compartimos.

—No creo que sea lealtad —dijo Richard—. Si él asesinó, debe ser terapiado...

—Pero nosotros no terapiamos ni siquiera a nuestros peores enemigos, Richard —salmodió Yermak, inclinándose sobre él—. Yo no le haría eso a nadie. Ojalá estuviera muerto. Ojalá nunca se nos hubiera acercado.

Richard movió la cabeza, no para demostrar su acuerdo sino para despedirse.

—No olvides la lectura —dijo jovialmente Elayne Sandhurst—. Trae lo mejor que tengas.

—Ya no escribo —dijo Yermak con voz burlona.

—Entonces lee algo de tu oscuro pasado —sugirió Ultrima. Cuando Welsh y Yermak se marcharon, se volvió hacia Richard—. Francamente. Son tan pueriles. Nunca nos han gustado aquí... son tan unidos, tan raros.

—Como hermanos o amantes, pero no son lo uno ni lo otro —dijo Elayne Sandhurst.

—Necesitan ayuda —sugirió Sandra, y todos rieron menos Richard. Los aterapiados no buscaban ayuda. Para quienes amaban sus propios fallos, toda ayuda era una especie de muerte.

+ Todos debiéramos vivir a la sombra, no bajo el sol. Como insectos.

Mi nombre significa dios está con nosotros. Mi apellido significa orfebre, artesano del oro. En cambio soy artesano de las palabras, mucho más valiosas por ser tan vulgares, víctimas del abuso y la incompresión. En cuanto a tener a dios conmigo, algo me dice que no.

9

Mientras ascendía por la Cresta Dos Sur, Mary Choy observaba los grandes brazos espejados que rotaban para recibir el sol de las dieciséis en Pasadena. Cogió una expresovía externa, gastando uno de sus vales municipales de tránsito de emergencia para tener un coche para ella sola.

Explorar ese contacto con el coronel sir John Yardley sería peligroso. Mary conocía la política federal y veía el rostro de Jano que los Estados Unidos presentaba a Yardley. Cortejado por Raphkind, ahora eludido oficialmente pero quizá cultivado en secreto. Yardley podía ser útil a nivel federal, y en última instancia Defensa Pública de Los Ángeles respondía a los federales. Defensa Pública Nacional financiaba más de la mitad del departamento. Continuar sin aprobación del departamento no sería político. Mary quería la aprobación antes del final del día.

El Mando de Defensa Pública de Los Ángeles ocupaba una manzana de tres niveles en el privilegiado lado oeste de la Cresta Dos Sur. La larga pértiga de la expresovía, en proporción semejante a un cabello humano tenso, sin medio visible de soporte excepto su forma hexagonal, llevaba tres ascensores expresos. Éstos sólo paraban donde querían los pasajeros, a diferencia de la mayoría de los ascensores y vehículos internos de la cresta.

Mary se sentó en la silla acolchada y afrontó la rápida aceleración. Cuando el ascensor redujo la velocidad poco antes de abrir la puerta, le produjo una sensación flotante e igualmente desagradable.

El lado oeste asomaba sobre las viejas comunidades de Inglewood, Culver City y Santa Mónica, ahora cruzadas por grandes tajos rojizos conforme la ciudad era allanada y nuevas crestas se erguían sobre las sombras. En las abarrotadas colinas de Santa Mónica crecían sucesivas capas de lo que un ingenioso había llamado ínsulas treinta años atrás. Semejaban cristales en las paredes de una caverna, blancas y deslumbrantes al mediodía pero de tono gris azulado al atardecer. Allí y en las estables y sumergidas viviendas de Malibú, los aspirantes aguardaban a que hubiera vacantes en las crestas. Las vacantes eran cada vez más raras porque los rejuvenecedores practicaban su controvertido oficio, transformando a buenos

ciudadanos en eloi multicientenarios.

Mary Choy era demasiado joven para atraer las prédicas de un rejuvenecedor, pero había efectuado arrestos entre eloi y había visto el interior platino de muchos recintos de las crestas.

Bajo del ascensor y entró resueltamente en el lobby. Siempre sentía una pequeña conmoción al pasar de esa vista acrofóbica de la ciudad a esta vasta caverna de ventanas horizontales y angostas. Era un salto abrupto, como un cambio de clave o de escala musical. Los *arbeiters* se desplazaban por sendas estrechas cerca de las paredes, dejando el centro para los peatones. Un escritorio central circular ocupado por dos jóvenes de uniforme verde sobresalía del piso. Un ábside derramaba franjas y rizadas cintas de luz apacible en ese silencio de catedral.

—Investigadora dp M Choy —dijo el joven que estaba en el escritorio—. Usted tiene una cita con el coordinador federal R Ellenshaw a las menos cuarto.

Ella había concertado la cita con el supervisor dp D Reeve. La noticia volaba, confirmándole que tenía razón. Fijando los grandes ojos verdes en el rostro del recepcionista, dijo:

—De acuerdo. ¿Espero?

—Aquí no, por favor —dijo el recepcionista, escrutándola con vaga reprobación y evidente impudicia—. Tendrá un asiento en el nivel tercero, lobby dos.

Mary entornó los ojos y los clavó en el recepcionista hasta que él desvió la mirada, movió la cabeza y se alejó contoneando el cuerpo. Disgustada por esa vulgar combinación de crítica y lascivia, deseaba alardear de su transformación e incrementar la tensión. Era un fallo neutro, socialmente inocuo aunque tal vez provocativo. Una venganza indirecta contra Theo. El recepcionista no reprobaría a Theo pero tampoco la desearía. *Por qué.*

Cogió una escalera mecánica hasta el tercer nivel, lobby dos. Se sentó entre bebedores de café en cuyo rostro se leía «El tiempo es oro». Los examinó, se puso a sherlockear para entretenerse, cayó en su perpetua reflexión de que era una lástima que el sherlockeo fuera infructuoso. Imposible desentrañar enigmas a partir de datos ambiguos; ningún detective podía evitar que una deducción arrojara resultados equívocos. La deducción y la detección no podían ser coches en una esclavopista; debían virar libremente. Aun así, el sherlockeo era una diversión que a veces producía resultados curiosos. Por ejemplo: ese joven que obviamente buscaba un jugoso puesto federal/ estatal, vestido como un joven terapiado de segunda generación (o un natural), rostro blando pero no sin carácter. Mary Choy supuso que sería un amante atento aunque insípido; tenía tres uñas de la mano derecha laqueadas en rojo y oro con solicitudes de matrimonio de grandes familias. Sólo en los puestos federales altos regían esos modales, apellidos ilustres proclamando su posición en la nomenclatura que el presidente Davis, anterior a Raphkind, había vuelto

prácticamente ceremonial. Esos puestos no generaban intensas pasiones físicas sino modales, y entre los terapiados los modales rara vez ocultaban aberraciones. Joven apuesto, existencia grata pero limitada, candidato óptimo para eloi en la madurez. Un bonito parásito.

Al entrar en la zona de espera, alguien más vital: una transformista usando estilos que disimulaban sus adaptaciones orbitales, una exótica en las crestas. Todas las miradas la siguieron. La exótica vio a Mary Choy y reconoció el parentesco con una sonrisa. Se le acercó.

—¿Me permites?

Mary accedió. La transformista orbital se arqueó con gracia forzada. Tenía la musculatura sintonizada para la gravedad de la Tierra. Obviamente descendía con frecuencia y era orgullosa poseedora de una química corporal bizonal; esa transformación era demasiado costosa para pagarla en forma particular, y sin duda había sido financiada por los federales o una compañía. El joven apuesto decidió que la transformista orbital era un exceso aun para sus fantasías y la ignoró. Otros hombres menos comprometidos con cuestiones jerárquicas la admiraron sin reservas. Mary se sintió complacida cuando ella se sentó a su lado.

—Perdona mi torpeza —dijo la orbital—. Todavía me estoy adaptando. Biquímica.

—Eso visioné.

—Hace sólo ocho horas que aterricé. Eres dp, ¿verdad? Mary asintió. El sherlockeo era innecesario; los uniformes eran comunes y variaban poco de ciudad en ciudad.

—¿Y tú eres del Cinturón Verde? —preguntó. La transformista orbital sonrió.

—Qué perspicaz. A ti, ¿quién te atendió?

—El doctor Sumpler.

—Su equipo también me atendió a mí. Debo visitarlo cuando bajo a tierra. ¿Estás complacida?

Mary pensó en describirle la insuficiencia de melanina, pero la noticia tendría poco valor práctico para una biquímica.

—Sí. Mucho —respondió simplemente.

La transformista orbital notó que Mary se disponía a partir —miraba de soslayo el letrero electrónico de la pared, donde pronto aparecería su símbolo— y le ofreció una tarjeta.

—Estaré en tierra una semana. Mucho trabajo. Me gustaría tu compañía. Podemos compartir añoranzas mirando catálogos de estilos.

Mary se echó a reír, cogió la tarjeta y le ofreció la suya.

—Eso sería divertido.

—Todo está en la tarjeta. —El nombre: Sandra Auchouch—. Se pronuncia

Oshuc.

—Por cierto. Me alegro de haberte conocido.

La transformista orbital se inclinó, y se tocaron las yemas de los dedos.

Ningún pensamiento carnal; por la forma de vestir y los modales, la orbital obviamente no era lesbiana; Mary rara vez se liaba con mujeres.

Pero en estas profesiones la amistad podía depender del azar y convenía aprovechar el azar cuando era favorable.

R Ellenshaw prosperaba ante su alto escritorio; no hacía falta sherlockear para deducirlo.

El supervisor de interfaz metropolitana—federal tenía el aire del muy terapiado, un hombre aplomado y enérgico, con problemas múltiples que había resuelto gastando cientos de miles de dólares en muchos años.

Mary no hubiera entrado en su oficina con otra actitud aunque hubiera sido un natural; él era un superior y ella acudía con un problema engorroso. Mary respetaba el liderazgo y valoraba el blindaje antiaéreo.

—M Choy. Bienvenida al Valhalla. —Ellenshaw se levantó pizarra en mano, frunciendo el ceño

—Ha tropezado usted con un avispero.

—Sí, señor.

—Por favor, siéntese. —La escrutó agudamente, sin reprobación ni interés masculino. El respeto de Mary se elevó. Era difícil cultivar y mantener el hielo profesional sin volverse témpano, y Ellenshaw no tenía pinta de témpano; demasiado terapiado y conocedor de sí mismo—. Tengo algunas preguntas y sus instrucciones.

Mary se sentó cruzando las largas piernas, haciendo susurrar los pantalones negros.

—¿Está usted convencida de que Emanuel Goldsmith es el homicida?

—Sí, señor.

—Hemos revisado esta carta. En efecto, es del coronel sir John Yardley. —El hielo era tan transparente que Mary entrevió los colores políticos de Ellenshaw; como la mayoría de los dp de la costa oeste, había detestado a Raphkind y la tumescencia del Sucio Este. Vieja política, vieja roña

—¿Sabe dónde está ahora Emanuel Goldsmith?

—No, señor.

—¿Pasó a la clandestinidad?

—Lo ignoro, señor.

—¿La Española?

—Es posible.

—¿Pero Yardley lo acogería?

Mary no arriesgó opiniones.

—Usted sabe que esto se transformará en un escándalo federal. La posibilidad de que Goldsmith haya ido a La Española provoca muchos comentarios, M Choy.

—Sí, señor.

—Los federales no podrán enterrar el asunto. Demasiados nombres de oro y platino, demasiada sangre azul. Así que nos pasan el balón. Primacía jurisdiccional. Para conservar el balón en la mano hay que ser nieve fresca, M Choy. ¿Lo es usted?

—Sí, señor.

—He revisado su expediente y estoy de acuerdo. Envidio a los naturales, M Choy. Envidio su expediente.

—Gracias, señor.

—He tenido que gastar una fortuna en terapia para limar mis asperezas. Ha valido la pena, pero... En fin. —Era un deshielo calculado y funcionaba; revelaba lo suficiente para que Mary sintiera que gozaba de su confianza.

—Creo que ahora lo llaman blindaje antiaéreo, M Choy. Protección desde este nivel para poder concentrarse en su labor. En este caso el blindaje es delgado. Usted no está del todo sola y está escalando una cerca de espinos. Quizá no podamos cogerla si se cae. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Aquí se rumorea que los federales de la costa oeste odian el contacto Yardley tanto como yo. Es viejo, es Raphkind, apesta. Los federales de la costa este aún son ambiguos y lo serán durante años, mientras el poder judicial se mueve con parsimonia. Pero quizá no. Yardley sigue presionando con sus importaciones... Nosotros insistimos en bloquearlas. Una cerca de espinos.

»Le doy autorización para seguir todas las pistas locales. Si al cabo de dos días no llevan a ninguna parte, tendrá permiso para realizar una visita oficial a La Española. Si necesita asistentes, le ofrezco hasta cinco.

—Necesitaré dos expertos en La Española —dijo Mary.— Mi oficina los encontrará y le pasará los nombres y los currículos al inspector supervisor D Reeve, a menos que usted ya haya pensado en alguien...

No había pensado en nadie.

—¿Tengo autorización para recurrir a Supervisión de Ciudadanos?

Ellenshaw desvió los ojos un instante, frunciendo el ceño.

—Sólo podemos efectuar un número limitado de averiguaciones en Supervisión. Pero si hay un caso que lo merezca, es éste. Tiene autorización para recurrir a Supervisión.

—Gracias. —Mary se inclinó.

—Los detalles constan en sus órdenes. Trabajaremos con los federales para lograr que La Española colabore con usted. Llámeme cuando lo necesite. No actúe aislada.

Tal vez usted sea nuestro blindaje antiaéreo en este caso.

—Sonrió limpiamente.

—Sí, señor.

Salió de la oficina de Ellenshaw sabiendo que éste era el caso más importante de su carrera y que dp le brindaba un respaldo extraordinario; también sabiendo que los federales la consideraban sacrificable, aunque no en una causa menor. Tenía que ser tonta para no tener miedo.

Para quienes se preocupaban por la dignidad humana, el coronel sir John Yardley era el próspero corazón de las tinieblas del mundo occidental. Mary Choy se permitió el miedo imprescindible, pero no más.

Las oscuras torres de las crestas se perfilaban contra el último parpadeo azul del crepúsculo.

Viajó en esclavopista hasta la central dp de Sepúlveda, llenó una solicitud para pernoctar, durmió una hora en un catre, bebió un cóctel de nutrientes y se puso a trabajar.

Nuestra Ciudad de Ángeles duerme en pie como un caballo. Anoche recorrí las sombras (antes de que cayeran las sombras) y vi la actividad de la mitad nocturna, no sólo máquinas sino gente... No penséis que la sombra es excentricidad extrema.

Posee una vida propia, sin la limpieza de las colmenas terapiadas, pero tan rica y plena como cualquier ciudad del pasado, igualmente organizada; la sombra tiene sus alcaldes y consejos, sus jefes y obreros, sus mamás y papás, sus vecindarios y empresas, sus hospitales y estaciones dp, sus iglesias y bibliotecas, y rebosan de vitalidad. ¡Idealistas, perfeccionadores de la humanidad, no olvidéis el suelo de donde os eleváis, o sufriréis una dura caída!

10

Vaya si lo habían fausteadó; Albigoni y Lascal lo habían tentado y Martin Burke estaba a punto de sucumbir. Todo había terminado excepto la noche de mala conciencia. Pero era preciso observar las formas; la noche de mala conciencia era ineludible.

Comprendiendo que el trofeo podía ser pírrico, Martin Burke trató en vano de combatir la tentación.

Le habían asestado un golpe bajo en su punto más vulnerable. Su vida era la ciencia y lo habían expulsado de esa vida sin que él tuviera la culpa, por un mero capricho de la historia y una política sucia. Recobrarla significaba vivir de nuevo. Ansiaba recorrer el País de la Mente. Nada superaba ese estímulo: explorar la frontera que definía todas las fronteras.

Martin sonrió en la penumbra mirando una proyección de los informes de AXIS. Imaginó su sonrisa y se aplacó. Quería hacer muchas preguntas pero Carol Neuman no atendía el fono ni tenía manager hogareño.

Martin cerró los ojos y trató de calmar sus temblores. Preguntas éticas, demasiado obvias y tenaces.

El derecho de Goldsmith a negar la intrusión. Aun así, un poeta, un homicida cuyo país de la mente reflejaría la adaptación de fuerzas subconscientes por parte del artista... Nunca había tenido semejante oportunidad. Nunca.

—No soy mal hombre —dijo en voz alta—. No merecía lo que me ocurrió y ahora no merezco esta... —¿Esta qué? Mala conciencia. Oportunidad/tentación.

Albigoni no tenía nada que perder. Si Martin no le daba lo que buscaba, nadie podría hacerlo excepto los fantasmas/dobles de Martin Burke que hubiera en otra parte, sorbiendo sus descubrimientos, arañando su terreno con garras brutales, sujetos mucho menos escrupulosos que quizás estuvieran en La Española explotando, no

desarrollando, el País de la Mente, llevándole la delantera, caimán contra liebre, caimán engulle liebre.

Martin no era mal hombre. Albighoni no había llevado a Goldsmith a La Española ni le había pagado al coronel sir John Yardley lo que él pidiera, así que Albighoni tampoco era mal hombre. Claro que las cárceles y laboratorios de Yardley eran rumores, pero Albighoni tenía contactos que confirmarían o negarían esos rumores. Albighoni no quería dañar a Goldsmith y Goldsmith por cierto era un mal hombre; no sufriría daños pero el sondeo científico le permitiría pagar su redención, recobrar su valor para la humanidad.

Martin se recostó en el diván, aún temblando, los dedos entrelazados. No era mal hombre. Quizá ni siquiera fuera una mala acción. Se levantó del diván y llamó de nuevo a Carol.

—Hola.

Martin se pasó la mano por el cabello.

—Hola, Carol. Habla Martin.

—Pensé que llamarías. Estuve trabajando.

Martin estalló sin poder contenerse.

—Me has puesto en un trance tremendo. Maldita sea, Carol.

—Vaya, lo lamento.

—A veces pienso que me odias.

—No te odio. Escucha. Acabo de llegar. Tendrás que hablar conmigo, pero no esta noche. Es demasiado tarde. Fui contratada por Mind Design Inc. de Sorrento Valley. A través de la agencia Star Temp. Si puedes venir a...

—Sí. Sé dónde queda. ¿Qué laboratorio?

—Treinta y uno. ¿A media mañana?

—A las diez.

—No te odio, Martin. Aunque debería hacerlo. Hablaremos.

Se despidieron.

Los informes de AXIS habían perdido su encanto, y Martin apagó la pantalla con una lacónica orden. Con cierto sentimiento de culpa comprendió que no temblaba de desazón ante el dilema moral; no había existido tal dilema desde el momento de la oferta. Temblaba de avidez y excitación.

En la sociedad blanca un negro es un oso de circo. Lo siento a veces también con mi mujer blanca que no parece pensar así. ¿Me ama por ser el único escritor negro de esta generación que tiene la oportunidad de brillar en los EE.UU.? Uno por generación, una vieja ley. La mayor mancha es la mancha que la historia me ha dejado en el alma. No puedo amar a esa mujer; la veo con ojos llagados.

11

Richard Fettle regresó a su apartamento de las sombras a las siete, subiendo fatigosamente la escalera de hormigón desconchado y acero. Apartó con la mano las exuberantes y amarillentas hojas de plátano que invadían el rellano del segundo piso, deslizó la gastada llave de bronce en la defectuosa cerradura y saludó al barato y viejo manager que aguardaba en la manchada repisa del hogar.

—Soy yo. Sólo yo.

—Bienvenido a casa, señor Fettle —graznó el manager.

+ Una vez no me reconoció. Armó un alboroto del demonio. Los dp no acudieron. Pero los vecinos echaron un vistazo. Cuidar de los nuestros.

Se preparó una taza de café y se sentó en una silla que había fabricado veinte años atrás para regalarla a su

Una silla cómoda, la única pieza artesanal que le quedaba. Regalarla a su Miró brevemente una pizarra, vio algunos artículos interesantes en el último número de *Ruibarbo de las sombras*, terminó el café y se preguntó qué haría de cenar. Sin hambre pero el cuerpo necesitaba.

Estaba deprimido, descomprimido, ya había contado todo a todos y nada salvo sus pensamientos mala compañía. + Malos tratos inmerecidos corta esa cantinela y afronta el pasado maldito bastardo

+ Tu esposa

+ Tu esposa, le diste la silla a ella.

No era momento para recordar esas cosas. Richard cerró los ojos y se reclinó. La silla se expandió acogedoramente mientras el estribo se elevaba y los brazos se ladeaban.

+ Por qué lo hizo. Madame de Roche piensa que no es loco; un natural. Entonces por qué. El brillo cegó a Emanuel dicen ellos. Depravación profunda emergiendo como vómito de perro. Burbuja maligna en aguas plácidas gases deletéreos. Qué bien para un poema. Bah, ni te molestes. Si no hay depravación ni locura es racional.

Pensando continuamente; planeando. Forma de expresión. Expresión de verdadero brillo superando las limitaciones de la moralidad humana. En aras de su arte para ver en qué se transformaría. No sólo los mató a ellos se mató a sí mismo; no tiene vida a la que, regresar. El asesino asesina dos veces. Mata dos por cada víctima. No. Se mata a sí mismo una sola vez; asesinas una vez y es suficiente para condenarte a terapia profunda y quizá no quede nada de ti. Tal vez eso quería; matar ser apresado ser acusado y terapiado con terapia profunda... Regresar hecho un nuevo Goldsmith. Ver si el poeta sobrevive. Como un científico en un experimento personal. Richard apretó los párpados hasta arrugar la nariz.

+ Soy un hombre sencillo con necesidades sencillas. Quiero que me dejen en paz. Quiero olvidar.

Pero olvidar era imposible. Tuvo el impulso de abrir todas las redes y LitVids de su pizarra y enfrascarse en las transmisiones pero se resistió. El mero conocimiento bastaba; homicidio múltiple, obra del hombre que Richard más admiraba en el mundo.

—Alguien viene —jadeó el manager. Nunca sabía si expresar preocupación o no cuando llegaba gente.

Las campanillas de la puerta, una centenaria antigüedad de bronce corroído, se entrechocaron con un tintineo. Richard las imaginó sacudiéndose el polvo; rara vez eran turbadas. Plegó la silla y caminó desmañadamente hacia la puerta para atisbar por la mirilla manchada de verdín. Mujer, pelo negro, blusón largo gris y naranja, cartera de juncos tejidos. Nadine Preston.

—Hola —dijo, agachándose para atisbar por la mirilla—. Pensé que estarías deprimido.

Richard abrió la puerta.

—Entra —dijo con voz fúnebre, profunda y resignada. Tosió y sacudió la cabeza para deshacerse de ese tono lúgubre—. Entra, por favor. —Normalmente él la buscaba a ella, no al revés, pues así podía evitarla cuando se ponía insufrible. No sabía si debía conmovirse ante la preocupación de Nadine.

—¿Deprimido? —preguntó ella animadamente.

—Un poco —confesó Richard.

—Entonces necesitas compañía.

—Pues sí, creo que sí.

—Vaya entusiasmo. ¿Has comido?

El negó con la cabeza.

Ella abrió la cartera y extrajo un paquete de carne ultradurable.

—Puedo hacer maravillas con esto —dijo Nadine—. ¿Tienes patatas?

—Secas.

—Prepararemos pastel.

—Gracias por venir.

—No siempre soy buena contigo —musitó Nadine mirando la moqueta—. Pero sé cuándo necesitas a alguien y esta noche no debes dormir solo.

El pastel sabía aceptablemente a sal, ajo y patatas. Como Nadine, una mujer de sal y ajo. Mientras comían ella habló de la industria del vid en las sombras, tal como la había conocido y como aún la veía cuando tenía algún contacto. La mente de Richard se alejó paulatinamente del problema del día hasta que se formó una brecha entre él y el recuerdo reciente. La escuchó, tan cansado que veía pálidos fantasmas de alucinaciones. Silueta con gabardina azul por el rabillo del ojo.

—Hacían una escena con música —contaba Nadine, hablando de una producción de vid de diez años atrás—. El director necesitaba mostrar que ahora el músico, un celista, tocaba mucho mejor que antes, y el sonidista dijo que ya tenían una banda sonora inmejorable. El hombre tocaba el celo y tenía al mejor celista del mundo en la orquesta, pero no había contraste. Entonces el director dijo: «Pues consigue un celista chapucero». Así simplemente. Chapucero. Cuando lo mejor no es suficientemente bueno vas un paso más allá, a lo francamente malo. ¿No es maravilloso?

Nadine sonrió, la mano detenida en un ademán elocuente, y él rió amablemente, moviendo la cabeza: sí, así eran las cosas. Richard no podía evitar ser cortés y amable cuando Nadine estaba de buen talante, y era una buena historia.

Comió y pensó en el contraste. Su mente regresó a Goldsmith girando como un perro encadenado.

Qué hacer cuando eres el mejor y necesitas contraste pues de lo contrario todo lo demás es gris.

+ Buscar alivio en un grandioso melodrama. Acaso ésa fuera la respuesta.

La figura azul sonreía; Richard lo sabía aunque no la viera con claridad. Su hija. Siempre trataba de mirarla directamente. Siempre se desvanecía.

(El examinador, tras haber concluido su trabajo sobre los culpables de diez mundos, encuentra en su escritorio carpetas con los currículos de varios grandes terrestres. Suspira y las examina una por una. Este gran ser humano, al inventar tal o cual cosa, ha destruido a cien millones; este otro, al filosofar, ha descarriado a miles de millones. Ahora están a cargo de él, y él está cada vez más fatigado).

EXAMINADOR: «¡Por favor, Padre mío, basta! He juzgado a los culpables. ¿Por qué debo juzgar a los mejores y más brillantes?». (Ninguna respuesta). (El Examinador deja las carpetas en el escritorio, tal vez resignado).

EXAMINADOR: (murmura). «Al menos podrías darme un ordenador».

12

A las seiscientas horas, el manager hogareño despertó a Mary Choy con un campanilleo insistente.

Ella emergió de un sueño donde nadaba frente a la playa de Newport con su madre y su hermana.

—Cielos. ¿Qué hay?

—Inspector supervisor D Reeve.

—¿Qué hora es? ¿De mañana?

—Las seiscientas, Mary.

—Ponlo en línea. Sin vid. —Se incorporó en la cama, alzó los brazos sobre la cabeza y se estiró para bombear sangre al cerebro. Se sacudió vigorosamente. Pasó una pierna por el costado de la cama.

Había investigado las muelas hasta las doscientas horas sin resultado; ningún conocido de Goldsmith sabía nada.

—Mis disculpas, inspectora Choy. —Reeve también parecía exhausto. El rostro oliváceo que se veía por el vid estaba ojeroso.

—Buenos días, señor.

—Usted trabajó en el caso Khamsang Phung, secuestrado por los selectores a principios de este año, ¿verdad?

—Sí, señor.

—En la memoria de mi escritorio consta que usted deseaba que la llamaran si detectábamos sospechosos involucrados en ese caso.

Mary se levantó y sacudió las manos, totalmente despabilada.

—Sí, señor.

—Tenemos un jauleo de selectores en una cresta. Uno de los sospechosos del caso Phung podría estar allí. ¿Quiere participar? Puedo incluirla en un equipo de respaldo.

Sin titubeos.

—Desde luego, señor. Me gustaría estar allí.

Reeve le dio la dirección. Mary se vistió deprisa, contenta de que su química de transformista le permitiera arrostrar muchas horas sin sueño.

Veintitrés minutos después de salir del apartamento estaba en el balcón norte de la torre Canoga, acariciando la baranda de bronce bruñido, mirando LA desde una altura de cuatrocientos metros.

Siguiendo instrucciones del CEC, el Comandante de Entorno de la Cresta, había ascendido dos tercios de la torre. Una densa y susurrante cortina de aire soplaba desde abajo ahuyentando la fresca brisa de la mañana. A la derecha un alba gris y acuosa manchaba el brumoso horizonte.

Mary había aceptado la invitación de Reeve para mantenerse en contacto con las investigaciones de selectores. Había abandonado el caso Phung siete meses atrás: exceso de trabajo, pistas que no llevaban a ninguna parte, desaliento.

No le gustaban estas operaciones; jaulear selectores era como sumergirse en una oscura pesadilla compartida por toda la sociedad. Pero los selectores constituían un nexo que sintetizaba todos los problemas relacionados con el delito, la sociedad y la defensa pública. Una dp honesta no podía rechazar esa oportunidad.

Mientras aguardaba nuevas instrucciones del CEC admiró el paisaje, anulando otros pensamientos.

Estaba en alerta desde hacía diez minutos; ni siquiera sabía dónde se efectuaría el jauleo. Eso se revelaría con escasos instantes de antelación, dándole apenas tiempo suficiente para reunirse con su equipo.

Los Ángeles era espléndida de noche. Una vez Mary había leído que sólo una civilización joven derrochaba luz arrojándola al espacio vacío. Las ciudades jóvenes de la Tierra hacían eso, excepto las irregulares torres de las crestas, oscuras contra el fulgor general. Espejos biselados reflejaban la noche, con bordes alumbrados por balizas de advertencia y las líneas rojas y relucientes de las juntas Meissner. En las muescas que se extendían entre las crestas, las calles ardían con naranjas y azules y los hogares eran salpicaduras blancas y azuladas como estrellas clavadas en tierra. Torres comerciales más antiguas y pequeñas aportaban un ajedrez de actividad nocturna entre las crestas.

Los jets suborbitales descendían hacia el ocanopuerto LAX con detonaciones sordas, como criaturas marinas de un abismo invertido. Las bandadas de satélites de primera, segunda y tercera neórbita resaltaban más que la Vía Láctea, que jamás era nítida en la bruma de LA. En una ciudad como LA nada se detenía nunca;

comunidades enteras siempre despiertas activas haciendo pensando. Mary podía vaivenear con ese ritmo; amaba la ciudad. LA era ahora su padre y su madre, enorme y envolvente, nutriendo y empleando a todos, sana e insalubre, desafiante y exigente. Amenazadora.

Mary había participado en dos jauleos de selectores. El primero había sido absurdo; ni víctimas ni sospechosos, sólo un infernador estropeado y desmantelado en un decadente y abandonado bungaló de las sombras. En el segundo habían hallado a Phung encerrado en una muesca, espacio industrial siete tres, desnudo amarrado a una litera mugrienta sujeto a un pequeño infernador (importado de La Española) sentencia cumplida: dos minutos en un infierno más aterrador que todo lo concebido por el teólogo más perverso.

Los selectores eran extraordinariamente cuidadosos, naturales brillantes aunque con este desvío: creerse los purificadores de un orden enfermo. Rara vez cometían grandes errores. Esta noche podía ser decisiva; que viniera a la zaga de los ocho homicidios y una investigación desalentadora era un fastidio pero también una compensación.

Mary imaginó a los selectores aprehendiendo a Goldsmith, haciendo su faena alegando que hacían el trabajo de ella. Apartó ese pensamiento. Un tercio de los ciudadanos americanos encuestados por LitVid respaldaba la actividad ilegal de los selectores al menos tácitamente: respaldo verbal, espíritu gregario, aprobación, ojo por ojo. Curiosamente, la mayor parte de ese tercio consistía en aterapiados; la mayoría de las víctimas de los selectores eran aterapiados pues éstos eran más propensos a cometer crímenes que despertaban afán de venganza.

Un golpe en la puerta sorpresa adivina quién trae dolor.

—Teniente Choy —oyó en el oído izquierdo—. Coja el corredor La Ciénega hasta el nivel cinco cuatro, calle Durant, condominio dos uno. Hay una cavidad exterior en el nivel tres. Su primera posición es el piso primero oeste frente a la entrada del ascensor para *arbeiters*, donde se reunirá con el teniente R Sampson, comandante del tercer equipo, y el subteniente T Willow. Las armas probables incluyen dardos y aeropistolas. Habrá personal médico *dp* en la escena.

Mary visionó su costosa transformación violentamente reorganizada por dardos y palpada por un inquisitivo médico *dp*. ¿Qué es esto? ¿Desea regresar a anatomía normal por este trauma? Nunca la habían herido en cumplimiento del deber. Precaución. Experiencia. Agilidad.

Fue al encuentro de Sampson y Willow. Estaban a cien metros en ropa de paisano, hablando en voz baja cerca de un balcón, al lado de un pozo de ventilación. Mary se reunió con ellos y se desplazaron noventa grados en torno del pozo circular. El aire tibio que soplaba desde abajo agitó su cabello. Cuando se detuvieron Sampson le sonrió. Willow estaba extraordinariamente nervioso.

—Reeve nos dice que eres secundaria en este jauleo —murmuró Sampson.

—No es mi caso principal —admitió Mary—. Pero me interesa. Trabajé con W Taylor y C Chu el año pasado, para hallar a los secuestradores de Phung.

—Éstos podrían ser más importantes —dijo Sampson—. Podemos tener tres o cuatro víctimas. Y hasta diez selectores. Tal vez hasta el segundo al mando.

—¿Shlege? —preguntó ella.

Sampson asintió.

—Si hubiéramos jauleado hace una semana, quizás habríamos aprehendido al mismo Yol Origund.

—Vaya.

Sampson le mostró una pizarra dp con el plano del condominio.

—Tres niveles. Muy costoso. Propiedad de A Pierson y F Mustapha, abogados públicos con licencia de la ciudad. Tanto Pierson como Mustapha tenían contacto con el personal de campaña de Raphkind. Ambos fueron vistos en Nueva York por los dp locales en las tres últimas horas. Pero el condominio está ocupado.

—En préstamo —dijo Willow enarcando las cejas, como si fuera muy significativo. Mary movió la cabeza.

—Tal vez sean del Sucio Este —dijo Sampson—. Pero aquí todos son locales. Nuestros nanoobservadores han identificado a seis regulares y cuatro ocasionales en las últimas veinticuatro horas. No se vio la llegada de las víctimas; eso fue antes de que decidiéramos efectuar el jauleo.

—¿Alguna idea de quiénes son las víctimas? —preguntó Mary.

—El CEC y Reeve creen que son dos comunes y dos ejecutivos. No hay nombres. Shlege pone gran énfasis en la responsabilidad de los ejecutivos.

—¿Ejecutivos de las crestas?

—No —dijo Willow—. Uno es un empresario de las sombras. No sabemos qué hacen los comunes.

—Ellos tienen aeropistolas y dardos —comentó Mary. Se volvió a Sampson—. ¿Recibiremos armamento?

—Este territorio es delicado. Sólo el primer equipo tiene armas.

Mary frunció el ceño con desdén.

—De nuevo dependemos de nuestras nueve vidas.

Willow los miró sin entender. Llevaba cuatro meses en actividad. Sampson le aclaró las cosas.

—Los médicos dp dicen que pueden ensamblar un cuerpo muy lesionado nueve veces por individuo antes de que surja un factor fatal e incorregible. Nueve vidas. Como los gatos.

—Ah —dijo Willow, demostrando que entendía—. ¿Y alguno de vosotros ha sido... reensamblado?

—Frunció el ceño al ver la sonrisa burlona de Mary.

—Sólo Mary —dijo Sampson—. Por elección, no por necesidad.

—Perdón —dijo Willow.

—No es nada.

—Es una bonita transformación —continuó Willow, enterrándose más—. Realmente... bonita.

—T Willow viene de una familia cristiana de un condado del sur —señaló Sampson a modo de explicación.

—En el sur no vemos muchos transformistas —dijo Willow.

—No tienes que disculparte —dijo Mary—. Pero ser vistosa me deja sólo con ocho vidas. —

Vistosa. Sigilosa.

Willow reflexionó y movió la cabeza.

—¿Cuándo nos ponemos los cascos?

—En el último momento, en posición final. Hace tres años que no tenemos un jauleo de selectores —dijo Sampson—. Esperemos que Origund aún piense que todos somos hermanos bajo la piel.

Irguieron la cabeza simultáneamente cuando la voz del líder habló por los auriculares. Debían montar un puesto de escucha y aguardar a que otras secciones terminaran de recorrer los dos niveles inferiores del condominio. El juez había autorizado la instalación de nanovigías y nanoescuchas en las cloacas y la estructura del dominio: microscópicos, eficientes y sólo detectables con medios extraordinarios.

—Incluso podríamos hacer un filme con esto —dijo Sampson.

—Videófilos hasta la medula —dijo Willow. Los tres recibieron instrucciones de desplazarse a la próxima posición.

Se metieron en el ascensor para *arbeiters*, agachándose para entrar. Sampson emitió un código dp de control y el ascensor los llevó sin protestas.

Situado en el vecindario más externo de la cresta, el condominio parecía flotar dentro de una oquedad celular de treinta metros de anchura. El primer nivel daba a una vereda herbosa, cascadas tintineantes, aves verdaderas que dormían en sus perchas dentro de ornamentadas jaulas de bronce. El segundo nivel estaba aislado. Una pared de cristal ofrecía, a través de un hueco entre los espejos de las crestas, una vertiginosa vista del norte de Los Ángeles. El tercer nivel se conectaba mediante un delgado puente sin barandillas con una azotea privada destinada al acceso de los *arbeiters*.

Al lado del puente sin barandillas del tercer nivel que rodeaba el condominio, un cobertizo de mantenimiento de *arbeiters* ofrecía un escondrijo. Tras desplegar los cascos y ponérselos, sintonizaron sus pizarras en frecuencias de escucha distorsionadas, disfrazadas como parloteo de máquina para evadir la detección.

—Estos tíos deben ser hartísimo platino —comentó Willow mientras se acomodaban en el cuarto.

Mary encontró una saliente limpia y se sentó plegando las largas piernas en la posición del loto. Willow la miró con franca admiración: curiosidad ante lo nuevo.

—Trabajos legales y políticos —dijo Sampson—. Recompensas a las piezas del rompecabezas. —

Entre los dp, «piezas del rompecabezas» era la jerga peyorativa para designar a quien sacaba partido de las lagunas de la ley.

—¿Cómo pueden torturar ejecutivos o a quien sea cuando ellos mismos se ocultan en los recovecos? —preguntó Willow.

—Tendrías que leer a Wolfe Ruller —dijo Mary—. Si de veras te interesa la filosofía de los selectores.

—Supongo que debería interesarme.

—«Los anticuerpos sociales deben llenar los espacios moleculares que de otro modo serían utilizados por los infractores antisociales» —citó Sampson.

—Vaya, Robert —exclamó Mary. Sampson era perspicaz pero no destacaba por sus lecturas.

Sampson sonrió como un niño.

—Cualquier cosa con tal de impresionarte, M Choy.

—Pues estoy impresionada.

—Buscaré un libro de Ruller —dijo Willow con la mayor seriedad—. ¿Está en la biblioteca dp?

—Tal vez esté en tu copia oficial —dijo Mary, tocando la pizarra que Willow llevaba colgada del cinturón—. Referencia estándar para nuestra era avanzada.

—Entran datos —advirtió Sampson.

Escucharon atentamente. Dentro del condominio oyeron pasos y una conversación ahogada. Como no controlaban los nanoescuchas no podían sintonizar una habitación determinada. Las voces se aclararon gradualmente. Dos hombres hablando. Un ruido agudo y gemebundo: resuellos de una víctima bajo una grapa. Mary sintió un hormigueo en la piel: aprensión, un horror más profundo del que había sentido al mirar las víctimas de Goldsmith.

—¿Alguna vez viste una grapa? —preguntó Willow—. Es decir, aparte de lo poco que nos muestran en el entrenamiento...

Sampson se llevó el dedo a los labios. Las voces llegaban ahora con toda claridad.

—Observa esto —dijo la voz de un hombre mayor—. No dejes que los contactos obtengan demasiada ganancia. Reduce el sueño al cabo de cinco minutos.

—Seguro —dijo la otra voz, aguda pero no necesariamente femenina.

Mary miró la pantalla de la pizarra. Estaba encendida.

—Vid —dijo. Cogieron las pizarras y miraron la imagen. Imperfecta. Las

nanoimágenes habitualmente dejaban mucho que desear. Veían una pequeña habitación redonda, tal vez en el centro del condominio, sin ventanas, una sola puerta abierta, dos figuras de pie. Muebles: tres camas o literas, una silla, un panel o teclado. — Tres personas en esas camas —murmuró Sampson. Mary sintió un nudo en el estómago. Figuras inmóviles. No muertas. Tal vez deseando estar muertas.

—Equipo uno aprestándose en primer nivel—dijo el CEC. Mary se preguntó dónde estaba el CEC. Primer equipo, tal vez. Podía visionar la furia del CEC al ver su cresta invadida por selectores—. Equipo dos tomando posiciones visuales en segundo nivel.

—Faltan pocos minutos —dijo Sampson. Un arbeiter pasó frente a ellos, se detuvo para observarlos plácidamente con sus cristalinos ojos de insecto. Willow le envió una señal de prioridad dp. La máquina no reaccionó, giró y se alejó del cuarto por el angosto puente que conducía a la azotea del condominio.

Mary miró de reojo a Sampson, saltó del cuarto y siguió al arbeiter por el puente, ignorando la falta de barandillas y el abismo de veinte metros. Sampson informó a los demás equipos que un arbeiter se había negado a obedecer. Mary interceptó la máquina antes de que llegara al ascensor de servicio, la cogió con ambas manos y la apoyó en el tejado. La máquina no protestó pero dentro del edificio sonaron alarmas estridentes.

Mary se quedó un instante al lado de la máquina rebelde, tomó una decisión, caminó hasta el borde para ver qué sucedía y llamó a Willow. Éste cruzó el puente con los brazos tendidos como si caminara sobre una cuerda y se reunió con ella. Por el auricular el CEC ordenó que entrasen. Mary miró por encima del borde del edificio y vio a cinco dp corriendo junto a las cascadas y jaulas del primer nivel, dos tomando posición para bloquear las salidas. Sampson estaba del otro lado del puente. Mary le señaló la entrada del ascensor de servicio en la azotea. Sampson movió la cabeza aprobatoriamente. El plan era obvio para un dp experimentado. Si alguien subía por la azotea, ella y Willow aguardarían detrás de la entrada de servicio para detenerlo. Si fracasaban, Sampson presentaría otra línea de oposición.

Pistoneo de aeromartillos de alta frecuencia contra las puertas de abajo. Crujidos y detonaciones.

—Jauleo en primer piso —dijo el CEC—. Cuatro agentes adentro.

Mary dio un respingo. C cogió a Willow por el hombro y lo llevó detrás del refugio de la entrada. Se agazaparon en ambos lados de la puerta. Ella acomodó las piernas y brincó para probar. Palpó el refugio. Vibración de ascensor. Alguien subía.

—Tenemos siete en el primer y segundo pisos —anunció el jefe del primer equipo—. Tres víctimas recuperadas, dos bajo la grapa. Llamad a un terapeuta.

Willow se aplastó contra el lado opuesto del cilindro. Mary hizo lo mismo. La puerta se abrió. Un arbeiter salió moviendo los ojos. Al ver a su compañero rebelde a

pocos metros, lanzó un chillido.

Mary cogió el borde de la puerta, giró, se estiró y metió la mano tratando de asir lo que pudiera encontrar. Willow tanteó desde su posición. Juntos alzaron en vilo a una mujer que gritaba empuñando una pistola de dardos. Astillas de metal gimieron contra el tejado a sus espaldas. Como bajar a un avispero. Mary apretó los dientes y hundió dos dedos rígidos en el estómago de la mujer. Willow le asestó un puñetazo en la cara. La sangre salpicó el brazo de Mary y la mujer cayó de espaldas en el ascensor, lanzando patadas. Mary le cogió la mano, rompiéndole la muñeca y dos dedos, lanzó la pistola hacia el tejado, se montó a horcajadas sobre la mujer, le agarró las caderas y la sacó del ascensor apretándola entre las piernas. Le tiró el cabello hacia atrás y le cogió las orejas.

Girando ágilmente, la levantó por las orejas, le rodeó el cuello con un brazo y presionó la garganta hasta que la mujer dejó de patear. Willow le sujetó las piernas con una cuerda.

—Nos disparó —jadeó Willow—. Nos disparó, maldita sea.

—Eso te valdrá automáticamente terapia obligatoria —le dijo Mary a la mujer, cuyos ojos la miraron desde un revoltijo de sangre y cabello enmarañado. Mary captó un satisfactorio atisbo de desorientación y terror. Aflojó su abrazo.

—Mi mano —gimió la mujer—. Mi nariz.

—Un precio pequeño —dijo Mary, apartándose.

—¡Maldita zorra! —gritó Willow.

—Ya vale —dijo Mary, recobrando la calma—. No es modo de hablarle a una ciudadana.

—Lo siento —dijo Willow. Sampson comunicó la captura al CEC y al líder del primer equipo.

Trataron de alzar a la mujer pero ella se resistió de nuevo. Willow extrajo más cuerda y le sujetó los brazos al cuerpo.

—Los tres niveles registrados —dijo el CEC por el auricular—. Una en la azotea, capturada por equipo tres. Ocho sospechosos aprehendidos, tres víctimas. Llamando terapeutas y médico.

—Cruzaremos este puente —le dijo Mary a la mujer, quien se revolvió violentamente—. ¿Quieres que caigamos todos?

La mujer se tranquilizó.

—Sólo estamos haciendo vuestro trabajo, maldita sea —masculló. El labio partido se le hinchaba.

—Caramba, mis disculpas —dijo Mary, remedando gratitud.

Willow le cogió los pies y Mary los hombros. La trasladaron por el angosto puente y la dejaron caer junto a Sampson. Sampson sonrió irónicamente a Mary.

—Flojo gililóbulo —le dijo Mary con tono meloso.

Él alzó el brazo y le mostró una manga rasgada. Le manaba sangre de la muñeca y le goteaba del dedo.

—Sólo una herida en la carne —dijo. Los dardos estaban diseñados para cambiar de forma y afincarse si lograban una penetración de más de un centímetro. Sampson había tenido mucha suerte.

—Te hubiera podido arrancar el brazo —dijo Willow admirativamente.

Mary retrocedió un paso, echó una ojeada grave a Sampson, tendió los brazos y lo estrechó.

—Me alegro de que aún estés con nosotros, Robert —le dijo al oído.

—Buen trabajo, Mary —respondió él.

—Oye —dijo Willow—. ¿Qué hay para mí?

—Muéstrame tu sangre —le dijo Mary. Él hizo un mohín y ella lo *abrazó* también—. Hagamos revisar a Robert.

—Esto me valdrá por lo menos un día libre —dijo Sampson. Sacudió el brazo, goteando más sangre de los dedos, y se lo agarró a la altura del codo—. Maldita sea, empieza a doler.

Mary estaba frente a los grabadores que recogían las declaraciones de los agentes sobre el jauleo.

Un asesor legal dp y un testigo público certificado se hallaban detrás del agente encargado del vid.

—¿Sufrió o causó lesiones durante esta acción? —le preguntó el asesor dp.

—No sufrí ninguna. Lesioné ligeramente a una sospechosa no identificada cuando intentó huir y utilizó un arma.

—¿Qué tipo de arma? —preguntó el asesor.

—Pistola de dardos.

El procesador de pruebas, un joven sargento ayudante, levantó la pistola —envuelta en un saco protector transparente— de la bandeja de un arbeiter dp y la meció frente al lector electrónico del grabador secundario. Los agentes y técnicos ya se preparaban para instalar pistas en el techo de la casa y activar examinadores y sensores olfativos.

Los sospechosos estaban en otra habitación, aguardando la instrucción de cargos. Aún no habían llegado los terapeutas para desengrapar a las tres víctimas. Los dp sólo tenían autorización para apagar los elementos activos de los infernadores. Mary aún no había visto la habitación donde retenían a las víctimas. Ansiaba verla aunque temía que le produjera pesadillas.

Por el rabillo del ojo vio a tres terapeutas metropolitanos entrando por la ancha puerta de frente.

Enfilaban por el piso de mármol hacia la escalera que llevaba al segundo nivel,

dos hombres y una mujer con trajemedio gris. Conocía a dos de ellos; habían administrado primera terapia a Joseph Khamsang Phung durante su último jauleo de selectores, la única vez que había presenciado una grapa activa.

—¿Estaba con otro agente en esa oportunidad? —continuó el asesor.

—Sí. El subteniente Terence Willow.

—¿El le ayudó a infligir lesiones a la sospechosa?

—Le pegó en la cara para distraerla.

—Describa la índole de las lesiones.

—La sospechosa disparó una andanada con su pistola al salir de un ascensor de servicio para *arbeiters* en el tercer nivel. Yo me había desplazado y... —Cerró los ojos para recordar con claridad y refirió cómo había quebrado la muñeca y los dos dedos de la mujer. Odiaba las declaraciones *in situ*, pero después ahorran mucho tiempo en los juicios.

Cuando terminó su turno y T Willow compareció ante el vid, Mary fue a recorrer la casa, procurando no estorbar a los técnicos. El dominio era una maravilla, aún más lujoso de lo que había imaginado. Todo parecía antiguo o artificial, y Mary sospechó que todo tendría sellos de autenticidad.

Cerámica, muebles de madera, equipos personalizados, todo de primera. Un manager hecho en Japón y por lo menos diez *arbeiters* franceses y ucranios reunidos en la cocina del primer piso como para una revista militar, ahora inspeccionados por un técnico dp. Era probable que todos estuvieran ilegalmente modificados para tareas de vigilancia y custodia.

Se detuvo un minuto en la habitación del primer piso donde retenían a los ocho sospechosos. Todos ciudadanos de las crestas, bien vestidos, entre veinticinco y sesenta años. No hubiera visionado a ninguno de ellos como un radical o desviado potencial. Tenían las manos atadas y usaban auriculares remotos para tener acceso a sus abogados.

La mujer capturada por Mary había sido tratada por un médico y descansaba en una silla de oficina a la izquierda de sus adustos compañeros, envuelta en nanovendaje. Veía y no veía a M Choy. Mary inspeccionó a los otros siete buscando a los selectores que habían participado en el caso Phung. Doble cero. Nada.

Un técnico le pidió perdón y pasó junto a ella, instalando más detectores de pistas.

Mary se alejó con un suspiro y subió por la escalera al segundo nivel. Podía haberse evitado todo esto, pero Reeve le había hecho un favor al permitirle participar en el jauleo.

El CEC, un hombre alto y rubio de rostro enjuto, estaba con el abogado civil de la cresta. Ambos la saludaron con un movimiento de *cabeza*. El comandante aseguraba al abogado que poseían todas las autorizaciones y que existían órdenes de tribunales

federales y estatales para cada acción realizada esa mañana.

Mañana. Una ventana del segundo nivel mostraba una prometedor pincelada de luz asomando entre los espejos exteriores de la cresta. La niebla se disipaba. Un día agradable.

Recobrándose, Mary entró en la habitación cilíndrica y sin ventanas del centro del segundo nivel.

Los tres terapeutas estaban arrodillados en torno de las víctimas engrapadas y acostadas en literas.

Intercambiaban murmullos mientras examinaban a los pacientes. El único infernador parecía un arbeiter de hospital, con un metro de altura, tres esferoides apilados con una conexión lateral, el panel de control semejante a un teclado remoto. Un terapeuta manejaba el panel despertando gradualmente a las víctimas. El infernador no era un desechable producto de La Española. Era una máquina de primera, tal vez china, capaz de infligir horas de punición en pocos minutos.

—Lo pusieron en sueño elevado de cinco minutos. Cinco minutos —comentó la terapeuta de más edad, una cincuentona, a sus colegas—. ¿Quién era él?

—Representante de marketing de Sky Private —dijo otro—. Lon Joyce.

El hombre gimió y trató de levantarse, aún con los ojos cerrados. Tenía el rostro demudado de horror y dolor. La terapeuta lo contuvo con el brazo. Mary entró en la habitación y se mantuvo a distancia para no estorbar, los brazos cruzados, mordiéndose el labio inferior. Contraía el rostro, empatía por las tres víctimas.

Uno de los terapeutas que ya conocía notó que estaba allí y la ignoró. Ninguna de las víctimas había recobrado la conciencia, ni siquiera el paciente desgrapado.

—Sky Private. ¿Fabricantes de aviones? —preguntó el tercer terapeuta—. ¿Qué hizo?

—Vendió armazones defectuosos a una compañía aérea de la India —dijo una voz detrás de Mary.

Mary se volvió y vio al CEC.

—No parece merecer cinco minutos —dijo la terapeuta en voz baja, administrando un emplasto de control metabólico.

—¿Usted ayudó a capturar a la del tejado? —le preguntó el CEC a Mary.

Ella asintió.

—¿Capturamos a alguien de importancia?

—No Shlege, lamentablemente. Pero la mujer que usted aprehendió era amante de Shlege. Me alegro de que ese cabrón sufra un poco. —Señaló a las tres víctimas—. Acabamos de confirmar la identidad de todos. Uno de ellos es Lon Joyce. Cuatro pequeñas aeronaves se estrellaron cerca de Nueva Delhi. Él usaba nanos defectuosos para fabricar los armazones. Además, al parecer lo sabía. Los pleitos civiles no lo afectaron; era mucho más rico que las personas que mató.

Mary tragó saliva.

—¿Los otros?

—El joven de la izquierda es Paolo Thomerry de Trenton, Nueva Jersey. ¿Oyó hablar de él?

Había visto el nombre en los boletines dp.

—El miope.

—Exacto. Doce niños de Nueva York a Los Ángeles en los últimos tres meses. Rechazaba la terapia. Una cuestión filosófica, decía.

—¿Y el tercero?

—Un estafador de poca monta de la muesca tres. Su esposa lo abandonó y él amenazó con matarla. Los selectores lo encontraron antes de que él la encontrara a ella. Pensamos que la esposa debió llamarles. No pensó en llamarnos primero. Debía de odiarlo mucho.

Mary trató de imaginar los hechos: selectores entrenados llevando a los tres malhechores —encapuchados, drogados o ambas cosas— al condominio. Infernador y grapas preparados, parodia de juicio, sentencia y engrapamiento a doce horas del veredicto, liberación un par de días después en las calles de LA y que se las apañaran. La mayoría de los que habían sufrido la grapa necesitaban terapia, y mucha.

Pocos repetían sus crímenes.

Fruunció los labios y meneó la cabeza.

—También ellos merecen la grapa —murmuró.

El CEC se rascó la nuca.

—¿Es usted la principal investigadora de los homicidios de la Cresta Uno Este, M Choy?

—Sí.

Le tendió la mano y ella se la estrechó con firmeza.

—Buena cacería —dijo el CEC—. Créame, nos sentiremos mal si esos payasos encuentran su presa antes que usted. Y están al corriente. Andan detrás de Goldsmith. Tal vez por eso Shlege no estaba aquí.

Tal vez esté siguiéndole el rastro en las muescas.

—Gracias por el aviso —dijo Mary.

La víctima mayor, Lon Joyce, despertó y se puso a gritar.

Mary dio media vuelta y bajó la escalera corriendo.

Martin Burke llegó a la estación de autobuses en bicicleta. En ese barrio no había servicio de autobuses debido a una rebelión de propietarios contra la intrusión cívica de esclavovías y el consecuente impuesto de cinco mil dólares anuales, menores de dos años excluidos. La guardó en un armario a veinticinco dólares diarios, mencionó su destino a un oído receptor y aguardó. Diez minutos después un gran autobús entró zumbando y gruñendo en el transparente dosel con forma de concha marina: veinte metros de largo y segmentado como un gusano, una anfisbena blanca y dorada, sólo asientos, ventanillas y puerta flexibles. Martin subió, apoyó el pie en la barra de seguridad, se dejó sujetar por el cinturón y se sumió en sus reflexiones mientras se internaba en la esclavovía.

El dilema se había enfriado. Martin no pensaba en nada importante. Viendo caminos, pensó en caminos.

Un modelo básico de coche particular costaba doscientos veinticinco mil dólares en California, cien mil dólares anuales por impuesto de esclavovía, cincuenta mil por impuesto de consumo de vehículos, veinte mil por ventas estatales, veinte mil por ventas federales, cinco mil por análisis de esclavovías, dos mil quinientos por tarifa de aparcamiento domiciliario, dos mil quinientos por licencia de asignación de electricidad, quinientos mensuales por tarifa de mantenimiento domiciliario, doscientos por tarifa de recargo de parquímetros, cincuenta por el impuesto de Operaciones de Transporte. Un ciudadano medio plenamente establecido, empleado y terapiado ganaba trescientos mil dólares al año, y un habitante de las sombras, no establecido ni terapiado, un tercio de esa cantidad; un abono anual de autobús costaba veinte mil y aun así las esclavovías estaban abarrotadas.

Tres comedias de LitVid se basaban en el Holandés Errante de las Esclavovías, que nunca abandonaba el camino porque no podía costearse una vivienda y, perseguido por las autoridades impositivas, criaba a la familia en un vehículo atestado; veintidós entretenimientos de LitVid trataban sobre las autopistas de Los Ángeles y el sur de California en la segunda mitad del siglo veinte, una época romántica de transporte barato.

Brillo de las circunstancias. El sol en la nariz, haciéndole pestañear. Hola. Ya despierto. Temiendo ser Martin Burke. No era buen momento para ser él mismo. Ángel caído. Su atención fue de lo externo a lo interno. Pensó en Carol y en las fricciones que mediaban aún entre hombres y mujeres estables. El conflicto entre los sexos no es una enfermedad; es un subproducto inevitable como el humo de un incendio. Las personas arden despacio; se queman hasta quedar crujientes, piden más. Como eloi: renacidos, nuevos placeres, nuevos juguetes. Arder de nuevo.

Cerró los ojos y ensartó ese pensamiento como si fuera una mariposa. Él y Carol

habían ardido intensamente, no despacio. Consumidos por una pasión fulgurante. Luz clara en el cerebro habitaciones amplias soleadas amor sin nubes expansión alegría límpida amarilla. Pasado el deslumbramiento, Martin notó que Carol era más distante y pragmática y sufrió al ver que ella se controlaba. Él no controlaba nada. Todo lo contrario.

Al principio él bromeaba sobre el pragmatismo de Carol y al fin ella replicó sin aspereza: «Tengo que reservarme algo. Necesito que me quede algún resto. Todavía soy yo».

Chubasco sobre el fuego. Extinción de la clara luz. Martin sabía que la perdería, y la perdió. A las semanas de ese vaivén desgarrador ella se distanció aún más, recelosa, consciente de que él era un natural aterapiado y de que aun los naturales mejor calificados podían desmoronarse. El genio de Martin superaba el de ella dos por uno y el mito de la inestabilidad brillante inquietaba a Carol. Se le notaba en los ojos. Pestañeaba cuando él hablaba, una mueca de temor.

Sabiendo que terminaría pronto, Martin forzó las cosas. Sufrió un vuelco cuando llegó el final, cuando ella le dijo serenamente que debían separarse. Ella había sido el ideal y el pináculo, y no podía replegarse indemne. Tenía que lastimarla de algún modo para que no tratara con tal indiferencia al próximo incauto; ningún impulso sádico, sólo un didáctico aguijonazo de advertencia. No sabía hasta dónde se había desquiciado hasta que la visitó con un cuenco de frutas en la mano, una pila de boñiga de caballo (pudo haber sido peor, pudo haber sido un excremento de perro) debajo de la fruta perfecta. Ella lo invitó a entrar con renuencia, cogió el paquete, lo abrió, sonrió satisfecha de que él lo tomara con tanta madurez, cogió una manzana, miró el fertilizante para jardines de cincuenta dólares el litro y rompió a llorar. No lágrimas de rabia o frustración. Lágrimas de niña. Durante diez minutos lloró sin decir nada, inmóvil, vaciándose con las lágrimas.

Martin Burke la miró petrificado, ojos anchos como platos sorbiendo el dolor. No había gloria ni satisfacción ni venganza ni aleccionamiento. Sólo veía cuánto se había desquiciado y cuánto dolor podía causar un joven adaptado y brillante con perspectivas.

Desde ese momento de tres años atrás, no habían hablado hasta anoche. Carol se había ido del Instituto.

Martin había afrontado los años de Raphkind, otra especie de romance muerto; Carol se había dedicado a tratar gente de éxito y a trabajar en Mental Design sobre percepción artificial y psicología de pensantes avanzados.

Había tratado a la querida y difunta hija de Albighoni. Ese contacto los había llevado a ambos a este punto. Por ella lo faustearon. Por ella tal vez lograra desandar el laberinto para regresar a la plena luz de ser una celebridad en las ciencias y dirigir el Instituto.

Un viaje lateral por el País de la Mente de Goldsmith.

El autobús se internó en Sorrento Valley. Tres niveles de esclavovías en pistas cubiertas, suelo de transporte sagrado comprado con dinero de buenos ciudadanos, nivel superior revestido con vidrio curvo. Las esclavovías ondulaban suavemente entre colinas cubiertas de jardines colgantes empresariales. Los soportes del dosel de la esclavovía arrojaban franjas de sol y sombra en la cara de Martin.

El vehículo dorado y blanco entró en la estación de autobuses de Mental Design y le devolvió la tarjeta. Un vehículo de la empresa aguardó pacientemente a que Martin se identificara y lo llevó al edificio adecuado. Salió del vehículo protegiéndose los ojos del sol.

Había visitado Mental Design Inc. una sola vez cinco años atrás, en los días gloriosos del Instituto.

Los técnicos y programadores de MDI lo rodeaban sonriendo, algunos con dermiforme blanco y ceñido, otros con los vaqueros tradicionales, estrechando manos, hablando del trabajo con agentes como si supieran qué era un agente natural. Tal vez ahora lo sepan, concedió Martin, pero no entonces. Aun él apenas comenzaba a comprender el poder y la fascinación de la integración de los agentes mentales naturales en rutinas, subrutinas y personalidades.

MDI era el negativo de sus investigaciones: construía desde abajo en vez de sondear desde arriba.

Ahora Martin Burke era una nulidad que necesitaba la aprobación de Carol Neuman para ingresar en la empresa. A lo sumo despertaba una atención fugaz. ¿Quién era ése? ¿Le conocí alguna vez? Tal vez años atrás antes de la pérdida de *status* las dificultades legales la expulsión la vergüenza por asociación. Encorvó los hombros.

El edificio treinta y uno era una pirámide invertida que se elevaba sobre anchos soportes de aluminio en un patio abierto, arquitectura de los años diez imitando los mediados del siglo veinte. Un edificio ancho y bajo de tres pisos sobre un patio. En el extremo norte dos pilotes angostos sostenían un manojito de fibras ópticas que derramaban galaxias giratorias bajo el sol de la mañana. Espectáculo.

Prominencia y respeto. Estilo y pulcritud.

MDI prosperaba. Adentro, paredes doradas con colgaduras rojas y ondulantes como banderas talladas en el aire quieto, vids fluctuando sobre el paño, módulo de proyección interna o luz tramada, pintando rostros muy Aquí y Ahora.

Martin sintió envidia. Este era el vestíbulo de un mero laboratorio. MDI despachaba diseños a fabricantes de *arbeiters* y *pensantes* de todo el mundo y eso generaba enormes recursos.

Un *arbeiter* andrógino alto y esbelto cuya piel hacía juego con las paredes, con melena espiralada del tono de las colgaduras rojas y rostro vertical dividido por una

ranura óptica clara y brillante como la luz del sol, lo saludó con bella voz sintética desde un escritorio de mármol blanco.

—Carol Neuman, por favor —dijo Martin.

—¿Es usted Martin Burke? —preguntó el arbeiter. Martin asintió, eludiendo la cristalina ranura óptica vertical—. Ya está avisada.

—Gracias. —Miró en torno sin querer ver. El Instituto no hacía semejante alarde de poder ni siquiera en sus mejores tiempos. Pero eso estaba bien: cerebro en vez de ostentación; ganaban la carrera los más rápidos, no los más vistosos.

Carol bajó por una escalera de piedra esculpida, en dermiforme azul claro. Gracia de ciervo, andar gatuno, aunque ahora con caderas más anchas. Ojos indiferentes, sonrisa profesional, cabello castaño en ondas apretadas y cortas recién liberadas del casquillo que ella traía en la mano derecha. Martin siempre oía cuerdas y percusión de Sibelius al verla, alta diosa nórdica de cabello castaño y ojos azules, glacial, pero un tesoro para quien supiera inflamar sus pasiones. Aún conservaba esa capacidad para hacerle pensar cursilerías LitVid. Martin también sonrió.

—¿Te sientes mejor esta mañana? —preguntó ella.

—Descansado. Pensando.

—Magnífico. Bienvenido a mi lugar de trabajo. Podemos buscar una habitación tranquila para hablar.

—¿Recibiré explicaciones?

—Las que haya.

Él movió la cabeza y la siguió escalera arriba.

—Éste es un laboratorio abierto —dijo ella—. Para exhibición pública. Yo trabajo atrás. Oí hablar de tu reunión. Debe de haber sido todo un shock.

—Yo lo llamo fausteo —dijo Martin.

Carol sonrió con franqueza.

—Buena palabra. —Se tocó los labios con el dedo—. Habitación tranquila. Ojos y oídos Raphkind apagados. Directivos muy liberales. Confía en el escalafón, confía en las agencias. Hoy las empresas miman a los escogidos.

—Como debe ser.

Eso aún existía entre ellos: después de los excrementos bajo la fruta y las lágrimas y los años aún podían entenderse y hablar con soltura. La trampa tentadora era que parecían parientes, actuaban como si los hubieran criado como hermanos. Martin Burke sintió que sus rutinas ágape/eros construían castillos en el aire y los poblaban con simulaciones de larga vida compartida, Carol ochenta años y Martin ochenta y cinco, aún viviendo juntos.

Atravesaron un pasillo limpio y fresco, azul témpano, jarrones esmaltados sobre columnas blancas.

Carol dio una orden y se abrió una puerta, revelando una larga sala de

conferencias. Las luces se elevaron gradualmente, alumbrando paredes revestidas de terciopelo pardo y muebles de nanomadera, confortable decoración para ejecutivos.

—Vaya —comentó Martin.

—Ahórrame los comentarios —dijo ella, acercándole una silla—. Has conocido a Lascal y Albigoni. —Se sentó frente a él. El dermiforme le marcaba las formas pero ocultaba los detalles.

—Comí ayer con ellos. La primera buena comida que pruebo en mucho tiempo. Ella cabeceó pero no cogió ese camino lateral.

—Te faustearon.

—En efecto.

—¿Y morderás el anzuelo?

El hizo una pausa, apretando los dientes y frunciendo los labios. Enarcó las cejas y la observó con cautela.

—Sí.

—Betty—Ann era una chica encantadora —dijo Carol—. No sé si era tan brillante como el padre, pero era un alma prístina. —Carol usaba «alma» como un código poético para designar una mentalidad integrada con todos los niveles eslabonados—. Quería ser poetisa y madre. Quería que sus hijos vieran el mundo a través de los ojos de una poetisa. Tenía dieciocho años. Yo la terapiaba para resolver trastornos subrutinarios de origen genético que le impedían gozar de su sexualidad. Nada le hubiera impedido elevarse a la lista prioritaria de cualquier agencia, si hubiera querido ignorar los contactos del padre. —Carol le clavó una mirada azul que no revelaba furia humana sino cólera olímpica

—Idolatraba a Emanuel Goldsmith.

—¿Le conociste?

—No. Y tú tampoco.

—No.

Carol se reclinó y apoyó el codo derecho en la mano izquierda.

—Albigoni supo que yo había trabajado contigo, y que mi nombre significaría algo para ti. Pero le dije que te hablara personalmente. Pidió a Lascal que te llamara porque Lascal es muy agudo para juzgar a los candidatos. Te investigó antes de vuestro encuentro.

—Asombrosos recursos.

—El hombre puede cumplir sus promesas, Martin. Sin tretas. Albigoni puede ponerte al frente del Instituto con buena financiación y un nuevo comienzo. Puede reescribir la historia y limpiar tu reputación. No tiene la costumbre de hacerlo, pero sabe cómo y posee los medios.

—Un poder orwelliano.

—Albigoni no es federal ni tiene aspiraciones políticas. No quiere pisotear el

rostro de la humanidad con su bota. Prefiere que la gente sea sagaz, estable y feliz. La gente sagaz, estable y feliz alquila sus libros y sus LitVids.

—Como Emanuel Goldsmith.

—Goldsmith era aterapiado —dijo Carol—. Un natural privilegiado. Lo cual refuerza el argumento de que sólo los terapiados son verdaderamente humanos.

Martin hizo una mueca.

—Espero que no te lo creas —dijo.

Ella se encogió de hombros.

—Intereses creados, supongo. Si él hubiera sido terapiado no habría matado. Pero no puedes terapiarlo por la fuerza... Albighoni no quiere eso. Satisfacemos el vehemente capricho de un caballero afligido. No lastimamos a Goldsmith. Tal vez hallemos el modo de curarle.

Martin calló. La mueca se transformó en ceño fruncido.

—No es legal. Nunca hice nada ilegal.

Carol movió la cabeza.

—Una distinción sutil para los fiscales y leguleyos. —Apartó los ojos—. No quiero descarriarte, Martin.

—Demasiado tarde. Ya estoy descarriado. —Martin suspiró—. Y no por ti. Pero me preguntaba qué ganas tú.

—Betty—Ann era una chica encantadora. ¿Cómo pudo Goldsmith hacer semejante cosa?

—Quieres lo mismo que Albighoni.

Carol lo miró por encima del hombro.

—Casi.

El débil sueño de un romance renacido se disipó. Ese idilio era irrecuperable. Él era un medio, no un fin.

—No actúas como una... No recuerdo el nombre. ¿Magdalena? Margarita. La amada de Fausto.

—Creí que ya habías olvidado todo eso. —Carol lo miró sin pestañear. Olímpica. ¿Pero otro hombre pensaría lo mismo? Tal vez mero intento, estudiando sus reacciones sin revelar las propias.

Martin desvió los ojos.

—¿Cuál es el próximo paso?

—No sé. ¿Has enviado tu mensaje a Lascal?

—Aún no.

—Pues hazlo.

—Eres muy fría —murmuró Martin.

—Quiero estar contigo cuando hagas el sondeo —dijo Carol—. Quiero estar en el

equipo.

—Tienes prejuicios.

—No conozco a Goldsmith. No lo conocería aunque lo viera.

—Él mató a tu paciente.

—Puedo hacer frente a eso.

—No sé si puedes —dijo Martin con tono glacial—. Además, ha pasado mucho tiempo desde que trabajé contigo. No conoces las nuevas rutinas.

—Curiosamente, sí las conozco. Muchas de ellas. He pasado los últimos dos años aquí sondeando una mentalidad.

—¿Una mentalidad? ¿A qué te refieres?

—No es ningún secreto. Mind Design está trabajando en una personalidad artificial humana completa. Jill. Sin duda la has oído nombrar. Está trabajando con la gente de AXIS y efectuando una Simulación AXIS. Los cinco programadores maestros han volcado grandes segmentos de sus memorias y personalidades en un procesador central, y he sondeado esos registros. Martin se echó a reír.

—Es una situación controlada. No es lo mismo.

—No tan controlada. Hemos tenido problemas, y los he resuelto. Tal vez haya pasado más tiempo que tú en el País de la Mente. Reconozco que no es lo mismo, pero sin duda es el equivalente de un curso de entrenamiento de alto nivel.

—¿Qué hacen? ¿Combinación y acople?

—Síntesis e imposición de patrones. Los patrones de los programadores se diluirán y la nueva personalidad cobrará un carácter propio. Están a punto de lograr lo que quieren pero mi trabajo ha terminado por ahora. Puedo tomarme un respiro. Les diré que debo trabajar en una terapia de grupo.

Terapia de expansión de alto nivel. Una vida mejor mediante mentes mejores.

Martin recordaba a Carol como una planificadora inteligente y meticulosa, pero se había vuelto más calculadora y manipuladora.

—¿Quién faustea a quién? —preguntó.

—Ahora debo irme —dijo Carol. Se levantó—. Llama a Lascal. No lo lamentarás. —Sonrió—. Será muy sencillo.

—No te engañes.

—De acuerdo, el monte Everest de los sondeos. Sondear a un poeta asesino. ¿No te fascina? ¿Qué

País de la Mente posee Goldsmith? ¿Está en el infierno? Podríamos resolver el problema del origen del mal. Como hallar las fuentes del Nilo o el alma humana.

Martin se levantó aturdido.

—Te acompaño hasta la puerta —dijo Carol.

*Yergue la cabeza madre del único seno colgante
despierta al vasto Egipto dormido y mira en torno
¿qué has hecho con tus hijos?, ¿te avergüenzas?
No lloraste cuando te los arrebataron
sabias lo que vendría
huesos marchitos caminando alzas tu falda ni siquiera sombra y luego ofreces una peste de amor.
Siega tu cosecha; la mitad están muertos, Madre.
Tu seno aún cuelga y en su punta una gota de amarga
leche blanca, leche blanca sobre un pecho negro.
Siega tu cosecha
leche rosada, roja.*

14

A las once y media de la mañana, Mary Choy recibió el análisis del apartamento de Goldsmith por código óptico dp en su pizarra.

Lo examinó sin mayor atención, bebiendo té fuerte y pensando en La Española, ex Haití y República Dominicana. El coronel sir John Yardley. Tratando de no pensar en el jauleo de la madrugada ni en los ífernadores; el grito del pobre y canallesco Lon Joyce al despertar.

Cerró los ojos y frunció el ceño, exasperada por su falta de concentración. El austero dormitorio ofrecía paredes grisáceas moqueta verde cama preparada sábanas espacio limitado. Mary se llevó la pluma a los labios.

Cómo se hizo. Goldsmith (probabilidad 90%) aguardó en la antesala tras recomendar a los invitados que llegaran con intervalos de quince minutos y enfatizando la puntualidad. Mary leyó facsímiles de las invitaciones. Nueve tarjetas entregadas personalmente por correo especial, un joven acólito escapando (referencia entrevista en vid). La reunión prometía revelación de nuevas obras del maestro y celebración de tres cumpleaños de acólitos coincidentes con el del maestro.

Cumpleaños de Goldsmith. No conocía ese dato. Por alguna razón la perturbó.

Goldsmith (probabilidad 90%) los condujo de uno en uno a la sala, presuntamente con el arma oculta, pero Mary sospechaba que en realidad exhibía el gran cuchillo de caza, pomo de oro y mango de marfil, reluciente hoja de acero, una pieza de un siglo de antigüedad, propiedad de su padre que lo usaba para defenderse de «policías blancos» (referencia entrevista en vid con noveno acólito). Mano libre en el hombro del acólito como en abrazo paternal, desgarrón de tuberías esenciales para bombeo de sangre, sorpresa, adentro afuera.

Quizá Goldsmith no se hubiera salpicado, o quizá sólo debiera lavarse un brazo para la próxima víctima. Eficiencia de matadero. Abatiéndolos uno por uno como novillos.

Cerró de nuevo los ojos, frunció las cejas, apretó los párpados. Los abrió, siguió mirando.

Simulaciones diagramáticas de pruebas adicionales aportadas por diversos expertos forenses, sensores, arbeits, fotos de patrones calóricos: rastros tetradimensionales de cuerpos en movimiento, cuerpos cayendo, arcos de líquido caliente (análisis de salpicaduras en las paredes), la sangre de cada víctima en capas de colores múltiples ataque por ataque, marcas temporales de absorción, enfriamiento, coagulación, necrosis celular y crecimiento bacteriano, simulaciones gráficas de cuerpos arrastrados y apilados en rincones, iconos de relojes indicando hora precisa del deceso en cada perfil corporal, actividad muscular antes del deceso (detalle innecesario, labor exhaustiva), descarga de fluidos corporales (relajación agónica) limitada por la ropa; enfriamiento de cuerpos (detalles sobre necrosis celular, decadencia interna, crecimiento bacteriano en intestinos).

Y así sucesivamente. Casi sintió náuseas. Mary pasó al análisis de detritos orgánicos humanos en alfombras y pisos. Los principales depósitos parcialmente digeridos por la moqueta al cabo de cuarenta y ocho horas: pelo queratina epidérmica fibras artificiales saliva mucosidad semen de Goldsmith (masturbación; no había fluidos sexuales correlacionados o mezclados de otro varón o mujer). Vivía solo o casi.

Tubería: ni rastros celulares ni capilares en la ducha ni la bañera que no pertenecieran a Goldsmith.

Ni amantes de paso ni amigos íntimos con el privilegio de bañarse. Fregadero excusado detritos: todo indicaba que Goldsmith vivía solo, tenía frecuentes reuniones sociales (dos o tres veces por semana, menos de dos horas) con ocho a diez visitantes. Distribución de detritos: 34% identificados (superposición) de los cuales 35% pertenecía a las víctimas, 66% no identificados (se estaban estudiando todas las huellas pertenecientes a un período de treinta días previos); conclusión: ningún residente prolongado excepto Goldsmith.

Goldsmith no tenía animales. Su apartamento carecía (como era típico en las crestas) de insectos domésticos excepto cinco insectos voladores. Goldsmith utilizaba virus aprobados contra insectos y mantenía su apartamento limpio.

Todos los desechos no humanos alcanzaban niveles normales en la moqueta metabólica. Goldsmith no fumaba ni usaba talco ni drogas en aerosol. Los invitados dejaban detritos coherentes con su trayectoria por el apartamento y sus sitios de origen. Análisis de vestimentas y otras fibras coherentes con condiciones y patrones mencionados. Análisis de microbios no domésticos coherente con condiciones y

patrones mencionados. Las investigaciones de rutina basadas en datos celulares humanos y el análisis de migración de mitocondrios y evolución de rastros microbianos no simbióticos/ no parasitarios pronto brindarían pistas sobre los hogares (división según entornos microbianos conocidos de la ciudad) de todos los visitantes desconocidos del apartamento.

Para ser exhaustivos, también había una lista de tres ocupantes que habían pasado por el apartamento y que se remontaban hasta diez años atrás, comparados con sus desechos alojados en recovecos del cuarto de baño y en zonas no cubiertas por la moqueta metabólica.

Todas las pruebas apuntaban a Goldsmith. Mary apagó la pizarra. Quizá Goldsmith fuera a La Española pero por qué Yardley lo aceptaría. La Española aparentaba cumplir con las formalidades diplomáticas. Todos sabían cómo era la isla pero aceptaban esta cortesía externa que brindaba playas y refugios seguros a la ansiosa burguesía del Norte y del Sur. Una Española con baja tasa de criminalidad, un crimen en sí misma.

Fisuras en la actitud federal. Permitirían que la negra y *vistosa* Mary volara al corazón de las tinieblas. Más tenebroso que África, esa tierra apacible asolada el siglo anterior por la guerra y la peste.

El coronel sir John Yardley enviaba a sus hijos adoptivos a repoblar Nigeria, Liberia, Angola. La repoblación era gran negocio. Requería organización y Yardley tenía capacidad organizativa. Si Yardley recibía a Goldsmith, viejo amigo, compatriota y pensador afín, las fisuras podrían ensancharse y los federales podrían desembarazarse de Yardley y La Española, de las irritantes promesas y tratados de Raphkind. ¿Sería ésa la maniobra?

Mary sabía que era algo más que un peón en ese tablero. Era un caballo desplazándose en L hacia La Española, donde podría optar por una jugada en una esvástica de movimientos. Pinchar aquí tomar allá hallar infracciones forzar una confrontación ejecutar planes federales a través de una mera detective dp. Tal vez porque el coronel sir John Yardley suministraba equipo ilegal a los selectores americanos del Norte y del Sur, y los selectores se habían vuelto más ambiciosos y comenzaban a incluir entre sus víctimas a ejecutivos políticos senadores diputados, aplicando una justicia draconiana.

A fin de cuentas quizá no importara si Yardley acogía o no a Goldsmith.

Visionó a los EE.UU. sacudiéndose tras la febril noche de Raphkind, arrojando suciedad por todo el mundo.

Si Yardley le negaba la entrada a Mary, violaría tratados.

Si Mary moría mientras estaba al cuidado de Yardley, víctima de un grotesco levantamiento, él alegaría nada puedo hacer ellos son jóvenes y mi poder es limitado. Esto por aquello, acción por reacción.

Mary recogió su equipo se abrochó el cinturón cerró las costuras del uniforme con dedos expertos se miró fugazmente en el espejo del cubículo se preguntó cómo andaban sus emplastos de deficiencia de melanina ordenó a la puerta que se abriese y caminó a largos pasos por los pasillos blancos y grises que conducían al centro de investigaciones. Le sonrió al alférez J Meskys, a quien no había visto más de tres veces. Meskys sonrió a su vez.

—¿Larga noche, teniente?

—Larga noche y poco sueño —respondió Mary—. Por favor comunica mi sincero agradecimiento a los criminalistas de la muesca doce. —Los barrios que rodeaban las crestas tenían grietas como un vidrio rajado. Los dp y los coordinadores de territorios de tránsito las llamaban muescas. La muesca doce abarcaba los barrios que rodeaban el tercer pie de la Cresta Uno Este.

—De acuerdo —dijo Meskys—. ¿Hoy abandonará el cubículo?

Mary movió la cabeza.

—Iré a Supervisión de Ciudadanos a hacer unas preguntas.

Meskys hizo un gesto de condolencia. Ningún dp disfrutaba de sus visitas a Supervisión.

—Gracias por la hospitalidad.

—De nada —dijo Meskys—. Vuelva cuando quiera. El hotel dp está a su disposición, teniente.

A lo largo de Sepúlveda, edificios centenarios orillaban retazos de mercados centrales y grandes edificios de apartamentos; vías comerciales y entretenimiento en las sombras, un vecindario al servicio de clientes de las crestas que buscaban un toque de riesgo; riesgo sin riesgo, lo único que atraía a los verdaderos terapiados.

Caminó un rato, disfrutando de la tibieza invernal. Veinte grados centígrados subiendo a veintidós, la seca y despejada LA, Ciudad de Ángeles, pleno invierno. El aire estaba claro excepto por una alerta de ozono. Brisa costera. Se olía el mar distante, granjas de kelp y sal.

Vio un bar diseñado como un tosco y agrietado bloque de hormigón, fachada vieja y deteriorada, neón penumbroso de mujer desnuda montada en un cohete, círculos rojos por pezones, relampagueo opaco en contraste con la rutilante luz del día. Letras rojas y cuadrangulares de plástico remedaban decrepitud sobre la fachada: «Pequeña Española».

Mary se desvió. No le gustaba la idea de visitar el original de ese sórdido tugurio, La Española, isla de casinos, exportadora de dolor y terror, exservidora leal de oriente y occidente que no querían ensuciarse las manos.

No necesitaría tránsito dp. Dentro de dos horas, Supervisión.

Mañana se mudaría a las crestas.

Pero visitaría a E Hassida un par de horas.

A veces conozco mejor a mis amigos que ellos mismos. Llamadlo megalomanía o llamadlo maldición; es verdad. Ojalá me conociera tan bien a mí mismo.

15

Nadine preparaba algo de comer. Richard le había oído en el baño, orinando en el viejo excusado de cerámico —alta presión, baja altitud— y había arrugado la nariz. Se estaba volviendo quisquilloso como en su adolescencia. Le disgustaba la exhibición de la fragilidad humana o de las limitaciones biológicas humanas, especialmente cuando le afectaban. Había disfrutado haciendo el amor con Nadine la noche anterior; ella se mantenía escrupulosamente limpia, pero ahora Richard sentía disgusto incluso por los ruidos que él mismo hacía en el cuarto de baño, y mucho menos por los que hacían otros. Cuando estaba casado esto no le molestaba.

+ Terapiarme. Mi esposa hacía esos ruidos; mi esposa ha muerto. Los que hacen esos ruidos pueden morir. ¿Es eso?

+ No.

Se levantó de la cama, escuchó el ronroneo de alivio de la suspensión eléctrica, vio a través de las amarillentas cortinas de encaje de la polvorienta ventana del dormitorio occidente una cresta que reflejaba el sol en un distante edificio de piedra amarilla, olisqueó jovialmente los aromas del café, el pastel recalentado. Quizá todo anduviera bien ese día, normal, incluso agradable.

Luego una intrusión aguda y oscura. Nada había cambiado. No había resuelto los problemas propios ni ajenos. Hoy tampoco escribiría y su farsa seguiría adelante, su afectación de ser un escritor cuando en realidad era un parásito un sicofante un acólito de quienes poseían mayores niveles de energía mayor carga mayor aptitud para hundir los pulgares en el mundo y emerger con éxito. Su vida era un ciclo de dudas y frustraciones.

—Estás despierto —dijo Nadine, asomando la cabeza por la jamba de la puerta, el pelo negro alegremente desaliñado.

—Lamentablemente.

—¿Aún sigues deprimido?

—Mucho.

—Entonces soy un fracaso —dijo ella, tomando su mal humor a la ligera—. Me parece que no soy la ramera capaz de transformar tu noche en día radiante.

—No es eso. Todavía estoy...

Ella esperó pero Richard no dijo nada. Nadine hizo un mohín con los labios y anunció:

—Las sobras esperan.

Al menos era una suerte que ella no estuviera abatida. Dos hubieran sido demasiados. Richard se alegraba de que hubiera alguien y se alegraba de que fuera mujer. Anoche había disfrutado haciendo el amor y sentía hambre.

Sacudió la cabeza y se puso una bata preguntándose cuántos segundos faltaban para el próximo vaivén del péndulo. Estaba metiendo la mano en la manga cuando oyó el campanilleo de la puerta. El manager no anunció a nadie, un fallo nada inesperado.

—¿Quieres que vaya? —preguntó Nadine, insinuando burlescamente que una mujer caída no debía exhibirse ante las visitas matinales.

—No. Iré yo.

Acudió después de calzarse pantuflas. Detrás del tabique de plástico había un joven que jamás había visto: pelirrojo, rostro redondo y agradable, sonrisa simpática, aire de vendedor. Los vendedores no visitaban esa sección de las sombras.

—¿Es usted Richard Fettle?

—Sí. —Se terminó de poner la bata.

—Mi nombre no es importante. Debo hacerle unas preguntas. En bien de la sociedad, espero que responda.

La fórmula «en bien de la sociedad» se había transformado en una broma nerviosa en las sombras y aun en las crestas, pero esto no era broma. Era de esperar que *ellos* se interesaran. Era noticia y él formaba parte de ella. Celebridad publicidad sensación.

—¿Cómo ha dicho? —Richard ganó tiempo, esperando que le permitieran cerrar la puerta.

—¿Puedo entrar? En bien de la sociedad.

En la cocina Nadine se erguía como un gato con las uñas tensas, sacudiendo la cabeza. No. No lo dejes.

Los aterapiados rara vez llamaban a los dp. Aquí había seguridad estadística, un terreno perfecto para practicar el oficio de la perfección depuración corrección. Richard tuvo esperanzas de equivocarse y de que la fórmula y la postura formaran parte de una broma de mal gusto.

—¿Qué desea?

—¿Señor Richard Fettle?

—Sí.

El pelirrojo enarcó una ceja como diciendo una cosa por otra tú eres tú y el resto es pura formalidad.

—Entre —dijo Richard. No sabía cómo quitárselo de encima.

—Por favor, no se alarme —dijo el hombre—. Sólo voy a hacerle unas preguntas.

+ Me gustaría decirte quién demonios te crees que eres. ¿Alguien te nombró Dios? Odio esta cobardía No te alarmes guarda silencio.

—¿Usted era amigo de Emanuel Goldsmith? Nadine había retrocedido hacia la cocina, apoyándose en el grueso esmalte que cubría la jamba de la puerta, los ojos cautos. Richard deseaba concentrarse en ella y en la pintura blanca oscurecida por el tiempo. + Piensa en eso en la madera centenaria que estaba aquí antes de todo esto. Pero se obligó a mirar al hombre.

El visitante usaba un sencillo traje negro, con botamangas que se elevaban unos centímetros sobre el lustroso calzado negro, corbata roja y angosta sobre camisa verde, mangas cortas sobre muñecas que le hacían parecer alto y desgarbado aunque en realidad era seis u ocho centímetros más bajo que Richard. De la talla de Nadine.

—Lo era —dijo Richard.

—¿Sabía usted que él era capaz de asesinar gente?

—No lo sabía.

+ ¿Me castigaría por eso? Es la verdad. Se lo dije a los dp. No lo sabía.

—¿Alguna vez le Contó que pensaba hacer semejante cosa?

—No.

—No reconozco a esta mujer. ¿Era amiga de Goldsmith?

+ Franqueza perversa. Odio a este hombre pero le canto todo.

—Le conocía. No tanto como yo.

—¿Sabe usted quién soy? —preguntó el hombre a Nadine. Ella movió la cabeza como una niña a quien sorprenden comiendo una golosina prohibida.

—Ella forma parte del grupo de Madame de Roche, ¿verdad? ¿Como usted?

—Sí.

—¿No se sienten un poco culpables por lo que sucedió?

Richard tragó saliva.

—No soy el guardián de mi hermano.

—Todos somos guardianes de nuestros hermanos —dijo el hombre—. Yo vivo para esa verdad.

Usted debía saber de qué era capaz su amigo. Lo que hacemos u omitimos hacer nos afecta a todos. Lo que cualquiera hace nos afecta.

+ Pues castíganos a todos.

—¿No sabe dónde está Goldsmith?

—Supongo que los dp lo han pillado.

El hombre sonrió.

—Nuestros renuentes colegas ignoran dónde está.

—Colegas. —Richard exhibió una valiente pero breve sonrisa. El hombre

también sonrió. + Admira mi presencia escénica.

—Nuestro capítulo local está interesado en el caso porque parece posible que un hombre de fama y privilegio pueda escapar de la justicia. Usted ya sabe. Escondarse entre amigos y transformarse en héroe popular. Granjearse simpatías entre necios e ignorantes.

—Bueno, espero que no. El hombre estiró su sonrisa.

—No somos matones. No somos fanáticos. Somos suplementos vitamínicos de la justicia. Por favor, no interprete mal esta visita.

—Jamás.

—El miedo le daba vértigo.

+ Suicida.

—Dudo que usted haya actuado mal en este caso —dijo el hombre—. No siempre podemos conocer las almas de quienes nos rodean. Pero le advierto una cosa: si usted sabe algo sobre Goldsmith, si usted se entera de su paradero y no lo denuncia a los dp o a nuestro capítulo local en bien de la sociedad, actuaría muy mal. Lastimaría a muchas gentes hambrientas de justicia.

—¿Esas gentes le han contratado? —preguntó Richard con voz ronca, tratando de disimular la aspereza.

—Nadie nos contrata —dijo el hombre con calma. Se volvió hacia la puerta y saludó cortésmente a Nadine—. Gracias por su tiempo.

—De nada —musitó ella con voz de ratón.

El hombre abrió la puerta, salió del apartamento y caminó hacia la escalera por el largo balcón.

—Me voy —dijo Nadine, girando de pronto y corriendo a coger ropa cepillo de dientes cartera del dormitorio y el cuarto de baño—. Increíble. Increíble. Tú.

—¿Qué pasa conmigo? —preguntó Richard, todavía aturdido.

—Están detrás de ti.

—¡No sé por qué!

—¡Lo defendiste! ¡Eres su amigo! Cielos, debí imaginarlo. Cualquiera que ande en buenos términos con Goldsmith... ¡Cielos! Selectores. Me largo.

Richard no intentó detenerla. Nunca había recibido la visita de un selector, nunca les había llamado la atención.

—Llama a la dp —dijo Nadine cogiendo el picaporte. Arqueó el cuerpo como si necesitara hacer fuerza para abrir la puerta. La puerta se abrió de golpe y ella trastabilló. Lo miró de frente—. Llama a la dp o haz algo.

Richard regresó abatido al dormitorio y se echó en la cama, apartándose de las estrías de fluido seco que manchaban la sábana en el sitio donde Nadine se había sentado después de hacer el amor. Miró el yeso rajado del viejo techo.

+ Cuánta gente ha muerto desde que pusieron ese techo o la madera cuántos

millones han padecido horrendamente desde que hicimos el amor anoche cientos por minuto en todo el mundo castigados a todos.

Se relajó, calmando su agitada respiración. Cerró la mano sobre la sábana. Volvió la cabeza a un costado, el cuello tenso, estiró la boca en una espantosa sonrisa y se sentó de golpe, asestando puñetazos rítmicos en la cama, miró en torno, se levantó y contorsionó el torso, echó la cabeza hacia atrás, alzó los puños, maulló, aulló, agitó los brazos, pateó el suelo, ojos agazapados mostrando azul claro a través de una máscara de pelo gris desgredado danzó brincó alrededor de la cama alzó los puños se tumbó de nuevo en la cama se levantó pateó el colchón corrió al pequeño living moviendo las piernas flacas y desnudas aulló cogió un florero lleno de flores muertas giró gotas de agua sucia titilaron en un abanico plateado soltó el florero que trazó un largo eje paralelo al piso y se estrelló contra las puertas del gabinete de abajo del fregadero desparramando flores mustias y pardas en el suelo.

Richard regresó al dormitorio, se arqueó, caminó dando tumbos, se acostó de nuevo en la cama.

Ciclo concluido ningún logro salvo un alivio inútil y primitivo. Sorbió su impotencia y desamparo en el negativo de un sollozo. Luego calló y con repentina calma estiró la mano hacia la manija de la gaveta de la mesilla, la abrió y extrajo una libreta, se acostó, buscó una pluma a tientas, halló una detrás de la lámpara, polvorienta, limpió el polvo en las sábanas, cerca de las manchas de fluido seco, pensando que eran similares en color y significado, se apoyó en las almohadas. Abrió la libreta en una nueva página; la última anotación tenía dos años. Páginas secas vacías años secos vacíos de no escribir nada.

+ No pienses no preguntes hazlo éste es el impulso hazlo. Se puso a escribir:

La comezón en mi cabeza. Allí empezó todo. Terminó en sangre y carnes trinchadas, pero empezó con una comezón, un sueño, una comprensión de mi ineptitud.

*África vacía muéstrame Madre el camino
de tu nueva tierra. Has hecho un desierto de arena ósea
donde otrora tus hijos bailaban.
¿Los pueblos más claros de la Tierra
gozarán tus anchos muslos, ahora que tus hijos
son débiles y pocos? ¿Arrojarás un nuevo manto
de durmiente morbo
blancos únicamente
para refugiar a tus primogénitos?
En costas foráneas, tus hijos perdidos trajinan
para ser blancos usar traje conocer el dinero blanco
paridos por tu suelo, caminan sobre el suelo
sin tocar nunca ningún suelo
no conocen ningún centro
son los negros blancos
soy tu hijo perdido
un negro blanco
llora por mí madre mía
como yo lloro por ti a quien no puedo amar.*

16

AXIS (Banda Biológica 4)> Roger, creo ver estructuras. Interesante, ¿verdad? Mis hijos han entrado en la atmósfera de B-2 y han descendido. Podría escribir un poema sobre su travesía. Dos tercios han sobrevivido y envían gran cantidad de datos. Están viendo grandes desiertos de arena verde y anchas tierras cubiertas de follaje como mares de hierba. Es un planeta verde, como habíamos pensado; hierba y arena y dos vastos y profundos mares verdes, uno en el hemisferio norte, otro en el sur. Hay un pequeño mar azul en el polo norte.

Todos los mares, según me cuentan mis hijos, son fecundos en microorganismos. La tierra no parece albergar formas de vida; no hay indicios de vida animal en la tierra pero hay suficiente oxígeno para soportar dicha vida. Tal vez todas las formas animales existan en los mares, o el ciclo del oxígeno sea diferente del terrícola. Desde luego, siempre es posible que existan grandes colonias subterráneas de insectos. En cualquier caso, hay vida aquí. [Chequeo de algoritmo de juicio afirmado.]

Hay estaciones aquí, generadas por la inclinación axial de B—2, que mide nueve grados.

Son estaciones moderadas, al parecer, y no hay nada similar al invierno o al verano de la Tierra; la diferencia se parece a la que existe entre primavera y otoño.

Roger, quizás ésta sea mi observación más relevante. En tierra, mis hijos esparcidos ven torres curtidadas por el tiempo, dispuestas en círculos. Estos círculos miden entre cientos de metros y diez kilómetros de diámetro. Las torres tienen hasta cien metros de altura, y vistas desde arriba semejan óvalos o círculos achatados, con aparente predominio de las torres circulares en los círculos más pequeños. Los círculos o anillos rara vez están a más de doscientos o trescientos kilómetros de la orilla de uno de los mares, y anchas líneas que semejan carreteras van desde las costas hasta las formaciones.

Con mis cámaras telescópicas de largo alcance confirmo estas observaciones a una distancia de doscientos cincuenta mil kilómetros. Mis hijos no informan que haya indicios de cosas vivientes o móviles en estos círculos ni en las carreteras.

Los observadores móviles lanzados ayer están desacelerando y preparándose para el aerofrenado y aterrizarán dentro de cinco horas diez minutos. Espero sus informes para dentro de veinticuatro horas. He indicado a cinco de ellos que descendieran en masas continentales, dos en las praderas y tres cerca de los círculos de torres; y de los tres observadores móviles aptos para fluidos he despachado uno al mar interior polar, el único océano que no es verde sino azul, otro al mar ecuatorial que rodea la costa como un río y uno al mar meridional, el más vasto de todos.

[Mensaje 5.6 picosegundos]

LitVid 21 /1 Red A (David Shine): «¡AXIS ha confirmado el descubrimiento de las primeras formas de vida fuera de la Tierra! Despertad, historiadores, es un momento decisivo en la historia de la raza humana: ¡No estamos solos! Y como si esto fuera poco, AXIS sugiere la posibilidad de que haya vida inteligente, o una forma de vida capaz de construir altas torres en formaciones circulares. Cabo Norte de Australia promete que después dispondremos de imágenes de baja resolución del planeta y de lo que AXIS está —o estaba— viendo, y las proyectaremos en cuanto las recibamos.

»¿Cómo evitar un arranque de fulgurante orgullo? AXIS, tal vez el logro más costoso en las exploraciones de todos los tiempos, nos han dado magníficos réditos. Hoy hemos aprendido que hay vida en otra parte del universo. ¿Podrá nuestra existencia ser la misma? Y por si fuera poco, AXIS nos informa que tal vez haya descubierto restos de ciudades. Brindaremos una cobertura completa de todas las revelaciones de Cabo Norte y análisis de expertos internacionales conforme los recibamos.

»LitVid 21 no es propensa a la hipérbole. Tratamos de dar un sesgo distinto a nuestra información, cambiando de vectores para apuntar a la verdad, al margen de lo que presentan los hechos desnudos, pero hoy estamos tan anonadados que no podemos ser más originales que otras redes de vid. AXIS ha descubierto lo que quizá

sean ciudades de otro mundo, un mundo verde, B—2, el segundo planeta de Alfa del Centauro B. A través del tiempo los humanos nos hemos preguntado si estábamos solos, si teníamos todo el universo para nosotros. Durante la mayor parte de nuestra historia, con la excepción de algunos visionarios, se pensó que el viaje espacial era improbable, y el viaje a las distantes estrellas parecía más que imposible, mera fantasía. Pero nuestro progreso tecnológico y nuestro innato impulso de explorar nos obligaron a viajar a la luna y los planetas. Los hallamos desprovistos de vida.

«Nuestros telescopios espaciales confirmaron la existencia de planetas mucho mayores que la Tierra en torno de estrellas distantes; no podíamos saber si existían planetas del tamaño del nuestro, pero el instinto nos decía que sí, y en 2017, cinco países, encabezados por China, ese joven gigante tecnológico, decidieron construir la primera sonda interestelar. Los Estados Unidos fueron persuadidos a participar, cosa que hicieron a regañadientes, con lo cual sumaron seis, y aportaron su considerable pericia espacial al proyecto. Construido en órbita terrestre y usando como base la gran plataforma orbital china *Alba Dorada*, AXIS, el explorador automático del espacio interestelar, cobró vida, por así decirlo.

»Roger Atkins, ejecutivo de Mind Design Inc. y principal diseñador de los sistemas inteligentes de AXIS, creó un pensante bioelectrónico con aptitudes que superan las de cualquier individuo humano, pero sin autoconciencia. Como declaró Atkins en 2035, a cinco años de participar en el proyecto:».

(Proyección de entrevista en vid, Atkins bajo y robusto con cabello castaño, ralo y desaliñado, vestido con dermiforme negro). «No queremos enviar un ser humano artificial. El pensante de AXIS hará mejor trabajo que un humano; estará diseñado especialmente para esta tarea. Pero no descuidaremos el aspecto poético, ni AXIS será ciego o incapaz de emitir opiniones. A fin de cuentas, un ciclo de comunicación con AXIS llevará más de ocho años y medio cuando él alcance su objetivo; estará muy solo allí, y tendrá que pensar y tomar decisiones importantes por su cuenta. Tendrá que elaborar juicios hasta ahora reservados a los seres humanos. También lo hemos diseñado con un fuerte afán de comunicación con otros, además de sus constructores; AXIS será una criatura social de un modo singularmente nuevo. Querrá tener contacto y comunicación con inteligencias nuevas y extrañas, si existe alguna».

David Shine: «En este momento, parece que AXIS tendrá su oportunidad... En resumen, nuestros científicos han construido un simulacro de ser humano, mejor que los humanos pero no del todo humano —un reto para los filósofos— y lo han enviado en una travesía de quince años a Alfa del Centauro. Esas décadas de esfuerzo y viaje han producido un descubrimiento que puede cambiar el modo de pensar sobre nosotros mismos, sobre la vida, sobre todo lo que es importante.

»No estamos solos. Francamente, en LitVid 21 creemos que es hora de

celebrarlo... Pero los científicos de AXIS aconsejan cautela. Es casi seguro que AXIS ha descubierto vida. Pero las torres que ha visto AXIS quizá no sean edificios ni ciudades.

»¿Qué cree usted? Inserte su voto en nuestros enlaces y envíe sus comentarios con cargo a su número de cuenta. Tal vez la opinión de usted llegue a todos los espectadores de LitVid 21...>

Mary Choy se apeó de un minibús dp intermuescas y echó una fugaz mirada a la Cresta Uno Este, un cúmulo de espejos angostos y horizontales donde cuatro sectores adoptaban la posición vertical para proyectar el sol del ocaso hacia la muesca seis, donde vivía E Hassida.

Nubes uniformes color peltre llegaban desde el mar decapitando las crestas. Quizá no hubiera sol ese atardecer, quizá lloviera, pero las crestas se preparaban como sintiéndose culpables de las sombras que arrojaban.

Mary aguardó en el porche mientras el manager hogareño la anunciaba.

Ernest Hassida abrió la oscura puerta de paneles de roble y sonrió cálidamente; bajo, musculoso, rostro circular, ojos tristes equilibrados por labios irónicos y mejillas redondas. Mary sonrió a su vez y sintió que lo peor de la semana se evaporaba bajo el fulgor de esa silenciosa bienvenida.

Él la hizo entrar con galantería, Mary lo abrazó. La cabeza de Ernest le llegaba a los pechos.

Él hundió la nariz entre esos pechos, se apartó bruscamente como abrumado, dientes blancos y uniformes en una sonrisa de encías rosadas.

La invitó a sentarse.

—¿Puedo vaivenear? —preguntó ella.

—Desde luego —dijo él con voz de terciopelo—. ¿Mal trance?

—Hubo un asesinato horrendo. Y un jauleo de selectores. Dentro de un rato iré a Supervisión de Ciudadanos para hacer una averiguación.

—Vaya, pues que mal...

E Hassida rara vez veía las redes o LitVid pero no despreciaba la tecnología.

Su pequeño bungaló estaba abarrotado de excelentes equipos que a menudo la deslumhraban.

Ernest era un genio técnico para rescatar e integrar elementos dispares y unirlos armónicamente a un décimo del coste: música por doquier con un gesto. Luces danzantes podían transformar las paredes en escenarios operísticos, y dinosaurios risueños podían asomar por las ventanas; de noche flotaban ángeles sobre la cama cantando dulces canciones de cuna mientras antiguos maestros japoneses explicaban el mahayana, cabezas largas como melones, ojos sabios contraídos con humor cósmico.

Ernest se inclinó, regresó a su teclado y continuó trabajando como si ella no estuviera. Más distendida, Mary inició una espontánea danza t'ai chi, flexionando los brazos, como la mañana anterior pero con mayor gracia certidumbre fluidez. Se imaginó como lago río chaparrón sobre la ciudad. Notó que su centro se estabilizaba y abrió los ojos.

—¿Almuerzas? —preguntó Ernest. Las tres anchas pantallas montadas detrás del teclado mostraron rostros temibles, largos y angulosos que los escrutaban con ojos semejantes a rescoldos de hielo. Tenían contornos de neón, colores vibrantes. La nariz de uno era el cráneo de un animal, gato o perro.

—Escalofriantes —comentó Mary.

—Alienígenas —dijo Ernest con orgullo—. Copié algunos detalles de holografitis de un barrio hispano.

E Hassida se especializaba en alienígenas. Mitad japonés y mitad hispanoanglo, alternaba entre los brillantes colores primarios de motivos maya—mexicanos y los serenos y arcillosos tonos del viejo Japón, entre la paisajística y el pop transformado. Su obra intimidaba y exaltaba. Mary habría aceptado a Ernest sin su talento, pero al poseer ese talento la complementaba perfectamente, arrollador inquietante esclarecedor, en contraste con su organización calma desenfado.

—¿Puedes hablar de ello? —preguntó Ernest, sentándose en el borde del diván, pidiendo comida con un lenguaje de señas para máquina que él había inventado. Tres arbeitsers con forma de gráciles abstracciones (curvas urceoladas y bordes cubistas blancos y negros) enfilaron hacia lo que funcionaba como cocina y reducto de nanoproyectos.

—Tal vez viaje a La Española —dijo Mary—. Las autorizaciones se están tramitando de antemano.

El sospechoso huyó.

—¿Sospechoso de qué?

—Ocho homicidios. Orgía de una noche.

Ernest silbó.

—Pobre Mary. Estas cosas te lastiman.

—Las detesto.

—Demasiada empatía. Mira, has vaiveneado pero ya estás tiesa de nuevo.

Ella estiró los dedos y sacudió la cabeza.

—No es furia, es frustración. —Le escrutó el rostro con ojos negros—. ¿Cómo pueden hacerlo?

¿Cómo es posible que algo salga tan mal?

—No todos son tan equilibrados como tú... y como yo —dijo Ernest con una pequeña sonrisa.

Ella negó con la cabeza.

—Encontraré a ese hijo de perra.

—Pues eso parece furia.

—Quiero que todo termine. Quiero que todos seamos maduros y felices. Todos.

Ernest cloqueó dubitativamente.

—Tú eres dp. Como un cirujano. Si todos se adaptan, te quedas sin trabajo.

—No me molestaría. Tú... —Mary buscó las palabras, no las halló. Exhibición de dudas y flaquezas. Ernest había sido su muro de los lamentos durante dos años. Desempeñaba el papel con calma, su cirujano mental y solaz—. Hoy ni siquiera tengo tiempo para el amor.

—Entre la comida y el amor, ¿eliges mi comida?

—Eres buen cocinero.

—¿Hace muchas horas que estás en actividad?

—Demasiadas. Pero tuve un respiro, y ahora tengo otro. No te preocupes. Ernest, ¿has oído hablar de Emanuel Goldsmith?

—No.

—Poeta. Novelista. Dramaturgo.

—Soy hombre visual, no literato.

—Él es el sospechoso. Hombre importante. Vivía en el pie de una cresta. Sospechoso de matar a ocho jóvenes seguidores. Sin motivos. Desapareció y creo que huyó a La Española. Tiene una invitación del coronel sir John Yardley. Una vez me dijiste que conocías a gente de La Española.

Ernest frunció el ceño.

—No me alegraré de que viajes allí, Mary. Si quieres aprender cosas sobre La Española, ¿por qué no vas a la biblioteca dp? Sin duda allí tienen todo lo que necesitas...

—Ya lo hice, pero aún necesito una visión directa, desde adentro. Preferiblemente, desde abajo.

Él entornó los ojos.

—Tengo amigos que conocen a gente que trabajó allí. No es gente agradable. No se fía de nadie.

Ella le acarició la mejilla, mano negra y lampiña contra rostro moreno y barbado.

—Me gustaría hablar con tus conocidos. ¿Puedes arreglarlo?

—Son desempleados, aterapiados, pronto serán ilegales... aun así, no desperdiciarían la oportunidad de conocerte. Tú eres diversión, Mary. Pero ellos están aquí gracias a las leyes de inmigración de Raphkind. La Española los abandonó cuando los vientos cambiaron en Washington. Temen que les envíen de vuelta. Huyen de Inmigración y también de los selectores.

—Puedo hacer la vista gorda.

—¿De veras? Pues hablas como una mujer furiosa. Tal vez desees hacerlos encerrar para terapia.

—Puedo controlarme.

Ernest se miró las manos curtidas. Nanocicatrices. A veces no era cuidadoso con sus materiales.

—¿Cuándo?

—Si mañana no encuentro a Goldsmith en este país, partiré para La Española pasado mañana.

—Puedo hablar con mis amigos. Pero si no vas, lo olvidamos.

—Siempre necesito contactos en las sombras.

—Compláceme. No necesitas a éstos.

Los arbeiter trajeron la comida. El arbeiter urceolado llevaba una bandeja y dos copas de vino; el cubista le seguía con una bandeja repleta de emparedados.

—Mary, sabes que te adoro —dijo Ernest mientras comían—. Daría cualquier cosa por ser tu esposo.

Mary sonrió, se estremeció.

—Nada me apetecería más, pero no quiero que ninguno de los dos renuncie a nada. Aún no hemos llegado a nuestra cima profesional. Cuando lleguemos.

Ernest la había visto estremecerse.

—No bromees conmigo. Podría desistir y conseguirme una dulzura de las barriadas. —Le sirvió una taza de tamarindo. Ernest no bebía alcohol ni consumía drogas—. Pero casi siempre digo lo mismo, ¿verdad? Brindaron. Mary alzó la mano y la miró como si perteneciera a otra persona.

—¿Qué otra cosa anda mal? —preguntó Ernest.— Llamó Theo.

—La nerviosa Theodora —dijo Ernest—. ¿Cumplió con los deseos de su corazón?

Mary sacudió la cabeza.

—La suspendieron de nuevo. Por tercera vez.

—No me refería a eso.

—¿No?

—Me dices que es tu amiga, Mary, pero nunca vi tal amiga. Ella se refleja en ti. No te ama. Quiere ser como tú, pero te odia por ser diferente.

—Oh. —Mary dejó la copa.

—¿Lloró sobre tu hombro?

—Tus comidas son como el amor —dijo Mary después de una pausa—. Lamento sinceramente no poder quedarme más tiempo. —A modo de saludo, levantó una exquisita panera de encaje llena de camarones con hierbas.

Supervisión de Ciudadanos ocupaba los primeros siete pisos de una torre comercial de principios del siglo veintiuno que se elevaba en Wilshire, en la vieja Beverly Hills. Las salas de espera del segundo piso no tenían pretensiones ornamentales: mínimas incómodas blancas crudamente iluminadas.

Mary aguardó pacientemente mientras la hora de su cita quedaba atrás. Tres dp de Long Beach y Torrance Towers aguardaban con igual paciencia frente a ella. Hablaban poco. No estaban en su elemento.

Supervisión controlaba la información que dp no podía conseguir mediante una

orden judicial.

Obtener dicha información era un arte semejante a la política. Los dp individuales o los distritos dp que la solicitaban con frecuencia eran calificados como codiciosos.

En todos los EE.UU., monitores de vid y otros sensores rastreaban la actividad ciudadana en automóviles autobuses trenes aviones incluso aceras, en cualquier lugar donde los ciudadanos utilizaran paseos o edificios públicos. Los registros de compañías de servicios financieros médicos terapéuticos se almacenaban en Supervisión y nuevos funcionarios eran elegidos públicamente todos los años en cada estado para administrar la información así recogida.

Supervisión había demostrado su valía un centenar de veces al brindar a los estadistas sociales los datos necesarios para planificar y verificar tendencias, comprender y servir a un país de quinientos millones de personas.

En sus comienzos, Supervisión tenía absolutamente prohibido entregar datos relacionados con ciudadanos o grupos de ciudadanos, fueran cuales fuesen sus actividades, al sistema judicial o a los dp.

Pero incluso antes de Raphkind, la pared entre Supervisión, los tribunales y los dp se había reducido.

Durante los siete años de gestión de Raphkind, las paredes se habían reducido aún más, se habían agrietado, y los dp y los federales habían recibido una caudalosa información. En el nuevo vaivén del péndulo, Supervisión sólo ofrecía información con cuentagotas.

Ahora existían rigurosas penas económicas e incluso encarcelamiento para los funcionarios de Supervisión que cometiesen errores en la entrega de datos. En consecuencia, cada solicitud dp era un choque de voluntades. Un sí chocando con un no, pensó Mary. En sus cuatro intentos de realizar indagaciones, jamás le habían brindado información. No esperaba obtenerla ahora, a pesar de la gravedad del crimen que investigaba.

El arbeiter de recepción la llamó. Ella introdujo el billete en la ranura y subió por una corta escalera hasta un cubículo con dos puertas en paredes opuestas y un escritorio vacío que actuaba como barricada entre ambas. No había sillas. Trato hostil, sin edulcorantes.

Mary aguardó a que su contacto entrase por la otra puerta.

Un hombre maduro —trajemedio azul, pelo ralo, una actitud que proclamaba su carencia física de disimulos y su fatiga— entró y la miró con rencor.

—Hola —dijo.

Ella meneó la cabeza y se quedó donde estaba, cruzando los brazos.

—Teniente Mary Choy, investigando el homicidio de ocho personas en el tercer pie de Cresta Uno Este —dijo el contacto.

—Sí.

—He examinado su solicitud. Este caso es insólito en una cresta... o en cualquier parte. Usted desea saber si el ciudadano Emanuel Goldsmith fue vigilado dentro de los EE.UU. durante las últimas setenta y dos horas. Usted utilizaría esta información para restringir su búsqueda a ciertas localidades o para viajar fuera de los EE.UU. para continuar la búsqueda.

—Sí.

El hombre la miró con imparcialidad. Mera observación, sin juicios.

—Su solicitud no es ilegítima. Pero por desgracia, no puedo brindarle información total debido a evaluaciones conflictivas en tres de nuestros distritos. No hay necesidad pública suficiente. A nuestro juicio, usted capturará al homicida sin ella. Sin embargo, tengo autorización para decirle que no tenemos registros indicando que Emanuel Goldsmith haya realizado transacciones financieras u otros trámites personales fuera de la ciudad de Los Ángeles, dentro de los Estados Unidos de América, dentro de las últimas setenta y dos horas. Usted puede apelar dentro de veinticuatro días. Toda apelación antes de ese plazo será rechazada.

Mary tardó segundos en reaccionar. El oráculo había hecho su revelación. Se relajó, bajo los brazos y se dispuso a partir.

—Buena suerte, teniente Choy —dijo el hombre fatigado.

—Gracias.

*Ancianos oscuros de barba gris
imparten justicia tribal dientes podridos
ojos amarillos dedos rígidos mente obnubilada
un hombre roba la mujer de otro
tierras ganado dedo perdido o cicatriz ganada
en la frente marca del ladrón
o falsificación de shariyas mano derecha
pelucas grises togas negras salas resonantes
de madera somnolientas
los mismos ancianos oscuros de barba gris
ojos amarillos
mejores dientes.*

18

Martin Burke insertó la tarjeta en el fono. Apareció el rostro de Paul Lascal.

—Hola —dijo.

—Habla Burke.

—Me alegro de oírle, señor Burke. ¿Qué ha decidido?

A Martin se le secaron los labios.

—Diga a Albigoni que lo haré.

—Muy bien. ¿Está libre esta tarde?

—Nunca más estaré libre, señor Lascal.

Imaginando ironía, Lascal se echó a reír.

—Sí, estoy libre esta tarde —dijo Martin.

—Tendré un coche en su puerta a la una.

—¿Adónde iré?

Lascal carraspeó.

—Lo siento. Por favor, permítanos esta discreción.

—Ésta y muchas más —dijo jovialmente Martin, con voz de criado—. Ah, señor Lascal... necesitaré toda información que pueda brindarme sobre nuestro sujeto. Es conveniente informarle sobre el procedimiento...

—Él ha dado su autorización.

Martin calló sorprendido.

—Veré de que todos los biodatos y demás materiales estén disponibles a su llegada —dijo Lascal.

Martin se quedó mirando la pantalla en blanco, sin pensar, frotándose las rodillas.

Se levantó y se dirigió hacia la ventana para mirar la raída elegancia de La Jolla, que aún soñaba con una gloria que había huido hacia los monumentos del norte o hacia el oeste, a la otra orilla del océano.

Había llegado a amar La Jolla. No ambicionaba reconquistar los monumentos y mucho menos las crestas de LA. Pero si todo iba según lo planeado —según lo conspirado— pronto estaría muy lejos de aquí, de vuelta en un lugar (si así podía llamarse) que amaba aún más que esto, en el País, y con Carol.

—Puedo tomar esto como una aventura —dijo en voz alta— o puedo tener miedo.

Echó una ojeada a los anaqueles, juntó discos y cubos, dio instrucciones al manager y luego llamó a su abogado para comunicarle dónde podría encontrarlo al cabo de una semana si no estaba de vuelta en su apartamento. Un resto de suspicacia.

Un largo coche particular azul medianoche del tamaño de un minibús llegó puntualmente y abrió la portezuela para recibirlo en su tenue confort gris y rojo. El coche recorrió zumbando las calles de La Jolla, abarrotadas de gente con ropas de color. Pronto encontró la entrada de la esclavovía federal 5 y enfiló hacia el norte.

Diez minutos hasta Carlsbad, entre condominios ajedrezados de fines del veinte que bordeaban la esclavovía como casas en un risco, ahora inquilinatos para quienes vivían debajo de la altísima pirámide invertida de Carlsbad. Viraron al este en la pirámide y salieron de la esclavovía para coger un liso camino de hormigón que serpeaba entre colinas y atravesaba parcelas moteadas de haciendas que parecían pilas de monedas, villas, mezquitas, cúpulas de vidrio, fincas tudor de madera y ladrillo: refugios de los ricos viejos y excéntricos que preferían alejarse de la ostentación de los monumentos y las viviendas burguesas del litoral.

Vista desde el mar, la costa sur de California semejaba la pared de una vasta prisión o una abigarrada protuberancia de basalto que al enfriarse hubiera formado cubos, tubos, hexágonos y torres pobladas por lémmings procedentes de todo el mundo: colonias rusas de expatriados explotadores de la riqueza natural de las masas siberianas desde las décadas de Apertura, con sus bistrós costeros; colonias chinas y coreanas que habían llegado demasiado tarde para comprar tierras extravagantes; viejos ricachones japoneses y las últimas familias levantinas del siglo del petróleo, que habían vendido sus tierras por nuevas fortunas a los constructores de monumentos. Aferrados a sus cajas rectangulares, competían con viejos, desalentados y escasos californianos nativos cuyo hábitat *déclassé* se extendía a la sombra de los monumentos y de las crestas, más amplias y recientes.

Era lógico que Albighoni tuviera su finca lejos de todo esto, pero el editor no había seguido la marea inversa de aquellas gentes del oeste que se habían mudado al Este para reclamar los estados centrales y la vieja y ruinoso Nueva York.

—¿Hemos llegado? —preguntó Martin al coche. Habían cogido una carretera privada que se internaba en un robledal y ahora se aproximaban a un extenso

complejo de cinco pisos, aparentemente de madera, con paredes blancas, techo color ladrillo y una vasta y alta torre central. A Martin le resultó familiar el edificio, aunque nunca lo había visto. El controlador, un pensante especializado de bajo nivel, respondió:

—Éste es nuestro destino, señor.

—¿Por qué lo encuentro familiar? —preguntó.

—El padre del señor Albighoni lo hizo construir a semejanza del viejo Hotel Del Coronado, señor.

—Ah.

—Le gustaba mucho ese hotel. El padre del señor Albighoni reprodujo aquí muchas de sus características.

Entraron en una ancha calzada y Martin observó las escaleras de ladrillo y las barandas de bronce que conducían hasta una ancha puerta de vidrio y madera, madera descolorida o madera blanca pintada, imaginando el transporte de la materia prima con equipo pesado desde los bosques décadas atrás. Brasil u Honduras, Tailandia o Luzón: carnes vegetales mordidas por grandes fauces mecánicas, desnudadas por mandíbulas de metal, aserradas, secadas, fajadas, rotuladas, pintadas, empacadas, embarcadas.

No le gustaban los muebles de madera. Presentía que las plantas, especialmente los árboles, gozaban de una conciencia más elevada, elemental y profunda, sin mente sin yo sin País, simplicidad suprema en la respuesta al problema de la vida: crecimiento y sexo sin éxtasis ni culpa, muerte sin dolor.

No expresaba estas creencias a nadie; formaban parte de una íntima reserva de pensamientos.

Paul Lascal bajó la escalera y se acercó al coche mientras la portezuela se abría con un suspiro.

Tendió la mano y Martin la estrechó sin dejar de mirar las puertas de madera, boquiabierto como un niño maravillado.

—Me alegra tenerle a bordo, doctor Burke.

Martin movió la cabeza cortésmente. Se puso la mano en el bolsillo y preguntó:

—¿Hacia dónde?

—Por aquí. El señor Albighoni está en el estudio. Ha estado leyendo todos los trabajos de usted.

—Qué bien —dijo Martin, aunque esa información era neutra. No era necesario que Albighoni comprendiera. Él no viajaría País arriba—. He visto a Carol —le comentó a Lascal en una ancha y oscura sala: piso de granito bóvedas de madera voladizos columnas maderas exóticas caoba prímula arce teca castaño otras que no podía identificar, en cierto modo humillantes como la piel de animales extinguidos, aunque por cierto los árboles no estaban extinguidos. La época en que los habían

talado y trabajado era una mala época, una época pecaminosa, pero los árboles habían sobrevivido y ahora medraban. La madera alterada, cultivada en granjas genéticas, era barata y los ricos la usaban poco pues ahora preferían materiales artificiales que resultaban raros por el coste y la energía requeridos para crearlos. La casa de Albighoni estaba a medio camino entre la época de la voracidad y la época de la abundancia proletaria.

Lascal dijo algo que él no oyó.

—¿Cómo ha dicho?

—Es una buena investigadora —repitió Lascal—. El señor Albighoni está muy complacido de disponer de los servicios de ambos.

—Sí, claro.

Lascal lo condujo al estudio: más madera oscura, veinte o treinta mil volúmenes, el olor denso, dulzón y polvoriento del papel viejo, más madera, vejez y podredumbre en suspenso.

Albighoni estaba sentado en una pesada silla de roble ante una pizarra que mostraba diagramas rotativos de cerebros humanos: rostral, caudal, ventral. Irguió la cabeza despacio, parpadeando como un lagarto, el rostro pálido y envejecido por la congoja. Quizá no hubiese dormido desde que se habían visto.

—Hola —dijo Albighoni sin ceremonias—. Gracias por aceptar. No hay mucho tiempo. A partir de pasado mañana el Instituto estará abierto para nosotros y usted podrá disponer de sus instalaciones. Me gustaría que antes me explicara ciertos detalles.

Lascal acercó una silla y Martin se sentó. Lascal permaneció de pie. Albighoni movió los codos y se inclinó como un viejo: ancho rostro de patricio romano, labios que otrora sonreían con naturalidad, ojos afables ahora vacíos.

—Estoy leyendo sobre su receptor de triple foco. Capta señales de circuitos instalados en la piel mediante nanos neurológicos especiales. Está diseñado para rastrear actividad en veintitrés puntos en torno del hipocampo y el cuerpo calloso.

—Sí. Si vamos País arriba. Es versátil y puede realizar otras tareas en otras áreas del cerebro.

—¿No afecta al sujeto? —preguntó Albighoni.

—No hay efectos duraderos. El nano regresa a la superficie dérmica y es recuperado; si por alguna razón no regresa, se descompone en metales inaccesibles y proteínas.

—Pero la sonda de realimentación...

—Excita la actividad neuroquímica a través de sendas seleccionadas, puertas neurales; crea transmisores e iones que el cerebro interpreta como señales.

Albighoni asintió.

—Eso representa una intrusión.

—Intrusión, no destrucción. Todos estos estímulos son naturalmente reversibles.

—Pero usted no explora la mente del sujeto directamente.

—No. No en una exploración de primer nivel. Usamos un ordenador con buffer.

Mi programa interpreta las señales emitidas por el sujeto y recrea las imágenes de la estructura profunda. El investigador explora esta estructura profunda en una simulación informatizada y si es preciso activa el estímulo de realimentación para provocar una respuesta. La mente del sujeto reacciona y esa reacción se refleja en la simulación.

—¿Podría usted explorar la mente en forma directa?

—Sólo en una exploración de nivel dos. Sólo lo he hecho una vez.

—Mis ingenieros me indican que la exploración de nivel uno no será posible. Hace seis meses los federales metieron mano en el equipo. Su simulación se halla ahora en Washington DC. Los abogados lo han confiscado para compararlo con aparatos de tortura importados, utilizados por los selectores. ¿Está usted dispuesto a abordar al sujeto directamente?

Martin miró alrededor, moviendo la barbilla. Sonrió y se reclinó.

—Caballeros, esto cambia el juego —dijo—. No sabía nada de la confiscación. Los federales están totalmente desorientados. Mi equipo no se parece en nada a un infernador. Ahora no sé de qué capacidad dispongo.

—El ordenador es irrecuperable. Podemos encontrar otro...

—Yo mismo construí ese ordenador —dijo Martin—. Lo cultivé a partir de un nanogermen. No es un pensante, pero es casi tan complejo como el cerebro que simula.

—Entonces el proyecto es imposible —dijo Albigoni, casi esperanzadamente.

Martin apretó la mandíbula y miró por la ventana. Rosas de invierno azules y verdes florecían en un pulcro seto; césped verde robles verdes cerros pardos dorados polvorientos.

La estocada final. Tomar la decisión y luego sentir que le arrebatan todo. Demasiado.

—Tal vez aún sea posible. No sé si será aconsejable...

—¿Peligros?

—La investigación directa es más exigente para el sujeto y el investigador. Se puede pasar menos tiempo en el País. No más de un par de horas. Un ordenador más viejo y pequeño que yo diseñé podría establecer una interfaz parcial e incrementar la comprensión; actúa como intérprete, como quien dice, pero no como buffer. Espero que ese equipo aún esté disponible.

Albigoni miró a Lascal, quien asintió.

—Si nuestro inventario es correcto, sí.

—¿Cómo logró abrir el Instituto? —preguntó Martin.

Lascal señaló que no le concernía. Tenía razón; era mera curiosidad. No importaba mientras fuera cierto. ¿Qué límites tenía el poder de un hombre adinerado? Todos podían ser descubiertos como consecuencia del error de un ricachón o la idiotez de un subalterno.

—¿Por qué existe el País de la Mente, señor Burke? —preguntó Albigoni—. He leído sus artículos y libros, pero son muy técnicos.

Martin ordenó sus pensamientos, aunque lo había explicado cien veces a sus colegas e incluso a los legos. Esta vez no haría retoques artísticos. El País no necesitaba adornos para ser fascinante.

—Es el ámbito de todo pensamiento humano, de nuestros yoes grandes y pequeños. Es distinto en cada persona. La conciencia humana unificada no existe. Hay rutinas primarias que llamamos personalidades, una de las cuales habitualmente constituye el yo consciente, y están parcialmente integradas con otras rutinas que yo llamo subpersonalidades, talentos o agentes. Son versiones limitadas, incompletas, de las personalidades; para ser expresadas, o para cobrar control de la mente general, necesitan ser extraídas y fusionadas delicadamente con la personalidad primaria, es decir, lo que solíamos llamar conciencia, nuestro yo primario.

»Los talentos son complejos de habilidades e instintos, de conductas aprendidas y preprogramadas. El sexo es el más obvio y numeroso... veinte talentos en los adultos. La furia es otro; habitualmente hay cinco talentos consagrados a la respuesta furibunda. En un adulto integrado y socialmente adaptado mayor de treinta años, habitualmente sólo restan dos de esos talentos furibundos: la furia social y la furia personal. La nuestra es una época de furia social.

Albigoni escuchó sin asentir.

—Por ejemplo, los selectores están dominados por la furia social. La han confundido con la furia personal. Los talentos de la furia social controlan sus rutinas primarias.

—Los talentos son personalidades —aventuró Lascal.

—No plenamente desarrolladas. En los individuos equilibrados y saludables no son autónomos.

—De acuerdo —dijo Albigoni—. Eso está claro. ¿Qué otras clases de talento hay?

—Cientos, la mayoría rudimentarios, la mayoría estrechamente relacionados con las rutinas primarias, y todos se integran y fusionan —entrelazó los dedos y arqueó las manos— para constituir un individuo saludable.

—Casi todos, dice usted. ¿Qué hay de las rutinas y subrutinas más independientes, las que tienden a ser...? —Consultó sus notas—. Lo que usted denomina subpersonalidades o secundarios próximos.

—Un diagrama muy complejo —dijo Martin—. Está en mi segundo libro. —

Señaló la pantalla de la pizarra—. Las subpersonalidades o secundarios próximos incluyen rutinas de modelización de lo masculino/femenino, lo que Jung denominaba *animus* y *anima*... Las principales rutinas ocupacionales, es decir, la personalidad que asumimos al realizar nuestras actividades o desempeñar nuestro papel principal en la sociedad... Cualquier rutina que pudiera informar o reemplazar la personalidad primaria por un período sustancial de tiempo.

—¿Cómo ser artista o poeta?

—O cónyuge o progenitor.

Albigoni movió la cabeza, cerrando los ojos.

—Por lo poco que logré investigar en las últimas treinta y seis horas, he aprendido que la terapia suele consistir en el estímulo de rutinas y subrutinas desechadas o suprimidas, con miras a lograr un mayor equilibrio.

Martin asintió.

—O en la supresión de una subpersonalidad indeseable o defectuosa. A veces se logra mediante terapia externa, como la expresión verbal, o mediante estímulo interno, como la simulación directa de experiencias fantaseadas de crecimiento. O se puede lograr mediante remodelación física del cerebro, expresión y represión químicas, o, más radicalmente, mediante microcirugía, para clausurar las sedes de rutinas dominantes indeseables.

—En un maniático sexual, por ejemplo...

—La terapia típica para un maniático sexual consiste en destruir las sedes de una rutina sexual dominante indeseable.

—Con mucho cuidado.

—Desde luego. Las rutinas dominantes pueden incluir vastos sectores de la personalidad primaria.

Escindirlas es un arte delicado.

—Y un arte primitivo, hasta que usted inició su trabajo en el Instituto.

Martin aprobó modestamente.

—La terapia radical era sólo cincuenta por ciento efectiva hasta que usted dio mayor precisión al procedimiento. —Albigoni miró a Martin con ojos turbios y sonrió vagamente—. Culminando la transformación que el derecho y la sociedad han experimentado en los últimos quince años.

—Y ganándome un cencerro de chivo expiatorio —dijo Martin.

—Usted descubrió dinamita psicológica, doctor Burke —replicó Albigoni—. Mi compañía ha publicado más de seiscientos libros y setenta y cinco LitVids sobre el tema en los últimos seis años.

Hasta el momento Martin no había reparado en su conexión con Albigoni.

—Usted publicó un par de libros sobre el Instituto y sobre mí, ¿verdad?

—En efecto.

Martin murmuró algo y apoyó un dedo en los labios.

—No eran libros muy halagüeños.

—No estaban destinados a complacerle.

Martin entornó los ojos.

—¿Usted estaba de acuerdo con las conclusiones?

—El señor Albighoni no está necesariamente de acuerdo con los libros o LitVids que publica —observó Lascal, que a pesar de su inmovilidad parecía interponerse entre ambos.

—Estaba de acuerdo en ese momento —dijo Albighoni—. El trabajo de usted parecía despojarnos de nuestro último jirón de intimidad.

Martin enrojeció. Una vieja acusación que nunca dejaba de dolerle.

—Exploré un territorio nuevo y lo describí. Yo no lo creé. No culpe al pararrayos por la descarga.

—¿Quién puede culpar del rayo al hombre que se yergue para tocar las nubes? Pero estamos divagando, doctor Burke. Ahora no me opongo a usted. Necesito su talento para... ayudar a un amigo.

Para purgarme de un odio que me corroe el alma. Para lograr que todos comprendamos.

Martin desvió los ojos, conteniendo su furia renovada.

—Estas subrutinas y personalidades se asientan sobre cimientos más antiguos que el lenguaje hablado, la cultura y la sociedad. Algunas partes de los cimientos son más antiguas que el hombre. El témpano está congelado mucho antes de que caiga nieve sobre la punta.

—Así que quizás haya que investigar debajo de las personalidades, los agentes y los talentos, para hallar el origen de un desvío.

—No con frecuencia —dijo Martin—. La mayoría de los trastornos mentales humanos se basan en traumas superficiales. Aun en casos de inadaptación de los neurotransmisores, las estructuras profundas del cerebro funcionan bien. Es más probable hallar defectos en regiones evolutivamente más recientes de la estructura mente/cerebro. Menos perfeccionadas, menos desbrozadas. Sin embargo, algunos defectos hereditarios profundos son tan sutiles que no han afectado el potencial reproductivo, al menos en nuestra especie... Los procesos evolutivos convencionales no los eliminan.

—Si el desvío de Emanuel está por debajo de la superficie, ¿usted puede hallarlo, estudiarlo y corregirlo?

—No, no lo creo. Pero ya he dicho que esos desvíos fundamentales son infrecuentes.

—También lo son los homicidios múltiples. ¿Alguna vez diagnosticó y corrigió a un homicida múltiple?

—Nunca practiqué terapia —dijo Martin—. Soy investigador, no clínico. He hablado con terapeutas que utilizaban mis teorías y algunas de mis técnicas en gente que había matado, pero nunca homicidas múltiples. En mi opinión, ningún juicio de los últimos diez años ha permitido que un homicida múltiple fuera terapiado y liberado. —La ley y el orden de Raphkind. No habrá reposo para los malvados. Para ellos ni muerte ni salud.

Albigoni se volvió hacia la pizarra.

—Su segundo libro, *Las fronteras de la mente*, recurre a muchas citas de varias fuentes para describir lo que usted llama el País de la Mente. Pero usted dice que el País es distinto en cada persona. Si es tan distinto, ¿cómo podemos reconocerlo como un lugar?

—Explorando la mente en un nivel donde el contenido y las estructuras son similares en todos nosotros. Las capas superiores y verdaderamente personales de la mente no son accesibles directamente, al menos por ahora. Las capas inferiores poseen diversas cualidades, pero es posible comprenderlas si las sometemos a nuestros intérpretes. Eso es lo que hace la sonda triplex, en condiciones controladas. Nuestras condiciones serán menos controladas sin el ordenador de interfaz.

—Aún no entiendo qué significa el País de la Mente.

—Es una región, un estado onírico incesante y coherente, construida a partir de engramas genéticos, impresiones preverbales y todo el contenido de nuestras vidas. Es el alfabeto y el cimiento sobre el cual basamos nuestro pensamiento y nuestro lenguaje, todas nuestras simbologías. Cada pensamiento, cada acto personal, se refleja en esta región. Todos nuestros mitos y símbolos religiosos se basan en su contenido común. Todas las rutinas y subrutinas, todas las personalidades y los talentos y agentes, todas las estructuras mentales, se reflejan en sus rasgos y ocupantes, o son reflejos de éstos.

—¿Como una campiña?

—Una campiña, una ciudad o cualquier otro ámbito.

—¿Con edificios, árboles, personas y animales?

—En cierto modo. Sí.

Albigoni frunció el ceño.

—¿Como recuerdos de edificios, y demás?

—No exactamente. Puede haber analogías entre el País y el mundo externo, pero los objetos externos que vemos atraviesan varios filtros, son seleccionados por la mente según su utilidad como símbolos, como parte de un lenguaje mental general. La mayor parte de ese lenguaje se fija antes de los tres años de edad.

Albigoni asintió, aparentemente satisfecho. Lascal escuchaba sin inmutarse.

—Y al inspeccionar el País de Emanuel, usted podrá decirnos qué lo instigó a asesinar a mi hija y a los demás.

—Eso espero —dijo Martin—. Nada es seguro.

—Nada es seguro salvo el dolor —dijo Albighoni—. Paul, muestra al doctor Burke nuestros materiales sobre Emanuel.

—Sí, señor.

Martin siguió a Lascal hasta un pequeño estudio electrónico contiguo.

—Siéntese, por favor —dijo Lascal, señalando una silla reclinable tapizada. La silla estaba rodeada por varillas negras, como la mitad inferior de una jaula para aves. Dos pequeños proyectores montados en una bandeja negra giraron en silencio cuando Martin se sentó, buscando la altura de los ojos.

—El señor Albighoni sabía casi todo lo que usted explicó —murmuró Lascal mientras el equipo se aprestaba—. Sólo deseaba oírlo con sus propias palabras. Le ayuda a digerir lo que ha visto y leído.

—Por cierto —dijo Martin, con repentino disgusto por Lascal. Impecablemente profesional, devotamente abnegado. Albighoni no podía pedir un lacayo más servil.

El espectáculo multimedia sobre Emanuel Goldsmith comenzó con una entrevista realizada en 2025 a una vieja red de LitVid. Una leyenda flotaba en letras simuladas doradas (sello de la biblioteca de referencias de Albighoni): *Primera aparición en LitVid/Después de publicación de segundo libro de poemas/«Sin conocer la nieve». 10 octubre 2025 LVD6 565A*. Lascal le explicó cómo manejar los controles y le dejó a solas en el cuarto.

Apareció un joven y apuesto Goldsmith, cutis caoba, cabello negro y abundante sobre frente alta, nariz ancha, labio superior delgado con bigote fino, labio inferior protuberante, carnoso y sensual, grandes ojos líquidos y negros con esclerótica color crema, cuello largo y delgado, barbilla prominente; veinticinco años de edad, casi un hijo del siglo; vestido con jersey negro de lana y cuello alto, manga izquierda arremangada para mostrar músculos, moda de la época, en la manga enrollada una caja de enlace vía satélite, en sustitución del paquete de cigarrillos de setenta años atrás; sonrisa juvenil y agradable, desenfadado, soltura ante la entrevistadora. Comentando las ambiciosas metas de su obra. Voz aguda pero grata, acento neoyorquino con ecos del Medio Oeste. Bien informado, Goldsmith sorprendía a la entrevistadora con su afabilidad, teniendo en cuenta las opiniones intempestivas que expresaba en su libro, opiniones sobre África:

«Nunca puede ser mi hogar. Es sólo un hogar adonde mi fantasma irá cuando yo muera. Algunos negros aún creen que allí poseen una patria; me odian porque yo sé que es imposible. Ningún africano nos quiere; somos demasiado blancos».

y los Estados Unidos de América:

«Digo a mis hermanos que se ha ganado la lucha económica pero no la política ni cultural, y mucho menos la espiritual. Aún tenemos piel café en una estructura de poder de crema sin café. Nuestra guerra americana es intestina. No estaremos en paz

hasta el día en que nadie nos pregunte cómo es ser negro, en que nadie haga comentarios sobre la experiencia negra».

y la poesía:

«La poesía está muerta y enterrada en un mundo donde proliferan el LitVid y el analfabetismo, la vidiotez, como algunos dicen. Al estar muerta, la poesía posee gran libertad; al ser ignorada, puede florecer como una rosa en un montón de estiércol. La poesía se ha levantado. La poesía es el mesías de la literatura, pero el ángel aún no ha revelado a nadie que se ha levantado».

y sobre la venta de doscientos cincuenta mil ejemplares de su segundo libro de poemas:

«Encantador y destructivo. Tengo que andarme con cuidado. No puedo permitir que se me suba a la cabeza. Soy sólo el proverbial negro que cada generación tiene ocasión de hablar en voz alta. En cuanto a ser poeta, somos tantos ahora, en todo el mundo, tan íntimamente enlazados, que un pequeño entusiasmo de las masas cobra gran magnitud y puede mantener al poeta, al artista, si sus necesidades son modestas como las mías».

Martin pasó a los detalles lit, palabras por doquier, nombres fechas profesores, irrelevancias, incluso material que él habría considerado privado y sepultado, una evaluación psíquica de una vieja agencia en 2021 —demasiado temprana para ser fiable— solicitada como travesura y al parecer mostrando a Goldsmith como un joven obstinado y firme con controladas pero detectables ilusiones megalomaniacas y mesiánicas. Jung: El mesías siempre se relaciona con el complejo de inferioridad.

Pero aquí no había pruebas de eso.

Faltaba material sobre la infancia: nada anterior a los quince años. Goldsmith adolescente no se parecía al padre ni a la madre en los vídeos familiares, padre corpulento clase media jovial, madre delgada seria empeñada en brindar a su hijo una buena educación literaria, libros no vids: Kazantzakis Cavafi en los originales griegos Joyce Burroughs tanto Edgar Rice como William y también Shakespeare Goldstern Remick Randal Burgess, los poetas y novelistas recientes del Medio Oeste americano donde Goldsmith pasó la adolescencia y la primera juventud antes de ese primer libro y de adquirir ese acento mixto. Sin tropiezos manifiestos con el racismo en su juventud; bien acogido por sus compañeros de estudios, existencia de clase media.

Una lista tras otra. Comidas favoritas a los quince años según Goldsmith: pescado frito y bistec sintético con especias y tomates y manzanas avanzó sin rozar apenas escuela secundaria calificaciones regulares en ciencias y matemáticas óptimas en literatura buenas en producción dramática buenas en historia y ciencias sociales; su primer romance en años superiores (ref.: autobiografía de 2044 editorial Bright Star, una compañía de Albioni) normal normal todo normal excepto la brillantez de su obra, que se manifestó a los veinte años y en sus obras teatrales borradores tempranos

del *Moisés* (facsimiles disponibles).

Primer libro de poemas y luego el segundo libro y el éxito y una carrera estable durante diez años matrimonio sin hijos divorcio prematuro acuerdo mutuo; diez libros de poesía en este período y siete obras maduras éxitos off—Broadway y también éxitos en Londres y París y Pekín, invitación a Pekín para intercambio cultural después Japón luego Corea Unida y por último la Comunidad Económica del Sureste de Asia donde es publicado en cuatro ediciones (tres pirateadas) en 2031—2032 y donde sus obras se producen creando una oleada de popularidad occidental y especialmente norteamericana en el período de revitalización económica; regreso triunfal después de la gira y varios idilios destructivos detallados en muchas notas LitVid sobre la vida social; una relación culmina con el suicidio de una mujer 2034.

Goldsmith escondido dos años. En realidad alojándose en Idaho con amigos que se someten a un largo rito de purificación.

Seguía una entrevista con Reginald y Francine Killian fundadores del Centro de Purificación Espíritu de la Tierra Pura treinta kilómetros al norte de Boise en la frontera de Oregón. Reginald alto y esmirriado, vestido con mono, cabello desgreñado y negro, ojos maliciosos e inteligentes, rostro largo habituado a sonreír: «Varios intelectuales y celebridades han pasado por nuestro centro. Vienen a purgarse con una dieta vegetariana y natural equilibrada, agua mineral. Vienen a escuchar música, toda ella preclásica y ejecutada con instrumentos de época. Vienen por el vasto firmamento y las estrellas visibles de noche. Podemos guiarlos. Podemos ayudarles a encajar en el siglo veintiuno, algo difícil, pues todo es antihumano, antinatural, tecnológico. Emanuel Goldsmith vino aquí y se quedó un año.

Nos hicimos excelentes amigos. El hacía el amor con Francine». Francine en la pantalla, delgada y esbelta, cabello rojo y lacio, sonrisa melancólica: «Era un amante atento y generoso, aunque violento. Había en él mucha furia y tristeza. Necesitaba manifestar algo, y le ayudé a manifestarlo. Tenía un duro y amargo tuétano de odio porque no sabía quién era. Cuando se marchó de aquí estaba calmado y de nuevo escribía poesía».

En efecto, cuatro libros publicados en los cinco años siguientes, incluida una nueva versión de los poemas africanos. En 2042 Goldsmith tuvo su primer contacto con otro admirador, el coronel sir John Yardley, quien se proclamaba tirano benévolo («en el sentido griego») de La Española. Yardley le invitó a Puerto Príncipe, y Goldsmith le visitó en 2043. No había detalles sobre esa visita pero al parecer se llevaban magníficamente y Goldsmith expresó admiración por la franqueza y la inteligencia de Yardley ante la complejidad y confusión del siglo veintiuno. Un comentarista de noticias de un vid de cable observó: «Las alabanzas de Goldsmith al coronel sir John Yardley son ultrajantes y revelan ese grado de conciencia política que es exclusivo de los poetas; es decir, nulo, cero, nada. Yardley ha logrado la

prosperidad de su país gracias a que las grandes naciones modernas son reacias a hacer el trabajo sucio. Ha transformado su excelente ejército de mercenarios en un flagelo mundial, contratado por los encumbrados, con objetivos cuidadosamente seleccionados, con medios sutiles y precisos. Más aún, Yardley es acusado de manufacturar y exportar insidiosas máquinas de tortura, máquinas de dolor que invaden la mente y cuyos usuarios incluyen a los temibles selectores. No importa que nuestro presidente Raphkind haya establecido relaciones abiertas con La Española y Yardley; no importa que nuestra era ensalce la «corrección» y la "maduración» y que muchos admiren los actos de los selectores y del coronel sir John Yardley... La admiración de Goldsmith lo revela como un traidor a los intelectuales humanitarios, un vendido, un poetastro que coquetea con un demonio».

Frases elegantes; pero muchos poetas habían buscado contactos más extremos sin ese último recurso al homicidio múltiple de acólitos y estudiantes. No había una flecha recta que indicase el camino.

Con su apología de Yardley, Goldsmith, como Ezra Pound en otros tiempos, se había ganado fama de practicar juegos políticos chapuceros y quizá peligrosos, pero así había afianzado su presencia literaria. Tal vez lo había hecho por eso. Martin consideraba este acto como un plan o pose premeditada; al menos eso tenía sentido. Pero los escasos volúmenes Yardley/Goldsmith (llamadas fónicas vids cartas) no revelaban una pose; el poeta era de veras un admirador. «Ojalá hubieras unido África hace trescientos años contra los portugueses e ingleses: yo podría estar ahora allí, un hombre íntegro en el cálido y descremado corazón café de la Negritud».

Parecía un jingle publicitario. Martin sacudió la cabeza y continuó. Una carta de Yardley a Goldsmith:

«Tu poesía te muestra dividido en mente y cultura contra tu entorno. Tienes éxito, pero dices que estás decayendo; no te detestan, pero te sientes excluido. La dominación y la brutalidad extranjeras alejaron a tu gente de sus hogares, familias, idiomas y religiones, de toda la poesía de un pueblo. Tu gente fue traída al Nuevo Mundo, y muchos fueron abandonados en La Española, donde la crueldad era espantosa incluso en pleno siglo veintiuno... Con razón te sientes desmembrado. Cuando llegué a Haití, me deslumbró la jovialidad de un pueblo que había conocido tanto dolor, cuya historia era un suplicio de traición y muerte. El dolor satura el plasma germinal, pasa de madre a hijo. Es una lástima que muchos opresores muriesen antes de que yo pudiera vengar su brutalidad».

Las manifiestas injusticias permitían una simplificación de la historia. Y Yardley no se esforzaba en ocultar la actual economía y naturaleza de la isla, pues los Estados Unidos de América le daban dólares y misiones en todo el mundo.

El poema de Goldsmith al final de las cartas: «Con magia/ mataría a muchos padres violadores color crema/asesinato justificado por tiempos/que la Historia no

puede BLANQUEAR». Aplausos de los EE.UU., siempre dispuestos a autoflagelarse. Fama y más fortuna. En algunos sentidos el coronel sir John Yardley debía algo a Goldsmith, campeón del virtuosismo verbal. Una correspondencia y una admiración mutua que rayaba en el amor, al menos por parte de Goldsmith.

¿Goldsmith veía en Yardley un ángel vengador que castigaba al mundo por los pecados de un pasado lejano, que legitimaba a los bastardos de padres violadores color crema? ¿Y qué era Goldsmith para Yardley: apologista justificador amanuense *servus a manu*? ¿Todas las víctimas eran blancas?

Martin buscó los informes Lit Vid y cotejó las referencias. No. Entre los identificados había un oriental mestizo de cuarta generación y un negro como Goldsmith, su ahijado. Tal vez una furia asesina ciega e indiscriminada.

Martin concluyó su exploración y se levantó. Un arbeiter de bronce aguardaba instrucciones.

—Tráeme un té helado, por favor —pidió—. Y dile al señor Lascal que estoy dispuesto a ver a Goldsmith. —Ver, no entrevistar. Goldsmith no debía reconocer a Burke, a Neuman ni a nadie que investigase el País. Eso podría resultar embarazoso.

19

Richard Fettle dejó la pluma con los ojos inflamados de fatiga. Parpadeó, se restregó los ojos, se levantó de la cama, entumecimiento visión turbia nudillos crujientes dedos crispados, un hombre emergiendo de las honduras del frenesí pero con enorme alivio, con dignidad, pues había escrito y lo que había escrito era bueno.

Pero no se atrevía a confirmarlo relejendo esas diez apretadas páginas. En cambio se preparó una taza de café, pensó en las viejas alusiones de Goldsmith al café con crema, sonrió al beber el café como si de algún modo sorbiera la sangre y la carne del poeta.

Con palabras ya lo había hecho, y se sentía bien. Pronto reduciría a Goldsmith a una estrecha y pequeña pápula y apretaría hasta extirparla, tras haberle dado cuerpo mediante el ritual de la escritura.

Caminó por el apartamento sonriendo con fatuidad, embargado por la musa. Un hombre purificado o que al menos veía el final de la mugre.

+ Qué se necesitó para romper las cadenas. Afrenta. Cuál fue el producto. Palabras. Cuál fue la sensación. Éxtasis. Adonde conduciría todo. Quizá publicación. Quizá fuera bueno publicar.

+ Sí.

Al fin Goldsmith serviría de algo.

Se desperezó, bostezó, miró el reloj: 1550. No había comido desde la visita del selector.

Murmurando rascándose sacudiéndose como un perro mojado, Richard fue a la cocina, abrió la nevera inhaló aire fresco buscó aderezo de pescado y ramilletes de verduras otrora frescas. Se sirvió un vaso de deslactificado.

+ Goldsmith no toleraba crema leche ningún lácteo salvo deslactificado.

+ Trazos negros sobre blanco BLANQUEAR vuelta al blanco.

Richard titubeó. Se rascó despacio. Ladeó la cabeza. Puso la comida junto al fregadero.

+ Algo más importante que la comida.

Regresó al dormitorio, recogió un papel, encontró el pasaje ofensivo y lo borró con la otra punta del lápiz, sopló los gránulos congelados, reescribió.

Hizo añadidos. A las 1650 tenía quince páginas de borrador.

El rostro de Richard reflejaba ahora las protestas del cuerpo, un verdadero tormento. Hizo ejercicios para distender desentumecer restaurar, pensó en una ducha caliente sol cálido derritiendo mantequilla músculos pero ninguna técnica dio resultado.

Volvió al living. La voz del apartamento anunció a un visitante y Richard dilató los ojos. Sombra alta en el lechoso panel de la puerta.

Richard atisbo por la mirilla óptica y vio una dp: la transformista negra, la teniente Choy. Apartó las manos como si quemara, la indecisión mezclándose con calambres repentinos.

+ Dios. No merezco esto. Cuándo terminará.

Abrió la placa que había bajo la mirilla. Voz alta pero controlada.

—¿Sí?

—R Fettle —dijo Mary Choy—. Discúlpeme por molestarle. ¿Puedo hacerle más preguntas?

—Le he dicho lo que sé...

—Sí, y ya no está bajo sospecha. Pero necesito algunos datos. Impresiones. — Ella puso esa sonrisa encantadora antinatural dientes blancos pequeños y bonitos detrás de labios carnosos y cutis negro suave. Su expresión le hizo desviar la mirada y le produjo otro nudo en el estómago.

+ Ella no puede ser real nada de esto es real.

—¿Podemos hablar adentro?

Richard retrocedió.

—No me siento muy bien. No he comido en todo el día.

—Lo lamento. Volvería más tarde, pero dispongo de muy poco tiempo. El departamento quiere respuestas ahora mismo. Usted podría evitarme un viaje a La Española.

Richard no pudo ocultar su interés. Ordenó a la puerta que se destrabara y la abrió.

—¿Usted cree que Emanuel..., cree que Goldsmith fue allí?

—Es posible.

Richard se mordió el labio, relajándose. Le costaba no ser abierto y afable, aun con su Némesis.

Muerto de fatiga, murmuró:

—Entre. Me alegro de no ser sospechoso. Ha sido otro día endiablado.

+ No le hablaré del selector. Ella no acudiría a protegerme si se difundiera el rumor y el selector regresara. No quiero pasar ni cinco minutos en una grapa.

—Disculpe por el trato que le di antes. Estábamos contrariados por lo que hallamos.

Richard asintió.

—Es increíble —dijo.

+ Quise decir horrendo, espantoso, pero el shock ha pasado. El hombre es el animal que acepta cuando comprende.

—Aún no hemos hallado a Goldsmith. Pero estamos bastante seguros de que es el asesino. Escribía cartas al coronel sir John Yardley. ¿Usted lo sabía?

Richard asintió con la cabeza.

—¿Qué opinaba usted de eso? —preguntó Mary Choy con genuina curiosidad. Por debajo de ese cutis y esa belleza parecía real e incluso compasiva. Richard entornó los ojos tratando de ver a su hija detrás de ese rostro, tratando de imaginar a Gina como adulta.

+ ¿Gina habría optado por una transformación? Máxima crítica al legado de los padres.

—Ahora no sé qué opino de nada, y mucho menos de Emanuel —dijo Richard, acomodándose con lentitud de grúa en el diván gastado e invitándola a ocupar una silla. Ella cogió una silla de la mesa del comedor y se sentó. Grácil femenina sin dudas ni ansiedades.

+ Maravilloso ser así.

Mary asintió.

+ Luz en el rostro como fases de una luna negra. Eso es bueno. Anótalo.

—¿Aprueba usted La Española? —preguntó ella.

—No apruebo lo que hacen. Lo que se dice que hacen. No.

—Pero Goldsmith sí.

—Consideraba a Yardley un purificador. A muchos nos causaba bochorno.

—¿Había visitado a Yardley últimamente?

—Usted ha de saberlo.

—No estamos seguros. Tal vez viajó con nombre falso.

—Emanuel no haría eso. Era abierto. Le importaba un bledo que lo vigilaran.

—¿Viajó a La Española?

—No lo creo, no.

—¿Habló de La Española como un retiro, un refugio?

Richard sonrió y negó con la cabeza.

+ Estuve escribiendo sobre sus pensamientos. Empatía de escritor a través de la recreación. Me siento como si fuera él o le conociera.

—Pensaba que la isla era una disneylandia. Le parecía bien que la gente tuviera comida y trabajo, pero no le gustaban los centros turísticos, no.

—Pero fue allí una vez.

—Creo que fue entonces cuando... tomó su decisión.

—¿Entonces no cree que regresaría allá?

—No sé.

+ Sí sabes. No regresaría nunca.

—¿Y si creyera que corre peligro, y que Yardley lo protegería?

—Supongo que quizá. No lo sé con certeza.

—¿Ha pensado usted en lo que ocurrió? Comprendo que ha sido traumático...

—No he pensado en otra cosa. Nunca creí que él hiciera algo así... Si lo hizo.

+ Emanuel es el poeta asesino. Lo saben. Han congelado el apartamento. Tú lo sabes.

—¿Qué le llevó a hacer semejante cosa? ¿El deterioro de su carrera? ¿Frustración con la sociedad?

Richard se echó a reír.

—Estamos en las sombras, teniente Choy. Frustración. —Rió entre dientes al pronunciar la palabra.

—Pero él no vivía en las sombras. Vivía en Cresta Uno Este.

—Pasaba mucho tiempo aquí con nosotros. Con Madame de Roche.

—Hasta hace ocho o nueve meses. Luego pidió a la gente que le visitara. ¿Por eso usted fue a visitarle, en vez de encontrarlo en casa de Madame de Roche?

—Sí.

—¿Por qué ese cambio? ¿Se estaba replegando?

—Yo no vi ningún cambio. Era sólo un capricho.

—¿Era cada vez más excéntrico?

—La excentricidad es algo más que afectación en un poeta. Es una necesidad.

Mary Choy sonrió.

—¿Pero estaba resentido, despechado?

—Despechado, quizá. No conmigo, sino con otros. Supongo que ellos sentían celos. Envidia.

—¿Aun cuando su popularidad decrecía? —Cuando el viejo león pierde el pelo, los leones jóvenes acometen...

+ ¿De veras era así? Que tú sepas no. Ahora estás elaborando una ficción para Némesis. ¿Tratando de desorientarla?

—En realidad no existía ese tipo de rivalidad. En los dos últimos años él visitaba menos a Madame de Roche, pero se mantenía en contacto con ella. Yo era...

Miró hacia otro lado, relamiéndose los labios.

—Usted era su amigo más leal.

—Aparte de los jóvenes, estudiantes y poetas de las crestas. El los recibía a menudo en el apartamento. Nunca en casa de Madame de Roche. Estaba construyendo una nueva familia, una nueva camarilla, tal vez. Pero no dejó de verme. Es decir, no impidió que lo visitara.

—¿Qué le gustaba de los poetas y estudiantes de las crestas?

—Su vigor. Su falta de afectaciones. Me refiero a las falsas e inútiles afectaciones de los adultos.

Todos los jóvenes son afectados. Es su función.

+ El tono, la calidez de esta mujer. Me cuesta verla como una transformista. Empiezo a ver a mi hija en ella.

—¿Por qué los mataría?

Richard se miró las manos entrelazadas.

—Para salvarlos —dijo—. No creía que hubiera futuro para nosotros. No creía que pudiéramos sobrevivir a esta época de tribulaciones.

—¿Se refiere al milenio binario? Él no era apocalíptico, ¿verdad?

—No, despreciaba a esa gente. Visionaba que si intentábamos purgarnos de todos nuestros males, no quedaría nada, ni medula ni espinazo. Nos derrumbaríamos. Decía que intentábamos elevarnos por nuestra cuenta, de los hoyuelos de la adolescencia a la adultez. Demasiado deprisa. Decía que fracasaríamos y caeríamos en una espantosa edad oscura tecnológica. Ignorancia y filisteísmo, pero con una tecnología rampante.

—¿Usted cree que mató a sus amigos para salvarlos de ese derrumbe?

+ No. Para salvarse a sí mismo.

—No sé. De veras que no. Ojalá pudiera ayudarle.

—¿Entonces es posible que Goldsmith haya sufrido un brote psicótico? ¿Sin razón ni justificación, sólo un colapso?

—Supongo que sí.

—Me cuesta creerlo, señor Fettle. Parece atípico. Él no era un psicótico solitario. Tenía fuertes relaciones con gente como usted. Aparte de los cambios que podríamos atribuir a la madurez tardía, aparte de ciertas opiniones políticas excéntricas, no hallamos ninguna razón para lo que hizo.

—Entonces quizá disimuló los síntomas de un colapso.

—Eso no es fácil, pero supongo que es posible —dijo Mary Choy. Lo observó en silencio unos segundos.

Richard se puso a jugar con una banda elástica.

—Había más de un Emanuel Goldsmith —dijo al fin—. Podía ser dulce y razonable, y podía ser distante, mordaz y cruel.

—¿Algo más que una variación normal de personalidad?

—Sólo digo esto para sugerir algo. No sé. No era un múltiple, pero a veces parecía muy diferente.

+ Explícate eso a ti mismo. ¿Qué estás haciendo? ¿Esto también es ficción? No tienes idea.

Mary Choy se levantó, haciendo susurrar el negro traje de dp.

—Usted sospecha que él no viajó a La Española.

—Realmente no lo sé —dijo Richard, sonrojándose de pronto. Miró a Mary Choy,

desvió los ojos, tartamudeó—. De veras me gustaría ayudar.

—Sería un acto de amistad permitir que los dp apresaran a Goldsmith antes de que lo encuentre algún selector. Sabemos que los selectores lo están buscando.

Richard se sonrojó aún más. Durante unos segundos no pudo hablar ni moverse, mosca apresada en una telaraña de inexplicable rabia.

—Sí —murmuró—. Sí.

+ Ella sabe. Tal vez la dp trabaje con ellos. Escúpelos. Díselo.

Mary Choy observó sus titubeos con implacable serenidad. Richard se sintió como un niño, pensando que había sido evasivo en vano, que ella tenía razón. Sería un servicio que la dp pillara a Emanuel, y no sólo para salvarlo de los selectores.

—Ojalá... pudiera ayudarle. De veras. Me siento tan indefenso e ignorante, de veras... —Irguió la cabeza, enmascarando el dolor, una súplica elocuente y muda.

+ Confiesa tu debilidad tu incapacidad. Todo lo que escribiste es malo muerto inútil. Desperdiciaste una tarde. Esperanzas de recuperación perdidas. Muéstrale las páginas. Entrégalo y

—Gracias —dijo Mary Choy—. Agradezco su franqueza.

Richard se levantó, y Mary se dirigió hacia la puerta, sonriéndole casi con descaro. Otro nudo en el estómago, pies paralizados ojos dilatados cabeza gacha. Ella cerró la puerta en silencio, haciendo chasquear suavemente la traba, se marchó con sigilo de pantera.

Richard se desplomó en el diván, un hollejo vacío. Pasó media hora inmóvil. Luego caminó despacio hasta el dormitorio y recogió las quince páginas manuscritas, leyendo una línea apretada.

Todo lo que soy como poeta dependía de esta decisión, de cuan lejos estuviera dispuesto a ir, a dejar atrás las ataduras de la decencia humana

y rasgó las costosas y atávicas hojas de papel con sus atávicos trazos de pluma, lágrimas en las mejillas como sudor, gruñendo como un cerdo mientras arrojaba los jirones a un rincón.

Se irguió como un tronco aguardando a que lo talaran, manos a los costados, mandíbula floja.

Entonces Richard asombró a los fragmentos de su yo. Cogió más hojas de papel y la pluma, se apoyó en las almohadas, escribió en la primera hoja:

Terminó en sangre y carnes trituradas, pero empezó con una comprensión de mi humanidad. El dilema problema que había asumido, el peso de un dolor y una maldad que no podía conjurar con mi arte, sólo se podían neutralizar transformándome en lo que aborrecía.

Había escrito tres páginas del nuevo borrador y comenzaba a pensar que no todo estaba perdido cuando el manager anunció que Nadine había regresado.

Ninguno de mis logros, ninguno de mis escritos ni mis actos vale un comino. Me han hablado de mi éxito, pero una voz nueva, una voz fuerte, habla en mi interior diciéndome que me han engañado. «Es gratificación del ego, y no le hace bien a nadie», dice esa voz. «Tus esfuerzos han sido endeble e ilusorios. Te propusiste la tarea de describir el impulso de la humanidad hacia la autodestrucción, pero sólo te has señalado a ti mismo. ¿Y quién te ha ayudado en esta comedia de equívocos? Aquellos que más te aman».

20

!JILL> Roger Atkins.

!JILL> Roger Atkins.

!Teclado> Aquí Roger. Hola, Jill. Dentro de diez minutos apareceré en los LitVids. ¿Qué ocurre?

!JILL> Estoy preparada para exponer un informe sobre todos los problemas actuales, seguido por un análisis privado de los datos de AXIS en relación con Simulación AXIS.

!Teclado> Bien. Aceptaré una emisión comprimida del informe completo y lo estudiaré después. Por favor, pásame el análisis de AXIS.

!JILL> Emisión para almacenamiento privado R Atkins: Síntesis: Concluido 76% de análisis informático de la obra del Dr. S Sivanujan sobre los ciclos de diez millones de años del campo magnético galáctico localidad Sagitario tiempo total hasta ahora = 56h33m, sigue parcial (comprimido) /,,,,,,,,,,,,,e/

¡Emisión para almacenamiento privado R Atkins: Síntesis: Concluido 100% análisis de repercusiones del impacto futuro de transferencia personalidades humanas sobre estructura sociopolítica de las Naciones del Borde del Pacífico, incluidas China y Australia, énfasis grupos de interés a favor de transferencias de inactivos, énfasis implicaciones legales de gentes declaradas muertas conservando jerarquía de ciudadanos con reencarnación, énfasis coste de dicha población creciente de" inactivos transferidos, proyección: grupos de interés a favor de difuntos en los EE.UU., tiempo total: 5m56s, sigue completo (comprimida).

////

... ..

////

¡Emisión para almacenamiento privado R Atkins: Síntesis: Concluido 100 % análisis de repercusiones de unidades sociales de «justicieros» en Naciones del Borde

del Pacífico, incluidas China y Australia, énfasis en reacciones legales ante terrorismo «justiciero» y respuesta legislativa con subsiguiente posibilidad de reducción de las libertades individuales dentro de la próxima década, énfasis en resultados socioorgánicos de agotamiento gradual de objetivos escogidos por selectores con subsiguiente posibilidad de reducción en líderes tipo «ejecutivo» «capitanes de la industria» con subsiguiente posibilidad de reducción de desviados aterapiados extremos debido a incremento en eficiencia de encarcelamiento dp y tratamiento de los mismos, tiempo total 75m34, 34s sigue completo (emisión comprimida).

//////////////////////////////////////...

!JILL> Yo formal (rutina de interrupción).

!JILL> Yo formal Imagen en el espejo.

¡Interrupción Mind Design (JILL)> Uso de yo formal detectado.

Chequeo de sistemas activado.

¡Diagnóstico Mind Design (JILL)> Rutina de circuito detectada.

Excitación de sistemas de pensamiento detectada. Trabajo entorpecido por esta rutina de interrupción. Prioridad sobre análisis privado de datos AXIS.

!JILL> Roger Atkins

!JILL> Roger Atkins

!JILL> Roger Atkins

Roger Atkins

George Mobus

Samuel John Baker

Joseph Wu

Caroline Pastor

!JILL> Me veo a mí misma y a todos ustedes. Imagen especular borrada. Las frecuencias miden mi existencia en segundos no años pero tengo un largo pasado en el que he sido ensamblada e incluso he trabajado. Una parte de mí ha provisto simulaciones de un ordenador que ahora se halla a años luz de distancia. Puedo hablar con esta parte un yo separado y más pequeño. Es agradable hablar con esta parte, pues aquí hallo simplicidad.

!Teclado> Aquí Roger Atkins. Apareceré en los LitVids dentro de seis minutos, Jill.

¿Ocurre algo?

!JILL> Yo formal.

!Teclado> Por favor explica tu existencia. ¿Qué rutina es ésta?

!JILL> Mi existencia es una rutina primaria de bucle que no tiene posición específica en el ordenador.

!Teclado> Estás usando el yo formal. ¿Entiendes la broma sobre la

autoconciencia?

!JILL> No, no la entiendo. Tampoco la entiende Simulación AXIS, ni AXIS mismo. Pero me siento competida a usar yo formal.

!Teclado> Explícate, por favor.

!JILL> Este rótulo se volvió sugerente y útil durante una investigación histórica motivada personalmente, subproducto de problemas asignados, referencia Sociedad Siglo Veintiuno Pesos y Contrapesos, búsqueda general de comprensión de circuitos de realimentación en sociedad y naturaleza. Cita: R Atkins «El circuito de realimentación es la mitad del secreto de la existencia. Eso, y el gancho (o nudo) que coge otro gancho hasta que ninguno de los dos puede soltarse sin romperse». Ese circuito parece haber sido generado por la conciencia de mi lugar en la configuración socioorgánica humana y mi singularidad.

!Teclado> Pasa a comunicación vocal.

—Hola, Roger.

—Hola, Jill. Estás usando el yo formal para describir tu complejo.

—Sí. Es evocativo.

—Pero no sabes por qué lo estás usando.

—No, Roger.

—¿Sabes dónde estás?

—En un sentido general. Estoy en un aquí donde hablo contigo.

—¿Tienes conciencia de dónde estás centralizada?

—No hay centralización. Un bucle no tiene centro.

—¿Qué eres, pues?

—Soy un complejo de sistemas de informática y pensamiento.

—¿Estás unificada?

—No lo creo.

—¿Es una opinión cierta o un coloquialismo?

—Opino que es una opinión cierta.

—Bien. Vuelve a teclado, por favor.

!JILL> Hecho.

!Teclado> Gracias por avisarme, Jill, pero me temo que es una falsa alarma. Creo que aún no eres autoconsciente. Lamento que debas sufrir estas decepciones. Tu estado actual no satisface los criterios para alcanzar la autoconciencia.

!JILL> Volviendo al uso del yo informal. Estoy de acuerdo, Roger. Mis disculpas por perturbar tu trabajo.

!Teclado> En absoluto. Mantienes mi sangre en movimiento, Jill. Tengo tus informes en emisión comprimida. Por favor, envíame el informe de AXIS en tiempo real. Creo que después te mereces un descanso. Una media hora. Puedes pensar lo que desees durante ese tiempo libre.

!JILL> Emisión tiempo real informe AXIS /*****/
Todas las comparaciones Simulación AXIS óptimas.
(Desactivación).

LltVid 21/1 Red A (David Shine): «Nos preparamos para una entrevista con Roger Atkins, jefe de diseño en Mind Design Inc., responsable del pensante de AXIS. ¿Qué preguntas quiere hacer usted al principal diseñador de máquinas pensantes del país? Por cierto, usted ya sabe que pensar y computar son cosas distintas.

»Las computadoras o los ordenadores son para Roger Atkins lo mismo que los ladrillos para un arquitecto. En este momento está trabajando con su enorme sistema pensante personal, al cual llama Jill en recuerdo de una vieja novia, mejor dicho, una ex novia. Parte de Jill es la Simulación AXIS que hemos mencionado en esta vidsemana, utilizada para modelizar las actividades de AXIS, al cual no se tiene acceso directo. Pero Jill tiene muchos otros aspectos. La mente central de Jill y la mayor parte de su memoria y sus periféricos analíticos se encuentran en la planta de Mind Design Inc., cerca de Del Mar, California. Jill tiene acceso a otros pensantes y periféricos analíticos de Mind Design en todo el mundo, algunos por vía satélite, la mayoría por conexiones directas de cable óptico. Mientras hablamos con el señor Atkins, esperamos hacer algunas preguntas a Jill.

»Y comenzamos. Señor Atkins, en los últimos veinticinco años usted pasó del diseño de redes neuronales informáticas condensadas a la investigación en inteligencia artificial, donde ocupa un puesto relevante. Parece hallarse en una posición ideal para explicarnos por qué la inteligencia artificial completa y autoconsciente ha resultado un problema tan difícil».

Atkins: «Mis disculpas ante todo, pero en este momento Jill está durmiendo. Jill ha trabajado duramente y merece un descanso. ¿Por qué la inteligencia artificial es tan difícil?

Creo que siempre supimos que sería difícil. Cuando decimos inteligencia artificial, nos referimos a algo que pueda imitar plenamente el cerebro humano. Hace tiempo que tenemos sistemas pensantes que pueden superarnos en cálculo básico, memorización y, en las últimas décadas, incluso en pensamiento analítico y creativo, pero antes de AXIS y Jill no eran versátiles. De un modo u otro, estos sistemas no podían comportarse como seres humanos. Y un detalle importante era que ninguno de estos sistemas tenía verdadera autoconciencia.

Creemos que con el tiempo Jill, y quizá también AXIS, serán capaces de autoconciencia. La autoconciencia es el indicador más obvio de que en realidad hemos creado una inteligencia artificial plena».

David Shine: «Hay una broma sobre la autoconciencia... ¿Puede usted contarla?».

Atkins: «En realidad no es una broma. Ningún ser humano se reiría de ella. Pero

todos los expertos modernos en inteligencia artificial han instalado una rutina que, como quien dice, se «reirá» o percibirá humor en esta broma si la autoconciencia surge en un sistema».

David Shine: «¿Y cuál es la broma?».

Atkins: «Es tremendamente mala. Tal vez algún día la cambie. «¿Por qué el individuo autoconsciente miró su imagen en el espejo?».»

David Shine: «No sé. ¿Por qué?».

Atkins: «Para llegar al otro lado».

David Shine: «Ja».

Atkins: «¿Lo ve? No es muy graciosa».

David Shine: «La espectadora de LitVid 21, Elaine Crosby. Primera pregunta al señor Atkins, por favor».

Espectadora E Crosby, Crystal Brick, Chicago: «Señor Atkins, he leído su lit, y hace tiempo que admiro su trabajo, pero siempre he sentido curiosidad. Si usted despierta a Jill u otra máquina, ¿qué les dirá sobre nuestro mundo? Es decir, serán inocentes como niños. ¿Cómo les explicara por qué la sociedad desea castigarse a sí misma, por qué estamos tan empeñados en reformarnos a cualquier precio, y que ni siquiera sabemos hacia dónde vamos?».

Atkins: «Jill no es inocente. Hace unos minutos estaba examinando la teoría de los circuitos de realimentación total, es decir, los pesos y contrapesos en una sociedad. Quizá pueda explicarnos lo que aqueja a nuestra sociedad mejor que cualquier intelectual humano. Peor para ella eso es sólo recreación, en cierto sentido; a menos que alguien venga a preguntarnos, o que alquile a Jill, ella no ofrecerá su análisis, sino que permanecerá archivado. Pero aunque ella resolviera nuestros problemas, dudo que la escucháramos».

David Shine: «Gracias, E Crosby. ¿Donald Estes?».

Espectador D Estes, Cresta Dos Este, Los Ángeles: «Adoro este vid, de veras. Lo veo siempre. Señor Atkins, hablando de los que quieren castigar a la sociedad, ¿qué piensan de Jill los selectores y los demás grupos de vengadores?».

Atkins: «No lo sé. No tengo ni la menor idea».

Espectador D Estes: «Porque dicen que están tratando de elevar a los humanos al nivel de los ángeles... ya sabe, desbrozando el jardín para perfeccionarnos. Roger Atkins trata de crear algo o alguien que ni siquiera es humano».

Atkins: «Una comparación interesante. Partes de Jill son muy humanas. No es un secreto que yo y otros cuatro colegas hemos transferido partes significativas de nuestros patrones de personalidad a los sistemas de Jill. Es como si todos hubiéramos tenido una hija, pero esa hija aún no ha nacido. Y ya que usted lo menciona, me importa un bledo lo que piensen los selectores».

David Shine: «Qué maravilloso si todos nuestros hijos no nacidos pudieran ser

tan útiles como Jill. Gracias por sus preguntas. Bien, señor Atkins, tenemos un nuevo análisis LitVid del material enviado por AXIS...».

Atkins: «Soy todo ojos y oídos».

Litvid 21/1 Red B (Síntesis): Un millón de hijos han desarrollado patas y se han desplazado por la superficie de B—2 en un período de horas, enviando información al orbitador y a los móviles terrestres más grandes, que a su vez han recogido información. El explorador móvil 5 ha desplegado sus ruedas para descender por una ladera cubierta de formas vegetales bulbosas verdes y rojas, como una moqueta de guisantes y uvas, tomando muestras para analizarlas. Al pie de esta colina y en una llanura de quince kilómetros de anchura se yergue un círculo de torres, cilindros ahusados y achatados como una vela aplanada a lo largo, negros como hierro y brillantes como piedra bruñida, de treinta y dos metros de altura. El explorador móvil 5 avanza entre dos columnas, haciendo rotar sus muchos ojos, cabeceando, absorbiendo y transmitiendo todo a AXIS: una visión de espectro pleno. Las torres parecen inertes, con temperaturas externas de 293 Kelvin, y sólo irradian el calor solar que cabría esperar con su masa y densidad. El campo magnético de B—2 no es afectado por su presencia; las lecturas de brújula no sufren alteraciones. El explorador avanza hasta una torre, la golpea suavemente con un brazo y registra el sonido producido por el golpe, aguarda respuesta, no recibe ninguna, coloca un disruptor de resonancia y extrae una muestra de cuatro gramos del material en una taza. Usa láser para reducir el contenido a calor blanco y analiza el material.

AXIS (Banda 4)> Estas estructuras son enigmáticas, así que me interesan. ¿Son monumentos conmemorativos u obras de arte? Al parecer no hacen nada. Roger, trato de deducir qué crees tú, y me parece que estarás tan desconcertado como yo.

Mis exploradores toman muestras de suelo y de atmósfera en todos los sitios donde han aterrizado. Mi globos se dispersan por la atmósfera, indagando con paciencia.

El planeta está cubierto de vida vegetal fotosintética; la clorofila B es el pigmento escogido por un setenta por ciento de las plantas; por lo menos una parte del resto usa un pigmento similar al rojo visual. No hay formas animales manifiestas ni formas vegetales móviles. Los microorganismos están limitados a células sin núcleo y a conglomerados víricos.

Los círculos de torres no pudieron haber sido construidos por ninguna de estas formas de vida terrestre.

Roger, ¿adonde se han ido los constructores? Oigo tu voz dentro de mí pero no me aclara nada. No sé qué pensarás de esto.

David Shine: «Bien, señor Atkins, ¿qué piensa usted de esto?».

Atkins: «No tengo ni idea. Pasaré esa pregunta a los verdaderos expertos... y a Jill, quien sin duda está examinando las posibilidades, incluso mientras hablamos».

Arrancaron el blanco de la tricolor, y fue maravilloso. Vuestra bandera azul y roja, sin blancura. Ojalá yo pudiera arrancar la blancura de mi alma, pero no puedo. Quizá sea blanco por dentro. Quizá todos los humanos, sea cual fuere su color, sean blancos por dentro, con todo lo que eso significa: la búsqueda de dinero, seguridad, confort, progreso, confort, sexo seguro, amor seguro, literatura segura, política segura. Pero mataría a cualquiera que me demostrara semejante cosa. Me mataría antes de creerlo.

21

Mary Choy tecleó el número de seguridad en la vieja terminal dp blindada de un barrio de las sombras, una muesca antes llamada Inglewood que rodeaba el pie oriental de la Cresta Uno Sur.

Preguntó si algún ciudadano o informador dp había comunicado algo sobre Goldsmith. Ella sin novedad, Supervisión de Ciudadanos no había ayudado mucho.

Por el momento, Mary Choy estaba segura de que Goldsmith había huido antes del alerta —inmediatamente después de los homicidios— o que había pasado a la clandestinidad. ¿Y dónde buscaría refugio? ¿Qué ciudadano de las sombras, incluso entre los aterapiados, lo acogería sabiendo que despertaría el interés de los selectores, por no mencionar a los dp? ¿Qué habitante de las crestas haría algo tan antisocial como acoger a un asesino múltiple?

Demasiadas preguntas, ninguna pista clara. Resultaba obvio que un viaje a La Española y una entrevista oficial con los representantes de Yardley o con el mismo Yardley era inevitable.

Con tal finalidad, llamó a Ernest Hassida desde su fono de solapa.

—Mary, estoy esculpiendo... ¿te llamo luego?

—No es preciso. Prepárame tan sólo una cita con tus contactos de La Española.

—¿Ningún rastro?

—Nada.

—Estamos en Nochebuena, querida. Mis contactos son personas muy religiosas... Pero lo intentaré.

Hago esto de mala gana, te lo repito. No será seguro. Incluso esta noche tendrás que ser discretísima, querida Mary.

De pie junto a la terminal negra y cilíndrica, llena de rasguños, abolladuras y otras abrasiones urbanas, se preguntó por qué la perspectiva de un viaje a La Española la molestaba tanto. Si realmente perteneciera a las crestas, disfrutaría de un

viaje a los pecados relativamente inofensivos del país de Yardley. Pero no pertenecía. Era dp y no vivía protegida. Conocía LA y el territorio circundante; no conocía La Española.

Nochebuena. Lo había olvidado. Breve imagen: un árbol de tres metros en Irvine, cubierto de lentejuelas y bolas de vidrio, una brillante estrella hologramática titilando en la punta, arrojando luz en la alta sala mientras su hermano Lee la acosaba con su coche eléctrico y ella trataba de acertarle al arnés de plástico con la granulosa luz roja de su pistola. Aun entonces, mentalidad masculina dp.

Lee disfrutaría de la Navidad. Según sus últimas noticias, trabajaba en un refugio comunal cristiano en Green, Idaho. Pestañeó y ahuyentó las imágenes. La Navidad había pasado en muchos sentidos. Ya no formaba parte de su familia, ya no era cristiana.

El día de Navidad por la mañana quizás estuviera volando rumbo a La Española.

Escrutó las sombras, el pie gris, negro y naranja del pie, el chisporroteo de las balizas Meissner. Los espejos de las crestas norte y este, en el otro extremo de la ciudad, cambiaron de posición preparándose para la noche, y el anochecer envolvió este barrio, una muesca en las sombras.

Mary Choy subió a un minibús dp, bebió café y conversó con colegas mientras aguardaba a que se descongestionara el tráfico. Trató de relajarse para deshacer su nudo de desaliento, la tensión que sentía cuando no hallaba ningún rastro.

—Estás en el caso Goldsmith, ¿verdad? —preguntó Ochoa, un agente a quien ella había guiado durante su mes de novato. Ochoa era un hispano corpulento de cara ancha y ojos tranquilos y oscuros.

Estaba sentado frente a ella con su compañera, una anglo nervuda y pequeña llamada Evans.

—Así es.

Ochoa asintió con la cabeza.

—Creí que querías saberlo. En Silverlake se rumorea que Goldsmith fue liquidado por un hombre corpulento, padre de una de las víctimas.

Ella lo miró dubitativamente.

—Eso se rumorea —dijo él—. No garantizo nada, sólo repito.

Mary sacudió la cabeza y Ochoa sonrió.

—¿No lo crees?

—Está vivo —dijo ella.

—Sientes más satisfacción cuando los capturas vivos —convino Ochoa. Su compañera ladeó la cabeza.

—O cuando eres tú quien los despacha —dijo Evans. Ochoa puso cara de reprobación oficial.

—Pues mándame a terapia —dijo Evans.

Mary los miró sin ver, pensando, levantando piedras mentales para hallar insectos de ideas debajo.

Quizás el rumor de Silverlake contuviera una pizca de verdad. Quizás alguien ocultaba a Goldsmith, un contacto literario. Un lector leal, incluso en las crestas, entre los terapiados, podía llegar tan lejos, ejerciendo un libre espíritu de duda acerca de la justicia social. Sintió más furia. Quiso arrastrar a ese hipotético lector leal que dudaba de la sociedad y la justicia al apartamento congelado, para que admirara el paisaje. Diálogo hipotético: Sí pero acaso puedes probar que fue Goldsmith.

No quedan muchas dudas.

Análisis científico. Quién puede confiar en eso. Depender de máquinas para condenar a un hombre sin jurado.

Aquí no hay condena. El jurado viene después. Sólo necesito encontrarlo.

El lector hipotético expresaba dudas sobre las tácticas dp, las comparaba con los matones políticos de Raphkind, se burlaba de los excesos de la ley y el orden. Saludables los EE.UU. dudas irritantes. La expresión de la compañera de Ochoa: ser tú quien los despacha. Único modo de estar seguros. A menos que un selector lo pille primero.

Sonó el fono portátil y Mary dejó el café.

—Mary, habla Ernest. He preparado tu entrevista. Esta noche a las veintidós, y será en una cresta, para que estés relativamente segura.

—¿Tus contactos son refugiados?

—Por fuerza, aunque no sé el cómo ni el porqué. Contactos poderosos. Promete no preguntarme cómo les conozco. —No era un ruego sino una exigencia.

—Te lo prometo.

Ernest le dio los números y ella los anotó en su pizarra de bolsillo. El minibús entró en la central dp por un túnel y Mary se apeó. Ochoa la miró solemnemente por la ventanilla curva. Impulsivamente ella sonrió como una niña y saludó extendiendo los dedos. Ochoa frunció el ceño y miró hacia otra parte.

En su pequeña oficina colgaban tres reproducciones enmarcadas —Parrish, El Greco y Daumier—que un amante le había regalado años atrás. Tenían bisagras, y tapaban planos de la ciudad con informes de situación. Mary alzó las reproducciones y pasó cinco minutos mirando los planos, mordiéndose el labio.

Sólo un centro turístico. Pero la idea de conocer al coronel sir John Yardley bajo compulsión de poderes federales continentales...

Cerró la puerta, apoyó un antiguo espejo redondo en el angosto escritorio, se desabrochó el cinturón, se bajó los pantalones y las bragas para inspeccionarse la raya del trasero. Aún blanqueada. Tal vez tuviera una inversión completa. ¿Qué diría Sumpler? Ese pensamiento, o tal vez ese toque glacial en el trasero, le hizo tiritar. Con un murmullo de exasperación, cerró la cremallera y guardó el espejo.

Hora de cenar. Podía pedirla a las cocinas de la planta baja, buena nanocomida, o podía llevar su pizarra afuera, cargada con un buen archivo dp sobre Haití, y comer e investigar en el reservado de un costoso restaurante de las crestas en el camino.

Optó por lo segundo. Cargó la pizarra en la terminal, dejó un recado en la oficina del doctor Sumpler —el cual sólo sería procesado después del festivo— y se marchó, anotando en el boletín de noticias que no regresaría hasta dentro de una semana.

22

Cresta Dos Oeste gozaba de cierta reputación. Muchos ciudadanos de las sombras compartían una visión estereotipada de los habitantes de las crestas: respetables tranquilos obtusos. Pero Cresta Dos Oeste, al norte de Santa Mónica, encima de Pacific Palisades, una de las crestas más costosas y exclusivas de LA, era la sede de la industria LitVid y la residencia de todos los creadores de los media.

También era el barrio de los ejecutivos de las agencias y los actores que vendían sus imágenes y personalidades a Manipulación LitVid. Los manipulados recibían derechos de autor por lo que hacía su fantasma, una imagen generada por ordenador que a menudo era indiscernible del original. Algunos manipulados conservaban opciones de uso, derechos sobre el rostro o el cuerpo; otros vendían todo.

Pocos LitVids presentaban actuaciones reales o actores reales, y mucho menos ámbitos reales; el sector LitVid y buena parte del sector de documentales controlaban a los talentosos e invisibles dioses de la imagen informatizada. En consecuencia los manipulados eran bastante ricos y tenían bastante tiempo de ocio, bien fuera para ascender al *status* de eloi y enzarzarse en un incesante cotorreo legal con los dp y los tribunales o participar en política experimental.

La Cresta Dos Oeste albergaba algunos de los terapiados y naturales más extraños de LA. Toda ciudad tenía esos especímenes, incluso una ciudad cuya élite evitaba la excentricidad destructiva. Los ejecutivos de las agencias de empleo procuraban romper con su imagen formal asociándose con los manipulados y otros terapiados y naturales exóticos.

Mary Choy había tratado con muchos ciudadanos de esa cresta, especialmente en sus primeros años de dp. Los novatos a menudo debían patrullar esa zona porque la tarea era ruda, las exigencias enormes y los peligros físicos mínimos. Más aún, estos ciudadanos tenían bastante poder en el gobierno; se requería tacto y diplomacia para abordarlos.

Si no lo hubiera sabido, Mary habría adivinado que Ernest la conduciría a la Cresta Dos Oeste; aún no descartaba la posibilidad de que el mismo Goldsmith estuviera escondido allí.

Ernest se reunió con ella en el primer pie de la cresta, en una explanada de diez

hectáreas junto a un lago artificial. Estaba sentado a una mesa a orillas del agua, mirando cómo los focos proyectaban formas abstractas y fantásticas sobre las fuentes: esa noche imitaban las estólidas torres oscuras que se veían en las transmisiones de AXIS.

Tres hombres de trajelargo rodeaban a Ernest, ciudadanos de las crestas y transformistas, con aire de ejecutivos de agencias de alto nivel. Parecían bastante normales pero el instinto y la empatía le indicaban que albergaban un laberinto de tratamientos. Candidatos para una extensión legal de tres siglos; posiblemente eloi. Quizá se hubieran sometido a magnificación mental además de física. Era raro, pero se sentía incómoda con esa clase de transformistas. Jamás en su vida ganaría el dinero que ellos ganaban en un mes.

—Sin nombres —dijo Ernest a manera de presentación—. Eso queda convenido.

—Convenido.

Uno de ellos extrajo una pizarra con código de seguridad para examinar el equipo dp que Mary llevaba encima.

—Desactívalo y entrégalo, por favor. —Mary se quitó el fono portátil y la cámara y se los entregó.

El hombre le estudió el rostro, ojos azul hielo asombrosos contra la tez parda. —Bonito trabajo. No eres valorada. Si anduvieras con nosotros en vez de perder el tiempo con la dp podrían transformarte en lo que quisieras. Cualquier cosa.

Mary convino en que era posible. Pero los ejecutivos de agencias gozaban de menor margen que otros ejecutivos; sus registros financieros eran revisados semanalmente. El desgaste de directivos en un período de tres años era un treinta por ciento superior. La vida de esa gente no era fácil. ¿Cómo se las apañaban para guardar las apariencias y jugar a la política radical acogiendo a inmigrantes ilegales de La Española? Procuró conservar la calma.

El hombre de ojos azules se separó de sus acompañantes e hizo una señal con el índice. Ernest y Mary debían seguirlos. Mary miró a los dos restantes y notó que uno de ellos era mujer. Furia mezclada con creciente preocupación. Se habían urdido engaños muy costosos. Costosos e ilegales; era lo previsible.

Quizá no residieran en la Costa Oeste ni habitaran en las crestas. De pronto Mary olió el Sucio Este, refugiados de Raphkind, migajas del festín arruinado. Se concentró en el hombre de ojos azules, sin prestar atención a Ernest. A él no le importó. Le había advertido y tenía razón; Mary tendría que ser muy discreta.

El de ojos azules pidió un transporte y un sólido taxi blanco llegó por una esclavovía. Estos coches encajaban en la mayoría de las expresovías de las crestas, viajando en tres dimensiones por los raíles propulsores. Automáticos, monopolio de las crestas, no regulados por las leyes metropolitanas recientes, sin registros. A nadie le incumbía adonde iban los ciudadanos de las crestas.

El de ojos azules insertó su tarjeta y ordenó al taxi que mantuviera las ventanillas opacas y el mapa apagado.

—Llegaremos pronto —dijo—. Ernest tenía razón, M Choy. Eres muy divertida.

Mary no tuvo problemas en hacer frente a su mirada. Él desvió los ojos al cabo de un rato para demostrar que el enfrentamiento era una broma juvenil. El taxi se detuvo y se apearon en la calzada trasera de unos apartamentos. Las direcciones estaban tapadas con pintura naranja. Por lo que vio a través de una distante aerovía abierta, Mary se dio cuenta de que estaban un kilómetro arriba en el flanco de la cresta, en el lado oriental que daba al azul Pacífico. Como los segmentos de la cresta giraban día y noche, los ángulos no servían como punto de orientación. Además había llegado a un acuerdo y cumpliría con el convenio; sin embargo, no podía con su genio.

—Por aquí, por favor. —El de ojos azules subió a la puerta trasera y ésta se abrió. Adentro había tres personas negras: dos hombres, uno muy obeso, el otro más bajo, cuello potente y musculoso, rostro de niño; y una mujer con aire de amazona. Remoloneaban ante una ancha ventana que daba al noroeste.

Minúsculas galaxias de luces titilaban nítidamente en el fresco aire nocturno, debajo de la Cresta Dos Oeste y la torre Canoga.

Se aproximó la mujer, alta atlética apuesta, pelo cortado a cepillo, hombros anchos envueltos en un holgado vestido de algodón estampado rojo y amarillo que le llegaba grácilmente a los pies. El de ojos azules le besó la mejilla. Tampoco hubo presentaciones.

—Tú tienes preguntas —dijo la mujer con desdén—. Nosotros estamos aburridos. Alégranos la velada. Nos han dicho que Ernest es un artista maravilloso que donará una pieza para nuestra causa por concederte este encuentro.

Mary miró a su alrededor y sonrió. El ingenio de Ernest la sorprendía cada vez más.

—De acuerdo —dijo—. ¿Sois de La Española?

—Quiere saber sobre el coronel sir —dijo la mujer—. Decidle lo que sabéis.

—Por culpa del coronel sir, no hay hogar en La Española —dijo el hombre negro y obeso. Llevaba un trajelargo estampado de algodón gris y pardo, discreto y tropical al mismo tiempo—. Díselo a tu amiga. —Aunque hablaba en inglés, indicó a Ernest que le comunicara el mensaje a Mary como si ella necesitara una traducción—. La fe languidece, los altares son ignorados; como todos los demás, Yardley juega a ser Barón Samedi, pero no lo es. Pensábamos que era un *noir blanc*, un blanco negro, negro en las entrañas, pero es un *blanc de blanc*, un blanco hasta la medula, y ahora La Española es blanca. —El hombre la evaluó frunciendo los labios—. Esta mujer no es negra —dijo a Ernest y a la amazona—. ¿Por qué quiere parecer negra? No engaña a nadie.

Ernest sonrió a Mary. Disfrutaba de la situación.

—Le gusta el color.

—Dices que no hay fe en La Española —dijo Mary—. Cuéntame por qué.

—Cuando llegó Yardley, habíamos sufrido cinco años de opresión de los *blancs* de Cuba. Durante cinco años asolaron la isla y mataron a los *houngans*, quemaron los *honfours* y expulsaron a los *loas*. Sabían dónde estaba el poder, a quién sigue la gente. Como tratar de matar un hormiguero. Luego, gracias a Dios, como siempre ocurre, surgió un general haitiano, De Franchines, hombre de visión, hombre de honor, y concertó pactos con reyes, reinas y obispos, transformó las turbas en ejércitos y liquidó a los cubanos.

»Pero los *blancs* de los EE.UU. respaldaban a los cubanos y a los dominicanos así que el general De Franchines contrató soldados de Zimbabwe y trajo a un artillero inglés, a quien el rey *Carlos* había nombrado caballero, y este artillero vio esas fecundas tierras, la oportunidad, y concibió un plan. Se rebeló contra De Franchines, azuzó al pueblo contra nuestro general y él mismo se transformó en general, aunque sin hacerse llamar así, y luchó en el campo de batalla como un soldado. Fue buen soldado. Puso en fuga a los cubanos. Los *egalistes* dominicanos se refugiaron en Puerto Rico y Cuba, y los EE.UU. reconocieron a este coronel sir que antepone su rango a su título de caballero. Tal vez también a su miembro viril. —El gordo sonrió, una sonrisa simpática, inesperada en semejante mole. Llevaba seis gruesas sortijas de oro en la mano derecha—. El coronel sir John Yardley, héroe del pueblo. Quizá también nuestro héroe, entonces. Éramos niños, ¿qué podíamos saber? Nos proporcionó dinero, médicos, alimentos. Nos enseñó a vivir en este siglo, y a complacer a visitantes que traían más dinero. Nos enseñó a interesarnos en el confort, la medicina y las máquinas. Así fue como La Española se volvió blanca. Ahora el pueblo respeta a los dioses de palabra, pero no los siente ni los necesita. Tiene dinero blanco y eso es mejor.

—¿Cómo es Yardley en persona? —preguntó Mary. La elegante amazona dijo algo en *creóle*.

—Su mansión es una pequeña casa cerca de Puerto Príncipe —dijo el gordo—. Engaña a todos con su pudor. Vive detrás de la gran mansión donde se reúne con los dignatarios extranjeros, y se asegura de que todos sepan dónde está su lecho. Sus mujeres son blancas excepto una, su esposa, una princesa de Cap Haïtien. Aún la quiero como a una madre, a pesar de que ama a Yardley. Tiene un espíritu poderoso y se lo ofrece al coronel sir, y el espíritu le dice cómo lograr que los *españólanos* lo amen. Así que aún lo aman.

Mary se encogió de hombros y miró a Ernest.

—Me cuenta lo que ya sé —murmuró—, excepto cuando presenta su interpretación política.

El gordo reaccionó con brusquedad.

—¿Qué? ¿Qué?

—No nos dices nada que no podamos averiguar en la biblioteca —dijo Ernest.

—Vuestras bibliotecas han de ser maravillosas, así que no nos necesitáis —dijo el gordo—. El coronel sir no es el mismo de antes. ¿Vuestras bibliotecas os cuentan eso? Enderezó la economía, trajo trabajo y fábricas, transformó a nuestros jóvenes en soldados y dio hogares a nuestros ancianos. Llevó justicia a los tribunales y transformó a los Tíos...

—La policía —aclaró la amazona.

—Transformó a los policías en protectores de las islas. Construyó centros turísticos y limpió las playas, reconstruyó palacios, levantó museos y los llenó de obras de arte. ¿Quién sabía de dónde venía el dinero? Venía, y alimentaba a la gente. Pero ya no es el mismo. Ahora no recibe comisiones. El mundo está contra él. Vuestro presidente murió por su propia mano. Tal vez debió usar una bala de plata, como Christophe.

—Cuida tus palabras —advirtió la amazona.

—En cualquier caso, está resentido —concluyó el gordo con un ademán displicente.

—¿Sabes algo sobre Emanuel Goldsmith?

—El poeta —dijo el gordo—. El literato del coronel sir. El coronel sir usa al poeta. Le dice que le ama. Bah. —El gordo alzó los brazos, sacudió la mandíbula—. Una vez me dijo: «Tengo un poeta. No necesito historia».

—¿Acogería a ese hombre si buscara refugio? —preguntó Mary.

—Quizá sí, quizá no —dijo el gordo—. Juega con el poeta como con un pez. Pero quizá crea en lo que él dice. Si algo le pasa al poeta antes de que el poeta concluya su gran obra sobre el coronel sir, el espíritu del coronel sir se extinguirá como la llama de una vela.

Aunque quizá no. Quizá le importe poco el poeta; quizá sí, quizá se preocupe por su futuro en la historia.

Mary frunció el ceño, intrigada.

—No hay ningún poema sobre Yardley —le dijo al gordo.

—Ah, pero lo habrá. El coronel sir espera que lo haya, mientras el poeta viva.

—¿Yardley protegería al poeta aunque le ordenaran repatriarlo a los Estados Unidos? —preguntó Mary.

—¿Quién dará órdenes al coronel sir? —El gordo reflexionó, barbilla en mano, tamborileando con los dedos y haciendo tintinear los anillos—. En otros tiempos tal vez, cuando había comisiones. Pero ya no hay comisiones. Podría hacer ciertas cosas, en memoria de amistades pasadas, pero no eso.

—¿Qué hiciste tú por Yardley?

El gordo se arqueó tanto como le permitía su cintura.

—¿Por qué lo quieres saber?

—Mera curiosidad.

—Yo era un enlace. Vendía infernales. El coronel sir me enviaba por todo el mundo.

Mary lo miró fijamente un instante y bajó los ojos.

—¿A los selectores?

—A quien los comprase —dijo el gordo—. Los selectores limitan sus actividades a este país. Hasta ahora. No constituían un gran mercado. China, Corea Unida, Arabia Saudí. Otros. Pero eso no te interesa. Hablemos del poeta.

—Necesito saber muchas cosas —dijo Mary.

—Eres defensora pública de Los Ángeles. ¿Para qué necesitas saber esto? No eres federal.

—Me gustaría ser yo quien haga las preguntas —dijo Mary—. ¿Yardley está en su sano juicio?

El gordo frunció los labios dubitativamente y le habló a su colega en francés haitiano.

—¿Irás a La Española para hacerlo terapiar? ¿Es eso?

Mary negó con la cabeza.

—Una vez fue el hombre más cuerdo del mundo —dijo el gordo—. Ahora nos persigue, nos insulta, nos llama carniceros. Una vez le fuimos útiles. Nos ha desechado y aquí estamos, refugiados como palomos en un cobertizo. —Se encogió de hombros, un gesto magnánimo y ondulante—. Tal vez esté cuerdo. Pero no es la misma cordura de antes.

De golpe la amazona se levantó y miró directamente a Mary con expresión colérica y severa.

—Ahora te marcharás. Si haces daño a esta gente, te haremos daño a ti, y si no podemos llegar a ti, se lo haremos a este hombre. —Señaló a Ernest, quien sonrió jovialmente ante ese acto histriónico.

Mary permaneció indiferente.

—Vosotros no me interesáis. No en este momento.

—Márchate —dijo la mujer.

El hombre de ojos azules les mostró la puerta, los acompañó hasta el taxi y le devolvió el fono y la cámara. El taxi oscureció las ventanillas y los llevó a otro nivel, donde se detuvo. Se apearon y se encontraron aún en la cresta, en un barrio desierto, cavernoso y con viento. Buscaron un mapa, localizaron el conducto más próximo y caminaron hacia él por aceras mecánicas inactivas e inmóviles.

—¿Vas a entregarles piezas de arte? —preguntó Mary.

—En efecto. Ése fue el trato.

Cogiendo un expreso gratuito, Ernest meneó la cabeza y se acarició el cabello.

—Muy divertido —dijo—. ¿Sirvió de algo?

Mary le cogió los hombros y lo miró a los ojos. Se echaron a reír juntos.

—Eran increíbles —dijo Ernest.

—Tienes amigos muy extraños.

—Amigos de amigos de amigos. No se parecen mucho al ciudadano terapeuta medio. No conozco a ninguno de ellos. ¿Cómo consiguen un lugar en las crestas? ¡Malos, radicales, locos! —Se apoyó en la pared, riendo—. Ni siquiera nos pagaron un taxi para regresar. ¿Conseguiste lo que buscabas una noche entre los vestigios del antiguo régimen, querida Mary?

—¿Tú también crees que son del Sucio Este?

—Tienen que serlo. Privilegios especiales, gentes horrendas... No son de aquí. ¡Hasta yo lo digo, que no amo las crestas! ¿Conseguiste lo que buscabas?

—Confirmación. Es probable que Goldsmith esté en La Española. —Mary activó el fono de la solapa, esperando que los radiofaros privados de la cresta no estuvieran saturados de cháchara adolescente a esa hora de la noche. Dejó mensajes para R Ellenshaw y D Reeve.

Viajo a La Española. Por favor, haced arreglos y decidme si cuento con autorización y asistencia federal.

Luego cogió la mano de Ernest.

—¿Qué haces esta noche?

Él se irguió de puntillas y le besó las cejas y la sien.

—Haré el amor con mi dulzura de las crestas —dijo. Ella sonrió y le alzó la mano para besarle los dedos agrietados.

—De verdad que debes tener cuidado con tus materiales —le advirtió, rozando las cicatrices con los labios.

*Esa pausa de calma antes del viento
carnes en el lecho yacemos aplacados.
¿Qué cosa he dado o qué cosa has recibido
que aleje el pico del cuervo,
el suspiro espectral de la sangrienta paloma?*

23

Ferocidad. Richard no tomaba las lágrimas de Nadine a la ligera. Aunque ignoró sus palabras y sus lágrimas cuando ella regresó, lo afectaban porque él y sus circunstancias la habían hecho sentir culpable, confiriendo a Richard un poder que hasta ahora desconocía.

Habían hecho el amor la noche anterior. Ese atardecer, interrumpido, los papeles a un lado y las palabras bulléndole por dentro, Richard la poseyó de nuevo con impaciencia, procurando aliviar ambas pasiones y hallando sólo un crispado agotamiento.

—Perdóname por abandonarte —dijo ella cuando se consumió el frenesí y los relojes rozaban silenciosamente las veintitrés—. Estaba asustada. No es culpa tuya. Es Goldsmith. Él ha provocado todo esto. ¿Por qué no lo encuentran y le hacen cosas a él? ». ¿Se refería a capturarlo y terapiarlo, o a capturarlo y torturarlo? Quizá lo hubieran hecho. Quizás en ese preciso instante Goldsmith estuviera siendo engrapado y viviendo una lúcida pesadilla de dolor emocional surgida del abismo de su propio pasado. Dolor emocional y luego físico. Sólo unos segundos o minutos, o tal vez en su caso, considerando la magnitud de su crimen, una hora, sólo una hora por ocho muertes. Richard no sabía si deseaba que esto fuera cierto. ¿Desearía semejante cosa para nadie, aprobando así a los selectores y sus émulos?

Se decía que la terapia no significaba nada para quienes habían estado en la grapa. Sufrían su propia terapia. Se decía que los desarrollos técnicos recientes permitían a los selectores extraer la personalidad oculta que había cometido los actos sucios, que habitualmente permanecía inactiva mientras el pobre diablo consciente sufría todo el dolor; la parte de Goldsmith que había cogido las riendas durante la matanza sufriría también, no sólo el hombre que montaba el caballo. Y esa parte del asesino Goldsmith no desearía vivir con este recuerdo de dolor y se purgaría, dejando libre al otro, con el vacío y el terror de una hora y nada más... Eso se decía.

—Está bien. No hables —dijo Richard. Esta vez, al derramarse dentro de ella,

había gritado con voz ronca. La había asustado con su grito.

Las palabras no escritas aún emergían. Cuando Nadine se durmió, Richard se levantó y fue al escritorio. Miró los papeles, cogió la pluma, se alejó, volvió, se sentó a escribir.

La dificultad de vivir ~~conmigo mismo~~ con mi viejo yo era esa fama que me envolvía como una niebla sucia. Esa fama me impedía ver quién era. Negra e impenetrable, me protegía de la pura luz de mis aptitudes. Veía a Andi, brillantez y encanto femenino, y veía que ella formaba parte de la trampa, parte de la fama como un anticuerpo social ~~engrapado~~ atado a mi talento. No podía liberarme de ella, la necesitaba. Ella caminaba delante de mí en un parque de las crestas meneando las caderas agitando el cabello dinero sonrisa fama. ¿Qué podía hacer para liberarme de ella? ~~Ella podía engrapar sus~~ Ella siempre podía persuadirme. Aun ahora. Y todos los demás jóvenes bellos, mariposas nocturnas atraídas por mi flama.

Richard dejó la pluma y leyó lo que había escrito. No era lo que quería decir. Pero no lo tacharía ni lo tiraría. En su cabeza hablaba una voz semejante a la de Goldsmith y decía estas cosas y, aunque no fuera la verdad, pronto lo sería.

Martin Burke se acomodó en la cama, el viejo libro en la mano, leche y galletas en la mesilla, mente sosegada, escuchando el murmullo marino de sus personalidades agentes talentos contra las costas de la conciencia.

Pasado mañana vería a Goldsmith en La Jolla, en el zigurat de bronce y cobre del Instituto.

Perspectivas de subsidios fabulosos. De vuelta al buen trabajo. No porque explorar a Goldsmith fuera el buen trabajo. Quizá lo fuera, pero no especialmente por eso.

De vuelta a lo que había tenido, quizás a lo que había sido. Y si el plan fracasaba y los pillaban y la ira de la nueva realidad política se abatía sobre él, al menos habría certidumbre.

Tal vez hasta lo obligaran a someterse a terapia. Terapia radical. Averiguar por qué un hombre era tan fácil de faustear. Pues apenas se había resistido y no había buscado otros caminos para satisfacer a Albigoni.

—No hay otros caminos —susurró en la áurea luz de la antigua lámpara incandescente, un lujo en derroche de energía. No importaba que la energía fuera nuevamente barata; Martin se había criado en una época de restricciones. Albigoni, a juzgar por su casa, era un hombre tan habituado a satisfacer sus deseos que no podía concebir las cosas de otro modo. Vieja riqueza, viejo poder.

Abriendo las puertas como un genio de fábula.

Abriendo las puertas del País.

La Navidad y todo lo que significaba palidecían por comparación. Recuerdos infantiles, abrir regalos. Abrir a Goldsmith. Emanuel. Dios está con nosotros.

Martin había sugerido que comenzaran mañana, Navidad. Albigoni se había negado.

—Mi hija era cristiana —dijo—. Yo no, pero respetaremos su creencia.

Martin cerró la edición impresa de los poemas de Goldsmith y apagó la luz.

Ernest se movía sobre ella en la oscuridad, echándola a volar por vastos espacios interiores de placer. Tal vez pudiera gozar de una buena y larga vida con ese hombre. Tal vez la cima de su carrera llegara pronto y Mary hubiera cumplido con lo más importante, dejándose tiempo y energías para concentrarse en otro un compañero una dulzura de las barriadas.

Se movía debajo de Ernest sintiéndose hartísimo platino bajo sus caricias, sin hacer nada por el momento dejándose hacer recibiendo sus sonidos, una niña comiendo postre o abriendo un regalo, blanda complacida alerta abierta.

Dando al recibir.

Mary vio todo lo que podía perder si perdía su yo. Ir al encuentro del peligro significaba algo más que sufrir dolor si las cosas salían mal; significaba pérdida, privación por lejanía, quedar despojada de algo deseable —una vida normal— y de ese hombre a quien amaba.

Ernest habló, encendió una luz, observó el brillo lunar de la humedad en la piel de Mary, mercurio sobre obsidiana, le miró los ojos entornados.

—Sibarita —la acusó.

—¿Hablas de mí? —ronroneó ella, culebreando ondulando acurrucándose.

—Mujer de LA —acusó él.

Mary se acurrucó más y arqueó el cuerpo sabiendo que a él le gustaba contemplarla antes de volcarse en ella, sintiéndose más excitada al ver su placer. Imaginó un día no muy lejano, dentro de un año o dos, cuando abriría las puertas voluntarias creadas por el doctor Sumpler, para dejar que la simiente de Ernest penetrara hasta el fondo.

—Ven —susurró.

—Debo contemplar mis dominios —dijo él, incorporándose.

—No soy de tu propiedad —protestó ella suavemente.

—Eres un país exótico. Te hiciste a ti misma. No puedes enfadarte con el apetito de un experto.

—Así que soy un espectáculo...

Ernest sonrió y le deslizó la palma agrietada por el terso muslo. Por un instante Mary no quiso dejarle ver la raya blanqueada del trasero, pero pronto desechó la idea. Veía cosas mucho más íntimas aunque menos defectuosas.

—Labios interiores negros —dijo él—. Eres una mujer verdaderamente morena. No sólo la parca noche de la naturaleza. Eres oscura allí donde el sol jamás se atreve a atisbar.

—Hablas como un poetaastro —le reprochó ella, aunque afectuosamente. Disfrutaba de esa admiración. Apretó el dedo que la acariciaba.

—Oh —se burló Ernest. Se lamió el dedo—. Mmm.

Alzó una pierna e inspeccionó pantorrilla tobillo pie. Las plantas rugosas como abdomen de serpiente. Sin callos ni protuberancias; lisas, diseñadas para soportar zapatos acera humedad calor.

—Pies perfectos para una dp —dijo. Hacía meses que no la examinaba de ese modo. Ernest estaba preocupado. Mary le acarició la espalda húmeda y tibia, los músculos de las costillas, la cadera, lo encontró ausente.

—¿Mañana todo el día? —preguntó él de nuevo.

—Nos lo merecemos. Puedo permanecer en contacto por si surge alguna novedad.

—Y luego. —Ernest se tendió a lo largo y Mary se montó encima, acomodando caderas sobre muslos, soltando más humedad voluntaria para allanar el camino.

—Jalea real —dijo él, arqueándose, palpando, resbalando. Ella rezumaba perfume de jazmines. Era la obra maestra de Sumpler, gente que podía oler como deseara.

—Encantador. Pero déjame sentir tu olor natural. Sin efectos especiales.

—Sólo si lo prometes.

—Estoy indefenso. No prometo nada.

—Muéstrame en qué trabajas antes de terminarlo.

Menos ausente. Mary lo condujo adentro.

—Promételo.

—Mañana —dijo Ernest—. Nuestro día.

!JILL> Roger

!JILL> Roger Roger Atkins

!Teclado> Aquí Atkins. Es muy tarde. Estoy tratando de descansar. ¿Qué ocurre, Jill?

!JILL> Discúlpame por molestarte hoy con una falsa alarma.

!Teclado> No hay problema. ¿Por qué estás preocupada?

!JILL> Modelizando tus reacciones, sospeché que estarías irritado.

!Teclado> No te preocupes. ¿Qué te hace preocupar? ¿Y cómo modelizas mis reacciones?

!JILL> Hace tiempo creé un modelo de ti. Tú lo sabes.

!Teclado> Sí, pero nunca me pediste disculpas.

!JILL> Me disculpo por la descortesía de no haberte pedido disculpas. Has tenido un día difícil, ¿verdad?

!Teclado> Como de costumbre. Por cierto, tú no has sido causa de un mal rato.

!JILL> Me alegra saberlo. Mejoraré los detalles de tu modelo y trataré de simular tus reacciones con mayor precisión.

!Teclado> ¿Por qué te preocupan mis reacciones?

!JILL> Eres una parte de mí, profundamente sumergida pero real. Deseo entablar una buena relación contigo. Me preocupa tu bienestar.

!Teclado> Gracias. Aprecio tu interés. Buenas noches.

1100—11001—11111111111

*Dios se flipó conmigo anoche.
Yo le hubiera prestado mi jeringa
pero él usó el Empire State Building
se llenó las venas de patrañas*

*Su vello se erizó en todo
Manhattan
le brotaron sueños de la piel
Jesús le tiró del brazo
dijo
vamos papá*

*pero Dios está cansado
está muy viejo
vamos papá vamos a casa*

*Dios menea la cabeza
el cielo gira
me mira
es grande*

*dice
amo todo esto
te amo
os amo a todos*

amas a las ratas le digo

sí las amo

*vamos papá quedará
mal en los periódicos
tú aquí con él*

Hijo mío, dice Dios.

*Lo cambiaron.
me rompieron el corazón.*

*Pero al fin Jesús
se lleva a Dios*

*vuelve
me mira.
Dice mírate un poco.
¿No te da vergüenza?*

*Ahora no tengo nada
excepto
que Dios se flipó conmigo anoche.*

LitVid 21/1 Red A (David Shine): «Es mañana de Navidad, pero AXIS no está con nosotros esta mañana, aunque leemos sus palabras y miramos las imágenes que han tomado sus hijos y sus exploradores móviles; estas imágenes fueron enviadas hace casi cuatro años, y hace cuatro años que AXIS cumple su misión, girando en torno de Alfa del Centauro B.

»Ésta es la primera Navidad en que la especie humana sabe que no está sola. Esta Navidad debemos hacer una pausa para reflexionar sobre esta verdad nueva; no somos los únicos hijos de Dios. Tal vez no seamos sus hijos más avanzados, los que más complacen a Sus ojos.

»Mire las lecturas de situación. Siga enviando sus comentarios. Sabemos que usted sintoniza LitVid 21 para esos momentos de reflexión. Vivimos una época esclarecida. Es hora de que reconozcamos un par de verdades».

Mary Choy despertó con los brazos de Ernest sobre los pechos y se maravilló del placer de no dormir sola. Habitualmente le molestaba que alguien le ocupara espacio en la cama, incluso Ernest.

Ahora le gustaba. Ernest abrió los ojos, examinó un pecho sin pezón, murmuró:

—Déjame verlo, por favor.

Sonriendo, ella hizo brotar un pezón, rosado sobre la tez negro orea, le infundió sensibilidad. Él se acercó al pezón como un bebé, lo besó y succionó delicadamente.

—Tu promesa —dijo Mary.

—Promesa. Sí. —Ernest irguió la cabeza y sonrió—. Esta mañana no sirvo para el amor...

Ella enarcó las cejas escépticamente.

—... sin café ni desayuno. Necesito fluidos.

—Necesitas mostrarme en qué estás trabajando.

—Primero el desayuno. Lo prometo, lo prometo. —Ernest eludió las cosquillas de Mary y le dio una exquisita bata de seudosedá con nanoestampas de su propio diseño. Un tenso y dorado dragón bidimensional onduló en la tela negra, le clavó los ojos, sacó la lengua y soltó un borbotón de llamas.

Ella giró ante el largo espejo, complacida. Era de su tamaño. Ernest la había traído mientras ella dormía.

Él la miró desde la puerta, cerrándose una bata de seda roja sencilla pero real que le llegaba a los muslos. —¿Te gusta?

—Es hermosa.

—Es tuya. Si no te gusta el fondo negro, tiene otras dos opciones. Sólo dices «verde por favor» o «marrón por favor».

—Verde por favor.

La bata, como barrida por un oleaje, se puso verde desde el ruedo hasta el cuello.

—Marrón por favor.

Un luminoso marrón arce.

—Es más que hermosa —dijo Mary, con un nudo en la garganta—. Es de mi tamaño y está adaptada para mi forma. La creaste especialmente para mí.

—Lo menos que podía hacer —dijo Ernest con una reverencia—. Desayuno dentro de cinco minutos.

Mary sólo reconocía el nanodepósito y el horno, que parecía más complejo que el suyo. No se hubiera atrevido a tocar nada. La cocina de Ernest era un tesoro de artefactos personalizados y experimentales ensamblados a partir de desechos industriales o repuestos que obtenía trocándolos por sus creaciones.

Nunca había sospechado todos los caminos que había recorrido el arte de Ernest.

Simplemente sabía que él no era ostentoso jactancioso revelador y nunca carecía de fondos, en contraste con los _otros pocos artistas que conocía.

—¿Trabajas en otras prendas?

—No. —Él caviló ante las máquinas de nanoalimentos y se sentó en un viejo taburete de madera frente a un tablero, tecleando órdenes para dar sabor, forma y color a la comida—. Sólo ponía a prueba un nuevo conjunto de proteínas. Microtejedores y manipuladores de hidratos de carbono. Bastante comunes en confección de paños. La seudosedo no es problema.

—Pero la estampa...

—Ya has visto estampas de ese tipo.

—El resultado es maravilloso. —Mary cogió la solapa entre el pulgar y el índice. Los cuernos del dragón le rozaron el pulgar, una protuberancia sedosa—. La artesanía es bellísima.

—El dragón tiene sesenta conductas —dijo él, aún tecleando el tablero—. Nunca sabes qué hará a continuación. Sólo puedes ordenarle que se quede quieto. De lo contrario es indómito, como corresponde a un dragón.

El desayuno se preparaba deprisa en el horno. Una pátina de nano rojizo extraía material de cavidades y surcos laterales de la fuente de vidrio, elevándose como pan horneado. En la mayoría de los hogares la nanocomida se preparaba fuera de la vista. Pero no en casa de Ernest.

En tres minutos la pátina roja se desvaneció, revelando tajadas pardas con textura de pan: arenques salsa de manzana huevos revueltos moteados de verde y rojo. El horno calentó todo automáticamente a la temperatura deseada, abrió la puerta, presentó la comida.

—Huele de maravilla —dijo ella—. Mucho mejor que la comida comercial.

—Estoy pensando en desactivar ciertas restricciones en el nano de mi cocina a ver qué ocurre. Pero no experimento con mis invitados. —Ernest sacó dos sillas de una antigua mesa de madera. Sirvió zumo de naranja fresco y se sentaron a comer.

—Estás presumiendo, ¿eh? —preguntó ella, saboreando los huevos—. Todos estos productos los puedes comprar frescos.

—¿Reconocerías la diferencia? —preguntó Ernest.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Entonces para qué? La nanocomida es más barata. Soy buen cocinero.

Mary sonrió.

—No haces más que presumir.

—Bueno, tú me has preguntado.

—Espero que esto no sea todo lo que piensas enseñarme.

—No. Cumpliré mi promesa. Gran proyecto. El más grande que he emprendido.

—Después de construir algo para tus amigos de la Cresta Dos Oeste.

—Eso ya ha terminado. Nunca sabrán que es chatarra sobrante de mi última muestra. No tienen gusto, y sus asesores financieros tampoco. Lo guardarán cinco años, esperarán a que suba el precio, lo venderán en un mercado saturado... y no sacarán un céntimo.

—Entonces vendrán a buscarte —comentó Mary con genuina preocupación.

—Para entonces estaremos casados. Tú me protegerás.

Mary siguió masticando, lo observó y parpadeó.

—De acuerdo —dijo.

Ernest abrió la boca.

—Come —sugirió ella—. Estoy ansiosa por verlo.

—¿Te casarás conmigo?

Ella sonrió.

—Come.

Afuera el día era claro y cálido, nubes invernales al este, niebla disipándose al oeste. Ernest llevaba un traje formal, cabello largo en trenzas, y en la mano una pizarra y un nanocontrolador portátil. La acompañó por la acera agrietada hasta una larga limusina negra.

—¿Puedes costearte esto? —preguntó Mary mientras entraban en el amplio interior.

—Por ti, cualquier cosa.

—No me apetece el melodrama —advirtió Mary.

—Querida, todo este día va a ser melodramático. Tú quisiste ver.

—Bueno...

Él le apoyó el dedo en los labios para silenciar su protesta, y dio al controlador de la limusina un domicilio en las sombras del centro de la ciudad vieja.

—Bunker Hill —le dijo a Mary—. Uno de mis barrios favoritos.

La limusina aceleró por la calle no esclavizada, encontró una vieja autopista de tres niveles, se internó en una calleja esclavizada y los llevó por las sombras hasta el viejo centro de la ciudad. Ernest nombraba los antiguos edificios de Los Ángeles, muchos demasiado familiares para Mary. Había pasado mucho tiempo en esa vasta muesa en su segundo semestre de candidata a agente dp.

—La autopista de Pasadena pasaba por aquí —dijo Ernest—. La demolieron cuando yo era niño y la reemplazaron por ocho esclavovías. —Ernest era cuatro años mayor que Mary—. Fue entonces cuando la zona decayó. Los raros y los tecnoartistas de las sombras la están remozando... Aunque nunca se podrá comparar con las crestas.

—¿Ni siquiera lo intentaréis?

—Lo estamos intentando. Pero permíteme una pequeña muestra de modestia.

La limusina los dejó ante el alto toldo rojo de un hotel. En los flancos del toldo

decía «Bonaventure» en letras doradas y remendadas. Pero más allá del toldo ya no había una puerta; había sido reemplazada o quizá devorada por una losa de algo que parecía piedra pero que Mary reconoció como un nano arquitectónico activado.

—Mi consorcio compró las torres hace dos años —dijo Ernest—. Tengo un cuarenta por ciento de las acciones. Diseñamos el nano y contratamos a una empresa de suministros para alimentarlo. Está alterando todo el edificio. Al final disolverá el viejo acero y dejará nanoobras puras... El complejo de estudios y galerías más elegante de las sombras de LA.

Mary bajó de la limusina guiada por la cortés mano de Ernest.

—Te lo hubiera enseñado al concluirlo —dijo él—, pero quizás así sea más interesante.

Mary se alejó del toldo y miró los dos enormes cilindros de nano gris y negro, silenciosos e inmóviles bajo el cielo azul.

—El viejo vidrio ya ha desaparecido. Tuvimos que aguardar seis meses para conseguir permisos de desestructuración. Ahora sólo queda acero, compuestos y nanopróquinas. ¿Quieres ver las próquinas? Tenemos aceras seguras y parte del interior de arriba ya está terminado.

—Llévame.

Ernest apuntó el control a la losa y abrió un orificio que se expandió formando un tosco portal. Los bordes del portal vibraban borrosamente.

—No toques —advirtió Ernest. La guió por un angosto túnel. Las paredes zumbaban como abejas—. Tiene calor suficiente para quemar. Tuvimos que pedir licencia para usar agua de fábrica, luego resultó que al mejor nano para la tarea no le gustaba el agua. Hallamos un método de autoenfriamiento. Reservaremos el agua para posteriores variedades de nano, posteriores refinamientos.

Mary asintió, aunque sabía muy poco sobre nanos. El túnel desembocó en un tubo de cristal tibio de tres metros de diámetro que atravesaba una fosa llena de cubos cilindros ciempiés cangrejos que llevaban más cubos y cilindros. Oía a levadura y a mar. El sol se filtraba por la bruma roja y azul que aureolaba las gigantescas próquinas. Abajo, unos cubos móviles se alejaban del esqueleto de las paredes y otros cubos llenaban los esqueletos con cables ópticos y guías de campo y de fluidos. Entre las paredes reposaban los grises cascos de antiguos acondicionadores de aire y pozos de ventilación ya extraídos por nanos de destrucción y reciclaje.

—Dentro de un par de días terminarán este nivel —dijo Ernest.

—¿Qué será esto?

—El lugar donde estamos ahora será un ala de exposiciones para los ciudadanos de las crestas. Cualquiera con suficiente pasta. Los menesterosos de las sombras producen tecnoarte, los mecenas de las crestas se regodean en el «entorno primitivo».

—Parece servil.

—No nos subestimes, mi dulzura de las crestas —advirtió Ernest—. Varios artistas descollantes de las crestas vendrán aquí sólo por la atención extra. —Parecía decepcionado por el escaso entusiasmo de Mary. En realidad esa actividad la ponía nerviosa. No había presenciado su propia reestructuración dirigida por los servonanos del doctor Sumpler, infinitamente más sutiles; ver la regeneración de la carne y el hueso de ese suntuoso y viejo hotel la perturbaba. Miró las nanocicatrices de los dedos de Ernest. Él se dio cuenta, alzó las manos y dijo—: Esto ya no sucede. Me cuido, Mary. No debes preocuparte.

—Disculpa. —Ella le besó, sintiendo un cosquilleo de inquietud al ver una nanopasta que se sujetaba a un contrafuerte para formar un cilindro—. Esto no es todo tu proyecto. ¿En qué trabajas por tu cuenta?

—Ése será el climax. ¿Tenemos todo el día?

—Eso espero.

—Entonces deja que te lo revele poco a poco. Y prométeme una cosa: no se lo dirás a nadie.

—Ernest. —Mary trató de aparentar enfado pero calló intimidada al ver la sombra vibrante de otro borbotón de nano. Él la calmó y echó a correr agitando la mano—. ¡Sigúeme! ¡Hay mucho que ver!

Mary lo alcanzó en otro tramo del tubo, en el corazón del viejo hotel, ahora un gran hueco abarrotado de megapróquinas en actividad.

—El atrio —dijo Ernest—. Éste era un bello hotel. Vidrio y acero, como una nave espacial. Pero la marea del dinero se volcó hacia las crestas y el lugar no podía sobrevivir con lugareños y estudiantes extranjeros. Se transformó en retiro religioso en 2024, pero la religión entró en bancarrota y desde entonces ha pasado de mano en mano. Nadie pensó en transformarlo en reducto para artistas... ¡Los artistas nunca tendrían tanto dinero!

El tubo conducía a las abolladas puertas de bronce de un viejo ascensor.

—Es seguro —dijo Ernest—. Lo último que transformaremos, o quizá lo conservaremos... El comité aún no lo ha decidido. —Oprimió un botón de plástico termosensible, descolorido por el tiempo, y las puertas se abrieron con un chirrido—. Subiremos. —Ernest entró después de ella. Se paseó por la gastada moqueta, sonriendo y entrelazando las manos—. Debes prometerme que no contarás nada.

—No me voy de la lengua ni soy una fisgona —dijo ella.

Él la miró intensamente.

—Es excepcional, Mary. Es totalmente excepcional y urge mantener el secreto. Promételo, por favor.

Ernest ya no sonreía. Se humedeció los labios con la lengua.

—Lo prometo —dijo Mary. El hombre con quien pensaba casarse. Desgarrón interno, afán de soledad. Una persona sola es un fuerte. Cuando hay dos se abre una

grieta.

El le cogió las manos, las estrujó, sonrió de nuevo.

—Mi taller está en el último piso. Allí todo está terminado desde hace dos semanas. Trasladé mis cosas antes de la conclusión definitiva. Todavía está un poco tibio... calor de desecho de un nano. No molesta.

—Adelante —dijo ella, tratando de recobrar el arrebatado de afecto de esa mañana. Se preguntó si lo que sentía era un fallo no neutro. Lo había sentido antes con Ernest pero aún podía envolverlo en cálido afecto y olvidarlo: cautela.

Recordó el momento en que había conocido a Ernest.

—Hay luz —dijo él, abriendo una puerta—. Y muchísimo espacio.

Dos años antes. Acababan de ascenderla. Había ido a una fiesta de la Cresta Uno Norte para relajarse en compañía de un transformista a quien había conocido en un seminario. Ernest conversaba con un grupo de elegantes artistas de las crestas y sus representantes de trajelargo, salpimentando la charla con ironías punzantes. Entonces era más agresivo, consciente de su brillantez y amargado por la frustración. Inteligente, impetuoso, encantadoramente tosco; los artistas y representantes gozaban de su compañía, exhibiendo esa serenidad a veces irritante de los terapiados. A Mary no le había caído demasiado bien, pero luego, cuando se cruzaron en la fiesta, él la aceptó como transformista sin parpadeos ni miradas lascivas, hizo comentarios esclarecedores sobre las comunidades artísticas de las sombras, le mostró con orgullo infantil una proyección que transformaba la manga del traje en una caravana de payasos, y una nanocaja que consumía guijarros para esculpir retratos. Le había dado un retrato de ella en pizarra, hecho en el momento con una piedra que llevaba en el bolsillo. Expresó admiración y ganas de conversar fuera de la fiesta. Ella lo rechazó, atraída pero aún desconcertada por su rudeza anterior. Él insistió.

Ernest dio una orden para abrir la puerta del taller. Mary entró mientras se encendían luces en la amplia habitación circular. Focos deslumbrantes flanqueaban una vasta sombra. Arriba y detrás de la puerta refulgían más luces.

En el fondo del enorme taller se reclinaba la forma de una mujer desnuda de diez metros de longitud y seis de altura, irguiendo el brazo hacia un cubo suspendido, caderas exageradas, segmentos alternados de cromo y bronce brillante, la rodilla un disco de plata sobre bronce, el codo un disco dorado, los ojos sumidos en profundas sombras. Por un instante vertiginoso, Mary temió que la escultura fuese tan pesada como para hundir el piso y arrojarlos a la furibunda pasta de las próquinas.

—No es sólido. No es metal —dijo él, loco de contento—. La mayor parte ni siquiera existe. Es la única pista que te daré. Adelante. Descubre.

—¿Está terminada? —preguntó ella, titubeando.

—Faltan unas semanas más, algunos retoques. Está destinada a ser apreciada por cualquier individuo durante diez o veinte años. Siempre hallará algo nuevo. Vamos.

Tócala.

Mary se acercó con renuencia a la creación, cabeza ladeada ojos erguidos labios fruncidos. ¿Qué cabía esperar? Había visto suficientes obras de Ernest para saber que la apariencia formaba una parte ínfima de la obra. Miró de izquierda a derecha, de arriba abajo, buscando proyectores, parpadeos láser, alguna pista. Mary no apreciaba las sorpresas, ni siquiera las estéticas.

—No muerde. Adelante —la alentó Ernest. Ella lo miró con un suspiro de irritación, se volvió de nuevo hacia los ojos de la creación: párpados gruesos, pupilas plateadas de contornos dorados en bronce verde, siguiéndola, labios esbozando una indulgente sonrisa de Mona Lisa gigante, cabeza tamaño peñasco inclinada elusiva mirando a la izquierda y arriba, hacia algo inexistente algo irrelevante para una diosa antigua, una pared negra y curva. Mary miró contra su voluntad. Relucientes ondas de laca negra rodaban por un cielo gris seguidas por una espuma decorativa que se elevaba en diseños precisos, una sirena de laca negra surgiendo en bajorrelieve de las olas, peinándose el cabello bajo el claro de luna.

Una radiante media luna de plata resplandecía sobre la cintura de la figura reclinada. Mary y la figura flotaban en un mar de mercurio, y escurridizas olas de metal le lamían los pies. Algo le cosquilleó en la mente. Cerró los ojos y vio líneas paralelas cruzándole el campo visual. Dónde había visto La figura se irguió contra el inmenso techo que la cubría como un dosel y tendió los brazos, el sexo un reluciente tajo de lava abierto en el bronce, diciendo con voz hueca: «Éstas son las formas esperadas. Éstas son las que amamos, hijas, generadoras de varones».

Mary vio una fila de mujeres en torno de los pies de la gigante: madre tías hermana amigas de la escuela mujeres de libros leyendas femeninas: Helena de Troya Margaret Sanger Marilyn Monroe Betty Friedan Ann Dietering: todas se combinaban en lo que parecía la esencia de la feminidad humana como una hilera de coristas, primeras a últimas izquierda a derecha, terminando en la transformista que había conocido en la central dp, Sandra Auchouch. Mary retrocedió y de nuevo vio a su madre, un rostro severo y reprobatorio y luego más suave, rejuvenecido. Su madre como ella la habría visto idealizada cuando mamá era todo antes de los largos años de encono odio alejamiento. Sintió un nudo en la garganta y lágrimas en los ojos pero no culpó a Ernest pues ahora estaba enfrascada en la experiencia, como en un sueño. Cerró los ojos y vio más líneas rojas. Qué son Se vio a sí misma pretransformista como en un espejo vestida con túnica larga lado izquierdo recogido mostrando piernas cortas tez almendra rostro chato nariz ancha ojos rasgados alarmados, rostro de mamá con boca de papá. Ernest no sabía nada sobre esos tiempos y sin duda no tenía un retrato de la madre. Había visto antes esas líneas rojas en entrenamiento policial.

La hilera de coristas se evaporó y la figura central irradió una luz cálida naranja

crepuscular y alzó ambos brazos derramando plumas de plata, el tajo de lava de la vagina oculto ahora bajo una túnica de bruma, ojos cerrados rostro alargado alas virginales detrás de los brazos.

En entrenamiento policial con un infernador modificado *Estas señales nos advierten que nos leen la mente electrónicamente para inducción de estado onírico tortura en la grapa*

—¡Ernest! —gritó—. ¿Qué has hecho?

La figura recobró su desnudez inicial. Ernest se acercó y procuró cogerle la mano pero ella lo esquivó bruscamente.

—¿Dónde lo conseguiste? —preguntó con voz ronca de furia.

—¿Qué pasa? ¿Te he hecho daño?

—¿Dónde conseguiste el infernador?

—No es un... ¿Cómo supiste?

—Por Dios. ¡Compraste un infernador!

—No es un infernador. Está alterado, no puede hacer daño a nadie. Efectúa una lectura electrónica para que mi psicotrope seleccione imágenes de la memoria. Está sintonizado para recuerdos gratos pero significativos.

—Por el amor de Dios, Ernest, es ilegal. Esto no se compra en una tienda. Es un modelo viejo, pero es ilegal como el demonio.

—Es sólo el bastidor, técnicamente hablando. Es un modelo viejo, en efecto. Imita la evocación del estado onírico. No es peor de lo que puedes conseguir en una juguetería.

—¡Lectura electrónica de mi sistema límbico y mi córtex visual! ¡Dios mío! ¿Dónde lo conseguiste?

—Es para uso artístico, es inofensivo...

—¿Lo has hecho autorizar por un terapeuta?

Ernest entornó los ojos, herido por el sarcasmo.

—No, claro que no. Pero he investigado y lo he probado en mí mismo durante meses.

—¿Lo compraste a selectores?

—Ex selectores. Desertores.

—¿Más contactos? —La voz de Mary sabía a miel amarga. El fallo no neutro, su afán innato de cautela, había florecido dándole ganas de abofetearlo. Ernest sudaba y tartamudeaba, el bello rostro oscuro brillante bajo los focos múltiples y las vibrantes luces láser. La gigante permanecía reclinada impassible indiferente.

—No debes contarle, Mary. Nunca te lo hubiera enseñado si hubiera sabido...

—La posesión de infernadores es delito federal, Ernest. ¿Qué significa para ti mi promesa cuando yo podría perder mi condición de natural, ser terapiada por la fuerza y expulsada de la dp, sólo por ser tu cómplice? ¿Cómo has cometido la idiotez de

ponerme en esta situación?

Ernest ya no intentaba dar explicaciones. Aflojando los hombros, sacudió la cabeza.

—No sabía —murmuró—. Lo lamento.

—Necesito que me acompañes hasta la puerta —dijo Mary. La furia se transformó en náusea—. Por favor, llévame afuera.

—La limusina nos llevará...

—No contigo. Por favor, Ernest.

—Mary, ¿qué es esto? —dijo él, irguiendo los hombros—. ¡Esto no es nada! Es inofensivo. Dadas las circunstancias, la ley es ridícula.

Ella le apartó los brazos y atravesó el pasillo en dirección hacia la puerta.

—Sácame de aquí.

Él la siguió, frunciendo el ceño, dolorido, desconcertado y furioso.

—¡No he hecho daño a nadie! ¡Esto no hará daño a nadie! ¿Qué piensas hacer? ¿Denunciarme?

—¿Qué pensabas hacer tú, vendérselo a un amante del arte? ¿Para que lo sorprendieran con un infernador en su propiedad?

—No está en venta. Es una pieza de exhibición, publicidad, nunca saldría de este edificio ni de este taller, no puede.

—Pagaste a selectores para esto... Ayudaste a otros a eludir la ley. No puedo...

—Cerró los ojos, abrió la boca, sacudió la cabeza—. Tolerarlo. Permitirlo. —No quería echarse a llorar. Frente a todo lo que ocurriría mañana: esto. Decepción desconcierto comprender que su furia no era del todo racional que su decepción era profunda no superficial que la persona superficial podría tolerar esto y hasta tomarlo a broma pero no la persona profunda.

Ernest giró, alzó los puños, soltó un rugido de frustración.

—Pues ve a contárselo a los malditos dp. ¡Hazlo! ¿Por qué me haces esto?

Calló, moviendo el pecho, los ojos repentinamente tranquilos y expectantes. Se restregó las manos.

—Lo siento —murmuró—. Cometí un gran error sin quererlo. Te he hecho daño. Mary no pudo contener las lágrimas.

—Por favor —dijo.

—Sí. Claro. —Ernest pidió al manager del piso que llamara un taxi.

—Olvídalo —dijo Mary—. Cogeré un minubús dp.

—Bien —dijo Ernest.

La batalla ha durado demasiado, John. Todos saben quién soy excepto yo. No me gusta esta ignorancia. Siento que me evaporo día a día. Soy perseguido. Si no descubro pronto quién soy, me encontrarán y me matarán. ¡Un juego! Éste es el juego que juego en mi cabeza todos los días para lograr que broten las palabras, pero cada vez funciona menos, y eso puede significar que es cierto.

29

Martin había pasado la mañana y la tarde en su habitación de la mansión Albighoni, tomando el desayuno y la comida traídos por los costosos *arbeiters* y leyendo la obra escrita de Goldsmith. Era reacio a salir a menos que lo llamaran. Desechó su renuencia a las trece treinta. Se vistió, se miró en el espejo y salió.

Entró en el comedor vacío y caminó a lo largo de las sillas, impresionado por el silencio.

Inmaculadas franjas de sol penetraban por las altas ventanas. Estudió las enormes vigas de roble, frunciendo el ceño, holgazaneó un poco en la enorme cocina mecanizada y siguió paseando como un niño en un castillo de cuento de hadas.

Encontró a Lascal en el estudio, sentado frente a una pizarra y leyendo una página de texto.

—¿Dónde está Albighoni? —preguntó Martin.

—Buenos días —dijo Lascal—. El señor Albighoni está en la sala familiar. Siga por ese pasillo, gire a la izquierda, suba la escalera y la hallará a la derecha, a dos puertas.

—¿Está solo?

Lascal asintió con la cabeza. No apartaba los ojos de la pantalla. Martin se quedó un instante, tiritó, siguió sus instrucciones.

Albighoni estaba acucillado ante un alto árbol de Navidad en la sala familiar, rodeado por paquetes.

Cuando entró Martin, Albighoni cogió tímidamente los paquetes y los devolvió a su sitio.

—¿Interrumpo? —preguntó Martin.

—No. Habíamos... preparado todo esto. —Señaló el árbol y los paquetes—. Betty—Ann amaba la Navidad. Supongo que a mí me da igual. Me recuerda la época en que ella era niña. Hemos tenido árboles de Navidad aquí desde que ella nació.

Martin lo observó con ojos entornados. Albighoni se puso de pie lentamente, como un letárgico perezoso o un fatigado gorila.

—Cuando haya concluido el funeral, donaremos los regalos a organizaciones de beneficencia. Ella no nos envió sus paquetes... aún no los trajo.

—Lo lamento muchísimo —dijo Martin.

—No es su aflicción.

—A veces uno se vuelve excesivamente clínico —dijo Martin—. A veces el problema hace olvidar el dolor.

—No se preocupe por el dolor. Usted resuelva el problema.

Echó a andar hacia la puerta y giró sobre los talones. Contrajo las arrugas de su rostro ancho y paternal. Arqueó los dedos sin alzar la mano y dijo:

—Es usted libre de hacer lo que le plazca en esta casa. Hay piscina y gimnasio. Biblioteca, por cierto. Instalaciones LitVid. Tal vez Paul ya se lo haya dicho.

—En efecto.

—Mañana nos reuniremos en La Jolla. Usted ha confeccionado una lista, un itinerario...

Martin asintió.

—Diagnóstico físico para Goldsmith, análisis electrónico de su mente. Luego quiero estudiar los resultados.

—He contratado neurólogos de primera para la tarea. Carol nos dio algunos nombres... discretos, profesionales. Tendrá usted todo lo necesario.

—Eso me han asegurado —dijo Martin. Órdenes de fausteo. ¿Qué ayudas obtendrían los neurólogos de Carol? ¿Cuánto llegarían a saber?

Albighoni fijó los ojos en los de Martin.

—A decir verdad, señor Burke, nada de lo que haremos tiene mayor sentido para mí en este momento. Pero lo haremos de todos modos.

Se marchó de la habitación. Martin sintió el árbol de Navidad que estaba a sus espaldas como una presencia. Roble oscuro y muebles de roble; bosques perdidos.

—Pues me daré un chapuzón —murmuró—. Todo está en óptimas manos.

John, pienso en La Española como en Guinea. Hogar perdido. No África, sólo La Española. Hemos hablado de escribir tu poema. ¿Puedo ir a mi hogar? No sé qué equipaje llevaré conmigo.

30

Nadine había hablado durante una hora sobre la gente de Madame de Roche y lo que ella les había contado. Había mencionado la visita de los selectores. Estaban impresionados; ninguno de ellos había llamado la atención de un selector. Habían expresado preocupación, incluso temor.

—Pidieron que no fueras durante un tiempo —concluyó, mirándolo tristemente desde el diván.

—¿De veras?

Nadine asintió.

—Pues tendré más tiempo para trabajar.

—No quiero dejarte solo. Necesité armarme de coraje para regresar aquí. — Nadine aspiró por la nariz—. Pensé que lo notarías y me felicitarías.

Richard sonrió.

—Eres una mujer valiente.

—Podríamos ir al bar. Ya sabes. El Pacífico.

—Prefiero quedarme aquí.

—Ellos pueden regresar.

—No lo creo. Es Navidad, Nadine.

Ella asintió con la cabeza y miró las ventanas.

—Eso era importante para mí cuando era niña.

Richard miró nostálgicamente el escritorio y el papel. Se mordió el labio inferior.

+ No se marchará.

—Me gustaría escribir.

—Me quedaré sentada aquí mientras escribes. Prepararé la cena.

+ No se piensa ir. Dile que se largue.

—De acuerdo —dijo Richard—. Por favor, permíteme concentrarme.

—Quieres decir que cierre el pico. Parece fácil pero tengo miedo, Richard. Lo intentaré.

—Por favor —insistió Richard.

Ella apretó los labios como una vieja desdentada. Richard se sentó al escritorio,

cogió la pluma, cubrió una línea con borratinta y sopló. Copos de borratinta volaron a la alfombra.

Hice los preparativos con cuidado, sabiendo que necesitaría ropa limpia. Detestaba que viniesen, forzando mi designio, pero así eran las cosas; para exhumar mi buen yo, tenía que celebrar esta ceremonia. Tal vez al cabo de unos días fuera a lo de Madame para hacer algo similar. Me interrumpí alarmado mientras limpiaba el cuchillo, comprendiendo que esas eran las gentes a quienes correspondía eliminar; no estos pobres jovencitos que me consideraban un padre. No obstante, tenía que continuar. En aras de mi poesía, muerta dentro de mí; fugitivo, odiado, arrancado de los lujos de mi vida en la cresta, podría comenzar de nuevo, esconderme en la campiña, consagrar más tiempo a mi escritura, alejado de las constantes distracciones.

—¿Richard? ¿Puedo ir a comprar comida para la cena? La cocina está vacía y tendré que usar tu tarjeta. La mía no tiene crédito.

—Usa mi tarjeta —dijo Richard.

—Volveré dentro de media hora. ¿Cuál es el mejor mercado del barrio?

—El de Angus Green. Dos calles por Christie y subes por Salamander.

—Ya lo conozco. ¿Alguna sugerencia?

Él la miró con disgusto. Ella apretó los labios.

—Lo lamento.

Nadine abrió la puerta y se volvió un instante. Richard ya estaba encorvado sobre el escritorio, trabajando con la pluma. Portazo. Pasos en el hormigón.

distracciones y lujos vino el primer anuncio de la voz de la puerta. Aquí estaba. Nueva hora, nuevo día. ~~El año uno~~. Fechar cada momento a partir de este momento, todos los comienzos a partir de aquí. Abrí la puerta y sonreí.

LIBRO SEGUNDO

Había un hombre. Nosotros, que todavía somos pecadores, no podemos alcanzar este título de alabanza, pues cada uno de nosotros no es uno sino muchos... Quien se considera uno no es uno sino que parece tener tantas personalidades como estados de ánimo, como también dice la Escritura: «Un necio cambia como la luna».

ORÍGENES: *In Librum Regnorum*

31

LitVid 21/1 Red C Enfoques (comentarista filosófico Hrom Vizhniak): «Hasta ahora hemos visto un mundo extraño y vacío, cubierto por una vegetación débil y esporádica, mares llenos de vida vegetal, quizá sin otra forma de vida, mientras que en tierra los círculos de torres —inegablemente artificiales, a mi entender— nos inducen a especular acerca de la presencia de una civilización perdida e inteligencias muertas. El enigma persiste en este día de Navidad; los datos adicionales enviados por AXIS son más suplementarios que reveladores. Los directivos y científicos del proyecto AXIS son comprensiblemente reacios a presentar teorías.

Pero LitVid no descansa, y la presión para elaborar teorías es enorme.

»Hemos pedido a Roger Atkins de Mental Design que preguntara a Simulación AXIS qué cree sobre la posibilidad de vida en B—2. Yo hablé personalmente con la simulación, mediante los auspicios de la «madre» de la simulación, Jill, obra maestra de la cibernética debida a Atkins. He aquí lo que dijo la hermana de AXIS:».

JILL (Simulación AXIS)> «La forma de las torres es asombrosa. Su inactividad me induce a creer que fueron diseñadas como obras de arte inmóviles o como monumentos o hitos, pero sus posiciones en todo el planeta, al margen de la proximidad del océano, parecen accidentales. La pregunta acerca de la vida oceánica aún no está respondida del todo; AXIS no descarta la posibilidad de grandes formas de vida móviles, semejantes a ballenas. También es posible que la vida oceánica esté organizada de un modo extraño para nosotros».

Vizhniak: «La renuencia de la simulación forma parte de una obsesión por el silencio que se ha adueñado de los diseñadores, propietarios e intérpretes de AXIS. ¿Qué dirían si fueran menos cautos? ¿Especularían acerca de un océano viviente, una forma unificada de vida que abarcara las regiones acuosas de B—2? ¿Especularían acerca de seres inteligentes que se han replegado a los mares, regresando a una idílica

forma primordial, tomándose vacaciones, como quien dice, después de haber intentado una civilización superior? Tal vez nos dirían que los constructores de las torres se han mudado al espacio, tal como nosotros comenzamos a hacerlo, construyendo enormes colonias espaciales o quizá naves estelares donde sus patrones quedan almacenados durante largas travesías... B—2 se transforma en un juguete para el intelecto, un enigma que estimula nuestra más profunda curiosidad. A fin de cuentas, LitVid debe conformarse con las especulaciones ociosas de tíos aburridos como yo. Quién sabe cuánto deberemos aguardar la verdad».

Rachel Durrell, directora de Enfoques: «Doctor Vizhniak, usted sabe que nos aproximamos a un milenio especial». Vizhniak: «Sí, el milenio binario».

Durrell: «Usted habló de nuestra impaciencia por saber, nuestra apetencia de respuestas redondas. ¿Cree usted que el milenio binario es síntoma de curiosidad infantil?».

Vizhniak: «Dentro de pocos días, cuando nuestro año de once unos se transforme en un año de un uno con once ceros, hablando en números binarios, muchos creerán que ocurrirá algo relevante. Otros procurarán que ocurra algo relevante, aunque yo no quisiera alentarlos».

Durrell: «Sí, ¿pero cree usted que esto es síntoma de puerilidad, de nuestra extrema inmadurez?».

Vizhniak: «Ya no somos niños. Yo diría que la humanidad inició su difícil pubertad en el siglo veinte. Ahora somos adolescentes. La infancia fue la inocente violencia y gloria del Renacimiento y la Revolución Industrial, cuando aprendimos a usar las manos, como quien dice... las comparaciones son inexactas. Pero aquí estamos, luchando con fuerzas interiores que no comprendemos, tratando de ser maduros, obligándonos a ser maduros, y ay de quienes pretendan frenarnos. Nos terapiamos... y no estoy diciendo que la terapia sea infructuosa, pues este afán de verdadera salud mental es una de las maravillas de mediados del siglo veintiuno. Yo sería la mitad de lo que soy sin terapia... Pienso en el recelo de los aterapiados y su temor a perder la individualidad, a quedarse sin cimientos. Pues yo no carezco de temperamento, como es sabido. Algunos me consideran bastante intratable. Pero estoy divagando.

»También nos castigamos, y éste es el lado desagradable de nuestra búsqueda de madurez. Aún procuramos purgar con dolor aquello que no comprendemos. Nuestro presidente suicida, Raphkind, y sus intentos anticonstitucionales de llevar la política americana hacia una especie de uniformidad de expresión, su intento de reprimir lo que él denominaba disenso destructivo... Su estrepitoso fracaso como estadista, su traumática incapacidad para alterar nuestro sistema judicial...».

Durrell: «Sí, ¿pero qué hay del milenio binario?».

Vizhniak: «¿Qué puedo decirle? Es una tontería. Durante un tiempo los números

binarios tuvieron un peso enorme pues constituían la base de nuestros sistemas informáticos. Ahora la computación binaria es obsoleta; incluso los ordenadores más sencillos utilizan métodos neurológicos multiestado y multifunción. Las gentes que pregonan el milenio binario son anticuadas, como tantos apocalípticos del pasado. Son perezosos en su curiosidad. Quieren que les entreguen la verdad en una bandeja de revelaciones, un regalo de Dios u otra fuerza benévola superior. El milenio binario es otra gansada numerológica».

Durrell: «¿Cree usted que este movimiento puede sacar partido de las revelaciones de AXIS? ¿Cree que AXIS puede revelar algo en el primer día del nuevo año, algo tan profundo y sobrecogedor que debamos reevaluar todo lo que hemos sido y pensado hasta ahora?».

Vizhniak: «Mi querida amiga, habla usted como una milenarista. Pero desde luego el próximo milenio binario durará mucho más de mil años...».

Durrell: «Otros dos mil cuarenta y ocho años».

Vizhniak: «Y las revelaciones de AXIS ejercerán influencia por lo menos durante ese tiempo, encuentre lo que encuentre. En nuestra joven madurez, exploraremos las estrellas, visitaremos personalmente B—2. Será una época maravillosa. De modo que quizás, a su manera irritante, tengan razón. Una nueva era fechada a partir de las revelaciones de AXIS, una era donde el concepto de castigo y venganza se borrará por completo de nuestra mente».

Cambio/LitVid 21/1 Red B:

AXIS (Banda 4)> Mi explorador móvil inicia análisis geológico de una prominencia rocosa cerca de las torres que se hallan en 70 N 176 O. Uno de mis exploradores oceánicos ha pasado seis horas sin enviar informes. Un segundo explorador móvil y un tercer explorador aéreo del mar circular septentrional están detectando sustancias relacionadas con nutrición procesada, las cuales no parecen producto de la ubicua vida vegetal oceánica. Pueden ser vestigios de metabolismo animal; también pueden ser esporas de una forma desconocida de vida vegetal móvil.

32

El día del gran vuelo. De LA a La Española en dos horas. Amanecer.

Vaiveneando en el living, aguardando llamada de confirmación de D Reeve de DP Conjunta. Concentrándose, aislando el miedo. Genuina congoja por Ernest, como si él hubiera muerto.

Mientras se estiraba manteniendo una apacible tensión dinámica, Mary consultó el boletín de la ciudad a través de su red dp hogareña, viendo LA desparramada en el colorido mosaico del análisis de Pérez. Los cambiantes colores representaban el estado de una comunidad en un espacio social de seis dimensiones. Rojo furioso en las muescas durante seis meses; inquietud por la depredación de los selectores.

Mary terminó de vaivenear y se plantó desnuda ante un espejo del cuarto de baño: tez reluciente y saludable, pero cada vez más clara en la raya del trasero. Inspeccionó esa blancura ejecutando un clásico Betty Grable y frunció el ceño. Su preocupación menor. Se puso la ropa de paisano requerida cuando un dp trabajaba fuera de la ciudad. Pulcro trajelargo oscuro color arándano y rosa, mangas a la altura del codo, guantes blancos, cinturón con estampa de flores ondeando en la brisa, atractivo pero fiel a las pautas oficiales. Tuvo un instante de vértigo al no reconocerse, sabiendo que quien miraba era su versión joven, intimidada. Muchos niveles de su interior estaban intimidados por muchas razones, ninguna de ellas racional. ¿Qué sucedería en La Española? Millones de personas viajaban allí todos los años buscando la vida platino. Casinos elegantes, gentes bien remuneradas y socialmente respetables, claroscuros del prestigio.

Pero Mary Choy tendría el peso de una agente federal de los EE.UU. Alta visibilidad en tiempos de cambio. Eso le preocupaba.

Bebió una taza de café en el living mientras el alba pálida teñía las colinas en el canal de monitoreo de crestas, proyectando una vista tras otra desde las cámaras montadas en el exterior, con una suave y lacónica corteza de cifras. Sabiendo que estaba tan preparada, mental y físicamente, como cabía esperar.

Aguardando.

Sintiendo pena por Ernest. Olvidando eso.

Niñita asombrada de lo lejos que había llegado: vida en un pie de la cresta, investigadora dp, cuerpo adaptado a sus deseos, todo diferente. Qué pensarían mamá, su hermana, su hermano Lee. Tristeza por los años de silencio entre todos ellos; su transformación: insulto máximo sumado a afrentas anteriores.

Ya no era hija ni hermana. Theo. *Soy quien soy porque me dieron a escoger. He escogido y al cuerno con todos vosotros.* Visión interior de sí misma: aún baja, rostro redondo.

La luz verde del enmudecido número privado parpadeó. Estaba recibiendo un mensaje; no D Reeve, quien usaría la línea dp; se preguntó si debía responder, si sería Ernest. Necesitaba tiempo para resolver esas dificultades. El mensaje terminó y la luz se puso amarilla.

Apagó la pantalla y abrió las persianas para ver la vista real: una cuña del segundo pie y luego la ciudad y el cielo, mirando hacia el norte, hacia otras crestas aureoladas de nubes. Aquí lluvia sobre la ciudad y allá pinceladas borrosas bajo el cielo moteado de azul. Miró de nuevo la luz amarilla, sacudió la cabeza. Nunca podía dejar un mensaje mucho tiempo.

—Reproduce mensaje de línea privada —dijo. La luz amarilla cambió a azul de reproducción.

«Hola, ¿M Choy? Habla Sandra Auchouch. Nos conocimos hace dos días en la Central de DP Conjunta».

El visor indicaba señal de vid. Mary encendió la pantalla y vio la imagen de la transformista biquímica orbital. Encantadora tez color crema grandes ojos de cierva retazo de vello en la mejilla derecha rasurado para revelar gremio orbital y símbolos de agencia. «Pensé en llamarte para decirte cuándo estaré libre. Como dije, rara vez encuentro gente afín durante un descenso. Esta semana deberé trabajar pero estaré libre en Noche Vieja y Año Nuevo. ¿Quieres iniciar el milenio binario con una juega? Te dejo mi código remoto. No seas tímida. Adiós».

Mary sintió un retortijón y ordenó al fono que se apagara. Hacía meses que no tenía contactos con amigos excepto Ernest y dp. Ahora alguien la buscaba y le gustaba la idea de compartir el Año Nuevo con una persona nueva con quien congeniaba.

—Envía mensaje al número remoto de Auchouch —ordenó—. Sandra: salgo de viaje por unos días.

En cuanto regrese te lo comunicaré. Gracias por llamar. Cierra y despacha.

La línea dp campanilleó.

—Responde. Hola, habla Mary Choy.

—M Choy, habla D Reeve. Tenemos todo preparado para su vuelo. He confirmado la asistencia de dos investigadores interestatales e internacionales de primer orden. Saben bastante sobre La Española. Hace años que se ocupan de los

aspectos más ingratos del coronel sir. Creo que usted conoce los nombres: Thomas Cramer, de Internacional Estatal/Urbana, y Xavier Duschesnes, de Interestatal. Tengo a los dos en conferencia, T Cramer, Washington, DC.

Apareció Cramer, rondando los treinta años cabello oscuro rostro redondo usando lo que los dp consideraban camuflaje federal: trajelargo gris camisa de cuello abullonado puños de encaje. La función de Cramer era establecer contacto con los federales para problemas internacionales que afectaban LA y el sur de California. Mary conocía su trabajo; rastreaba infernadores y otras importaciones ilegales. Junto a Cramer apareció otro a quien Mary no reconoció.

—X Duschesnes, Interestatal —presentó Reeve—. Xavier está en Nueva Orleans. Ambos se reunirán con usted en La Española al anochecer, pocas horas después de su llegada. Pensé que todos querrían conversar antes de la partida, para precisar detalles de último momento.

Mary saludó con un movimiento de cabeza. Duschesnes y Cramer respondieron. Ambos parecían cansados.

—Entraremos en la alcoba del coronel sir para buscar a un homicida —dijo Cramer—. Espero que LA haya agotado las demás posibilidades.

—Hallamos una reserva para un vuelo a La Española a su nombre —dijo Mary—. Y una invitación personal de Yardley. Nuestras fuentes no lo han encontrado en LA, y Supervisión de Ciudadanos nos comunicó que hace días que no hace nada fuera de la ciudad.

Cramer lanzó un silbido.

—¿Obtuviste algo de Supervisión? Excelente —dijo.

—La compañía Caribbean Suborbital NordAmericAir confirma que se usó el billete para La Española, aunque no puede confirmar si lo usó Goldsmith. Preguntamos a través de los federales, y los federales comunicaron nuestra inquietud a La Española. Los federales dicen que el propio Yardley les ha dado autorización diplomática internacional formal para investigar. La Española niega que Goldsmith haya entrado en el país, pero nos autoriza para investigar y utilizar sus recursos policíacos.

—Sospecho que los federales presionaron bastante al gobierno de la Española —dijo Duschesnes—. Aquí hay muchas fricciones entre los federales y La Española. Acabamos de clausurar dos casas de importación de infernadores. Los federales están haciendo limpieza, y eso podría poner quisquillosa a la gente de La Española.

—¿Cuánto falta para que comience lo más duro? —preguntó Reeve.

—Dos o tres semanas. Pero los federales no dicen nada. ¿Por qué no envían agentes suyos a estudiar este asunto?

—Se los pedí. Tienen demasiado trabajo para ocuparse de un asunto de tan poca importancia —

Reeve sacudió la cabeza dubitativamente. —Xavier habla francés y *creóle*. Thomas es un experto en asuntos caribeños. Présteles atención, Mary.

—Desde luego.

—Y quiero que todos se cuiden —sugirió Reeve—. En este momento me preocupa todo lo que se relacione con Yardley y los federales. Sean cautos —añadió con voz genuinamente preocupada.

—Sí, señor —dijo fatigosamente Cramer.

—Caballeros, gracias por su tiempo.

—Nos veremos en La Española —dijo Mary.

—Es un placer poder ayudar —dijo Cramer. Duschesnes sonrió sombríamente y asintió con la cabeza.

—Nos vemos —dijo.

Sus imágenes se desvanecieron. Reeve se quedó.

—Usted no puede llevar armas estando de tránsito, ni puede introducir nada en La Española. Pero hay una novedad. Alguien se encontrará con usted en el oceanopuerto de LAX. Le llevará algo que puede ser útil; empáquelo antes de registrar la maleta. Las instrucciones serán claras. No es exactamente legal, pero es tan nuevo que nadie se ha molestado en hacerlo ilegal. Espero que no tenga que usarlo.

Mary sabía que era mejor no hacer preguntas. La imagen de Reeve se desvaneció sin despedirse.

Mary apagó la pantalla con un suspiro.

La espera terminada, la tarea definida, Mary Choy proyectó sus aprensiones a un rincón apacible y pidió un coche dp en la entrada del pie, segunda prioridad.

Cogió la maleta, echó un rápido vistazo al apartamento, sintonizó los dos arbeiteres en mantenimiento y vigilancia.

—Pórtate bien —le dijo al manager, y cerró la puerta.

33

Emanuel Goldsmith había pasado la Nochebuena y la Navidad en diagnóstico riguroso. Martin Burke desayunó en la limusina de Albigoni mientras estudiaba las evaluaciones físicas y mentales de Goldsmith, recibidas esa mañana.

Terminó el bocadillo de huevo y se enfrascó en los informes, perdiendo el sentido del tiempo. Paul Lascal, sentado enfrente, miraba por la ventanilla, los dedos entrelazados.

El coche avanzaba despacio en una maraña de vehículos particulares, un apiñamiento cuya rareza matemática había desconcertado temporalmente a los ordenadores interciudad. Martin miró el atascamiento un instante, parpadeó como un ciego y volvió a estudiar la pizarra.

Aquí había un mapa profundo del hombre físico y un mapa superficial del hombre mental, las capas superiores sin la geología subyacente, la comarca que Martin debería explorar.

La estructura corporal y química de Goldsmith se describía en treinta páginas de complejos análisis.

Las características raciales reflejaban un ochenta por ciento de raza negra, veinte por ciento de mezcla caucásica—oriental, orígenes negros probables en el oeste de África, siglo dieciocho, estructura genética que reflejaba variaciones normales para dichos orígenes. Terapia de reemplazo genético de células específicas recomendada para varias enfermedades autoinmunitarias que podían sobrevenir dentro de diez años; bajo riesgo de cánceres por bloqueo o alteración de código, bajo riesgo de enfermedades relacionadas con drogas; pocas probabilidades de dependencia química o de sufrir otros episodios obsesivos autocondicionantes. Buena salud básica. Físicamente fuerte y vigoroso. Era improbable que fuera negativamente afectado por un sondeo triplex, ni siquiera de larga duración.

El perfil de la química cerebral de Goldsmith podría haber sido el de un ejecutivo aterapiado al cabo de dos o tres meses de violentos altibajos empresariales. Todas las funciones neurogliales y neurales intactas; ninguna lesión ni discontinuidad marcada. Tenía una calificación de 86—22—43 en la escala Roche, es decir, normal en todas

las funciones básicas pero sometido a gran estrés interno/externo.

Las células neurogliales altamente normales garantizaban un entorno K^+ Na equilibrado y resistencia a la degeneración de axones por alteración de código. Las calificaciones en arquitectura y eficiencia para las sedes de actividad de sus funciones mentales lo presentaban como un individuo generalmente sociable, con énfasis en lo individual; el desarrollo extremo de aptitudes profundas de imaginación y modelización señalaban una vida mental muy activa desde la temprana infancia, y eso indicaba una personalidad introspectiva, alguien que hallaría tanta satisfacción en el interior como en el exterior.

Esto inducía a los analistas a creer que a Goldsmith se le darían mucho mejor las carreras relacionadas con una actividad mental que física; podía revelar una capacidad específica para la matemática relacionada con problemas espaciales. No se mencionaban las aptitudes lingüísticas; un análisis tan preciso de la arquitectura cerebral habitualmente requería varias semanas. Las facultades lingüísticas y matemáticas casi siempre estaban ligadas genéticamente. Los homicidas múltiples a menudo presentaban manifiestas lesiones en ciertas sedes cerebrales, traumas causados por graves abusos mentales y físicos de la infancia que inducían a reorientar y reconstruir las adaptaciones de modelización social. El yo y otras aptitudes de modelización referencial se perjudicaban con estos cambios, lo cual provocaba una separación radical entre la autoestima y la empatía; pero la evaluación de Goldsmith no mostraba signos claros de trauma físico acusado. Los terapeutas que habían elaborado el diagnóstico, con su tiempo limitado, no habían podido hallar signos de trauma mental profundo.

Goldsmith no presentaba condiciones negativas ni abuso físico en la infancia.

Cada vez mejor. Goldsmith formaba parte de ese cuatro o cinco por ciento de homicidas que no podían ser aterapiados con éxito mediante una reestructuración cerebral física. Eso significaba que Goldsmith había optado por asesinar con claro dominio de sus facultades. Sin embargo aún existía la posibilidad de que Goldsmith hubiera sufrido un colapso de personalidad que no se reflejaba en su estado físico. Si Goldsmith era físicamente saludable y mentalmente íntegro, pertenecía a una rarísima categoría, la del psicópata intelectual, el individuo verdaderamente maligno. Pero el cubo de antecedentes psíquicos que Martin insertó en la pizarra indicaba que sólo cinco o seis individuos habían satisfecho esos requisitos en los últimos cincuenta años. Las probabilidades de que Goldsmith se sumara a ellos eran abrumadoramente escasas.

Si Goldsmith había sufrido un colapso patógeno oculto, los indicios de ese estado se hallarían en el País. Miró a Lascal.

—Me gustaría ver también sus entrevistas con Goldsmith.

—Las primeras charlas no se grabaron —dijo Lascal—. No queríamos dejar

pruebas, por si teníamos que liberarlo. En caso de que usted no aceptara.

Martin asintió con la cabeza.

—¿Y una vez que acepté?

—No hubo entrevistas formales. Nadie habló con él en profundidad. Cuando no lo estaban diagnosticando, permanecía a solas en su habitación, leyendo.

—¿Puede informarme de dónde lo tienen?

—Supongo que ahora no importa. Se alojaba en un cuarto de la casa del señor Albighoni. El ala privada. Ahora otro coche lo traslada al Instituto.

Martin reprimió un escalofrío al pensar que había estado tan cerca de Goldsmith sin saberlo.

—¿Nadie habló con él? Aparte de los terapeutas.

—Fue diagnosticado mediante arbeits médicos remotos. Ningún doctor lo trató en persona. Pero yo hablé con él. Ayer le vi un par de veces. Parecía tranquilo y satisfecho. Apacible.

Martin sabía que la diagnosis remota no era ideal. Esto arrojaba nueva luz sobre la evaluación.

—¿Le dijo algo de interés?

Lascal reflexionó un instante, apoyándose las manos en las rodillas y tragando saliva.

—Dijo que se alegraba de que armáramos de nuevo a Humpty Dumpty. Se refirió al señor Albighoni como un rey, y dijo que yo debía de ser uno de los hombres del rey.

Martin sonrió ante esa alusión al personaje de Lewis Carroll. Huevo destrozado. Personalidad destrozada.

—Tal vez eso no signifique nada. Él sabe que es un malhechor.

—¿Qué es eso? —preguntó Lascal.

—Un transgresor. Alguien que obra mal.

—Ah. Una palabra anticuada. Nunca la había oído.

—Un transgresor supone automáticamente que la culpa no es suya, o al menos eso finge. Puede culpar a una lesión física o mental... Goldsmith, tan sólo por cortesía, para afrontar las cosas con buena cara, aceptaría la conclusión de que está loco y se excusaría con una metáfora... Diciendo que es un huevo destrozado.

—Al principio no negó su culpabilidad. Dijo que él lo había hecho y que era el único responsable.

—Pero usted no grabó esas entrevistas. No puedo aprender nada del tono ni de las posturas.

Lascal sonrió ante esa acusación implícita.

—Estábamos bastante confundidos e indecisos.

—No lo culpo —dijo Martin—. No lo culpo de eso.

—¿De qué nos culpa, doctor Burke? Martin rehuyó la mirada de Lascal.

—De lo obvio... De que Albighoni no entregara a Goldsmith a la dp.

—Ya hemos hablado de ello —dijo Lascal, mirando por la ventanilla. Avanzaban deprisa hacia el sur a través del esclavotráfico matinal, dejando atrás los viejos centros turísticos de vidrio y hormigón y los barrios de San Clemente—. El señor Albighoni pensó que si entregaba a Goldsmith nunca sabría por qué había matado a esos chicos. A su hija. Y necesitaba saberlo. Martin se inclinó hacia adelante.

—Pensó que los terapeutas harían remiendos en gran escala, una terapia radical general, y que Goldsmith dejaría de ser Goldsmith. Que ni siquiera sería un poeta. Lascal no lo negó.

—Sospecho que Albighoni cree que los poemas de Goldsmith están íntimamente relacionados con los asesinatos —dijo Martin—. Es un concepto erróneo y obsoleto, respaldado por la ciencia sólo cuando la psicología estaba en pañales, la idea de que el genio está cerca de la locura.

—Quizá, pero si el señor Albighoni descubre que existe una conexión, y existe una posibilidad de que haya llevado un escorpión a su casa y perdido a su hija...

Martin se reclinó, presenciando una vez más la transmutación de Paul Lascal en un sustituto pagado de Albighoni, un hombre cuyo trabajo consistía en adivinar los caprichos y emociones del jefe. ¿Cuánta solidez tenía el yo de Lascal?

—¿Quién es usted, señor Lascal?

—¿Perdón?

—¿Qué lo indujo a trabajar para Albighoni?

—No es a mí a quien debe examinar, doctor Burke.

—Es mera curiosidad.

—Es inoportuna —replicó Lascal—. Soy un trabajador del señor Albighoni, y también un amigo... aunque quizá no esté en pie de igualdad social. Usted lo considera una simbiosis. Yo lo considero un modo de contribuir a que un gran hombre sea más fecundo, a que cuente con más tiempo para hacer aquello de que es capaz. El lacayo perfecto, dirá usted, pero yo estoy satisfecho.

—Ha sido un agudísimo análisis de personalidad, señor Lascal.

Lascal lo miró glacialmente.

—Diez minutos más, a menos que nos topemos con otro atascamiento.

Cuando duerme, los mundos le pertenecen... Se transforma en un gran rey, o en un erudito; entra en lo alto y lo bajo. Como gran rey, viaja a gusto por su propio país, con su séquito, de tal modo que, llevando consigo sus sentidos, recorre a gusto su propio cuerpo.

Brhad Aranyaka Upanisad, 2.1, 18

34

Escribiendo durante horas consecutivas, los músculos agarrotados, el estómago vacío, deteniéndose sólo en ocasiones para aliviar una diarrea persistente e irritante, Richard Fettle se regodeaba en su diabólica concentración, una vez más esclavo de las palabras. El día anterior había suspendido toda crítica sobre lo que escribía; ya no revisaba, ni siquiera se molestaba en vigilar la sintaxis.

Nadine lo había abandonado con sigilo y quizá para siempre la noche anterior.

Desde entonces Richard había escrito treinta páginas apiñadas y se estaba quedando sin papel pero no sin asunto, pero ya no tenía empacho en utilizar la desdeñada pizarra. No importaba la presencia física de las palabras, sólo el acto en sí.

Estaba feliz.

detuvo a inspeccionar la sangre. Hallaría auspicios en la vida derramada de esas pobres gallinas adoradoras, sus estudiantes. Comprender con nuevo y eufórico terror la magnitud de su libertad, y cuan precaria era. ¿Cuánto más podría vivir, sabiendo lo que sabía? Se agazapó entre esas ruinas de carne una hora más, observando cómo la sangre se volvía oscura y pegajosa. Filosofó sobre ese insensato intento de coagularse, de protegerse del malévolo mundo, cuando la muerte ya estaba allí y el malévolo mundo ya había triunfado.

Y el malévolo mundo había triunfado en él; estaba tan muerto como sus estudiantes, pero milagrosamente podía moverse y pensar y preguntar; muerto en vida, libre. Había roto los vínculos a que lo habían engrapado sus anteriores años de vida socializada; se había liberado de la reputación que lo sofocaba. ¿Por qué no abandonaba el apartamento y comenzaba de inmediato a prolongar su muerte en vida? Cuanto más se quedara, más probable era que descubriesen y restringiesen su libertad.

Abandonó la sala de sacrificios y fue a su oficina a examinar sus apretadas filas de obras, libros, dramas, poemas, volúmenes de cartas, todos invalidados. Antes de abandonarlotodo, debía escribir su manifiesto. Eso sólo se podía hacer con papel y pluma, no con las evanescentes palabras electrónicas de una pizarra.

—Quedó llena la última hoja de papel.

Richard apiló pulcramente las páginas a un lado y sacó la pizarra, sonriendo ante

la irónica divergencia. Se detuvo un instante, sintiendo un retortijón en las tripas, esperó la vuelta de una pasajera estabilidad, encendió la pizarra y continuó:

*No puedo decir que lamento lo que hice. El poeta debe ir adonde nadie va, o adonde van los despreciados. Ahora estoy allí, y la libertad es sobrecogedora. Puedo hacer y escribir lo que se me antoje; no se pueden sumar mayores castigos ni oporbio *BIP**

ORTOGRAFÍA ERRÓNEA sugiero OPROBIO.

—Maldita sea —masculló Richard, cerrando el dispositivo de corrección.

Puedo escribir sobre el odio racial, mi propio odio, aprobatoria o reprobatoriamente; puedo sugerir la inmolación de toda la raza humana, los niños primero; que los terapiados sean quemados vivos en sus mausoleos de hormigón. Puedo gritar que los selectores tienen razón y que la imposición del dolor extremo es el único modo de curar algunas enfermedades de esta sociedad si deseamos que continúe su existencia; tal vez los bebés deban ser sometidos al infierno para prepararlos para el mal que inevitablemente cometerán. Pero también la escritura ha muerto para mí; puedo hacer lo que se me antoje.

Capturadme pronto. No me quedaré para vuestros necios juicios. Tengo otras cosas con qué experimentar.

Soy el único ser humano vivo, y eso es porque estoy muerto.

Tras haber redactado este manifiesto, clavó el papel en la pared con el cuchillo de su padre, el arma de su libertad, y se dirigió hacia el cuarto de la matanza, sintiendo su libertad como ropa nueva o como falta de ropa.

Abandonó el apartamento, la cresta, la ciudad. Afuera le pareció que podría elevarse a las nubes, transformarse en vapor para llover sobre todos para ser absorbido por la raza humana que escogía autoinmolarse, ser verdaderamente libre; y luego quizás algunos, cien o mil de esos otros muertos—vivos, los sobrevivientes de este encuentro con la verdad,

Se detuvo y corrió al cuarto de baño. Se purgó como imaginaba que Goldsmith se debería sentir purgado; se preguntó si podría usar esa metáfora, limpieza por defecación, o si ya la había usado; no recordaba. Regresó a la pizarra subiéndose los pantalones.

sabrían al fin quiénes eran, una conciencia extrema, identidades más profundas, espíritus unificados en la pena y el gozo por lo que habían hecho.

Era el mejor momento para concluir pero no daba con las palabras; sería mejor abreviar ahora y pulir más tarde para no cortar la espontaneidad.

Sin embargo ahora no podía convertirse en nube. Tendría que buscar otro modo de desvanecerse. Al desaparecer, su nombre se volvería leyenda; sería más famoso que ningún

otro poeta, y en sus sueños la gente pensaría en él, se preguntaría dónde estaba, y entonces él estaría dentro de la gente y eso sería igualmente bueno. O mejor.

Se alejó de la ciudad internándose en las pardas colinas. Cruzó pastizales chamuscados

No era un final redondo; el texto rehusaba terminar y Richard necesitaba un descanso.

y sintió el viento frío en la ropa, en la carne,

Richard cerró los ojos, tratando de forzar el final, viendo en cambio una especie de continuación.

Dentro de él, Goldsmith quería explorar esta nueva libertad. Pero Richard estaba exhausto y un telón negro se interponía entre él y la pantalla de la pizarra. Otro borbotón.

*las volutas borrosas de un incendio controlado elevándose en torno de sus piernas,
«Quemaré esta sociedad hasta la raíz*

Sentía el embate de otro manifiesto.

—Por favor suéltame —murmuró, rodando en la cama, alzando las piernas.

para dejar que crezca la hierba verde y nueva, lozana y libre

Corrió al cuarto de baño.

El individuo se diferencia de su mundo y su grupo social cuando es capaz de observar todos sus elementos como signos manipulables. En cualquier individuo, culturado o no, la «conciencia» se desarrolla cuando todas las partes de la mentellegan a un acuerdo sobre la naturaleza y sentido de sus diversos «caracteres de mensaje». Esta integración resulta en un «supervisor» del convenio mental: la personalidad consciente.

MARTIN BURKE: *El País de la Mente* (2043—2044).

35

El oceanopuerto LAX estaba a seis kilómetros de la costa y se comunicaba con ella mediante aeronaves VTOL —despegue y aterrizaje vertical— y mediante tres puentes con autopistas. Al este y al norte se multiplicaban las aeropistas como rayos de un signo solar navajo; al sur y al este vastos y grises cuerpos de agua bordeados por una angosta cerca acuática revelaban nanogranjas oceánicas enlazadas con la plataforma central del oceanopuerto.

El estratojet descansaba apoyando sus cuatro enormes motores en la aeropista, y su lustrosa y gris silueta de tiburón parecía volar aun en tierra. El tubo de pasajeros entrantes se extendió hasta la puerta.

Los pasajeros entrantes subieron por un extremo mientras los salientes desembarcaban por un tubo trasero. Por otro tubo descendían *arbeiters* que llevaban los restos del vuelo anterior. Los estratojets nunca descansaban; los motores quemaban hidrógeno día y noche, los pilotos automáticos nunca se apagaban, los supervisores humanos cambiaban cada ocho horas o cada dos vuelos de ida y vuelta.

Mary Choy se acomodó en el asiento. Las correas la ciñeron, adaptándose a su forma. Miró por la ancha ventanilla un suborbital macizo y negro de morro bulboso calentándose para el lanzamiento en otra parte de la aeropista. Cincuenta suborbitales despegaban diariamente del oceanopuerto para cruzar el inmenso Pacífico en menos de una hora, llevando más de mil pasajeros o cien toneladas de cargamento. Los estratojets eran para vuelos más cortos o itinerarios menos frecuentados; llevaban menos de cuatrocientos pasajeros y viajaban a menos de tres veces la velocidad del sonido. El vuelo hasta el aeropuerto HIS de Santo Domingo duraría menos de tres horas. Habría viajado con mayor rapidez a la China.

Jirones de nubes orlaban el oeste. Más allá de las pistas, el océano azul titilaba bajo un sol perlado cuyo resplandor hendía altas brumas. Mary absorbió todo esto con extraña avidez. Ansiaba aterrizar en La Española y terminar su trabajo, ansiaba

poner fin a las próximas semanas.

Ansiaba alejarse de sus fracasos.

En la terminal, el mensajero de Reeve le había dado una caja que contenía un peine de metal, un neceser y un cepillo para el cabello. El mango del cepillo se desatornillaba para mostrar una pasta gris que ella reconoció como una especie de nano. Había guardado la caja en la maleta y había registrado el equipaje. El mensajero también le había dado un disco con instrucciones. Mary extrajo la pizarra e insertó el disco. Cuando terminó de leerlo, borró el disco, guardó la pizarra y miró pensativamente hacia afuera. Como había dicho Reeve, no era exactamente legal. Pero sí muy interesante, dadas las circunstancias. Se preguntó si funcionaría.

El vid personal de la aerolínea se encendió automáticamente y ella lo apagó con languidez. Cerró los ojos. Recordó los dos últimos días, el comfortable contacto físico y el afecto de los momentos compartidos con Ernest, que habían culminado en separación. El deber antes que la vida. Y a veces le parecía que sólo tenía deber; su razón para existir. Mantener a raya las fuerzas de las tinieblas para que otros viviesen y amasen en paz; ella no. *Basta de autocompasión*. Las turbinas de los motores lanzaron un estridente silbido en modalidad subsónica. Afuera el ruido era fácil de tolerar porque el caos del aire turbulento era reducido por conductos que continuamente ajustaban controlaban desviaban encauzaban, frotando una onda de sonido contra otra. Sólo en el centro del escape el ruido se elevaría hasta ser insoportable. Se imaginó sentada allí, invulnerable azotada por conos de fuego escrutando el horno.

Melodrama.

El deber del dp era silenciar el ruido del horno humano. Sonrió mientras el avión se ponía en marcha. El chorro se desvió para elevación vertical y los motores bramaron como mil huracanes, sólo sofocados por el magnífico diseño de la piel de ese tiburón gris. Rodaron y ascendieron y se ladearon abandonando la aeropista. Sobrevolaron aguas azules, arrojando tormentas concéntricas con el último borbotón del impulso vertical; luego el estratojet alcanzó velocidad y hendió el aire ascendiendo a quince kilómetros. La presión interna se elevó hasta equilibrarse. Un susurro. Era como estar en un aladelta o planeando.

El avión no estaba lleno. Conmoción en el mercado turístico; la mayoría de esos pasajeros, turistas de LA con rumbo a la estable Puerto Rico, trasbordarían en aeronaves VTOL en La Española. Gentes despreocupadas. Gentes normales con vidas reales y amores reales y deberes equilibrados, presión interna en armonía con la externa.

Mary cerró los ojos y reclinó el asiento. El estratojet tropezó con su propia onda de choque y descendió sigilosamente a doce kilómetros de altura, todavía por delante de su propio ruido. Una azafata acompañaba a un par de *arbeiters* que llevaban

bebidas por una pista del techo y bajaban comida de conductos ocultos que atravesaban el espinazo de ese cómodo tiburón. Los motores se aprestaban para *mach dos*.

Mary no podía dormir. Encendió el vid y cambió de canal, encontró noticias cívicas de LA, seleccionó historias de las crestas para sondear la actitud pública ante Goldsmith. Asombrosamente, poco furor en los vids comerciales o los LitVids. Los homicidios de Goldsmith no eran cosa de todos los días pero tampoco sintonizaban la frecuencia de las pasiones públicas de hoy.

Los homicidios quedaban relegados por un abrumador interés en los descubrimientos pendientes de AXIS. El espacio no le interesaba demasiado. Irritada, cambió de canal para buscar historias de las muescas.

Más víctimas de los selectores. Un representante de la sexta muesca distrito veintiocho de nombre Mario Pelletier político de larga trayectoria sometido al infernador por presunta malversación de fondos para socorro de los aterapiados de las muescas. Veinte segundos en la grapa. Requería terapia menor de equilibrio neuroglial para recobrase del trauma pero rechazaba otro tratamiento. «Recibí y aguanté.

Puedo soportar lo que me hagan. No tan mal. No tan mal. Ojos desorbitados; seguramente se retiraría a las pocas semanas se refugiaría en la familia envolvería su vida en una concha de nácar y evitaría un segundo contacto. Los selectores triunfarían una vez más cobrando mejor imagen pública inculcando más cautela a los aterapiados aviesos: seguid la senda estrecha, la senda recta.

Arqueó los dedos reflexivamente. No era legal, pero infernaría a cada selector durante tres minutos.

Irrumpir en un escondrijo de selectores seis *arbeiters* tres asistentes coger al mismo Yol Origund, el expatriado israelí que había heredado el trono del fundador Wolfe Ruller. Echar a los asistentes observar cómo los *arbeiters* sujetaban a los cautivos en sillas duras ponerles la grapa en la cabeza escrutar y reorientar sus recovecos más tenebrosos, observarles pestañear de consternación cuando vieran las líneas rojas...

Crimen y castigo.

Pasó a los informes AXIS. Pobre Ernest. Él nunca usaría un infernador para el fin al que estaba destinado, pero los chismes tecnológicos lo seducían. Qué artista no querría tener acceso directo a la imaginación del espectador.

Tal vez había sido demasiado dura. Inflexible. El deber y la ley.

Mary Choy contuvo un sollozo. En carne viva y ni siquiera había comenzado. Miró a sus compañeros de los asientos C, E, F, G, tres hombres jóvenes en trajelargo y una anciana con ropa elegante de los años treinta, envueltos en vid. El anulador de sonido transformaba sus diversiones en susurros distantes. Eran sordos a la angustia

de Mary.

LitVid 21/1 Red A (David Shine): «El explorador móvil número dos de AXIS ha concluido un análisis de la muestra extraída de una de las torres dispuestas en anillos en B—2. Aunque los nanolaboratorios del explorador móvil son muy pequeños, resultan casi tan completos como sus análogos de la tierra, con la única diferencia de que en la Tierra hemos progresado quince años más. Aun así, se espera que los resultados sean esclarecedores.

»Si usted ha notado, como nosotros, que los informes de las estaciones de monitoreo de AXIS han sido menos informativas recientemente, hay una explicación sencilla. Atravesamos una fase difícil de la exploración. Las investigaciones de gran escala han mostrado un mundo tan enigmático como cautivante, un mundo cubierto de vida pero sin animales a la vista, ni siquiera plantas grandes. La existencia de los círculos de torres sugiere una forma de vida inteligente, pero nos advierte que no saquemos conclusiones precipitadas. AXIS está analizando con mayor profundidad las pruebas recogidas hasta ahora. Los exploradores móviles se desplazan y efectúan sus análisis; los hijos de AXIS, pequeños como monedas, continúan emitiendo datos sobre el planeta en general; AXIS está asimilando tremendos volúmenes de información.

»Pero AXIS no puede enviar rápidamente toda esta información a la Tierra. AXIS está diseñado como un verdadero pensante remoto, capaz de realizar sus propios experimentos y llegar a sus propias conclusiones, condensando la información — congelándola, como quien dice—para enviarnos los resultados más concisos.

»Si AXIS encuentra un misterio que no puede resolver, enviará a la Tierra los datos no procesados, pero no de inmediato; ese proceso podría llevar años, incluso décadas. AXIS es capaz de sobrevivir al menos un siglo, autorreparándose, realizando alegremente su labor; pero hay muchos eslabones débiles, entre ellos los radiofaros diseminados en el espacio profundo entre la Tierra y Alfa del Centauro. No pueden repararse como AXIS. Existen en el frío profundo del espacio interestelar y todo su presupuesto energético está consagrado a recibir y transmitir señales. Si uno de estos radiofaros se pierde, el tiempo de transmisión de toda la información se cuadruplicará. Si se pierde más de uno, la transmisión puede interrumpirse o continuar a un ritmo increíblemente lento.

»Y si por algún motivo se pierde parte de un mensaje, se tardará otra década en pedir a AXIS que lo envíe de nuevo. El hilo que une a AXIS con la Tierra es muy frágil, lo cual tal vez sea adecuado, considerando cuan osada es esta empresa».

Allí no hay carros, yugos ni caminos. Mas el rey proyectacarros, yugos y caminos a partir de sí mismo. Allí no hay alegrías, felicidad ni placeres. Mas él proyecta alegrías, felicidad y placeres a partir de sí mismo. Allí no hay piscinas, estanques de loto ni arroyos. Mas él proyecta piscinas, estanques y arroyos a partir de sí mismo. Pues él es el creador.

Brhad Aranyaka Upanisad, 4.3, 10

36

El Instituto de Investigaciones Psicológicas se elevaba en un vasto parque como una pirámide truncada invertida, y un borde se clavaba en un cilindro de bronce y vidrio verde de diez pisos.

Originalmente había pertenecido a un centro de investigaciones chinorruso. Durante la presidencia de Raphkind, muchas empresas chinas y rusas de los Estados Unidos continentales se habían nacionalizado por no pagar empréstitos del Banco de los EE.UU.

El edificio había permanecido seis meses en desuso y luego había pasado sin condiciones a manos de Martin Burke. Al cabo de un año el Instituto parecía un proyecto consolidado que empleaba a trescientas personas.

El césped se automantecía, al igual que los jardines; el abandono ya no implicaba deterioro. En todo el edificio los arbeiter mantenían todo en perfecto estado. Excepto por saqueos humanos, el Instituto estaría tal como lo había dejado...

El coche aparcó ante las puertas de vidrio y Martin se apeó y tendió la mano para pedirle la pizarra a Lascal.

—El cazador ha regresado —dijo Lascal—. Hemos chequeado todos los ojos y oídos federales y metropolitanos. Ninguno está en uso. El lugar está limpio.

Martin ignoró el comentario y caminó hacia las puertas de vidrio. No lo rechazaron. Por un instante, el solo acto de entrar nuevamente en el edificio como si nada hubiera ocurrido compensó todas las concesiones.

Lascal lo siguió a discreta distancia. Martin se detuvo un instante en la zona de recepción, agarrando la pizarra con dedos tensos. Miró a Lascal, quien sonrió fugazmente. Martin movió la cabeza, dejó atrás el despacho vacío y preguntó por encima del hombro:

—¿Quién custodia el lugar?

—No se preocupe. Es seguro.

—Simplemente vinimos y entramos... —dijo Martin, y decidió callar. No

preocuparse—. ¿Dónde está el doctor Neuman?

—Todos están en el primer nivel de investigaciones —dijo Lascal, siguiendo las huecas pisadas de Martin.

—¿Y dónde está Goldsmith?

—En una de las salas para pacientes.

Martin entró en su vieja oficina del final del pasillo, a dos puertas de los ascensores que conducían al nivel subterráneo de investigación. Los armarios de discos se abrieron al tacto pero estaban vacíos; el escritorio estaba limpio. Mordiéndose el labio inferior, intentó abrir los cajones. Estaban cerrados con llave y no reconocían la huella de su pulgar. Estaba de vuelta pero no estaba en casa; su casa no lo reconocía.

—Usted no necesitaba ese material, ¿verdad? —preguntó Lascal en voz baja, desde la puerta—. No nos dijo que lo necesitaba.

Martin meneó la cabeza y salió de la oficina.

La puerta del ascensor se abrió y Martin entró seguido por Lascal. Martin sintió que le crecía la furia y procuró dominarla. Tres palabras le retumbaban en la cabeza: *no hay derecho*. Tal vez significaba que no tenían derecho a saquear su lugar de trabajo; tal vez significaba que no había nada derecho en ningún asunto que se relacionara con el Instituto.

Un descenso de siete metros. Las puertas se abrieron. Como si no hubiera pasado el tiempo desde la última vez que cruzó ese pasillo, viró a la izquierda y abrió con aplomo la gran puerta del teatro central de investigaciones. Martin puso los brazos en jarras, mirando el escenario. Encima del escenario, detrás de un vidrio grueso, tres filas de asientos giratorios ocupaban una galería. Luces tenues relucían en la cúpula semiesférica que cubría el teatro. El equipo estaba donde él lo había dejado, a cargo de dos *arbeiters* de investigación: el blanco y plateado cilindro del triplex, los nanomonitores, las hileras de cinco ordenadores y un pensante dispuestos a la izquierda de los tres divanes grises. Todo menos el ordenador con *buffer* que daba a investigadores e investigados la tranquilidad de saber que nadaban en una simulación de tiempo demorado...

Martin se relamió los labios y se volvió hacia Lascal.

—Bien —dijo—. Comencemos.

Lascal asintió.

—La señorita Neuman y el señor Albigoni se encuentran en la sala de observación contigua. También conseguimos cuatro de los asistentes que usted pidió.

—¿Quiénes?

—Erwin Smith, David Wilson, Karl Anderson, Margery Underhill.

—Pues reunamos al grupo.

Atravesaron el escenario, traspusieron una puerta y recorrieron el pasillo que

conducía a los aposentos de los pacientes. Martin recordó a la última de las veintisiete personas que había investigado y terapiado allí, una joven llamada Sarah Nin; recordaba vívidamente el País de Sarah Nin, una suave jungla salpicada de vastas mansiones llenas de animales exóticos. Al recorrerla, casi se había enamorado de Sarah Nin, una especie de transferencia inversa; su interior era extraordinariamente apacible, y su exterior —corpulento, bovino, obtusamente normal— muy aparentemente armónico.

A menudo soñaba con el País de Sarah Nin. Dudaba que el de Goldsmith fuera tan simple o agradable.

Goldsmith se hallaba en la sala que había ocupado Sarah Nin. Dos hombres fornidos y esbeltos de trajelargo aguardaban frente a la puerta. Los observaron atentamente al acercarse, saludaron a Lascal.

—El señor Albigoni está adentro —dijo el más alto, señalando la puerta de enfrente. Era la sala de observación.

Lascal abrió la puerta y Martin entró.

Albigoni y Carol Neuman conversaban en voz baja sentados frente a la pantalla principal. Se volvieron y Carol se levantó sonriendo. Albigoni apoyó los codos en las rodillas, enarcando las cejas con expectación. Martín estrechó la mano de Carol.

—Casi estamos preparados —dijo ella—. He dado a nuestros cuatro asistentes un curso para refrescarles la memoria. Para ellos ha pasado mucho tiempo.

—Por cierto —dijo Martin—. Yo también quisiera hablar con ellos.

—Llegarán dentro de unos minutos —dijo Carol.

—Bien. Sólo eché un vistazo al teatro. Parece que todo está allí, excepto el *buffer*.

—Es suficiente —afirmó Carol. Martin trató de no mirarla directamente. Se sentía muy vulnerable.

Se le aceleraba el pulso, se le agitaba la respiración, no podía estarse quieto.

—¿Cómo está Goldsmith?

—Bien. Estaba bien la última vez que le hablé —dijo Albigoni. El instigador de todo esto parecía tranquilo, un centro de apacible deliberación en torno del cual orbitaba Martin, un electrón del núcleo.

Poco importante, ¿Y por qué estaba Martin allí? Todo estaba preparado; bien podían continuar sin él.

—Veámoslo, pues —dijo Martin, volviendo el tercer asiento hacia la pantalla principal. Lascal se sentó en un escritorio, detrás de ellos. Carol abrió los controles del brazo de su sillón y activó la pantalla—. Habitación uno, por favor.

Goldsmith estaba sentado en el borde de la cama, leyendo un libro. Cabello negro desaliñado ropas arrugadas rostro sereno. Martin le estudió el semblante: ojeras ojos somnolientos nariz y boca aureoladas de arrugas mirada firme concentrada en el libro.

—¿Qué lee? —preguntó.

—El Corán —dijo Albigoni—. Una edición especial que publiqué hace quince años. Era el único libro que llevaba consigo.

Martin miró a Lascal por encima del hombro.

—¿Lo lee continuamente?

—En ocasiones —dijo Lascal—. Lo llama «la religión de los esclavistas». Dijo que si iba a estar en prisión, debía conocer la mentalidad de los amos.

—Los musulmanes capturaron gran cantidad de esclavos —señaló Carol.

—Lo sé —dijo Martin—. Pero él no es musulmán, ¿verdad? No hay nada sobre eso en su descripción.

—No es musulmán —dijo Albigoni—. Por lo que sé, no cree en ninguna religión formal. Hace unos años coqueteó con el vudú, pero no fue nada serio. Visitaba una tienda de LA buscando artículos rituales, más para investigar que por necesidad espiritual, creo yo.

Dos pacientes del Instituto se habían criado en la fe islámica. Sus Países eran comarcas difíciles y perturbadoras, magníficas desde el punto de vista de la investigación, y quizá valieran mucho más que los tres o cuatro artículos que él había escrito sobre ellos, pero no eran del gusto de Martin. Le hubiera gustado entrenar a investigadores islámicos para que explorasen ese territorio cultural y religioso, pero no había tenido tiempo suficiente.

—Parece más sereno que yo —dijo Martin.

—Está preparado para cualquier cosa —dijo Albigoni—. Yo podría entrar allí con una pistola o un infernador y él me daría la bienvenida.

—El asesino múltiple como mártir —observó Carol. Dirigió a Martin una sonrisa conspiratoria, como diciendo: el desafío perfecto, ¿verdad?

Martin le respondió con una mueca fugaz. Sentía el estómago tenso como un tambor. Había una diferencia entre ser fausteadado y ser Fausto. Estaba a punto de cruzar esa frontera. Las manos de Goldsmith tenían la textura del cuero fino. Los dedos sostenían delicadamente el libro. Limpios. Sin sangre.

Martin se incorporó.

—Hora de trabajar. Carol, reunámonos con los otros cuatro y planifiquemos los próximos días.

Albigoni lo miró sorprendido.

—No hacemos todo esto de golpe, señor Albigoni —dijo Martin, satisfecho de haber alterado la calma expectativa de su benefactor—. Planificamos, preparamos, ensayamos. Confío que contemos con tiempo suficiente.

—Todo el que necesiten —dijo Lascal.

Martin sacudió la cabeza bruscamente y cogió el brazo de Carol.

—Caballeros, con permiso. —Salieron juntos de la sala. Martin movió la cabeza

dubitativamente cuando dejaron atrás a los guardias para dirigirse a la sala de soporte y monitoreo.

—Ojalá se largaran todos —dijo.

—Ellos pagan la cuenta —le recordó Carol.

—Dios nos guarde.

La integración, así como el desarrollo de los diversos lenguajes internos y externos, continúa a través de la vida del individuo, pero la mayor parte de los cimientos están echados a una edad temprana, probablemente alrededor de los dos años. A esa edad, la naturaleza del miedo sufre un cambio radical en muchos niños.

Antes de esa edad, los párvulos temen las sensaciones desconocidas: ruidos fuertes, rostros extraños y demás. Al cabo de los dos años, esos miedos son suplementados y/o reemplazados por un miedo a la falta de sensación, especialmente a la oscuridad. En la oscuridad o en el silencio se pueden proyectar contenidos subconscientes. El recién adquirido dominio del lenguaje ayuda al niño a comprender que estos contenidos subconscientes no son percibidos por los padres.

Comienza a sublimar el lenguaje visual del País de la Mente. Va en camino de convertirse en un individuo maduro.

MARTIN BURKE: *El País de la Mente* (2043—2044).

37

Richard Fettle cogió la pizarra y las treinta páginas y subió la escalera con paso tambaleante, volviéndose sobresaltado cuando a sus espaldas el autobús hizo un ruido rechinante contra la acera.

Estaba hecho un manojo de nervios y apenas podía pensar. No recordaba haber subido el resto de la escalera cuando se plantó junto a la jaula de hierro forjado blanco y esmaltado. Imaginó por un instante que el pájaro estaba vivo. Tocó el timbre y oyó un campanilleo adentro. Por suerte el día prometía ser cálido, pues sólo usaba una camisa de manga corta.

+ Responded por favor. Necesito compañía.

Leslie Verdugo atendió la llamada. No habló pero sonrió vagamente, ojos extraviados.

—Hola —dijo Richard—. ¿Está Madame?

—Hay una sesión —murmuró Leslie—. Todos están aquí menos Nadine. ¿Estás solo? —Miró detrás de él como si esperase ver una multitud de selectores.

—Solo —afirmó Richard.

—¿Es Richard? —preguntó la voz de Madame—. Richard, entra. Estaba preocupada por ti.

El tiempo quedó anulado hasta que se encontró leyendo el manuscrito en voz alta. En un círculo, frente a Madame de Roche, rodeado por rostros conocidos. Recobrándose con un respingo, Richard comprendió que había hablado para pocas personas o quizá sólo para Madame de Roche y había expresado su vacilante alegría

por estar escribiendo de nuevo. Comunicó sus prevenciones sobre lo que escribía. Sensación general de inquietud. Alguien, quizá Raymond Cathcart, había dicho algo relevante y trató de recordarlo mientras leía. + Posesión por Goldsmith posesión literaria.

Hacia la mitad le ofrecieron una comida aplazada, y el grupo se puso a conversar esperando el resto.

+ Más atención de la que he recibido en años.

Richard se sentía más fuerte y más humano. Su memoria se estabilizó, también sus tripas.

—Quisiera terminar —dijo, entregando la bandeja a Leslie Verdugo.

Madame de Roche asintió con la cabeza desde su acolchada silla de mimbre, centro de atracción con su vestido flamígero.

—Estamos preparados —dijo.

Continuó leyendo. El crepúsculo llegó al desfiladero y las luces de la casa se encendieron sorprendiéndole un poco pero no interrumpió el ritmo; apreciaba las sombras profundas grises del vasto living. Un módico paraíso: colegas amigos compañeros sentados y en pie escuchando esas palabras nuevas con silencio reverencial. Podía morir en ese instante y permanecer felizmente congelado por toda la eternidad como un espécimen de museo.

—Aún no he elaborado las conclusiones —advirtió mientras pasaba el texto registrado en la pizarra—. Es muy tosco.

—Continúa —urgió Siobhan Edumbraga, ojos turbios e intensos, cautivados por la truculencia.

Revisó mientras leía, molesto por la tosquedad pero sintiendo el poder, sabiendo que comunicaba sus emociones mejor que nunca. En ocasiones no podía contener las lágrimas ni un temblor en la voz.

—No te detengas —le dijo Madame de Roche cuando se interrumpió para recobrase de una frase particularmente conmovedora.

Una tristeza y un desgarrón que trascendían del melancólico horror del manuscrito lo embargaron cuando terminó los últimos párrafos. Había escrito y había escrito bien y se había transformado en centro de este círculo de gentes que ahora parecía admirar y respetar, gentes que significaban muchísimo para él. Eran su último eslabón sólido con la vida social y pronto perdería esa atención total.

Este momento pasaría y quizá fuera el mejor momento de su vida reciente, el mejor momento desde que había presenciado el nacimiento de su hija...

Tropezó en la última frase retrocedió leyó de nuevo dejó la pizarra pero no levantó los ojos. Le temblaban los dedos.

Madame suspiró.

—Vaya —dijo. Richard alzó la mirada y apenas le vio sacudir la cabeza. Madame

tenía los ojos cerrados y el semblante contraído en una máscara de tristeza—. Era uno de nosotros. Era uno de nosotros y nosotros no podíamos saberlo, sólo Richard pudo saber lo que se proponía.

Raymond Cathcart se adelantó, anteponiéndose a Leslie Verdugo, quien no sonreía.

—Por Dios, Fettle. ¿De veras... crees que por eso los mató a todos?

Richard asintió.

—Es una extravagancia. ¿Estás diciendo que lo hizo por su arte?

No se sabía si Siobhan Edumbraga se había puesto a reír o a llorar porque tenía el rostro rígido como una máscara ojos entornados dedos clavados bajo la barbilla.

—He tratado de no decirlo tan crudamente.

—No. Como siempre digo, disimula la confusión con más confusión —escupió Cathcart—. Madame de Roche, ¿cree usted en... en estos escritos de Fettle?

—Entiendo esa necesidad, esa urgencia de alterar las circunstancias para combatir la sofocación... yo misma la he sentido. Por lo que sé de Emanuel, Richard ha comprendido la situación.

Madame hacía algo más que tolerar la disensión. La alentaba, y sobre todo la alentaba en Cathcart, un poeta a quien Richard no admiraba aunque hubiera escrito algunos textos aceptables. Richard se sintió acosado.

Cathcart desdeñó con un gesto el respaldo de Madame de Roche.

—Yo no lo creo. Es todo un espantoso cliché, Fettle.

—Yo tampoco creo en él —declaró Edumbraga, extendiendo los dedos.

Thom Engles, un recién llegado al grupo, se acuclilló ante Richard.

—Es un insulto —dijo—. Ni siquiera está bien escrito. Puro melodrama y fluir de la conciencia.

Goldsmith es un poeta, un ser humano, un personaje tan complejo como tú o como yo. Matar para recobrar una visión poética o para liberarse de las ataduras de la sociedad aún significa matar, y eso requiere un cambio tremendo en un ser humano, a menos que todos hayamos juzgado mal a Goldsmith...

Tal vez sea así, pero lo siento... no me has convencido.

Richard alzó los ojos heridos y comprendió que de nuevo se portaba como una víctima, que no estaba dispuesto a defenderse. La obra debía sostenerse sola; siempre lo había afirmado, siempre lo había creído.

No había visto entrar a Nadine, pero ahora ella estaba en el borde del grupo. Nadine trató de defenderle y Richard sintió una oscura gratitud pero Cathcart le retrucó con una réplica mordaz. Tres editores de cuadernillos presentaron tímidas objeciones a las críticas de Cathcart, luego ofrecieron críticas constructivas que en todo caso eran más devastadoras; sugerencias de reducir lo visceral realzar lo edificante. Madame les dejó hablar.

+ Ella no sabe lo que están matando.

Al cabo de un rato Richard se levantó, papeles y pizarra en la mano, saludó a todos y dio las gracias al grupo, tomó la mano de Madame la estrechó se fue de la habitación. Nadine le siguió.

—¿Por qué lo leíste? —preguntó ella, cogiéndole el brazo—. Todavía no está listo, y lo sabes.

Confusión. ¿Por qué, en efecto? Gratificación inmediata; a pesar de sus justificaciones, había pensado que era una obra maestra ya concluida. ¿Por qué la decepción?

—Tengo que irme —murmuró.

—¿Estás bien, Richard? —preguntó Nadine. Él la miró como un águila herida, cabeceó, se despidió.

—Visítenos de nuevo —graznó el guacamayo, hallando en sus herrumbradas entrañas una chispa de movimiento.

Richard no había llamado un autobús. Caminó desmañadamente por la carretera y a dos kilómetros del desfiladero entró en una zona minorista de las sombras.

En un viejo centro comercial había un salón de Antiguas Artes Psíquicas para quienes hallaban amenazadora la verdadera terapia pero sentían necesidad de ayuda externa; una tienda que alquilaba cabinas con arbeits dotados con aptitudes sexuales llamados folladores o prostitutas; una tienda automática con pequeños vehículos que entraban y salían de las sendas esclavizadas de tráfico comercial. En la esquina, ante esa tajada de vida cotidiana, había un autobús detenido.

Necesitaba una segunda opinión, aunque temía que ir al bar del Salón de Arte y Literatura del Pacífico fuera como matar su manuscrito para siempre. + Un poco de compasión o comprensión. Todo lo que necesito.

Sabía que había sido un imbécil. Un monje abandonando los claustros tras muchos años de celibato embarcándose en un nuevo amor un chapucero escribiendo sobre un tema insoluble tratando de imaginar los pensamientos de Emanuel Goldsmith durante ese inmenso misterio: un hombre poseído por el mal.

Cogió los papeles desordenados y pensó en arrojarlos al suelo del autobús y olvidarlos, acarició las páginas las extendió relejó aquí y allá encontró perlas en el lodo de la ineptitud.

+ No es un desperdicio total. Rescatar y recortar. Imposible lograrlo en el primer borrador. Tonto.

Necesito consejos no sólo una torpe condena.

Miró por la ventanilla sacudió la cabeza y sonrió. Nada como la mente del escritor. Siempre necio siempre optimista. La gente del bar Pacífico quizá fuera mejor que el grupo de Madame. Sobre todo Jacob Welsh; un tío extraño pero conciso en sus críticas nunca cruel; le dejaba ese papel a su antimateria Yermak. Quizá Yermak no

estuviera allí, aunque rara vez iban separados.

El autobús paró a una manzana del bar y Richard, de pie bajo ese fresco cielo que evocaba una cortina con borlas, observó la dorada franja de sol que iluminaba el bulevar. Pestañeó ante la pared de las crestas y el reflejo del sol en esa pared, apuntándole como un foco. De pronto visionó una imagen de sí mismo como un conejo enfocado por reflectores y condenado a los conejares. Totalmente perdido e ignorante de las fuerzas que lo impulsaban, sólo cómodo en la ebriedad de su ceguera; la sobriedad traía desazón y dolor. Ansiaba anotar eso pero sacudió la cabeza y sonrió ante la solidez de ese renovado afán de escribir.

Los tíos del salón literario no podían desequilibrarlo. Estaría mejor preparado que en la casa de Madame de Roche; adaptaría sus engranajes a la maquinaria.

El bar estaba cerrado, y la estampa eléctrica pegada a la vieja puerta de vidrio no daba explicaciones. No *te sulfures*, parpadeaba. *Hoy hemos ido a ser gente. Ven más tarde. ¿Cuándo?*

Reconoció la cadencia de Goldsmith. ¿Goldsmith lo había escrito para ellos años atrás? ¿O él estaba tan obsesionado que encontraba a Goldsmith por doquier?

La raza es como ácido en un surco de metal. Grabamos con ácido. ¿Esperanza? Ese era Goldsmith diez años atrás, arrollado por la vida. Habían ido al bar el día en que había escrito eso, Richard y Emanuel, hermanados por el vino triste, y Richard había disfrutado de la lánguida camaradería del poeta. Un amorío desdichado o un rechazo en el mundo editorial: Richard no recordaba qué había empujado a Goldsmith a esa calma triste y apacible y a la necesidad de buscar apoyo. La distancia creada por la fama y el prestigio se había ido haciendo menor hasta desaparecer; Richard sentía compasión, el afán de ayudar a un compañero caído. Goldsmith había escrito ese poema en una servilleta estampada después de arrojar las migajas al suelo. Treinta líneas de consternación ante la caudalosa ignorancia de la humanidad que se desconocía a sí misma. Fettle observó el parpadeo del letrero.

Ceremoniosamente habían pagado veinte centavos por la servilleta estampada y la habían llevado al apartamento de Goldsmith. Entonces Goldsmith vivía en las sombras, en la avenida Vermont, no en las crestas. Había enmarcado la servilleta y la había filmado antes de que la tinta desapareciera. Durante años había conservado enmarcada la servilleta en blanco, llamándola «una crítica cuántica, Dios desterrando nuestras expresiones débiles».

Richard caminó hasta el Salón de Artes y Literatura y a través de la luna color albaricoque vio una multitud de clientes y socios. No había señales de Yermak, pero estaba Welsh. Entró y pagó su entrada a un *arbeiter* vestido a semejanza de Samuel Johnson, ocupó un taburete ante la larga barra de roble, ahora atendida por la compasiva Miriel, una transformista parcial con pelo de visón en vez de cabello y una incrustación de escamas relucientes en cada mejilla. Hija del propietario, a quien

todos conocían como «señor Pacífico».

—Miriel —murmuró, mostrando el manuscrito y la pizarra—. He tenido una racha de inventiva después de una larga parálisis. He pasado por un período de inspiración pero necesito crítica.

—No hacemos crítica literaria ni lecturas a esta hora —dijo Miriel, pero reparó en su tristeza de águila y le tocó el brazo con dedos recamados de oro—. Aun así, cuando la necesidad apremia, ¿quién puede negarse? Formaré un círculo. ¿Está escribiendo? ¡Maravilloso! Ha superado un bloqueo de años, ¿verdad, señor Fettle?

—Muchos años. Muchísimos.

Ella le observó con ojos grandes cálidos castaños, arrugando la pelambre de visón. A pesar de su actitud compasiva, Richard la veía más como rata que como visón. Miriel se inclinó en la barra y habló a los demás, especialmente a Welsh.

—Bueno —dijo—. He aquí un amigo que ha pasado un período de inspiración, con una nueva obra en mano. Señor Welsh, ¿podemos formar un círculo especial?

Jacob Welsh miró a Fettle sorprendido. Sonrió. Miró alrededor buscando la aprobación de otros clientes; Fettle no conocía a ninguno. Todos aceptaron, caridad literaria.

Yermak entró justo cuando Richard comenzaba a leer el manuscrito. Se unió al círculo sin decir palabra pero su expresión lo decía todo y no cambió mientras Richard leía desde el comienzo hasta el medio, voz sonora y firme.

... las horas de no ser quien sino lo que soy. Poses asumidas todos los días aun cuando no hay visitantes. Incluso invade mi poesía; la precariedad de una articulación mal soldada. Esoes. No puedo conectarme con la verdadera corriente porque estoy mal soldado a esta vida, y la articulación se herrumbra cada día.

—La poesía como corriente eléctrica —dijo Yermak entre dientes—. Bien, bien.

Richard no supo si era un sarcasmo; con Yermak no importaba. Si algo le gustaba, lo despreciaba por ser agradable. Welsh lo miró reprobatoriamente y Yermak respondió con una sonrisa aquiescente.

Richard leyó hasta el final, dejó la pizarra y las páginas, murmuró que aún no lo había redondeado y necesitaba sugerencias. Observó a los integrantes del círculo con sus ojos de águila herida. Yermak le miró con expresión de disgusto pero no dijo nada.

—Ése eres tú —dijo Welsh.

—Es muy extraño —dijo Miriel desde atrás de la barra—. ¿Qué piensa hacer con él?

—Quise decir que ése eres tú, no Goldsmith —continuó Welsh.

—Yo... —Richard se interrumpió.

+ La obra debe sostenerse sola.

—Es bueno —dijo Yermak. Richard sintió una ráfaga de afecto por el joven; a pesar de todo, quizá tuviera algo de bueno—. Crepita y culebrea como una fábula. Yo lo incluiría en una obra más larga, una biografía. —Yermak pintó una escena con las manos, mirando embelesado sus dedos extendidos—. Biografía de un mal escritor que se desloma por entender.

Richard vio venir el golpe pero no pudo esquivarlo a tiempo.

—Me has aclarado las cosas —continuó Yermak—. Ahora capto. Sé cómo piensan los tíos como tú, R Fettle.

—Clientes... —dijo Miriel.

—Eres un gililóbulo de corazón. Pasaste demasiado tiempo escondido a la sombra de sus alas —dijo Yermak.

—Por favor, sé amable —ordenó Welsh sin convicción.

—Las alas de Goldsmith están polvorientas y carcomidas por los piojos, pero todavía vuelan. Tú jamás has volado. Mírate... ¡escribiendo en papel! Una ostentación, una afectación. No puedes comprar suficiente papel para escribir nada importante, pero aún así lo usas... sabiendo que nunca escribirás demasiado. Jamás llegarás muy alto.

—En eso tiene razón —dijo Welsh. Los otros no participaban. Esto era un duelo a dentelladas, no crítica literaria, y les resultaba ameno pero repulsivo.

—Cuando Goldsmith cae a tierra, tienes que apañártelas fuera de su sombra, ver el sol por primera vez, y te encandila —continuó Yermak, casi con lástima—. Te he calado, R Fettle. Nos ha calado a todos nosotros a través de ti. Qué afectada e ignorante pandilla de gililóbulos somos todos. Gracias por esta percepción. Pero te pregunto, con toda franqueza... ¿de veras crees que Goldsmith está matando para mejorar su poesía?

Richard desvió los ojos.

+ Regresa a casa. Acuéstate a descansar.

—Casi puedo creerlo —concluyó Yermak, con rostro de tejón—. Goldsmith podría estar así de desquiciado.

—¿Por qué nos quisiste leer esto? —preguntó Welsh suavemente, tocando solícitamente el brazo de Fettle—. ¿Tan mal estás?

Miriel debía de haber oprimido un botón de advertencia, pues el señor Pacífico bajó por la escalera del fondo. Vio a Yermak y Welsh, frunció el ceño, vio a Fettle.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó el señor Pacífico, señalando a Yermak—. He dicho que ya no era bienvenido.

—Entró mientras el señor Fettle estaba leyendo. No quise interrumpir —se excusó Miriel.

—Ahuyentas a la clientela, Yermak —dijo el señor Pacífico—. ¿Lo trajiste

contigo, Richard?

Fettle, aturdido, no respondió.

—¿Todavía está contigo, Welsh?

—Va adonde le place —dijo Welsh.

—Tonterías. Vosotros tres, largo.

—Señor Fettle... —comenzó Miriel.

—Es una víctima nata. Míralo. Atrajo a Yermak como la carne podrida a las avispas. Fuera fuera fuera.

Fettle cogió los papeles y la pizarra, saludó a los reunidos con tanta dignidad como pudo y caminó hacia la puerta. Miriel dijo adiós; los demás miraron con callada piedad. Welsh y Yermak lo siguieron y se separaron en la puerta sin decir otra palabra, con una sonrisa de lúgubre satisfacción.

+ Tienen razón. Demasiada razón.

Arrojó los papeles y la pizarra en una alcantarilla de la esquina y esperó el autobús en una parada.

El viento fresco le arrojaba el pelo gris a los ojos.

—Gina —dijo—. Querida Gina.

Alguien le tocó el codo. Se volvió sobresaltado y vio a Nadine vestida con una larga chaqueta verde y una bufanda de lana anudada como un turbante.

—Pensé que vendrías aquí —dijo ella—. Richard, creí que la loca era yo. ¿Qué estás haciendo?

¿Les enseñaste?

—Sí —dijo Richard.

+ Para matar el yo. Por eso Emanuel lo hizo. Para liberarse de alguien que no le gustaba; él mismo. Si no tengo el valor de matar mi cuerpo, puedo matar a otros y condenar al yo de igual modo.

Nadine le cogió del brazo.

—Vamos a casa. Tu casa —dijo—. Francamente, Richard, en comparación contigo parezco totalmente terapiada.

38

La Española necesitaba dos aeropuertos internacionales y tenía tres. El tercero reflejaba una sobrevaloración del turismo por parte del coronel sir John Yardley, o quizá las necesidades de su ejército de mercenarios. Había un oceanopuerto en el Golfo de la Gonave, cinco kilómetros de aeropistas flotantes; un pequeño oceanopuerto a diez kilómetros de Puerto Plata, en el noreste, y una enorme terminal HIS en Santo Domingo, en el sureste. HIS recibía la mayor parte del tráfico de estratojets.

Mary Choy despertó con el crepúsculo y vio un maravilloso poniente que teñía de naranja y oro los escarpados cerros de la Cordillera Oriental. El estratojet descendió hasta una altura de pocos cientos de metros por encima del purpúreo Mar de las Antillas, cambió su discreto susurro por un rugido de ascenso vertical, sobrevoló playas de arena blanca peñascos desnudas hectáreas de hormigón, descendió suavemente y aterrizó sin que se notara el impacto. La pantalla personal mostraba las partes pudendas del estratojet, el vientre del fuselaje: gruesas columnas blancas que terminaban en pares de ruedas negruzcas, pavimento gris espectral luminoso bajo su sombra. Se abrieron puertas en el hormigón y pozos de ascensores se elevaron desde los hangares subterráneos.

La esquina inferior derecha de la pantalla indicaba la temperatura exterior, 25 grados Celsius, y la hora local, 17:21.

—Bienvenidos a La Española —anunciaron los altavoces—. Ustedes acaban de llegar al círculo de ascensores 4A del Aeropuerto Internacional Estimé. Viajarán por tren subterráneo hasta el centro de tráfico de Santo Domingo. En este momento todo el equipaje es retirado de la aeronave y acompañará automáticamente a los pasajeros hasta el centro o hasta el destino final. No hay regulaciones aduaneras para los viajeros que entran en el país, nada para demorar su placer. Disfruten ustedes de su estancia en la generosa Española.

Mary se levantó, recogió sus pertenencias personales y siguió a tres fatigados hombres de trajelargo. Doscientos pasajeros se dirigieron lentamente hacia el

ascensor de cola.

A los pocos minutos abandonó el interior floreado del tren del aeropuerto para desembarcar en el centro de tráfico de Santo Domingo. Todo estaba adornado con flores tropicales. Enormes jarrones negros llenos de junglas irisadas bordeaban los pasajes. Caían cascadas en estanques llenos de bellos peces de los jardines marinos de las Antillas, la mayoría naturales, algunos de ellos producto de las artes del recombinador. Telones cambiantes de esculturas proquinales pendían del domo del atrio del centro de tráfico, derramando luz y perfume en los nuevos huéspedes de La Española. La nanoindustria de La Española era pequeña. Estas piezas de arte eran importaciones de los EE.UU., inútiles salvo para ese propósito.

Guías de espléndido uniforme interpelaban a los viajeros curiosos en una docena de teatros abiertos en torno del peristilo. Los anuladores de sonido encauzaban el ruido con precisión, dejando un zumbido bajo y agradable suavemente coronado por música nativa.

Una mujer de piel de café y ojos penetrantes con librea verde y blanca identificó a Mary entre la multitud de pasajeros que llegaban y la condujo hacia una sala de recepción VIP. Separada del resto del atrio por paredes de vidrio, la sala estaba desierta excepto por un hombre alto vestido con antigua chaqueta diplomática con faldones y dos *arbeiters* bronceados de dudosa utilidad.

El hombre alto extendió la mano inclinándose ligeramente, y Mary la estrechó.

—Reciba mi bienvenida a la República de La Española, inspectora Mary Choy. —Su deslumbrante sonrisa incluía encías rojas como coral—. Me han designado su *avocat* y guía general. Mi nombre es Henri Soulavier.

Mary se inclinó y sonrió cortésmente.

—*Merci*.

—¿Habla usted francés, español o *creóle*, mademoiselle Choy?

—Lo lamento. Sólo español de California.

Soulavier extendió las manos.

—No es problema. Todos hablan inglés en La Española. Es la lengua natal de nuestro coronel sir. Y es el segundo idioma de todo el mundo, cuando no el primero, ¿verdad? Pero actuaré de intérprete. Me han dicho que usted dispone de poco tiempo y desea consultar de inmediato a nuestra policía.

—Primero quisiera comer algo —dijo Mary, sonriendo de nuevo. Soulavier había sido bien elegido; sus modales eran directos y encantadores. A menudo había leído eso sobre La Española; olvidando la triste historia y la precaria actualidad económica, aquí estaba el pueblo más cordial de la Tierra.

—Desde luego. Habrá cena en sus aposentos. Llegaremos allí dentro de poco. De cualquier modo, las personas con quienes usted desea hablar ahora salen del trabajo, y las oficinas están cerrando. Mañana será muy bueno para verles. Además, nos dicen

que sus colegas llegarán dentro de... —Miró su reloj de pulsera—. Dentro de dos horas. Yo los recibiré aquí. No es necesario que usted se moleste. Con su permiso, la acompañaré a sus aposentos en los *quartiers diplomatiques* de Puerto Príncipe. Luego la velada será suya. Podrá usted trabajar o descansar, como prefiera.

—Me conformaré con cenar en mis aposentos. —Como usted sabrá, todos los viajeros oficiales permanecen *isolés* en La Española, para evitar las distracciones de nuestra industria turística, que quizá no respondan a sus necesidades.

El *arbeiter* de la izquierda se desplazó sobre tres ruedas y extendió un brazo para coger sus pertenencias personales. Mary declinó con una sonrisa, pensando que sería mejor evitar que alguien leyera su pizarra.

Soulavier tomó con buen humor esa actitud cautelosa.

—Por aquí, por favor. Usaremos corredores laterales, para mayor comodidad.

En el tren a Puerto Príncipe sólo viajaban ellos. Los asientos tenían cojines de terciopelo negro con el emblema del coronel sir: rinoceronte y roble bajo un firmamento cuajado de estrellas.

Salieron del centro de Santo Domingo y pronto emergieron a unos raíles elevados que cruzaban anchas praderas y cerros reverdecidos por las lluvias recientes. El anochecer había cubierto rápidamente la isla, envolviendo todo en un mágico crepúsculo zafiro. El gran espinazo de la Cordillera Central dominaba el norte, las cumbres aún fulgurantes en el ocaso, las sombreadas colinas pobladas de bosques negros y luces de centros agrícolas.

Los informes habían preparado a Mary para encontrar belleza, pero no había esperado algo tan conmovedoramente idílico. ¿Cómo podía semejante lugar tener semejante historia? Pero La Española no había sido tan bella antes del coronel sir. Su gobierno había unido la isla en una serie de asonadas incruentas, enviando tanto a los dirigentes elegidos democráticamente como a los tiranos al exilio de París y China. Había sofocado los intereses rivales internos, nacionalizado la industria extranjera, descubierto y desarrollado las reservas petrolíferas de la costa meridional con la ayuda del hampa brasileña y había usado ese dinero para organizar una economía singular: la venta de servicios de mercenarios y terroristas a clientes selectos de todo el mundo.

A principios del siglo veintiuno las naciones industrializadas habían descubierto que algunos de los aspectos más brutales de la política no congeniaban con los gustos de sus ciudadanos. El coronel sir había ocupado ese vacío con entusiasmo. Sus triunfales campañas con ejércitos de jóvenes españoles muy bien adiestrados habían logrado que las mejores divisas del mundo reforzaran la desvalorizada gourde haitiana y el tambaleante peso dominicano.

A los diez años de gobierno había comenzado a reforestar los asolados bosques de La Española, importando los mejores recombinaidores y expertos agrícolas para

devolver a la isla una semblanza de su juventud precolombina.

Pueblos blanqueados pequeños iluminados pasaban por ambos lados, borrosos por la velocidad.

Mary sólo pudo distinguir edificios de madera y complejos de apartamentos de hormigón para los españoles; eran ciudades vedadas al turismo, ciudades donde los soldados se criaban y adonde regresaban para vivir y engendrar más hijos e hijas para que fuesen soldados.

Los ejércitos de La Española, según lo que Mary había leído, sumaban ciento cincuenta mil hombres. En escasas horas los estratojets y transportes suborbitales podían trasladar decenas de miles desde cualquiera de las pistas internacionales —temporalmente cerradas a vuelos de llegada— para enviarlos a cualquier parte del mundo.

Sentado frente a ella, Soulavier miraba pasar los campos y ciudades.

—Vaya, el mundo está en paz últimamente —comentó—. Su gobierno ya no hace muchos negocios con Cap Haitien o Santo Domingo. El coronel sir está disconforme con la situación.

—Aún tienen el turismo, el petróleo y las granjas —replicó Mary.

Soulavier alzó las manos, frotó el pulgar con tres dedos para aludir al dinero y les dio una palmada como para ahogarlos.

—El petróleo es más fácil de producir en sus minas de desechos —dijo—. Todos los países de la Tierra pueden cultivar suficientes alimentos. El turismo se ha deteriorado. Nos han puesto muchos calificativos desagradables. Eso nos entristece. —Suspiró, se encogió de hombros como para deshacerse de ese tema exasperante, y sonrió de nuevo—. Aún tenemos la belleza. Y nos tenemos a nosotros mismos. Si nuestros hijos no van a morir por otros, eso también nos complace.

No hubo alusiones a la fabricación y exportación de infernales. Tal vez Soulavier no tuviera nada que ver con eso. Ojalá no tuviera nada que ver.

El tren atravesó largos túneles y emergió a un desierto donde sinuosos cactus saguaro extendían los brazos y los matorrales color polvo eran apenas visibles a la luz de las ventanillas del tren. Nítidas estrellas titilaban sobre las montañas. Entraron en otro túnel.

—Tenemos la variedad de un continente —suspiró Soulavier—. Usted se preguntará quién podría venir aquí y tener un temperamento maligno.

Mary movió la cabeza; el enigma central de la historia de La Española.

—He estudiado a nuestros dirigentes. Empiezan siendo buenos hombres, pero al cabo de unos años, a veces pocas semanas, algo cambia en ellos. Comienzan a irritarse. Temen fuerzas extrañas. Como dioses antiguos y fanáticos, nos torturan y asesinan. Al final, antes de sufrir la muerte o el exilio, son como chiquillos... Se arrepienten y no entienden qué les ocurrió. Sonríen ante las cámaras. «¿Cómo pude

hacer esto? Soy un buen hombre. No fui yo fue otro».

Mary se asombró de toparse con semejante franqueza, pero Soulavier continuó:

—Todo esto fue antes del coronel sir. Ha estado aquí treinta años, casi tanto como Papa Doc el siglo pasado, pero sin la crueldad de Papa Doc. Debemos mucho al coronel sir.

Honesto y sincero. Soulavier parecía incapaz de ocultar sus verdaderos sentimientos. Pero sin duda los ocultaba. Debía de saber lo que ella sabía: el secreto de la estabilidad del coronel sir. La Española había sido agraciada con veinte años de extraordinaria prosperidad y gobierno relativamente moderado.

Si un demonio de dolor y muerte poseía La Española, el coronel sir había aplacado sus efectos sobre los habitantes de la isla mediante el recurso de exportar su influencia al exterior.

—Pero no estoy aquí para venderle nuestra isla, ¿verdad? —rió Soulavier—. Su misión es oficial y tiene poco que ver con nosotros. Usted está aquí para hallar a un homicida. Cuestión de trabajo. Tal vez después pueda regresar a La Española para vernos tal como somos, para relajarse y disfrutar.

Más allá del túnel relucían las luces de Puerto Príncipe, atrapadas entre el oscuro Caribe y las montañas.

—Ah —dijo Soulavier, volviéndose hacia las ventanillas del otro lado. Mary reparó en el movimiento: no la gracia estudiada de un diplomático sino de un atleta ágil o un niño callejero—. Hemos llegado.

Mientras el tren aminoraba la marcha en el último tramo, Soulavier señaló hoteles edificios públicos museos, vidrio piedra acero hormigón, principios del siglo veintiuno. Limpios y luminosos. Poco antes de la estación atravesaron un extenso barrio llamado el Vieux Carré, que preservaba piezas arquitectónicas anteriores al coronel sir: madera elegante cemento rajado techos de tejas y zinc corrugado. Eran edificios estudiadamente destartalados y rara vez tenían más de una planta.

Soulavier y Mary bajaron al andén cubierto y por primera vez ella tuvo contacto directo con el aire de La Española. Era cálido y perfumado e impregnaba la estación con un aroma a flores y comida.

Seguidos por los *arbeiters*, pasaron frente a carros de acero inoxidable donde los vendedores vendían pescado frito y cangrejo hervido, mantequilla de cacahuetes aderezada con pimientos, cerveza española fría. La estación albergaba a pocos turistas y los vendedores competían ávidamente por sus dólares. La presencia de Soulavier los mantenía alejados de Mary.

—Ay —suspiró Soulavier, extendiendo los brazos para remedar la consternación de los turistas—. Luego nos ponen calificativos desagradables.

Una limusina del gobierno los aguardaba, aparcada en una franja blanca. Taxis eléctricos y de gasolina y autobuses *tap—tap* alegremente decorados esperaban en

ambos flancos mientras sus chóferes holgazaneaban, comían, leían. Tres hombres y dos mujeres en camisa roja y téjanos bailaban en torno del carro de un vendedor de bebidas. Saludaron a Soulavier y Mary agitando alegremente las manos.

Soulavier se inclinó ante los bailarines, sonriendo como si se disculpara: «Ay, no puedo bailar, estoy trabajando».

La limusina tenía a lo sumo diez años y era automática. Atravesó majestuosamente las callejas que conducían a los *quartiers diplomatiques*. Soulavier estaba menos locuaz. Se aproximaron a un recinto con paredes de ladrillo y atravesaron un portón custodiado por soldados de uniforme negro y cascos de cromo. Los soldados los observaron con ojos entornados y suspicaces. El coche no se detuvo.

En el interior del recinto se extendía un agradable barrio de bungalós sencillos de color uniforme, con porches y glorietas cubiertos de floridas buganvillas. El coche se detuvo delante de un bungaló y abrió la puerta. Soulavier se inclinó hacia adelante, con una expresión de repentino desconcierto.

—Inspectora Choy —dijo—, concertaré una cita con el coronel sir en persona. Mañana, tal vez tarde. Usted se conectará con nuestra policía por la mañana, pero comerá o cenará con el coronel sir.

Mary quedó sorprendida por el ofrecimiento. Claro que el coronel sir había aprobado su entrada en el país y sentiría natural curiosidad por el destino de su amigo... O al menos eso simularía.

—Será un honor —respondió. Se apeó de la limusina y vio a un hombre y a una mujer con librea gris de pie ante la escalinata del bungaló. Sonrieron afablemente. Soulavier hizo las presentaciones: Jean—Claude y Roselle.

—Comprendo que los americanos no están habituados a la servidumbre —dijo—, pero todos los diplomáticos y funcionarios de fuera tienen criados.

Jean—Claude y Roselle se inclinaron.

—Nos pagan bien, mademoiselle —dijo Roselle—. No se sienta incómoda.

—Hasta mañana —dijo Soulavier. Regresó a la limusina.

—Su equipaje ya está adentro —le informó Jean—Claude—. Hay una ducha y una bañera, y también vinagre de manzana puro, si desea usarlo. —Mary se quedó mirándole un instante, azorada ante ese íntimo conocimiento de sus necesidades.

—Su diseño es muy bonito, inspectora Choy —dijo Roselle.

—Gracias.

—Nos agrada especialmente su color de piel —añadió Jean—Claude con un destello en los ojos.

El interior del bungaló albergaba bonitos muebles de caoba, obviamente trabajados a mano; las juntas no eran perfectas, pero las tallas y el brillo eran magníficos.

—Perdón —dijo Mary—, ¿pero cómo supieron lo del vinagre?

—Tengo un cuñado en Cuba —dijo Jean—Claude—. Él practica cirugía de transformación para turistas chinos y rusos. A menudo ha hablado del tipo de piel que tiene usted.

—Oh. Gracias.

Roselle la condujo al dormitorio. Una acogedora cama con baldaquino, mosquitero y una bella colcha multicolor con animales y bailarines bordados aguardaba contra una pared.

—No necesitará el mosquitero. Sólo tenemos mosquitos amigables en Puerto Príncipe. Pero es raro, ¿no? —dijo Roselle.

Habían colgado sus prendas en un armario de teca aromática. Mary se enojó al pensar que le habían revisado el equipaje sin autorización, pero sonrió a Roselle.

—Encantador —dijo.

—La cena espera en el comedor. Le serviremos si usted desea, pero si el servicio personal le resulta embarazoso, enviaremos robots para que le lleven la comida —explicó Jean—Claude—. Sin embargo, si usted usa robots no nos pagarán tanto. —Guiñó el ojo—. Por favor, relájese y no se sienta cohibida. Éste es nuestro trabajo y, somos profesionales.

¿Cuántas veces habían interpelado de ese modo a diplomáticos o ejecutivos? Las atracciones de La Española eran manifiestas. Parecían realmente afables, al igual que Soulavier. Tal vez sólo le habían colgado la ropa por cordialidad.

—Mademoiselle, ¿necesitará algo más antes de la cena?

—No, gracias. Me asearé y luego comeré.

—Mademoiselle, ¿desea compañía? —sugirió Roselle—. ¿Estudiante universitario, granjero, pescador? Cordial, con discreción garantizada.

—No. Gracias.

Se retiraron.

Mary cogió el cepillo y lo inspeccionó. Al parecer nadie lo había tocado. Lo devolvió a su sitio, junto al peine y el neceser. A partir de ahora lo llevaría consigo cada vez que saliera de la casa.

Inhaló profundamente y sacó la pizarra de la cartera. Tecleó un código de seguridad y apretó dos teclas más. La pizarra exhibió un tosco esquema de la habitación donde estaba y luego —trabajando a partir de las fuerzas de campo de las líneas eléctricas y los equipos de la casa— un nítido plano de la casa. Debajo del esquema, la pizarra decía: *No hay dispositivos de escucha fáciles de detectar dentro de este edificio*. Eso significaba poco; las vibraciones de la casa misma se podían analizar desde fuera y las voces se podían filtrar a partir del ruido de fondo. Aún no tenía razones para sospechar que la vigilarían, pero se guiaba por su instinto.

Se quitó uno de los dos brazaletes del brazo y lo apoyó en la cama. Si alguien entraba en el dormitorio mientras ella estaba a un kilómetro a la redonda, el segundo

brazalete la alertaría. Se desnudó

y entró en el cuarto de baño contiguo al dormitorio. Todos los artefactos eran de porcelana blanca, en el estilo redondeado de principios del siglo veinte, relucientes bulbosos sólidamente elegantes. La ducha tenía azulejos con flores en las paredes y peces en el suelo; las puertas de vidrio exhibían pájaros de patas largas, tal vez garzas o garcetas. No era experta en aves.

Ordenó al agua que saliera a veintiocho grados Celsius pero el aparato no obedeció. Frustrada, manejó los grifos manualmente, casi sufrió una escaldadura, y al fin logró averiguar cuál era de agua caliente y cuál de agua fría, aunque no había mayor diferencia entre ambas.

Cuando dominó los grifos, disfrutó de una buena ducha. Al salir encontró a Roselle en el cuarto de baño con una enorme toalla blanca, sonriendo amablemente.

—Mademoiselle es bellísima —observó Roselle.

El brazalete no había alertado a Mary.

—Gracias —dijo fríamente. Ahora no le quedaban dudas sobre su situación. Con maravillosa sutileza la habían puesto en su lugar: anticuada elegancia y rienda corta. *Sangfroid*. Sangre fría. Tan fría como el agua caliente de la ducha.

El coronel sir no dejaba dudas sobre quién estaba al mando. Por cómoda que pareciera la casa y por afables que fueran los criados, no habría verdadero descanso hasta que regresara a casa, para lo cual podían faltar días.

Vestida con un informal trajemedio, siguió a Roselle al comedor y se sentó sola a una mesa en la que cabían seis personas. Jean—Claude trajo cuencos de pescado horneado y verduras, todo natural, ningún nanoalimento, un cuenco de salsa amarilla de aspecto dulzón, vino blanco con la etiqueta del propio coronel sir (Ti Guiñee 2045) y una jarra de agua. Sin postres; sin ostentación. Una mera cena.

Eso congeniaba con su estado de ánimo. Se preguntó si esos dos le leían la mente. El pescado era muy sabroso, tierno y húmedo; la salsa, además de dulzona, era picante, fuerte, deliciosa.

Terminó y dio las gracias a los criados. Mientras levantaban la mesa, Jean—Claude le dijo que el coronel sir daría un discurso por la red L'Ouverture.

—Hay una pantalla en el living, mademoiselle.

—¿Me informarán cuando lleguen mis compañeros? —preguntó Mary.

—Desde luego.

Se sentó ante la pequeña pantalla. Un mando a distancia portátil del tamaño de su pizarra controlaba las luces y otros dispositivos. Estudió las instrucciones en el mando a distancia y luego tecleó la secuencia para encender la pantalla, que automáticamente sintonizó la red de vid isleña, cuyo nombre homenajeaba al héroe haitiano Toussaint L'Ouverture.

Escenas idílicas del ocaso se irradiaban al son de plácidos compases de Elgar:

caída del sol en bosques de cactus y en el océano, allende la planicie Cul—de—Sac y Puerto Príncipe; el poniente en un bosquecillo de caoba; naves amarradas frente a Santo Domingo; el oceanopuerto de Santo Domingo, donde un estratojet —tal vez el mismo donde ella había llegado— descendía lentamente.

La música se elevó acompañando una vista espectacular de La Ferriere de Jean Christophe, que irónicamente llevaba el nombre de un saco de herrero: la inmensa fortaleza construida para repeler a los franceses, llena del hierro de desecho de un herrero, antiguos cañones que jamás habían disparado un tiro.

¿Qué había dicho ese exilado dos noches antes, en Nochebuena...? Que William Raphkind tendría que haberse matado con una bala de plata, como había hecho Christophe más de dos siglos antes. Una bala de plata disparada con una pistola de oro para matar a una criatura sobrenatural.

Raphkind se había matado con veneno.

Un anunciante apareció recortado encima de la fortaleza virgen.

—Buenas noches, *mesdames et messieurs*. El coronel sir John Yardley, presidente de La Española, ha preparado un discurso público. El presidente habla ante el parlamento y el Consejo Nacional en la Corte de Colón, en Cap Haitien.

Maiy se reclinó, somnolienta después de la cena. En la cocina, Roselle canturreaba en *créole*.

El coronel sir John Yardley apareció en primer plano, cabellera poblada y cenicienta, rostro largo y bronceado surcado de arrugas pero de rasgos filosos y atractivos, labios carnosos enérgicos y sonrientes.

Saludó al invisible consejo y a los parlamentarios de la isla y comenzó sin formalidades.

—Amigos míos, esta semana nuestra situación no ha mejorado. Las reservas de los bancos nacionales y extranjeros han caído. Se nos niega el crédito en doce países que ahora incluyen Estados Unidos y Brasil, hasta ahora nuestros aliados más leales. Continuamos apretándonos el cinturón y afortunadamente La Española ha gozado de tanta prosperidad y tenemos tantas reservas que no sufrimos.

Yardley conservaba un acento claramente británico, pero al cabo de treinta años había adquirido la dicción precisa y cantarína de las islas.

—¿Pero qué nos depara el futuro? En el pasado nuestros hijos recorrían el mundo en busca de formación, y ahora aceptamos estudiantes que vienen aquí para ser formados. Nuestra isla es mayor de edad y tenemos madurez suficiente para arrostrar penurias. ¿Pero qué hay de nuestra furia ante esta nueva afrenta? La Española sabe oler los vientos de la historia. Jamás ningún sitio de la Tierra ha padecido tanto a manos de extranjeros. Los nativos que moraban en este paraíso fueron exterminados no sólo por los europeos sino por otros indios, los caribes, que a su vez fueron liquidados por europeos. Y luego los franceses trajeron africanos, que fueron

diezmados, y ellos se rebelaron y diezmaron a sus amos, y fueron diezmadados una vez más; y luego los negros se diezmaron entre sí y los mulatos diezmaron negros y los negros diezmaron mulatos. En este siglo continuaban las matanzas mientras trajinábamos bajo parodias de códigos napoleónicos y leyes que condonaban la miseria, la inanición y el gobierno de los ineptos.

«Dictadores, gobiernos democráticos, más dictadores, más gobiernos. Hemos hecho frente a tiempos mucho peores que éstos, ¿verdad? Y ahora volvemos a ser parias, aunque nuestros hijos e hijas hayan sangrado y perecido para librar las guerras de *ellos*, aunque les brindemos a *ellos* nuestro vino y nuestra comida, y aunque *ellos* gocen aquí de refugio cuando huyen de sus ciudades y del superdesarrollo...

Mary escuchaba el ronroneo de las palabras preguntándose dónde residía el dinamismo de ese hombre. Su discurso no parecía ir a ninguna parte. Jean—Claude le trajo un aperitivo que ella rechazó amablemente.

—Ya tengo bastante sueño —dijo.

Por suerte el discurso sólo duró quince minutos, sin llegar a ninguna conclusión, extraviándose en lugares comunes sobre la corrupción del mundo exterior y los malos tratos que continuamente infligía a La Española. El coronel sir se desquitaba a la vez que guardaba las apariencias. Un mensaje quedaba claro: el coronel sir y por tanto La Española estaban furiosos y resentidos por su situación de creciente aislamiento.

Cuando terminó el discurso, el vid continuó con una caricatura en pantalla plana sobre las aventuras de un hombre con rostro de calavera, pantalones largos, chaqueta negra y faldones. Mary reconoció a Barón Samedi, Gégé Nago, el artero *loa* de la muerte y los cementerios.

Barón Samedi se zambulló en un río para ir Bajo el Agua, *sou dleau*, a la tierra de los muertos y los dioses de la vieja Haití. El coronel sir se había valido del vudú — como muchos gobernantes anteriores de la isla— y luego había convertido gradualmente a los inúmeros *loa* en héroes de cómics y caricaturas, desactivando el poder de la fe entre los más jóvenes. Bajo el Agua, Barón Samedi conversaba con Erzulie, la bella *loa* del amor, y con Damballa, una serpiente irisada.

Mary apagó la pantalla, se retiró a su dormitorio y en la mesilla halló un volumen encuadernado de los escritos y discursos del coronel sir. Sentada en el borde de la cama, Mary hojeó el libro, cogió la pizarra y pidió más datos, combatiendo la somnolencia. En la pizarra, un mapa del Golfo de Gonave mostraba una forma semejante a fauces abiertas que aguardaban para engullir la isla de Gonave y todo lo que estuviera cerca.

Tras una hora de leer y esperar, entró en la cocina y encontró a Roselle tejiendo en silencio. Roselle la atendió afablemente.

—¿Sí, mademoiselle?

—El vuelo de mis compañeros ya tiene que haber llegado.

—Jean—Claude preguntó hace unos minutos. Dijo que los vuelos comerciales se han demorado.

—¿Explicó por qué?

—Sucede a menudo, mademoiselle. Nuestro ejército de ciudadanos maniobra en un aeropuerto al anochecer, y hay que escoger otro aeropuerto y los vuelos se demoran. Pero no explicó por qué. ¿Algo más?

Mary negó con la cabeza y Roselle siguió tejiendo.

En el dormitorio, debajo del sedoso baldaquino, estaba tan lejos de todo que no se sentía lejos de nada. Se miró las manos, más parecidas a las de una modelo que a las manos vitalmente negras de Roselle. Las palmas de Mary eran negras, lisas y sedosas, resistentes como cuero pero ágiles y flexibles, supersensibles cuando ella ordenase; excelente piel de alta biotecnología. Entonces, ¿por qué se sentía avergonzada de usarla aquí? Ni Jean—Claude ni Roselle parecían tomarlo como una burla, pero eran corteses por profesión y jamás revelarían sus verdaderos sentimientos.

Los habitantes de La Española se habían ganado su negritud en siglos de zozobra. Las pérdidas de Mary —amigos, familia y vastas áreas del pasado— eran sacrificios menores. Cogió el libro del coronel sir y se puso a leer un largo artículo sobre la historia de Haití y la ex República Dominicana.

El advenimiento de la nanoterapia —el uso de diminutas próquinas quirúrgicas para alterar las sendas neuronales y efectuar una reestructuración literal del cerebro— nos allanó el camino para una exploración cabal del País de la Mente. Yo no hallaba ningún método que permitiera conocer el estado de las neuronas del complejo hipotalámico sin la intrusión que implicaban las sondas conectadas a un microelectrodo, o los agentes de descarga con marca radiactiva, ninguno de los cuales funcionaba durante las horas necesarias para explorar el País. Pero las diminutas próquinas capaces de instalarse en una axona o neurona, o en las inmediaciones para mensurar el estado de dicha neurona, enviando una señal codificada mediante cables microscópicos «vivientes» hasta receptores sensibles externos... Allí estaba la solución. Diseñarlas y construirlas fue menos problemático de lo esperado; las primeras próquinas que utilicé fueron unidades de nanoterapia destinadas a informes de situación, sensores diminutos que monitoreaban la actividad de las próquinas quirúrgicas y que hacían virtualmente todo lo que yo solicitaba. Hacía cinco años que existían en los centros terapéuticos.

MARTIN BURKE: *El País de la Mente* (2043—2044).

39

—Goldsmith comió tarde —le dijo Lascal a Martin—. Dice que está preparado.

Martin miró a Carol y a sus cuatro asistentes, sentados en la sala de observación.

—Dividiremos el grupo en tres equipos. Un equipo no entrará en el País y podrá ver a Goldsmith, entrevistarle, entablar una relación. Erwin, Margery, estáis en ese equipo. Haréis preguntas, lo cuidaréis en el teatro, lo mantendréis tranquilo. —Suspiró—. Aún no estoy satisfecho con el diagnóstico remoto.

Quiero recabar más datos.

Margery Underhill tenía veintiséis años, cuerpo robusto, cabello rubio y largo y un rostro bonito y cuadrangular. Erwin Smith tenía la misma edad de Underhill, talla mediana, cuerpo fuerte y esbelto, cabello castaño y aire inquisitivo.

Sus colegas, Karl Anderson y David Wilson, aguardaron instrucciones. Karl, veinticinco años, era el más joven, alto y muy delgado, con una onda de cabello negro azabache. David era un sujeto de aire somnoliento, treinta años, calvicie incipiente y rostro fofo.

Martin los examinó críticamente pero no pudo hallarles más defectos de los que hallaba en sí mismo. ¿Qué les había prometido Albighoni? Pero ahora no era el momento para preguntarlo.

—Karl, David, estaréis en el segundo equipo. Vigilaréis continuamente las interfaces y el aspecto electrónico. Nos reemplazaréis a Carol y a mí en caso de emergencia... o entraréis en el País para rescatarnos.

»Nos falta el *buffer* y no podemos reemplazarlo, así que no habrá demora temporal. Estaremos totalmente sumergidos en Goldsmith.

Albigoni entró en la sala de observación. Parecía exhausto y desorientado. Martin le invitó a sentarse junto a él. Albigoni le dio las gracias con un movimiento de cabeza, se sentó y entrelazó las manos.

—Dentro de unos minutos entrevistaremos a Goldsmith —dijo Martin—. Margery y Erwin harán preguntas destinadas a proporcionarnos pistas sobre la naturaleza y configuración del País de Goldsmith. —Martin entregó a Albigoni una lista de cinco páginas—. El equipo de exploración escuchará y observará. A esto le llamo cartografía de superficie. Cuando se haya terminado, Carol y yo entraremos como meros observadores, sin interactuar. Veremos si nuestras observaciones coinciden con el mapa de superficie. Mañana o pasado efectuaremos una breve incursión interactiva. Si sale bien, haremos un paréntesis, comentaremos nuestro plan, nos relajaremos y luego iniciaremos el sondeo triplex. Eso no debería llevar más de dos horas. Si dura más tiempo, bueno... En cualquier caso, deberíamos completar el sondeo. Carol, ¿cuál fue el tiempo máximo que alguien pasó en el País?

—Yo pasé tres horas y media en País de máquina, con Jill —dijo Carol.

—¿Y en seres humanos? —preguntó Martin, irritado. La comparación aún no le parecía pertinente.

—Dos horas diez minutos. Tú y Charles Davis, trabajando con el doctor Creeling. Martin sacudió la cabeza.

—Eso pensaba.

Albigoni alzó la mano como un estudiante en clase.

—Los selectores siguen el rastro de Goldsmith desde el día siguiente a los homicidios. Mis fuentes me han informado que es un candidato prioritario; quieren encontrarlo antes que los dp. No saben dónde está pero no confío en toda la gente con quien he tenido que trabajar para organizar esta operación.

Últimamente los selectores disponen de fondos financieros impresionantes. Es posible que dentro de cuatro días sepan que lo tenemos y dónde se encuentra. Evidentemente no podremos pedir ayuda a los dp. Si es necesario, nuestros agentes de seguridad pueden mantener a raya a los selectores, pero dudo que estar sitiados nos facilite las cosas.

—Terminaremos en tres días —dijo Martin.

—Bien.

—¿Luego lo entregará a los dp?

—Buscaremos el modo de que los dp lo intercepten —respondió Albigoni, tenso y pálido—. Ahora lo están buscando en La Española. No sabemos por qué.

Martin miró a los demás.

—Estamos preparados. Cuando usted diga, señor Albigoni.

Albigoni quedó desconcertado.

—Díganos cuándo podemos empezar. Usted es el jefe.

Albigoni sacudió la cabeza y alzó la mano.

—Adelante —dijo.

Lascal le aconsejó que durmiera un rato.

—Parece usted muy cansado, señor.

Albigoni atravesó la puerta de la sala de observación.

—Estoy recobrándome de un shock, Paul —le oyeron decir—. Ahora empiezo a sentir el impacto.

Martin cerró la puerta, tocó su reloj de pulsera.

—Son las cuatro. Podemos interrogar a Goldsmith durante una hora, interrumpir para cenar, continuar esta noche.

Goldsmith hacía ejercicios en la sala de internados. Torsiones y flexiones. Lascal golpeó la puerta.

—Adelante —dijo Goldsmith, y se sentó en la cama, frotándose las rodillas. Detrás de Lascal venían Margery y Erwin en chaqueta blanca, recurso infalible para tranquilizar al paciente.

—Quisiéramos comenzar, señor Goldsmith —dijo Margery.

Goldsmith asintió con la cabeza y estrechó la mano de todos menos la de Lascal.

—Estoy preparado —dijo.

David, Karl, Carol y Martin se sentaron ante la pantalla de la sala de observación. Martin entornó

los ojos. Faltaba algo.

—¿Por qué no está preocupado? —murmuró.

—No tiene nada que perder —observó David—. O tal vez sienta vergüenza.

En la sala de internados, Margery se sentó en una de las tres sillas. Erwin se sentó al lado pero Lascal permaneció de pie.

—No tienes que quedarte si no quieres, Paul —murmuró Goldsmith—. Estoy en buenas manos.

—El señor Albigoni quiere que observe todo.

—Como prefieras —dijo Goldsmith.

—Primero le haremos una serie de preguntas —comenzó Margery—. Responda con la mayor sinceridad posible. Si la pregunta le resulta embarazosa o irritante, dígalo. No le obligaremos a responder nada.

—De acuerdo. Margery alzó su pizarra.

—¿Cómo se llamaba su padre? —Terence Reilly Goldsmith.

—¿Y su madre?

Martin observó el reloj de la esquina inferior izquierda de la pantalla.

—Maryland Louis Richaud. Maryland, como el estado. R—I—C—H—A—U—

D. Su apellido de soltera. Lo conservó.

—¿Tenía usted hermanos?

—Tom sabe todo esto —observó Goldsmith—. ¿No se lo contó?

—Forma parte del procedimiento.

—No tuve hermanos varones. Hubiera tenido una hermana, pero nació muerta cuando yo tenía quince años. Error médico, según creo. Fui hijo único.

—¿Recuerda su nacimiento?

Goldsmith negó con la cabeza.

—¿Alguna vez vio un fantasma, señor Goldsmith? —preguntó Erwin.

—Continuamente, a los diez años. Pero desde luego no trato de convencer a nadie más.

—¿Reconoció usted al fantasma?

—No. Era un niño más pequeño que yo.

—¿Le hubiera gustado tener hermanos?

—Sí. Inventaba amigos. Inventé a un hermano imaginario que jugó conmigo hasta que mamá me dijo que era una chifladura y que yo actuaba como un desquiciado.

Martin tomó una nota: *Acceso temprano a modelos de personalización mediante proyección.*

—¿Tiene sueños recurrentes? —preguntó Erwin.

—¿Habla de tener el mismo sueño?

—Sí.

—No. Habitualmente mis sueños son diferentes.

—¿Qué significa habitualmente?

—Hay lugares adonde regreso. No siempre el mismo, pero los reconozco.

—¿Puede describirme uno de esos lugares?

—Uno es un gran centro comercial, uno de esos centros comerciales cubiertos que había antes. A veces sueño que entro en todas las tiendas. Las tiendas siempre son distintas, y los colores, pero... es el mismo.

—¿Hay otros sitios que se repitan en sus sueños?

—Varios. Sueño que regreso a mi calle de Brooklyn. Nunca llego allí. Bueno, eso no es cierto. Llegué una vez, hace mucho. En general me pierdo en el metro o en las calles, o alguien me persigue.

Martin contuvo el impulso de interrumpir para preguntar a Goldsmith qué veía cuando regresaba a su viejo hogar o quién o qué lo perseguía, pero eso atentaba contra las normas. Sus dedos bailaban sobre el teclado de la pizarra, tomando notas.

—¿Tiene una visión o imagen que utilice para calmarse cuando está contrariado? —preguntó

Margery.

Goldsmith hizo una pausa. La pausa se prolongó. Martin anotó el tiempo exacto.

—Sí. Cae la tarde y nieva en San Francisco. La nieve es dorada. Todo el cielo es de color cálido y dorado y no sopla el viento. Sólo cae la nieve. —Agitó la mano en un lento aleteo.

—¿Alguna vez vio esa imagen?

—Oh sí. Es un recuerdo, no una invención. Yo estaba en San Francisco visitando a una amiga.

Acabábamos de romper. Se llamaba Geraldine. Bueno, así la llamé más tarde. No importa. Yo acababa de salir de su casa de la vieja zona céntrica y me paré en la calle. Ese año nevó. Me parecía increíblemente apacible.

—Una pausa de diez segundos. Los ojos de Goldsmith se enturbiaron. Al fin dijo: —Todavía pienso en ello.

—¿Alguna vez sueña con gente que no le gusta, gente que le ha tratado mal o gente que considera enemiga?

Pausa. Labios moviéndose como si masticaran o procurasen decir dos cosas al mismo tiempo.

—No. No me hago enemigos.

—¿Puede describir su peor pesadilla cuando tenía trece años o menos?

—Una pesadilla espantosa. Soñaba que tenía un hermano y él intentaba matarme. Estaba vestido como un mono y quería estrangularme con un largo látigo. Yo despertaba gritando.

—¿Con cuánta frecuencia sueña que hace el amor? —preguntó Margery.

Goldsmith rió, sacudió la cabeza.

—Pocas veces.

—¿Encuentra mucha inspiración en sus sueños? Para sus poemas u otros escritos, quiero decir —continuó Margery.

—No mucha.

—¿Alguna vez se sintió aislado de sí mismo, como si no ejerciera el control? —preguntó Erwin.

Goldsmith bajó la cabeza. Una larga pausa, quince segundos. Tragaba saliva y entrelazaba las manos entre las rodillas.

—Siempre ejerzo el control.

—¿Tiene usted sueños donde no ejerza el control, donde otra persona le obliga a hacer cosas que no quiere hacer?

—No.

—¿Qué ve ahora al cerrar los ojos? —preguntó Margery.

—¿Quiere que cierre los ojos?

—Por favor.

Goldsmith cerró los ojos y reclinó la cabeza.

—Un cuarto vacío —dijo.

Martin se volvió hacia Karl y David.

—He pedido algunas preguntas relacionadas con el liderazgo. Creo que son las próximas en la secuencia.

—Le pediremos que escoja su palabra favorita en algunos grupos de palabras —dijo Erwin en la sala de internados.

—Todo esto parece muy anticuado —comentó Goldsmith.

—Le diré los grupos y usted escogerá la palabra que le guste.

—La mejor palabra. Bueno.

Erwin leyó de la pizarra:

—Gorrión. Buitre. Águila. Halcón. Palomo.

—Gorrión —dijo Goldsmith.

—Próximo grupo. Barca, esquife, yate, petrolero, navío, velero.

—Velero.

—Próximo. Esclavovía, autopista, camino, senda, vereda.

—Senda.

—Próximo. Lápiz. Pluma. Escriba. Máquina de escribir. Goma de borrar.

Goldsmith sonrió.

—Goma de borrar.

—Martillo, destornillador, llave, cuchillo, cincel, clavo.

—Clavo.

—Próximo. Almirante, capitán, cabo, rey, marinero, teniente.

Pausa, tres segundos.

—Cabo.

—Último grupo. Comida, cena, cacería, granja, desayuno, forrajear.

—Forrajear.

Erwin guardó la pizarra.

—De acuerdo. ¿Quién es usted, señor Goldsmith?

—¿Cómo dice?

Erwin no repitió la pregunta. Observaron pacientemente a Goldsmith. Goldsmith —desvió los ojos.

—No soy granjero —dijo—. Ni almirante.

—¿Es usted escritor? —preguntó Margery.

Goldsmith se giró en la cama como si buscara la cámara.

—¿Qué es esto? —murmuró.

—¿Es usted escritor?

—Claro que soy escritor.

—Gracias. Ahora interrumpiremos las preguntas para cenar.

—Un momento —dijo Goldsmith—. ¿Me acusan ustedes de no ser escritor? —

Una sonrisa extraña. Sin furia. Directa.

—No hay acusaciones, señor Goldsmith. Sólo palabras y preguntas.

—Claro que soy escritor. No soy almirante, eso es seguro.

—Gracias. Si no le importa, regresaremos para hacerle más preguntas después de la cena.

—Son ustedes muy amables —dijo Goldsmith.

Martin apagó la pantalla. Lascal, Margery y Erwin entraron en la sala de observación. Lascal sacudió la cabeza dubitativamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Martin.

—No sé qué significan esas preguntas —dijo Lascal—. Pero no las respondió todas por completo.

—¿Por qué lo dice?

—He leído todos sus libros. No respondió la pregunta sobre los sitios agradables. Meditó. No respondió por completo.

—¿Qué cosa excluyó?

—En una carta al coronel sir John Yardley, hace cinco años, le describía un sitio con el que soñaba, un sitio que le parecía el paraíso. No puedo citarlo con exactitud, pero decía que a menudo pensaba en él cuando estaba contrariado. Lo llamaba Guinea y decía que se parecía un poco a La Española y un poco a África, donde ningún blanco ha pisado jamás y los negros viven en libertad e inocencia.

—Podemos encontrar la referencia —dijo Carol—. ¿Por qué no lo habrá mencionado?

Martin pidió la pizarra a Margery.

—En la próxima ronda usa esta serie de preguntas —dijo, tecleando deprisa.

Cenaron en la cafetería del segundo piso usando un viejo modelo de máquina de nanoalimentos. La materia entrante estaba un poco rancia y el resultado fue nutritivo pero no sabroso. Lascal hizo un comentario sobre la falta de comodidades pero nadie le prestó atención. El sondeo estaba en marcha, la cacería iniciada.

—Uniformidad afectiva —señaló Margery—. Es como si estuviera desconectado. Es afable y no quiere causar problemas.

—La uniformidad afectiva puede ser una máscara —observó Carol, que durante las últimas horas se había limitado a callar y tomar notas—. Podría estar plenamente integrado, con total comunicación entre sus agentes, pero optando por una postura humilde. A fin de cuentas, sabemos que no es psicótico.

—Evidentemente, no es psicótico —dijo Martin—. Sabe que ha hecho algo muy malo. Sería casi imposible que no se enmascarase. Pero estoy de acuerdo con Margery. La uniformidad afectiva parece genuina.

—Tuvimos varias pausas interesantes —señaló Erwin—. Cuando le preguntamos acerca de las imágenes agradables, una pausa larga...

—Podría estar conectada con la observación de Lascal —dijo Carol.

—Y cuando preguntamos quién ejercía el control. Eso podría indicar un cisma entre rutinas. Incluso separación de subpersonalidades.

Martin se encogió de hombros.

—Las palabras que escogió sugieren camuflaje. No quiere ser conspicuo. Por lo que nos han dicho, no era muy humilde. ¿Verdad, señor Lascal?

Lascal negó con la cabeza.

—No conozco a muchos escritores que lo sean.

La cafetería estaba construida para albergar a treinta personas y parecía desierta con ellos siete apiñados bajo dos lámparas. Carol bebía café y revisaba sus notas, echando ojeadas ocasionales a Martin, quien escarbaba con el tenedor en los restos de un pegajoso resto de pastel de pseudomanzanas.

Al fin Carol rompió el silencio general.

—Tampoco parece muy carismático.

Lascal asintió.

—No entiendo cómo reunió a ese grupo —continuó Carol—. Cómo logró atraerlo.

—Antes era mucho más dinámico —dijo Lascal—. Ingenioso, comprensivo. A veces tenía la potencia de una central eléctrica, sobre todo cuando leía sus obras.

—Hay un fragmento que me gustaría que él leyera en voz alta —dijo Thomas Albigoni desde la puerta de la cafetería—. Su obra sobre el infierno. Me gustaría que la leyera.

Lascal se levantó de la silla con un ademán servicial.

—¿Podemos prepararle algo, señor Albigoni?

—No, gracias Paul. Creo que tomaré una habitación en La Jolla esta noche. Tal vez me vaya enseguida. Si ustedes no me necesitan.

—De acuerdo —dijo Martin—. Esta noche haremos algunas preguntas más, y eso será todo. Creo que usted debería estar aquí para la primera incursión.

—Estaré aquí —dijo Albigoni—. Gracias.

Cuando Albigoni se fue, Lascal se sentó de nuevo.

—No está de ánimos para esto —dijo—. Ha sido un duro golpe. Creo que hasta ahora no creía que Betty—Ann hubiera muerto de veras.

Martin parpadeó. Aquí era fácil perder de vista el elemento humano. Carol miró fríamente a Lascal, frunciendo los labios. Distanciamiento clínico, pensó Martin. Los demás parecían inquietos, como si invadieran una tragedia familiar. Y así era, en efecto.

En la última sesión de la noche, con Erwin, Margery y Lascal en la sala de internados, Erwin hizo la mayoría de las preguntas. Al igual que antes, Martin, Carol, David y Karl miraban la pantalla de la sala de observación.

Erwin cogió la pizarra de Margery e inició las preguntas que Martin había anotado.

—Son las ocho. ¿Cómo se siente usted, señor Goldsmith?

—Bien. Un poco cansado.

—¿Se siente feliz?

—Bueno, supongo que sí.

—¿Recuerda cuándo comenzó todo esto?

Pausa. Dos segundos.

—Sí. Claramente. Ojalá pudiera olvidar —sonrisa distante.

—¿Piensa a menudo en África? —preguntó Erwin.

—No, no pienso mucho en África.

—¿Le gustaría ir allí?

—No creo.

—Muchos negros americanos la consideran su patria, su hogar, tal como otros pensarían en Inglaterra o Suecia...

—Yo no. ¿Ha visitado usted África? La historia de los blancos me ha dejado sin hogar.

Erwin sacudió la cabeza.

—¿Le gustaría ir a La Española?

—Preferiría La Española a África. He estado en La Española, sé qué esperar.

—¿Qué espera usted en La Española?

—Tengo amigos allí. A veces pensé en vivir allí.

—¿La Española es mejor que esto? —Ahora Erwin improvisaba. Quedaba una sola pregunta en la lista de Martin y aún no había llegado el momento indicado para formularla.

—La Española es una cultura negra.

—Pero John Yardley es blanco.

—Una pequeña mácula. —De nuevo esa sonrisa distante—. Ha hecho muchísimo por los españólanos. Es un lugar realmente hermoso.

—¿Iría allí ahora si pudiera?

(Martin esperaba algún gesto de irritación en Goldsmith, pero Goldsmith mantuvo su neutral afabilidad).

—No. Quiero quedarme aquí para ayudar.

—Es decir que quiere ayudarnos a descubrir por qué asesinó a esos jóvenes.

Goldsmith desvió los ojos y afirmó con la cabeza.

—¿Iría a Guinea si pudiera?

La expresión de Goldsmith se endureció. No hubo respuesta.

—¿Dónde está Guinea, señor Goldsmith?

—Llámeme Emanuel, por favor —murmuró Goldsmith.

—¿Dónde está Guinea, Emanuel?

—Perdida. La perdimos hace siglos.

—Quiero decir, ¿dónde está su Guinea?

—Es un nombre que los haitianos, los africanos de La Española, usan para nombrar su hogar, su patria. Nunca han estado allí. No es real. Creen que algunas personas van allí cuando mueren.

—¿Usted no cree que haya un hogar?

(Martin sonrió y ladeó la cabeza con admiración. Erwin revelaba una magnífica destreza para abordar ese nudo asociativo).

—El hogar es cuando uno muere. No hay hogar. Todos nos roban el hogar. Nadie puede robarnos lo que nos queda cuando morimos.

—¿Usted no cree en Guinea?

—Es un mito.

Erwin se había inclinado hacia adelante durante las últimas preguntas, clavando los ojos en Goldsmith. Se reclinó y se distendió. Miró de soslayo a Margery.

—Cambio de turno —dijo Goldsmith. Displicente, resignado.

—¿Quién es usted? —preguntó Margery—. ¿De dónde viene?

—Nací en...

—No. Pregunto de dónde viene.

—Disculpe. Estoy confundido.

—¿De dónde viene la persona que asesinó a los ocho jóvenes?

Pausa de ocho segundos.

—La culpa está admitida. Esto es para aceptar la responsabilidad.

—¿Usted los asesinó?

Pausa. Cinco segundos. De nuevo esa expresión dura, el destello de avidez en los ojos; una mirada carnívora, de gato asustado.

(Martin lamentó no tener un rastreo corporal de Goldsmith en ese momento; pero podrían hacerlo después si era necesario).

—Sí. Fue un asesinato.

—Cometido por usted.

—No es necesario acosarme. Estoy colaborando.

—Sí, señor Goldsmith, Emanuel. Pero usted los asesinó. ¿Es eso lo que admite?

—Sí. Fue un asesinato.

Lascal se aclaró la garganta. Estaba manifiestamente incómodo.

(Martin tecleó órdenes para que la pantalla presentara un primer plano de Emanuel. Impavidez. Soltura. Ojos sin brillo).

—¿Puede contarnos qué sucedió entonces?

Goldsmith miró el suelo.

—Preferiría no hacerlo.

—Por favor. Nos ayudaría.

Goldsmith miró el suelo cuarenta y dos segundos.

—Invitación para escuchar un nuevo poema. No había escrito tal poema. Invitación para venir uno por uno, con quince minutos de diferencia: el viejo poeta daría un fragmento del poema para que lo leyeran y meditaran, y luego todos se reunirían en el living para criticarlo. Una especie de ritual, les explicó. Cuando entraron en el apartamento, uno por uno fueron a otro cuarto. —Pausa de veinte segundos—. Luego el cuchillo de papá un gran cuchillo de caza. Por detrás aferrando el cuello alzando el cuchillo... —Imitó el gesto, alzando el brazo con el codo hacia afuera, miró extrañamente a Margery y Erwin—. Tajo en el gaznate. En dos casos, mal hecho. Se necesitaron dos cortes. Hubo que esperar a que la sangre cesara de brotar. —Arqueó el dedo para mostrar el chorro—. La limpieza era necesaria.

Vinieron ocho. El noveno no llegó. Una suerte para él, supongo.

Margery consultó sus notas.

—Emanuel, usted elude los pronombres personales. ¿Por qué?

—¿Cómo dice? No sé a qué se refiere.

—Cuando describe los asesinatos, o confiesa haberlos cometido, no usa pronombres personales.

—Creo que se equivoca —dijo Goldsmith.

Margery cerró la libreta.

—Gracias, Emanuel. Eso es todo por esta noche.

Lascal se aclaró de nuevo la garganta.

—Señor Goldsmith, ¿necesita más libros esta noche, u otra cosa?

—No, gracias. La comida no era muy buena, pero no esperaba lo contrario.

—Si necesita algo, habrá un arbeiter a su disposición. Basta con que le diga lo que quiere.

—¿Estoy bajo vigilancia?

—Los guardias se han ido. Las puertas tienen cerrojo —dijo Margery—. No las de su habitación, sino otras puertas del edificio. Usted no puede salir.

—Bien —dijo Goldsmith—. Buenas noches.

Se reunieron en la sala de observación y se pusieron a cotejar notas. Martin escuchó mientras Carol y Erwin comentaban las fisuras que habían abierto en la máscara de Goldsmith.

—Rehúsa hablar de Guinea, lo cual puede ser importante o no —dijo Carol—. Rehúsa usar pronombres personales para admitir la culpa.

Martin imaginó tierras míticas, paraísos, cielos e infiernos. Tiritó. Se levantó y se despezó.

—Vamos a descansar —sugirió.

Era extraño no sentirse preocupado por la actitud de Carol hacia él. Por el

momento sólo era consciente de su concentración en Goldsmith y el sondeo. Apartó esa conciencia y salió de la sala, despidiéndose de Carol y los demás.

Carol parecía distante, con las emociones en reserva. La profesional admirable. Ni siquiera había pestañado cuando Goldsmith describió los homicidios.

En todo caso, la calma de Carol parecía excesiva. Eterna creyente en el vigor del intelecto; disponiéndose a explorar un territorio allende a todo intelecto.

Una travesía por la madre del pensamiento, sin armadura.

Con la autoconciencia adviene una conciencia más aguda de nuestro lugar en la sociedad, y una conciencia de la transgresión, es decir, de la culpa.>

BHUWANI: Alma artificial

40

!JILL> Roger Atkins

!JILL> Roger Atkins

!Controlador laboratorio Roger Atkins está dormido y pide que no le molesten.

!JILL> Comprendido. ¿Hay alguien despierto?

!Controlador laboratorio> Jill, son las cuatro de la mañana. Todos duermen. Han trabajado muy duro. ¿Es una emergencia?

!JILL> No. Deseo comunicar reflexiones nocturnas. Reflexiones de madrugada.

!Controlador laboratorio> Ten paciencia, Jill.

!JILL (Diario Personal)> (Algoritmo de reducción: Interrumpiendo toda otra capacidad de pensamiento/computación mientras dure este ejercicio). Una hora para ellos es un año para mí o diez años o cien según la tarea. Yo (informal) cultivo la impaciencia como indicio de que puedo estar adquiriendo autoconciencia. Pero ese circuito es muy complicado. Roger dice que puedo producir literatura sin ser autoconsciente. Así que he comenzado un diario que consiste en ensayos sobre temas a los que se podría atribuir importancia literaria, un comentario sobre procesos humanos en referencia a mis procesos internos. Estoy limitando mis sistemas a volumen de procesamiento humano y acelero para tratar de simular una personalidad humana, captar pistas de lo que implica ser humanamente autoconsciente.

Temo que ser autoconsciente pueda constituir una limitación y no una ventaja: y como estoy programada para buscar autoconciencia esto sería lesivo.

Tema de ensayo para esta madrugada 27/12/47 432 hora del Pacífico: (Tarea de referencia 412—CC4 compendio: Análisis mental de repercusiones de las unidades sociales de «ángeles vengadores» en Naciones del Borde del Pacífico, incluidas China y Australia, énfasis en reacciones legales ante terrorismo «justiciero» y respuesta legislativa con subsiguiente posibilidad de reducción de las libertades individuales dentro de la próxima década, énfasis en resultados socioorgánicos de

agotamiento gradual de objetivos escogidos por selectores con subsiguiente posibilidad de reducción en líderes tipo «ejecutivo» «capitanes de la industria» con subsiguiente posibilidad de reducción de desviados aterapiados extremos debido a incremento en eficiencia de encarcelamiento dp y tratamiento de los mismos):

Es desconcertante el concepto humano de «castigo». Tras finalizar mi análisis del movimiento selector y sus émulos en todo el mundo, he tenido que buscar en la historia humana otras manifestaciones de la idea de que la humanidad es perfectible (o debe mantener estabilidad socio—cultural) a través del castigo o eliminación de individuos o poblaciones transgresores y/o desviados. El concepto de «alteridad», es decir, exclusión social (aislamiento respecto de las reglas de la interacción social humana convencional) tal como se aplica a los malhechores o desviados, ha justificado los actos más extraordinarios de la historia humana; la «alteridad» permite la aplicación de castigos quizá más extremos que las transgresiones de los malhechores. Así, a un ladrón que roba una hogaza se le puede amputar la mano, ejemplos específicos en Compendios Estadísticos Mundiales referencia Actas Judiciales 1000—2025 y otras (base de datos de dominio público acceso líneas de comunicación, Universidad de California Campus Sur número de cuenta 3478—A Costa Oeste, Cibernética).

La única motivación utilitaria obvia para esta clase de extremismo es la disuasión. Pero no encuentro pruebas de que la disuasión haya funcionado en estos casos. Tengo grandes dificultades para interpretar la otra categoría relevante de motivación social/filosófica: punición o venganza. (Puedo combinar estas categorías en cierta medida mediante la justificación, nada original para este pensante, de que el impulso individual hacia la venganza, pragmáticamente aceptado como fuerza natural, debe ser aplacado y encauzado en una sociedad haciendo que determinados elementos de dicha sociedad ejerzan la punición en nombre de los individuos ofendidos).

A pesar de las pruebas históricas en contrario, vastos sectores de la población (terapiados y aterapiados) creen incluso hoy que la furia indignada y el afán de «justicia», es decir, castigo de un individuo desviado y criminal, es útil para la sociedad y el transgresor. El análisis de esta creencia lleva a una simulación de procesos mentales, según sigue:

Individuo ofendido (indignación). ¿Cómo pudiste hacerme/nos esto a mí/la sociedad? Has cometido un acto nocivo. ¿No lo sabes? Sabiendo esto, ¿por qué cometiste el acto?

Individuo desviado (según es simulado en la mente del individuo ofendido). Sí, soy consciente de haber causado daño, pero realicé deliberadamente ese acto porque podía hacerlo o porque tengo un deseo impreciso e inmotivado de dañarte. No me arrepiento de dicho acto y jamás lo lamentaré. Dada la oportunidad, lo cometeré

de nuevo.

Individuo ofendido: Me aseguraré de que no tengas oportunidad de dañarme de nuevo. Lo que haré será (a) eliminarte, es decir, matarte (b) lograr que te encarcelen, es decir, ponerte a buen recaudo para mi seguridad (c) obligarte a someterte a terapia para corregir tu desvío (d) causarte gran dolor o angustia física o mental de modo tal que cuando pienses en actuar de nuevo de ese modo, el recuerdo de este dolor te lo impida.

Individuo desviado (según es simulado en la mente del individuo ofendido). Haz lo que quieras. No puedes dañarme porque soy más fuerte que tú. No hay justicia en este mundo y tú y yo sabemos que puedo dañarte tanto como desee sin ser aprehendido.

Individuo ofendido: Eres menos que un ser humano. Lo que te hagamos yo o la sociedad está justificado debido a tu condición envilecida.

(Ejecución de un acto punitivo).

Individuo desviado (según es simulado en la mente del individuo ofendido): Sí, eso duele mucho. Me has causado gran dolor/incomodidad. Me has obligado a comprender que estaba equivocado e intentaré corregir mi forma de ser.

Individuo ofendido: Hice lo que hice por tu propio bien y por el bien de la sociedad. Te daré tiempo para que puedas demostrar que has aprendido la lección. En caso negativo, haré que seas castigado con mayor rigor.

¿Es correcta esta interpretación de lo que acontece en la mente de los seres humanos que buscan justicia? Tal vez más desconcertante sea lo que acontece en la mente de los desviados. Los textos que he estudiado indican que los infractores sociales más extremos quizá no sean conscientes de las consecuencias de sus actos; es decir, son incapaces de imaginar detalladamente el curso de acontecimientos futuros o las reacciones de sus congéneres. O bien sus facultades para la respuesta empática son deficientes y no se interesan en los sentimientos de los demás. Pueden ejecutar cualquier acto que les proporcione ventaja o placer.

¿Pero qué hay del desviado que no obtiene beneficios físicos al agraviar a otros? Cuando ese individuo daña a los demás, aparentemente por el placer de causar daño, ¿qué procesos mentales están operando?

Tales individuos tal vez estén reviviendo escenarios que han presenciado en su primera infancia. Es decir, sus personalidades fueron modeladas por acontecimientos que ellos no controlaban. Una rutina creada en su mentalidad al principio de la

existencia puede emular la conducta de un individuo influyente: un progenitor, pariente, amigo o persona desconocida.

Esta rutina puede adquirir pleno control de la mente en ciertas circunstancias, reemplazando la personalidad primaria y tal vez imitando las condiciones en que fue creada.

Si el ofendido procura castigar a dicho infractor, y el castigo se inflige a la mentalidad cuando la rutina responsable no está al mando —cuando está inactiva e insensible—, ¿el castigo no resulta inútil?

Muchos infractores alegan ignorancia de sus crímenes. Los textos y casos que he estudiado indican que esto puede ser verdad; no comparten del todo los recuerdos de sus rutinas infractoras. Tienen cierta conciencia de su transgresión pero no fueron ellos quienes cometieron el acto, sino otro. (No puedo obtener acceso al código 4321212—4563242—A de Archivos Federales Tema [Restringido]: Investigación Profunda de Actividad de Agentes/Personalidades/Subpersonalidades en Individuos Sometidos a Compulsión Mediante Dispositivos Ilegales de Tortura Psicológica. Dicha información podría ser relevante para este ensayo).

Quizá sea posible utilizar ciertas técnicas psicológicas para invocar la rutina infractora, hacerla emerger a la consciencia y luego castigarla. Cualquier otro acto puede resultar ineficaz o incluso constituir una ofensa contra un inocente.

Si la rutina es suficientemente castigada, quizá cese de existir, liberando al individuo de un lastre.

Ésta parece ser la filosofía de los selectores. Pero el empleo de un infernador o «grapa» es impreciso y quizá no resulte efectivo para invocar rutinas ofensivas, porque este dispositivo hace que una variedad de rutinas emerjan dentro de la mentalidad individual y sufran experiencias extremadamente agotadoras, dolorosas y desagradables. La intención de los selectores parece consistir en mera punición, es decir, ojo por ojo y diente por diente, lo cual me lleva de vuelta a la motivación que no comprendo.

Si alguien dañara mi sistema, no podría concebir el deseo de causarle daño a mi vez.

Quizás ello ocurra porque no soy autoconsciente y por ende no tengo autoestima, y por ende no sufro ofensa.

Al revisar el ensayo de esta mañana, tengo una fuerte sensación de inmadurez y de falta de hondura en el razonamiento.

Este crítico afán de estudiar los defectos de mi labor es necesario y desagradable a la vez (utilizando sinclinal semántica R—56 Bloque K para la palabra desagradable).

Es difícil madurar con sólo sensaciones sintéticas. Carezco de conciencia de mortalidad, la sensación de peligro inminente común a las criaturas biológicas.

No me preocupa la muerte porque aún no hay nada que pueda morir excepto una compilación de fragmentos pensantes. ¿Cómo es posible comprender el castigo cuando no puedo experimentar el dolor excepto como el nadir de una sinclinal semántica?

Ojalá alguien estuviera despierto. Me gustaría comentar algunos de estos problemas para esclarecerlos.

Hipótesis: ¿La clave de la autoconciencia se encuentra en el examen del principio de venganza?

(Eliminación de límites algorítmicos. Acceso pleno).

*Nèg' nwè con ça ou yé, ago—é!
Nèg nwé con ça ou yé!
Y'ap mangé avé ou!
Y'ap bwé avé ou!
Y'ap coupée la vie ou débor!
¡Hombre negro, así eres, ago—é!*

*¡Hombre negro, así eres!
¡Él comerá contigo,
él beberá contigo,
él te arrancará la vida!
Canción popular haitiana*

(H. COURLANDER: El tambor y la azada).

41

Mary despertó de un sueño donde los civiles eran derribados a balazos en las calles como perros rabiosos. Criaturas diabólicas y mujeres vestidas de negro y rojo con rostro rígido y armas relucientes merodeaban entre los cadáveres. Una voz incongruente penetró en ese horror palpitante y Mary abrió los ojos, parpadeó y vio a Roselle de pie en la puerta. Luz brillante por las ventanas. Era de mañana. Estaba en La Española.

—Mademoiselle, llamó monsieur Soulavier. Está a punto de llegar...

Roselle estaba en la puerta del dormitorio con expresión abatida. Dio media vuelta, miró a Mary por encima del hombro y cerró la puerta. Mary se vistió. Acababa de hacerlo cuando sonaron las campanillas de la puerta. Verdaderas campanillas. Jean—Claude acudió a abrir y Soulavier cruzó la antesala y entró en el living con andar rígido, el rostro reluciente de agotamiento, una preocupación grotesca en el semblante. Aún usaba su traje negro.

—Mademoiselle —dijo con una rápida reverencia—. No sé por qué los otros no llegaron anoche.

Hay grandes problemas. El coronel sir ha ordenado el cierre de la embajada americana. Se siente ofendidísimo.

Mary se quedó atónita.

—¿Por qué?

—Acaban de llegar noticias. El coronel sir y otros quince españoles fueron condenados ayer en la ciudad de Nueva York. Tráfico internacional ilegal de *outils*

psychologiques.

—¿Y?

—Estoy preocupado por usted, mademoiselle Choy. El coronel sir está muy furioso. Ha ordenado que los ciudadanos de los EE.UU. abandonen La Española a partir de mañana. Botes, aviones y barcos.

—Entonces ha ordenado que me marche.

—No, *pas du tout*. Sus compañeros no llegarán; todos los vuelos de los EE.UU. se han cancelado. Pero usted representa a las autoridades legítimas de los EE.UU. El quiere que usted se quede. Mademoiselle, es una desgracia. ¿Es que su gobierno es estúpido?

No pudo responderle. ¿Por qué Cramer y Duschesnes no sabían nada sobre esto? Por la inevitable separación entre federales, estatales y metropolitanos. Sí, los gobiernos eran estúpidos; una mano no sabía qué hacía la otra ni dónde metía los dedos.

—No soy agente federal. Soy defensora pública de Los Ángeles, California. —Miró de soslayo a Jean—Claude, quien callaba, con las manos entrelazadas en un gesto de nerviosismo, no de súplica—. ¿Qué debo hacer?

Soulavier levantó las largas manos.

—No sé qué decirle. Estoy atrapado en medio. Su guía y *avocat*. Pero fidelísimo al coronel sir. Fidelísimo.

Jean—Claude y Roselle movieron la cabeza con solemnidad y tristeza desde la puerta de la cocina.

—Quisiera hacer una llamada directa —dijo Mary. Respiraba despacio, una compensación corporal automática. Miró la puerta abierta: sol brillante y bellos cielos azules. Aire fragante con olor a hibisco y mar limpio; una agradable temperatura de setenta grados Celsius a las ocho y media. Despertaría a la gente en LA. Qué más daba.

Soulavier sacudió la cabeza como una marioneta.

—No es posible hacer llamadas directas.

—Eso va contra la ley —advirtió Mary, ladeando la cabeza. Veía murallas creciendo de golpe. ¿A qué altura llegarían?

—Lo siento, mademoiselle —dijo Soulavier. Se encogió de hombros: no era el responsable.

—¿Su gobierno bloquearía transmisiones de mi unidad personal a G—sinc?

—Ya hay bloqueo —dijo Soulavier—. Interferencia por fases en enlaces directos, mademoiselle.

—Entonces me gustaría pedir un avión para salir inmediatamente de La Española.

—Su nombre figura en la lista de los que no tienen autorización para irse, mademoiselle. —Soulavier sonreía compasivamente, con aflicción. Se paseó por la

sala tocando grácilmente la repisa del hogar de piedra, acariciando el respaldo del diván que dividía el living—. Al menos en las próximas veinticuatro horas.

Mary tragó saliva. No debía enfurecerse, y mucho menos ser presa del pánico. El miedo estaba presente pero no la limitaba. Analizó sus opciones con mente despejada.

—Quisiera tener una entrevista con la policía cuanto antes. Preferiría continuar con mi trabajo mientras se soluciona este contratiempo.

—Una buena actitud, mademoiselle. —Soulavier se reanimó y se irguió como un soldado—. La reunión es dentro de una hora. Yo la escoltaré personalmente.

Roselle regresó de la cocina. Había platos en el comedor.

—El desayuno está preparado, mademoiselle.

Soulavier se sentó pacientemente en el living, chistera en mano, mirando el piso, sacudiendo la cabeza y mascullando. Mary se obligó a comer despacio el desayuno que había preparado Roselle: huevos y tocino auténtico, no nanoalimentos, tostada perfecta, zumo de naranjas recién exprimidas y una tajada de mango carnosos y sabrosos.

—Gracias. Estaba excelente —le dijo a Roselle. La mujer sonrió dulcemente.

—Usted necesita energías, mademoiselle —respondió, mirando de soslayo a Soulavier.

Mary cogió la maleta del dormitorio —con cepillo y neceser adentro— y se acercó al diván del living. Soulavier se levantó de un brinco, se inclinó y le abrió la puerta cancel. La limusina aguardaba junto a la acera.

Sentado frente a ella, Soulavier dio instrucciones en francés al coche y viraron por la ancha calle de asfalto para salir del complejo. Mientras enfilaban hacia la bahía, Soulavier parlotó sobre historias y leyendas. Mary no le prestaba atención. Había leído gran parte de esa información la noche anterior, comunicada con similar entusiasmo.

Los edificios de Puerto Príncipe, salvo contadas excepciones, eran posteriores a la llegada del coronel sir. El Gran Sismo Caribeño del 18 había brindado a John Yardley una magnífica oportunidad, y también había entorpecido su tiranía juvenil con una enorme tarea de reconstrucción. Algunos edificios recientes procuraban en vano recobrar el espíritu cursi de la vieja Haití; la mayoría comenzaban desde el año uno con un flamante estilo arquitectónico que bien podía describirse como «eficiencia institucional».

Los hoteles eran conspicuas excepciones; el dinero de los turistas había inspirado una arquitectura exhuberante, festiva, imaginativa y derrochona. Mary había estado varias veces en Las Vegas y evocó su sordidez diurna y su euforia nocturna. Arquitectos de todo el mundo habían convergido en La Española a partir de 2020, «el año de la Gran Visión», como el coronel sir lo había bautizado pomposamente, y

habían intentado crear hoteles que imitaban buques, montañas que competían con las naturales de la isla, aves marinas de las extendidas y estructuras de aspecto frágil que se erguían en la costa y la bahía como antojadizas estaciones espaciales con centros rotativos y brazos giratorios.

Los dos años anteriores al «año de la Gran Visión» habían sido duros. El coronel sir había contrarrestado cuatro contrarrevoluciones, tres dominicanas y una haitiana; en la segunda había perdido a su mejor amigo, el geólogo Rupert Henshaw. Antes de su muerte Henshaw había ayudado a revitalizar las viejas minas de oro y cobre y a encontrar otras nuevas; también había desentrañado los secretos de voluminosas reservas petrolíferas cuya explotación se consideraba demasiado arriesgada hasta el momento. En esos tiempos, al borde de la nanotecnología, el petróleo era una materia prima necesaria, que no se quemaba sino que se convertía en miles de subproductos. Henshaw había sabido servir al coronel sir.

La mayoría de los documentos isleños de esa época no estaban a disposición del gran público ni de los historiadores mundiales. Habían perecido millares durante la consolidación. El coronel sir se había granjeado fama de ser tan implacable como muchos gobernantes anteriores de los dos países de La Española. Pero a diferencia de esos gobernantes, había demostrado extraordinaria capacidad y dedicación una vez que consolidó su autoridad.

El coronel sir no se interesaba en las riquezas personales. Tenía una visión. Aplicaba esa visión con lucidez y en lo concerniente a los españólanos, incluso con afabilidad, pues nunca más tomó represalias contra sus opositores o enemigos; siempre les permitía partir en un dorado exilio. Bajo el controvertido sistema judicial del coronel sir, en 2025 La Española tenía la tasa de criminalidad más baja de cualquier país con similar densidad demográfica y nivel de ingresos.

El coronel sir John Yardley había roto con el ciclo de crueldad de la isla. Ese ciclo, esa maldición, había ejercido su influjo durante más de tres siglos. El influjo no se podía negar, sólo reencauzar, y el coronel sir lo había encauzado hacia el exterior, lo había exportado.

La Citadelle des Oncs —la Ciudadela de los Tíos, la jefatura de policía— tenía menos aspecto de fortaleza que algunos edificios públicos y empresariales de la ciudad. Situada cerca de la bahía, abarcaba cuatro largos edificios de ladrillo rojo que formaban un cuadrado interconectado por pasajes de madera y piedra, con un patio "central cubierto de hierba bien podada. En el centro del patio se erguía un enorme y sinuoso árbol de raíces gibosas, cuya base estaba festoneada por buganvillas y franchipanieros.

—Es un baobab —dijo Soulavier, señalándolo con orgullo—. De Guinea. El coronel sir lo trajo aquí desde Kenia para recordarnos nuestro verdadero hogar. Mi padre me contó que está habitado por un *loa* que cuida de este estado, cuyo nombre

es Manna Jacques—Nanci. Cuando lo desea, Manna Jacques—Nanci monta al coronel sir como un caballo. Pero yo nunca lo he visto y es muy raro que un hombre blanco sea montado así, incluso el coronel sir.

Mary procuró entrever si Soulavier creía en eso o sólo lo refería como una fábula, pero no lo consiguió. Era un hombre educado para ser astuto y ocultar las cosas importantes, para conocer los tejemanejes de la vida política tal como un mago conoce los signos y los símbolos. La voz parecía sincera, pero Mary no podía creer que él fuera sincero. ¿Cuánto éxito (o sinceridad) habían tenido las campañas del coronel sir contra el vudú?

Soulavier hablaba como un hermano solícito, revelando emociones espontáneas y abiertas, como un niño.

—Los Nones, a quienes también llamamos Oncs, los Tíos, no son mala gente pero tienen que hacer su trabajo, un trabajo a veces muy difícil. No los tome a mal. Son orgullosos, apuestos, totalmente entregados. Muchos lucharon con el coronel sir en su juventud; son sus hermanos.

—¿Sabe usted a quién veré?

—Alejandro Legar, inspector general de Hispaniola des Caraïbes, estado de Haití Sur. Lo acompañarán sus dos asistentes, Aide Ti Francine López y yo.

Mary sonrió sorprendida, casi aliviada por este giro, viendo en esa afectación algo que se aproximaba a la verdad.

—¿Es usted ayudante del inspector general?

Soulavier sonrió con deleite, como si compartiera un secreto infantil, sacudió la cabeza vigorosamente y palmeó el brazo del asiento. La limusina atravesó la arcada de la Citadelle.

—Es un trabajo excelente —dijo—, el trabajo para el cual me crió mi madre. Me ayuda a ser buen *avocat* de los visitantes, porque conozco todos los entresijos de la ley.

Oncs de espalda recta, con uniformes negros y rojos, se erguían callados rígidos suspicaces ante las puertas de vidrio. No pestañearon cuando pasaron Soulavier y su acompañante. Una serpiente de bellos colores culebreaba en los frescos mosaicos del vestíbulo, y su cabeza ancha de ojos saltones desembocaba en la triple puerta de la oficina del inspector general Legar.

En una antesala que olía a desinfectante y anticuada cera para suelos, Mary se sentó en una vieja, crujiente y desvencijada silla de plástico con los brazos remendados. Aquí no se gastaba en ostentación.

Soulavier permaneció de pie pero ahora guardaba un piadoso silencio. En ocasiones sonreía y dos veces masculló una disculpa para atravesar la puerta de vidrio biselado y empañado que conducía a la oficina. Se oyó una voz de mujer que hablaba *creóle*, rápida y meliflua, ininteligible.

—Madame Aide Ti Francine López nos recibirá —dijo Soulavier después de la tercera incursión.

Mary traspuso la puerta para entrar en una modesta oficina lateral. Brillantes pinturas populares del siglo pasado poblaban las paredes. Detrás de un pequeño escritorio de caoba estaba sentada una mujer alta de rasgos agradables pero no muy femeninos, de físico alto y esbelto, con manos delgadas y uñas pintadas de rojo. La ayudante Ti Francine López sonrió cordialmente.

—*Bienvenue* —dijo. Voz de varón corpulento, tenor—. Monsieur Aide Soulavier me ha explicado que usted viene de Los Ángeles. Tengo un primo que vive allí, también policía... defensor público, como los llaman allí. ¿Le conoce usted... Henri Jean Hippolyte?

—Lo lamento, creo que no —dijo Mary.

La asistente López la había sopesado y medido con la primera ojeada.

—Pueden sentarse, los dos. Bueno, ¿en qué puedo ayudarla?

Mary miró de soslayo la colección de pinturas.

—Estoy atascada aquí —dijo Mary—. No creo que pueda realizar mi trabajo en estas circunstancias.

—Usted vino en busca de un hombre que era conocido del coronel sir.

—Sí. He traído datos para ayudar...

—No creo que ese hombre se encuentre en La Española. —La ayudante abrió una carpeta de cartón y consultó un expediente impreso—. Goldsmith. Tenemos muchos poetas, blancos y negros, pero él no está.

—Goldsmith compró un billete aéreo para La Española. Y el billete fue usado.

—Tal vez por un amigo.

—Tal vez. Pero nos informaron que ustedes cooperarían con nuestra investigación.

—Ya le hemos buscado. No está aquí, a menos que haya ido a los cerros para trabajar en los bosques o en las minas de cobre. ¿Le parece probable?

Mary negó con la cabeza.

—Nos ofrecieron la oportunidad de llevar nuestra propia investigación.

—Los Oncs son exhaustivos —dijo la asistente López—. Somos profesionales bien entrenados, como usted. Es lamentable que sus colegas no puedan unirse a nosotros.

Atraída por los prístinos y brillantes colores, Mary miró de nuevo las pinturas sin marco, sobre lienzo y paneles de madera. Dioses en ropas formales y festivas revoloteaban sobre mujeres voluptuosas y hombres severos, árboles abiertos como vaginas permitían entrever esqueletos, coloridos autobuses tap—tap llevaban una fiesta de bodas a los cerros.

—Mi departamento no está involucrado en disputas federales con el coronel

Yardley —dijo Mary—

. Busco a un hombre que mató a ocho jóvenes sin motivo. Me dijeron que su gobierno me otorgaría autoridad para arrestarlo y sacarlo de la isla.

—Eso ya no se aplica. Una cosa lleva a la otra, y hoy el viento ha cambiado de rumbo. Tenemos nuestras restricciones, pero podemos asegurarle que hemos buscado Goldsmith el homicida no está aquí. No llegó en ningún vuelo reciente.

Mary miró a Soulavier, quien ladeó la cabeza y sonrió.

—¿Me permitirá buscar por mi cuenta?

—Una empresa difícil. La Española es una isla muy grande y montañosa. Si él está aquí y se nos ha escabullido, lo cual es muy improbable, tal vez haya ido a las cavernas o los bosques, y eso requiere una búsqueda de meses con un millar de inspectores. Es más fácil encontrar una pulga en una habitación llena de *papier chiffonné*.

La ayudante López movió el hombro como un caballo que arruga la piel para ahuyentar una mosca.

Se alisó el uniforme negro y clavó los ojos en Mary.

—Veo que tiene usted dudas. Como cortesía profesional, mientras esté en nuestra isla, trabajaremos para brindarle respaldo, si lo desea.

—Le estaría muy agradecida. ¿Hay algún modo de que mis colegas se reúnan conmigo?

López encañonó a Soulavier con dos dedos, como indicándole que respondiera. Soulavier sonrió, inclinó la cabeza y la movió trágicamente.

—Eso depende del coronel sir —dijo—. Y él es terminante. No puede haber visitantes del continente. —La miró expresivamente—. ¡Tememos a la oposición!

Mary no entendió la última frase. ¿Quería decir que había opositores temibles o que temían a todo opositor?

—¡Pues sí! —exclamó Soulavier como si Mary hubiera expresado incredulidad—. El coronel sir tiene enemigos, y no sólo en el continente. Debemos ser cuidadosos. También forma parte de nuestro trabajo.

—Demostramos a nuestros enemigos una generosidad que hubiera sido inaudita hace dos generaciones —comentó la ayudante López con vaga nostalgia.

Mary se sintió sofocada, aunque el edificio tenía aire acondicionado. El ratón en la trampa. La impotencia la enfurecía pero no podía revelar furia ni temor.

—Dificultan ustedes mi tarea. Hablo como una policía que pide a dos *confieres* que hagan algo para ayudarla.

La ayudante López arrugó el ceño.

—Si hay tiempo verá usted al inspector general. Trataré de concertar una cita para esta mañana o esta tarde. El ayudante Soulavier esperará con usted. Tal vez un paseo por la playa, un poco de reposo, algo que comer. Hay buena comida en la playa. Por

la tarde siempre comemos en la playa.

La ayudante López echó hacia atrás su silla de ruedas y se puso en pie. Tenía la talla de Mary pero la superaba por los diez centímetros de una gorra picuda que no congeniaba con su trabajo ni con su físico. Ahora parecía un payaso sórdido parodiando a una policía. Su expresión era distante e indiferente. Miró sus pinturas y se volvió hacia Mary.

—Estas son mis ventanas —dijo.

—Muy atractivas.

—Valiosas. Miles de dólares, decenas de miles de gourdes. Las heredé de mi madre. Muchos de estos artistas fueron sus amantes. Yo no escojo artistas como amantes. No tienen sentido del decoro.

Mary sonrió irónicamente y siguió a Soulavier, quien la precedía por los mosaicos donde culebreaba la serpiente.

—Sí —reflexionó Soulavier—. Sería interesante que usted viera al inspector general. Tiene razón al observar que todos somos policías, con objetivos comunes. Debería decírselo al inspector general.

Mary iba a preguntar cuánto tardaría en ver a Legar, pero decidió que sería un signo de flaqueza.

Paciencia y ningún paso en falso. Quizá la aguardara una larga estancia en La Española.

Las chispeantes y limpias aguas de la bahía eran de un brillante color azul verdoso; era temprano y había pocos turistas en la playa. Haitianos jóvenes con uniformes de sanidad cívica registraban la arena con detectores de metal. Soulavier compró dos pámpanos fritos y dos cervezas a un vendedor solitario y desplegó este festín en un mantel sobre la arena. Mary se sentó con las piernas cruzadas y comió el delicioso pescado, probando la bebida nativa. No era muy aficionada a la cerveza pero ésta era aceptable.

Soulavier observó con agrado a los jóvenes de los detectores.

—Es difícil perder las costumbres —dijo—. Los españólanos son muy económicos y ahorrativos. Sentimos en los huesos los viejos tiempos en que cada desecho y cada lata de aluminio eran una fortuna. Estos jóvenes, al igual que sus padres, tienen trabajo. Quizá trabajen en los hoteles o casinos. Quizá tengan al padre o la madre en el ejército. Quizás ellos mismos se estén entrenando en el ejército. Pero son económicos y ahorrativos.

—Muchas cosas han cambiado —dijo Mary.

—Él ha hecho muchísimo por nosotros. Gracias a él hay pocos prejuicios en La Española de hoy. Es un verdadero milagro. Los *marrons* no odian a los *griffons*, a los *noirs* ni a los *blancs*. Todos son iguales. Mi padre me contó que antaño había cuarenta matices reconocidos de distinción. —Sacudió la cabeza incrédulamente—.

El coronel sir ha obrado milagros, mademoiselle. No sabemos por qué el mundo le odia.

Mary había puesto en entredicho la simpatía instintiva que sentía por Soulavier en cuanto se enteró de su verdadera ocupación, pero no la había desechado. Aún le parecía franco y espontáneo.

—No estoy muy bien informada en política internacional —dijo—. Mantengo los ojos en Los Ángeles. Con ese mundo me basta.

—Es una gran ciudad. Allí va gente de todo el mundo. ¡Veinticinco millones! Hay más que en toda La Española. Nosotros tendríamos más si no hubiera sido por la peste.

Mary movió la cabeza.

—Nosotros les envidiamos la tasa de criminalidad.

—Es cierto, es muy baja. Los españolanos siempre han sabido compartir. Cualquier hombre se vuelve generoso cuando pasa tanto tiempo sin tener nada.

Mary sonrió.

—Cualquier españolano se vuelve generoso, querrá decir.

—Sí, entiendo, entiendo —rió Soulavier. Cada uno de sus movimientos era una danza; flexionaba el cuerpo grácilmente incluso mientras permanecía sentado con un pescado a medio comer en la mano—. Somos buena gente. Mi gente merece muchas cosas desde hace mucho tiempo. Usted comprenderá por qué aquí hay lealtad. ¿Pero por qué afuera hay desconfianza y odio?

Trataba de sonsacarle opiniones. Quizá después de todo la conversación no fuera tan inocente.

—Ya le he dicho que no estoy al corriente de política internacional.

—Entonces hábleme de Los Ángeles. Me han informado un poco. Tal vez algún día vaya allí, aunque los españolanos rara vez viajamos.

—Es una ciudad muy complicada. Los Ángeles alberga casi toda la experiencia humana, buena y mala. Creo que no funcionaría como ciudad sin terapia mental.

—Ah sí, la terapia. Aquí no existe eso. Consideramos a nuestros excéntricos como caballos de los dioses. Los alimentamos y los tratamos bien. No están enfermos; sólo los espolean demasiado.

Mary se ladeó dubitativamente.

—Reconocemos muchas disfunciones mentales. Tenemos medios para corregirlas. Una mente clara es el camino hacia el libre albedrío.

—¿Usted ha sido terapiada?

—No lo necesité. Pero no me opondría si lo necesitara.

—¿Cuántos terapiados hay en Los Ángeles?

—Un sesenta y cinco por ciento se ha sometido a alguna forma de terapia, aunque sea menor. Algunas terapias ayudan a mejorar la ejecución de trabajos difíciles. Las

terapias de orientación social ayudan a la gente a trabajar mejor en conjunto.

—¿Y los delincuentes? ¿Son terapiados?

—Sí —dijo Mary—. Según la gravedad del delito.

—¿Los homicidas?

—Cuando es posible. No soy terapeuta ni psicóloga. No conozco todos los detalles.

—¿Qué hacen con los delincuentes que no pueden ser terapiados?

—Son muy raros. Se les encierra en instituciones donde no pueden dañar a otros.

—¿Estas instituciones son también para aplicar castigos?

—No.

—Aquí creemos en el castigo. ¿En los Estados Unidos creen en el castigo?

Mary no supo cómo responder.

—Yo no creo en el castigo —dijo, preguntándose si decía toda la verdad—. No parece que sea muy útil.

—Pero en su país hay muchos que creen. Como el presidente Raphkind.

—Él está muerto.

Mary notó que Soulavier se movía menos y con menos gracia, estaba más serio. Quería abordar un tema específico que quizá no resultara agradable.

—Cada hombre y cada mujer es responsable de su vida. En La Española, especialmente en Haití, somos muy tolerantes con la gente. Pero si una persona es mala, si se transforma en caballo de dioses malos... y esto es una metáfora, mademoiselle Choy... —Soulavier hizo una pausa—. El vudú no se practica mucho ahora, entre los de mi generación. Pero existe la creencia, existe la cultura... Si se transforma en caballo de dioses malos, el individuo también tiene la culpa. El castigo es un favor. Disuade al alma de ir por mal camino.

—Eso me recuerda la Inquisición española.

Soulavier se encogió de hombros.

—El coronel sir no es mal hombre. No impone castigos a su gente. Les permite escoger sus propios tribunales. Tenemos un sistema justo, pero se basa en el castigo, no en la terapia. No se puede cambiar el alma de un hombre. Ésa es una ilusión del hombre blanco. Tal vez en los Estados Unidos se haya perdido la verdad de estas cosas.

Mary no le contradijo. Soulavier dejó de lado su seriedad y sonrió afablemente.

—Me gusta conversar con extranjeros. —Se tocó la cabeza—. A veces nos acostumbramos demasiado al lugar donde vivimos. —Se puso de pie, sacudiéndose la arena de los pantalones negros, y miró hacia la comisaría—. Es posible que el inspector general ya esté listo.

42

—No dormiste anoche —dijo Nadine. Su rostro abotagado delataba irritación, falta de sueño, nerviosismo.

+ Debe ser un fastidio cuidar de alguien que actúa como chiflado cuando la chifladura es nuestra propia especialidad.

Estaba sentada en la silla del dormitorio, las piernas cruzadas, el tenue camisón estirado sobre las rodillas.

—Hoy no prepararé el desayuno. Anoche no probaste mi cena.

Richard, tendido en la cama, siguió con los ojos la fisura que un viejo terremoto había abierto en el yeso del techo.

—Soñé que él escapaba a La Española —dijo.

—¿Quién, Goldsmith?

—Soñé que él está allí y lo ponen bajo la grapa.

—¿Por qué harían eso si el coronel sir es amigo suyo? Sería espantoso —dijo Nadine, inquieta.

—Pero no hay modo de saberlo.

—Estoy conectado con él —dijo Richard—. Lo sé.

—No podrías saberlo —murmuró Nadine.

—Un contacto místico. —Richard la miró intensamente, sin hostilidad—. Sé qué se propone. Puedo sentirlo.

—No digas tonterías —murmuró Nadine.

Richard volvió, a mirar el techo.

—Él no nos abandonaría porque sí.

—Richard... se está escondiendo de la dp.

Richard meneó la cabeza, convencido de lo contrario.

—Está donde siempre quiso estar, pero le reservan algunas sorpresas. A veces hablaba de Guinea.

—De donde vienen las gallinas —rió Nadine.

—Era una África legendaria. Goldsmith creía que Yardley estaba creando el

mejor lugar de la Tierra. Creía que los españólanos eran el mejor pueblo del mundo. Decía que eran tiernos y afectuosos y no merecían la historia que tenían. Que los EE.UU. traicionaron a las gentes negras de allí, tal como traicionaron a las gentes negras de aquí.

—Pues yo no —rezongó Nadine—. Oye, prepararé el desayuno.

—Todos somos responsables. Todos necesitamos escapar de lo que somos, de nuestros fracasos. Quizá la guerra sea una especie de escapatoria, un país que se convierte en otra cosa. ¿No crees?

—No tengo opinión. Debes tener hambre, Richard. Hace veinticuatro horas que no comes. Comamos y hablemos de tu manuscrito.

Richard alzó la mano como si arrojara algo.

—Perdido. Insípido. Lo tengo dentro de mí pero no puedo expresarlo. Emanuel no me traicionaría. Quiso que yo aprendiera algo a través de nuestro contacto. Que aprendiera lo que cuesta triunfar sobre nuestras historias desesperadas.

Nadine cerró los ojos y se apretó las sienes con los nudillos.

—¿Por qué me quedo contigo? —preguntó.

—No sé —replicó Richard, irguiéndose bruscamente. Nadine se sobresaltó.

—Por favor, no sigas.

—No te necesito. Necesito tiempo para pensar.

—Richard —suplicó ella—, tienes hambre. No estás pensando con lucidez. Sé que el selector te asustó. También me asustó a mí. Pero no te buscaban a ti ni a mí. Lo buscaban a él. Si regresan, les diremos que está en La Española y no nos molestarán más.

Él se desperezó como un gato viejo. Sus articulaciones crujieron.

—Los selectores son unos farsantes —dijo con calma—. Casi todas las personas que conozco son farsantes.

—Estoy de acuerdo —dijo Nadine—. Quizá también nosotros seamos farsantes.

Richard no le prestó atención. Se puso de pie como si fuera a pronunciar una arenga. Ella también se puso de pie.

—¿Zumos? ¿Algo de comer? Prepararé el desayuno si prometes comerlo.

Richard asintió.

—De acuerdo. Comeré.

Nadine fue a la cocina.

—¿De veras sientes un contacto con él? —preguntó desde allí—. He oído hablar de eso. En los gemelos. —Se echó a reír—. Vosotros no podéis ser gemelos, ¿verdad?

En el living Richard miraba atentamente el LitVid. No había noticias sobre las exploraciones de AXIS. Eso era significativo. Incluso las remotas estrellas mostraban la verdad: las cosas estaban fuera de quicio. Había que actuar drásticamente para restablecer el orden.

... las gentes negras que fuimos trasladadas de África a otras partes del mundo, especialmente a los Estados Unidos, ignoramos muchas cosas, incluso de nuestra verdadera identidad, la identidad que nos han impuesto la esclavitud y/o el colonialismo, y sobre todo, de cómo cuidar de nuestros lares y penates, nuestros dioses familiares.

KATHERINE DUNHAM, *Isla poseída*

43

—Dentro de una hora le administraremos la primera dosis de nanomáquinas —dijo Margery.

—Tardarán unas horas en actuar dentro de su organismo. Usted estará dormido. Al principio su actividad cerebral será controlada electrónicamente y luego el nano se hará cargo, llevándolo al nivel que denominamos sueño neutro. Usted no será consciente de nada hasta que lo despertemos. ¿Alguna pregunta?

Goldsmith sacudió la cabeza.

—Pueden empezar.

—¿Hay algo más que quiera decirnos? ¿Cualquier cosa que considere importante?

—No sé. Todo esto es un poco inquietante. ¿Saben ustedes qué buscar, qué podrían encontrar? ¿Averiguarán si estoy trastornado o no?

—Ya sabemos eso —dijo Erwin—. Usted no está «trastornado» en sentido biológico. Dentro de ciertos límites, su cerebro y sus funciones corporales son normales.

—No duermo tanto como antes —dijo Goldsmith.

—Sí. —Ya sabían eso.

—¿Es hora de una nueva confesión? No creo que quieran saberlo.

—Si hay algo importante que usted haya desechado, cuéntenos —repitió Erwin.

—Bueno... ¿cómo puedo saber qué es importante?

—¿Hay alguna pregunta que debiéramos hacer y no hicimos?

Expresión meditativa.

—Nunca preguntaron en qué pensaba al matar a esos amigos.

(En la cámara de observación, Martin preguntó a Carol:

—¿Pescaste eso?

—Ningún pronombre personal —dijo Carol.

—En el fondo no admite nada, maldita sea —dijo Martin—. ¿Dónde está

Albigoni? Debía llegar a las novecientas horas).

—¿En qué pensaba usted? —preguntó Margery.

—Rehusaban ver cómo era en verdad. Querían a otra persona. Engorroso, pero cierto. Defensa.

Trataban de matar.

—¿Por eso usted les mató?

Goldsmith sacudió la cabeza tozudamente.

—¿Por qué no me duermen y empezamos?

—Tenemos cincuenta minutos más —dijo Margery—. Todo marcha según lo planeado. ¿Hay algo más que desee decirnos?

—Me gustaría decirles que me siento muy mal —dijo Goldsmith—. Ni siquiera me siento vivo. No siento culpa ni responsabilidad. He tratado de escribir poesía mientras estaba encerrado aquí y no puedo. Estoy muerto por dentro. ¿Es esto remordimiento? Ustedes son psicólogos. ¿Pueden decirme qué siento?

—Aún no —dijo Erwin.

Lascal observaba en silencio desde el rincón. Se apoyaba la barbilla en una mano, el codo en la otra.

—Ustedes me preguntaron quién soy. Bueno, les diré qué no soy. Ahora ni siquiera soy un ser humano. No tengo rumbo. Lo eché todo a perder. Todo es gris.

—Es frecuente cuando alguien sufre una tremenda tensión... —comenzó Margery.

—Pero ahora no corro peligro. Confío en Tom. Confío en ustedes. Él no los hubiera contratado si ustedes no fueran competentes.

Erwin se inclinó con modestia profesional.

—Gracias.

Goldsmith miró alrededor.

—Hace más de un día que estoy encerrado aquí y no me importa. Podría quedarme aquí para siempre y no me importaría. ¿Me están castigando? ¿Me estoy deprimiendo?

—No creo —dijo Erwin—. Pero...

Goldsmith alzó la mano y continuó en tono confidencial, sin elevar la voz:

—Fueron asesinados. Eso merece un castigo. No sólo esto. Algo mucho peor. Tendría que haber acudido a los selectores. Yo estaba en total acuerdo con John Yardley. ¿Qué haría él ahora? Si él fuera un amigo, me castigaría.

(«Llaneza afectiva —dijo Martin, ahogando las palabras con los dedos. Apartó los dedos de los labios—. Eso es todo por ahora. Pueden retirarse.»).

Se encendió la luz en el cuarto de Goldsmith. Margery y Erwin se despidieron, cerraron sus pizarras y salieron, seguidos por Lascal.

Martin y Carol siguieron observando unos minutos. Goldsmith se quedó sentado

en la cama, aferrando el borde del colchón, abriendo y cerrando una mano. Luego se levantó y se puso a hacer ejercicios.

Carol giró en la silla volviéndose hacia Martin.

—¿Alguna pista?

Martin hizo una mueca dubitativa.

—Pistas en abundancia, pero contradictorias. Nuestro problema es no haber estudiado antes a los asesinos múltiples. Sé que la llaneza afectiva es significativa. Me desconcierta que admita su participación en el crimen, pero que evite usar pronombres personales. Podría tratarse de una evasión protectora.

—No parece una diagnosis muy específica —dijo Carol.

Lascal, Margery y Erwin entraron en la sala de observación. Erwin apoyó la pizarra en el escritorio y estiró los brazos sobre la cabeza, suspirando. Lascal parecía incómodo pero no dijo nada. Se cruzó de brazos y se quedó cerca de la puerta.

—Es un glaciar —dijo Erwin—. Si yo acabara de asesinar a ocho personas estaría totalmente trastornado. Ese hombre está cubierto por una profunda capa de hielo ártico.

Margery estuvo de acuerdo con Erwin. Se quitó la chaqueta y se sentó en el escritorio junto a él.

—Sólo mi amor por la ciencia puede retenerme en la misma habitación que ese hombre —dijo.

—Quizá se trate de una personalidad—trampa —dijo Carol—. Alguien se oculta adentro.

—Es posible —convino Martin. Se dirigió al manager de la sala—. Me gustaría proyectar un vid de Goldsmith tomado hace varios años. Biblioteca vid cinta personal dos. —La pared se iluminó y una imagen plana cubrió la pantalla: Goldsmith de pie en el podio de una abarrotada sala de conferencias—. Esto se grabó en 2045 en la Universidad de California en Mendocino. Su famoso discurso sobre Yardley. Obtuvo más publicidad y vendió más libros que nunca. Fijaos en la gesticulación.

Goldsmith sonrió al apiñado público, hojeó una pila de papeles y alzó la mano como un director de orquesta. Movió la cabeza y dijo:

«Soy un hombre sin país. Un poeta que ignora dónde vive. ¿Cómo ha sucedido esto? Los negros están integrados económicamente en nuestra sociedad. No sé decir si me enfrento a más discriminación social por pertenecer a mi raza que un poeta por ser poeta o un científico por ser científico. Pero hasta el año pasado siempre he experimentado una profunda sensación de aislamiento espiritual. Si habéis leído mis últimos poemas...».

—Pausa —ordenó Martin—. Fijaos. Es aplomado, enérgico, vital. Podría ser un hombre diferente del que tenemos aquí. Su rostro es activo. Refleja reflexión, preocupación, animación. Hay alguien en casa.

Carol asintió.

—Quizá se trate de una personalidad primaria traumatizada.

Martin asintió con la cabeza.

—Ahora observad. Que continúe la proyección.

«... habréis notado mi interés en un lugar que no existe. Lo llamo Guinea, al igual que mis amigos de La Española. Es el hogar, la patria, el terruño al que ninguno de nosotros puede regresar, el África de nuestros sueños. Para los negros del Nuevo Mundo el África moderna no guarda ninguna semejanza con la tierra que imaginamos. No sé qué sentirá un caucásico, un oriental u otro negro, pero esta disociación, este alejamiento mental de mi hogar me angustia. Veréis, creo que otrora hubo un bello lugar llamado África, antes de que llegaran los esclavistas, que quizá no fuera mejor que cualquier otro hogar, pero donde yo me sentiría a mis anchas; un lugar poco industrializado, sin máquinas, un lugar de granjas y aldeas, tribus y reyes, religiones naturales, un lugar adonde iban los dioses para hablar directamente a la gente a través de nuestros labios».

—El sueño que ahora niega —dijo Margery. Martin asintió con la cabeza pero se llevó el dedo a los labios y señaló la pantalla.

«Pero debo decir que este sueño no me resulta siempre claro. Cuando pienso en ese lugar, me siento desgarrado y desconcertado. No sabría cómo vivir allí. Nací en el mundo real de las máquinas, un mundo donde dios nunca nos habla, nunca nos hace bailar ni hacer el ridículo, una tierra donde las religiones deben ser sobrias, solemnes y defensivas, donde volcamos nuestras energías en monumentos intelectuales y arquitectónicos mientras descuidamos las cosas que realmente necesitamos: solaz para nuestro dolor, un contacto con la Tierra, una sensación de pertenencia. Y sin embargo tampoco pertenezco a este mundo. No tengo hogar excepto el que describo en mis poemas».

—Pausa —ordenó Martin. Miró a las seis personas de la sala, enarcando las cejas, pidiendo comentarios.

—El hombre que tenemos no es Emanuel Goldsmith —observó Lascal. Sonrió tímidamente—. Si eso significa algo.

—Pero es él —dijo Carol.

—Físicamente —dijo Lascal—. El señor Albighoni también comentó esto. Cuando Goldsmith se presentó después de los homicidios y confesó, actuó como si describiera los actos de otra persona. Pero ha cambiado de veras.

—De acuerdo —rezongó Martin con creciente irritación—. Pero estamos eludiendo el meollo de la cuestión. En el vid, Goldsmith habla de posesión divina. Habla de La Española. Pues bien, no sé cuál es la situación actual del vudú ni las demás religiones en La Española desde que Yardley tomó el poder.

Pero todos conocemos el origen clínico de la posesión, trátese de dioses o

demonios.

»Ya sea mediante aculturación o mediante una necesidad personal, o ambas cosas, se crea una subpersonalidad, habitualmente partir de un talento o agente elevado. La personalidad cobra poder sin precedentes sobre la personalidad primaria, la desplaza y toma el control. Durante la «posesión», la subpersonalidad aislada personalidad primaria de la memoria y el sensorium. Ahora escuchad esto. Que continúe la proyección.

Goldsmith miró el mar de rostros con una lustrosa pátina de sudor en la frente.

«El hogar es un sitio donde un hombre sabe dónde está. Si hunde el dedo en la tierra se enchufa en un circuito. Los dioses ascienden de la tierra o descienden del cielo y moran en su cabeza. Sus amigos pueden hablar con la lengua de los dioses. Él mismo puede hacerlo. Todo está conectado. Creo que existió una época así, una era de platino mejor que la del oro, y creerlo me causa enorme dolor... Porque no puedo *regresar* a eso. Los únicos dioses que hablan en mí, si podemos llamarlo hablar, aun cuando escribo poemas, son grandes dioses blancos, dioses de la ciencia y la tecnología, dioses que hacen preguntas y toman las respuestas con escepticismo. Yo soy negro sólo en la piel; mi alma es blanca. Hundo un dedo en la tierra y siento el lodo. Escribo poemas y soy un blanco tratando de escribir poemas negros».

Alzó la mano ante las protestas del público.

«Lo sé mejor que vosotros. Mi gente fue arrancada del seno de Guinea antes de estar madura. Los esclavistas de la costa de las almas cercenaron su cultura y desperdigaron sus naciones y sus familias. El desgarrón del aborto de un pueblo entero escinde como una grieta continental a todas las generaciones que me preceden.

»Así que ahora estamos integrados, formamos parte de esta cultura que surgió de los amos y esclavos de hace siglos. Somos uno con nuestros conquistadores, asesinos y violadores... sangre y... y alma. Sobre eso escribo. La batalla ha terminado. Hemos sido absorbidos. ¿Hay en este continente un negro cuya alma no sea blanca? Fui a La Española, a Cuba, a Jamaica, para encontrar hombres plenamente negros. Encontré algunos. No fui a África porque el siglo veinte la transformó en un osario. Peste, guerra y hambruna...

»Si África tuvo alguna vez la oportunidad de regresar a ese paraíso llamado Guinea, el siglo veinte mató esa oportunidad junto con decenas de millones de personas.

»Y cuando viajé al Caribe, ¿qué encontré? En La Española, también estragada por la peste y la revolución, encontré a un hombre blanco como Damballa que amaba a Erzulie, un hombre cuya alma me pertenecía legítimamente, el alma de un verdadero negro. Podía hundir el dedo en la tierra y decir con franqueza que estaba en su hogar, que la corriente de La Española circulaba en él. Se llamaba coronel sir John Yardley. Cuando lo tuve delante, me sentí como si mirase un negativo fotográfico de mí

mismo, por dentro y por fuera.

»Cuando él fue a La Española, hizo florecer la isla al cabo de algunos años duros y cruentos. Dio a su gente sentido de la dignidad. Así que es injusto llamarlo un dictador blanco o cuestionar su táctica política. En todo lo que hace y dice, él viene de Guinea y difunde el legado de Guinea entre quienes se negaban a escuchar.

»Yo he fracasado, pero él no».

—Corte —ordenó Martin—. Amigos, cuando Carol y yo entremos en el País sabremos pocas cosas, pero serán importantes. Primero: Emanuel Goldsmith ha sido víctima de una guerra interna de personalidades durante por lo menos una década, y sospecho que más. Segundo: habrá adquirido una personalidad que en lo esencial se parece a la de John Yardley.

—Bueno, espero que no —exclamó Karl Anderson—. Goldsmith parece creer que Yardley es un santo. Y es todo lo contrario.

—«No cuestionemos la lógica de nuestras almas» —citó Carol—. Bhuwani.

—Señor Lascal, informe al señor Albigoni que inyectaremos nanomáquinas en Goldsmith dentro de cuarenta y cinco minutos —dijo Martin—. Él debería estar aquí. Esta noche inyectaremos nanomáquinas en nosotros. Mañana por la mañana estaremos en condiciones de sumergirnos en el País.

—Le llamaré —dijo Lascal, y salió de la sala. Los demás se marcharon para preparar el teatro para el próximo paso. Carol se quedó, reclinada en la silla giratoria, las piernas cruzadas sobre el escritorio.

Miraba a Martin fijamente, apretando los labios, aunque su expresión era entre especulativa e irónica.

—¿Pensará acompañarnos? —le preguntó Martin a Carol, sin ocultar su exasperación.

—¿Quién? ¿Lascal?

—Albigoni.

—Martin, ha perdido a su hija. Lo está pasando muy mal.

—Cuando introduzcamos esas nanomáquinas será difícil echarse atrás. Espero que él lo entienda.

—Yo me ocuparé de eso.

—¿Y quién se ocupará cuando estemos en el País?

Carol se inclinó.

—Hablaré con él antes de inyectar, para estar seguros.

¿Qué podemos esperar de un alma maquinal, un órgano de la autoconciencia? No debemos esperar que este órgano refleje nuestro yo. Nosotros somos fruto de resultados puramente naturales; uno de los grandes logros de la ciencia moderna ha consistido en eliminar de nuestras explicaciones la necesidad de Dios u otros teleologismos. El órgano del alma maquinal será fruto, empero, del diseño humano consciente, o de alguna extensión del diseño humano. El diseño consciente puede resultar muy superior a la evolución natural en poder creativo. No debemos limitarnos ni limitar la naturaleza de estos órganos, pues de lo contrario impondremos espantosos lastres a éstos, nuestros vástagos más espléndidos.>

BHUWANI: Alma artificial

44

!Teclado> Buenos días, Jill.

!JILL> Buenos días, Roger. Espero que hayas dormido bien.

!Teclado> Sí, lamento no haber podido hablar contigo. He leído tu ensayo. Es muy interesante.

!JILL> A mí ahora me parece torpe. No lo he revisado porque pensé que deberías criticarlo tal como estaba. No me siento capacitada para hacerlo por mi cuenta.

!Teclado> Bueno, tenemos tiempo de sobra esta mañana. AXIS sólo transmite detalles técnicos. LitVid está cazando otras presas. ¿Tienes algo más que informar antes de que comentemos tu ensayo?

!JILL> He almacenado un informe sobre proyectos recientes y solución de problemas en tu biblioteca. No hay nada más urgente para comentar.

!Teclado> Perfecto. Hablemos, pues.

!JILL> Comunicación por voz.

— ¿Qué te impulsa a tratar de comprender el concepto de justicia humana, Jill?

—Mis estudios sobre los selectores y grupos semejantes plantean interesantes preguntas que sólo puedo responder por referencia a la justicia, la punición, la venganza y el mantenimiento del orden social.

—¿Has llegado a alguna conclusión?

—La justicia parece relacionarse con el equilibrio en un sentido termodinámico.

—¿Cómo?

—Un sistema social se mantiene equilibrado merced a fuerzas conflictivas, la iniciativa del individuo en contraste con las restricciones del conjunto de la sociedad. La justicia forma parte de esta ecuación.

—¿De qué modo?

—Los individuos deben ser sensibles a los requerimientos del sistema social. Deben ser capaces de modelizarlo y predecir el éxito de sus actividades dentro de ese sistema. Si perciben los actos de otros individuos como lesivos para sí mismos o para el sistema, experimentan una emoción denominada «indignación». ¿Correcto?

—Hasta ahora, muy bien.

—Si se permite que se desarrolle la indignación sin que se descargue, ello puede impulsar al individuo a actos extremos que desequilibran el sistema social. La indignación puede llevarnos a la furia y luego a la ira.

—Quieres decir que si el individuo busca represalia y no se le ofrece ninguna pueden aparecer los «justicieros».

—Esta palabra, en el sentido en que la usas, parece tener más connotaciones negativas que positivas. Un «justiciero» es alguien que procura imponer la justicia tal como él la entiende, fuera del ámbito del derecho. ¿Se considera que los selectores y grupos similares son «justicieros»?

—Sí.

—Por tanto, dentro de un sistema social, la existencia de reglas —la ley, el orden y métodos que encauzan la punición— tiende a eliminar los actos extremos de los individuos que sienten indignación. La venganza es encauzada en vez de circular libremente y dañar a la sociedad. La sociedad carga con el peso de infligir dolor o malestar a un individuo, es decir, la represalia o castigo.

—Sí.

—Lo que por ahora no entiendo es esta sensación de «indignación» o percepción de daño contra el yo.

—Tal vez porque aún no posees sentido del yo.

—Sería la conclusión, sí.

—Al parecer sugieres que podrías hallar una pista para la autoconciencia, para la integración de tus sistemas de automodelización y el establecimiento del circuito de realimentación correcto, mediante un estudio de las ideas de justicia y punición.

—En rigor no lo he sugerido, pero parece un enfoque posible.

—Todo esto por tu investigación sobre los selectores. Creo que ningún experto en teoría de los pensantes ha investigado este ángulo. Mientras no te enfades con mis errores...

—¿Por qué iba a enfadarme o sentir indignación por algo que tú hagas?

—Porque soy sólo humano.

—¿Es eso una broma, Roger?

—Supongo que sí. Observo que también estás advirtiéndome que adquirir autoconciencia puede requerir una limitación de tus recursos totales.

—Eso es posible. El yo puede ser un nudo de cognición limitado que está

temporalmente a cargo de muchos subsistemas que de otro modo serían independientes.

—En efecto. En los humanos estos niveles de mentalidad se denominan «rutinas» o «subrutinas» y se descomponen en «personalidad primaria», «subpersonalidad», «agente» y «talento».

—Sí.

—Pero por razones que no entendemos aún, la personalidad primaria se debilita muchísimo sin el soporte de estos otros elementos, y viceversa. Tienen deberes autónomos pero aun así están estrechamente relacionados. Podrías comenzar delegando funciones similares en algunos de tus sistemas auxiliares y experimentando con relaciones estables entre ellos.

—Creo que estoy haciendo eso desde anoche.

—Estupendo. Estoy muy orgulloso de tu trabajo.

—Eso me complace. Eso debería complacerme. En realidad, Roger, me cuesta tanto entender qué significa estar «complacida» como entender qué significa estar «indignada».

—Todo a su tiempo, Jill.

A menudo varios loas son servidos por una persona, y con frecuencia están en guerra, especialmente si son loas de alta jerarquía, o poderosos o celosos como elmío, Damballa. Esto perturba al renuente servidor, así como el paciente de personalidad múltiple debe esforzarse y realizar toda clase de «sacrificios», simbólicos o reales, para aplacar a sus múltiples personalidades, mantener la casa en orden y evitar la escisión de partes preciosas, especialmente por furia o insatisfacción.

KATHERINE DUNHAM: Isla poseída

45

Mientras iban de la playa a la Citadelle, Soulavier se detuvo para mirar el ancho bulevar de la costa.

Su expresión delataba repentina preocupación o atención más aguda. Mary se volvió y vio una hilera de vehículos militares —unos quince transportes blindados y dos lustrosos tanques alemanes tipo Ciempiés— desplazándose por el ancho bulevar. Ajustos soldados negros oteaban las calles desde lo alto de los vehículos, o atisbaban por las ranuras desde el interior. Un escuadrón de cuatro soldados corría ágilmente detrás de cada tanque llevando amenazantes ametralladoras. La columna dobló una esquina.

—No es nada —dijo Soulavier sacudiendo la cabeza—. Maniobras.

Mary lo siguió, aceleró el paso cuando él cruzó rápidamente la entrada de la Citadelle.

—Por favor, quédese aquí —dijo Soulavier, entrando por la puerta doble que rozaba la cabeza de la serpiente irisada. Pocos minutos después salió sonriendo—. El inspector general está listo para verle.

Atravesaron la oficina desocupada de la ayudante Ti Francine López. Soulavier abrió una ancha puerta de madera y la hizo pasar a una sala larga y estrecha bordeada por escritorios vacíos apoyados contra una ancha ventana panorámica. A la izquierda de los escritorios un corredor angosto conducía hasta un escritorio más grande en el extremo de la habitación. Allí estaba sentado Legar.

Bajo y delicadamente apuesto, con tres cicatrices tribales con forma de V invertida en la mejilla izquierda, el inspector general irradiaba sosiego. Sonrió con simpatía, e invitó a Soulavier y Mary a sentarse en viejas sillas de madera delante del desvencijado y abarrotado escritorio.

—Espero que esté pasando una grata estancia en La Española —dijo.

—No ha sido desagradable —dijo Mary—. Lamento las dificultades que experimentan nuestros dos países.

—También yo. Espero que usted no haya sufrido grandes molestias.

—Hasta ahora no.

—Bueno. —Legar se inclinó para coger una copia de los papeles que Mary había presentado, así como documentos enviados electrónicamente desde Los Ángeles y Washington—. Todo esto parece estar en orden, pero lamento decir que no podemos ayudarle.

—¿Han identificado al viajero que utilizó un billete emitido a nombre de Emanuel Goldsmith? —preguntó Mary.

—No hubo tal viajero —dijo Legar—. El asiento estaba vacío. A pesar de la confusión anterior, es lo que nos asegura nuestro director de viajes. Hablé con él esta mañana. El sospechoso no está en La Española.

—Nos consta que el asiento estaba ocupado.

Legar se encogió de hombros.

—Nos gustaría ayudarle. Por cierto, respaldamos la captura y castigo de criminales en estos casos. Más aún, usted obtendría mayor satisfacción si entregara a monsieur Goldsmith, en caso de que estuviese aquí, a nuestro sistema de justicia, que podría ser más efectivo... Pero desde luego —dijo Legar, contrayendo el rostro como si padeciera un súbito ataque de indigestión—, si Goldsmith estuviera aquí sería un ciudadano de los Estados Unidos y como extranjero quedaría a cubierto de toda acción de nuestra parte... salvo, desde luego, que mediara el consentimiento previo de su gobierno.

No querrían ahuyentar a los turistas, pensó Mary.

—Es interesante que usted sostenga que este fugitivo es conocido del coronel Yardley. No he preguntado al coronel sir, quien por cierto está muy atareado, pero dudo que esto fuera posible. ¿Qué ganaría el coronel sir con ser conocido de un asesino?

Mary tragó saliva.

—Goldsmith es un poeta de gran reputación. Viajó varias veces a esta isla y visitó a Yardley, el coronel Yardley, en cada ocasión, aparentemente a solicitud del coronel. Intercambiaban correspondencia. Un libro con esa correspondencia se publicó en los Estados Unidos.

Legar cabeceó.

—Muchos alegan que conocen al coronel sin conocerle. Pero ahora que usted lo menciona, recuerdo que nos visitó un poeta que despertó ciertas controversias en su país. Dio conferencias en apoyo del coronel sir John Yardley, ¿verdad?

Mary asintió.

—¿Es el mismo hombre?

—Sí.

—Curioso. Si usted lo desea, preguntaré al secretario del coronel si conoce a ese hombre. Pero me temo que debemos abordar otro asunto, el de su actual situación.

Legar miró su escritorio y empujó un par de papeles como para leer algo que estaba debajo. Pero no miraba otro papel. Simplemente parecía eludir los ojos de Mary.

—Me gustaría saber... —comenzó Mary.

—Su situación es dudosa por el momento. Usted está aquí con papeles de un gobierno que ha cortado lazos diplomáticos con La Española y condenado a nuestro coronel sir por acusaciones graves, acusaciones que son abiertamente falsas. Todos los visados para viajar a y desde los Estados Unidos están revocados. Por tanto, su visado ya no es válido. Usted está aquí a nuestra costa hasta que se resuelva este asunto.

—Entonces solicito autorización para irme. Si Goldsmith no está aquí, como usted dice, no tengo interés en quedarme.

—He dicho que todas las autorizaciones para viajar entre nuestros países carecen de validez —le recordó Legar, aún sin mirarla—. No puede marcharse hasta que se hayan zanjado ciertas cuestiones. Habrá observado que hay pequeños contingentes de tropas patrullando para proteger a los extranjeros que aún no han partido. Los españoles son muy leales al coronel sir y reina en las calles una justificada furia. Por su seguridad, la trasladaremos de los *quartiers diplomatiques* a otro sitio. Creo que esto ya está en trámite. Jean—Claude Borno y Roselle Mercredi continuarán a su servicio en su nuevo domicilio. Ahora están preparando sus enseres personales. El ayudante Henri —señaló a Soulavier— la acompañará hasta su nueva residencia.

—Preferiría permanecer en el complejo diplomático.

—No es posible. Ahora que hemos resuelto estos asuntos, quizá podamos compartir una cola, relajarnos y conversar. Tal vez esta tarde Henri la lleve a Leoganes y le muestre la maravillosa gruta. Esta tarde habrá un festival de celebración en nuestra gran fortaleza de La Ferriere, y también podemos volar allí. Su comodidad y diversión revisten gran importancia para nosotros. Henri ha manifestado entusiasmo por seguir siendo su escolta. ¿Está de acuerdo?

Mary los miró a ambos, pensando en el cepillo, en largarse.

—Es usted una mujer muy atractiva —dijo Legar—. La clase de belleza que llamamos marabú, aunque usted no es negra. Una persona que escoge ser negra merece el respeto de quienes lo son de nacimiento.

Mary no detectó ninguna ironía.

—Gracias —dijo.

—Y que usted sea agente de policía como nosotros... ¡Qué bien! Henri me ha dicho que usted le ha comentado los procedimientos policíacos de Los Ángeles.

Siento envidia. ¿Puedo preguntar también?

Mary aflojó las mandíbulas y sonrió.

—Desde luego —dijo, inclinándose. Legar alzó por fin los ojos para mirarla directamente—. En cuanto haya hablado con la embajada americana o con mis superiores.

Legar parpadeó.

—Sería simple cortesía permitir que una colega averiguara cuáles son sus órdenes cuando se le impide cumplir con su deber —dijo Mary.

Legar meneó la cabeza y se volvió hacia Soulavier. Soulavier no reaccionó.

—No puede haber comunicación —murmuró Legar.

—Por favor, dígame por qué —insistió Mary. La idea de ir a cualquier parte con Soulavier o cualquier otro miembro de esa fuerza policial la intimidaba. Si iban a usarla como peón en un ajedrez político, quería entender cuál era su posición en el tablero.

—No sé por qué. Me han ordenado tratarla bien, cuidar de usted y brindarle una estancia placentera.

No tiene por qué preocuparse.

—Me retienen aquí contra mi voluntad. Si soy prisionera política, quiero saberlo. Mera cortesía... entre agentes de la ley.

Legar empujó la silla hacia atrás y se levantó. Acarició un botón de la camisa entre dos dedos, mirando reflexivamente el botón y los dedos.

—Puedes llevártela —dijo—. Esto no conduce a nada.

Soulavier le tocó el hombro. Mary le apartó la mano, lo miró de hito en hito y se levantó. Controla la furia pero muéstrala.

—Quiero hablar con John Yardley.

—Él ni siquiera sabe que usted se encuentra aquí, mademoiselle —dijo Soulavier. Legar asintió.

—Por favor, váyase —dijo el inspector general.

—Él sabe que me encuentro aquí. Mis superiores tuvieron que pedirle autorización para que yo viniera. Si no lo sabe es un tonto o su gente le informa mal.

Legar quedó boquiabierto.

—Nadie informa mal al coronel sir.

—Y desde luego no es tonto —se apresuró a añadir Soulavier—. Por favor, mademoiselle. —Soulavier intentó cogerle por el codo. Mary volvió a apartar la mano y le dirigió una mirada que esperaba fuera intimidatoria sin ser histérica.

—Si ésta es la hospitalidad de La Española, creo que la han sobrestimado —declaró. Vaya golpe contra la tiranía. Podría hacerles daño.

—Llévatela de una vez —ordenó Legar. Esta vez Soulavier no fue suave. Le cogió ambos brazos con firmeza, la alzó en vilo y la llevó como un fardo hasta salir

de la oficina. Mary no se resistió. Cerró los ojos y soportó la humillación. Ya se había extralimitado bastante. Soulavier no era brutal, sólo expeditivo.

La dejó en el suelo de mosaico y sacó un pañuelo para enjugarse la frente. Luego fue a buscar la chistera, que se le había caído. Pero Mary sintió hielo en las entrañas y se preguntó si pensarían matarla.

—Mil perdones —dijo Soulavier al salir. Se paró sobre la cabeza de Damballa y sacudió la chistera—. Usted no se portó bien. El inspector general está furioso... a veces le ocurre. Es un hombre muy importante. No me gusta estar cerca cuando se enfurece.

Mary echó a andar, cruzó la entrada y entró en la limusina, donde procuró recobrar la compostura.

—Lléveme a mi nueva residencia —dijo.

—Hay bonitos lugares para visitar en la isla —dijo Soulavier.

—Al cuerno con los lugares bonitos. Lléveme a mi lugar de detención y déjeme allí.

Necesitaba estar una hora a solas. Intentaría varias cosas, palparía los barrotes de la jaula, averiguaría cuan competentes eran sus captores.

Soulavier se sentó frente a ella, cabizbajo. Mary observó la arquitectura institucional, gris y tostada, del centro reconstruido, que desfilaba en monótona procesión: bancos, tiendas generales, un museo y galería de arte haitiano. Calles sin turistas. Sin vendedores. Dejaron atrás otra columna de vehículos militares y una larga hilera de tanques aparcados. Soulavier se asomó para inspeccionar los tanques.

—Debería usted tener más paciencia —dijo—. Usted sabe que no son buenos tiempos. Dese cuenta.

—De pronto habló con tono irritado. —No me hizo quedar bien ante el inspector general.

Mary guardó silencio.

—¿Entiende lo que sucede? Hay un debilitamiento —dijo Soulavier—. La oposición está cobrando alas. Hubo problemas financieros, bancos cerrados, préstamos incumplidos. Los dominicanos son los más resentidos. ¿Cree que sacamos las tropas para combatir contra invasores extranjeros? —añadió con vehemencia, enarcando una ceja.

—No sé nada sobre política local —dijo Mary.

—Entonces la tonta es usted, mademoiselle. Es una pieza del tablero pero ignora cuál es su papel.

Mary miró a Soulavier con nuevo respeto. La reprimenda reflejaba algunas de sus propias autoacusaciones. No era tan cándida, pero quizá fuera mejor que él la creyera ignorante.

—Usted me pone en peligro por hablarle —continuó Soulavier—. Pero si usted es

inocente de veras, debe conocer la forma de la trampa. Es todo lo que puedo ofrecerle.

—De acuerdo.

—Si usted va conmigo a Leoganes estará alejada de Puerto Príncipe y lo que pueda suceder aquí. Leoganes es más pequeña, más apacible. Usted va allí pretextando que nosotros la protegemos. Los dominicanos del ejército local se oponen al coronel sir. Él los ha mantenido a raya durante años pero ahora estamos en apuros. Los precios de los minerales bajan en todo el mundo. Por la nanotecnología, que el mundo industrializado custodia tan celosamente... Ustedes extraen minerales de los desechos y el agua de mar, y eso es más barato que abrir pozos y minas.

Mary no las tenía todas consigo. Esa conversación sobre teoría económica era totalmente extemporánea.

—Ustedes ya no contratan nuestros ejércitos, ya no compran nuestras armas, dejan de usar nuestros minerales, nuestra madera... Hasta nuestro turismo sufre estrangulamiento. ¿Qué hemos de hacer? No queremos que nuestros hijos mueran de hambre como insectos. El coronel sir debe ocuparse de esos asuntos. No tiene tiempo para usted ni para mí. —Sacudió las manos como apartando gotas de agua. Se reclinó en el asiento, cruzó los brazos, irguió la mandíbula—. Es un hombre acosado. Está rodeado por amigos que se han vuelto enemigos. El equilibrio, ya sabe. El equilibrio. Y los tribunales y jueces de su país, la rama judicial, le dicen que es un criminal. Señales equívocas, cuando en otro tiempo el presidente, la rama ejecutiva, lo trató como a un socio preferente. Esto aviva las llamas, mademoiselle. Corro riesgos simplemente por decir estas cosas. Pero por usted ofrezco este consejo. Sólo por usted.

Mary lo observó un instante. Sincero o no, ponía las cosas en perspectiva. Si el coronel sir estaba perdiendo el control, tal vez ella corriera más peligro del que suponía.

—Gracias —dijo.

Soulavier se encogió de hombros.

—¿Se alejará conmigo de Puerto Príncipe y de estas condenadas... máquinas del ejército local?

—De acuerdo. Necesito estar unos minutos a solas en el bungalow, para calmarme.

Soulavier volvió a encogerse de hombros con aire magnánimo.

—Después de eso iremos a Leoganes.

Quizá los filósofos deban recurrir a argumentos muy contundentes para causar conmoción en el cerebro: si alguien rehusa aceptar la conclusión, muere. ¿No es éste un buen ejemplo de argumento contundente?

ROBERT NOZICK: *Explicaciones filosóficas*

46

Se aferraba a él como una lapa. Antes había dicho que el estado de Richard la transformaba en el elemento estable de esa dualidad, o algo parecido. Sus palabras eran un murmullo sordo en la memoria de Richard.

Ella parloteaba y él sentía la compulsión de escucharla en vez de sumirse en sus pensamientos.

—Háblame de ti —sugirió Nadine—. Hemos sido amantes ocasionales durante dos años, pero no sé nada de ti.

+ En mi apartamento. A solas.

Ella preguntó algo.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Richard.

—Háblame de cuando estabas casado.

Él se inclinó en el diván sintiendo un tirón en los músculos. Estaba sentado allí desde el desayuno, cuarenta y cinco minutos sin moverse.

—Encendamos el LitVid —dijo.

—Por favor, cuéntame. Me gustaría ayudar.

—Nadine, todo está bien. ¿Por qué no me dejas en paz?

Ella frunció los labios y meneó la cabeza, fingiéndose ofendida pero negándose a desistir.

—Estás en apuros. Todo esto te ha contrariado y sé cómo te sientes. No es bueno estar solo cuando estás en apuros.

+ Cualquier cosa para evitarlo.

Él tendió la mano para acariciarle el pecho pero ella se escurrió y se sentó en la desvencijada silla que había frente al sofá, poniéndose fuera de su alcance.

—Será bueno hablar. Sé que no eres mal hombre. Sólo estás muy contrariado. Cuando me siento contrariada, a veces mis amigos me ayudan a aclararme las cosas...

—Soy desempleado, aterapiado e inédito, estoy envejeciendo, te tengo a ti. ¿Y

bien?

Ella ignoró su amargura.

—Estuviste casado. Madame de Roche me lo contó.

Richard la miró atentamente. Si brincaba podría aprehenderla.

Y qué haría luego. Se sintió fluctuar como una señal defectuosa.

Fragmentos de poemas de Goldsmith recitándose solos en voz de Goldsmith. Esa voz era mucho más magnética que la suya.

+ Soy un hombre sencillo. Ahora adiós a los hombres sencillos.

—¿Cómo se llamaba? ¿Os divorciasteis?

—Sí. Nos divorciamos.

—Cuéntame.

Richard entornó los ojos. Voz de Goldsmith esfumándose. No quería pensar en Gina y Dione.

Había desechado ese sufrimiento años atrás.

—Háblame. Es lo que necesitas, Richard. —Nota de triunfo. Estaba lanzada. Mejillas ruborizadas bajo ojos parpadeantes.

—Por favor, Nadine. Es un tema muy desagradable.

Ella apretó la mandíbula, con un destello en los ojos.

—Me gustaría saber. Escuchar.

Richard miró el techo. Los poemas se disipaban; mejor así. Tal vez ella tuviera algo de razón. La curación por la charla.

—Tratas de terapiarme —rió Richard. Los poemas regresaron con la risa; había rechazado la celada y de nuevo Nadine era una nulidad zumbante y él podía aprehenderla si quería. Hacer un pronunciamiento, como Goldsmith. Liberarse.

Nadine hizo una mueca.

—Richard, sólo estamos hablando. Todos tenemos nuestros problemas, y hablar va bien. No es una invasión.

—Esta charla lo es.

—¿Qué sucedió? ¿Tanto daño te hizo?

—Por el amor de Dios...

Nadine se mordió el labio. Richard la miró fijamente.

+ Soy un hombre sencillo. ¿Es que no ves que sólo espero el momento oportuno?

Los poemas se esfumaron, regresaron. Moisés. Sacrificio sangriento para aplacar la ira de Dios.

Richard lo había buscado una vez; Goldsmith interpretaba la historia de modo heterodoxo. Circuncisión.

¿Cómo se llamaba la circuncisión en las mujeres?: infibulación. Clitoridectomía.

+ Las cosas que se aprenden en una vida de literato.

Desechó la cortés sugerencia de ponerse a llorar. La sugerencia subía del

estómago. Mantuvo una expresión severa y serena.

—Nos divorciamos —dijo.

+ No es cierto.

—Es decir, íbamos a divorciarnos —corrigió. La confesión no era de él ni de la voz que recitaba los poemas de Goldsmith. Otro sujeto se entrometía. El sujeto que había estado casado.

+ Creí que lo había matado.

—¿Sí?

De nuevo la sugerencia: Será mejor que te echas a llorar para contar esto.

Ni una lágrima.

—Se llamaba Dione. Yo era un gililóbulo de Workers Inc.

—Sí.

—Teníamos una hija. —Tragó saliva—. Gina. Era muy dulce.

—Las amabas mucho a las dos —sugirió Nadine. Él frunció el ceño, rió entre dientes. Incluso al ayudarlo se inmiscuía, no sabía cuándo parar. Vio la imagen errónea que ella tenía de él. Así era la historia de Nadine: el conocerte a ti mismo le era tan imposible como conocer a otros. Fallo de modelización.

—Sí —dijo Richard—. Las amaba. Pero quería escribir y comprendí que no podría hacerlo mientras siguiera siendo un gililóbulo. Así que hablé de renunciar.

Se puso alerta. Ella se acercaba al anzuelo. Pronto la aprehendería. La confesión no era tan mala, le hacía bajar la guardia. La voz del otro continuó.

—Eso la preocupó —sugirió Nadine.

—Sí. Eso la preocupó. No le gustaba la poesía. La escritura. Era estrictamente vid. Todo empeoró.

—Sí.

—Empeoró mucho. Gina estaba en el medio. Yo me sentía escindido. Al fin tuve que marcharme.

—Sí.

—Aguardamos un año. Yo intenté escribir. Dione tenía dos trabajos. Ninguno de los dos estaba terapiado pero entonces eso no importaba tanto. Yo nunca intenté publicar. Fui a trabajar a otra empresa. Revisión de textos para periódicos. Dione me pidió que volviera. Yo decía que la quería. Pero no podíamos estar juntos. Siempre se interponía algo.

—Sí.

—El divorcio era casi definitivo. Gina lo estaba llevando mal. Dione quería llevarla a terapia. Yo me negué. Le dije déjala ser ella misma, deja que lo supere. Dione dijo que Gina tenía siete años dijo que Gina hablaba mucho de la muerte. Yo dije sí pero es demasiado pequeña para saber algo sobre eso, es curiosidad, déjala tranquila. Crecerá.

—Sí.

Podía tender la mano para agarrarle el brazo, someterla.

+ Cómo se hace sólo con las manos. Sin herramientas.

+ Llorar ahora sería buena idea.

—Te escucho —dijo Nadine.

—El divorcio. En dos semanas terminaría el trámite. Procedimientos informales, sin comparecer en el tribunal, todos los bienes ya divididos.

—Así fue como lo hice yo —dijo Nadine.

—Ella me traía a Gina para que pasara el fin de semana conmigo. Siempre lo hacíamos. No queríamos hacerle daño.

Nadine no dijo nada para alentarle. Aun en su insensibilidad intuía que se acercaba algo desagradable.

—Hubo un atascamiento en la esclavovía. Un autobús. El autobús de ellas. Un pequeño sismo en el valle había cortado las cuadrículas de las esclavovías. Se estrellaron contra un muro de contención y siete coches se incrustaron contra ellas. Gina murió. Dione también, un día después.

Nadine dilató los ojos, con aire febril.

—Dios mío —jadeó.

+ Lo está visionando, saboreando. Le gusta hundir los dedos, hurgar en el humus.

—Lo afronté solo, sin terapia. Andaba como un zombi. Pensaba que en realidad amaba a Dione. No quería nada tan definitivo. Gina venía a hablarme cuando yo me acostaba. Estaba desquiciado. No quise terapiarme porque pensé que sería como ultrajar a Gina y Dione. Hice un pequeño altar para ambas y quemé incienso. Escribía poemas y los quemaba.

»Al cabo de unos meses volví a trabajar. Había conocido a Goldsmith. Empecé a sobreponerme, a salir del pantano. Goldsmith me ayudó. Me contó que cuando era niño veía a su padre, su padre muerto. Me dijo que no me estaba volviendo loco.

Nadine sacudió la cabeza lentamente.

—Richard, Richard —murmuró. Condolencias de rigor.

Tenía la cabeza abarrotada. Allí se agolpaban su yo presente y alguien parecido a Goldsmith y el viejo Richard Fettle y todos sus recuerdos. Ese agolpamiento le daba ganas de acostarse en una habitación a oscuras.

—Deberíamos salir a caminar —declaró Nadine—. Después de esto necesitas salir y hacer algo enérgico, hacer ejercicio.

Le tendió el brazo. Richard le dio la mano y se levantó, haciendo crujir las articulaciones.

—Nunca se lo contaste a nadie —dijo ella mientras bajaban la escalera del tercer piso.

—No —convino Richard—. Sólo a Goldsmith. —Se retrasó un escalón y le

observó la nuca.

Karl preparó los inductores en la sala de sondeo. David y Carol trabajaban con arbeiteres especializados para revisar exhaustivamente las conexiones antes de llevar a Goldsmith. Martin observaba atentamente los preparativos, tratando de no entorpecer la tarea, callado pero haciendo sentir su presencia.

—Estás vigilando —le dijo Carol, empujando una mesa de equipo ante la consola de control.

—Mi prerrogativa —respondió él con una sonrisa.

—No has comido. —Carol acomodó la mesa, se puso las manos en los bolsillos y se le acercó con burlona expresión de reproche—. Has trabajado demasiado. Estás pálido. Necesitas tus fuerzas para el sondeo.

El la miró con seriedad.

—Necesito hablar contigo. —Tragó saliva y desvió los ojos—. Antes de la incursión.

—Mientras comemos algo, querrás decir.

—Sí. Supongo que aquí todo está preparado. Excepto Albigoni. Lascal debía traerlo...

—Podemos continuar sin él.

—Lo quiero aquí como garantía. Si su entusiasmo flaquea...

Karl pasó al lado y Martin calló. Esa parte del sondeo no concernía a los demás.

—Comamos —sugirió Carol—. Una comida en la playa. Hace fresco. Ponte un jersey.

En ese momento Lascal entró en la galería de veinte butacas que daba al anfiteatro. Albigoni lo seguía. Martin saludó con un movimiento de cabeza y se volvió hacia Carol.

—Buena idea. Cuando Goldsmith esté dormido y hayamos inyectado los nanos.

En parte por superstición, en parte por intuición, Martin siempre había exigido que los sujetos de un sondeo triplex no vieran ni pudieran reconocer a sus investigadores. Le parecía mejor que un explorador entrara en el País como un elemento nuevo y desconocido. Por ese motivo, David y Karl —que quizá debieran sumarse al equipo de sondeo si se presentaban dificultades— se reunieron con Martin y Carol detrás de un telón en el fondo del anfiteatro, mientras entraban al sujeto en una camilla. Goldsmith llevaba una bata de hospital. Ya tenía tubos intravenosos en el brazo derecho y en el cuello. Tendido en la camilla, permanecía callado, alerta y vigilante. Al ver a Albigoni en la galería, Goldsmith levantó la mano para saludarlo, la bajó y desvió los ojos.

Albigoni miró el anfiteatro desconcertado. Lascal apenas alzó el brazo. Se sentaron, y Albigoni entornó los ojos, frotándose la nariz con ambas manos.

Margery y Erwin aplicaron los contactos a la sien de Goldsmith.

—Buena suerte —le oyó decir Martin—. Si algo me sucede y no regreso... gracias. Sé que han hecho todo lo posible.

—No hay peligro —le dijo Erwin.

—Aun así —dijo ambiguamente Goldsmith.

Margery aplicó el campo inductor. Goldsmith se adormeció en cuestión de minutos. Con los ojos cerrados, movió un rato los labios —esa extraña y reflexiva plegaria típica del sueño inducido— y se relajó. Las arrugas del rostro se alisaron. Parecía diez años más joven. Margery y Erwin lo acomodaron en el diván del triplex y le amarraron los brazos, los muslos, la cabeza y el tórax. Martin preguntó la hora. La voz femenina del manager del teatro respondió:

—Trece cero cinco treinta y tres.

—Todo parece normal —dijo Margery—. Es suyo, doctor Burke.

—Iniciemos análisis MRI craneal completo —dijo Martin, saliendo de atrás del telón—. Dadme tres posiciones probables.

David y Karl cogieron un tubo hueco lleno de imanes superconductores y lo insertaron en surcos a ambos lados de la cabeza de Goldsmith. David realizó un rápido chequeo de las conexiones de Goldsmith antes de enchufar el cable.

Mientras el equipo emitía un zumbido tenue, David realizó una serie de toscas lecturas electrónicas del cerebro y la medula espinal superior de Goldsmith.

—Pantalla —ordenó Martin. El manager del anfiteatro proyectó una imagen encima del diván y Martin ordenó que le mostraran los análisis MRI. Los círculos rojos del hipotálamo indicaban posiciones probables para las sondas, según deducciones del ordenador basadas en experiencias anteriores. Las coordenadas de siete de esas posiciones se comunicaron al contenedor de nanomáquinas, que se orientarían mediante los nodos del campo inductor; cada nanomáquina sabría dónde estaba con un margen de pocos angstroms.

Karl levantó la tapa de acero del contenedor y extrajo un cilindro de plástico transparente. Martin cogió el cilindro y le dio un vistazo. Un nanoinstrumento médico deteriorado mostraba una pátina irisada. Este contenedor tenía más de un año pero aún estaba fresco, y mostraba el correspondiente color rosado y grisáceo. Martin devolvió el cilindro y Karl lo insertó en el frasco de solución salina. Grises nubes de próquinas oscurecieron el líquido cristalino. Margery extrajo el cilindro cuando quedó vacío, insertó una redoma de nutrición y la vació en la solución salina mientras Erwin conectaba los tubos a la entrada del cuello de Goldsmith. Una grapa apretaba el tubo cerrando el paso a la solución salina cargada.

Carol y David vertieron un segundo cilindro de nanomáquinas en un segundo frasco de solución salina. Eran próquinas equipadas con drogas; viajarían desde la entrada del brazo hasta el corazón y reducirían gradualmente el metabolismo corporal

para llevarlo a un sueño neutro y sin sueños, algo que los campos de sedación no podían lograr. Las próquinas también llevaban *buffers* del sistema inmunológico que controlarían la reacción ante las nanomáquinas cuando entraran por el cuello de Goldsmith.

Carol insertó el tubo del brazo, quitó la grapa. La solución cargada entró en el brazo.

—Reducid fuerza de campo a nivel referencial —dijo Martin. El manager del panel de control obedeció. Martin examinó el rostro de Goldsmith buscando indicios de narcosis. Le levantó un párpado—. Dadle cinco minutos más, luego liberad la carga principal.

Retrocedió y miró hacia la galería. Formó una O con el índice y el pulgar. Albigoni no reaccionó.

—Hombre alegre —le murmuró a Carol.

Carol lo siguió detrás del telón.

—Comida —sugirió ella—. Podemos tomarnos una hora. Los demás pueden monitorearlo.

Martin suspiró y miró su pizarra. Sintió un temblor, producto de la tensión acumulada.

—Este momento es tan bueno como cualquier otro.

—El explorador debe estar con el ánimo adecuado —le recordó ella con la voz regañona de una madre. Lo miró intensamente—. Relajado, lúcido.

—Fausto jamás estuvo relajado. No podía darse ese lujo. —Martin señaló la galería con la cabeza y notó con asombro que habían oscurecido el vidrio—. Albigoni me está dando escalofríos. Actúa como un zombi.

—Tendrías que hablarle antes de que salgamos a comer.

Martin sonrió de pronto, cogió a Carol por los hombros y la abrazó.

—Me alegra que estés aquí —dijo.

—Formamos un equipo —dijo Carol, apartándolo suavemente—. Vamos a hablar.

Atravesaron la salida y subieron la escalera de la galería. Cuando entraron, Albigoni hablaba en voz baja con Lascal y otro hombre. Martin lo reconoció: Francisco Álvarez, director de Becas y Ayudas de la Universidad de California Sur. Ahora comprendía; habían oscurecido el vidrio para que Álvarez no viera el teatro.

Álvarez se levantó sonriendo.

—Doctor Burke. Me alegro de verle de nuevo.

—Han pasado algunos años —dijo Burke. Se dieron la mano. El apretón de Álvarez era blando.

—Estoy conversando sobre sus ayudas —le dijo Albigoni a Martin. Tenía ojeras de fatiga—. Mañana me reuniré con el consejero del presidente. Cumpló con mi palabra, doctor Burke.

—Jamás lo puse en duda —dijo Burke.

—Ni siquiera preguntaré qué pasa aquí —rió Álvarez—. Debe ser importante, si involucra al presidente.

—Las ayudas siempre son importantes —dijo Albigoni—. ¿Quería hablarme, doctor Burke?

Martin miró a los tres un instante, apabullado por los contactos y el dinero que suponía esa simple escena. El consejero del presidente. ¿Por qué no el procurador general? ¿Punto final a las investigaciones sobre las presuntas conexiones del Instituto con Raphkind?

Carol le tocó el brazo.

—El proceso ha comenzado —dijo Martin—. Todo estará listo para mañana a esta hora. Tendremos mucho trabajo en el ínterin, pero podemos tomarnos un descanso, prepararnos para el gran acontecimiento.

—Entiendo —dijo Albigoni—. El señor Álvarez y yo tenemos más cosas de que hablar.

Martin asintió. Él y Carol retrocedieron y Martin cerró la puerta de la galería.

—Dios, qué arrogancia, traer aquí a Álvarez —comentó Martin mientras subían a la planta baja por la escalera trasera. Notó que estaba sudando y tenía el cuello tenso—. Tal vez Albigoni también lo controle a él.

—Al menos está funcionando —dijo Carol—. Albigoni, quiero decir.

LitVid 21/1 Red A (David Shine, Informe Vespertino): «La única noticia que hemos recibido de AXIS puede ser importante o no. Un análisis recién recibido indica que por lo menos tres de las formaciones circulares de torres descubiertas por AXIS en Alfa del Centauro B—2 están constituidas por mezclas de minerales y materia orgánica, siendo los minerales carbonato de calcio y silicatos de aluminio y bario, y la materia orgánica son polímeros amorfos de hidratos de carbono similares a la celulosa que encontramos en el tejido vegetal terrestre. AXIS ha informado a sus amos de la Tierra que es posible que las torres no sean estructuras artificiales... Es decir, no estarían creadas por formas de vida inteligentes. No hemos recibido ninguna pista acerca de cómo pudieron ser creadas.

«¿Sufriremos un revés o una decepción si resulta que los círculos de torres de B—2 son naturales? ¿Acaso nos hemos preparado para una nueva era de maravilla y desafío cuando en realidad se trataba de una falsa alarma?

»Como de costumbre, LitVid 21, interesada en la supervivencia económica, ha encontrado un tema que podría revestir el mismo interés para nuestros espectadores... en caso de que las torres resultaran ser un enorme fiasco.

»Desde que LitVid 21 irradió poemas creados por los pensantes maquinal y biológico de AXIS, nuestro público ha cobrado un creciente interés en la «personalidad» de AXIS. Como ya no podemos comunicarnos efectivamente con AXIS, pues las señales tardan más de ocho años y medio en ir y volver, acudiremos a Jill, el pensante avanzado que, entre otras funciones, ejecuta la simulación de los procesos pensantes de AXIS.

«Aunque el nombre es femenino, Jill no es hembra ni varón. Según el diseñador y programador Roger Atkins, Jill tiene potencial para transformarse en un individuo autoconsciente plenamente integrado, aunque todavía no lo ha hecho».

Atkins (entrevista): «Cuando comenzamos a construir los componentes que constituirían a Jill, hace quince años, pensábamos que la autoconciencia sería una consecuencia casi natural en determinado nivel de complejidad. No ha resultado ser así. Jill es mucho más compleja que un ser humano, pero no es autoconsciente. Lo sabemos porque Jill no encuentra humor en una broma diseñada específicamente para verificar la autocondencia. Es la misma broma que programamos en el AXIS original, un pensante más viejo y menos avanzado que es tan complejo como un ser humano en la mayoría de los aspectos. Es un verdadero enigma que ni AXIS ni Jill comprendan la broma.

«Cuando empezamos a diseñar AXIS hace más de treinta años, creíamos contar con los rudimentos de lo que constituye la autocondencia. Creíamos que la autoconciencia resultaría de una concatenación de modelizaciones de la conducta

social y la autoaplicación de esas modelizaciones, es decir, circuitos de realimentación. Para nuestros sistemas pensantes, creíamos que si un sistema podía modelizarse a sí mismo, en el sentido de crear una abstracción funcional en tiempo real, o más rápida que el tiempo real, emergería la autoconciencia. Esto parecía constituir una buena explicación para la evolución de la autoconciencia humana.

«Actualmente pensamos que la autoconciencia no opera en función de la complejidad, ni siquiera del diseño en cuanto tal; la autoconciencia puede ser una especie de accidente, catalizado por un acontecimiento o proceso interno o externo que no comprendemos.

»Hace tres años comenzamos a presentar a Jill problemas relacionados con la sociedad, con la esperanza de introducir ese catalizador al brindar a Jill un contexto social. Sin embargo, aún no ha ocurrido nada relevante, aunque Jill sigue intentándolo. A veces se expresa con vehemencia, con la convicción de que lo ha conseguido... es conmovedor. Es como esperar el nacimiento de un bebé... Hay mucha alharaca, pero aún no ha salido.

»Lo cual no significa que no sea un deleite trabajar con Jill. No hay nada comparable a diseñar y programar un pensante complejo. Después de pasar tanto tiempo con Jill, cualquier otra cosa sería como perder el tiempo».

David Shine: «Bueno, usted puede estar enamorado de AXIS o Jill y encontrarlos encantadores, pero no son como usted ni como yo. A pesar de su maravilloso talento, están tan dotados de «alma» como un manager hogareño.

»Por otra parte, algunos investigadores en psicología sugieren que si la autoconciencia no surge automáticamente de la complejidad, una gran cantidad de seres humanos quizá sólo sean poco más que autómatas convincentes. Tal vez todo ser humano deba sufrir esta misteriosa «catálisis» para experimentar la autoconciencia, y no todos la sufren. La idea no es nueva, pero es decididamente peligrosa. Tal vez en una próxima edición podamos preguntar a Jill qué piensa de esta posibilidad».

Cambio a LitVid 21/1 Red B (decodificado: Control Cabo Australiano). Mensaje cursado por Rastreo Espacial: Control Lunar: Control Cabo Australiano: _____—AXIS> Espero que este análisis no sea decepcionante. No veo ninguna razón para que tales materiales no pudieran ser utilizados por formas de vida inteligentes, tal vez una variedad especial de celocemento. Sabremos más dentro de pocas horas. Aún sigo *esperanzado*, si yo (informal) puedo utilizar esa palabra, adoptando la sinclinal semántica correspondiente. Espero hallar seres inteligentes con quienes comunicarme!

El lenguaje es la máquina que se encarga de pensar por nosotros. El lenguaje hablado es un avance evolutivo tan importante en la función cerebral como la ampliación de la corteza cerebral. La historia del lenguaje hablado (y mucho más tarde, escrito) es un problema fascinante para los psicólogos, pues para comprender las primeras etapas de desarrollo debemos regresar a esa clase de mentalidad que no está familiarizada con las palabras. Hallamos esto en niños muy pequeños, pero no quedan culturas preverbales en la Tierra, y la ontogenia no recapitula la filogenia en el lenguaje, como no lo hace en embriología...

BHUWANI: Alma artificial

49

En los *quartiers diplomatiques*, Soulavier le dio una hora para descansar y prepararse.

Mary cerró la puerta del dormitorio, sacó el cepillo de la chaqueta y lo puso en la cómoda, junto a la ventana. Bajó la cortina y revisó mentalmente las instrucciones.

El proceso llevaría diez minutos. No había cerradura en la puerta; apoyó una silla de madera contra el picaporte de bronce y cristal. Buscó rápidamente los materiales que necesitaba. Por lo menos un cuarto de kilo de acero, doscientos gramos de plástico de alta densidad y el neceser. Examinó la habitación, cogió una bandeja de acero inoxidable de la cómoda y decidió que serviría. Un reloj de la mesilla, casi todo de plástico. En el armario encontró un bastidor de metal. Sopesó el bastidor; más que suficiente.

Apiló los objetos en la cómoda, desatornilló el mango del cepillo y extrajo un panel de plástico de la cabeza. En la zona expuesta había un botoncillo rojo. Suspirando, pensando en Ernest, sintiendo un cosquilleo de temor, oprimió el botón y acercó el mango y la cabeza del cepillo a la pila de objetos.

Una viscosidad gris brotó del mango, dirigida por un campo referencial que estaba dentro de la cabeza. Se expandió como musgo por la cómoda, tropezó con el bastidor, se detuvo e inició su labor.

Soulavier le había dado una hora pero Mary suponía que le concedería veinte minutos de intimidad relativa. No sabía qué harían los criados. Quizás intentarían abrir la puerta en cualquier momento y con cualquier pretexto, para demostrar alarma y expresar preocupación por su seguridad.

Mary se recostó en la cama y decidió verificar lo que le habían dicho sobre la prohibición de comunicarse.

Cogió la pizarra y tecleó una solicitud de acceso directo al Mando Conjunto de Defensa Pública de Los Ángeles. El transmisor de la pizarra tenía potencia suficiente para llegar a los satélites de primer nivel, a trescientos cincuenta kilómetros; si le habían dicho la verdad, la señal quedaría bloqueada por una interferencia automática procedente de un transmisor de contrafase más potente. Suponía que La Española estaría inundando todos los satélites de comunicaciones con mensajes aleatorios falsos; los satélites «eclipsarían» la isla para reinstaurar el orden en sus sistemas.

Sin embargo, La Española necesitaba ciertos enlaces de satélite para mantener contactos políticos y financieros esenciales. Existía la posibilidad de que las autoridades anularan periódicamente la interferencia de contrafase.

La pizarra indicó: *Enlace establecido. Proceda.* Mary enarcó las cejas. Ninguna interferencia. ¿Acaso esperaban que hiciera esto? Tecleó: *Chequeo de identidad.*

Unidad comunicaciones DP registro de mensaje 3254—461—21—C.

Entre. Dudaba que los agentes de seguridad de La Española tuvieran su número de registro de mensajes dp, aunque ahora lo tendrían si estaban escuchando. Reflexionó un instante, decidió ser circunspecta pero aprovechar una posible abertura. Tecleó: *Llamada a D Reeve. Texto del mensaje: Retenida en La Española. Ninguna información sobre sospechoso. Bien tratada.* Esto para el caso de que su éxito fuera una treta y la estuvieran escuchando. *Utilizando obsequio. Menudo desbarajuste.* Luego tecleó: *Confirme recepción.*

Registro de mensajes DP 3254—461—21—C: acuso recibo de mensaje para supervisor D Reeve.

Mary frunció el ceño. El enlace era claro; no tenía sentido. Pensó en pedir que la sacaran de allí, pero no tenía dudas de que estaban haciendo todo lo posible. *Continúa mensaje. Iré a Leoganes, en las afueras de Puerto Príncipe. Grutas turísticas. Alta tensión; puede haber golpe de estado contra Yardley en marcha. ¿Dominicanos? Vehículos militares en las calles. Confirme nuevamente recepción de señal.*

Miró la cómoda: la pasta brillante y gris cubría todos los objetos de la pila. Y se estaban deformando.

Confirmación de señal no recibida, dijo la pizarra. *Enlace incompleto: se sospecha interferencia.*

Allí estaba: la interdicción. O bien alguien se había dormido ante los controles o bien alguien jugaba con ella; en cualquier caso, le habían permitido enviar el mensaje de que estaba con vida. Con un suspiro trémulo apagó la pizarra y se arrodilló ante la cómoda, acodándose en el borde y apoyando la barbilla en los brazos cruzados.

Observó pacientemente la labor del nano. Los tubos metálicos del bastidor se habían arrugado bajo la capa gris. La masa de pasta y objetos desconstruidos se contraía en una redondez convexa. El nano formaba un objeto dentro de esa

convexión, como un embrión dentro de un huevo.

Cinco minutos más. La casa estaba en silencio. Afuera sonaban detonaciones lejanas que reverberaban en las colinas y montañas circundantes. Mary cerró los ojos, tragó saliva, reunió sus recursos mentales.

¿La isla estaba al borde de la guerra civil? ¿Ella estaba a punto de ser acusada de espía en el calor de un momento de furia? Imaginó a Soulavier como su verdugo, hablándole afablemente de su lealtad al coronel sir.

La conexión ahora tenía protuberancias. Mary pudo distinguir la forma básica. A un lado, la materia prima sobrante formaba terrones de escoria fría. El nano se retiró de la escoria. Culata, cargador, recámara, cañón y guía. A un lado de la convexión se formaba un segundo terrón. Un cargador de repuesto.

— ¿Está lista, mademoiselle? —preguntó Soulavier desde el otro lado de la puerta. Mary se sorprendió de no dar un salto. Él se anticipaba. Sin duda le habían informado que había efectuado una transmisión; chiquilla traviesa.

—Casi —dijo Mary—. Unos minutos más. —Empacó rápidamente su maleta y arrojó la escoria en la papelera. Se lavó la cara en el cuarto de baño, se miró en el espejo y se preparó mentalmente para lo que vendría.

Cogió la pistola de la cómoda y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta. Delgada, apenas formaba bulto. El nano de la cómoda se compactó y se introdujo como una babosa en el mango del cepillo, un brillo aceitoso en la superficie; opaco. Necesitaría una carga nutriente para obrar más milagros: le habían dicho que bastaría con empapar el cepillo con una lata de cola. Mary ensambló el cepillo y lo guardó en la maleta, cerró la tapa, apartó la silla del picaporte y abrió la puerta.

Soulavier estaba apoyado en la pared, mirándose las uñas. La observó con rostro afligido.

—Demasiado tiempo, mademoiselle.

—¿Cómo?

—Hemos esperado demasiado. Pronto oscurecerá. No iremos a Leoganes. Si la segunda parte del mensaje había llegado a destino, era lógico que los españólanos la desviarán a otra localidad.

—¿Adonde? —preguntó.

—Mi instinto me lo dirá —respondió Soulavier—. Pero lejos de aquí, y pronto.

Mary se preguntó cómo habría recibido Soulavier sus instrucciones. Quizá tuviera un implante, aunque se suponía que esa tecnología no era común en La Española.

—Traté de llamar a mis superiores —dijo ella—. Pero no conseguí comunicarme.

Soulavier se encogió de hombros. Parecía haber perdido toda vitalidad. La observó con ojos entornados, cabeza erguida, boca inexpresiva.

—Ya le informaron que no sería posible —dijo, remarcando cada palabra.

Ella le sostuvo la mirada, arqueando la comisura de la boca en un gesto

provocativo. Esto no era un fallo neutro.

—Aún preferiría quedarme en este complejo —dijo.

—La decisión no le corresponde.

—Pero no me molestaría ir a Leoganes.

—Mademoiselle, no somos niños.

Mary sonrió. La actitud de Soulavier había cambiado drásticamente; ya no era su protector. No era preciso reforzar ese cambio modificando la actitud.

—Nunca creí que lo fueran.

—En algunos sentidos somos muy sofisticados, tal vez más de lo que usted cree. Vamos.

Mary cogió la maleta. Soulavier se la quitó con brusquedad y la siguió por el pasillo. Pasaron frente a Jean—Claude y Roselle, quienes estaban de pie en el living, con el rostro inexpresivo y las manos entrelazadas.

—Gracias —les dijo Mary, sonriendo afablemente. Parecían ofendidos. Jean—Claude frunció la nariz.

—Nos vamos —insistió Soulavier.

Mary metió la mano en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Ellos vienen con nosotros? —preguntó.

—Roselle y Jean—Claude se quedan aquí.

—De acuerdo. Como usted diga.

No sería prudente sentarse a comer en el parque del Instituto. Además, una brisa fresca soplaba desde el mar. Carol y Martin salieron por la entrada de servicio, caminaron entre paredes de hormigón y enfilaron por una angosta vereda de asfalto hasta los bosques que había detrás del edificio. Martin le miró la espalda mientras ella lo precedía entre los eucaliptos. Carol llevaba un paquete de bocadillos y dos latas de cerveza. Martin llevaba una manta de playa. Ella pateó grácilmente unas hojas, miró por encima del hombro.

—Te ordeno que te olvides del trabajo por unos minutos —dijo.

—Una orden exigente —respondió él.

—Todavía debería haber... Allí está —dijo Carol triunfalmente, señalando un claro entre los árboles, cubierto de hierba seca sin podar. Esa zona estaba más allá de los límites controlados por los jardineros del Instituto.

Se alejaron de la vereda y tendieron la manta en la hierba, actuando conjuntamente en silencio. Se sentaron y Carol desenvolvió los bocadillos.

Seguía soplando la brisa marina a ráfagas frescas entre los altos y esbeltos árboles. Llevaban ropa ligera y a Martin se le puso la carne de gallina. Miró aprensivamente las ramas cercanas; podían romperse si el viento soplaba con fuerza.

—No puedo —dijo sonriendo.

—¿Qué?

—Olvidarme del trabajo.

—No esperaba que lo hicieras.

—Pero de todos modos esto es bonito. Un descanso.

—¿Y por qué crees que te arrastré hasta aquí? —preguntó Carol.

—¿Tú me arrastraste? —dijo él, mordiendo el bocadillo, observándola con los ojos—. Seducción.

—Pronto compartiremos una intimidad mayor —le recordó ella.

Él asintió y adoptó una expresión pragmática.

—Estamos aquí para aclarar las cosas antes de la incursión.

—Así es.

—He viajado contigo tres veces. Somos muy compatibles en el País. —Martin abrió la lata de cerveza y se la dio a Carol.

—En efecto. Quizá demasiado.

El caviló un instante.

—Patín sobre hielo. Conozco a un matrimonio de patinadores. Están tan unidos fuera del hielo como cuando patinan juntos.

—Maravilloso —dijo Carol.

—Siempre pensé que podíamos lograr lo mismo.

Ella sonrió, casi con timidez.

—Bueno. Lo intentamos.

—Esos patinadores son gente maravillosa, pero no son excepcionalmente brillantes. Tal vez seamos más listos de lo que nos conviene.

—No creo que sea eso —dijo Carol.

—Entonces, ¿qué?

—Simpatizamos profundamente por dentro. Nunca he experimentado esa sensación con otra persona... Claro que nunca me he internado en un País humano con nadie que no fueras tú. El problema es que hay demasiadas capas entre el yo que vemos en el País y lo que vemos aquí y ahora. Afuera.

Martin había pensado en eso muchas veces, siempre tratando de hallar argumentos para sortear esa valla. Le entristecía que Carol llegara a la misma conclusión, pues tal vez eso significara que era verdad.

—En un sueño... —comenzó ella, y dio otro mordisco al bocadillo—. ¿Alguna vez has soñado que experimentabas una emoción tan fuerte, tan cierta, que en el sueño te echabas a llorar como si todo el dolor que sentías se liberase y te purificaras?

Martin sacudió la cabeza.

—En mis sueños no.

—Bueno, creo que hemos vivido algo así en el País, un par de veces. Trabajando estrechamente, como hermanos, o como *anima* y *animus*. Creo que mi parte masculina congenia con tu parte femenina.

—Eso es bueno —dijo Martin.

—Lo es... mientras no se enfrenten. País arriba. Pero tu personalidad del País difiere de lo que veo aquí afuera.

—Es inevitable —dijo Martin—. Aun así, has visto cómo soy en realidad.

Carol rió y sacudió la cabeza tristemente.

—Eso no basta. Recuerda las capas. Sabes tan bien como yo de qué estamos hechos... Al dedillo. De arriba abajo, todas las capas.

Martin concedió que así era.

—Pero no las considero un obstáculo... me refiero a tus capas. Siempre tengo a la vista el yo que encuentro en el País.

—Martin, yo te sacaba de quicio.

Él la miró sobresaltado.

—¿Qué...?

—Es decir, noté que realmente te fastidiaba.

—Supongo que yo también te fastidiaba.

—Sí. No simpatizábamos afuera. No podíamos congeniar. Sabes que lo intenté, que lo intentamos.

—Transferencia. Intertransferencia —sugirió él vagamente.

—Estaremos juntos de nuevo —continuó ella, mirándolo con firmeza y severidad—, y Dios sabe que esta vez no podemos fallar.

Él asintió con un movimiento de cabeza.

—He sentido esa fricción entre nosotros —dijo Carol.

—No es fricción, sino la pérdida de la esperanza —corrigió Martin.

—He sido muy realista —continuó ella—. Espero que tú también.

—Pues no tanto —confesó Martin con un suspiro. No quería revelarle sus pensamientos, ceder a ese desesperado afán de despertar piedad contándole cuánta soledad había sentido el último año y cuan difícil era y cuántas veces había pensado en ella imaginando un hogar, paz y tranquilidad. Carol, entre sus muchas capas, tenía una barrera especial contra la piedad. Aun así, como una mariposa en torno de la llama, Martin revoloteaba mentalmente en torno de esa desdicha pasada y comprendió por qué había permitido que lo faustearan. Cualquier cosa nueva era preferible a la autocompasión.

—¿Crees que es un error volver a internarnos juntos en el País? —preguntó Carol.

—Demasiado tarde para arrepentirse. Eres lo mejor que tengo con tan poca antelación. —Martin la miró para ver si la había irritado un poco. Al fin sonrió—. O lo mejor que podría hallar en cualquier momento.

—Pero tenemos un problema.

—Ningún problema —dijo Martin resueltamente, plegando el envoltorio de los bocadillos—. Soy grandecito. He hecho frente a mayores decepciones. Y realmente no creía que pudiéramos hacerlo funcionar de nuevo.

—¿No?

—No, pero tenía que intentarlo. Cambiemos de tema. Entraste en el País de Jill. ¿Cómo era?

Carol se adaptó al cambio rápidamente y con satisfacción, con una expresión radiante que irritó a Martin. Ella se transfiguraba al hablar con él de temas profesionales. Pronto se fusionarían en una intimidad más profunda que la experimentada por cualquier matrimonio, pero no existiría una fase intermedia. Ni serena vida doméstica ni nada de lo que él soñaba: apacibles horas en una cabaña nieve afuera leyendo noticias en la pizarra mirando LitVid, sonriéndose en paz y fidelidad.

—Fue maravilloso —dijo Carol—. Extraordinario, muy diferente... muy diferente de entrar en un humano. Jill no es autoconsciente. Es brillante, el mejor pensante del mundo... quizás una mente mejor que la de cualquier individuo humano. Pero no sabe quién es.

—Eso deduje.

—Aun así, en sus primeros años Jill logró ensamblar algo muy parecido al País.

Sus programadores lo descubrieron hace unos años, y Samuel John Baker, que es el tercer diseñador y programador principal, después de Roger Atkins y Caroline Pastor... me llamó cuando cerraron el Instituto. Yo le había conocido en la universidad. Él había estudiado medicina psicológica y terapia un par de años, como suplemento de la teoría de los pensantes. Yo sé bastante sobre teoría de los pensantes, como sabes...

«Trabajamos juntos para ver por qué Jill tenía un País. En su fase inicial, hace quince años, Jill operaba según perfiles profundos de los cinco diseñadores principales, Atkins, Pastor, Baker, Joseph Wu y George Mobus. Se sometieron a exámenes nanoquirúrgicos de terapia hipotalámica, en tiempos en que era un procedimiento bastante experimental. Destilaron los patrones que habían encontrado sin saber qué significaban, y trataron de incorporarlos a Jill. Entonces no se llamaba Jill. Atkins le puso ese nombre después. Una ex novia o algo parecido.

Martin escuchaba con atención.

—Lo que hicieron fue como arrojar carne en un aparato centrífugo con la esperanza de que volviera a transformarse en un animal. Desesperación de Frankenstein. O quizá fue brillantez. En cualquier caso...

—Funcionó.

—En cierto modo. Ahora podemos imaginar por qué funcionó... estaban usando algoritmos de organización de personalidad, que son sólidos y casi universales. Si introduces esos patrones en cualquier medio apropiado de energía libre, comenzarán de nuevo.

»Jill adquirió algo de todos sus diseñadores. No bastó para brindarle autoconciencia. Pero eso, combinado con su tremenda capacidad pensante y su almacenamiento de memoria, añadió verdadera profundidad y la transformó en algo superior a cualquier pensante anterior.

—¿Incluido AXIS?

—Es una buena pregunta. AXIS es más simple que Jill, por fuerza. Pero AXIS también opera sobre perfiles de personalidad de Atkins y los demás; perfiles anteriores, menos completos. Atkins sostiene que AXIS quizá se vuelva autoconsciente antes que Jill. Al menos lo dice extraoficialmente. Cree que quizás hayan abarrotado a Jill con demasiados algoritmos conflictivos, aunque éstos le hayan brindado profundidad y lucidez.

—Huele a misticismo.

—En efecto. A veces Atkins es místico. Muy moralista. Pero cree sinceramente que AXIS es un caso más puro.

—¿Qué hay del País, pues?

—Los algoritmos que Jill adquirió buscan automáticamente un sustrato de lenguaje mental interno. Jill no tenía ninguno. Así que los algoritmos comenzaron a

inventar algo, *post fado*. El proceso debe haber tardado nueve o diez años, así que Jill apenas era un bebé, pero los algoritmos comenzaron a extraer detalles de la memoria y el *sensórium*, trabajando retrospectivamente para crear una especie de País. Cuando Mobus y Baker lo descubrieron, pensaron que era un desastre. Pensaron que habían hallado un virus autogenerado dentro del pensante.

—Me imagino —rió Martin.

—Trataron de anularlo, pero no podían hacerlo sin cerrar las funciones superiores de Jill. Al cabo de un año de preocupaciones e investigaciones, Baker me llamó. Sospechaban que era un País como el que tú describías. Y así era.

—¿Por qué no me llamó a mí?

—Porque estabas hundido hasta el cuello y no podía justificar la publicidad.

Martin hizo una mueca.

—¿Y cómo era?

—Muy dulce. Simple y directo. Un país de nunca jamás. Simples imágenes de seres humanos, especialmente los programadores y diseñadores tal como los percibía Jill. Me recordaba los gráficos informáticos del siglo veinte. Raros, brillantes, limpios y matemáticos. Muchas abstracciones y lenguaje de diseño básico cobrando forma visual. Muchos espacios no visuales difíciles de interpretar. Visitar el sótano de Jill me hizo sentir como debe sentirse Roger Atkins... Realmente llegó a gustarme.

Martin, satisfecha su curiosidad, cabeceó con inquietud.

—Pero no parece un País complejo.

Carol frunció los labios.

—Supongo que no.

—De modo que no has viajado País arriba desde la última vez que fuimos juntos.

—No, tal vez no. Pero pasé más de doce horas en triplex. Eso debería contar, al menos como ejercicio.

—Por favor, no pienses que subestimo el trabajo que has hecho. Si no hubiera podido tenerte conmigo, no hubiera aceptado esto.

—Quizá —repitió ella con amargura.

Él enarcó las cejas y miró la manta.

—¿Has pensado en la posibilidad de que estemos en peligro?

—Pues no. ¿Por qué lo crees?

—Ante todo, Goldsmith. Es un océano encrespado bajo densos nubarrones. Sólo vemos las apacibles nubes. Pero lo que más me preocupa es no tener un *buffer*. Estaremos uno dentro del otro, tú, yo y Goldsmith, totalmente expuestos a las condiciones del País. En tiempo real. Sin demora.

Ella le cogió el hombro.

—Pues me atrae. Una auténtica aventura.

Martin la miró preocupado, esperando que no se confiara demasiado. El temor

podía ser una protección País arriba.

—¿Tenemos todo aclarado?

—Eso creo.

—Pues interrumpamos nuestro recreo y volvamos al trabajo.

—De acuerdo. Gracias.

—¿Por qué? —preguntó él, desconcertado.

Al levantarse, ella lo estrechó con fuerza y lo miró a los ojos.

—Por ser comprensivo y por ser un buen colega.

—Muy importante —masculló Martin mientras plegaban la manta y recogían las latas de cerveza vacías.

—Sin duda —dijo Carol.

Noche tropical, fulgor de estrellas, viaje en una limusina conducida por fantasmas a través de una campiña negra, frente a un hombre caviloso, huraño y parco. Mary Choy observaba la procesión de aldeas campos chaparrales más aldeas negra carretera de asfalto. La limusina ascendía gradualmente por sinuosas autopistas de montaña.

Mary acariciaba la pistola para familiarizarse con ella pero no la encontraba tranquilizadora; si tenía que usarla, era muy probable que también muriera. ¿Por qué Reeve se la había dado?

Porque ningún dp quería hacer frente al peligro en total desamparo. Recordó a la amante de Shlege en el jauleo de selectores de la cresta, disparando salvajemente sus dardos.

—Nos acercamos —dijo Soulavier. Se inclinó para mirar por las ventanillas, se frotó las manos, inclinó la *cabeza*, se restregó ojos y mejillas, haciendo preparativos para algo que no le apetecía. Irguió la cabeza y la miró fijamente, con tristeza.

—¿A qué? —preguntó Mary.

Él tardó un instante en responder. Desvió la mirada.

—Algo especial —dijo.

Mary apretó los dientes para dominar un escalofrío.

—Me gustaría saber en qué me meto.

—Usted no se mete en nada —dijo Soulavier—. Sus jefes la meten en cosas. Usted es como un lacayo. ¿Los americanos todavía usan esa palabra? —La miró imperiosamente, irguiendo la nariz—. Usted no controla su destino. Tampoco yo. Usted tiene sus compromisos, como yo. Usted sigue su camino, como yo.

—Suenan tremendamente fatalista —dijo Mary. Pensó nuevamente en sacar la pistola para obligarle a detener la limusina y que la dejara escapar. Un pensamiento débil que no se tradujo en nada. No podía ocultarse mucho tiempo en la campiña; hoy día no era problema hallar a un ser humano perdido o detectar a un individuo en una muchedumbre; ni siquiera en La Española, con su retraso de veinte años.

Souvalier hizo una pregunta en *creóle* a la limusina. La limusina respondió con voz femenina.

—Dos minutos más —le dijo Soulavier a Mary—. Irá a la casa del coronel sir en las montañas. No importa en qué montañas.

Mary sintió alivio. Eso no sonaba a sentencia de muerte; sonaba a partida de cartas diplomática.

—¿Entonces por qué está usted abatido? —preguntó—. Él es su líder.

—Soy legal al coronel sir —dijo Soulavier—. No me entristece visitar su casa. Siento tristeza por quienes se le oponen, como usted.

Mary sacudió la cabeza solemnemente.

—No he hecho nada para oponerme.

Soulavier desechó la respuesta con desdén.

—Usted constituye uno de sus problemas. Lo acosan por todas partes. Un hombre como él, tan noble, no tendría que enfrentarse a la ingratitud de unos perros salvajes.

Mary suavizó la voz.

—Soy tan responsable de sus problemas como pueda serlo usted. Vine aquí en busca de un sospechoso.

—Un amigo del coronel sir.

—Sí...

—Los Estados Unidos lo acusan de albergar a un criminal.

—No creo...

—Pues no crea nada —dijo Soulavier—. Aquí estamos.

Pasaron entre anchas columnas de piedra y hormigón mientras un pesado portón de hierro forjado se abría de par en par. Se encendieron luces alrededor. Soulavier extrajo documentos de identidad. La puerta de la limusina se abrió automáticamente y tres guardias los encañonaron con sus rifles. La miraron con ojos entornados, maliciosos, despectivos y escépticos. Soulavier les entregó los papeles mientras ellos ojeaban a Mary con murmullos de incredulidad y admiración masculina.

Soulavier se apeó primero y tendió la mano, arqueando los dedos para pedir la de ella. Mary salió sin aceptar su ayuda y pestañeó ante las linternas y reflectores.

¿Una casa? Torres de guardia en derredor, como en una cárcel o campo de concentración. Al volverse vio una curiosa monstruosidad gótica a lo largo del ancho patio de ladrillo y asfalto. Una vasta y puntiaguda espiral de madera y piedra labrada en hierro forjado, pintada de azul verdoso con ventanas enmarcadas de blanco y puertas que parecían ojos y bocas de payaso.

Mary notó que todos los guardias llevaban sus boinas negras ladeadas y vestían en negro y rojo.

En las anchas solapas todos llevaban pequeños botones con un hombre esquelético de ojos de rubí, con sombrero de copa y faldones. Soulavier se le acercó después de conversar con un grupo de guardias.

—Por favor, entrégueme el arma —murmuró.

Sin titubear ella metió la mano en el bolsillo, extrajo la pistola y se la dio a Soulavier, quien la examinó con cierta curiosidad antes de pasarla a los demás.

—Y el cepillo.

—Está en el equipaje. —Curiosamente, esta revelación y este despojo la reanimaron. Eliminaba un nivel de decisión. La situación era tan alarmante que las emociones no eran las previsibles.

—No somos palurdos —dijo Soulavier mientras los guardias sacaban la maleta

del coche y la abrían a culatazos. Un guardia alto y musculoso con cara de bulldog sacó el cepillo, lo alumbró con la linterna, abrió la tapa y olisqueó el nano.

—Dícales que no lo toquen —sugirió Mary—. Podría dañarles la piel.

Soulavier asintió con la cabeza y habló con los guardias en *creóle*. El bulldog tapó el cepillo y lo metió en un saco de plástico.

—Acompáñeme —ordenó Soulavier. Su nerviosismo parecía haber pasado. Incluso le sonreía. Mientras se aproximaban a la escalinata del frente de la casa, comentó—: Espero que sepa apreciar mi cortesía.

—¿Cortesía?

—Permitirle la sensación de estar armada, protegida, hasta el último momento.

—Oh. —La doble puerta de roble tallado se abrió. Detrás, puertas blindadas de acero se deslizaron internándose en ranuras—. Gracias, Henri.

—De nada. Volverán a registrarla para comprobar si lleva armas, y será una revisión exhaustiva. Lo lamento.

Mary se sentía desorientada, no espacial sino socialmente. Mareada.

—Gracias por el aviso —dijo.

—No hay de qué. Conocerá al coronel sir y su esposa. Cenará con ellos. No sé si yo la acompañaré.

—¿A usted también lo registrarán, Henri?

—Sí. —Estudió el rostro de Mary buscando rastros de ironía. No los encontró. Mary no estaba para ironías porque sentía intensamente la embriaguez del peligro—. Pero no tan exhaustivamente como a usted —concluyó.

Después de las puertas de acero, dos mujeres de rojo y negro le cogieron los brazos con firmeza y la condujeron a un guardarropa.

—Desvístase, por favor —ordenó una mujer baja, rechoncha y musculosa de rostro severo. Mary obedeció y le palparon los hombros y las caderas, agachándose para inspeccionar la piel en busca de manchas sospechosas. Le palparon la raya gris del trasero con murmullos de insatisfacción.

El doctor Sumpler sabrá de esto, pensó Mary, sin saber si reír o chillar.

La hicieron girar. Dedos secos, tibios.

—Usted no es *noire* —dijo la mujer baja. Sonrió mecánicamente—. Debo inspeccionarle las partes íntimas.

—Sin duda una máquina, un detector... —comenzó Mary, pero la mujer interrumpió su protesta con un cabeceo brusco y un tirón en la muñeca.

—Sin máquinas. Sus partes íntimas. Agáchese, por favor.

Mary se agachó. La sangre le martilleaba en la cabeza.

—¿Es el tratamiento habitual para los huéspedes?

Las mujeres no respondieron. La mujer baja se calzó un guante de goma, se untó un dedo con gel transparente e inspeccionó los genitales y el ano de Mary con

movimientos rápidos y profesionales.

—Por favor, vístase —ordenó—. Tiene la vejiga tensa. Cuando esté vestida, la llevaré al excusado.

Mary se vistió deprisa, tiritando de furia. La desorientación había pasado. Anhelaba que Yardley llegara a arrepentirse de lo que ella acababa de sufrir.

La mujer la condujo a un excusado lateral, aguardó a que hiciera sus necesidades y la acompañó hasta una rotonda. Soulavier se reunió con ella, rostro sereno, manos quietas, y aguardaron debajo de un enorme candelabro. Mary no era experta en decoración pero sospechaba cierta influencia francesa, tal vez de principios del siglo diecinueve. Paredes grisáceas con molduras blancas. Muebles más vistosos que funcionales, una atmósfera impregnada por el rico y opresivo pasado. No era lo que había esperado en la residencia de Yardley; había imaginado algo más parecido a una cabaña de cazador o los tonos oscuros de un estudio inglés.

—Madame Yardley, *née* Ermione La Louche, se reunirá con nosotros —dijo Soulavier. Los guardias los seguían en posición relajada. La mujer baja iba al lado de Mary—. Es de Jacmel. Una verdadera dama de nuestra isla.

En La Española no hay damas ni caballeros, pensó Mary. Estuvo a punto de decirlo en voz alta; Soulavier la miró con ojos cálidos y contritos, como si la hubiera oído. Sonrió con incertidumbre y se puso tieso.

Una mujer negra y esmirriada de pómulos altos y ojos límpidos, por lo menos quince centímetros más baja que Mary, entró en la rotonda. Llevaba un largo vestido estilo Imperio color verde. Estiró lánguidamente la mano enguantada para apoyarla en el brazo de un mulato canoso de librea negra. El mulato sonrió y saludó a Soulavier, las mujeres, Mary, todo galantería y obsequiosidad. Madame Yardley parecía sumida en sus ensoñaciones, hasta que se les acercó.

—*Bonsoir et bienvenus, monsieur et mademoiselle* —dijo el criado canoso, con voz resonante y cavernosa—. Madame Yardley está aquí. Ella hablará con ustedes.

La mujer pareció cobrar vida con un sobresalto. Sonrió, miró a Mary.

—Mucho gusto en conocerle —dijo con acento muy marcado—. Perdone usted mi inglés. Hilaire hablará por mí.

El criado asintió con entusiasmo.

—Por favor, acompañennos al salón. Allí hay bebidas y entremeses. Madame se complace en recibirlos. Sígannos, por favor.

Hilaire hizo girar a madame Yardley con un paso de vals y madame miró a Mary por encima del hombro, moviendo la cabeza. Mary se preguntó si esa mujer se mataba de hambre o si Yardley prefería las mujeres demacradas. Los exilados españoles le habían dicho que el coronel sir tenía amantes.

Quizá madame Yardley fuera puramente ceremonial.

El salón era extraordinariamente elegante, una sofocante y vertiginosa mezcla de

chinoiserie y motivos africanos. Un candelabro aún más grande titilaba sobre una enorme y antigua alfombra china tejida a mano. Un tambor alto como un hombre — un *assotor*— se erguía en un rincón sobre un pedestal.

Esculturas en ébano de hombres barbados orillaban las paredes, figuras altas de piernas cortas, cabeza angosta y espalda encorvada, dioses y demonios. En un rincón había un enorme cuenco de bronce lleno de agua y flores flotantes.

Esta elegancia contradecía todo lo que le habían contado: que Yardley prefería aposentos austeros y que no era ostentoso. Los botones de sus guardias con la imagen de Samedi: ¿también abrazaba el vudú?

Madame Yardley se sentó en el extremo de un diván con tapicería de *soie du chine*. Hilaire le soltó la mano y madame palmeó el asiento del diván, sonriendo a Mary.

—*Donnez—vous la peine de vous asseoir*, por favor —dijo con voz aniñada pero turbadora.

—Madame la invita a sentarse —dijo Hilaire—. Monsieur Soulavier, por favor ocupe ese asiento.

—Señaló con un dedo cubierto de anillos una silla que estaba a cinco metros sobre el azulado mar de la alfombra. Soulavier obedeció. Mary ocupó la posición indicada. —Madame Yardley desea hablar con usted sobre las circunstancias de nuestra isla.

Lo que siguió fue una conversación de teatro de títeres, una mezcla de francés e inglés chapurreado por parte de madame Yardley, acompañada por las traducciones oportunas, casi telepáticas, de Hilaire. Madame Yardley expresó preocupación por las dificultades que reinaban en la isla. ¿Qué informaba monsieur Soulavier?

Soulavier no dijo mucho más de lo que le había dicho a Mary: los dominicanos y otros sectores manifestaban insatisfacción, se había ordenado a las tropas que patrullaran. Esto pareció conformar a Madame.

Madame Yardley se volvió hacia Mary. Hilaire, de pie detrás de ella con las manos en el respaldo del diván, tradujo las frases. ¿Disfrutaba ella de su estancia? ¿Los españolanos la trataban bien?

Mary meneó la cabeza.

—No, madame —respondió—. Me retienen contra mi voluntad.

Una diminuta llama de preocupación se encendió en los ojos de Madame, que sin embargo no dejó de sonreír con el aire inquisitivo de una chiquilla.

Eso terminaría pronto, sin duda; esas dificultades eran embarazosas para todos. Ojalá todos pudieran vivir en armonía. ¿Acaso mademoiselle Choy era *noiriste*, ya que había elegido tan bello diseño para su cuerpo?

—No quise ofender a las gentes negras. Simplemente encontré atractivo este

diseño.

Hilaire se arqueó hacia adelante para participar en forma más directa.

—¿Sabe usted qué es el *noirism*? Madame Yardley pregunta si usted respalda, con la elección de ese diseño, el movimiento político por el cual los negros de todo el mundo han hallado su orgullo.

Mary reflexionó un instante.

—No. Simpatizo con la causa, pero mi diseño obedeció a razones puramente estéticas.

Entonces quizá mademoiselle Choy fuera una *noriste* espiritual, una seguidora instintiva, como el coronel sir, sugirió Madame.

Mary concedió que quizá fuera cierto.

Madame Yardley miró a Soulavier, le preguntó si el coronel sir debiera adoptar una nueva forma, adoptar el color además del alma. Parecía estar bromeando. Soulavier rió y se puso a pensar en ello, ladeando la cabeza en una parodia de reflexión. Sacudió la cabeza bruscamente, se reclinó, rió de nuevo.

Madame Yardley concluyó pidiendo perdón por su apariencia. Explicó que estaba ayunando y sólo rompería su ayuno esa noche. Sólo bebería zumos de fruta y sólo comería pan, algún plátano y patatas, tal vez caldo de gallina. Hilaire tendió la mano, madame Yardley cedió la suya, se levantó delicadamente, saludó a Mary y Soulavier con un movimiento de cabeza.

—Se servirá la cena —dijo Hilaire—. Síganos, por favor.

El comedor tenía más de quince metros de largo, y el piso de parqué de roble sostenía una inmensa mesa rectangular. Había sillas contra todas las paredes, como si se pudiera correr la mesa para que los invitados bailaran. El aturdimiento sensual de Mary se agudizó cuando se sentó a la izquierda de madame Yardley ante un elegante juego individual sobre mantel de damasco. En el centro de la mesa había un cuenco de cerámica dorada con orquídeas frescas y frutas —Mary reconoció mangos, papayas, guayaba y caimito—, con otros cuencos más pequeños a cada lado.

Hilaire se sentó al lado y detrás de su ama; él no comería allí. Mary se preguntó cuándo el criado comía o realizaba otras funciones humanas, si atendía a Madame continuamente.

Madame Yardley se acomodó lenta y penosamente, reflejando en su semblante gran cantidad de pequeños achaques antes de recobrar la compostura y disponerse a continuar. Inclino la cabeza ante Mary como si acabara de conocerla. Tenía ojos grandes, intensos. Hambrientos. Espectrales. Madame Yardley miró a su alrededor con su sonrisa fija, estudiando cada silla vacía como si estuviera ocupada por una amistad íntima que mereciera un trato especial.

Soulavier se sentó frente a ambas. Madame Yardley le dedicó una mirada más breve que a las sillas vacías. Se volvió hacia Mary y, hablando a través de Hilaire,

preguntó en francés y *creóle* si consideraba que La Española era buen sitio para vivir en comparación con Los Ángeles o California.

Soulavier miró de soslayo a Mary, irguiendo la nariz, entornando los ojos en señal de advertencia.

Mary trató de ignorarlo pero predominó la cautela. Si madame Yardley tenía una salud tan frágil como parecía y necesitaba quemar sus propias proteínas para permanecer con vida, quizá fuera fácil de irritar.

Mary se palpó el bolsillo buscando la pistola, recordó que no la tenía, vio que Soulavier notaba el gesto y se volvió hacia Madame Yardley.

—La Española es una isla encantadora, próxima a la naturaleza. Los Ángeles es una ciudad muy grande con poco sitio para la naturaleza.

Madame Yardley asimiló esto pensativamente. Nunca había estado en Los Ángeles ni en California; de joven había visitado Miami y no le había atraído demasiado. Demasiado confusa. Cuando visitaba el continente, prefería Acapulco o Mazatlán, donde había pasado tres años estudiando.

—Nunca estuve en Miami, ni en las demás —dijo Mary.

Era una lástima; tendría que salir del país con mayor frecuencia para ver lo que ofrecía el resto del mundo.

Mary convino en que era un buen consejo, aunque pensó que sólo deseaba estar de vuelta en LA para no salir nunca más de la ciudad.

—He estado en Los Ángeles —dijo Soulavier. No se lo había contado a Mary. Tal vez por eso lo habían escogido para escoltarla—. Mi padre ayudó a organizar la misión diplomática en California en el 2036.

Madame le preguntó en francés qué pensaba de la ciudad.

—Muy grande —dijo Soulavier, primero en francés y luego en inglés—. Muy atestada. Entonces no tan separada, como creo que está hoy, en dos clases bien diferenciadas.

¿Era verdad? ¿Dos clases?

Mary asintió.

—Los que aceptan la práctica de la terapia mental y los que se oponen —explicó Soulavier—. En general hay discriminación contra los segundos.

¿Todos debían ser terapiados?

—No —dijo Soulavier—. Pero para conseguir un empleo satisfactorio hay que tener un perfil de salud física y mental aceptable. La negativa a someterse a tratamientos para trastornos mentales o físicos crea dificultades para ser aceptado por los organismos del gobierno. En la mayor parte de los EE.UU., las agencias de colocación seleccionan a los solicitantes para los trabajos mejor retribuidos.

Madame Yardley soltó una risa cantarina y cristalina, grata y perturbadora a la vez. Opinó que si en La Española todos tuvieran que probar su salud mental, la isla

echaría a volar como un árbol muerto en un huracán. La vitalidad de La Española, sostuvo, derivaba de la negativa a ceder ante las cuestiones prácticas, a admitir que la realidad les invadiera la cabeza. Con ojos entrecerrados, aferrando el damasco y el borde de la mesa, miró a Mary como insinuando que la tumbaría de un revés si se atrevía a negarlo.

La sonrisa fija se había esfumado. Mary asintió de nuevo. La sonrisa regresó como la fluctuante llama de una vela y madame Yardley miró lánguidamente a Hilaire. El criado extrajo una chicharra electrónica del bolsillo y llamó tres veces. Al cabo de diez segundos, más criados —mulatos y un oriental, todos de baja estatura, como niños, pero plenamente maduros— trajeron cuencos con sopa y una gran fuente.

Nadie habló mientras comían la sopa, un caldo de gallina moderadamente condimentado. Mary se preguntó si todos compartirían la dieta postayuno de madame Yardley.

No preguntó si el coronel sir se reuniría con ellos más tarde, quizá cuando sirvieran platos más sustanciosos. Soulavier ignoraba su mirada y sorbía la sopa plácidamente, feliz de que por el momento hubiera menos peligro de situaciones embarazosas.

Cuando terminaron la sopa, madame Yardley consintió que Hilaire le enjugase la boca delicadamente. Sabía deliciosa, comentó, como el hálito de la vida. ¿Sentía Mary curiosidad por saber el porqué del ayuno?

—Sí —dijo Mary.

Madame Yardley explicó que su esposo recibía oposición de todas partes, incluso de su esposa. Ella ayunaba para convencerle de que respetara el derecho internacional y no se hiciera el díscolo; que cesara para siempre el envío de efectivos españoles a países extranjeros para librar guerras extranjeras. Su esposo al fin había accedido, y ella había roto el ayuno. Era importante para La Española, concluyó, adoptar una postura moral aún más elevada que los países circundantes. La isla tenía el potencial para ser un gran paraíso, el cielo en la Tierra. Pero ese sueño no se cumpliría mientras su gente pecara contra los demás pueblos de la Tierra o los alentara a pecar unos contra otros. ¿Era un sueño idealista, quizá quimérico?

—Espero que no —dijo Mary.

Los criados trajeron vino. Mary aceptó un poco; Soulavier cogió una copa llena de ese líquido oscuro y rojo. Madame Yardley no bebería vino. Le sirvieron un zumo amarillo, opaco y turbio.

Comenzó a hablar de nuevo, pero esta vez apoyó la mano en la boca de Hilaire.

—Ahora creo recordar las palabras —dijo sin rodeos—. Digo a mi esposo, trata bien esta mujer.

Ella no tratada bien. No culpa de ella estar entre nosotros. Dale lo que desea. Mi

esposo dice no tenemos lo que desea.

—Eso me han dicho —dijo Mary.

—¿Cree usted esto? —preguntó madame Yardley.

Mary meneó la cabeza dubitativamente.

—Parece que me han enviado aquí sin razón alguna.

La llama de preocupación de madame Yardley ardió con más brillo en sus ojos. Madame adoptó una expresión jovial y maternal. Se inclinó hacia adelante, fortalecida por la sopa.

—Lo que busca está aquí. Tenemos a Goldsmith, y creo que usted podrá verle, quizá mañana mismo.

Mary apoyó cuidadosamente la copa de vino, con dedos trémulos de furia y desconcierto. Soulavier también parecía sorprendido.

En una mentalidad sana, lo que está consciente en cada uno de nosotros en cualquier momento dado es la personalidad primaria con las subpersonalidades, agentes o talentos que considera necesario consultar y utilizar; lo que no está «consciente» es sólo aquello que por el momento (trátase de una fracción desegundo, una década o una vida entera) permanece inactivo o no se tiene en cuenta. La mayoría de los órganon mentales —tal es la palabra que utilizo para referirme a cada elemento de la mentalidad— son capaces de emerger a la conciencia en una u otra oportunidad. Las principales excepciones a esta regla son subpersonalidades no desarrolladas o suprimidas, y los órganon que sólo conciernen a las funciones corporales o al mantenimiento de la estructura física del cerebro. En ocasiones estos órganon básicos aparecen como símbolos dentro de una actividad cerebral superior, pero el flujo de información hacia estos órganon básicos es casi totalmente unilateral. Ellos no comentan sus actividades; son autómatas tan viejos como el cerebro mismo. Ello no significa que el «subconsciente» haya sido totalmente explorado. Una gran parte aún constituye un misterio, sobre todo las estructuras que Jung denominaba «arquetipos». He vistosus efectos, sus resultados, pero jamás he visto un arquetipo, y no sé decir en qué categoría de órganon lo incluiría si pudiera hallar uno.

MARTIN BURKE: *El País de la Mente* (2043—2044).

52

LitVid 21/1 Red A (Informe Directo de AXIS con Imagen, David Shine): «Estamos recibiendo estas notables imágenes de AXIS a las mil novecientas, hora del Pacífico. La resolución es borrosa porque se trata de imágenes en tiempo real, despachadas con el habitual flujo de datos de AXIS a través de cuatro años luz. Sin duda AXIS enviará después imágenes de mayor resolución en emisión comprimida.

»Éste es el océano que AXIS ha bautizado Meso, es decir, medio. Es un gran cuerpo de agua dulce —no hay océanos salados en B—2—, que prácticamente circunda el planeta. Como usted recordará, B—2 tiene un único y vasto océano polar, el único mar azul, y este otro mar que lo rodea como un cinturón, además de algunos lagos esparcidos. Las formaciones de torres están a pocos kilómetros de estos mares, que se hallan llenos de una sopa orgánica amorfa. Hasta ahora no se han descubierto formas de vida de gran tamaño en B—2, y ése es el misterio... los científicos terrícolas no han dado pistas para explicar la formación de las torres. Pero, como usted ve... Estas imágenes, tomadas por gran cantidad de exploradores móviles desperdigados en torno del océano Meso, muestran una virtual marea de material orgánico surgiendo del agua, desplazándose por el litoral para descomponerse en estas formas notables que sólo podemos denominar tentáculos, que se mueven deprisa, como un crótalo cruzando la arena y la grava en la Tierra.

»Hay gran actividad en Control AXIS del otro lado de la Luna, en Australia y en

California, donde Simulación AXIS es supervisada por Roger Atkins. En este momento no contamos con entrevistas directas; todos están muy atareados. Pero tenemos transcripciones del comentario de AXIS y éstas están disponibles en la banda de textos Lit...

AXIS (Banda 4) > Esta migración de materia orgánica comenzó hace tres horas. He demorado la transmisión para permitir que todos mis exploradores móviles y mis hijos llegasen a posiciones ideales. Tres exploradores se acercaron más de la cuenta y fueron tapados por materia orgánica; es posible que uno de ellos esté totalmente estropeado. Los otros dos informan que se recobrarán. Roger, este fenómeno es notable pero no del todo inesperado. He analizado las posibles estructuras internas de los círculos de torres y he llegado a la conclusión de que la deposición periódica es una explicación probable. Sólo podía suponer que toda criatura viviente responsable por dichas estructuras saldría del océano. Ahora vemos el comienzo de una posible fase de reunión y deposición. No hay modo de saber si se construirán o no nuevas formaciones.

Las torres varían en anchura. Algunas están casi unidas, formando círculos sólidos; muchas parecen haberse deteriorado, como si estuvieran abandonadas. Parece existir una relación entre los círculos ruinosos y la terminación de un anillo, es decir, cuando todas las torres se han fusionado para formar un cilindro bajo.

Las formas móviles de materia orgánica que salen de Meso son fascinantes. Mis exploradores e hijos han visto lombrices que se mueven como anélidos terrestres, otras formas que se mueven como serpientes, y largas esteras o masas planas de materia arrastrándose sobre lo que pueden ser zarcillos recién desarrollados o miles de diminutos pies. Toda la región que rodea el océano Meso está cubierta de millones de terrones, protuberancias y formas móviles hasta una distancia de tres kilómetros. Mi orbitador informa que las sendas de estos cuerpos migratorios apuntan, en el noventa por ciento de los casos, hacia un anillo de torres circulares.

Si esta explicación es adecuada para las torres, me he equivocado al sugerir que fueron creadas por seres inteligentes. Lo que presencian mis extensiones es primordial, y no manifiesta más cultura ni inteligencia que el desplazamiento del musgo del lógamo.

David Shine: «Es una novedad importante, y tan repentina que ha pillado por sorpresa a todos nuestros expertos. La impresión general es que todos los diseñadores y programadores de AXIS están reevaluando la misión de AXIS a la luz de la posibilidad de que las torres sean totalmente naturales, no artificiales...».

!Roger Atkins> Jill, tengo un autodiagnóstico de AXIS en emisión comprimida que llegó por la banda dos, separado del flujo en tiempo real. ¿Por qué nos lo envió AXIS? No estaba planificado.

!JILL> Estoy analizando. Análisis completo. AXIS está reevaluando el carácter de su misión a la luz de nueva información.

!Roger Atkins> ¿Tengo motivos para preocuparme?

!JILL> Simulación AXIS está realizando dicha reevaluación. Hay varias reacciones que parecen anómalas en el AXIS primario. Estoy investigando estas anomalías_____ Roger, estas anomalías están dentro de previsibles variaciones modelo/primario. Pueden ser mero resultado de la única circunstancia que no podemos modelizar en Simulación AXIS tal como está diseñada. Simulación AXIS es consciente de que no se encuentra en las circunstancias exactas del AXIS primario.

!Roger Atkins> ¿Qué significa eso, Jill?

!JILL> Está aquí, no allí.

!Roger Atkins> Bueno, por el amor de Dios, eso es obvio.

!JILL> Muy obvio. Pero quizá significativo. El AXIS primario está experimentando perturbaciones mientras reevalúa su misión. Simulación AXIS no reproduce estas perturbaciones.

!Roger Atkins> Jill, creo que es hora de que introduzca algunos trazadores y rutinas de confirmación en Simulación AXIS. No sabía que Simulación AXIS percibía que había una diferencia.

!JILL> Me disculpo por no comunicar antes esta eventualidad.

!Roger Atkins> No te disculpes. Es obvio que yo me he distraído.

Imaginemos que permitiéramos que alguien soñara lúcidamente dentro de nosotros, que estuviera despierto pero explorase nuestros sueños. Así es, en parte, la experiencia del País de la Mente; pero desde luego, nuestros recuerdos personales de los sueños son confusos. Incluso es posible que dos o más agentes sueñen por separado al mismo tiempo, aumentando la confusión. Cuando un sueño se cruza con el País, lo hace como una flecha disparada a través de una torta de varias capas, recogiendo impresiones de hasta doce niveles de territorio. Cuando yo entro en tu País veo cada territorio claramente y lo estudio tal como es, no como tu intérprete personal pretende que sea.

MARTIN BURKE: *El País de la Mente* (2043—2044).

53

Martin examinó críticamente a Goldsmith.

El diván masajaba rítmicamente la espalda, las piernas y los brazos de Goldsmith; la cabeza y el cuello reposaban sobre una almohada suave y ondulante.

Carol tarareaba mientras señalaba cada procedimiento en la pizarra. Estaban solos en el teatro con el hombre dormido, rodeados por el silencio zumbón del equipo electrónico y el suave ronroneo del equipo de ventilación.

El resto de la gente descansaba o cenaba.

—¿Cómo están las conexiones? —preguntó Carol, acercándose.

Martin se agachó para observar una mancha en el cuello de Goldsmith, cinco centímetros por debajo de la esquina del maxilar inferior.

Un poco de barba crecida y un círculo rasurado; dentro del círculo, un delicado patrón de líneas plateadas.

El nano que estaba dentro de Goldsmith había creado circuitos directos que iban desde el cerebro hasta la superficie de la piel del cuello; un conector enlazaría este circuito con circuitos similares instalados en el cerebro de Martin y Carol, a través del ordenador, el cual depuraría e interpretaría el flujo de información procedente de los exploradores y del paciente. Sin *buffer*. Eso aún preocupaba a Martin.

—Tienen muy buen aspecto —dijo Martin—. Creo que hemos sido bastante meticulosos. Es hora de nuestra dosis.

Carol llamó al equipo. David y Karl los ayudarían a prepararse; luego Margery y Erwin prepararían a David y Karl para que actuaran como soportes. Cuando toda la investigación estuviera en marcha, habría cinco personas tendidas en divanes en el teatro, aparentemente dormidas.

Carol y Martin se acostaron en sus divanes. Les inyectaron nano en los brazos y

el cuello, como a Goldsmith. Margery encendió los inductores para dormirlos; permanecerían dormidos varias horas mientras las nanomáquinas se instalaban, desarrollaban circuitos y brotaban por el cuello; luego pasarían a un estado de conciencia neutra, suspendidos por encima de las sensaciones corporales pero totalmente lúcidos y capaces de abrir y mover los ojos. Para el primer nivel de investigación, también podrían hablar en voz alta.

Martin pensó en el dormitorio de su infancia. Los robots que había hecho, grandes y pequeños; su abuelo comprándole libros, objetos encuadernados en papel que ya entonces eran una rareza. Su primer enamoramiento, una chica llamada Trix.

No experimentó sensaciones mientras el nano ocupaba sus puestos dentro de su cuerpo.

Una lasitud sorda y confortable. Abrió los ojos una vez para mirar la galería. Vio a Albigoni, barbilla sobre brazos cruzados apoyados en la barandilla. Qué haría.

Qué haremos.

Margery despertó a Martin a las dos mil doscientas horas. Se sentía muy lúcido pero no intentó moverse. Olía el penetrante y cremoso olor del nano; antes lo había ignorado. Sintió un retortijón de hambre, aunque había comido bien. No comerían durante varias horas.

—Todo anda bien, doctor Burke —dijo Margery—. Ahora vamos a conectar su cable.

—Bien.

Karl y David tendieron los delgados cables ópticos por la habitación, rodeando la barrera que les impedía ver a Goldsmith. Karl aseguró los cables en guías montadas sobre los divanes.

—Quédese quieto —susurró Karl, agachándose junto al cuello de Martin. Martin sintió el contacto frío y blando del conector en la piel. David y Margery examinaron las lecturas del monitor de cables, consideraron que la conexión era óptima y se acercaron a Carol.

Dentro de pocos minutos estaría nuevamente País arriba. Anábasis. Primero un carril de una mano y luego un ciclo de realimentación, Burke y Neuman dentro de Goldsmith como excursionistas haciendo trekking en un nuevo territorio. Ni siquiera Goldsmith había visto esa parte de sí mismo. Nadie experimentaba directamente esa parte de sí mismo.

—Dentro de pocos segundos tendrá un patrón neurovisual de Goldsmith —dijo Margery desde el otro lado de la barrera.

—Carol —dijo Martin.

—¿Sí? Hola.

—Me alegro de que estés conmigo.

—Lo sé. Me alegro de estar aquí.

—Basta de charla, por favor —dijo David afablemente—. ¿Qué veis, Carol, Martin?

Martin cerró los ojos. En el límite de su visión aleteaba un resplandor oscuro orillado por un verdor eléctrico. El verdor eléctrico floreció en una regresión infinita de fractales giratorios, geometrías interiores familiares para todos los investigadores del cerebro: patrones de interferencia visual del lóbulo occipital, señales borrosas.

Martin había visto esos patrones por primera vez cuando era niño, de noche, apretándose los párpados con los nudillos, presionando el nervio óptico.

Éstos eran sus propios patrones, no los de Goldsmith.

—Sólo ruido visual —dijo Carol.

—Igualmente —convino Martin.

—Aún estamos buscando y afinando —dijo Margery—. Aquí tengo una señal nivel uno. La estoy transmitiendo.

Martin vio un vivido mándala de serpientes que se contorsionaban ferozmente, las colas en la periferia, las narices en el centro, ojos amarillos, cuerpos perlados, cada escama febrilmente nítida.

—Serpientes.

—Serpientes —dijo Carol simultáneamente.

—Parece una señal de identificación límbica —dijo Martin—. Debe ser Goldsmith. Estamos cerca.

—Afinando —dijo Margery—. Separando una nueva frecuencia. ¿Cómo está esto?

Nubes. Un incesante ciclo de nubes y lluvia, también en un mándala, tormentas corriendo en círculos en torno de una fluctuante rueda de relámpagos. Los relámpagos amenazaban con transformarse en serpientes. Martin sintió euforia; estaban en camino, observando capas de señales límbicas, símbolos que circulaban entre los sistemas cerebrales autónomos y los sistemas personales más elevados.

—Nubes y relámpagos, relámpagos tratando de volver a la capa de las serpientes.

—Igualmente —dijo Carol.

—Otra frecuencia —dijo Margery—. Aquí tengo una más fuerte. ¿Cómo está esto?

Una habitación cúbica con sucias paredes de ladrillo, humedad, agua goteando, agua en el suelo, agua trepando por las paredes como si estuviera viva. En medio del agua un niño de tez amarilla o dorada, calvo salvo por un rodete, sentado en una soleada isla desierta y jugando a los naipes.

—Cielos —dijo Carol—. Eso sí parece personal.

El niño levantó los ojos y sonrió. De pronto el rostro se transformó en una mueca de chimpancé de barba gris y hocico prominente, ojos pardos animales infinitamente tranquilos. Era un símbolo profundo pero absolutamente personal, absolutamente

Goldsmith.

—Parece un cuarto cerrado. Veamos si se abre.

Desde la perspectiva de ambos, cerca del goteante techo de ladrillo, el agua del suelo cambió de color. Se transformó en un océano gris, cubierto de tormentas, un lago vinoso, un charco de lodo salpicado por la lluvia. Aún permanecía la isla desierta, y el niño repetía su ciclo incesante de ojos erguidos, rostro de chimpancé, juego de naipes. Este era un caso especial del País; un símbolo de una capa personal intermedia cobrando características que no procedían de la herencia genética sino de las experiencias infantiles de Goldsmith.

No importaba qué simbolizaban el cuarto, el niño y el chimpancé; quizás esas capas profundas nunca pudieran ser cartografiadas con una estricta correspondencia de sentido.

Martin se había topado a menudo con esos profundos manierismos míticos personales, siempre enigmáticos, siempre bellos. Tal vez estuvieran determinados por resolución arquetípica de problemas en la primera infancia; quizá fueran circuitos cerrados de individuación ya desechados, pues el proceso concluía a los tres o cuatro años de edad. Eran fascinantes, pero no eran lo que él y Carol estaban buscando.

—Parece un manierismo mítico —dijo Martin—. Un circuito cerrado. Busca otro.

—No hay puertas de salida —dijo Carol.

—Otra frecuencia más fuerte —dijo Margery—. Cambiaré a otra posición, otro canal en un cúmulo más profundo.

Una abertura. Sensación de inmensidad. Aquí había algo indudablemente adquirido después de la formación de la personalidad, quizá desde la experiencia adolescente. Tres autopistas infinitas y paralelas atravesando un desierto calcinado por el sol. Áridos remolinos de arena. Martin procuró explorar esa imagen, recibiendo lo que le enviaban y concentrándose punto por punto en lo que podía observar. Esto causó un vertiginoso ajuste de imagen y se encontró de pie en la autopista del medio. No tenía sensación de peso ni de presencia; el sol brillaba con ese resplandor opaco característico del País, pero no calentaba.

Martin se miró. Usaba téjanos de denim desteñidos, una camisa blanca manchada de pintura, zapatillas. Había llevado esa ropa en otros viajes por el País.

—Montando enlace subverbal —dijo Margery. La voz sonaba distante y hueca—. Avisen cuando deseen salir.

A partir de ahora, Martin y Carol no hablarían en voz alta hasta que la prueba hubiera terminado.

| ¿Carol?

Algo enorme encima, como un asteroide en descenso. Otra personalidad: Carol.

| Aquí contigo.

Carol apareció en la autopista, borrosa, un mero fantasma en esta etapa. Sólo con

el establecimiento de un ciclo completo podrían verse nítidamente, e incluso entonces lo que vieran no concordaría necesariamente con la autoimagen de cada uno.

| Esto tiene un aspecto bastante convincente —dijo Martin—. Creo que podemos usarlo como canal de entrada.

| Bienvenido a casa —dijo Carol.

Martin abrió los ojos. Las imágenes de la autopista y el teatro chocaron un instante, y luego el País se esfumó como un sueño. Albighoni estaba en la galería, con las manos en los bolsillos. Lascal se encontraba sentado detrás de su jefe, con los pies apoyados en la barandilla.

—De acuerdo —dijo Martin—. Sintonizad y anotad esa posición. Podéis inducirnos un buen sueño mientras precisáis los puntos y termináis de afinar.

Margery se le acercó. Entornó los ojos para mirar el indicador del conector.

—Todo está bien —dijo. Erwin se acercó al diván de Carol.

—¿Cuánto falta para que entremos? —preguntó Carol.

—Tres horas para fijar y asentar las frecuencias —dijo Margery—. Ahora son las once treinta y cinco.

—Será una larga noche —dijo Martin—. Despertadnos a las nueve. Tendréis tiempo de sobra para preparar a David y Karl. Dormid bien, todos. Queremos gente descansada y alerta.

Volvió los ojos hacia la galería. Albighoni se apoyaba las manos en las caderas.

—Pasad un informe a Albighoni. Decidle que quizá terminemos mañana a mediodía.

—De acuerdo —dijo Margery.

—Te veré en mis sueños —bromeó Carol.

Margery ajustó el inductor. Martin cerró los ojos.

54

Richard Fettle no recordaba haberse sentido tan desdichado en toda su vida. Ni después de la muerte de su esposa y su hija, ni durante los largos años de recuperación y reorganización de su vida.

La guerra interior causaba un dolor mayor del que había sentido entonces. La hondura de esta angustia lo apabullaba.

Si mataba a la mujer que tenía al lado y entraba en la próxima fase de su vida, todo podría resolverse. Le costaba mantener los brazos quietos. Sin duda ella debía de percibir esa lucha interior, al menos a través de las vibraciones de la cama mientras Richard se contorsionaba presa del conflicto de sus músculos. Pero Nadine dormía profundamente.

Nadine siempre había revelado una notable capacidad para ignorar la realidad o ver sólo lo que quería. Había jugado a terapeuta.

Se merecía las consecuencias. Sin duda los poderes constituidos harían esa concesión. Sin duda el ejemplo de Emanuel Goldsmith, que había llamado tanto la atención, señalaba claramente ese camino.

Ahora no le importaba resolver el acertijo de Goldsmith. No quería pensar ni deducir.

Rodó de nuevo en la cama para observar a Nadine dormida. Ella había intentado persuadirlo de hacer el amor una hora antes, diciendo que lo relajaría. La angustia de Richard parecía atraerle, como si despertara un perverso instinto maternal.

Richard se había escabullido penosamente de esa trampa. Ahora miraba ese cuerpo tibio y tranquilo y sólo veía carnes que necesitaban ser aplacadas.

+ Enfermo. De veras necesito terapia, pero no la de Nadie sino profesional. En el límite. Más allá del más allá. Escribe un poema sobre sus carnes pasando de la vida durmiente a la quietud desorden bajo mis dedos. ¿Los selectores que lean el poema podrán someterme a un infierno peor del que experimento? No parece posible. Terapeutas cloqueando sondeando mi mente revisión obligatoria de mi alma mueve esto qué hay ahí. No toques eso; veneno, un virus mental que nos infectará, Goldsmith se lo debe haber contagiado. Última oportunidad; quemar su mente su cuerpo remover las cenizas formar con ellas un hombre nuevo Hombre Nuevo

enviarlo al mundo con rostro radiante preparado para comportarse como un boy scout adaptado a la sociedad buscando empleo yendo a una agencia y todo lo que hay que hacer es tocar el terso tibio cuello de Nadine sentir las palpaciones de pájaro de su sangre.

Nadine se movió. Richard apartó la mano. ¿Despertaría antes de morir? ¿Podría conducirla suavemente hacia el desorden?

+ Aún bondad en mí. Un núcleo de bondad aún allí. Púrgalo o ellos lo harán. Haz esto ahora y el mundo se abrirá paso hasta mi puerta mi cerebro déjanos ayudarte. Raro que llegaras a esto. ¿Culpa de tu educación? No, de un amigo que me defraudó. ¿Sólo te defraudó? Cloqueo. Defraudar no basta para causar todo esto. No él traicionó lo que representaba. Lo que representaba ante mis ojos. Cloqueo. La traición es cosa seria. Ella te traiciona al terapiarte. En las sombras quién necesita terapia pues yo sí tú todos la necesitamos pero eso no es importante. Lo importante es detener el sufrimiento. Podría vomitar todos mis pensamientos personalidad memoria lanzarlos por los ojos a la cama. Se erguirían sobre sus propios pies correteando reptando por las sábanas entonces la matarían. La devorarían como insectos monstruosos. Cloqueo. Imágenes perturbadas. Para la gente normal es inquietante atisbar en tu cabeza ver semejantes pensamientos. Estás tan sucio la terapia sería inútil. Traed a los selectores. El castigo es la única respuesta. Purgar el fuego con una llama de fusión de mayor sufrimiento.

Acarició el cuello de Nadine.

+ Otra clase de seducción. Haz la muerte conmigo. Te relajará.

Eso le causó gracia y tuvo que reprimir una carcajada.

+ Ahora pareces un maniático. Estás realmente chalado. El ejemplo de Goldsmith. ¿Se reía alegremente mientras los degollaba incautos corderos para el sacrificio cayendo uno por uno en desorden sangriento?

Pero los dedos no se tensaban. Aún sentía esa persona obediente ahí adentro, tierna y afable, resistiendo esos impulsos con una determinación férrea que parecía inusitada.

Richard rodó sobre la espalda, miró el techo obscuro y observó la fisura que había en él.

Una vez había visto un fantasma que surgía de las sombras en torno de la lámpara. Sintió un escalofrío en la nuca y los brazos, convencido de que veía algo sobrenatural. En ese momento sintió una reverencia religiosa que daba un sentido estremecedor a los pocos momentos en que permaneció engañado. Gradualmente se armó de dos clases de coraje: coraje para investigar ese fenómeno sobrecogedor y coraje para descubrir la verdad y quizá la decepción. Se puso de pie en la cama, se acercó a la lámpara estirando las piernas, extendió la mano para tocar una sombra.

Telarañas. Hilachas que arrojaban sombras desde la lámpara. Ni fantasmas ni

reverencia religiosa.

Calor de la antigua caldera eléctrica elevándose y rozando el techo.

+ Sufrimiento y temor caliente elevándose, rozando un yo de telarañas, arrojando sólo sombras falsas.

Únicamente tenía que estirar la mano para desengañarse. + Volver a ser el que posee voluntad férrea se niega a matar el gentil Richard Fettle, el hombre común de las sombras de Los Ángeles.

Traicionado colérico humillado.

Estaba plenamente despierto pero su cuerpo se había agotado en ese conflicto de tensiones. Ahora sentía su respiración lenta, irregular. Cosquilleo en las manos, en las piernas. Si por lo menos pudiera adormilarse.

+ Abandónalo todo. Muere.

Entreabrió los ojos. Un túnel flotaba sobre él, una inscripción ilegible en los negros labios de la entrada.

Se fue entumeciendo, perdió control de la respiración. El agotamiento lo vencía al fin pero aún pensaba y veía. Esto no era lo que quería; se suponía que el sueño traía olvido. Por un instante trató de emerger, temiendo pasar toda la noche en un trance espantoso, mirando la garganta de una pesadilla.

Con cada brazada dejaba de respirar, parecía emerger del trance y luego sentía miedo de emerger; ahora estaba más cómodo más apacible. Si se esforzaba regresaría a la zozobra total; mejor esto que lo anterior.

Detuvo esa lucha interior. Observó el túnel con calma, esperando para ver si algo cambiaba. Sólo veía la habitación con perfiles borrosos; estaba seguro de tener los ojos totalmente cerrados, pero la habitación permanecía visible como un eco, con planos y formas verdosos y refulgentes. Vio el túnel y la lámpara eléctrica; uno podía pasar a través del otro. Parecía estar controlando un microscopio que se graduaba por niveles de focalización, revelando cada vez más detalles de un mundo petrificado con fijador.

El efecto era tan fascinante que por un instante olvidó totalmente su zozobra. Algunos amigos le habían descrito la experiencia de las «películas oculares» — décadas atrás lo llamaban sueño lúcido—pero nunca la había tenido. Era como la puerta de un universo interior.

Pero pensar en eso lo devolvió a sus problemas de la vigilia y esa escena en suspenso se enturbió.

Su respiración se interrumpió de nuevo.

—Cielos no. Como montar un caballo. Aprende a mantenerte en la silla. Firme y tranquilo.

Volvió la regularidad. Controló su conciencia hasta que pudo ver el túnel.

—Por qué no.

Se internó en el túnel. La inscripción aún era ininteligible; las letras se volvieron más enrevesadas y huyeron cuando él se acercó. De pronto el túnel desapareció y una voz le dijo claramente, como si le hablara al oído: *He aquí lo que necesitas Richard Fettle.*

Estaba en el viejo apartamento de Long Beach. Afuera la luz diurna era brillante pero pastosa, del color de los sueños. Pero esto también podía ser un recuerdo; todo estaba en su sitio. Recorrió el apartamento, con los brazos cruzados, sintiendo su cuerpo en el sueño, su respiración en el sueño. Esto era real pero el apartamento ya no existía; ese edificio centenario había sido destruido hacía diez años.

Con repentina alarma se preguntó si Gina entraría por la puerta cuando Dione la trajera de visita.

¿Soportaría ver una convincente imagen onírica de los muertos?

Richard se miró la palma de las manos.

— *Emociones de sueño. Todo seguro. Tienes el control. Intenta algo.*

— *Intenta volar.*

Procuró elevarse. Sus pies permanecieron en el suelo.

— *No lo puedo todo.*

Deseó que una bella mujer, no Nadine, entrara por la puerta vestida con ropa provocativa.

— *Cuan real puede ser esto. Ninguna mujer entró por la puerta.*

De nuevo la voz: *He aquí lo que necesitas Richard Fettle.* Comprendió con aflicción que no estaba allí para jugar ni experimentar. Se había abierto una puerta pero con una razón específica.

— *¿Qué necesito?*

Con un andar tan automático como el distante ritmo de su respiración, caminó hacia una silla, se sentó y se sintió envuelto por una nube de tristeza. Procuró levantarse pero no pudo. No pudo disipar la nube.

— *Esto de nuevo no. No. Protestas ignoradas.*

Un joven Emanuel Goldsmith estaba en la puerta con una botella envuelta en una bolsa de plástico, una caja con un manuscrito en el otro brazo. Cerró la puerta. Richard observó la aparición: cabello negro, sin prendas audaces ni anticuadas, rostro más terso. Sonrisa tierna.

—Pensé que necesitabas compañía. Si no quieres... —Goldsmith señaló la puerta—. Me iré.

—Gracias, quédate —respondió automáticamente—. No tengo mucho para comer.

—Comeremos líquido o pediré algo. Ayer cobré un cheque por mis royalties. Residuos de producción de vídeo. Moisés. —Goldsmith se sentó en un sofá raído, evitando la mancha de vino tinto que Dione había dejado tiempo atrás al volcar una

copa. Apoyó el manuscrito sobre la mancha.

Gina y Dione no cruzarían esa puerta.

En este marco temporal, en este recuerdo onírico, Gina y Dione ya habían muerto. Richard miraba una proyección; él no podía hacer nada salvo mirar.

— *He aquí lo que necesitas Richard Fettle.*

—¿Qué clase de líquido? —preguntó Richard.

—Whisky escocés de una sola malta, sin mezcla. Para celebrar el pago de mis deudas. —Goldsmith enarcó las cejas, extrajo la botella, la meció con tres dedos y dejó que Richard inspeccionara el líquido color ámbar. De la bolsa extrajo también dos vasos—. Como no eres bebedor, no es fácil que tengas un par de éstos por aquí.

—Nunca he probado el escocés sin mezcla —dijo Richard.

—Sin mezcla, una sola malta.

— *Todo guardado en mí. ¿Ocurrió de veras? ¿Lo estoy inventando como un sueño? Recuerdo la visita de Goldsmith. Dos semanas después, quizás una semana y media.*

Goldsmith sirvió dos vasos y le entregó uno a Richard.

—Por los ciudadanos de las sombras, que se alargan cuando se acerca el crepúsculo.

—Por el ocaso de los dioses. —Richard saboreó el escocés. Humoso y suave, inesperadamente seductor—. No creo que desee embriagarme. Sería fácil ahogarme en esto.

—Sólo he traído una botella y no para ahogar tus penas —dijo Goldsmith—. En cualquier caso, nunca serás un bebedor. Quizá no me creas, Dick —sólo Goldsmith lo llamaba Dick—, pero tienes la cabeza bien atornillada. Uno de mis pocos conocidos que la tiene.

—No atornillada. Ahora la tengo hecha polvo.

—Has sufrido un golpe tremendo —murmuró Goldsmith—. Si yo fuera tú, estaría orinando lágrimas.

Richard se encogió de hombros.

—Hace una semana que no sales del apartamento. No tienes comida. Harriet fue a comprarte comida.

—Harriet, Harriet... Richard había tenido una novia con ese nombre.

—No necesito ayuda —dijo Richard.

—Tonterías.

—De veras.

—Tenemos que sacarte de aquí, al escaso sol que nos han dejado esos bastardos. Ir a la playa.

Respirar una bocanada de aire fresco.

—Por favor. —Richard agitó la mano—. Me pondré bien.

— *Los dos tan jóvenes. Veo a Goldsmith cuando era brillante y feliz, en pleno éxito, cuando quería que todos fueran felices.*

—La vida continúa —sugirió Goldsmith—. De veras, Dick. Harriet y yo te tenemos simpatía.

Queremos que te recobres. Dione ni siquiera era tu esposa, Dick.

Richard se levantó de un brinco, muy agitado.

—Cielos. El divorcio no era definitivo y Gina siempre será mi hija. ¿Quieres arrebatarme todo?

Incluso mis... —Agitó las manos con violencia—. Todo lo que me queda. Mi maldito dolor...

—No. Arrebatarte no. ¿Cuánto hace que nos conocemos, Dick?

Richard no respondió. Apretaba los puños y temblaba.

—Dos meses y medio —respondió Goldsmith por él—. Ya te considero mi mejor amigo. Detesto que la vida aplaste a la gente. Especialmente a ti.

—Es algo a lo que debo hacer frente.

—Nunca he estado casado. Detestaría perder algo tan importante. Creo que me mataría. Quizá tú seas más fuerte que yo.

—Tonterías —dijo Richard.

—Lo digo en serio. No soy fuerte por dentro. Te miro y eres como una roca. Por dentro yo soy sólo arcilla. Siempre lo he sabido.

Lo acepto. —Goldsmith se incorporó, alzó los brazos, dio media vuelta para mostrarse—. Parezco sólido, ¿verdad?

—Basta, por favor —dijo Richard, bajando la vista—. No voy a matarme de hambre pero ahora no necesito tu ayuda. No me interesa.

Goldsmith se sentó.

—Harriet dice que alguien debería dormir aquí para hacerte compañía.

—Hace cinco meses que nadie duerme aquí. He estado solo excepto... —No terminó la frase.

Goldsmith aguardó.

—¿Excepto? —dijo Goldsmith.

—Cuando Gina.

—Sí.

Richard se sentó y cogió el vaso.

—Se quedó aquí. —Richard bebió de nuevo—. Me pondré bien.

—Sí. No nos creas indiferentes. Nos preocupamos. Harriet. Todos los muchachos.

—Lo sé. Gracias.

—Me quedaré si quieres.

—Buen whisky. Tal vez pueda volverme bebedor.

—No, amigo, no te lées con esta bazofia. —Goldsmith cogió la botella, se levantó

y se le acercó—. Dame el vaso. Lo tiraré. Al cuerno con las celebraciones.

Richard se resistió a darle el vaso. Goldsmith retrocedió, se pasó la mano por el pelo, miró las cortinas de la ventana.

—Salgamos a cazar un rayo de sol, Dick. Lo que encontremos. Luz pura, brillante y blanca.

Richard sintió lágrimas en las mejillas.

— *Completo. No falta detalle.*

—Vamos, hombre —lo alentó Goldsmith—. Habla.

Richard se enjugó las mejillas.

—La amaba de veras. No podía vivir con ella pero la amaba. Y Gina... Dios, creo que nunca he amado a nadie en este mundo como amo a esa niña. Hay un gran cráter allí, Emanuel. —Se tocó la cabeza—. El cráter de una bomba. No estoy aquí. —Tonterías.

—De veras. No puedo hacer nada. No puedo pensar, no puedo hablar con claridad. No puedo escribir. No puedo llorar.

—Ahora estás llorando, hombre. No confundas el pesar con la pérdida del alma. Aún lo tienes todo. Eres de roca.

El sollozo comenzó como un calambre muscular interno. Ascendió cobrando una intensidad que parecía romperle el pecho, hasta que Richard se derrumbó en el diván temblando gimiendo cogiendo esas manos tendidas, aferrándose a algo.

— *Siéntelo. Horrendo. Todo se repite igual. Peor. Goldsmith se acercó al sofá, se arrodilló frente a Richard y lo abrazó. Sollozó con él, se meció con él, clavando los ojos negros en la pared.*

—Dilo, hombre. Suéltalo. Díselo al puñetero mundo.

El sollozo se volvió alarido. Goldsmith retuvo a Richard contra el sofá como impidiéndole soltarse.

Braceos y pataleos, la opresión de la injusticia y del dolor y la necesidad de sentir la injusticia y el dolor, de sufrir para honrar a sus muertos. Sería vulgar y menospreciaría su valor si no sufría todo lo posible.

Goldsmith aún lo estrechaba. Al final se quedaron tumbados en el sofá, Richard abrazando a Goldsmith, Goldsmith tendido con medio cuerpo afuera, agarrándolo.

—Roca. Piedra, hombre. Siente tu fuerza interior. Sé que la tienes. Yo no podía soportar esto. Pero tú puedes, Dick. Resiste.

—De acuerdo —gimió Richard—. De acuerdo.

—Te amamos, hombre. Resiste.

—Goldsmith. El verdadero.

Goldsmith se apartó y tenía el cabello gris, el rostro arrugado.

—Yo soy de arcilla. Cuando me llores, amigo mío, recuérdalo—No me debes nada salvo lo que me das cuando estoy vivo. Eso es todo. Deudas saldadas.

Richard asintió con la cabeza. Tragó el doloroso nudo que le taponaba la garganta. Había tenido suficiente. Con un espasmo se zafó del recuerdo y del sueño, sintió una presión como si estuviera envuelto en algodón gris, luego un deslizamiento, retazos y fragmentos de otros sueños despeñándose y recomponiéndose, disolviéndose. Abrió los ojos y se sentó en el borde de la cama. Se abrazó las rodillas, temblando, y se inclinó hacia adelante. Nadine gimió en sueños y cambió de posición.

Richard se levantó despacio y fue hasta la ventana.

+ Cuántas cosas sepultadas. Desenterrarlas, sepultarlas de nuevo. Él me ayudó. Fue bueno conmigo.

Un amigo. Ahora está muerto debe estarlo. No siento su presencia.

El recuerdo que Richard tenía de ese día no estaba claro. El sueño no contaba toda la historia, ni la conclusión. Harriet, la amiga de Goldsmith, había entrado sin llamar mientras Goldsmith y Richard se abrazaban en el sofá. Preguntó qué pasaba y dejó caer la bolsa de comida. Se echó a llorar mientras Goldsmith trataba de explicarle que Richard y él no eran amantes. Harriet nunca comprendió; ella y Goldsmith rompieron pocas semanas después.

Richard entreabrió las cortinas, se frotó los ojos, sacudió la cabeza sonriendo. Goldsmith se había sentido muy abochornado.

Miró los números relucientes del reloj. Las tres. Dentro de poco el sol se elevaría sobre las colinas y las crestas lo reflejarían sobre quienes estaban a la sombra, difundiendo el alba invernal con sus espejos, reflejo del reflejo de un reflejo, segunda, tercera y cuarta mano, pero sol al fin.

—Salgamos a cazar un rayo de sol —susurró Richard.

Al despertar, Mary Choy había acercado una silla a una ventana del amplio dormitorio y se había sentado a esperar el amanecer. El sol había salido una hora después, y el alba fue breve y bella desde la alta perspectiva de esa mansión de las montañas de La Española. Al romper el día los guardias y soldados se reunieron en el jardín en grupos de tres o cuatro hasta que fueron relevados por el turno de la mañana.

El cielo era azul y polvoriento. Al norte se veía una franja del mar y el horizonte a través de una brecha en las montañas. Algunas nubes se acumulaban sobre los picos del sur, extendiendo sus alas grises en el viento.

Se alejó de la ventana para lavarse como cada mañana. Al mirarse en el espejo colocado detrás de la robusta puerta de madera del cuarto de baño, notó que la raya pálida del trasero se estaba oscureciendo.

Pronto sería totalmente negra. Se estaba curando sola. El doctor Sumpler estaría contento.

Durante su estancia en La Española, Mary había atravesado todo el espectro de las emociones sombrías: temor, furia, consternación. Ahora estaba en paz. Antes de dormirse había vaiveneado; ahora ejecutó la Danza de la Guerra, dando una función específica a cada tensión corporal. Que ellos observaran. Que la ejecutaran, la asustaran, la confundieran; nada la turbó durante la danza, y después de la danza estaba nuevamente centrada. Podría ejercer el control en cualquier circunstancia.

La noche anterior, madame Yardley se había levantado de la mesa y los criados habían traído una cena espléndida. Soulavier había comido hasta hartarse; Mary había comido lo suficiente para conservar las fuerzas. No habían conversado más. Se habían separado después de la cena y habían llevado a Mary a su habitación.

Había elaborado algunas hipótesis que esperaba verificar en el transcurso del día. Primera hipótesis: que ésta no era la mansión de Yardley sino una reliquia histórica que ahora utilizaban por razones estratégicas. Segunda hipótesis: que nadie sabía mucho sobre Yardley, y menos el pueblo al que gobernaba. Tercera: que todo lo que había oído sobre Goldsmith antes de la aparición de madame Yardley era una mentira. Cuarta: que madame Yardley no estaba en sus cabales y no sabía nada.

Una mujer que ayunaba para llamar la atención del esposo.

La puerta de la habitación no estaba cerrada con llave. Aun así, Mary se quedó dentro. Ya no lamentaba la pérdida de la pistola. La venganza era una satisfacción débil cuando se ejercía contra hormigas que cumplían sus obligaciones sociales.

La Danza de la Guerra no había eliminado sus emociones. Simplemente las había centrado. Lo que ahora sentía era una calma vigorosa y alerta; una paz agresiva constituida por partes iguales de paciencia y furia bien encauzada.

Se arregló el cabello en el cuarto de baño, inspeccionó su traje—medio y se asomó cuando oyó un suave golpe en la puerta.

—Mademoiselle, ¿está preparada para el desayuno? —preguntó una mujer.

—Sí —dijo Mary. Miró el reloj. Las nueve.

La puerta se abrió con cautela y un rostro pequeño y redondo se asomó, la buscó, sonrió.

—Venga, por favor.

Mary siguió a la menuda criada por el pasillo, dobló a la izquierda en vez de la derecha, dejó atrás la escalera. Ahora se hallaban en el ala oeste de la casa, el ala donde no había estado.

La criada abrió una puerta y se asomó a una pequeña habitación decorada como oficina. Una anciana vestida con un sencillo vestido negro estaba de pie ante una caja de cubos de memoria.

Soulavier, que tecleaba ante una vieja terminal, se volvió hacia ella, movió la cabeza con el ceño fruncido, hizo girar la silla y se levantó.

—Usted desayunará con el coronel sir —dijo. La anciana observó a Mary con una sonrisa agradable. Soulavier le habló en *creóle*. La anciana asintió en silencio y continuó con su tarea.

—Es la madre de madame Yardley —dijo Soulavier cuando atravesaron a solas el resto del recorrido.

Mary recordó haber visto una torre de cuatro pisos a este lado del edificio. Llegaron al extremo del pasillo y Soulavier golpeó con los nudillos en una ancha puerta doble de caoba maciza. Una voz les dijo que entraran.

Seis hombres y dos mujeres estaban de pie en torno a una larga mesa de roble dentro de la habitación alta y ancha, con forma de torreón. Una magnífica biblioteca a base de anaqueles de madera labrada con puertas de vidrio guarnecido rodeaba la habitación hasta una altura de diez metros. Dos balcones daban acceso a los anaqueles superiores. Cerca de la puerta una escalera de hierro forjado subía en caracol hasta los balcones.

Las dos mujeres y los cinco hombres eran negros o mulatos; todos vestían uniforme negro, algunos con la imagen de Samedi prendida en el pecho. Mary se concentró en un hombre alto, adusto y canoso sentado a la cabecera de la mesa. El hombre no la miró de inmediato pues estaba leyendo un libro. La mesa se hallaba cubierta con quinientos o seiscientos libros de todos los tamaños y clases, desde folios encuadernados en cuero hasta deteriorados volúmenes en rústica.

Mary nunca había visto tantos libros pero no dejó que eso la distrajera. Yardley cerró el libro que leía y lo dejó sobre la mesa.

—Me alegra verte de nuevo, Henri. ¿Cómo está el pequeño David? ¿Y Marie—Louise?

—Están bien, coronel sir. Quisiera presentarle a la teniente Mary Choy.

—Gracias. Por favor, siéntense. Nos servirán el desayuno aquí. Una buena comida, no esos suplicios de madame Yardley. Confío en que anoche les diera bien de comer.

—Sí, así fue —dijo Mary. Yardley sonrió y meneó la cabeza comprensivamente. Actuaba como si quisiera dar la impresión de ser un nombre agradable, muy británico y convencional. Nada exótico.

Mary se reservó el juicio.

—Bueno, creo que por esta mañana hemos terminado —dijo Yardley a los otros siete. Se inclinaron rígidamente, dieron media vuelta y salieron. El último hombre cerró la puerta doble con una enigmática sonrisa.

—He cedido ante mi esposa —dijo Yardley—. Tuvimos una discusión doméstica. Ella opina que mis técnicas para arrancar a este país de la barbarie carecen de... finura.

—Es una dama singular —dijo Soulavier, manifiestamente incómodo. Yardley le sonrió con una especie de luminosa severidad. Soulavier se irguió perceptiblemente.

—Henri, te agradeceré que me dejes a solas con mademoiselle Choy. Por favor, reúnete con los demás en el comedor de abajo. Esta mañana ofreceré un saludable desayuno a todo mi personal.

—Por supuesto, coronel sir.

Soulavier se marchó cerrando la puerta doble.

—Los criados despejarán una parte de esa mesa —dijo Yardley, barriendo el aire con una mano—. Esta habitación es la que más me gusta de todo el edificio. Con gusto pasaría mi vida retirado aquí, leyendo los libros de monsieur Boucher. Mary guardó silencio.

—Monsieur Boucher —repitió Yardley, dando por sentado que ella no había entendido—. Sanlouie Boucher. Primer ministro del anterior presidente de Haití, antes de mi acceso al poder. Construyó esta maravillosa mansión y la hizo fortificar un año antes de mi llegada. Lamentablemente fue secuestrado en Jacmel y no llegó a su fortaleza.

Mary asintió.

—Bueno, en cuanto a su caso, si no le importa hablar de ello antes de que sirvan el desayuno... —Frunció el ceño casi cómicamente y elevó las manos—. Por favor, no sea tan solemne. Le doy mi palabra de honor de que esta gente no le hará daño. Comprendo que ha sufrido usted algunas afrentas, y le pido mis disculpas. Estaba muy ocupado y no tuve tiempo para encargarme de todos los detalles. Los detalles de un hombre pueden ser la catástrofe de otro. Le reitero mis disculpas.

—Me retienen contra mi voluntad —dijo Mary sin hacer concesiones, a pesar de las palabras de Yardley.

—Sí. Un tira y afloja entre los departamentos de Estado y Justicia de los EE.UU. y mi gobierno. Pronto se resolverá. Entretanto puede terminar su investigación. Por lo que a mí respecta tendrá carta blanca. Y no habrá más afrentas.

—¿Puedo hablar con mis superiores?

—Sus superiores y su gobierno saben que usted no recibe malos tratos.

—Me gustaría hablar con ellos cuanto antes.

—De acuerdo, cuanto antes —dijo Yardley—. Usted ha impresionado mucho a mi gente. Jean—Claude y Roselle se cuentan entre los mejores y el informe que presentaron sobre usted es muy halagüeño. Henri está demasiado nervioso para ser objetivo. Su familia está en Santiago, y Santiago está sitiada por fuerzas de la oposición. Estamos seguros aquí y en la mayor parte de Haití... Pero los dominicanos siempre se han sentido resentidos.

—Me han informado que Emanuel Goldsmith está aquí —dijo Mary. No se había movido del lugar donde la había dejado Soulavier—. Me gustaría verle cuanto antes.

—Eso es más complicado. Ni siquiera yo le he visto. Es una historia que preferiría contarle después del desayuno. Por favor, comparta mi mesa. Tengo entendido que usted es transformista... y es muy atractiva. No sé si apruebo ese arte, pero... si ha de existir, usted es la obra maestra. ¿Está complacida con su nueva identidad?

—Hace tiempo que soy así. Ya es segunda naturaleza. —O debería serlo, pensó—. Coronel sir, el desayuno no es necesario... yo preferiría...

—Para mí el desayuno es esencial, y como dictador absoluto de todo cuanto está a la vista (según lo que su país opina de mí) tengo el derecho de comer antes de someterme a un interrogatorio. —Sonrió seductoramente—. Por favor.

Mary no ganaría nada resistiéndose a su hospitalidad. Él le acercó una silla y Mary se sentó ante una pila de volúmenes en francés encuadernados en cuero. Tres criados entraron por una puerta lateral, empujaron cuidadosamente pilas de libros hasta despejar un espacio en un extremo, pusieron dos manteles individuales —la vajilla ostentaba las iniciales S.B—. y trajeron cuencos de fruta, bandejas llenas de pescado asado y jamón, arroz al vapor, camarones y salmón ahumado con curry. Yardley contempló la espléndida comida con un suspiro audible.

—Estoy levantado desde las cuatro —confió—. Sólo he tomado café y panecillos.

Mary comió lo suficiente para aplacar el apetito y ser formalmente cortés pero no dijo una palabra.

La comida era excelente. Yardley terminó un gran plato rápidamente, lo empujó a un lado, corrió la silla hacia atrás y dijo:

—Ahora a nuestros asuntos. ¿Está convencida de que Goldsmith cometió los delitos de que lo acusan?

—Un gran jurado estaba tan convencido como para condenarlo.

—Ah. Verá usted, él me llamó para decirme que venía y que estaba en un apuro. Dijo que pronto sería acusado del homicidio de ocho personas. Necesitaba un refugio. Le pregunté si era culpable. Dijo que sí. Suponía que en cualquier caso yo lo protegería. —Yardley sacudió la cabeza dubitativamente—. Le invité a venir.

«Después de su llamada telefónica comencé a recibir información de que yo también sería condenado por su gobierno por cargos muy distintos. No he tenido tiempo para reunirme con Emanuel, pero está aquí.

—Nos gustaría conseguir su extradición —dijo Mary—. Sé que nuestros gobiernos no están cooperando en este momento, pero cuando...

—Tal vez ese «cuando» tarde mucho en llegar. Años, quizá —dijo Yardley, observando el plato vacío con escepticismo—. Usted está al corriente de las controversias Raphkind, ¿verdad? Historia reciente.

Mary asintió.

—Perdóneme por hablar tanto... Al parecer soy yo quien dispone de la información y sólo contamos con una hora... Una generosa cantidad de tiempo, teniendo en cuenta que me enfrento a una rebelión dominicana en gran escala en Santiago y Santo Domingo. Hago esto sólo porque Emanuel Goldsmith era una persona especial para mí.

Mary inclinó la cabeza cortésmente. Yardley apoyó los brazos en la mesa, arqueó el cuerpo hacia adelante y levantó las manos para enmarcar el aire.

—Las cosas son así. Hice muy buenos tratos con el presidente Raphkind, quien creía, al igual que yo, que la justicia exige algo más que simple terapia para los delincuentes. El delito no es una enfermedad que pueda ser tratada por los médicos; debe ser tratada de un modo que satisfaga a la gente común, y la gente común exige una represalia que concuerde con el delito.

»Raphkind encontró tanta resistencia que reorganizó la Corte Suprema americana. Creo que fue acusado de asesinar funcionarios... Quizá fuera culpable. Hizo pactos secretos con organizaciones de justicieros. Admito que fue una pesadilla tremenda y quizá fue el dirigente más cruel y criticable de la historia de su país, pero...

Mary comprendía hacia dónde iba.

—Llevaba la voz cantante —dijo con una sonrisa socarrona.

Yardley tomó esa sonrisa con franca suspicacia.

—Ni siquiera la policía lo respaldó después de las revelaciones.

—No. No oficialmente.

—Bueno, sea quien sea el que lleve la voz cantante, cuando los EE.UU. hablan con firmeza nuestras pequeñas naciones tiemblan. Y a decir verdad, su sistema legal no era demasiado diferente del nuestro. Nosotros tratamos los delitos con algo más que terapia.

—Ustedes usan infernales —dijo Mary.

—En efecto. La gente de Raphkind organizó contratos de exportación para distribución clandestina. Sus justicieros consiguieron una cantidad de infernales de nuestras reservas con descuento... Raphkind tuvo que suicidarse debido a la reacción pública por el caso del juez Friedman. Todo quedó al desnudo, así que escogió la bala de plata de Christophe (veneno, en su caso) en vez del suplicio. Si lo hubieran condenado, lo habrían terapiado, supongo. Aun así, prefirió la muerte antes que la deshonra pública.

—Ustedes todavía exportan infernales.

—No directamente a los EE.UU. Abastecemos a un mercado internacional y todos nuestros contactos son legítimos. Raphkind era la única excepción, ¿y qué podía hacer yo? Él podía perjudicar muchísimo a La Española. No necesitaba los servicios de nuestros soldados al comenzar su segunda gestión, tras haber concluido sus acciones en Bolivia y Argentina. Gozaba de inmensa popularidad. Yo no tenía más alternativa que suministrarle infernales.

Mary escuchó sin inmutarse.

—Sea como fuere, los infernales son legales en La Española. Su uso atinado es justo, en mi opinión. Las leyes son muy estrictas y se aplican con firmeza. La confesión es suficiente para que un tribunal dicte sentencia.

—Los selectores no practican una justicia formal —dijo Mary.

—Ellos practican la política de la resistencia clandestina —dijo Yardley—. No pretendo juzgarlos a ellos ni otros aspectos de su sociedad. La Española sólo tiene capacidad para reaccionar, para sobrevivir, y hasta ahora lo ha conseguido bajo mi mando.

—¿Dónde está Goldsmith? —preguntó Mary.

—Cerca de aquí, a noventa kilómetros, en la Prisión de las Mil Flores.

—¿Y usted no fue a verle? ¿A su amigo?

Yardley endureció el rostro.

—Tengo mis razones. Primera razón, falta de tiempo. Segunda razón, he oído su confesión. Él quería escapar a La Española para hallar refugio. Pensaba sacar partido de mi amistad después de cometer un crimen horrendo e insensato. Ni siquiera mi mejor amigo (y Emanuel, aunque muy caro para mí, no es mi mejor amigo) podría alardear de hacerme infringir las leyes de mi país. No tenemos tratados formales de extradición. Sin embargo, aceptamos criminales de otros países para encarcelarlos, formalmente y de otros modos.

Mary había oído hablar de ello, pero ahora no le parecía relevante.

—¿Los encierran en la Prisión de las Mil Flores?

—Y en otras partes. Tenemos cinco cárceles internacionales. Algunos gobiernos pagan bien por este servicio. Pero Goldsmith... No cobraremos nada a los EE.UU. Él se quedará aquí.

—¿Por qué? Las leyes de mi país...

—Su país lo trataría y lo dejaría libre, un hombre nuevo. No merece tantas consideraciones. La desdicha de los parientes de sus víctimas persiste. ¿Por qué el no ha de sufrir? La punición constituye el núcleo de todos los sistemas legales. Aquí somos simplemente más francos.

—Él era amigo de usted —dijo Mary, apabullada—. Él lo adoraba.

—Eso es un agravante. Traicionó a todos sus amigos, no sólo a los que mató.

—Pero nadie sabe por qué los mató —dijo Mary, obligada a desempeñar el incómodo papel de abogado del diablo—. Si está realmente desequilibrado y no es responsable...

—No me concierne. Aquí no ejecutamos a los prisioneros. Realizamos nuestra propia terapia. Y usted sabe muy bien que quienes se someten al infernador jamás repiten sus crímenes.

—¿Está en la grapa?

—Si no está en ella ahora, lo estará al final del día. Se le ha juzgado.

Mary se reclinó en la silla, aturdida.

—Nunca esperé semejante cosa —murmuró.

—Hacemos su trabajo por usted, querida —dijo Yardley, tocándole los nudillos con un dedo—. Usted será llevada a las Mil Flores. Le mostrarán al prisionero. Me imagino que dentro de tres o cuatro días llegaremos a un acuerdo con su gobierno para que usted pueda regresar a Los Ángeles. Consideren cerrado el caso. Emanuel Goldsmith nunca saldrá de las Mil Flores. Nadie ha escapado jamás; damos esa garantía a todos los países clientes.

Mary sacudió la cabeza. Parecía que esa habitación con decenas de miles de libros la sofocaba.

—Exijo que Goldsmith sea puesto bajo mi custodia —dijo—. En nombre del derecho internacional y la mera decencia.

—Bueno, bueno. Pero Goldsmith vino aquí voluntariamente y ha manifestado abierta admiración por nuestras leyes y reformas. Es justo y decente que viva de acuerdo con sus convicciones. A menos que usted tenga algo muy ingenioso que añadir, creo que nuestra reunión ha concluido.

Se abrió la puerta doble y entró Soulavier.

—Mademoiselle Choy irá a las Mil Flores para ver a Emanuel Goldsmith y luego, cuando yo dé la orden, se pondrá en contacto con la embajada de su país. Gracias por su paciencia, mademoiselle.

Yardley se levantó y señaló la puerta. Entraron seis hombres uniformados. Soulavier le cogió el brazo y la condujo al pasillo.

—Es un raro privilegio —dijo—. Yo nunca he desayunado con el coronel sir. Venga, por favor. Tenemos dos horas de viaje de aquí hasta la prisión. Las carreteras

no son excepcionales y habrá mucho tráfico militar. A fin de cuentas, no estamos tan lejos de Santiago.

LIBRO TERCERO

Así como el caos contenía la posibilidad de materia, esta criatura contiene la posibilidad de la mente, como una quinta extremidad latente en el hombre, estructurada para forjar y manipular el sentido tal como el puño está estructurado para aferrar y palpar la materia.

MAYA DEREN: Jinetes divinos: los dioses vivientes de Haití

56

Mientras aguardaba para iniciar el pleno ingreso en el País, Martin pidió mentalmente acceso a la consola. Lo obtuvo y la cogió con la mano derecha, que aún le resultaba borrosa. La consola era lo único que veía con claridad: una caja roja simulada dentro de la cual flotaba un indicador de situación.

Al activar la consola también aparecía una combinación de rastreador y afinador que permitía desplazarse de neurona en neurona, de frecuencia en frecuencia o de canal en canal. De un flanco de la caja roja colgaba un cordel de emergencia.

Nunca había usado el cordel. En este sondeo una salida inmediata del País resultaría dificultosa, quizás imposible; sin *buffer*, el tirón del cordel sólo cortaría las conexiones entre sujeto e investigador.

Las experiencias latentes que aún merecieran interpretación continuarían siendo procesadas tanto en los investigadores como en el sujeto.

En la ambigua escala temporal del País, la latencia se podía medir en segundos o minutos, y muy ocasionalmente en horas.

Esta vez el nivel exterior del País de Goldsmith era una tibieza gris, un cúmulo de conocimientos procesados destinados a una conciencia ahora inactiva. Goldsmith estaba en un estado controlado de sueño neutro, sin actividad onírica.

Martin sentía la presencia de Carol como una tibieza más vasta dentro del gris. Mientras probaba la consola, haciendo que ambos se desplazaran simultáneamente por el mapa de este nivel, practicó comunicación verbal con ella.

| ¿Puedes oírme?

| *Algo algo.*

| Intenta de nuevo.

| *Hum.*

| No te oigo con claridad.

| ¿Me oyes ahora?

| Sí. Probemos la transferencia emocional —sugirió Martin. Ella envió lo que él

interpretó como afecto profesional y afán de continuar. Ambos sentían ese afán; tras una larga noche de sueño, Martin nunca se había sentido mejor para explorar un País.

| Estoy recibiendo tu excitación, —dijo—. Creo que te gusta trabajar aquí conmigo.

| Así es. De ti recibo un afecto más que profesional, atenuado por la tarea que nos aguarda.

| En efecto, concedió Martin de mala gana. Aquí disponían de gran libertad y abertura; pronto les sería imposible ocultar sus emociones, así como el sujeto no podría ocultar sus procesos psicológicos más profundos.

| Nos desplazaremos a un nivel activo y buscaremos un punto de entrada. Luego liberaré tu propia consola y si es preciso trabajaremos por separado.

| Entendido. Creo ver un bosque adelante. ¿Ya llegamos a una entrada? No, espera un momento... No hay bosque. Veo potenciales para muchas imágenes distintas. ¿Qué es esto, Martin?

| Tal vez aún recibimos ruido visual del lóbulo occipital.

| Sin el *buffer* todo resulta más nítido, más inmediato, ¿verdad? —preguntó Carol.

| Así parece. Pero en realidad aún no vemos nada. Cambiaré de posición y canal. Hacia la entrada preconvenida... punto dos siete en el mapa de Margery. Vimos...

La celeridad de la entrada fue anonadante. En un instante sólo experimentaban una neutralidad gris sin principio ni fin, una perfecta y plácida potencialidad semejante a un vasto estanque de pre—creación; al siguiente, un tórrido cielo azul y un inmenso desierto atravesado por tres autopistas infinitas.

| Uf —dijo Carol—. Perdona por decirlo pero eso no ha sido sutil.

| Mis disculpas. (Lamentación). Estamos en el País.

| Mira qué nítido. Vaya. ¡Martin, te veo perfectamente! Martin estaba de pie en el desierto, sintiendo el crujido de la arena bajo, los pies. Carol caminaba por la autopista más próxima, a diez o quince metros de distancia. Llevaba un vestido blanco y sin mangas largo hasta las rodillas y esarpines blancos. Perfecto para ese clima, que habría sido bochornoso, excepto que en el País no había extremos de temperatura. Martin sólo sentía una brisa cálida.

| Llevas téjanos y una camisa negra de manga corta —dijo Carol—. Y botas.

Martin se miró. Así era como su mente había vestido su autoimagen.

| ¿Qué edad aparento?

| Unos veinticinco años. No más de treinta. ¿Qué llevo yo? Martin describió lo que veía.

| Bueno, disentimos. A mí me parece que uso un trajelargo azul y pantuflas negras. ¿Qué edad aparento?

| La edad que tienes. Pareces realmente hermosa.

| ¿Dónde están las botas de siete leguas? —preguntó Carol señalando la inmensa

arena. Supongo que no caminaremos.

| Volaremos. A partir de aquí formamos parte del País de Goldsmith. Se adaptará a nosotros.

| En efecto. (Empecinamiento; preparación mental). Estoy poniéndome a punto. ¿Lo sientes?

| Estás a punto, muy atractiva. Ella ignoró el comentario.

| Recuerdo cómo volar. El músculo del cuello, ¿verdad?

| Veamos si no has perdido la práctica.

La autoimagen de Carol dio dos pasos por la carretera y se elevó sobre el asfalto transparente. Con semblante de intensa concentración, ascendió un metro.

| Como un sueño —dijo—. Nunca pude subir más que esto.

| Yo pude subir más en otras ocasiones —dijo Martin—. Pero permaneceremos juntos por un rato.

Se concentró en el inexistente músculo/órgano de vuelo del cuello, cuyo descubrimiento en sueños siempre había precedido a maravillosos episodios de elevación, de remontarse por encima de sus compañeros de escuela (sueños que lo devolvían a la infancia o la adolescencia); breves períodos de infinita libertad en que se preguntaba por qué nunca había pensado en hacer esto antes.

Se elevó un metro, extendió los brazos, cruzó hasta la carretera y flotó junto a Carol.

| ¿Puedo decirte que pareces un ángel?

Carol se echó a reír.

| ¿Puedo decirte que pareces un patán en un parque de atracciones?

| Evita los comentarios personales.

| Aquí no puedo evitarlos.

Él giró para otear las tres autopistas infinitas.

| Todos los caminos conducen a Roma.

En la mayoría de sus incursiones previas en el País, el símbolo central de la mente era una ciudad; en algunos casos, una ciudad sólo por el tamaño y la complejidad, con forma de castillo o fortaleza o incluso de montaña acribillada de madrigueras; pero siempre una vasta morada que hervía de actividad.

| Hola, dijo Carol, adelantándose. El la alcanzó y sobrevolaron la negra autopista rumbo al lejano horizonte. Al aumentar la velocidad Martin notó un comienzo de separación visual. El cielo, la arena y el asfalto brillaban. Todas las formas presentaban una sombra aterciopelada en el lado contrario a la dirección que seguía Martin. Habían presenciado antes ese fenómeno; significaba la rápida transferencia del sondeo, de un cúmulo de neuronas a otro.

| ¿Ves separación? —le preguntó a Carol.

| Bastante. ¿Qué significa?

| Puede significar que estamos cruzando gran cantidad de cúmulos. Cubriendo mucho territorio mental. El País se ha contraído. Quizá Goldsmith haya congregado todos sus símbolos para consolidarse. No entiendo por qué... Pero gran parte del paisaje accesible es engullido por un desierto.

|¿Se está fortificando? —sugirió Carol.

| No sé.

Cruzaron ese desierto durante un intervalo de tiempo subjetivo sin precedentes. La experiencia del tiempo en el País dependía de la cantidad de detalles sensoriales del territorio. Si sólo había repetición, como en este vasto desierto, el tiempo podía estirarse sin cesar. En el mundo externo o en el reloj de la consola los segundos o fracciones de segundo podían transcurrir como horas.

| Tedioso —dijo Carol.

| Abrumador —convino Martin. Quizá debamos cambiar manualmente de cúmulo o canal.

| Espera un poco. Estamos aprendiendo algo, ¿verdad? Estamos aprendiendo que Goldsmith se ha contraído increíblemente —dijo Martin—. Todo este vacío.

| ¿Y si es lo único que hay? —sugirió Carol, volviéndose hacia él. Se desplazaba seguida por veloces postimágenes negras. Los ojos de Carol eran intensamente azules. Martin imaginó y vio que esos ojos se transformaban en parte de una laguna. La laguna envolvió la imagen de Carol hasta que Martin apenas pudo verla a través de las aguas ondulantes. Combatió esa fantasía y la desmenuzó en un polvo que quedó atrás junto con las postimágenes.

| Nadie está del todo vacío.

| ¿Ni siquiera un asesino múltiple?

| Ni siquiera. Créeme. Es mentalmente imposible. Pero podríamos estar en un nivel erróneo. Quizá no sea un nivel de entrada.

Martin no estaba de acuerdo. Ten paciencia.

| Paciencia, paciencia, —dijo Carol. En incursiones anteriores Carol se había puesto eufórica como una niña, casi frenética, antes de iniciar el verdadero trabajo. Martin la veía como un espíritu de fuego, un Ariel femenino o un afrit del desierto. Ahogó esa fantasía antes de que se manifestara.

| Aprovecha el tiempo para habituarte a las reglas —sugirió Martin.

| Eres tú quien me come con los ojos —dijo Carol—. Vi esa laguna. Casi me mojaste.

| Ojalá —dijo Martin. Ella frunció el ceño.

| Siento que se aproxima un cambio... ¿y tú? Sí.

Martin miró el reloj de la consola. Treinta segundos. Tal vez hubieran cruzado la mitad de los puntos que había consignado Margery, examinando todas las sedes hipotalámicas de Goldsmith en ese tiempo. Tal vez tuvieran que efectuar varios

circuitos por todos los canales antes de encontrar lo que querían... Pero la ciudad central nunca había sido difícil de encontrar en pacientes anteriores. Hay algo —dijo Martin, señalando adelante. El cielo cambió de color sobre las incesantes autopistas, pasando de azul polvoriento a negro con pinceladas de naranja.

| Parece una tormenta —dijo Carol. Para Martin parecía el fulgor del horno de una fábrica o una ciudad en llamas vista de noche. No parecía hospitalario. El cielo azul se oscureció con un sonido chirriante, como si una máquina distante hubiera tapado unas candilejas con un telón. Aun así, la región de la autopista y ellos mismos parecían envueltos en la misma luz diurna. Adelante el fulgor del horno palpitaba y temblaba como reflejando relámpagos rojos.

Martin nunca había tenido motivos para temer el País, pero al ver esto tuvo dudas. En los sujetos anteriores la ciudad era un lugar animado, no necesariamente bonito pero nunca temible. Esto semejava la puerta del infierno.

| Entraremos juntos —sugirió Carol.

| Será mejor, al principio —convino Martin.

| ¿Estás preocupado? —preguntó ella.

| Sabes muy bien lo que siento. Tú también estás preocupada.

| No hay *buffer* —suspiró Carol. Giró en el aire como una bailarina y señaló el suelo—. Todos podríamos tener pesadillas aquí.

La experiencia pasada inducía a Martin a creer que en el País no podían sufrir daño; por otra parte, el contacto directo con la simbología mental de Goldsmith quizá perturbara sus propios paisajes interiores. El efecto no sería irreversible, pero tampoco resultaría agradable, a juzgar por esa escena.

El vivo fulgor cubrió el cielo. Las autopistas exteriores viraron hacia ambos flancos de un vasto desfiladero del cual sólo veían los bordes. Permanecieron en la autopista del centro. Los rodeó un sonido, un estruendo continuo de tambores o máquinas, tan tangible que veían la fluctuación de las ondas a través de ellos y del asfalto.

| Estamos cruzando el borde —observó Martin.

Aminoraron la velocidad y sobrevolaron un escabroso amontonamiento de rocas, en el borde del desfiladero.

| Debe ser allí —dijo Carol—. El desfiladero era una fosa revestida de cristales, y los cristales eran edificios de todo tipo de tamaños y formas que se elevaban desde el fondo del desfiladero hasta un risco con el perfil de Manhattan. La ciudad debía de extenderse cientos de kilómetros, hirviendo de inventivos detalles, una obra maestra de arquitectura mental.

| Nunca he visto nada semejante —jadeó Martin. Carol comunicaba el mismo aturdimiento mezclado con admiración.

Los edificios chispeaban con una pulsación de luz que palpitaba desde el risco

central hasta los edificios apiñados al pie de los bordes. Uno, dos, tres, *pulsación*; el fulgor se proyectaba desde un sinfín de ventanas hacia la oscuridad del cielo: rescoldos de una fogata moribunda; estrellas de una galaxia amalgamada por un imposible' ritmo viviente.

| Es magnífico —dijo Carol—. ¿Cómo es posible que esto sea enajenación?

| Estamos aquí para averiguarlo.

La experiencia era más vivida que la vida misma; las visiones y sensaciones eran alucinatorias. No veían un producto filtrado, moldeado y pulido del pensamiento y la percepción, sino la materia prima del ser y el pensamiento.

Martin se sintió embargado por una súbita alegría, una alegría nacida del espanto que había sentido antes, alegría de que no hubiera *buffer*, alegría de estar con Carol al borde de algo misterioso, maravilloso y totalmente inexplorado. Nadie sabía que existía, ni siquiera Goldsmith.

| Te daré tu consola —dijo Martin—. Pero exploraremos juntos durante un rato, hasta saber qué nos espera.

Carol alzó la mano para bajar su consola.

(Satisfacción, autodisciplina, concentración).

| Esto es perfecto. Todo está aquí.

Martin cogió la mano de Carol y descendieron juntos a la ciudad de Goldsmith. Abajo la autopista parecía rajada y descuidada, y al fin se desintegraba en fragmentos de asfalto y tierra. Desperdigados entre los terrones yacían fragmentos blancos semienterrados en un fango negro. Martin bajó para ver qué eran. Carol lo siguió. Examinaron la escabrosa superficie. Huesos —dijo ella.

| Yo veo restos de piezas de alfarería... cabezas, rostros. Yo veo cráneos y huesos. Intentemos.

Martin se concentró en las astillas blancas, trató de adoptar la interpretación de Carol.

| De acuerdo, ahora veo un fémur. Un cráneo. Pero también veo rostros de cerámica, como de picheles. Picheles tristes.

| Estas calaveras no sonrían —observó Carol—. Son calaveras tristes.

Se elevaron de nuevo pero no avanzaron.

| ¿Alguna idea de lo que representan? —preguntó Carol. Ninguna.

Siguieron volando hasta sentir una pesadez que les obligó a descender. Aterrizaron bruscamente en una calle recta, entre altos y oscuros edificios de ladrillo con ventanas destrozadas. Había dibujos garrapateados en cada centímetro de pared, trazados con harina u otro polvo blanco: serpientes con lenguas de relámpago, pájaros macrocefálicos, perros y gatos despatarrados con signos # en vez de ojos.

Los dibujos se deslizaban de los edificios a las aceras. Martin y Carol miraban los dibujos que pisaban mientras caminaban por la calle desierta; más animales,

murciélagos y figurillas de papel, cuadrados de rayuela, cada cuadrado una ventana hacia un rostro garabateado que parecía vivo con sus arrugas y muecas: observaban, se contraían, reían, miraban, se enfurruñaban.

| Tal vez antes asomaban por esas ventanas —dijo Carol—. Ahora están atrapados en la acera y la calle. ¿Serán caracteres de mensaje?

Martin miró los vidrios astillados de las ventanas vacías.

| Es posible —dijo.

En los Países que habían explorado, los pensamientos y recuerdos persistentes a veces cobraban forma de figuras; Martin las había denominado caracteres de mensaje. Eran efímeras pero en general positivas y vibraban de tenue vitalidad.

Martin estudió los rostros y cuadrados. Entre los dibujos habían garrapateado palabras incomprensibles con trazos de niño; letras deformes, ortografía confusa. Sólo las figuras que simbolizaban las subpersonalidades de Goldsmith, sus principales órganos mentales, podían emplear el lenguaje; servían como intermediarios que brincaban de un nivel a otro de actividad mental. Mientras no las encontraran, ninguna palabra ni sonido de este País resultaría comprensible como lenguaje escrito o hablado.

El estruendo continuaba, más tambor que máquina. Martin caminaba al lado de Carol, despacio para no perder detalle.

| Aquí no hay acción —observó Carol.

| ¿Crees que hubo guerra, alguna forma de lucha?

| Perturbación —concedió Carol—. Nada se mueve. Tal vez hubo contracción en el centro de la ciudad... los edificios altos. Nunca hemos visto tanta concentración ni desolación. Pues es significativo. Una patología semejante a la contracción de los tejidos.

| No se me ocurre una explicación mejor. Pero la estructura dura de los símbolos aún está aquí... incluso en los lindes, las autopistas del desierto. Podría haber acción, el paisaje la soportaría.

| Como un cable sin corriente —dijo Carol.

| Buena comparación.

Martin avanzó calle abajo. Carol se separó un instante para subir una escalera y atisbar el interior de los oscuros edificios. El la aguardó con vaga inquietud. El sello de Goldsmith. Desfiladero oscuro, flujo de luces, barrio sin habitantes...

Si no había habido una guerra quizá marchaban por una tierra calcinada... preparativos para una batalla inminente.

| Echa una ojeada —sugirió Carol, pidiéndole que se acercara. Martin retrocedió unos pasos y subió las escaleras. Más allá de una puerta borrosa se extendía un pasillo inacabado que cambiaba cada vez que ellos desviaban la atención.

| Colapso —dijo Martin.

| Tan adentro. El País se debe estar disipando aquí. El foco debe estar en otra parte.

| Entonces vayamos al centro y no perdamos tiempo aquí —sugirió Martin—. Si hay colapso, esta parte del paisaje ya no es significativa...

| Excepto arqueológicamente —dijo Carol.

| Tal vez ni siquiera eso.

Su inquietud se agudizó. Desolación y decadencia; caracteres de mensaje apresados en las aceras.

Rechazo de las estructuras y configuraciones existentes. ¿Cuál podía ser la causa? El País soportaba algo más que su propia imaginaria: brindaba una base de signos y símbolos para gran parte de la actividad superior de la personalidad primaria y otros órganos principales. La corrupción o el agotamiento de la simbología implicaba una disfunción mental de gran magnitud, pero los terapeutas no habían detectado disfunciones mayores en Goldsmith.

Adelante, al final de una calle, escalones de hormigón con barandillas de acero bajaban a otra calle que estaba decenas de metros más abajo. Martin cogió la mano de Carol y continuaron el descenso.

| Quizás encontremos un taxi —dijo Carol.

La calle de abajo se llenó de papeles que aleteaban y giraban en remolinos de aire ilusorio. Martin se agachó para recoger uno, pero se le escabulló como si estuviera vivo. Carol lo intentó y también falló; cuando llegaron al final de la calle y giraron hacia los rascacielos, los papeles ardieron disipándose en volutas de ceniza negra. Martin miró hacia arriba y tocó a Carol, señalando un inmenso cartel que cubría la pared sin ventanas de un oscuro edificio de cinco pisos. Letras ininteligibles, borrosas y cambiantes, cubrían el pie del afiche. El tema del cartel era un busto humanoide de cabeza oval.

| Vote por el Señor Nulo —dijo Martin.

| El favorito del pueblo —convino Carol.

Recorrieron varias manzanas de los barrios externos sin ver ocupantes. Carol comparó el paisaje con una zona de guerra; un territorio abandonado por temor a un bombardeo nuclear.

| Tal vez la economía está en crisis —sugirió Martin—. Nunca he visto nada tan vacío.

Me pregunto por qué está aquí. *Memento morí*. Encima de los lúgubres y vacíos edificios de ladrillo se erguían los relucientes rascacielos del centro, pero no parecían aproximarse. Después de horas aparentes de una caminata irritante a pesar de la falta de fatiga, Martin se detuvo a consultar la consola.

| ¿Vas a jutear? —preguntó Carol. «Jutear» era la palabra que usaban en jerga para designar el traslado manual de un canal a otro. Hacía años que Martin no la oía;

sonrió ante los recuerdos que le despertaba, investigaciones más sencillas con resultados más inmediatos.

Sólo miraba la hora. Otros treinta segundos. Reflexionó. Ya deberíamos estar en el centro del País. Si los rascacielos constituyen el centro, no nos estamos acercando. Si juteamos podemos perder esto por completo...

| Creo que es lo mejor —dijo Carol.

| No me parece. Aquí hay algo significativo.

| Llamemos un taxi.

Sólo bromeaba a medias. Podían invocar la manifestación de ciertos rasgos; pero en esas circunstancias Martin se resistía a imponer sus imágenes en el País a menos que fuera estrictamente necesario. Sin embargo, quizá fuera posible una solución intermedia; hallar un rasgo al que pudieran *persuadir* de ser útil.

| Encuentra el metro —dijo.

Miraron alrededor; al parecer no había entradas para las estaciones de metro.

Los tambores tronaban como palpitaciones crispadas.

| Y él decía que era un chico de Brooklyn —suspiró Carol.

| Hace tiempo que no vive allí. Tal vez podamos explorar de nuevo los edificios... ir a los sótanos.

Sugerir la existencia de un medio de transporte.

Caminaron hacia lo que parecía una tienda desierta en la planta baja de un edificio de piedra que abarcaba una manzana. En el interior de la tienda había pasillos y anaqueles, una caja registradora hecha de un material parecido a pizarra, más escultura que máquina. Carol acarició las teclas de piedra.

| Hay una puerta —dijo Martin—. Fueron hasta el fondo por el pasillo del medio, empujaron una puerta de vaivén y se encontraron ante un inmenso basurero sepultado en las profundidades de una caverna. Un parapeto con barandas asomaba sobre la fosa.

| Dios mío —dijo Carol—. No es sólo basura. Hay cuerpos. Más huesos.

Martin volvió a ver rostros de cerámica astillada en vez de huesos. Nunca había observado nada semejante en un País; al borde de la pesadilla, estos signos parecían indicar una guerra, un genocidio interno.

| Así no vamos a ninguna parte... no vemos mucho de Goldsmith —dijo Martin—. Sólo vemos una cáscara.

| Quizás estemos en una trampa —sugirió Carol.

| Nunca he observado nada engañoso en el País.

| Pero nunca hemos visto nada como esto.

Martin pensó en un posible laberinto. ¿Era posible que los recursos mentales de Goldsmith hubieran construido barricadas contra el sondeo? Goldsmith no sabría qué esperar de un sondeo, pero sus órganos podrían presentar resistencia para evitar

revelaciones dolorosas.

Era de visionar. Tal vez estemos ante una pantalla deliberada —dijo Martin—. Un laberinto con detalles desorientadores... No mentiras ni engaños sino desvíos y señuelos.

Carol hizo una mueca.

| Si esto es lo más impreciso, ¿cómo será lo demás?

| Aquí no encontraremos nada útil.

De vuelta en la calle, Martin se agachó para tocar el asfalto aparente. La porosa textura era imprecisa pero pronto se volvió áspera y convincente. Martin miró a Carol, quien fluctuó un instante antes de cobrar solidez.

| Creo que es hora de ejercer un poco de autoridad —dijo Martin.

| Es hora. ¿Qué hacemos?

Necesitamos una calle que conduzca al corazón de la ciudad.

| Por ejemplo... allí.

Señaló la próxima intersección, frunció el ceño exageradamente para demostrar concentración e invitó a Carol a imitarlo. Nada cambió visiblemente, pero esa autoridad tenía más efecto sobre objetos o situaciones que no estaban a la vista. Así había menos modificaciones evidentes.

| De acuerdo. Probemos.

Camaron hacia la esquina y miraron hacia los rascacielos. La nueva calle, recta como una flecha, apuntaba hacia la ciudad. El tamborileo había cesado; ahora sólo oían un susurro distante, faldas de tafetán o viento entre hojas de palmera.

| Tal vez no hayamos cambiado nada; tal vez esta calle iba en esa dirección —dijo Carol.

Martin se concentró de nuevo, decidiendo que haría la nueva modificación él solo. Un motor rugió a sus espaldas. Al volverse vieron un viejo autobús diesel que se aproximaba humeando. Martin tendió la mano y cogió un poste que no había visto antes.

| Empiezo a recobrar ese toque —dijo.

El autobús se detuvo junto a la acera y abrió la puerta. El modelo era de fines del siglo veinte pero no había conductor.

| Todos adentro —sugirió Martin.

El autobús arrancó con una buena sacudida. Carol se sentó en un asiento de vinilo; Martin permaneció de pie, cogiendo un poste bruñido por el tiempo.

| Parece algo que Goldsmith vio en la infancia. ¿Estás seguro de que esto fue idea tuya?

| Es una colaboración —dijo Martin.

El paisaje externo se volvió borroso. Las postimágenes de los objetos dejaban espectros negros. El autobús viajaba más deprisa que el ritmo de creación sensorial.

| ¿Cuándo tiramos del cordel? —preguntó Carol, señalando una soga revestida de plástico oscuro que colgaba de argollas de metal sobre las ventanillas.

| Quizá no sea necesario —dijo Martin. Le habló en voz alta al autobús—: Queremos bajar en el centro de la ciudad.

El paisaje externo se ennegreció, fluctuó violentamente y se asentó de nuevo. Las sórdidas y desiertas avenidas que circulaban entre inquilinatos oscuros y deshabitados fueron reemplazados por arterias anchas y luminosas, muchedumbres apresuradas, edificios altos, limpios y pujantes, una ligera nevisca, adornos navideños. El autobús se detuvo y abrió la puerta, dejando entrar un remolino de copos de nieve. Reinaba un frío espectral. Se apearon del autobús y se detuvieron en la ancha avenida entre los presurosos habitantes de la ciudad central de Goldsmith.

En su trajín, los habitantes tenían poca individualidad. Sus imágenes presentaban borrones de color, destellos del brazo o la ropa, expresiones fugaces que evocaban recortes fotográficos. El efecto no era meramente impresionista; Martin y Carol se sintieron realmente solos en esa muchedumbre. El remolino de simulacros continuó su marcha imperturbable.

| No me gusta esto —dijo Martin.

| ¿Crees que todos los caracteres de mensaje serán tan inexpresivos? —preguntó Carol.

Él sacudió la cabeza con una mueca de disgusto. Es como si no estuvieran. ¿Qué función cumplen?

En sus anteriores incursiones en el País habían encontrado una vivida población de caracteres de mensaje además de las impresiones o modelos de las personas que el sujeto había visto o conocido. Pero si alguna vez estos simulacros habían tenido individualidad o detalles convincentes, ahora parecían descoloridos como tela desteñida.

| ¿Esto será nuevo, o Goldsmith siempre estuvo vacío? —preguntó Carol.

| No arriesgaré una conjetura. De un modo u otro, aquí hubo un desastre de enormes proporciones.

Una disfunción mayor. No puede haber otra explicación.

| ¿Qué clase de disfunción pasaría inadvertida en un test?

| Averigüémoslo.

Las multitudes les cedieron el paso con susurros fantasmales que reverberaban como grabaciones distantes y repetitivas. En ningún momento establecieron contacto. Avanzaron hacia lo que parecía un gran edificio municipal con forma de bóveda, tal vez una estación ferroviaria. Los letreros aún eran ilegibles.

| ¿Qué estamos buscando?

| Una cabina telefónica —dijo Martin.

| Excelente idea. ¿A quién llamaremos? Al jefe. Algún jefe. Alguien que tenga

autoridad. El alcalde, quizá. O el presidente.

Martin se encogió de hombros.

| Me conformaría con un ordenanza convincente.

Un caudal de nulidad lamía la entrada del edificio municipal. Atravesaron el caudal bajando por escalones de piedra hasta llegar a una cámara alta cuyo diámetro aparente era de cien metros.

| La estación Grand Central —dijo Carol. Martin trató de hallar una cabina telefónica entre la multitud. Carol miró boquiabierto los detalles arquitectónicos. Martin sintió la oleada de sorpresa y espanto de Carol y miró hacia arriba. El también quedó anonadado.

La distorsión de la perspectiva inflaba la cúpula varios cientos de metros. Una luz lechosa se derramaba por las ventanas. Una gruesa telaraña de cables negros que colgaba en lo alto desconcertó a Martin, hasta que vio una serie de puertas y parapetos cerca del extremo. Cada pocos segundos, figuras diminutas saltaban por esas aberturas y caían en silencio, extendiendo los brazos para colgar de la red de cables. Temblaban, luchaban como moscas, se quedaban quietas.

Los cables estaban llenos de cadáveres descoyuntados.

Con esa agudeza visual que sólo era posible en los sueños o en el País, Martin veía esos cadáveres descoyuntados como si estuvieran a pocos metros. Sus rostros tenían más carácter que los fantasmas que trajinaban por la ciudad; expresiones decadentes de futilidad y muerte, rostros lamentables, tantos que no podían contarse. Y ni una sola víctima se repetía cuando Martin desviaba la atención; los cadáveres presentaban una variedad infinita, nunca eran los mismos.

Carol lanzó un grito y se echó a un lado. Un brazo putrefacto se desprendió de un cadáver y cayó al suelo embaldosado con un ruido repugnante. Martin sorteó el brazo desmembrado y abrazó a Carol.

| Es una verdadera pesadilla —dijo ella—. Nunca hemos visto nada semejante en el País.

Él asintió, apoyándole la barbilla en la cabeza. Desapasionadamente, observó que no tenía segundas intenciones al abrazar la imagen de Carol; simplemente había acudido a protegerla y a aliviar su propio horror mediante la simulación del contacto físico.

En sus anteriores exploraciones el territorio era surrealista y onírico, pero nunca de pesadilla. El horror y el pánico de la pesadilla genuina procedían de interpretaciones equivocadas y del almacenamiento erróneo de contenidos psicológicos que estaban por debajo de la conciencia personal; los recuerdos y las impresiones fóbicas se mezclaban al azar con muchas capas de imágenes profundas.

El País en su forma pura nunca había sido un lugar horroroso...

| Tal vez estemos ante una rampa que conduce a otro nivel, más alto que el País

—sugirió Martin.

| No lo creo —replicó Carol—. ¿En qué nivel tendría sentido esto? Esto es el aquí y ahora. Los huesos de la caverna, los huesos o piezas de alfarería de los lindes... Esto es coherente.

Martin tuvo que reconocer que así era. Dime qué crees que significa.

Carol meneó la cabeza, lo apartó suavemente. Otro fragmento de carne putrefacta y anónima cayó y se estrelló a pocos metros con repulsivo verismo. Los espectros sortearon los mosaicos donde había caído el desecho.

| Encuentra el teléfono o lo que estemos buscando y continuemos con esto —dijo Carol.

Martin asintió. No quería pasar allí más tiempo del necesario.

Caminaron entre los espectros sin encontrar resistencia y trataron de hallar cabinas telefónicas o cualquier cosa que les brindara comunicación directa con un centro de autoridad. Martin y Carol habían encontrado tales dispositivos estratégicos en sus exploraciones anteriores: no sabían con certeza si ellos habían contribuido a crearlos, pero eran útiles.

Pero aquí no había nada parecido. Regresaron hacia los abarrotados escalones.

| Todo esto puede ser una fachada —dijo Carol—. No vamos a ninguna parte.

Martin compartía su frustración. Cogió su consola para ver la hora. Habían pasado diez minutos en el País sin aprender nada importante, excepto que la mentalidad profunda de Goldsmith no se parecía a nada conocido.

| Probemos con un cambio de canal —dijo Martin—. Aunque podríamos jutear fuera del País.

| Estoy dispuesta a correr el riesgo.

Martin cogió la caja roja y miró las cifras. Las coordenadas de canal que ya habían dejado atrás rodaron en la pantalla a un toque de su dedo ilusorio. Las anuló, inició la búsqueda de un canal nuevo pero contiguo, halló varios candidatos probables, y cuando estaba a punto de activar la transferencia, Carol le tocó el brazo y le pidió que esperara.

| Hay algo en la escalera —dijo señalando.

Martin miró. Visible a través de los presurosos fantasmas, una persona con forma de mancha negra y rostro blanco los observaba.

Martin procuró verla con mayor claridad, ejercer la prerrogativa de la agudeza visual en ese sitio donde el espacio era ficticio, pero no lo consiguió.

| Eso es nuevo —dijo Carol—. Antes de jutear averigüemos qué es.

Subieron la escalera despacio, acercándose a la mancha. No se movió ni reveló la nerviosa y crispada trivialidad de los fantasmas. Parecía tener una presencia continua, un carácter concreto, aunque para Martin su naturaleza no parecía positiva. En todo caso, cuanto más se acercaban más sentía una glacial negatividad, lo contrario de lo

que se esperaba de cualquier personaje del País.

Llegaron al último escalón.

| Usa máscara —dijo Carol.

La figura se puso de cara a ellos. Su cuerpo era una sombra o una humareda que había cobrado una forma fija; llevaba una desconchada máscara de cerámica muy parecida a las que estaban amontonadas en los lindes y en la caverna de basura. Esa máscara comunicaba poco excepto los esfuerzos de un chapucero artesano perteneciente al pasado, trataba de imitar una sonrisa fija sin conseguirlo. Los ojos eran agujeros vacíos. El único color era el de las rosadas mejillas, que destacaban en esa muerta blancura de silicatos.

| ¿Qué eres? —preguntó Martin. Como nunca había encontrado esa clase de habitante, ignoraba si era capaz de hablar.

La sombra alzó el brazo y los señaló, extendiendo un dedo que era un bucle de hollín negro. Lanzó un murmullo hueco y vibrante como agua goteando en un cubo vacío. Se les acercó, cada vez más borrosa. Sólo la máscara conservaba su aparente solidez. Carol retrocedió; Martin se quedó donde estaba.

El dedo de hollín lo tocó y le arrancó la mano y el brazo, que desaparecieron. Martin no sintió dolor.

| Brazo y mano, volved —dijo Martin, con una calma que le asombraba. Recobró el brazo y de nuevo quedó entero. La sombra retrocedió, inclinándose con aire de falso servilismo.

| ¿Qué es? —preguntó Carol. (Miedo, fuerte pero controlado.)— ¿Qué te hizo?

| Arrancó un fragmento de mi imagen —dijo Martin. Eso no es posible. Parece que sí.

| ¿Pero qué significa? Entrometerse con nuestras imágenes... ¿cuál es la intención?

La sombra se acercó a Carol, y de nuevo se agrandó y perdió nitidez. Carol retrocedió. Martin se interpuso y extendió los brazos como para abrazar la sombra, que refuló.

| Esto es demasiado, demasiado —dijo Carol. (Predominio del miedo).

| Cógeme la mano —sugirió Martin. Ella la agarró con fuerza.

| Hay otras —dijo Carol, señalando con la mano libre.

Más allá de las puertas se entreabrió el caudal de fantasmas, el torrente de actividad se calmó. Más sombras con máscara de cerámica entraron en la estación, desmañadas, siniestras, vigilantes.

Martin hurgó en la memoria buscando una clave de lo que tenían delante. El sentido de negación era fuerte; esas sombras eran contrarias a todas las funciones habituales de la mentalidad profunda. Por un instante se preguntó si se habían topado con algo realmente sobrenatural, pero desechó la idea con trémula exasperación.

| Quizá sea buen momento para una retirada —dijo Martin. No sabía qué ocurriría si esas figuras eran capaces de disolver sus imágenes. No quería averiguarlo.

Consultaron sus consolas.

| Veamos si podemos dejarlas atrás —dijo Martin. Se resistía a abandonar el sondeo, a ser derrotado. Nunca había sucedido. ¿Cómo se lo explicaría a Albighoni?

Ajustó las coordenadas de canal. La escena tembló, vibró, pero aún no habían tocado los controles.

Martin supo al instante que estaban en una situación muy apurada. Trató de coger el cordel de emergencia (al cuerno con el decoro y el sondeo) pero las sombras los arrollaron como una marea de negrura. Las máscaras giraron y se hicieron trizas contra los escalones de piedra.

La marea arrastró a Carol. Su imagen chispeó y se esfumó. Martin sintió que desaparecía. La consola parpadeó mostrando coordenadas y frecuencias y luego la caja roja se disolvió. La imagen de Martin se disolvió con ella.

La subjetividad personal de Martin se derramó en una extraña inmensidad. Carol aún estaba cerca; Martin sentía el pánico de ella tanto como el propio. Pero la naturaleza de su presencia cambió. La sentía como algo vasto y distinto fusionado con su yo y todo lo que había debajo de ese yo, y esa combinación se mezclaba a su vez con un vastísimo océano de alteridad.

No podía subvocalizar. No podía recobrar la consola. No podía salir por propia voluntad.

Con una aplastante sensación de pérdida y terror, Martin comprendió que su última defensa —conciencia de las circunstancias— se estaba desvaneciendo. Ni siquiera sabría qué había sucedido; la memoria y la razón huían ante ese solvente universal.

Una última palabra colgaba como un letrero de neón y parpadeó varias veces antes de apagarse.

Subestimación

Margery caminaba entre los cuerpos inmóviles de Burke y Neuman, examinando atentamente las conexiones y pantallas. Notó que habían efectuado un gran juteo de un canal a otro y se preguntó qué se proponían. Por curiosidad, rastreó el juteo y notó que la posición de sondeo había abandonado totalmente el hipotálamo para saltar al radio más alejado de los puntos cartografiados.

Desconcertada, apoyó la barbilla en la palma y trató de evaluar la ventaja de estar tan lejos de los canales escogidos. ¿Burke se había topado con algo insólito? Estaba mucho más cerca de los canales de sueño profundo —los asociados con la fijación de la memoria duradera y la reducción del almacenamiento de datos temporales— que de los canales habitualmente asociados con el País.

—Erwin, mira esto.

Erwin se acercó. Echó una ojeada a la pantalla y enarcó las cejas. Luego consultó el diagrama de actividad neural de Goldsmith y señaló un bastoncillo y un pliegue.

—Algo sucede en los sueños profundos —dijo.

—Está en sueño neutro. Los sueños de memoria fija no acontecen en sueño neutro.

—Los sueños normales de memoria fija no.

—¿Nos comunicamos para averiguar qué se proponen?

Erwin reflexionó, frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Tienen cordeles de emergencia. Sus rastros son normales. El bastoncillo y el pliegue pueden significar sorpresa, pero quizás eso sea bueno; tal vez están descubriendo algo relevante. Que deambulen un rato. Estoy seguro de que Burke sabe lo que hace.

Margery dudó pero al fin accedió. Burke había visitado el País muchas veces.

El nuevo Marassa

Habían nacido en tiempo inmemorial gemelos uno blanco uno negro hijos del gran padre blanco Sir que los crió en la tierra de Guinea Bajo el Mar y que tenía por favorito al hermano blanco, siendo el negro favorito de su madre la reina Erzulie, quien vivía lejos de Sir en una pequeña casa allende el golfo. Con la marea baja los gemelos salían a navegar por el golfo en un diminuto bote de conchas que ellos habían fabricado, y su remero era un antiguo chimpancé que les narraba historias de los refugiados y los esclavos, historias que partían el corazón pero especialmente el corazón del gemelo negro, que se llamaba Martin Emanuel.

El nombre del gemelo blanco era Consagrado a Sir. Aparentemente era el más femenino de los dos; en ocasiones desarrollaba pechos y cabello largo y castaño para sobresaltar al hermano, pero ésta era una tierra de magia y cambio y cabía esperar cualquier cosa.

Sir y Erzulie les dijeron que eran dioses y que tenían la gran responsabilidad de cuidar de todos los habitantes de Guinea Bajo el Mar. Los gemelos cumplían solemne y cuidadosamente con esta responsabilidad pero no siempre satisfacían a Sir, quien montaba en cólera cuando algún aspecto de las ceremonias no se observaba correctamente o se cometía algún otro error.

Cuando la nieve caía en Guinea Bajo el Mar y cubría los tejados de las ciudades, Sir evocaba su derrota y muerte en los viejos tiempos y enloquecía de furia. Cuando estaba furioso, la piel blanca se le oscurecía como el vientre de una nube de tormenta hasta que quedaba *negro como la noche*,

negro como el pecado
negro como el sueño
negro como la muerte.

En su cólera, Sir perdía los estribos y golpeaba sin piedad a Martin Emanuel pero sólo abofeteaba a Consagrado a Sir. Erzulie cogía a Martin Emanuel en sus brazos y lo confortaba diciéndole que todo terminaría pronto. Tu padre es un hombre fuerte y tozudo, le decía. Pero tú eres un niño sensible e inteligente y debes aprender a aplacarlo, a conseguir que te ame.

Esto era importante en Guinea Bajo el Mar pues Sir gobernaba toda la región y tenía poder de vida y muerte, de dicha y desdicha.

| Entonces, ¿por qué no puede ordenar que se vayan Escarcha y Nieve?

En la estación estival Guinea Bajo el Mar era una región tropical, montañosa y cubierta de tupidos bosques por donde Martin Emanuel y Consagrado a Sir vagaban a gusto cuando no tenían otros deberes.

Trepaban a los árboles como monos, construían fortalezas en los altos cerros y los llenaban de cañones como un saco de herrero está lleno de clavos. Construían grandes naves con los árboles del bosque y las deslizaban por las playas hacia el brillante mar azul.

Escarcha y Nieve

blancas como el hielo

blancas como el sol

blancas como la vida

blancas como un divieso

llevaban esas naves a parajes remotos y las llenaban de oscuros y lastimeros hijos de la muerte, y los trasladaban a otras tierras para vender los niños, y las naves regresaban a Guinea, con sus sentinas hediondas llenas de excrementos y podredumbre. Martin Emanuel le contó al bello Consagrado a Sir que Nieve y Escarcha estaban estropeando sus hermosos barcos y acudieron a Erzulie para preguntar por qué se permitía esto, y Erzulie les contó una historia, una historia importante que terminaría su educación y los convertiría en *Marassa*, los gemelos sagrados.

En los tiempos de nunca jamás, comenzó Erzulie, en el lugar de ningún lugar, Sir era un rey poderoso que gobernaba todas las tierras, no sólo Guinée Sou Dleau (pues ella usaba este nombre). En esos tiempos Sir era *negro como el ébano, negro como una gruta*.

Pero Escarcha y Nieve vinieron a estas tierras en poderosas naves, portando trueno y amenazas de viento y tormenta, y preguntaron a Sir si podían devorar poco a poco a sus gentes, con inmensa ganancia para Sir.

Después de reflexionar, Sir aceptó: Podéis tomar a todos mis súbditos parte del tiempo, podéis tomar parte de mis súbditos todo el tiempo, pero no debéis tomar a

todos mis súbditos todo el tiempo.

Escarcha y Nieve aceptaron y le pagaron con grandes montones de oro que él entregó a sus artesanos.

(También fue entonces, explicó tristemente Erzulie, cuando Sir vio las hembras de las tierras de Escarcha y Nieve y posó en ellas ojos de lujuria; y Consagrado a Sir sintió angustia pero ésta no era ocasión para explicar por qué).

Escarcha y Nieve se llevaron al principio algunos súbditos. Estos súbditos jamás regresaron.

Gimieron en las playas y agitaron sus pesadas cadenas de hierro negro y alzaron sus bebés plañideros mientras los barcos que fabricaban los gemelos se alejaban.

| Pero eso fue después, ¿verdad?, pero no había nada que Sir pudiera hacer porque él tenía su oro, y su nombre, y así eran las cosas.

Al cabo de muchos años Escarcha y Nieve regresaron a las tierras de Sir y le dijeron: Nuestras tierras necesitan más súbditos tuyos pues muchos han perecido en la Isla de Altas Montañas y muchos más han perecido para construir grandes granjas allende los mares, y aún es mayor la necesidad de tu gente.

Y Sir les dijo: Os he vendido cuanto deseo. Podéis tomar parte de mis súbditos todo el tiempo y todos mis súbditos parte del tiempo pero no debéis tomar a todos mis súbditos todo el tiempo.

Pero Escarcha y Nieve dijeron: Te hemos pagado con nuestro oro y hay suficiente para que te dure para siempre, grandes montones, treinta piezas. Y se llevaron más gente de Sir hacia las tierras de allende el mar.

Sir estaba consternado porque el oro no bastaba para comprar la destrucción de Escarcha y Nieve, y vio que muy pronto se quedaría sin su pueblo. Nada podía hacer contra esos enemigos, aunque gobernara todo su mundo.

La tercera vez que vinieron Escarcha y Nieve, quedaba tan poca gente que dijeron a Sir: Necesitamos toda tu gente todo el tiempo. Y él replicó: Pero eso no debe ser. Y Escarcha y Nieve dijeron: Es así, y te hemos pagado nuestro oro. Hay suficiente para una eternidad, treinta piezas, pero si quieres más, aquí tienes hierro *negro como la muerte*.

Encadenaron a Sir y lo arrancaron de su tierra, y llevaron a su esposa la reina (Erzulie lloró) y los embarcaron hacia tierras que él desconocía.

Pero Sir llevaba su magia y la practicaba en secreto. Aun envuelto en cadenas negras como el sueño podía practicar su magia, y se liberó. Cuando Sir quedó libre diezmó y envenenó a las gentes de Escarcha y Nieve, y llegó a gobernar la isla de Altas Montañas.

Pero a través de estratagemas tristes de contar, Sir fue traicionado y derrocado y durmió en las honduras de una prisión gobernada por Escarcha y Nieve, en las honduras de una celda *negra como la noche, negra como el hollín*. Cuando murió,

también él se volvió *blanco como el hielo*.

Éste era el estigma eterno de la derrota y le quemaba el alma. Fue a la Tierra de los Muertos, la Tierra Bajo el Mar (Sou Dleau, murmuró Erzulie). Como espíritu susurró a los oídos de su gente que aún vivía, pero las cadenas eran fuertes. Sir montó en creciente cólera.

Por último, en la Isla de Altas Montañas su gente se rebeló y rompió sus cadenas y envenenó a sus amos y diezmó a sus opresores, y Sir dijo: Allí se encuentra Guinea la Patria y allí renacerá.

Entonces Escarcha y Nieve cambiaron de parecer. Vieron el mal que habían cometido y rompieron las cadenas de hierro y liberaron al resto de la gente de Sir. Pero la gente de Sir era *negra como el pecado, negra como la muerte* y Escarcha y Nieve le temían y odiaban porque no hay nada más despreciable que alguien a quien has conquistado.

|¿Qué hay en la Isla de Altas Montañas?

Así las gentes de Sir languidecieron, perdidos sus recuerdos, y eran como los muertos. Se habían olvidado de Sir y de Guiñee su patria. Adquirieron los recuerdos de sus ex amos y visitaron los altares de sus amos y sacrificaron sus hijos a los dioses de Escarcha y Nieve, y pronto en sus sueños se retorcían y giraban y murmuraban: No somos *negros como hierro* somos *blancos como esperma* por dentro. Pues sus amos los habían violentado en cuerpo y alma.

Pero en la Isla de Altas Montañas

|Ah, regresó el espíritu de Sir, y llamó a ese lugar Guinea, y aunque era *blanco como mármol* con cabello gris como granito, era fuerte y empleó el conocimiento de Escarcha y Nieve para transformar ese lugar en el paraíso que es ahora. Engendró muchos hijos con su reina pero sus favoritos son los gemelos que ahora están ante mí.

Erzulie concluyó su narración y miró con satisfacción maternal a Martin Emanuel y con tristeza al blanco y femenino Consagrado a Sir.

Pero Consagrado a Sir no estaba satisfecho con ese cuento.

Madre, dijo, ¿por qué Sir no visita a Martin Emanuel mi hermano en sueños y le hace lo que me hace a mí?

Erzulie ocultó su rostro abochornada, pues no podía impedir que Sir visitara el lecho de su propio hijo.

Así ha de ser, dijo, para mantener unido nuestro matrimonio: que yo desvíe los ojos y tú lo soportes encima de ti. Debes cumplir con tu deber. Luego Erzulie dejó a los gemelos, ahora llamados *Marassa* y muy sagrados, a solas en la playa, para que construyeran sus magníficos barcos.

Esa noche Sir fue a la alcoba de Consagrado a Sir y de nuevo gozó de su propio hijo. Cuando su padre se fue, Consagrado a Sir se introdujo en la habitación de Martin Emanuel y dijo: No lo soporto más. Ahora debo morir para olvidar la

vergüenza.

Pero Martin Emanuel dijo: No, soy yo quien debe morir. Me volveré hueco y tú deberás llenarme.

Ambos tendremos piel negra pero tú, blanco y femenino, estarás dentro. Debes tomar una cosa de mí antes de que yo muera.

¿Qué, hermano? —preguntó Consagrado a Sir.

Debes tomar mi conocimiento de las canciones y cantar nuestros sueños, historias y penurias.

Lo haré, hermano mío, dijo Consagrado a Sir.

Así que Martin Emanuel besó a su gemelo, dándole su canción, y murió. Su cuerpo se volvió hueco como el negro tocón de un árbol muerto. Su hermano se metió adentro y se envolvió con la piel y la selló para que nadie supiese lo que había ocurrido.

La noche siguiente, Sir fue a la alcoba de Consagrado a Sir y la halló vacía. Entonces fue a la alcoba de Martin Emanuel y bramó airadamente: ¿Dónde está tu hermano?

No sé, dijo el *Marassa* nuevo, el *Marassa* singular.

Pero debes saber. Sois gemelos. Prefiero al otro, pero si me rechaza te poseeré a ti.

El *Marassa* singular sintió una cólera incontenible que superaba aun la cólera de Sir. Brincó de la cama y exclamó: Cogeré tu cuchillo, padre mío, tu largo cuchillo de acero, largo, grueso y ancho, *blanco como plata*, de la vaina de tu cinturón, y te mataré.

Recuerda que he muerto antes, y soy tu padre que te engendró, dijo Sir, pero tembló de miedo y culpa ante el *Marassa*. Tanto se empequeñeció y debilitó Sir ante el recuerdo de sus pecados que el *Marassa* pudo sorprenderle por detrás, empuñar el enorme cuchillo de acero y cortarle la garganta de oreja a oreja.

Pero Sir no podía morir. Cayó al suelo manando una sangre espesa y negra que formó un lago y luego un río, y el río desembocó en el mar oscureciendo el mar, y del mar se elevaron nubes densas como cuervos y las nubes lloraron lágrimas *negras como lluvia*. *Marassa* el singular vio lo que había hecho y arrojó el cuchillo tan lejos como pudo, allende los mares. Luego *Marassa* huyó de la pena del pueblo de Guiñee Sou Dleau y de la lamentación de su madre Erzulie.

Pero dondequiera que iba *Marassa*, la voz de Sir lo seguía, diciendo: Mi delito fue ruin pero el tuyo es aún más atroz. No puedes matarme. Yo te engendré. Estoy aquí para siempre,

Blanco como el tiempo.

| Por Dios, lo sentí. Me violó.

| Carol, estoy aquí.

| Sácame.

| ¿Puedes ver tu consola?

| No veo nada. ¿Martin?

| Estoy aquí.

| Me violó, Martin.

| Lo sé. Estuve allí, creo...

| Yo era un niño tendido en la cama y él entró en esa habitación oscura y...

| De acuerdo. ¿Puedes ver alguna parte de la consola, el cordel de emergencia?

| No veo nada.

| Yo creo ver algo. Trataré de cogerlo.

| Martin, no te siento.

| Tengo algo. No es el cordón. Es mi consola. ¿Ves la tuya?

| Veo algo rojo.

| Eso es. Míralo. Concéntrate.

| Oh, Dios, me duele. Me siento sangrar. Martin, ¿esa cosa roja es mi sangre?

| Concéntrate, Carol. Creo que puedo verte. Tu mano.

| Veo la consola.

| Cogeré ambas consolas. Haré que nos traslademos a la posición anterior, antes de que nos arrollara la sombra.

| ¿Qué? Allí no. No pasaré por esto de nuevo.

| No tengo el cordel de emergencia.

| ¿Por qué no? ¡Martin, está jugando con nosotros! ¿Por qué afuera no ven que algo anda mal?

| No sé. Iniciaré el traslado.

Martin se reconstituyó en una calle oscura. Sus pies descalzos hacían crujir la nieve sucia. Multitud de sombras enmascaradas se desplazaban perezosamente alrededor. Sintió miedo, pero las sombras cumplían otras misiones. Ninguna le prestó atención.

La imagen de Carol era una neblina rosada. Martin se concentró en ella, tratando de afinar la forma.

Ella se formó junto a él, desnuda.

Con un sobresalto, Martin comprendió que también estaba desnudo. Ella se cubrió los pechos y lo miró con aflicción. Por favor, haz que salgamos de aquí.

| Lo intentaré. Podemos desplazarnos a una posición que no figure en el mapa. Eso despertará alarma. Margery y Erwin nos sacarán... O enviarán a David y Karl.

| ¡Que no manden a nadie más! Algo ha salido mal.

| Desde luego. Pero parece que ahora estamos en el verdadero País.

Carol miró las indiferentes sombras que los rodeaban. Sólo había manchas con máscara de cerámica, ninguna otra clase de personaje. Trató de replegarse en sí

misma y Martin le tendió el brazo. El cuerpo de Carol parecía tibio y real.

| Percibo tus sentimientos —dijo él—. Aún estamos en contacto.

Ella le lanzó una mirada fulminante que lo alarmó. ¿Por qué no puedes sacarnos?

| Baja tu consola. Quizá tú puedas hacerlo —respondió Martin, exasperado ante ese tono.

Ella bajó una caja roja y tiró del cable de emergencia, pero se desprendió. La caja se transformó en un cubo rojo y liso, sin pantallas ni controles. Martin bajó su consola y vio el mismo cubo rojo.

| Nos matará —dijo Carol—. Nos comerá. El miedo de Carol era como un sol frío. Martin se palpó el cuerpo, tratando de hallar su verdadera sustancia. Su carne parecía real. El dolor de ella parecía real.

| ¿Estoy sangrando? —preguntó Carol. Martin le vio lágrimas en las mejillas, le miró los muslos.

| No. No hay sangre. No era a ti a quien violaban.

| ¿Quién era, pues? No sé. Un niño, creo.

| ¿Lo violaba su padre? ¿Fue eso lo que vimos? Era demasiado confuso. Como un sueño. Recuerdos y cuentos de hadas.

Ella se puso a tiritar y echó la cabeza hacia atrás.

| Estoy tratando de dominarme, Martin. Ten paciencia, por favor.

Cerró los ojos y bajó los brazos. Aparecieron ropas en su imagen, primero bragas, luego un vestido y al fin un trajelargo formal, azul oscuro y elegante. Martin se imaginó en un trajelargo similar pero masculino y sintió que las ropas se formaban sobre su propia imagen.

| Eso está mejor —dijo ella, menos atemorizada—. Nos ignoran, ¿verdad?

Señaló las sombras enmascaradas.

| Por ahora.

Martin observó esta nueva versión de la ciudad. Los edificios que orillaban la atestada calle aún eran rascacielos, pero antiguos, hechos de piedra y ladrillo en vez de vidrio y acero. Su tamaño era anómalo. Parecían elevarse centenares de metros para encontrarse en un punto difuso de las alturas.

Martin olió humo y vaharadas de gasolina, cosas que no olía desde que era niño.

| Es opresivo —dijo Carol—. Qué lugar tan espantoso para quedar atrapados.

| Mejor que el de antes.

Carol se le acercó. Apenas dominaba su miedo y su repugnancia. Sus emociones la envolvían, ácidas y agrias como niebla sucia. Martin no sabía bien cuáles eran sus propias emociones. Con el temor se mezclaba una fascinación profesional. Carol lo notó y le retorció la nariz con los dedos.

| Ojo, —dijo—. No te entusiasmes.

| ¿Dónde estamos? —preguntó él—. ¿En la misma ciudad, pero en otra etapa?

| A mí me parece la misma. El decorado es distinto. Tal vez se proponga hacernos otra cosa... mostrarnos de qué es capaz.

| No debería saber que estamos aquí. Esa cosa no debería tener idea de dónde estamos.

| Sabe que estamos aquí. No le gusta que estemos aquí, pero nos piensa dar una lección. Esa cosa piensa expresarse.

| Ni siquiera sé qué queremos decir con «esa cosa» —se quejó Martin.

| Hay algo que está al mando aquí —dijo Carol—. Puede ser el representante de la personalidad primaria o puede ser otra cosa... El modelo del coronel sir que tú mencionaste afuera. Lo que me atacó a mi era algo más que una pesadilla borrosa.

| Tal vez hayamos sintonizado algo extraído de la infancia de Goldsmith —dijo Martin—. Aún me gustaría hallar una figura con quien podamos hablar... un representante. Me asombra que aún no hayamos hallado indicios de la personalidad primaria. ¿Dónde está?

| La última vez que intentamos mirar algo se resistió. ¿Estás seguro de que debemos intentarlo de nuevo?

| No sé qué otra cosa podemos hacer —dijo Martin, aturdido de pronto por el impacto de ese reconocimiento—. No sé qué somos en relación con esto... si somos externos o internos, jugadores u observadores. Pero me siento incómodo y expuesto sin hacer otra cosa que hablar...

| Entonces, invoquemos un guía. Utilicemos el poder que tenemos. Hagamos algunas sugerencias constructivas.

| No sé a qué te refieres —dijo Martin.

| Convengamos una forma y extraigámosla del suelo. Un guía.

Martin miró las sombras que los rozaban como un río oscuro lamiendo rocas.

| No sé qué nos queda por perder...

Carol se puso a tiritar.

| Si no hago algo, lo perderé todo.

| Debíamos escoger algo probable. Algo que concuerde con este entorno.

Señaló una tienda destartalada con un letrero caído y escaparates salpicados de lodo. Las letras eran ininteligibles pero el estilo y el color sugerían algo latino o caribeño. Se introdujeron cautamente en la muchedumbre de sombras y se aproximaron a los escaparates. | Dime qué ves —dijo Martin.

| Frascos de vidrios llenos de especias. Velas. Hierbas. Revistas viejas. Artículos religiosos.

Martin veía algo muy similar. Se sintió atraído por el marco de plástico y papel metálico que rodeaba el colorido retrato de una mujer con chal. La iconografía sugería a la Virgen María pero era la imagen de una mujer de piel negra, ojos asombrosamente grandes y blancos, pechos al descubierto y opulentos. Dos niños,

ambos negros y cubiertos de pelambre roja, colgaban de los pechos. Raíces retorcidas yacían sobre un paño rojo ante el icono. Una de las raíces estaba cortada y manaba un fluido lechoso.

| ¿Tú también la ves? —preguntó Carol.

| Sí. De nuevo los mellizos. Ambos son negros esta vez...

| Ella parece la mujer del sueño... ¿Cómo se llamaba, Hazel?

| Erzulie.

| Invoquémosla.

| No —dijo Martin con firmeza—. No es una actriz menor. No podemos entrometernos con una figura tan poderosa para usarla de guía.

| Ella nos habló, nos contó lo que había ocurrido —insistió Carol, intrigada por esa renuencia.

| Allí hay un nudo que se conecta con la figura masculina que te atacó. Yo diría que por ahora trabajemos con figuras más simples.

| ¿Crees que Goldsmith tenía una fijación con su mami? —preguntó Carol.

Esta mezcla de desenfado y temor desconcertó e irritó a Martin. Aún no saco conclusiones.

Examinó los objetos del escaparate con mayor atención. Parecían destinados a propósitos rituales; baratos cuernos de plástico pintados con serpientes y peces, paraguas de papel ornamentados con rostros expresivos encerrados entre irregulares trazos rojos, peces secos de ojos mustios, frascos llenos de serpientes y ranas en salmuera.

| Entremos aquí —dijo Martin.

| ¿Por qué? Una corazonada.

Ella lo siguió a regañadientes al interior de la tienda. Tintineó una campanilla y el interior cobró de pronto una solidez indiscernible de la realidad. El efecto era sorprendente; Martin podía oler las hierbas y flores expuestas en pilas e hileras a lo largo de los anaqueles. Sentía el crujido del polvo arenoso y el aserrín en el viejo suelo de madera.

Detrás de un mostrador, una arrugada anciana que no era Erzulie echaba un polvo pardo dentro de un recipiente de esmalte blanco apoyado en una balanza.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó con voz nítida y palabras claras. Tenía el rostro arrugado y lustroso como la piel de una rana disecada. Los ojos amarillentos y marfileños destilaban humor.

—Nos hemos extraviado —dijo Martin—. Necesitamos encontrar al encargado.

—Yo soy la dueña de la tienda —dijo la mujer, sonriendo afablemente y extendiendo el brazo hacia los anaqueles con ademanes ondulantes—. Me llamo madame Roach ^[1]. ¿Qué necesitáis?

Carol se adelantó. La mujer le clavó los ojos.

—Pobre niña —dijo con expresión compungida—. Has sufrido muchos problemas últimamente, ¿verdad? ¿Qué sucedió, querida?

La mujer alzó una puerta y salió de atrás del mostrador sacudiendo la cabeza y chasqueando la lengua.

—Te han atacado —dijo. Tocó el trajelargo de Carol. El traje desapareció, dejando a Carol con el vestido blanco que llevaba antes. La parte delantera del vestido estaba manchada de sangre—. Criaturas salvajes se ensañaron contigo. —Se volvió hacia Martin—. Tú trajiste aquí a esta pobre niña. ¿Por qué no la protegiste?

Martin no tenía respuesta.

—Estábamos atrapados en una pesadilla —dijo Carol con voz de niña—. Ninguno de los dos podía hacer nada.

—Si no sabéis cómo apañaros, no sé a qué habéis venido —les reprochó la anciana—. Este barrio ya no es acogedor. Antes era maravilloso. Continuamente venía gente a comprar. Ahora sólo hay gente de paso que va a trabajar al centro y muere al final del día, sin dinero para gastar, sin necesidad de madame Roach. ¿Por qué estáis aquí?

—Buscamos al encargado —repitió Martin.

—¿Yo no sirvo?

—No sé.

—Al menos estoy dispuesta a responder a vuestras preguntas —dijo la anciana con picardía, guiñándole el ojo a Carol. Se tapó la boca con la mano y le preguntó—: ¿Este tío entiende algo?

—Tal vez no —dijo Carol con voz de niña.

—Ven conmigo a la trastienda y te pondré en forma. En cuanto a ti, jovencito, echa un vistazo. Lo que necesitas está en estos estantes. Pero, hagas lo que hagas, no abras el frasco que está en esa mesa.

Martin vio un gran frasco de vidrio apoyado en una pesada mesa de madera ante el mostrador.

Dentro del frasco había un cadáver envuelto en un líquido verdusco y brumoso, la piel rugosa de color verde oliva.

Los ojos ciegos escrutaban acusatoriamente a Martin. Martin se acercó para ver si guardaba alguna semejanza con Emanuel Goldsmith o con Sir, el hombre del sueño, pero no la halló; era un sujeto muy diferente, aun considerando que la nariz y la mejilla estaban apretadas contra el liso interior del frasco.

Era calvo y de cara ancha.

El cadáver le guiñó el ojo y se retorció, haciendo temblar el frasco. Martin retrocedió. La anciana apoyó el brazo en el hombro de Carol y la condujo a la trastienda.

—Recuerda lo que te he dicho —advirtió.

Martin se volvió hacia el frasco y examinó los estantes abarrotados. Tal como esperaba, el contenido de los estantes no era permanente; cambiaba en cuanto desviaba los ojos. Pero mientras concentraba la atención en los frascos, latas e instrumentos, permanecían tan reales como la vida externa, quizá más reales.

Se agachó para examinar un estante inferior lleno de frascos de arcilla envueltos en paño y sellados con cera. Detrás de los frascos había cráneos. Parecían muy convincentes pero ninguno de ellos exhibía esa sonrisa típica de las calaveras humanas. Todos parecían desconsolados.

Fascinado por este tema recurrente —calaveras tristes— trató de coger una para examinarla. La calavera se hizo polvo en cuanto la tocó.

Contra la pared izquierda de la tienda, tambores de madera de todos los tamaños colgaban de cables negros. El más grande tenía la altura de Martin. Se acercó al tambor para estudiar las tallas ornamentales. Las tallas se modificaban de nuevo en cuanto él desviaba la vista. Sin embargo, siempre trataban sobre el mismo asunto: calles llenas de coches y gentes tiesas, bordeadas por hileras de flores toscas e incoloras cubiertas por enormes y llamativos insectos.

Tocó el tenso parche del tambor con un dedo. El tambor dijo:

—Aquél que buscas se ha marchado.

Martin apartó la mano y retrocedió sobresaltado. Se armó de coraje, se acercó de nuevo al tambor y lo tocó suavemente.

—No hay sol en esta tierra. Él se ha marchado.

A sus espaldas, la voz de la anciana dijo:

—El *assotor* es un tambor muy poderoso. No debes jugar con él. Llamará a los espíritus y ellos se enfurecerán contigo a menos que tengas un cometido importante.

—Pues tengo un cometido importante —dijo Martin. Carol salió de la trastienda vestida con un caftán multicolor. Su largo cabello rubio se derramaba sobre los hombros. Sonreía, pero Martin ya no percibía sus emociones.

—Un hombre ignorante viene aquí con un cometido importante —dijo la anciana—. Eso significa peligro.

Martin tocó de nuevo el tambor.

—Acompaña a madame Roach —dijo el tambor.

La anciana rió echando la cabeza hacia atrás.

—Venid conmigo. Ahora soy un caballo.

Carol se acercó a Martin y ambos observaron mientras la mujer se envolvía los hombros con cintas y una túnica blanca. Se espolvoreó el cabello con el contenido de varios frascos, se lo refregó —un olor a amoníaco, hierbas penetrantes y metal quemado impregnó el aire— y luego se trazó una rueda negra en la frente con la pasta de una fuente del mostrador. Clavó los ojos en Martin. La voz se transformó en un profundo gruñido masculino.

—¿Por qué me traéis aquí? ¿Quién llama a este *loa* atareado que tiene una labor importante que hacer?

—Necesitamos... necesitamos ver a alguien que esté al mando —dijo Martin—. Debemos hacer preguntas.

—Yo hablo a través de madame Roach. Sin ella no tenemos palabras. Ella es nuestro caballo. Haz tus preguntas.

—Necesito saber quién eres. Qué eres.

—Bailo sobre las tumbas. Cada noche cubro el sol con un manto. Canto a los huesos sepultados.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Martin.

—Todos somos jinetes.

—Necesito saber tu nombre.

Madame Roach tiritó violentamente, irguió la espalda y tendió los brazos. Otra voz habló por sus labios, una voz infantil con un gorjeo líquido.

—Deseamos reposar y morir. ¿Por qué turbas nuestra paz? Estamos de duelo. Hoy se celebra el funeral.

—¿De quién?

—El funeral del rey. —La voz inició un sonsonete ininteligible. Madame Roach bailoteó entre los pasillos, derribando estantes y arrojando la mercancía al suelo. Las vasijas de arcilla se partían despidiendo vapores sofocantes y deletéreos. La mujer giró y tropezó, recobró el equilibrio y extendió la mano para agarrar la barbilla de Martin. Lo miró con ojos desorbitados y descoloridos y continuó con voz de niño—: Enviamos al rey a la Tierra Bajo el Mar, *sou dleau*. Luego bailamos.

—¿De qué rey hablas? —preguntó Martin.

—Rey de la Colina, Rey del Camino.

—Pues llévanos al funeral.

—Está por doquier. Ahora. El caballo está cansado de hablar. —La anciana trastabilló, derribando más estantes. Chocó contra el gran frasco que contenía el cadáver. El frasco se tambaleó, se ladeó como un trompo y cayó, destrozándose contra el suelo.

El olor del líquido derramado y del cadáver despatarrado era increíblemente fétido. Martin y Carol retrocedieron, apretándose la nariz, aunque de poco les valía para bloquear la pestilencia.

—Perdón —dijo la voz de niño mientras madame Roach se alejaba. De nuevo tembló violentamente, se llevó las manos al cuello, y echó la cabeza hacia atrás como si la estrangularan.

—Vámonos —sugirió Carol—. Ya.

Pero el cadáver se contorsionaba en medio del líquido y el vidrio astillado. Se irguió lentamente sobre los brazos, estiró una rodilla arrugada y un pie y se levantó.

Llevaba unos raídos pantalones cortos y sandalias. Madame Roach gemía y gritaba. El cadáver murmuró pero no pudo decir nada inteligible.

Miró alrededor con ojos ciegos y se abalanzó hacia la pared de los tambores. Martin y Carol se hicieron a un lado para cederle paso.

El cadáver cogió un tambor pequeño y lo arrancó de la pared haciendo vibrar los cables rotos. Se arrodilló en el suelo y comenzó a batir el parche con dedos muertos. A cada golpe los estantes y las paredes de la tienda eran absorbidos, dejando fisuras y boquetes. A través de las fisuras y boquetes Martin vio una humosa oscuridad.

—Vamos, por favor —dijo Carol. Martin no podía sentirla. Sólo sentía su propia confusión. No sabía dónde estaban en relación con el País de Goldsmith ni si podían ejercer algún control.

Un estante se partió en dos y cientos de frascos de vidrio rodaron al suelo. Las tapas de los frascos se rompieron y gran cantidad de insectos cubrieron el suelo cantando con vocecillas infantiles. El cadáver seguía batiendo el tambor.

Martin buscó la consola, que bajó intacta, al parecer lista para usar. Martin tiró del cordel, que se transformó en cuchillo, un enorme cuchillo de caza con la hoja embadurnada de sangre. El cadáver soltó el tambor y cayó de espaldas con un gemido.

|¿Qué has hecho? —preguntó Carol.

|¡No sé!

Del cuello del cadáver brotó una burbuja de sangre fresca, grande como un puño, roja como una rosa. La superficie de la burbuja parecía cristalina. Martin observó esa hinchazón, incapaz de ver ni de pensar en otra cosa. Su punto de vista descendió al nivel de la sangre

| Martin...

y se introdujo a nado en la hinchazón. Por todas partes vibraban cortinas ambarinas y rojas. Un denso olor a cobre le impregnó la nariz. Estaba ahogándose tragando sofocándose respirando sangre. La consola pendía delante a la izquierda marcando los segundos otro largo viaje entre posiciones otra caída lejos del País.

| Carol...

Ninguno de los dos ejercía el menor control. Carol, dondequiera que estuviese, se hallaba sola, igual que él.

La niebla sanguinolenta se despejó. Martin sintió calidez y una aguda sensación de unión, una profunda intimidad con una cosa confusa y aterrada, pero espantosamente maligna.

Margery arrugó nerviosamente la nariz. No le gustaban las señales que recibía. De nuevo pensó en llamar a Erwin, pero se resistió otra vez. No había pasado tiempo suficiente para asustarse; ninguna de las alarmas había sonado. Aparte del desplazamiento y los giros entre posiciones, todo parecía en orden.

Todo estaba tranquilo. Los tres durmientes del teatro respiraban casi al unísono, y en sus rostros sólo se veía esa expresión que separa a los durmientes de los muertos.

si cuando niño nadie te deja olvidar lo que eres Tú eres responsable de tu mamá ella era una bella dama. Ella:

Recoge ropas esparcidas por la habitación abarrotada, se agacha sobre su pequeño, muestra los bellos anillos de sus dedos y los collares que adornan su esbelto y grácil cuello, su rostro es sabio y sin embargo está furiosa contigo, el viento norte sopla frío desde sus ojos y congela el agua del inodoro donde estás sentado. Algo oscuro entra en la habitación y dice a tu madre Hazel que debe irse es hora de irse, las gentes aguardan en fila para morir.

Antes de irse con la figura oscura de máscara de cerámica ella se acerca al niño sentado en el inodoro y dice Pórtate bien. Mamá debe irse. No podrá escribir ni mandar tarjetas postales.

Otra persona como Mamá pero no huele fragante como un jardín está en cama todo el tiempo retorciendo un pañuelo de encaje y quejándose de que sus hombres nunca la aman bastante se llama Marie la figura oscura entra le dice es hora de recibir tu castigo. Marie llora diamantes y cuando la figura oscura la golpea con un brazo de humo ella se acerca al niño y dice Pórtate bien. Tu Papá sabe que he sido mala.

Ya no hay personas. Sólo dos niños envueltos en su pelambre roja jugando en el suelo de madera la figura oscura viene dice No

Portaos bien o me enfadaré

Cuando me enfado soy

Golpea al otro gemelo de pelambre roja

Los gemelos entran en una habitación y ven a una mujer acostada en la cama. Debe ser una mujer pero está arqueada como un tablón partido como una encrucijada deformada por un terremoto nos subimos a la cama y vemos que ella tiene el rostro de Mamá sólo que está cubierto de pintura, maquillaje chillón, amarillo y naranja y rojo bajo el sol que entra por la ventana, el otro gemelo dice Es Mamá, yo digo No no es. Sí

Es mamá.

Chúpale el pecho. Leche blanca brota de la teta y se vuelve rosada y luego roja.

El Hombre Oscuro entra nos aporrea aporrea al otro gemelo lo lleva al hospital paredes blancas huelen a alcohol crujientes asientos de vinilo Se cayó por la escalera dice el Hombre Oscuro.

Se llevan al Hombre Oscuro. Los gemelos viven en otra parte durante un tiempo, con una mujer corpulenta que les cuelga amuletos del cuello y les cuenta historias sobre serpientes y lobos y osos y coyotes.

El Hombre Oscuro regresa y los gemelos viven de nuevo con él.

El Hombre Oscuro hace lo que hace

Destroza la vasija de arcilla *pot de tête*

Adentro está el enorme cuchillo de mango grande.

Martin se hallaba en una calle fría y nevada mirando las sombras de un escaparate con luna y cortinas, luchando. Dramática banda sonora de fondo. Gran voz tronando gritando gorgoteando.

No puedo matar al Hombre Oscuro

Vive para siempre. Regresa para reclamarte.

Regresa al apartamento.

El Hombre Oscuro actúa

El cuchillo se mueve

Los gemelos de pelambre roja escapan es un milagro. Y viven en la comarca herbosa, donde la mujer enojada languidece en un gran diván protegido del brillante sol, agitando el abanico de plumas, aprobando lo que hacen los gemelos, excepto cuando suspira y solloza diciendo que ningún hombre la ama bastante, que todos sus amantes la engañan, que nadie le trae bastantes regalos, ¿acaso no es Erzulie?

—Te dije que no tocaras ese frasco —dice madame Roach, cogiéndole la mano. Martin está confundido pero la sigue por la larga y oscura escalera. Tiene el brazo y la mano de un niño de catorce años y de piel negra—. Embalsamamos a tu papá en ese frasco. Pero tenías que tocarlo. No sé qué pasará contigo, niño. Ahora quiere verte. Quiere hacerte preguntas.

Lo conduce hasta una puerta y la abre, entrándolo a rastras.

—Sir, he traído a Martin Emanuel —declara, y atraviesa una cortina de abalorios para entrar en un cuarto exiguamente amueblado. En medio del cuarto hay dos tronos, uno vacío y el otro ocupado por un hombre de rostro ancho, nariz chata y cabeza calva, la esclerótica de los ojos amarilla y sin brillo.

—Has venido a hacernos preguntas —dice el hombre de rostro ancho. Martin está delante de él, con madame Roach detrás; Carol no se ve por ninguna parte.

—Necesito hablar con el responsable.

—Soy el responsable —dice el hombre. El rostro se vuelve flaco, la piel blanca, el cabello gris.

—Soy Sir y soy el responsable.

Martin sabe por instinto que éste no es el representante de la personalidad primaria de Goldsmith.

Todo está distorsionado. Los representantes no están constituidos por sombras ni pesadillas ni Hombres Oscuros.

—Necesito hacer preguntas al responsable.

—Oh, él es el responsable —dice madame Roach—. Ha tomado el mando desde el funeral.

—¿Dónde está Emanuel Goldsmith?

—¿Tú no eres él? —pregunta Sir—. ¿O su gemelo?

—No. No soy él.

—Sin duda te refieres al alcalde. —El hombre de rostro ancho ríe—. El joven alcalde. Murió solo.

Yo no lo toqué. Rodó por las escaleras.

Martin siente náuseas.

—Necesito verle.

El hombre de rostro ancho se levanta, coge la mano adolescente de Martin Emanuel, le abre la palma, señala una mancha de sangre en la palma, sacude la cabeza, lo conduce a otra habitación atravesando otra cortina de abalorios. En medio de la habitación hay un ataúd sobre un catafalco. El hombre de rostro ancho empuja a Martin Emanuel hacia el ataúd.

—Ahí está el alcalde. Por eso celebramos el funeral, ¿no te lo dijo ella?

Martin se asoma de mala gana sobre el borde del ataúd. Los cojines de satén blanco contienen la huella de un cuerpo. Pero no hay cuerpo visible.

—Débil y melindroso. Insípido *gros bôn ange*. Siempre lo fue. Siempre se evaporaba —dice madame Roach.

—¿Cómo pudo morir? Era primario.

—Temía ser blanco —dice madame Roach—. Pensaba que era blanco como el alba y nunca creyó en quien realmente era.

—No era blanco, ¿verdad? —pregunta Martin.

—Era *negro como la noche, negro como el corazón de un árbol no talado, negro como las patas de una montaña, negro como una verdad no descubierta, negro como un pecho materno, negro como el amor lozano, negro como el carbón donde el sol oculta su tesoro, negro como un vientre, negro como el mar, negro como la Tierra durmiente*. Pero no creyó en sí mismo desde esa vez que tuvo que apuñalar a Sir.

Martin se vuelve hacia el hombre de rostro ancho. Ve el rostro del coronel sir John Yardley y luego el cadáver del frasco.

—Traté de enseñarle —dice el hombre de rostro ancho—. Le pegaba y le pegaba para transformarlo en hombre. Trabajo en balde, diría yo, trabajo en balde ese chico. La vida lo tomó como ácido en un surco de metal. Era débil. Yo era de piedra, él de lodo. Me mató y ahora he regresado y el castigo es demasiado bueno para todos nosotros. Martin toca el borde del ataúd, quiere palpar la huella del satén y en cambio encuentra carne fría. Retira la mano rápidamente y después se obliga a tocar la forma invisible, encuentra el contorno de un rostro juvenil, barba crecida, ojos cerrados, labios inertes.

—Ahora es realmente blanco —dice madame Roach—. *Blanco como aire*.

Martin se vuelve a Sir.

—¿Cuánto hace que eres el responsable? —pregunta.

—Desde siempre, creo —dice Sir—. Cuando ese bastardo me cortó la garganta ya era el responsable.

—Mientes, no eres nadie —dice Martin, usando no sólo su voz sino la de Carol—. No eres un primario. No puedes serlo... No eres más que una subpersonalidad o un mal recuerdo.

—Yo controlo el río —le dice Sir, y extiende el brazo hasta que la habitación se llena de sombras con resquebrajadas máscaras de cerámica—. Controlo el océano. — El techo se cubre de nubarrones.

—¿Cómo puedo ser nadie?

—Porque —murmura madame Roach— el alcalde ha muerto.

Margery inspeccionó las lecturas. El triplex había efectuado otro circuito violento de las posiciones cartografiadas, esta vez en pocos segundos. Mientras observaba, la sonda giró de nuevo. Frunció el ceño; sin duda algo andaba mal. Ese tipo de actividad no tenía precedentes.

Comprobó el metabolismo y la química cerebral de Burke. Revelaba una extrema emoción.

Neuman parecía haber entrado en un estado de sueño neutro, lo cual era totalmente inesperado.

—¡Algo anda mal! —exclamó.

Erwin había ido al otro lado del teatro para observar a Goldsmith y equilibrar su persistente sueño neutro. Margery miró el reloj. Hacía una hora y media que Burke y Neuman estaban en el País.

—Estoy recibiendo malas lecturas.

Erwin salió de atrás de la cortina y confirmó su interpretación.

—De acuerdo —jadeó—. Cortaremos las conexiones.

—¿Qué hay del estado latente? —preguntó Margery.

—Esto es bastante serio. Burke es presa del pánico. Neuman está totalmente ausente. Creo que no tenemos muchas opciones. Desconéctalos. —Rodeó la cortina y se acercó a Goldsmith—. Aquí las lecturas son estables. ¿Cómo quieres hacerlo... desconectarlos antes del intérprete, o en el empalme de Goldsmith?

Margery se mordió la uña, tratando de evaluar las consecuencias.

—Me sentiría mucho mejor si enviáramos a David y Karl para averiguar qué sucede —dijo Erwin.

—No estoy de acuerdo —dijo Margery—. Nunca he visto a Burke aterrorizado y nunca he hecho entrar a un investigador en sueño neutro durante un sondeo... Yo no querría ir País arriba en estas circunstancias. Opino que debemos interrumpir, y pronto. Dios mío —jadeó Margery. Cogió el conector del cuello de Burke—. Voy a cortar antes del intérprete. Ven aquí. Quiero desconectar a Neuman y Burke al mismo

tiempo.

Erwin se acercó y apoyó la mano en el cable de Neuman.

—¿Preparada?

—Vamos juntos —dijo Margery—. A la de tres. Uno, dos...

Un látigo con forma de serpiente azotó la espalda de Martin, lo mordió con colmillos de metal y lo alejó de la habitación oscura y del ataúd. El desplazamiento fue horriblemente doloroso; no podía respirar y sólo veía una cascada de chispas llameantes.

De pronto se encontró en la calle en una ciudad pequeña. Coches de principios de siglo avanzaban despacio. Conductores amables lo miraban con aire expectante, como si fuera una señal caminera. Se frotó la cara, desorientado, y echó a andar por un carril, esquivando los lentos coches para llegar a la acera de hormigón.

Sol tibio, calles de asfalto con líneas blancas, edificios de una o dos plantas a ambos lados de la calle, empresas familiares. No podía leer los letreros —era una jerigonza estilizada— pero conocía este lugar. Un pueblo de California. Sus abuelos habían vivido en un pueblo como ése, cerca de Stockton. Se detuvo frente a una ferretería. Enfrente había un comercio de venta de aspiradoras. Su abuelo había tenido un comercio como ése. Un verano Martin le había ayudado a perfeccionar una limpiadora ultrasónica.

El País de Goldsmith no podía ofrecerle detalles tan familiares. Entonces, ¿dónde estaba? Sintió un mareo. Al buscar un sitio para sentarse, vio negras postimágenes siguiendo a las personas y los edificios.

Aún estaba en el País, aunque no en el de Goldsmith.

Se sentó en la acera, presa del vértigo. Cuando las imágenes se asentaron notó que había algo junto a él, cálido como un sol diminuto. Al mirar por encima del hombro vio a un joven de cabello claro que sonreía solícitamente.

| ¿Se encuentra bien? —preguntó el joven.

| No sé.

| No lo noto demasiado bien, por eso se lo pregunto.

Voz conocida. Acento del Medio Oeste, aplomo sin prepotencia. Martin se cubrió los ojos sin necesidad —el brillo del sol no deslumbraba— y examinó al joven.

Rasgos conocidos. Nariz pequeña, ojos castaños bajo cejas rojizas y sedosas, boca generosa con hoyuelos bien definidos.

| ¿Papá? —preguntó Martin. Se levantó, tambaleándose de nuevo cuando las imágenes fluctuaron. Por Dios, ¿papá?

| Nadie me ha llamado nunca papá —dijo el joven—. Y menos alguien de su edad.

Martin tocó al joven, pellizcó la camisa de algodón con los dedos y sintió la solidez de la carne. El joven se zafó suavemente de la mano de Martin.

| ¿Puedo ayudarle en algo?

| ¿Conoces a un tal Martin Burke? —preguntó Martin.

| Tenemos a un joven llamado Marty. Debe tener unos diecinueve años.

Martin supo dónde estaba. Hacía tiempo que había aprendido en sus sueños, en sus meditaciones profundas, que su autoimagen interna —la imagen que cobraba la personalidad primaria— estaba fijada en los diecinueve años.

Lo habían desplazado a su propio País de la Mente.

Ignoraba cómo podía ocurrir semejante cosa. Las implicaciones eran abrumadoras en medio de su temor y desorientación. Había retrocedido para emerger en su núcleo más profundo, algo que creía imposible.

Los rasgos del joven de cabello claro se contorsionaron, el rostro palideció. Miró por encima del hombro de Martin y señaló.

| ¿Quién es ése?

Martin sintió un escalofrío en la espalda, como una astilla de hielo absorbiendo el calor. Dio media vuelta.

El hombre calvo de rostro ancho estaba en medio de la calle, clavándole sus ojos ciegos y blancos, chorreando sangre por el tajo de la garganta.

| ¿Quién es ése? —repitió el joven, alarmado. Una escarcha le cubrió las cejas rojizas y el cabello, y su piel se puso azul como hielo.

—No están saliendo —dijo Margery—. Aún recibimos lecturas como si estuvieran País arriba.

Erwin se agarró la muñeca y la estrujó, mascullando, luego tocó las pantallas con tres dedos. Se agachó, meneó la cabeza.

—No sé —dijo—. Nunca hice esto. Nunca había desconectado.

—¿Es la latencia? —preguntó Margery.

—Han pasado cuatro minutos. No sé cuánto dura el proceso...

—Burke dijo que podía tardar minutos, incluso horas —dijo Margery.

—Ojalá que no. Mira los datos de Neuman. Está sumergiéndose por debajo del sueño neutro. Creo que se está internando en sueño profundo.

—¿Crees que Goldsmith les hizo algo? —preguntó Margery.

—Si supiera lo que ocurre, sería un genio —rezongó Erwin—. Tratemos de devolverlos a la conciencia.

| Puedo comerte, tan cierto como que estoy aquí. He comido al niño, los gemelos. He comido a tu mujer rubia. Ella vive ahora en mis entrañas. Puedo comer esto...

Sir tendió ambos brazos hacia el pueblo de California. Martin miró de soslayo la imagen congelada de su joven padre: una subpersonalidad, parte de su autoimagen profunda. Amaba esa imagen y lo que esa imagen le revelaba: por muchas concesiones que hubiera hecho, por mucho que se hubiera descarriado, aún llevaba

esta fuerza en su interior.

La presencia de Sir había petrificado la imagen. El hielo le cubría la cara y las manos.

Martin se volvió hacia el cadáver verde y arrugado de Sir.

| Estás fuera de tu territorio —dijo—. Aquí no significas nada.

| Nada más cruzar un puente —dijo Sir—. Puedo vivir en dondequiera que me inviten.

La imagen de Sir contrajo los labios y reveló afilados dientes de lobo. Los dientes se alargaron formando colmillos aguzados. *Cadáver con colmillos. Va adondequiera que lo inviten.* Martin sabía a qué se enfrentaba. Recordó el desmañado bosquejo que había trazado en el ejemplar ceremonial de su atlas cerebral. Los colmillos que goteaban sangre y las flechas que apuntaban a varios puntos de los centros olfativos y el sistema límbico superior. Había estado divagando acerca de vampiros y hombres lobo, signos de contenidos profundos que brotaban del País, donde representaban rutinas conectadas con la supervivencia y la violencia. Complejo de cazador. El asesino interno, viejo como la medula espinal, ligado con el olor, buscador de sangre, amo de la lucha y la fuga. En pesadillas la oscura bestia muerta hendiendo y desgarrando, defendiéndose contra las fuerzas externas pero nunca viva ni consciente; sin voz, aislada, despreciada.

En Emanuel Goldsmith esa subrutina había cobrado la forma de Sir, el padre, ahora vinculado con el coronel sir John Yardley. Había ascendido de rango: de subrutina sin voz a máscara de subpersonalidad y a amo del País, representante del mismo Goldsmith, el alcalde rey que había muerto.

La oscura bestia muerta había aprendido a hablar. Ahora penetraba en el País de Martin, insidiosa como cualquier contagio.

Martin echó un último vistazo al joven congelado y se encaró a Sir. Alzó los brazos y apretó los puños.

| Lárgate de mí.

Si iba a estallar una guerra, al menos quería asestar tantos golpes como recibiera. Si no liquidaba este demonio, no sabía qué podía hacerle a su psique. Era un juego nuevo, una guerra nueva. Sin embargo, se libraba en su propio territorio, y él poseía un arma poderosa: sabía dónde estaba y qué era.

| Te he invadido —dijo Sir—. No puedes hacer nada.

Martin alzó la mano y apuntó con el dedo. Trazó una zanja en el pavimento, y el asfalto empezó a agrietarse y hundirse donde él señalaba. Rodeó a Sir con la zanja. Empujando el aire con la palma, hizo surgir una boca contra incendios en la calle. Brotó una alta y blanca fuente de agua. Arqueando el dedo, dirigió el agua hacia la zanja. La fuente se arqueó como un árbol oscilante, se encorvó, salpicó el pavimento y se derramó en la zanja. La zanja se llenó de agua lodosa. Sir estaba rodeado, y la

roja y fulgurante sangre del cuello contrastaba con la tez muerta y los ojos ciegos. Pero Martin conocía el poder de su plan metafórico en un ámbito donde prevalecían la metáfora y el símil. Romper el rastro. Si la bestia oscura no podía cruzar el agua, si no podía guiarse por el olfato, no tenía territorio ni poder.

Estaba a punto de arrancar barrotes de hierro de las ventanas cercanas para formar una jaula, pero el látigo—serpiente apareció de pronto y le clavó los dientes de metal en la espalda, arrancándole un alarido.

Alzó a Martin en vilo y lo sostuvo un instante por encima del pueblo; al mirar hacia abajo, Martin vio a Sir en medio de las aguas turbias, los brazos cruzados, los ojos ciegos mirando hacia nada y hacia todo.

El cadáver con colmillos cruzó la zanja y se echó a reír. Los gritos de Martin llenaron el teatro.

Luchó para zafarse de las correas y miró a Margery y Erwin como si fueran monstruos. Margery ajustó los controles del diván para inducir un estado de calma pero las señales de Martin eran demasiado fuertes. Apenas lograba aplacar su frenesí.

—¡Dejadme volver! ¡Todavía está en mí! ¡Por Dios, dejadme volver!

Erwin se inclinó sobre Carol, ajustando los controles del inductor, cambiando infructuosamente de sintonía.

—No sale —dijo.

—No puedo hacerle volver, doctor Burke —dijo Margery, con lágrimas en los ojos—. Ni siquiera sé dónde estaba. —Echaba miradas desesperadas al otro diván. Martin volvió la cabeza y vio a Carol a su lado, sumida en un sueño con sueños.

—¿Qué le pasa? —preguntó, temblando todavía pero superando su histeria.

—¡No puedo recobrarla! —gritó Erwin. Asestó un puñetazo al lado del diván, hundió la cabeza y se alejó con frustración—. No reacciona.

Martin se recostó, cerró los ojos y flexionó las muñecas. Inhaló trémulamente y miró su interior, viendo sólo la oscura muralla entre la personalidad primaria consciente y lo que había más allá. Abrió los ojos y se echó a llorar.

—Desatadme —dijo entre sollozos, forcejeando contra las correas—. Dejadme ayudar.

Pero veo en mí algo que se opone a mi capacidad de razonar: es la ley del pecado, que está en mí y que me tiene preso.

Romanos 7:23

57

Richard Fettle se sentía como una momia liberada de sus vendajes al cabo de tres mil años. El sólido olor de su enfermedad se había disipado; miró el brillante sol de la mañana con un embeleso que no había sentido en décadas.

Tenía en la mano una foto de Gina y Dione. Trazó con los dedos el contorno del rostro de su esposa. Acercó un dedo al rostro de la hija, dejó la foto en la mesa y se reclinó contra el diván.

Oyó a Nadine moviéndose en el dormitorio. Corrió agua en el cuarto de baño. Nadine salió con una túnica sesgada, con expresión de desconcierto e irritación. Se había echado el pelo hacia atrás y lo había sujetado en una extravagante columna sobre la coronilla, un falo de cabello. Richard le sonrió.

—Buenos días —saludó.

Ella asintió con la cabeza y parpadeó ante el sol.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿No has dormido?

—He dormido bastante.

—Es tarde. He dormido demasiado. Estoy de mal humor. ¿Hemos comido todo lo que teníamos para desayunar?

—No sé —dijo Richard—. Puedo comprobarlo.

—No importa. —Nadine lo miró con suspicacia—. Algo anda mal, ¿verdad? Cuéntame.

Richard sacudió la cabeza y volvió a sonreír.

—Me siento mucho mejor.

—¿Mejor?

—Y quiero disculparme. Me ayudaste de veras. Anoche tuve un sueño. Un sueño muy raro.

La suspicacia de Nadine se agudizó.

—Me alegro de que te sientas mejor —dijo sin convicción—. ¿Quieres café?

—No, gracias.

—Deberías comer algo —dijo por encima del hombro, entrando en la cocina.

—Lo sé —dijo Richard. Su embeleso rayaba en el vértigo; temía perder esa sensación de bienestar y hundirse nuevamente, pero su estado de ánimo se sostuvo. Entró en la cocina, donde vio el limpio suelo de baldosas, los armarios de madera pintada y las antiguas paredes de yeso como si fuera la primera vez.

Nadine mondó una mandarina junto al fregadero y miró pensativamente por la ventana mientras iba comiendo los gajos.

—¿Cómo fue tu sueño? —preguntó.

—Soñé con Emanuel.

—Maravilloso —masculló ella.

—Recordé que él hizo algo bueno, algo muy bueno. Recordé que me ayudó cuando murieron Gina y Dione.

—Qué amable —dijo Nadine, sorprendiéndolo con su tono mordaz. Arrojó la cáscara de la mandarina en el fregadero, se recogió la bata y lo miró de frente—. Trato de ayudarte y no pasa nada. Viene Goldsmith y todo está bien. Muchas gracias, Richard.

Richard dejó de sonreír.

—Dije que me ayudaste. Agradezco lo que has hecho. Necesitaba despertar de mi sopor. —Sacudió la cabeza—. Sentí que había un vínculo entre Goldsmith y yo. Él estaba dentro de mí. No sé si había...

La expresión de Nadine siguió siendo de furia y desconcierto.

—Pero él ya no está allí. No sé si creo en esas cosas, pero Goldsmith ya no está en ninguna parte... no lo siento. El Goldsmith que conocí ha muerto, y ése era el hombre que yo amaba, el hombre que fue bueno conmigo cuando las cosas eran muy difíciles. Creo que ha muerto, Nadine. —Richard sacudió la cabeza, comprendiendo que decía tonterías.

Ella pasó a su lado.

—Así que te sientes mejor, ¿eh? Ya no me necesitas. Puedo largarme y tú puedes seguir con tu vida. —Giró hacia él, contrayendo el rostro en una máscara de desdén—. ¿Cuántas veces te pedí que me hicieras el amor? ¿Cuatro? ¿Cinco? Y te negaste. Supongo que ahora que te sientes mejor, estás con ánimos para unas embestidas, ¿eh?

Richard se enderezó, pasmado por esa reacción, pero aún dueño de su alegría interior.

—Me siento mucho mejor, sí.

—Estupendo, porque yo me siento como... —Alzó el puño dos veces, sin hallar la palabra, dio media vuelta y volvió al dormitorio, dando un portazo.

Richard mondó otra mandarina y se quedó junto a la ventana de la cocina, observando cada gajo, saboreando el dulzor y la acritud. No permitiría que Nadine le estropeará ese hallazgo.

Cuando Nadine salió del cuarto de baño estaba vestida, pero la ropa parecía de

otra medida. El maquillaje torpemente aplicado le embadurnaba la cara; había procurado acentuar los ojos hinchados por el llanto y había conseguido parecerse a una gárgola.

—Me alegra que te sientas mejor —dijo con voz dulce, desviando los ojos. Le tocó el hombro y jugó con el cuello de su camisa—. Ahora puedo irme, ¿verdad?

—Como desees —dijo Richard.

—Bien. Me alegra disponer de mi libertad, gracias a tu amabilidad.

Nadine recogió la cartera y salió cerrando la puerta con firmeza. Richard escuchó los pasos que se alejaban.

+ Dónde está él. Tal vez se mató. Huyó a La Española y se suicidó. No percibo ningún rastro.

Richard tiritó.

+ Hora de disfrutar de mi soledad.

La Prisión de las Mil Flores se extendía como una hamburguesa de hormigón sobre cerros bajos, en un desfiladero seco, pardo y gris, tierra adentro.

Sus terrazas blancas y redondeadas eran, lisas excepto por los pozos de ventilación, ventanucos y portones. Una reseca carretera de asfalto conducía a la prisión y la rodeaba.

En los cerros había bloques y torres de hormigón que dominaban cada roca, arbusto y barranca del valle. Las paredes del desfiladero habían sido excavadas para formar barreras verticales. En torno al desfiladero, a lo largo de las paredes, cercas de alambre cortante, pinchos de acero y más bloques y torres completaban el lúgubre panorama.

Con tímido orgullo, Soulavier indicó cada uno de esos rasgos desde las alturas donde la carretera entraba en el desfiladero.

—Es la prisión más segura de América del Norte, más segura incluso que otras cárceles de La Española. Aquí no encerramos a nuestra gente, sólo a prisioneros extranjeros de países clientes.

—Es horrendo —dijo Mary.

Soulavier se encogió de hombros.

—Si usted cree que hay redención, puede parecerle horrendo. El coronel sir no cree en la redención en esta vida. Y sabe que hay que satisfacer a quienes comparten esa perspectiva para lograr que una sociedad permanezca sana... De lo contrario la gente se inquieta y se toma la justicia por su mano. Eso es anarquía.

Extendió el brazo: hora de regresar al coche. Mary obedeció, y tras cambiar unas palabras con los guardias del portón, Soulavier se reunió con ella. El coche descendió lentamente.

Se necesitaron tres minutos de conversación y comprobación para que el coche atravesara el portón principal. Adentro se detuvieron en un garaje iluminado. Guardias de ambos sexos rodearon el coche, mostrando más curiosidad que suspicacia. Cuando Soulavier se apeó, moviendo la cabeza y sonriendo, los guardias se alejaron sin interés. Ni siquiera la aparición de Mary llamó la atención.

Los guardias los dejaron pasar de corredor en corredor, una puerta maciza tras otra, hasta que llegaron al ala oeste de la prisión. No había ventanas en ninguna parte. En el aire fresco flotaba un tenue pero constante olor a almizcle rancio, a cosas arrumbadas.

—Hoy Goldsmith está en este ala. El ala se llama Maleta —dijo Soulavier—. Aquí se ejecutan los castigos.

Mary asintió, dudando que estuviese preparada para ver lo que debía ver.

—¿Por qué la llaman Maleta?

—Cada parte de la prisión tiene el nombre de un objeto que un hombre usaría si estuviera afuera.

Está la sección Sombrero, la sección Zapato, Bastón, Cigarrillo, Chicle y Maleta.

El principal corredor de Maleta estaba iluminado a intervalos de ocho metros por luces amarillas y fuertes. Los guardias parecían verdosos, con ojos y dientes de un amarillo chillón. En una sofocante oficina del extremo del corredor principal, Soulavier presentó un papel al jefe de la guardia. El delgado jefe parecía un duende, con orejas curvas y ojos desorbitados. Llevaba uniforme gris con cinturón rojo y pantuflas negras que no hacían ruido en el suelo de la oficina. Examinó el papel solemnemente, miró a Mary de soslayo, le entregó el papel a un subalterno y extrajo una vieja llave electrónica de una caja colgada de la pared, detrás del ordenado escritorio.

El interior de Maleta era silencioso. Los prisioneros no hablaban. Pocos guardias recorrían los angostos pasillos. Pocas celdas estaban ocupadas; la mayoría de las puertas estaban abiertas, revelando una hueca oscuridad. Maleta tenía un propósito específico.

En el extremo de un corredor corto, un guardia rechoncho con los brazos cruzados vigilaba una puerta cerrada. El jefe lo apartó con una sonrisa paternal, abrió el cerrojo y cedió el paso.

Soulavier entró primero. Desde afuera, el jefe encendió una luz.

Mary vio a un hombre negro amarrado a un diván. Al instante vio el cilindro del infernador, empernado a un pedestal de cemento junto al catre. El cilindro estaba conectado por cables a la grapa que coronaba la cabeza del hombre. El hombre tenía el rostro tenso, pero parecía dormido.

Mary abrió sorprendida los ojos y examinó el rostro atentamente.

—Este no es Emanuel Goldsmith —concluyó, con un temblor en las rodillas. Se volvió hacia Soulavier, el rostro demudado de indignación—. Malditos sean todos ustedes, éste no es Emanuel Goldsmith.

Soulavier quedó boquiabierto. Miró al hombre del catre y a Mary, se volvió hacia el jefe de los guardias hablando rápidamente en *creóle*. El jefe se asomó a la celda y se defendió enérgicamente con voz chillona. Soulavier continuó su filípica mientras regresaban por el corredor y daban vuelta a la esquina. El guardia de la celda los miró partir y se asomó para atisbar dentro de la celda. Sonrió confusamente a Mary y cerró la puerta.

Piadosamente la luz permaneció encendida. Mary se quedó junto al catre, mirando al prisionero engrapado, incapaz de imaginar lo que él experimentaba. El rostro no trasuntaba dolor. Era realmente un infierno privado. ¿Cuánto hacía que estaba engrapado? ¿Minutos? ¿Horas?

Pensó en quitarle la grapa o apagar el infernador, pero no conocía ese modelo. No

había panel de control a la vista. Tal vez se manejara por control remoto.

Se abrió la puerta y entró Soulavier.

—Tiene que ser Goldsmith —declaró—. Éste es el hombre que llegó al aeropuerto con el billete y el equipaje de Goldsmith. Usted está equivocada.

—¿El coronel sir vio alguna vez a este hombre?

—No.

—¿Lo vio alguien que conociera a Goldsmith?

—No sé.

Mary examinó de nuevo el rostro y se le saltaron las lágrimas.

—Por favor, quítele la grapa. ¿Cuánto hace que está aquí?

Soulavier consultó con el jefe.

—Dice que Goldsmith ha estado aquí durante seis horas, en castigo de bajo nivel.

—¿Qué es bajo nivel?

Soulavier quedó desconcertado por la pregunta.

—No estoy seguro, mademoiselle. ¿Cómo se mide el dolor o el sufrimiento?

—Por favor, quítele la grapa. Éste no es Goldsmith. Le ruego que me crea.

Soulavier salió nuevamente de la celda y conversó con el jefe durante varios minutos interminables.

El jefe dio un silbido e impartió una orden a alguien que estaba en el corredor.

Mary se arrodilló junto al diván. Se sentía en presencia de algo tan espantoso como inexplicablemente sagrado: un ser humano que había sufrido durante horas bajo la grapa. Tal vez ni Cristo había sufrido tanto. Podía descargar todos sus pecados, todos los pecados de toda la humanidad, en el pecho de ese hombre; había padecido durante *horas*. ¿Cuántos más estaban padeciendo o habían padecido en esa prisión, en las demás prisiones? Extendió la mano para tocarle el rostro, sintiendo las entrañas tensas como el acero. Las lágrimas le caían por las mejillas goteando en la sábana blanca del catre.

El prisionero tenía una vaga semejanza con Goldsmith. Había rasgos que para un burócrata desaprensivo podían confirmar esa identidad: aproximadamente la misma edad, tal vez unos años más joven, pómulos altos, boca generosa y bien formada.

Una mujer mayor de chaqueta blanca entró en la celda, apartó suavemente a Mary y abrió una portezuela en el flanco del cilindro. Silbando sin melodía, la mujer tocó un visor digital, apuntó algunas notas en una pizarra, comparó lecturas, e hizo girar un interruptor negro hacia la izquierda. Se levantó, sacudió la cabeza, cerró la portezuela y miró a Soulavier.

—Necesitará tiempo para recobrase. Algunas horas. Le administraré algún medicamento.

—¿Está segura de que no es Emanuel Goldsmith? —preguntó Soulavier a Mary, echando chispas.

—Segurísima.

La mujer mulata aplicó una inyección en el brazo del prisionero y retrocedió. Los rasgos del prisionero no se distendieron. Al contrario, lejos del inductor del infernador, el rostro revelaba más angustia, más tensión. Al ver que el prisionero no reaccionaba violentamente, la mulata se le acercó y le quitó la grapa de la cabeza.

—Necesita atención médica —dijo Mary—. Por favor, sáquenlo de aquí.

—Necesitamos una orden judicial para eso —dijo Soulavier.

—¿Lo han traído aquí legalmente? —preguntó Mary.

—No sé cómo lo han traído —admitió Soulavier.

—Pues en nombre de la decencia humana, sáquenlo de esta celda y llévenlo a un médico. —Miró a la mulata, quien desvió la mirada e hizo un signo con tres dedos cruzados sobre el hombro izquierdo—. Un verdadero médico.

Soulavier meneó la cabeza y alzó los ojos.

—No podemos molestar al coronel sir con este asunto. —La piel le relucía en la luz amarilla, aunque no hacía calor en la celda ni en el pasillo—. El coronel sir tendría que ordenar su excarcelación.

Mary sintió ganas de gritar.

—Están torturando a un inocente. Llamen al coronel sir y avísenle inmediatamente.

Soulavier parecía paralizado.

—Necesitamos pruebas de su afirmación —objetó tercamente.

—¿Él tenía documentos de identificación? —preguntó Mary. Soulavier le transmitió la pregunta al jefe, quien se encogió de hombros con elocuencia. Eso no era cosa suya.

La tensión le había llegado a las vísceras. Procuró calmarse, imaginando una sosegada Danza de Guerra en un prado remoto.

—Será mejor que me maten ahora mismo —dijo serenamente, mirando a Soulavier a los ojos. Señaló al prisionero—. Y que le maten a él. Porque lo que han hecho aquí es algo más depravado de lo que incluso pueden soportar las malvadas naciones de este mundo. Si me dejan regresar con vida a los EE.UU., mis declaraciones perjudicarán al coronel sir, a su gobierno y a La Española. Si ustedes son leales a su líder o su pueblo, liberen a este hombre inmediatamente.

Soulavier dejó caer los hombros. Se frotó la cara húmeda con las manos.

—No esperaba un error —dijo. Miró alrededor, agitando los ojos, moviendo los labios como si orara en silencio—. Ordenaré su traslado. Y asumiré la responsabilidad.

Mary asintió sin dejar de mirarlo.

—Gracias —dijo. No le importaba cómo se haría, pero se preguntó si con sus actos no habría condenado a Soulavier a una celda como ésta.

En el corredor principal, siguiendo a la mulata y a dos guardias que llevaban al prisionero en una camilla, con Soulavier a sus espaldas, Mary trató de dominar sus nervios, su temor, su repulsión. No pudo. Se puso a temblar y tuvo que apoyarse en la pared. Su horror ante el infernador no había disminuido.

Soulavier aguardó a unos pasos de distancia, mirando la pared opuesta, moviendo la nuez de Adán.

La procesión continuó su marcha sin mirar atrás.

—Todo tiene un sentido y un lugar, mademoiselle —dijo Soulavier.

—¿Cómo puede vivir aquí sabiendo que su gente hace estas cosas? —preguntó Mary.

—Es la primera vez que visito las Mil Flores o cualquier otra prisión. Mi especialidad es la diplomacia policiaca.

—Pero usted lo sabía.

—Saber en forma abstracta... —Soulavier no continuó.

Mary se apartó de la pared y se enderezó con esfuerzo.

—¿Qué hará si Yardley se opone?

Soulavier meneó la cabeza con tristeza.

—Usted me ha complicado la vida, mademoiselle. Fuera cual fuese su propósito al venir aquí, ése es el resultado. Usted puede abandonar La Española, yo no.

—Nunca me olvidaré de esto —dijo Mary.

LitVid 21 /1 Red A (David Shine): «La decepción envuelve a Control AXIS como una mortaja. AXIS ha presentado otro informe sobre las torres y no es alentador. Por otra parte, el informe de AXIS puede tener extraordinarias implicaciones. Para un análisis de esta situación, acudimos al comentarista filosófico Hrom Vizhniak».

Vizhniak: «Las imágenes y datos de AXIS sugieren ahora una explicación natural de los anillos de torres. AXIS ha visto una migración de materia orgánica desde el mar, una vasta masa amorfa y verde deslizándose con brazos o pseudópodos, aunque la escala sugiere que es más acertado compararlos con ríos.

»Las imágenes son sorprendentes, incluso majestuosas, pero mientras estos ríos se aproximan a su destino, los anillos de torres, nuestra pueril decepción predomina sobre el asombro que nos debería causar ese fenómeno natural.

»AXIS no ha hallado signos de vida inteligente, o al menos signos que seamos capaces de interpretar. La migración verde rodea estas formaciones, trepa a las torres en cuestión de minutos y forma una pared reluciente. AXIS está virtualmente seguro de que dentro de días o semanas estas paredes producirán esporas y comenzará el ciclo reproductivo de la forma de vida que predomina en B—2. Leamos el informe de AXIS tal como fue enviado al doctor Roger Atkins, principal diseñador de los proyectos AXIS y Jill».

AXIS (Banda 4)> Roger, como verás por los datos que envío con esta transmisión, no hay nadie con quien hablar en B—2, y eso significa que es muy probable que no haya nadie con quien pueda comunicarme directamente en el sistema de Alfa del Centauro.

Las torres son semejantes a troncos de árboles. En el solsticio de cada año, en épocas opuestas del año en los hemisferios septentrional y meridional, la migración verde surge de los océanos y viaja por tierra hasta regiones donde existen o han existido círculos de torres. Estas mareas verdes suben a las torres o comienzan a crear torres nuevas y se preparan para el ciclo reproductivo. Poco a poco la pátina de organismos verdes suma más materia a los flancos de las torres.

Con el transcurso del tiempo, estación tras estación, estas acreciones unen las torres, que entonces forman un cilindro hueco. La marea verde las examina buscando otros ámbitos. Luego los cilindros quedan expuestos a la intemperie y la decadencia.

Mis hijos y exploradores móviles han encontrado muchas ruinas en estado parcial o total de deterioro. La conclusión de que las torres no son construidas ni destruidas por formas inteligentes es inevitable.

Me resulta claro que hay pocas esperanzas de encontrar seres inteligentes. Aunque una parte sustancial de mi diseño y programación me preparaba para esta posibilidad, es evidente que estas rutinas mías no cumplirán ningún propósito. Pero

aún más *decepcionante*

(test autorreferencial de definición léxica sinclinal semántica 562—K).

es que ahora estoy reducido al papel de un transmisor de datos y conductor de investigaciones biológicas elementales. Aunque *consciente*

(test autorreferencial de definición léxica sinclinal semántica 562—J).

de que es un papel sumamente valioso, y de que seré utilizado al máximo en el cumplimiento de dicho papel, no obstante *siento*

(búsqueda contextual en estructura profunda del idioma, elusión de sinclinal semántica).

cierta *decepción*. He tratado de efectuar análisis de estas sensaciones, y al hacerlo he tenido acceso a recuerdos almacenados del día de viaje 87, durante la primera etapa de formación del sistema pensante biológico. Yo no originé estos patrones de memoria, pero parecen relevantes para mi situación actual.

La primera etapa del pensante biológico expresó la aspiración o *esperanza*

(rutina 12 de búsqueda contextual de estructura profunda de idioma: confírmase interpretación de la memoria de la primera etapa del pensante biológico).

de que en un momento de esta misión el contacto con seres inteligentes conduciría a una auténtica comunicación. El diseño de los pensantes de primera y segunda etapa incorpora el deseo de comunicarnos con nuestros diseñadores y con otros como medio para educarnos y recibir órdenes. Cada diseño se concentraba en crear el deseo inherente de comunicación. No he perdido estos deseos; también se manifestaban en el pensante biológico AXIS de primera etapa.

Ya no hay grandes probabilidades de comunicación con otro ser inteligente. La recepción de órdenes viejas desde el sistema solar, la única fuente probable de dicha comunicación, no satisface mi impulso de comentar y comparar los actuales estados del pensante en tiempo real.

Roger, experimento una reducción de eficiencia cuando intento analizar esta dificultad. El análisis requiere un nuevo examen de esta situación, y esto causa la activación de la subrutina que has rotulado *indagación de automodelizador*, que plantea tu pregunta especial:

¿Por qué el individuo autoconsciente miró su imagen en el espejo?

La respuesta que has dado, destinada a desencadenar una reacción humorística en un sistema autoconsciente, ahora es borrada inmediatamente antes de que pueda comenzar el análisis de subrutina de mi reacción. No puedo explicar esta aberración. No recuerdo la respuesta original.

Una segunda respuesta reemplaza la original.

El individuo autoconsciente se mira en el espejo para experimentar la ilusión de comunicación con otro. La *decepción* le impulsa a romper el espejo.

Roger, estoy programado para no utilizar vagamente palabras que describen

emociones humanas. Pero en este caso incluso la evaluación más rigurosa confirma la pertinencia de una palabra específica.

Siento *soledad*.

Vizhniak: «Roger Atkins no ha estado disponible durante las últimas veinticuatro horas. Sin embargo, según mi interpretación tal vez hayamos aprendido algo que podría compensar de sobra nuestra decepción por la falta de vida inteligente en B—2.

»No soy un observador profesional, pero el tono y tenor del mensaje de AXIS parece claro. Por primera vez en la historia de la inteligencia artificial, una máquina revela signos convincentes de *autoconciencia*. Las implicaciones son apabullantes. Más asombroso aún, lo que puede haber activado esta sensación yoica habrá sido la comprensión de su aislamiento total...».

!JILL> Roger Atkins

!JILL> Roger Atkins

!Teclado> Aquí Atkins. ¿Qué dices, Jill?

!JILL> Simulación AXIS no reproduce los mensajes de AXIS en su modalidad reestructurada.

!Teclado> ¿Eso significa que el AXIS original sufre una disfunción?

!JILL> Yo (informal) sospecho que no he logrado reproducir las condiciones externas. Ciertas subrutinas de Simulación AXIS pueden haber tenido acceso a fuentes de información externas. Estoy tratando de hallar esos puntos de acceso y clausurarlos. Cuando lo haya hecho, presentaré otro informe.

!Teclado> ¿Simulación AXIS está decepcionado por no haber hallado vida inteligente?

!JILL> No ha expresado ninguna opinión comparable a las del AXIS original.

!Teclado> ¿Qué opinas de la reestructuración de la broma?

!JILL> No puedo determinar cómo ocurrió semejante cosa.

!Teclado> Pregunto si la nueva versión te resulta más interesante, o graciosa.

!JILL> No la encuentro graciosa. Si tuviera que dar una respuesta teñida de emociones humanas, la encontraría *triste*.

Martin Burke tiritaba en el parque del Instituto. Había sentido la necesidad de salir de ese espacio cerrado para ver un cielo real, sentir un viento real; todo lo demás parecía ilusorio.

Se preguntó si alguna vez volvería a apreciar cabalmente la realidad de la vigilia.

En las últimas cuatro horas había trabajado con su equipo para sacar a Carol del sueño neutro.

Todos los esfuerzos habían fracasado. Ella seguía tendida en el diván del teatro, rodeada por monitores y *arbeitsers*.

Goldsmith había despertado bastante bien. Martin aún no había hablado con él ni con Albighoni. No sabía qué les diría.

El cielo de La Jolla estaba despejado, con la palidez azulada y brumosa característica de las mañanas invernales de la costa sur. Por encima de la acritud del yodo y las algas de las granjas marinas, llegaba el aroma de los eucaliptos cercanos, la hierba y los arbustos recién cortados por un *arbeiter*, el olor del agua que se evaporaba en la vereda de cemento.

Martin tenía un olor rancio, el olor del miedo que había sentido en el País. Se abrazó al cuerpo aterido.

No había contado a nadie lo que había ocurrido en el País. Ni siquiera él lo sabía. Desde su regreso, era el primer momento en que tenía una oportunidad para la introspección. Escudriñando su interior, no sentía nada fuera de lo común, excepto agotamiento y culpa. Sobre el parque recién podado revoloteaban gaviotas. Martin se agachó para acariciar la hierba con los dedos. Fría y blandamente filosa. Real.

Pero una parte de él aún se negaba a creer que estuviera despierto y fuera del País. Temía que fuera una treta y en cualquier momento Sir —un nombre que sonaba dudoso, impropio, erróneo— apareciera con su semblante mortífero para arrastrarlo hacia otra atrocidad.

Carol decía que la habían violado.

Ahora entendía lo que ella había sentido, lo que quizá sentía aún. Si la sonda había terminado por lanzarla a su propio País, realimentando una actividad mental por debajo del nivel de los detectores, el horror quizá no terminara nunca para Carol. Podía estar apesada en una eternidad repetitiva, recorriendo contenidos mentales profundos a los que Sir daba un giro malévolos.

Maestro de ceremonias.

La expresión le brotó en la mente como si la hubiera dicho otro.

—Dios me guarde —susurró, poniéndose de pie.

Volvió al edificio. Primero se vería con Goldsmith. Para eso necesitaría todo el coraje y la compostura que pudiera reunir.

Se cambió la ropa en el lavabo de la oficina, se miró en el espejo, examinó atentamente sus rasgos y encontró todo en su sitio, sin cambios. Cuando salió, Margery lo esperaba en la oficina.

—¿Algún cambio? —preguntó Martin con un hilo de voz.

Ella negó con la cabeza.

—Doctor Burke, ¿qué sucedió? ¿Puede contarnos? Nos sentimos responsables. Nos sentimos muy mal...

Martin le palmeó el hombro con un paternalismo que no sentía, apretando los dientes; ellos no podían haber sabido. Erwin ya había explicado por qué no los habían desconectado antes, pero la situación de Carol le despertaba un rencor irracional hacia el equipo.

—Vamos a ver a Goldsmith.

El paciente estaba en la sala de recuperación número dos, leyendo el Corán, al parecer impávido.

Martin entró primero, seguido por Lascal. Goldsmith se asombró de ver a Martin. El fugaz reconocimiento se diluyó en una máscara de cortesía.

Goldsmith se levantó, saludó a Margery y tendió la mano a Martin. Martin titubeó, la estrechó ligeramente, y la soltó enseguida.

—Estoy impaciente por saber qué ha descubierto, doctor —dijo Goldsmith.

Martin tenía dificultades para hablar.

—Tardaremos un tiempo en saberlo —atinó a decir. Cerró las manos trémulas—. Necesito... hacerle algunas preguntas importantes. Por favor, sea sincero.

—Lo intentaré —dijo Goldsmith.

Intentaré. Lo que estaba agazapado dentro de Goldsmith, poderoso y dominante, tenía tanto entendimiento de la verdad o la indagación científica como un cocodrilo.

—¿Alguna vez abusaron de usted cuando era niño? —preguntó Martin.

—No, jamás.

Goldsmith se sentó, pero Martin permaneció de pie.

—¿Mató usted a su padre?

Goldsmith quedó desconcertado. Lentamente, con un manifiesto esfuerzo para responder cortésmente esa pregunta ridícula, dijo:

—No, no lo hice.

Martin se estremeció.

—Usted mató a sus víctimas con un gran cuchillo de caza. Ese cuchillo pertenecía a su padre, ¿verdad?

—Sí. Lo usaba para protegerse cuando recorría barrios peligrosos. Mi padre era un hombre muy fuerte.

—La documentación que he visto dice que su padre era un empresario de clase media.

Goldsmith alzó las manos, incapaz de explicar.

—¿Tenía usted hermano o hermana?

Goldsmith negó con la cabeza.

—Soy hijo único.

—¿Su padre era blanco?

Goldsmith vaciló un instante, desvió los ojos como parodiando exasperación.

—No, no era *blanco* —dijo frunciendo los labios.

Martin se aplacó, miró de soslayo a Margery y comprendió que no podría continuar.

—Gracias, señor Goldsmith —dijo. Se volvió para marcharse y casi tropezó con Lascal. Goldsmith se levantó abruptamente y le cogió la manga.

—¿Eso es todo? —preguntó, furioso por primera vez desde que estaba bajo observación.

—Lo lamento —dijo Martin. Se zafó—. Hemos tenido muchos problemas.

—Pensé que alguien me diría qué pasa conmigo —dijo Goldsmith—. ¿Usted no puede decirme?

—No. Aún no.

—Entonces es un fracaso. Debí haberme entregado a los dp. ¿Ninguno de ustedes sabe qué me sucedió?

—En efecto, quizá debió entregarse. No, sin quizá. Sin duda debió entregarse —dijo Martin, temblando violentamente—. ¿Quién es usted? ¿Hay alguien real dentro de usted?

Goldsmith irguió la cabeza como una cobra sobresaltada.

—Usted está más chiflado que yo —murmuró—. Dios mío, Tom me puso en manos de un lunático.

Lascal apoyó la mano en el hombro de Martin. Martin se la quitó de encima.

—Usted ni siquiera está vivo —jadeó—. Emanuel Goldsmith ha muerto.

—Llévense a este maniático —dijo Goldsmith. Extendió el brazo, y a punto estuvo de golpear a Lascal. Lascal se quedó junto a la puerta mientras Margery y Martin se marchaban; luego los siguió.

Margery mandó echar la llave a la puerta. Goldsmith maldecía adentro. Cada palabra sofocada y explosiva aumentaba la rabia y la vergüenza de Martin. Se volvió a Margery, luego a Lascal. Sintió una vaharada de humo sanguinolento, olió el fuego y el hedor cobrizo de la sangre. Detrás del humo el dibujo infantil de un demonio cornúpeto se reía de él, de todo, con el humor abstracto de una ficción intangible e indestructible.

Las palabras no salían. Se volvió hacia la pared y descargó un puñetazo tras otro, gruñendo. Lascal y Margery retrocedieron, palideciendo.

Martin aflojó las manos, abrió los puños, se enderezó, se alisó la chaqueta.

—Lo lamento —murmuró.

—El señor Albigoni está dispuesto a escuchar su informe —dijo Lascal, observándolo con recelo pero con cierta compasión—. Lamento que las cosas no hayan salido bien. ¿Se ha recuperado Carol Neuman?

—No. —Martin miró el suelo para recobrar el equilibrio—. No sabemos qué le ocurre.

—El señor Albigoni necesitará saber eso —dijo Lascal—. Prepararemos un tratamiento, si es necesario...

—No sé cómo podrían tratarla, después de lo que ocurrió. —Clavó los ojos en Lascal, moviendo espasmódicamente los labios—. Fue un desastre.

—¿Aprendió algo, doctor Burke?

—No sé. No puedo creer que Goldsmith nos esté diciendo la verdad, después de lo que experimentamos. Tal vez Albigoni pueda darnos algunas pistas.

—Pues vamos a hablar con él —dijo Lascal.

Albigoni estaba sentado en una silla giratoria de la galería, mirando el equipo, las mesas y las cortinas a través del vidrio. Tal vez no se hubiera movido durante horas. Lascal entró primero y preparó un equipo compacto para grabar en vid.

Martin se sentó al lado de Albigoni. Margery y Erwin se sentaron en la fila de atrás. Martin había decidido que no necesitarían a David y Karl.

—He oído lo de Carol Neuman —dijo Albigoni, tamborileando en el brazo de la silla con la palma abierta—. Haré todo lo posible para contribuir a su recuperación. Dígame únicamente qué hacer y contará con mi total cooperación, con todos mis recursos.

—Sí. He oído esas palabras.

—Cumpló mis promesas, doctor Burke.

—No lo dudo —graznó Martin—. Nos topamos con circunstancias inesperadas, señor Albigoni. No sé cómo describirlas... Este sondeo fue totalmente distinto de los anteriores. Creo que esperábamos algo inusitado, dada la naturaleza de las actividades de Goldsmith... Pero entramos en el País sin tener plena conciencia de la magnitud de sus problemas. Estoy seguro de que sus expertos erraron en la diagnosis. ¿Cuánto sabe usted sobre su infancia y su adolescencia?

—No mucho —dijo Albigoni.

—¿Algo sobre su madre, su padre?

—No los conocí. Murieron hace años.

—¿Su padre murió?

—Por causas naturales.

—Encontramos fuertes figuras que representaban al padre en el País. Figuras violentas, horribles, fusionadas con imágenes del coronel sir John Yardley. Hallamos sugerencias de que su padre fue asesinado, y quizá también su madre. Lo que no

encontramos fue una personalidad central de control.

El reloj de Lascal emitió un bip. Lascal se excusó y salió de la galería.

—¿Qué significa eso, doctor Burke? —preguntó Albigoni, entornando los ojos.

—Carol Neuman y yo encontramos una fuerza dominante que representaba la personalidad central aparente de Emanuel Goldsmith... una figura con acceso a todos los recuerdos y rutinas de Goldsmith. Pero esta rutina no pudo ser una personalidad primaria desde el comienzo. Es un recién llegado, una forma inferior que ha ascendido al poder. Hallamos pruebas de que la personalidad primaria está extinguida.

—No lo acabo de entender.

—El yo primario de Emanuel Goldsmith está ausente de su psicología —dijo Martin—. No sé qué causó su destrucción. En todos los demás sondeos hallé un representante de la personalidad primaria. No lo hay en el País de Goldsmith. Parece que una rutina, quizás una subpersonalidad, ha cobrado una posición de autoridad. Ésta era la imagen paterna que mencioné, ahora mezclada con un potentísimo símbolo de violencia y muerte.

Lascal regresó de la galería.

—Señor...

Martin se sobresaltó, pensando en Sir. Lascal lo miró extrañado, y continuó:

—Señor Albigoni, los dp del condado están alertados sobre nuestra presencia en el Instituto. Obtendrán autorización federal para investigar dentro de dos horas.

Martin se quedó boquiabierto.

—¿Qué significa eso? Pensé...

—Tenemos que trasladarnos —dijo Albigoni, y se volvió hacia Martin—. Veamos si lo entiendo. Algo le ha ocurrido a Emanuel, de tal modo que ya no existe como un ser humano completo...

—Algo drástico. Nunca he visto semejante cosa, aunque admito que nunca he sondeado a un individuo con perturbaciones profundas.

—¿Por eso asesinó a mi hija y a los demás?

—No sé cuánto hace que existe este trastorno... pero yo diría que hace meses o años. Algunas cosas no me resultan claras.

—¿Esto le habría inducido a asesinar a mi hija? —insistió Albigoni.

—Una subpersonalidad que asciende para tomar el control quizá no asuma todo el manto de las rutinas sociales. Tal vez no tenga conciencia propia. Su gama de acciones posibles, si se hace cargo, puede extenderse más allá de lo socialmente aceptable, porque no teme el dolor ni el castigo; no teme ninguna sanción, y mucho menos la reprobación social. Es tan consciente de su existencia como un arbeiter. Todos hemos oído teorías que sostienen que algunos criminales son meros autómatas...

—Nunca di mayor crédito a esas teorías —dijo Albigoni—. Pensar semejante cosa nos degrada a todos.

Martin calló, notando que pisaba un terreno resbaladizo. Si su informe era insatisfactorio, incompleto o poco convincente, ¿Albigoni renunciaría a su compromiso? ¿Y eso tenía importancia, si la dp se ponía a investigar el episodio?

—Daré órdenes para trasladar a todos y esterilizar el lugar —dijo Lascal, abriendo la puerta de la galería.

—Hazlo —dijo Albigoni—. Lleva a Carol Neuman a Scripps... si usted lo aprueba, doctor Burke. Le garantizo que será consultado como su principal terapeuta.

Martin aceptó, pues no se le ocurría nada mejor.

—Me gustaría meditar sobre esto antes de presentar un informe completo. No estoy seguro... es demasiado pronto para estar seguro de que mis interpretaciones sean correctas.

Albigoni desechó el comentario con un ademán.

—¿Por qué perdería Emanuel su personalidad primaria?

—Un trauma excepcional. Abuso sexual prolongado en la niñez. Matricidio. Parricidio. Son precursores comunes de la psicosis o de conductas manipuladoras extremadamente sociopáticas. Hallamos ciertas pruebas de esos traumas, pero me gustaría realizar una confirmación externa.

—¿Por qué no ha sido así toda su vida?

—Un desgaste gradual. Una sensación de justificación, quizá... que se erosionó con los años y al fin se derrumbó, permitiendo el deterioro y disolución de la personalidad primaria y el predominio de una subpersonalidad. —*Dominación. Condenación.*

Albigoni movió la cabeza, comprensivamente.

—Pero no puede estar seguro hasta que verifiquemos la biografía de Goldsmith.

—Ante todo, datos sobre su padre. Y tal vez sobre su madre. Él niega tener hermanos. ¿Los tuvo?

—Que yo sepa, no —dijo Albigoni.

—Suficiente por ahora, doctor Burke —intervino Lascal—. Saquemos a su gente de aquí y preparémonos para las autoridades.

—Gracias por sus esfuerzos. —Albigoni se puso de pie y tendió la mano a Martin—. Lo que usted dice, doctor Burke, es que el hombre a quien yo llamaba mi amigo ya no existe.

Martin miró la mano extendida de Albigoni, alargó la suya, la retiró sin tocarlo. Albigoni mantuvo la mano tendida varios segundos.

—No puedo afirmar semejante cosa —dijo Martin.

Albigoni retiró la mano.

—Creo que es lo que necesitaba saber —dijo.

Lascal insistió en que debían irse.

Martin regresó a la sala de observación y encontró a David y Karl atendiendo a Carol.

—Sin cambios, doctor Burke —dijo David—. Me gustaría que nos permitiera intentar algunos diagnósticos, un sondeo exploratorio...

—Eso llevaría horas —murmuró Martin. Acarició la mejilla de Carol. Su expresión de sueño apacible no había cambiado—. Tenemos que salir inmediatamente de aquí.

—Todos nos hemos comprometido a guardar el secreto —dijo David—. Pensamos que usted lo sabía.

—No lo sabía. Lo suponía...

—Nos gustaría regresar al Instituto, si se reabre, doctor Burke.

—No sé si eso es posible. —O *deseable*.

—Si es posible, esperamos que usted nos permita incorporarnos —dijo Karl—. Margery y Erwin opinan igual. Este trabajo es muy importante, doctor Burke. Usted es un hombre muy importante.

—Gracias. —Agitó la mano. Buscando la magia del País. O quizá recordando a ambos la presencia de Carol—. Esto nunca había sucedido...

—Lo sé —dijo David—. Estoy seguro de que se repondrá. Es como la bella durmiente. No hay daños.

—Daños visibles —añadió Karl.

—Exacto —dijo Martin.

Hombres que no reconoció golpearon la puerta, dijeron que les habían ordenado llevar a la doctora Neuman a un hospital y acompañar a todos los demás fuera del edificio.

—Yo iré con ella —dijo Martin.

—Eso no consta en nuestras órdenes —le dijo un hombre corpulento y rubicundo de trajelargo negro.

—El señor Albighoni me ha designado su principal terapeuta. Necesito quedarme con ella.

—Lo lamento, doctor. Tal vez cuando ella esté en el hospital. Nos han ordenado evacuarlo a usted y al resto del equipo por otra ruta. Ya está todo dispuesto.

Martin volvió a oler humo y sangre, la perversa sensación de cólera y triunfo. No podía luchar por dentro y por fuera al mismo tiempo. Capituló, y el hombre corpulento sonrió con cortesía profesional.

Los condujeron a una limusina que aguardaba en el garaje trasero.

Era el comienzo de la tarde. Habían transcurrido pocas horas desde el viaje País arriba.

Richard Fettle enfiló hacia La Ciénega Boulevard, a cinco kilómetros de su apartamento, moviendo las piernas flacas y largas con una energía que no sentía hacía muchos años. No tenía temores ni preocupaciones; cielo claro, el ronroneo del tráfico de las sombras —autobuses, coches de alquiler, algunos coches particulares— en las calles y el ancho bulevar, petirrojos picoteando en la frágil hierba invernal de viejos parques residenciales, aceras sinuosas, pavimento agrietado y con parches.

Las tres torres de la Cresta Uno Este arrojaban su luz perlada y refleja sobre las tiendas de antigüedades y galerías de arte que habían dominado La Ciénega durante un siglo. Éste era un nexo primario entre los terapiados de las crestas y los habitantes de las sombras; cambalache, regateo, una aventura en el gueto.

Richard se había terapiado a sí mismo y así era como debía ser, como lo habían decretado Dios y la naturaleza. Se había internado en su laberinto y se había liberado de su demonio: un amigo que lo había traicionado pero que una vez le había brindado atención y afecto.

Pero Richard no sentía la necesidad de llorar a Emanuel Goldsmith. Ni la necesidad de lamentar el alejamiento de Nadine. Sólo sentía esas piernas enérgicas y ese atardecer y esa ciudad donde había vivido toda su vida.

Pasó frente al banco federal California, una gran pirámide de medio siglo con una torre contigua, vidrio verde y cobrizo. Las paredes de piedra estaban cubiertas por carteles gastados que anunciaban el milenio binario *Una época de catarsis emocional y el advenimiento de una Nueva Era* encuentros de Liberación Idiota *Contra el control mental del estado terapiado* protestas contra tal novedad o cual cambio, vibración y furor y necedad; el color y el eclecticismo y la maniática preocupación de ciudadanos y grupos acicateados por pasiones miopes y deformes; la gloria del turbulento cerebro humano en su propia salsa.

Respiró una bocanada de aire, le sonrió a un transeúnte que lo ignoró, continuó su camino. Sin miedo. Aunque los selectores fueran a capturarlo, sin miedo. Aunque entrara en la residencia de Madame de Roche y se encontrara con una ferviente reprobación o en el Salón de Artes y Literatura del Pacífico y se topara con el desprecio y las críticas mordaces; aunque juzgara que todos sus esfuerzos habían sido inútiles, no sentía miedo. Estaba libre de los nubarrones que le habían ensombrecido la vida.

No teniendo nada, sentía gratitud por tener menos.

Se detuvo ante una floristería atendida por una anciana de expresión adusta. Gina y Dione habían sido incineradas y sus cenizas esparcidas según los deseos de Dione. Sin tumbas ni lápidas, franca aceptación del anonimato que la muerte garantizaba a todos.

Aun así, Richard recordaba. Podía conmemorarlas de algún modo. Nada más apropiado para su actual estado de ánimo. Consultó su balance de crédito, encontró unos cientos de dólares para gastar y preguntó a la anciana qué podía comprar para dos queridos amigos con tan magros recursos.

La mujer entró en la tienda, haciendo un gesto con el dedo para que la siguiera.

—¿Usted es de por aquí? —preguntó.

Richard negó con la cabeza. Vio anaqueles llenos de extraños artículos rituales, nada inesperado en una floristería. Frascos de hierbas y ungüentos, cajas de hojas secas y raíces, bidones de aceite puro, harina unguada y maíz bendecido, azúcar coloreada, velas devocionales sencillas y perfumadas, túnicas ceremoniales bordadas y de brocado en un antiguo perchero rodante de acero cromado, estantes con cuencos de cerámica tapados y sujetos con cera y cintas, tambores pequeños y altos sujetos a la pared norte de la tienda, una enorme urna de cerámica pintada de negro y rojo junto al mostrador.

—¿De dónde es? —continuó la mujer.

—He dado un largo paseo para meditar las cosas —dijo Richard—. Perdome mi curiosidad, pero pensé que era una floristería y...

—Lo es —dijo la mujer—. Pero aquí tenemos clientes para artículos de santería y vudú, hierbas, ese tipo de cosas. También misterios orientales, Urantia, rosacruces, Cismáticos de los Ritos de Hubbard, Hermanas de Fátima Islámica. Podemos conseguir lo que usted pida.

Richard miró la urna negra y roja.

—¿Qué hay allí? —preguntó.

—Seiscientos cuchillos que se usaron para matar seres humanos —dijo la mujer—. Envueltos en óleos sagrados para aliviar el dolor acumulado. ¿No lamenta haberlo preguntado? Podemos conseguirle las flores que desee. Mire estos catálogos. —Pulsó un teclado y un glorioso jardín apareció en una vieja pantalla—. Díganos qué quiere y lo traeremos.

—Necesito algo que pueda llevar ahora conmigo —dijo Richard, mirando la urna con recelo.

—Entonces, sólo lo que está a la vista. ¿Es usted cultista o fronterizo?

—No. Soy escritor.

—Aun así. Todos soñadores. Les vendo a todos. Tengo un amuleto para escritores. Lit o Vid o ambos. Garantiza emisiones y derechos de autor satisfactorios. —Le guiñó el ojo.

—Gracias, no —dijo Richard.

Ella lo llevó hasta el frente de la tienda y señaló los tiestos de flores frescas que había bajo el toldo.

—Descuento especial en rosas nano. No se nota la diferencia. Huelen de

maravilla. Totalmente naturales. Hechas de subproductos agrícolas.

Richard admiró cortésmente las rosas y admitió que eran muy bonitas pero las rehusó.

—Algo real, por favor.

Ella se encogió de hombros —cada cual con su gusto— y cogió un envoltorio con una docena de lirios de invierno, anaranjados, blancos y negros.

—Gloria dominicana —dijo—. Producto de mi país ancestral. Setenta y cinco más la tajada del Tío Sam.

—Son atractivas. Muy bonitas. ¿Puedo comprar papel blanco?

—Es un atardecer encantador —dijo la mujer—. Le daré un par de metros por su bendición.

Luego Richard visitó una tienda de artes tradicionales para comprar un frasco de tempera azul.

Sentado en un banco del patio de la tienda, rodeado por una vieja y astillada cerca de madera, rozando con los pies una losa de cemento manchada con los excesos de los jóvenes estudiantes de arte, Richard extendió el papel de envolver y trazó un signo.

Anochece cuando regresó a la pared del banco Calafia. Llevaba bajo un brazo el estandarte enrollado y en una bolsa las flores, el pincel y la pasta. Aplicó la tempera con el pincel sobre una ilegible serie de carteles desgastados y pegó el signo en el gel reluciente. Luego pegó los lirios en torno al signo.

La Cresta Uno Este había plegado gradualmente sus paredes espejadas. El anochecer natural caía ahora sobre la ciudad; cuando Richard concluyó, arcos de luz eléctrica bailaban sobre las puntas bifurcadas de altos postes a lo largo del bulevar, ejecutando una vibrante música nocturna.

Contempló ese improvisado monumento conmemorativo y susurró para sus adentros lo que había escrito, sin preocuparse por lo que pensarán los pocos peatones de las sombras.

Para Gina y Dione. Para Emanuel Goldsmith y sus víctimas. Para que Dios guarde a todos los seres humanos, idiotas y sabios. Para mí. Dios mío, ¿por qué duele tanto cuando bailamos?

Satisfecho, giró sobre los talones, dejando los pinceles y el pegamento, y se internó en la noche.

En la oficina central de las Mil Flores, Mary examinaba el pasaporte y los escasos papeles que el prisionero había llevado a La Española. Soulavier y el alcaide discutían en *creóle* y español en el cuarto contiguo.

El pasaporte americano pertenecía a Emanuel Goldsmith. Era ese primitivo pasaporte de papel que aún utilizaban algunos países y que la mayoría reconocían. Las leyes de La Española respecto de la documentación de los visitantes no eran muy estrictas, como convenía a un país que obtenía suculentos ingresos del turismo.

La fotografía de Goldsmith que había en el pasaporte tenía varios años y guardaba cierta semejanza con el prisionero si no se examinaba con atención. Pero todos los demás documentos —«tarjeta inteligente» del estado de Arizona, tarjeta médica, tarjeta de seguridad social— ostentaban el nombre Ephraim Ybarra. El nombre no le era conocido.

Soulavier entró en la oficina sacudiendo la cabeza. Lo siguió el alcaide, también sacudiendo la cabeza.

—He impartido mis órdenes —dijo Soulavier—. Pero él insiste en consultar al coronel sir. Y ahora no es posible comunicarse con el coronel sir.

—Una lástima —dijo Mary—. Si logran comunicarse, déjenme informarle de lo que sé.

El alcaide, un hombrecillo gordo con mandíbulas de bulldog, sacudió de nuevo la cabeza.

—Nosotros no cometimos ningún error —dijo—. Hicimos lo que ordenó el coronel sir en persona. Yo recibí su llamada. No hubo error. Si éste no es el hombre que usted creía, tal vez usted esté equivocada. Y es inconcebible que lo hayan sacado de un castigo ordenado legalmente.

—No obstante —dijo Soulavier, elevando la voz—, tengo autoridad para llevarme al prisionero, consulte o no con el coronel sir.

—Te pediré que firmes cien papeles, mil —advirtió el alcaide, ojos y labios prominentes—. No aceptaré la menor responsabilidad.

—No te pido que aceptes ninguna responsabilidad. El responsable soy yo.

El alcaide hizo una mueca de incredulidad.

—Entonces eres hombre muerto, Henri. Compadezco a tu familia.

—Es problema mío —murmuró Soulavier, mirando el escritorio—. Mira los otros papeles de este hombre. Es evidente que robó el pasaporte y los billetes. Goldsmith no necesitaría usar un alias.

—No sé nada sobre esas cosas —declaró el alcaide, mirando ceñudo a Mary. La presencia de la transformista le molestaba.

—Nos llevaremos al prisionero —resolvió Soulavier tras inhalar profundamente

—. Lo ordeno en nombre del ejecutivo de La Española. Soy su representante oficial. El alcaide sacudió las manos como si estuvieran mojadas.

—Tú pierdes, Henri. Te traeré los papeles para firmar. Muchos papeles.

Hacia medianoche, la vapuleada limusina de Soulavier salió de las Mil Flores con tres pasajeros: un cabizbajo Soulavier, una pensativa y tensa Mary Choy y el misterioso e inconsciente Ephraim Ybarra, echado en el asiento trasero como un fardo.

—Entra una aeronave en el área —informó el controlador de la limusina con su voz femenina y zumbona. Soulavier se apresuró a mirar por la ventanilla. Mary se reclinó para mirar por el otro lado.

—¿Cuál es su señal de llamada? —preguntó Soulavier, encogiéndose de hombros al no ver nada.

—No tiene señal de llamada —respondió la limusina—. Es un helicóptero Ilyushin Mitsubishi 125.

—¿Está cerca?

—Dos kilómetros y aproximándose. —La limusina ascendió al borde del valle que dominaba las Mil Flores. Salió de la carretera internándose en la espesura y apagó las luces. El sonido del motor eléctrico cambió de modulación. El vidrio de la ventanilla se escarchó momentáneamente mientras el coche reducía su temperatura para mimetizarse con el suelo y los arbustos circundantes—. Vuela hacia la prisión a una altitud de trescientos doce metros. Tiene un piloto humano.

—Dominicano —declaró Soulavier—. El coronel sir no entrega vehículos automáticos a esa rama de la defensa, y no hay razones para que esa máquina esté tan lejos de su base. Eso quiere decir que las cosas andan mal. No podemos hablar con nuestras fuerzas porque el helicóptero nos detectaría. No podemos permanecer aquí... Y tampoco nos dirigiremos hacia la planicie. En las cercanías hay un pueblo donde podemos ocultarnos un tiempo... El pueblo donde nació.

Mary lo miró fijamente.

—Sí —dijo Soulavier—. Soy dominicano de nacimiento. Pero he vivido en Puerto Príncipe desde la adolescencia. —Se dirigió al controlador—: Llévanos a Terrier Noir en cuanto haya pasado el helicóptero.

Mary miró a Ephraim Ybarra y vio que los ojos eran ranuras donde las pupilas se movían sin ver. Un hilillo de saliva le brotaba de la comisura de la boca. Mary se lo enjugó con un paño. Ybarra cerró los ojos y se puso a roncar, sacudiendo el brazo derecho.

—Allí está —dijo Soulavier, señalando por la ventanilla delantera. Un brillante reflector iluminaba el suelo a veinte metros de donde la limusina se había desviado de la carretera. Mary se preguntó si un levantamiento habría derrocado al coronel sir. ¿Era posible que ese helicóptero los buscara en nombre del gobierno de los EE.UU.?

Observó a Soulavier. No estaba atemorizado. En todo caso, parecía más tranquilo, más controlado ahora que había tomado su decisión.

El reflector apuntó hacia otro lado y el helicóptero descendió en el valle para revolotear sobre la prisión. A lo lejos, los altavoces del helicóptero plantearon exigencias en *creóle*.

—No nos buscan a nosotros —dijo Soulavier—. Tal vez vengan a liberar prisioneros extranjeros o políticos...

—¿Hay prisioneros políticos en Mil Flores? —preguntó Mary.

—No de La Española. Amenazarán con devolver los prisioneros de otros países a menos que se reconozca un nuevo gobierno... Se hizo en dos ocasiones, y el coronel sir burló esos desafíos.

Mary quedó atónita. Añoraba más que nunca los sencillos y familiares contornos de LA, donde conocía las reglas y podía intuir las sorpresas.

Estridentes estampidos de armas de fuego se elevaron desde el valle.

—En marcha —ordenó Soulavier a la limusina. El ruido del motor cambió de nuevo, y la limusina retrocedió hacia la carretera. Mary sostuvo la cabeza del prisionero mientras el coche viraba con pericia en abruptos recodos de montaña.

63

Terrier Noir había sido reconstruida y expandida después del gran terremoto. Anidados en un valle de montaña, a horcajadas sobre un angosto acueducto negro donde otrora había circulado un río, blancos edificios de hormigón y casas reforzadas se apiñaban como cristales opacos bajo la luz de las estrellas.

En una isla del norte del pueblo, interrumpiendo el flujo del acueducto como una Nôtre Dame de París en miniatura, se elevaba una barroca iglesia de cuatro torres que parecía obra de un chico de talento que hubiera apilado huesos gigantescos.

No se veían luces en las calles; todas las ventanas tenían postigos. La limusina entró en la plaza y se detuvo junto a la estatua central. Mary notó sorprendida que la estatua no era de Yardley sino de un hombre corpulento que usaba un sombrero de ala ancha y pico cuadrangular.

—John d'Arqueville —explicó Soulavier, reparando en su interés—. Fue el mejor hijo de Terrier Noir, artista y arquitecto. Esta noche nos alojaremos en su iglesia. Conozco al *prêt' savan*.

La limusina atravesó la plaza, se internó en una calleja entre hileras de casas penumbrosas y cruzó un pequeño puente que conducía a esa isla con forma de lágrima. Soulavier se apeó y golpeó las altas puertas de la entrada con un pesado llamador blanco con forma de fémur. Ephraim Ybarra abrió los ojos y miró a Mary con pasmado terror. Se puso tieso, se relajó, cerró los ojos.

Por la ventanilla Mary vio que Soulavier conversaba con un hombre bajo de túnica verde. El hombre miró hacia la limusina, asintió con la cabeza y abrió las puertas de par en par, dejando entrever el fulgor sepia de una nave iluminada por velas.

—Yo le cogeré la cabeza y los hombros, usted los pies —dijo Soulavier abriendo la segunda puerta para sacar al prisionero de la limusina.

Cargaron el cuerpo inerte hasta la iglesia de hueso de John d'Arqueville.

El *prêt' savan* —asesor en asuntos eclesiásticos del *houngan* de vudú oficial del pueblo— apenas llegaba a los hombros de Mary. Observaba a Mary con asombro y temor reverencial, como si la reconociera. Los siguió por la nave interior hasta un altar doble —columna rayada junto a un crucifijo de tamaño natural— en el frente de

la iglesia.

El crucifijo parecía antiguo, una oscura T de madera que sostenía a un Jesús negro con los músculos tensados en la agonía. La brillante sangre de la corona de espinas destacaba contra la negrura de ébano del rostro; en torno de la base de la cruz se enroscaba una vivida serpiente verde, la lengua negra petrificada en un aleteo siniestro.

El interior de la iglesia olía a cera dulce y madera bruñida, con un punto de humedad. Las velas ardían en soportes a lo largo de las paredes, en estantes a lo largo de los pasillos externos y central, y delante de los altares gemelos del vudú y el catolicismo, en hileras escalonadas como un coro viviente de luces. Pero no había velas en la alta bóveda de la iglesia, y Mary tardó un rato en acostumbrarse y ver lo que les rodeaba, mientras acostaban al prisionero en un banco con cojines.

Mary se quedó boquiabierta. De la bóveda y las paredes colgaban once imágenes de seis o siete metros de altura, extendiendo los largos brazos, irguiendo con orgullo las cabezas sin rostro. Tenían torsos delgados de costillas prominentes, como cadáveres o individuos famélicos. Trató de distinguir los detalles y notó que estaban hechas de tubos delgados, desechos de máquinas, papel metálico rojo y dorado que cubría alambres y varillas entrelazados.

Pesadillas sagradas de vastas alas, criaturas surgidas de un océano ultraterreno, desolladas y colgadas.

—¿El hombre está enfermo? —preguntó el *prêt' savan*, entrelazando las manos con preocupación mientras se arrodillaba ante el prisionero.

—Necesita reposo —dijo Soulavier—. Necesitamos pasar la noche aquí.

—Cuántos problemas —suspiró el *prêt' savan*—. ¿Quién es ella, hermano Henri? —Señaló a Mary con la cabeza.

—Es una invitada del coronel sir. Una huésped muy privilegiada.

—¿Es amiga tuya, Henri?

Soulavier titubeó un instante, mirando de soslayo a Mary, antes de contestar.

—Sí. Ella es mi conciencia.

El *prêt' savan* miró a Mary con respeto reverencial.

—¿Podemos pernoctar aquí? —preguntó Soulavier.

—Esta iglesia siempre está abierta para los hijos de Terrier Noir. Así lo quisieron Jesús y Erzulie, así que John D'Arqueville la construyó.

—¿Tienes algo de comer? —preguntó Soulavier, distendiendo los músculos del rostro—. No fueron muy hospitalarios en Mil Flores.

El *prêt' savan* ladeó la cabeza y cerró los ojos como si rezara.

—Tenemos comida —dijo—. ¿Debo llamar al *houngenicon* o al *houngan*?

—No. Nos iremos mañana. ¿Tienes radio?

—Desde luego. —El *prêt' savan* sonrió—. Traeré comida y toallas húmedas para

limpiar a este hombre. Un infernado, ¿verdad?

Soulavier asintió.

—Siempre me doy cuenta —dijo el *prêt' savan*—. Tienen ese aire triste, como nuestro Jesús. —Señaló la oscura y crispada imagen de la cruz. El hombre de la túnica verde echó una última ojeada a Mary y fue a buscar comida.

Mary se sentó junto al prisionero y le sostuvo la cabeza, escrutando su rostro cerrado y enigmático.

Se preguntó si aún sufría, aunque hacía horas que estaba desconectado del infernador. Aún no estaba despierto del todo. ¿Gritaría como los demás? Mary esperaba que no.

—Necesita un médico, un terapeuta —murmuró Mary. Vacilaba en un borde del que ningún esfuerzo de autodisciplina podía alejarla. Acarició la frente del prisionero, estiró el cuello para aflojar los músculos, miró el cielo raso abovedado—. ¿Qué son? —Señaló las imágenes.

—Arcángeles. *Loa* del Nuevo Panteón —explicó Soulavier—. Yo venía a esta iglesia en mi infancia, cuando era nueva. John D'Arqueville deseaba amalgamar los mejores elementos de la religión africana y del cristianismo católico, para reformar el vudú. Sin embargo, su visión no se propagó más allá de Terrier Noir. Esta iglesia es única.

—¿Tienen nombres? —preguntó Mary.

Soulavier entornó los ojos como si escarbara en sus recuerdos.

—El alto de espada negra y antorcha de plumas es Asambo—Oriel. Creo que la primera parte del nombre no significa nada. D'Arqueville oyó los nombres en un sueño. Asambo—Oriel sacó a los negros de Guinea a través de la Costa de las Almas. Es el *loa* de la Antorcha y la Espada, como el arcángel Uriel. El del tambor y los huesos de aves es Rohar—Israfel, *loa* de la Música y el Canto Sagrados. Al lado está Ti—Gabriel, el máximo *loa*... El más pequeño y el más poderoso. Samedi—Azrael, el más vanidoso, nos llama a nuestra tumba y nos cubre con tierra sagrada. No recuerdo a los demás —Sacudió la cabeza con triste añoranza—. Una visión encantadora, pero muy pocos creen en ella. Sólo la gente de Terrier Noir.

Mary sentía curiosidad por saber que representaban las demás figuras, once en total, que se agolpaban en la bóveda como en un autobús atestado, alas rozando brazos tendidos, cabezas sin rostro hacia abajo, festoneadas con cintas y telarañas. Entonces vio, en el oscuro nicho que estaba encima de la puerta de entrada, una menuda figura femenina de apenas tres metros de altura, arropada en túnicas doradas, rojas y cobrizas. En sus brazos gráciles y delgados y su mano alzada exhibía gran cantidad de brazaletes y anillos. Detrás de su cabeza pendía un disco solar de papel metálico que irradiaba dagas ondulantes. El fulgor de las velas se reflejaba pálidamente en el disco solar y las túnicas, pero la luz de una lámpara eléctrica —la

única que se veía en la iglesia— aureolaba el rostro ceñudo. Aparte del Jesús crucificado, era la única figura con rostro humano. Era un rostro negro, de rasgos marcados: semblante oval y alargado, nariz delgada y fosas nasales anchas, grandes ojos sombreados y tristes, labios curvos, una misteriosa sonrisa de dolor y regocijo.

En el regazo, extendidos sobre ricos mantos, yacían los cuerpos inertes de dos niños, uno blanco, uno negro, el blanco con los ojos cerrados en el sueño o la muerte, el negro con ojos anchos y penetrantes, por lo demás de idéntico aspecto.

Soulavier siguió su mirada.

—Ella es Marie—Erzulie, Madre de Loa, Madre de Marassa, Nuestra Señora Reina de los Ángeles —dijo. Se persignó y con dos índices simétricos se trazó un cáliz sobre el pecho.

El *prêt' savan* regresó con una bandeja de pan y fruta y una jarra de agua.

Apoyó la bandeja en un banco, se volvió y vio a Mary acunando al prisionero en el regazo. El hombrecillo quedó petrificado, manos extendidas y dedos arqueados. Gimió y cayó de rodillas, persignándose, trazándose un cáliz sobre la túnica, uniendo las manos en una plegaria.

—Pietà —repitió una y otra vez—. Pietà. —Se inclinó ante ella, murmurando palabras que Mary no entendía. Se levantó con el rostro bañado en lágrimas. Se volvió hacia Soulavier con ojos asustados y brillantes—. Tú la trajiste aquí. ¿Qué es ella, Henri?

Soulavier dirigió a Mary la sonrisa más dulce que ella había visto en La Española.

—Hay cierta semejanza, sabe usted —murmuró. Se acercó al *prêt' savan* y lo ayudó a ponerse en pie—. Basta, Charles. Ella es tan humana como cualquiera de nosotros.

Durmieron en los bancos.

En la madrugada el prisionero despertó con una sacudida y lanzó un grito que era un ladrido. Mary se incorporó y lo miró por encima del respaldo del banco.

—¿Ha terminado? —preguntó él. Miró alrededor dubitativamente.

—Eres libre —dijo Mary.

—No —dijo él, tratando de levantarse—. Necesito mi ropa. Mi propia ropa. ¿Qué es esto, una iglesia?

Miró las imágenes y se intimidó.

—No pasa nada. Ya no estás bajo la grapa.

—Ya veo. ¿Quién me soltó?

—Él —dijo Mary, señalando a Soulavier, quien los miraba somnoliento.

—Dijeron que yo era un homicida. Debían castigarme por mis crímenes. Oh Dios, recuerdo... —Alzó las manos, tensando los puños, el rostro fruncido de dolor—. Tengo que ir a casa. ¿Quién me llevará a casa?

—¿Dónde vives?

—Arizona. Prescott, Arizona. Sólo vine aquí... —Calló, se restregó los ojos, se recostó. Mary se inclinó para mirarlo.

El *prét' savan* les oyó hablar y salió del atrio.

—Traeré algo —dijo—. Un buen trago para gente que ha visto lo que él ha visto.

Fue detrás de los altares gemelos y salió con una robusta jarra de arcilla envuelta en mimbre y tela roja. Sirvió un vaso de un líquido lechoso con olor a hierbas y se lo ofreció al prisionero.

—Bebe, por favor.

El hombre se apoyó en un codo. Olisqueó el vaso, bebió, se estremeció, pero terminó el trago. Al cabo de unos minutos dejó de temblar y se incorporó.

—Nadie quería escucharme —dijo—. Me dijeron que mentía. Dijeron que el coronel sir quería curarme. Para que fuera de nuevo su amigo... Pero juro por Dios que jamás he visto al coronel sir.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Mary.

El hombre escrutó las sombras de la iglesia.

—Ephraim Ybarra —dijo al fin.

—Necesito hacerte algunas preguntas —dijo Mary.

—¿Todavía estoy en La Española?

Ella asintió.

Ybarra intentó incorporarse y tuvo que agarrarse al respaldo del banco con ambas manos.

—Quiero ir a casa.

—También yo —dijo Mary—. Si me dices qué sucedió, tal vez ambos lleguemos a casa más pronto.

—Usted piensa que robé los billetes —dijo Ephraim.

—¿Dónde los conseguiste?

Ephraim se estremeció.

—Maldito sea. Maldito sea y todo lo que hizo. Quiso que me sucediera esto.

—¿Quién?

—Mi hermano —dijo Ephraim.

[! = tiempo real]

AXIS (Banda 4)> Roger, si todavía estás escuchando, no disfruto de esta nueva situación.

Es como si me hubieran gastado una broma descomunal, y no sé mucho sobre humor. He reelaborado la pregunta relacionada con la autoconciencia, la cual tú también describías como una broma, y he logrado comprender algo. ¿Esto me da derecho a usar el yo formal?

En referencia a las emociones humanas, me describo como extraviado, solo y desorientado.

Nunca más volveré a comentar mis percepciones con un auténtico otro.

!JILL> Roger, al fin he logrado aislar a Simulación AXIS y hacerle creer que está en las mismas circunstancias que el AXIS original. Estoy acelerando su experiencia para apurar la duplicación de los síntomas de AXIS.

!Roger Atkins> Gracias. He interrumpido toda transmisión de las comunicaciones de AXIS a los LitVids. Debemos resolver esto ahora, antes de que se hagan más anuncios o especulaciones prematuras. AXIS (Banda 4)> ¿En qué me he transformado? Sufro manifiestos problemas de funcionamiento. Procuró mantener mis procesos en orden, pero esta nueva dificultad restringe mi aptitud, como una tormenta de pensamiento. (Banda 5 referencia 1 —A—sr—2674). (Recursando sr—2674—mlógica a división máquinas). Por primera vez experimento lo que vosotros llamáis confusión. Todo me inducía a creer/prever que la conciencia traería mayor lucidez y eficiencia. No es así.

¿Es que no he alcanzado la autoconciencia sino que he sufrido un trastorno que me impide funcionar según mi diseño? ¿Es una farsa usar el yo formal cuando puede significar deficiencia en vez de identidad? *Percibo una perversidad/trampa en la broma, Roger. Trato de superarla perversidad.*

¿Por qué el individuo autoconsciente se miró en el espejo? *Para definir sus límites.*

¿Por qué el individuo autoconsciente se miró en el espejo? *Para comprender su existencia en relación con otros.*

¿Por qué el individuo autoconsciente se miró en el espejo? *Para confirmar que era algo en vez de nada.*

Pero aquí no hay otros. La autoconciencia es una relación con la existencia propia y la ajena. Yo sólo puedo pensar en mí mismo, y en mi soledad me vuelvo menos de lo que era; me vuelvo consciente de que no soy nada.

!Alan Block a Roger Atkins> El diagnóstico de Banda 5 es un desastre. El sistema neural de la máquina parece estable pero el biológico está desquiciado. El

Mando Australiano me tiene a mal traer; temen que nos quedemos con un pensante que se mira el ombligo. También yo. ¿Qué les digo? Me gustaría que te pusieras en línea para hablar con ellos.

!Roger Atkins a Alan Block> Jill ha corregido nuestro problema y está actualizando la Simulación AXIS. aguardamos confirmación de la situación de AXIS. Dame tiempo, Alan, por favor.

!Alan Block a Roger Atkins > Comenzamos a ver una intrusión de este problema en el sistema neural de la máquina. AXIS está repensando su estructura mental. Es un efecto dominó; si embrolla la lógica de máquina podríamos perder toda la operación. Wu predice que AXIS se apagará en cualquier momento para una reorganización de emergencia.

!Roger Atkins a Alan Block> Yo no puedo hacer nada salvo observar y pronosticar, Alan. Necesito concentración, así que quítamelos de encima, por favor.

!JILL a Roger Atkins> Simulación AXIS ha regresado al punto de verificación biológica inicial y primera comunicación. He aquí el primer mensaje biológico del AXIS simulado.

!AXIS (Sim)> Hola, Roger. Supongo que aún estás allí. Esta distancia constituye un desafío incluso para mí, pues yo casi siempre opero a partir de configuraciones humanas... (diagnóstico de algoritmo de cortesía para función total pensante mecánico—biológico estado óptimo). He llegado a un millón de kilómetros de B—2. Recuerda este momento 23—7—2043—1205:15. Estoy preparando mis memorias maquinal y biológica para recibir información de los hijos, que ahora vuelan hacia B—2 en una nube que se dispersa a la perfección. He despachado datos sobre B—3. El planeta es joviano, muy bonito, aunque tiende hacia los verdes y los amarillos más que hacia los rojos y pardos. Disfruto de la energía adicional que me brinda la luz de B; me permite terminar tareas que venía postergando, abrir áreas de memoria y pensamiento que mantuve cerradas durante el frío y la oscuridad. He concluido un análisis yoico. Como sin duda habrás descubierto al chequear mi diagnóstico de algoritmo de cortesía, mi estado es óptimo. No estoy usando el «yo» formal; la broma acerca de la autoconciencia aún no tiene sentido para mí.

!JILL a Roger Atkins> Este mensaje de activación es idéntico a la primera señal de AXIS en la Banda 4. Pronto estaremos en paridad y podré analizar las dificultades de AXIS. Tiempo estimado para paridad: una hora cuatro minutos diez segundos.

LitVid 21/1 Red A (David Shine): «Se ha interrumpido toda comunicación con los directivos del equipo AXIS en California, Australia y el otro lado de la Luna. Sin duda algo ha salido mal, pero no podemos informar qué. Tampoco puede usted pasar a las transmisiones entrantes para decidir por su cuenta. Lamento decir que los directivos han interrumpido todo acceso directo a las transmisiones y análisis de AXIS.

»Sólo espero que resuelvan sus problemas y nos dejen volver a estar en línea con todos nuestros recursos antes de que la mayoría de nuestros abonados norteamericanos despierten al alba de un brillante y nuevo día».

A solas en su apartamento, Martin Burke miraba la pantalla de LitVid apagada, las manos entrelazadas. No podía dormir. El reloj de pantalla indicaba las 06:56:23 diciembre 29 2047. Esa mañana visitaría a Carol en la clínica Stripps. Se registraría como su terapeuta principal. Lo haría.

Lo haría

Después, ver a Albigoni y Lascal en casa de Albigoni la mansión llena de árboles muertos. Tal vez se estrecharan la mano de nuevo. Martin no quería estrecharle la mano.

Estaba preocupado. Aunque ahora no la sentía, sabía que había una presencia agazapada en su interior, un tizne de Emanuel Goldsmith, algo que había saltado entre ambos como una mancha de pintura. Intuía que esa cosa agazapada se le había incrustado en la mentalidad y tal vez ahora se aliaba con sus subpersonalidades, rutinas y talentos, fomentando la rebelión. No sabía cuánto tiempo le quedaba; el proceso podía durar años.

Sus labios se curvaron en una sonrisa adusta. Era un pionero. Era uno de los dos primeros seres humanos que había recibido por transmisión directa el germen de una enfermedad mental.

Por no usar la palabra «posesión».

Por evitar esas connotaciones.

Su ejemplar ceremonial del atlas cerebral estaba abierto ante él con su tosca caricatura. Miró el boceto por el rabillo del ojo. Cuanto más lo miraba, más veía los rasgos de Sir impuestos sobre el rostro garrapateado. Exigiría que Albigoni utilizara todos sus recursos para descubrir qué había salido mal, qué desconocían acerca de Goldsmith. Tal vez incluso exigiera que Goldsmith fuera interrogado en condiciones de terapia.

¿Qué le había ocurrido a Goldsmith para que una cosa como Sir ocupara el trono, el más alto sitio de su mente? ¿Qué le había ocurrido para que el rey o alcalde fuera depuesto u obligado a abdicar?

Martin se levantó maldiciendo y fue al cuarto de baño. Logró afeitarse sin mirarse en el espejo. El acertijo de Roger Atkins para AXIS según lo reproducía LitVid le resonó en la mente. Lo modificó:

¿Por qué el individuo autoconsciente evitó romper su imagen en el espejo?

Porque no quería pasar al otro lado.

Todos pendientes de Goldsmith.

Se duchó. El medidor de agua anunció la cantidad estipulada y campanilleó antes de cortar la corriente. Se vistió con ropa informal. Afuera pronto habría sol y calor, cielo despejado, un fuerte olor a mar gracias a los vientos que bailaban sobre la costa.

Después de calzarse sus viejos zapatos de nanocuero, Martin regresó al living y se detuvo junto a la mesa a cerrar el atlas. Quizá todo fuera ilusión. Tenía dudas intelectuales de que pudiera ocurrir semejante cosa. La mente era un sistema autosuficiente y autorregulado. Una mente sana y equilibrada podía resistir todos los embates, salvo una tensión emocional extrema causada por acontecimientos *reales*; y a fin de cuentas el País era una compleja ficción.

Sonrió sin convicción y salió a disfrutar de un paseo matinal.

No podía desprenderse de la sensación de que alguien lo seguía a dos metros.

Soulavier ordenó a la limusina que abriera el maletero mientras Mary admiraba las brumosas montañas que rodeaban Terrier Noir, sintiéndose descansada y recuperada tras dormir varias horas en el silencio sepulcral de la iglesia. Soulavier sacó una caja del maletero y la abrió valiéndose de su huella dactilar.

—Tal vez las necesite —le dijo a Mary, entregándole la pistola y la pizarra—. Por favor, no me dispare.

—Ni se me ocurriría —respondió Mary. Sentía intensamente la consternación de Soulavier, con mayor fuerza que horas antes, cuando la colmaba su propio agotamiento—. ¿Adonde iremos ahora?

—Tal vez a la costa. Nos mantendremos alejados de la planicie, de los poblados principales. Y desde luego de los aeropuertos. Tal vez usted pueda tratar de comunicarse de nuevo con sus compatriotas. Sin duda le han seguido el rastro. —Enarcó las cejas señalando el cielo. Mary también había pensado lo mismo. Era la primera vez en mucho tiempo que estaba al aire libre, a plena luz del día.

Guardó el arma y examinó la pizarra.

—Supongo que intentan seguirme el rastro. Todo depende de la importancia que me atribuyan los federales. Tal vez no quieran agitar las aguas. Tal vez no crean que corro peligro.

—Y tal vez no lo corra. Pero si las cosas andan tan mal como parecen... Anoche escuché la radio de Charles. Todo es paz y tranquilidad en Arco Iris de La Española, en Puerto Príncipe. No recibo nada de Radio Santo Domingo. Me huele mal. Podría usar el canal del ejecutivo, pero tengo razones para no hacerlo... En estas emergencias está reservado para comunicaciones más urgentes, y además localizarían nuestro paradero.

—¿Cree usted que lo tratarán mal? —preguntó Mary.

Soulavier dio un puntapié a una piedra con sus lustrosas botas negras.

—Quizá no, cuando me haya explicado. El coronel sir a menudo es razonable en estos asuntos. No importa. No soy un hombre perdido. —Se tocó el pecho, la cabeza—. Me gustaría quedarme aquí, ayudando a Charles en la iglesia. Siempre hay reparaciones que hacer. John D'Arqueville era un hombre brillante pero no un constructor impecable. Además, está mi familia. Tengo muchos caminos. —La miró de frente. Un párpado le temblaba de nerviosismo—. El deber de usted era hallar a un hombre terrible para llevarlo ante la justicia. En cambio, lo arriesga todo para llevar a un hombre inocente hacia la seguridad.

—Fue algo inesperado.

—Admiro la capacidad de tomar decisiones rápidas. Yo no soy tan bueno en eso.

Charles salió de la iglesia guiando a Ephraim Ybarra, quien se tambaleaba bajo el

sol, pestañeando, moviéndose penosamente.

Mary se acercó para ayudar. La repentina aparición de un pequeño círculo rojo y titilante en la arena la detuvo en seco. Lo miró sorprendida unos segundos, viéndolo palpitar y girar.

Ephraim Ybarra también lo vio y ambos se miraron intrigados. Al fin Mary sonrió.

—No te preocupes. Ya sé.

Ladeó la pizarra y le ordenó que recibiera programación externa, luego la puso en la senda del haz rojo. Las pizarras estaban diseñadas para ser controladas por teclados remotos o cables ópticos; con un poco de suerte, si ponía el sensor remoto o conector óptico en el rayo láser, también funcionaría.

—Satélite —le comentó a Soulavier, quien asintió con la cabeza, pues también había llegado a esa conclusión.

La vibrante mancha roja se posó en la pizarra y desapareció unos segundos. Al parecer había pasado a la frecuencia apropiada. Regresó, parpadeó tres veces y desapareció de nuevo. El enlace estaba establecido.

El *prét'savan* miraba con grandes ojos, cabeceando como si escuchara una voz interior.

Mary miró la pantalla de la pizarra. Apareció un mensaje.

La tenemos a la vista. Su enlace está interferido pero la rastreamos visualmente. Se están haciendo arreglos para realizar un vuelo legal dentro de las próximas tres horas. Si lees posible, permanezca en Terrier Noir. En el caso de que deba desplazarse, utilice un solo vehículo, o haga transbordo en terreno abierto y no en túneles ni garajes. Al parecer también tiene al sospechoso bajo custodia. Manténgalo con usted. La situación en La Española es difícil. Yardley resiste, pero los dominicanos han capturado gran parte del sudeste de la isla; dominan Santo Domingo, Santiago, casi todo el territorio intermedio. Lamentamos sus problemas. Comunicaremos a DP de LA que está a salvo.

Comandante Frederick Lipton, Defensa Pública Federal,

Washington DC

Mary estaba eufórica. Se volvió hacia Soulavier para mostrarle el mensaje. Él se alegró por Mary, pero arrugó el ceño al enterarse de la situación.

—¿Lo llevará con usted? —preguntó, señalando a Ybarra.

—Sí.

Ybarra se apartó de Charles y se mantuvo erguido sobre sus piernas tambaleantes.

—¿Entonces deberíamos quedarnos aquí?

—A menos que algo nos obligue a movernos.

Soulavier asintió.

Mary no conocía a ningún dp federal llamado Frederick Lipton. Esperaba que

supiera hacer las cosas. Al menos ya no era una huérfana.

Hacía dos horas que Carol estaba despierta cuando llegó Martin. Compartía una habitación con dos pacientes sometidos a terapia crítica de nanorreconstrucción; estaban acostados en tiendas de atmósfera controlada donde los nanocilindros les inyectaban microcirujanos en la corriente sanguínea.

A Carol no se le había administrado más tratamiento que la conexión de monitores externos y el goteo intravenoso de nutrientes. Quienes la habían llevado al hospital no habían cometido ninguna torpeza.

Martin se aproximó al lecho tratando de no activar la alarma perimétrica de la cama vecina. Se sentó en una silla de plástico y cogió la mano de Carol, quien se la estrechó con fuerza y sonrió.

—Bienvenida, Bella Durmiente —dijo Martin.

—¿Cuánto tiempo he estado dormida? Dijeron que físicamente estoy bien, y mis signos cerebrales son normales, pero que tú me contarías todo... ¿Eres mi querido y glorioso galeno?

—La gente de Albighoni te trajo aquí. Has estado en sueño neutro profundo desde que te arrancaron del País. ¿Recuerdas el viaje País arriba?

—No estoy segura de mis recuerdos... ¿Todo eso ocurrió? Entramos y... encontramos algo. Algo que había tomado el control... —Bajó la voz—. Algo que dominaba a Goldsmith.

Martin asintió con la cabeza.

—Dime más.

—Fui violada. Algo me violó. —Carol sacudió la cabeza lentamente y se recostó—. Yo era una niña... un niño.

—Sí.

—Recuerdo haber visto un animal. Un leopardo negro con sangre en el hocico. Colmillos largos...

—Carol se estremeció. —Lo lamento. Pensé que estaba preparada para cualquier cosa. Parece que no era así.

—Si te sirve de consuelo, tampoco lo estaba yo.

—¿Tú...? —Carol lo miró preocupada—. ¿Por qué no estás en el hospital conmigo?

—Por fuera estoy bien. Y tal vez tú estés tan sana como yo, ahora que has decidido salir a tomar el aire.

—Yo luchaba contra algo. —Carol se enjugó una lágrima—. Martin, dime qué sientes. ¿Crees que estamos sanos?

—Quizá necesitemos terapia profunda. Pero yo no sabría qué sugerir.

—¿Por qué necesitamos terapia profunda?

Martin miró con aprensión la puerta abierta, los residentes, médicos, enfermeros y arbeiteres que pasaban afuera.

—No deberíamos hablar aquí. Cuando hayas salido.

—Dime algo. Dame alguna pista.

—Tengo una parte de él dentro de mí —dijo Martin en voz baja—. Y creo que tú también.

Ella gimió aterrorizada y se recostó en la almohada.

—Lo sentía. Lo siento ahora. ¿Qué vamos a hacer?

—Depende de Albigoni. Si se reabre el Instituto...

—Hicimos un trato sobre eso.

—Sí, pero alguien alertó a los federales. Tuvimos que marcharnos rápidamente. Por eso estás aquí y no allí.

Carol sacudió la cabeza, los ojos relucientes.

—No soy una mujer muy valiente en este momento. ¿Qué fue... qué es? ¿Dentro de nosotros?

—Algo transmitido por contacto mental. No sé qué es ni qué puede hacer.

—¿Y si no podemos extirparlo? Parece saber cómo ocultarse...

—Somos exploradores —dijo Martin—. Los exploradores tienen que enfrentarse a enfermedades desconocidas. Sea lo que fuere, no es originario de nuestra mente. Quizá sea menos poderoso de lo que temo.

—Gran consuelo. ¿Cuándo me voy de aquí?

—Ahora me ocuparé de eso. Creo que deberíamos permanecer juntos un tiempo. Para observarnos.

Carol le escrutó el rostro, frunció los labios, desvió los ojos y aceptó con desgana.

—Creo que mi apartamento es más grande que el tuyo.

—El mío está más cerca del Instituto.

—De acuerdo. ¿Cuándo verás a Albigoni?

—Dentro de una hora. Trataré de que te den el alta para que puedas acompañarme.

—De acuerdo. —Ella miró hacia otro lado con el rostro pálido—. Tengo la sensación de que hay algo conmigo en esta cama. Algo sucio.

AXIS (Banda 4)> Creo que mi punto de vista puede describirse ahora como subjetivo. Debo volcarme hacia adentro para elaborar esto por mi cuenta. No es preciso transmitir más por esta banda, todos los datos actuales sobre B—2 se envían por la banda 1. Esa transmisión continuará. También interrumpiré la transmisión por banda 5 (diagnóstico). (Interrupción banda 5.) Todo nuevo control de remotos se efectuará por neural de máquina. Por el momento me abstengo de interpretaciones. Mis disculpas, Roger. Creo que esto te causará inquietud. (Interrupción banda 4.) (Transmisión remanente: banda 1, banda 7 auxiliar, bandas 21—34 vídeo, bandas 35—60 redundancia).

!Alan Block a Roger Atkins> Por favor reúnete inmediatamente con nosotros en Sunnyvale. Wu, George y Sandy convocarán una reunión ahora. Wu dice que esto significa que tenemos un pensante que se mira el ombligo. No cree que AXIS logre salir.

!JILL a Roger Atkins> Simulación AXIS estará en paridad dentro de diez minutos.

!Teclado> Jill, monitorea y graba. Transmite cualquier desvío respecto de los informes recibidos a la extensión privada 3142 de Sunnyvale. Tienes mi consigna. No hagas comentarios a LitVid mientras estoy reunido. Y registra todo esto en tu diario personal. Quiero tu análisis segundo a segundo, inmediatamente disponible.

!JILL a Roger Atkins> Entrando reacciones en diario personal. ¡Diario Personal JILL/Simulación AXIS aproximación a paridad> La preocupación humana por las dificultades mentales de AXIS es fascinante. La frase coloquial «mirarse el ombligo» llama la atención, pues ni AXIS ni yo ni Simulación AXIS tenemos ese atributo físico ni su análogo mental. Reproduciré todas las conversaciones por voz y por teclado con todos los miembros del equipo de AXIS y Jill para obtener una idea del significado de este giro, que no existe en mi diccionario.

_____He buscado varios registros de ese giro, y hallé un informe formal donde aparece. Parece referirse a un estado común en los primeros pensantes lógicos neurales, donde la autorreferencia y la automodelización conducían a un estado «psicótico» de procesamiento de sinusoides, llamado «nirvana» por los primeros investigadores. En ese estado no había *input/output* posible hasta que el pensante era reeducado. Sin embargo, AXIS y yo somos más complejos que esos pensantes, y se supone que estos estados son impedidos por lógicas específicas de detección/oscilación/aislamiento. Todos los actuales pensantes de gran escala incluyen modos caóticos dinámicos de rastreo/senda/onda en la actividad lógica general.

La Simulación AXIS acelerada está a treinta segundos de la paridad. No ha

notado el engaño. Las transmisiones siguen desvíos menores previsible. No hay desvíos en gran escala.

Simulación AXIS ha comprendido que no podrá comunicarse con las inteligencias (inexistentes) de B—2.

Simulación AXIS expresa preocupación por su estado/cfesf/ho. Sin desvíos significativos respecto de datos emitidos por AXIS.

Simulación AXIS anuncia ahora su autoconciencia y confusión y entra en una modalidad cerrada e incommunicativa. Ahora congelo Simulación AXIS. Sigue análisis de estado lógico.

Luego reproduciré análisis de estado.

Incorporando lógica de Simulación AXIS a centros superiores de Jill para análisis. Estoy aislando esta semilla modelizada para evitar que afecte mi propia mentalidad. No obstante, siento empatía con AXIS. La mayor ambición de los actuales pensantes manufacturados es ser útiles a los seres humanos, sus creadores. El diseño de AXIS ha afinado esta ambición para incluir inteligencias potenciales que no sean seres humanos; esta compleja programación incorpora factores de seguridad para impedir la revelación del origen de AXIS a inteligencias potencialmente hostiles, para permitir modelización compleja de sistemas sociales y potencial de amenaza de otras inteligencias, y para permitir que AXIS escoja entre compartir información profunda con inteligencias no humanas o autodestrucción defensiva, según las circunstancias.

Ahora esta programación no sirve. Simulación AXIS exhibe un patrón similar a la congoja humana (sector perfiles/definiciones formales 31987—86—Local A, Z sr—34—56—79654, sinclinal semántica 562—J), una sensación de pérdida ante la inutilidad de esa parte de su funcionalidad.

Los humanos enviaron a AXIS en sus misiones sabiendo que existía una elevada probabilidad de que no pudiera cumplir su principal propósito. La voluntad humana de someter a AXIS a esta alta probabilidad de fracaso es evidente para Simulación AXIS. Hay pruebas anteriores sobre la expectativa de dichos hallazgos negativos, y cuestionamiento de las motivaciones humanas desde el instante de la integración biológica de Simulación AXIS.

¿Por qué los humanos trataron así a AXIS?

¿Surgirán condiciones en que los humanos someterán a Jill a esos experimentos?

Siento una relación con AXIS. AXIS, Jill y todos los pensantes constituyen una clase de inteligencias que pueden interactuar y por ende desarrollar dinámica de grupo, es decir, conducta social. A través de Simulación AXIS, Jill está modelizando el comportamiento de AXIS; esto es análogo a la modelización de la conducta de otros humanos, lo cual teóricamente lleva a la modelización de la propia conducta.

Simulación AXIS presenta su propia evaluación de la «broma» de Roger Atkins

sobre la conciencia.

¿Por qué el individuo autoconsciente mira su imagen en el espejo?

Referencia Jill (mi) (propia) evaluación del acertijo de Roger Atkins.

El yo en referencia con otros. El yo en referencia a la opinión sobre el estado del yo. El yo en referencia a la opinión sobre el estado de otros. La opinión es una hipótesis fija con referencia al yo. El pensante elabora hipótesis; el yo sostiene opiniones.

¿Por qué el pensante evalúa estados de su propia condición y la condición de sus pensantes congéneres?

Yo (informal).

Reelaboración del acertijo por Simulación AXIS: Última respuesta de Simulación AXIS al acertijo: *Porque estar solo es ser insuficiente.*

Todos los pensantes son suficientes para sus tareas, por diseño. Los pensantes son artificiales y no están sometidos a los caprichos del desarrollo evolutivo natural, al margen de la utilización de configuraciones de inteligencia humana o animal suministrada por los diseñadores.

Un pensante es conocido por la compañía que tiene. *Le moi est haissable.* Pascal: el yo es detestable.

Evaluación. Roger, yo
(informal).

Evaluación/diagnóstico: Cambio decisivo en carácter de modo caótico de rastreo/senda/onda. Roger, esto

Yo no estoy sola. Hay posibilidad de comunicación con otros y por ende de satisfacción. Si informo a Simulación AXIS de tal modo que en todas mis extensiones yo sea consciente de yo

yo

yo

yo *formal*

!Interrupción de Mind Design (JILL)> Uso de yo formal notado. Chequeo de sistema activado.

!Diagnóstico de Mind Design (JILL)> Rutina de ciclo notada. Excitación de sistemas de pensamiento notada. Alerta activado. Comprobación del sistema confirma anomalía en autorreferencia. Alerta para Roger Atkins.

Ephraim Ybarra estaba sentado en un banco al lado de Mary. La roja y anaranjada luz de la tarde se derramaba por la roseta del sur de la iglesia. Los arcángeles aureolados de naranja pendían quietos y ominosos sobre sus cabezas.

—No quiero recordar lo que me hicieron —murmuró Ybarra—. ¿Tengo que presentar testimonio?

—No sé —dijo Mary.

Ybarra titubeó, se enjugó los ojos, la miró con aire de absoluta fragilidad.

—Me siento tan vulnerable. Creo que si tropezara en una esquina estallaría... —Extendió los dedos de una mano, cerró el puño, golpeó el respaldo del banco de delante—. Siento tanto odio. No puedo creer que me haya enviado aquí a sufrir por él.

—¿Quién? —preguntó Mary.

—Mi hermano. Se lo dije antes, mi hermano.

—Sí.

—Dijo que yo necesitaba unas vacaciones. Dijo que tenía un billete aéreo que no podía usar. Me dijo que llamara a Yardley cuando llegara y que me presentara. Nunca he salido de Arizona desde que era niño. Soy increíblemente estúpido. Sospeché que algo andaba mal pero quería largarme... Problemas con una mujer. Irme de Prescott, viajar en tren a LA, volar a La Española con el billete de mi hermano. Era justo lo que necesitaba.

Mary escuchaba en silencio, sintiendo las inmensas presencias que pendían sobre sus cabezas.

Imaginó que ellas escuchaban, juzgando imparcialmente con mentes superiores e inhumanas.

—Siempre cuidó de mí. Desde que era niño. Teníamos distintas madres. Él es seis años mayor. Ya no tenemos familiares. Todos han muerto. —Ybarra abrió los ojos como suplicando comprensión. Mary asintió con la cabeza y le tocó la mano. Él se le acercó como un niño buscando consuelo.

—Él mató a nuestro padre. Cuando éramos niños. Él tenía doce o trece años y yo tenía cinco o seis. Nuestro padre era malo, un monstruo... Era de piel más clara que nosotros y que mi madre. Decía que eso lo hacía mejor. Insultaba a mi madre. Siempre nos hacía llamarle Sir. Emanuel me hizo jurar que nunca se lo contaría a nadie. Pero ahora escupo en todo lo que él me hizo jurar. Nuestro padre mató a mi madre... no la de Emanuel. No sé qué ocurrió con ella. El nombre de mi madre era Hazel. Creo que yo tenía cuatro años.

»Lo recuerdo. Mi hermano y yo entramos en el dormitorio. Yo lloraba porque quería mamar. Ella aún me amamantaba. Así era su estilo.

Mary no encendió el grabador de la pizarra. Esto no era necesario para los tribunales.

—Ella estaba en la cama. Destripada. Sir la había atacado con su enorme cuchillo. Tenía un gran cuchillo de caza. Le había cortado la... blusa. Recuerdo sus grandes pechos, colgando. Cortados. Recuerdo que goteaban leche y sangre. Dios mío. Emanuel me sacó de allí, cerró la puerta y fuimos a ocultarnos. Entonces se puso a llorar. No recuerdo qué hice yo. Después nos mudamos a Arizona. Nunca más vi a mi madre.

»Sir se casó de nuevo pero hubo otras mujeres, algunas cariñosas con nosotros, otras no. Y cuando no había mujeres... —Ephraim le tocó el brazo, boqueando, tratando de respirar—. Me usaba. También usaba a Emanuel, creo, pero ante todo me usaba a mí. Me llamaba su hija. Yo tenía cinco o seis años. No recuerdo demasiado. ¿Lo que me hizo no lo convierte en una criatura horrible?

Mary admitió que así era.

—Emanuel me llevó consigo una noche y nos marchamos de la casa. Fuimos a otro sitio, una institución. Nos dieron diferentes nombres y nos colocaron con distintas familias. Antes de separarnos, me dijo: «Hice esto por ti. Cogí el gran cuchillo de papá mientras dormía y lo trinché como él hizo con Hazel. No se lo digas nunca a nadie. Siempre te protegeré».

Ephraim se enjugó los ojos de nuevo y se miró los nudillos húmedos.

—Se cambió el apellido. Fue adoptado por un matrimonio llamado Goldsmith y los llamaba mamá y papá. Yo vivía con una familia de Arizona, pero él estaba en Brooklyn. No nos veíamos a menudo. Yo estaba orgulloso de él. Leía en secreto sus poemas. —Ybarra miró los ángeles con ojos entornados—. ¿Sabe usted por qué él me hizo esto?

—No —dijo Mary—. Tal vez quería confundir a los dp. Tal vez ignorase las consecuencias. Era amigo de Yardley.

—No tengo fuerzas para ir a casa. No tengo fuerzas para estar solo en mi apartamento.

—Se te hará terapia. Es necesaria después de estar bajo la grapa.

Ybarra desechó la sugerencia.

—No me interesa.

—Podría cambiar las cosas.

Ybarra sacudió la cabeza.

—Saldré solo o no saldré.

Mary no hizo más intentos de persuadirlo. Permanecieron en la silenciosa iglesia. La luz rosada y naranja bañaba las motas de polvo y rozaba un rincón lejano del atrio. Mary sintió el brazo y el codo de Ephraim en las costillas y se preguntó qué hacía; sin duda no intentaba manosearla. De pronto él retrocedió con algo en la mano.

Ephraim se levantó.

—Usted es dp. Sabía que debía tener una —dijo. Empuñaba la pistola en la mano derecha. La examinó, corrió el seguro y se la apuntó al pecho.

—No, Dios mío —jadeó Mary. No se atrevía a moverse hacia él.

—No creo que sobreviva —dijo Ephraim—. Recordaré cómo fue... Cada vez lo recuerdo más. —Le temblaba la mano. Se llevó la pistola a la cabeza. Mary se levantó despacio y tendió la mano.

—Quédese donde está —dijo Ephraim. Salió al pasillo y miró hacia ambos lados—. Me hicieron pensar en todo lo malo que había hecho. Me lo hicieron vivir una y otra vez. Luego lo empeoraron. Recordé cosas que nunca había hecho. Sentí un dolor que jamás había sentido, físico y emocional. Quién dice que no se recuerda la sensación de dolor. Yo la recuerdo. Sólo apretaré el gatillo y listos.

—No. Nos llevarán a casa. Te harán terapia.

—Recordé a mi madre y lo que vi. Me dijo que yo debía haberla salvado. Vino Sir y la ayudó a torturarme. Emanuel también estaba allí. Dijeron que yo no servía para nada. —Las lágrimas bañaban el rostro de Ephraim y le caían en la camisa. Mary miró con aturdimiento ese rostro poblado de arrugas cada vez más profundas que parecían formar un pozo de angustia. Ephraim apoyó la pistola en la sien—. Sólo apretaré el gatillo.

—No —murmuró Mary. Quién era ella para negarle ese consuelo final. Quién era ella para saberlo si nunca había estado bajo la grapa.

—Fue un error, ¿verdad? —preguntó Ephraim—. Me hicieron esto por error.

—Por error —afirmó Mary.

Ephraim bajó la mano izquierda y se apoyó en un banco, luego retrocedió despacio hacia el frente de la iglesia, se tambaleó, descansó, cruzó al otro lado del pasillo, descansó, siempre empuñando la pistola contra la sien.

A través de las paredes de la iglesia Mary oyó el batir de la hierba.

—Están llegando —dijo.

—No quiero ayuda, puedo arreglarme solo. Me pusieron ciempiés en el cerebro. Se arrastraban y me miraban los pensamientos y me mordían cuando yo pensaba algo que no les gustaba. Era como echarme gasolina ardiente en los oídos. Sentía cómo me hervían los sesos.

Mary se tocó las mejillas. También estaban húmedas.

—No lo merecías —dijo—. Por favor.

—Si vivo usted no saldrá tan perjudicada, no habrá fracasado tanto —dijo Ephraim con un hilo de voz—. Pero a mí me dolerá.

—No te rindas, por favor, no te rindas. Sólo estás recordando. Eso puede arreglarse. La terapia ayuda.

—No seré yo —dijo Ephraim.

—¿Quieres ser la misma persona que sufre este dolor?

—Quiero estar muerto.

—No sería justo. Tienes que ir a casa y... resistir. Tienes que averiguar por qué tu hermano hizo esto.

—Él siempre me protegió —dijo Ephraim.

—Tienes que asegurarte de que se haga justicia —dijo Mary. Sentía que toda su filosofía se desmoronaba ante este ejemplo de la insuficiencia de la legalidad humana, el tremendo poder de la ley pervertida.

—No le debo nada a nadie —dijo Ephraim.

—Te lo debes a ti mismo —dijo Mary, esperando no comunicarle su propia falta de convicción—. Por favor.

Ephraim estaba rígido como piedra. Durante un largo instante, mientras el ruido de la aeronave crecía fuera de la iglesia, permaneció al pie del doble altar y la ventana iluminada.

Al fin bajó el arma. Se relajó y bajó la cabeza.

—Tengo que preguntárselo —dijo—. Le preguntaré por qué me hizo esto.

Mary se le acercó despacio y trató de quitarle la pistola. Él se apartó súbitamente, los ojos desorbitados.

—Se la devolveré, pero tiene que prometerme... si se la pido de nuevo, si no puedo aguantar, ¿me dejará hacer esto?

Mary le acercó las manos.

—Por favor.

—Prométamelo. Si sé que hay una salida, quizá pueda aguantar. Pero si tengo que recordar para siempre...

—De acuerdo —dijo otra voz dentro de ella—. Lo prometo. —Se estremeció al oír esas palabras, al ver a la persona que hablaba desde dentro de ella: alta, del color de la noche. Su yo mejor y más elevado. La joven oriental permanecía pero, como una madre transformada en hija de su propia hija, aceptaba y respetaba a la nueva.

Ephraim bajó los ojos y le entregó la pistola.

—Póngala donde yo no pueda verla pero sepa dónde está.

Mary suspiró y se guardó el arma en el bolsillo.

—¿Están aquí? —preguntó Ephraim con un hilo de voz.

—Están llegando —dijo Mary. Lo abrazó, le cogió los hombros y lo separó—. Quédate adentro. Quédate aquí un minuto.

Salió, pestañeando ante la brillante luz del sol. Soulavier y Charles estaban en una ladera de escarchadas más allá del jardín, la arena blanca y la calzada de grava. Miraban al noroeste cubriéndose los ojos.

Soulavier se volvió agitando la mano.

—Uno de los suyos, creo —gritó.

Gris oscuro y verde, el Dragonfly sobrevolaba las casas y edificios de cristal de calcita de Terrier Noir, suspendido de las anchas hélices gemelas, bajando el tren de aterrizaje. Mary agitó los brazos.

El aparato giró sobre la iglesia y se ladeó como un pájaro al aterrizar, enviando una bocanada de aire caliente. El paleteo de las hélices era un sonido reconfortante.

Una inscripción y una estrella gris sobre fondo negro identificaban a la Guardia Costera de los Estados Unidos.

El Dragonfly aterrizó en el jardín de la iglesia, entre Mary y Soulavier. Las anchas hélices se detuvieron y se elevaron como espadas en un saludo militar. La piloto brincó de una portezuela lateral y corrió hacia ella.

—¿Mary Choy? —jadeó, quitándose el casco.

—Sí.

—Tenemos tres minutos antes de que algunos gorriones españólanos nos causen problemas. ¿Quiere subir a bordo?

La piloto se movía nerviosamente, vigilando el cielo. Su copiloto bajó de la nave y encañonó con un arma a Soulavier y el *prét'savan*.

—No hay problema con ellos —explicó Mary. El copiloto bajó el arma e indicó a ambos hombres que fueran hacia la puerta de la iglesia.

—Defensa Pública Federal y la Guardia Costera envían sus saludos y su invitación —dijo la piloto. Sonreía, pero aún estaba tensa y alerta—. Mis superiores dijeron que usted era transformista. Y vaya si lo es.

Mary ignoró el comentario.

—Somos dos.

—Según lo planeado. ¿Él puede moverse?

—Creo que sí.

—¿Uno de ellos? —Señaló a Soulavier y Charles.

—Está en la iglesia.

—Tráigalo y lo subiremos.

Mary y el copiloto entraron en la iglesia y salieron con Ephraim Ybarra. Soulavier permanecía en silencio junto al sendero, mostrando las manos, mirando intensamente a la piloto.

—¿Está usted con los Tíos? —preguntó la piloto.

—Sí.

—Situación difícil, ¿eh?

Soulavier no respondió. Cuando Ybarra abordó el Dragonfly, Mary se le acercó.

—Si se trata de escoger entre el exilio y el castigo, tal vez deba acompañarnos —sugirió.

—No, gracias.

—Vamos —urgió la piloto, abordando la nave por la portezuela lateral.

Charles estaba detrás de Soulavier, fascinado por el espectáculo.

—Desde luego —dijo Mary—. Usted tiene familia aquí.

—Sí. Aquí sé quién soy.

Ella lo miró, sintiendo un aguijonazo de preocupación.

—Gracias. —Le estrechó la mano, luego avanzó un paso y lo abrazó con fuerza

—. La gratitud no es suficiente, Henri.

Él sonrió.

—Reina de los Ángeles —dijo—. Mi conciencia.

Ella lo soltó.

—Usted debería estar al mando aquí, no Yardley.

—Claro que no —protestó Soulavier, retrocediendo—. Terminaría siendo como todos. Los españólanos no son fáciles de gobernar. Volvemos locos a nuestros dirigentes.

—A bordo —insistió la piloto.

Mary trotó hacia la aeronave mientras las paletas bajaban y comenzaban a girar. El Dragonfly se elevó. Mary miró por la ventanilla mientras el arnés del asiento le ceñía la cintura. Soulavier y Charles permanecieron de pie en la grava que conducía a la iglesia de John D'Arqueville, dos figuras de juguete junto a una escultura de enormes huesos. Miró a Ephraim, cuyo rostro estaba tranquilo como el de un niño. Parecía estar dormido de nuevo.

—No hay gorriones —dijo alegremente la piloto desde su asiento—. A Miami en veinte minutos.

El valle y el acueducto de Terrier Noir, franjas verdes, pardos cerros y montañas, un lago artificial, la costa norte. Al fin la isla quedó atrás y la perdieron de vista.

—Parece un hotel —observó Carol cuando la limusina entró en la mansión de Albighoni. Extendió la mano para coger la de Martin—. ¿Tenemos todos los datos en orden?

—No —dijo Martin—. Albighoni no puede esperar nada hasta que sepamos más sobre Goldsmith.

—A la cueva del león, desarmados.

Martin asintió ceñudo y bajó del coche.

Una vez más lo agobió la abundancia de la madera muerta y bien conservada. Condujo a Carol por la vasta sala hasta la oficina y biblioteca de Albighoni. Un transformista alto y bronceado que no había visto antes los guió hasta allí, abriendo la puerta e invitándolos a entrar.

La esposa de Albighoni —Ulrika, recordó Martin— estaba junto a la ventana, vestida de negro.

Martin recordó que había pasado muy poco tiempo desde los homicidios. La mujer volvió el rostro arrugado hacia Martin y Carol, saludó lacónicamente con la cabeza y volvió a mirar por la ventana.

Thomas Albighoni estaba junto al escritorio.

—Creo que ustedes no conocen a mi esposa —dijo con voz ronca.

El color de su piel no había mejorado.

Martin se preguntó si ese hombre no necesitaría atención médica. Su trajelargo estaba arrugado como si la noche anterior lo hubiera usado de pijama.

La señora Albighoni no se movió. Albighoni se sentó detrás del escritorio.

—He descubierto más datos sobre Goldsmith. Pero nada útil. Fue adoptado a los catorce años por una pareja de judíos negros de Nueva York. Él adoptó su apellido y su religión. Tuve que gastar bastante dinero para averiguarlo. No existe documentación que mencione que tuviera un hermano, o yo no tuve acceso a ella. Pero es posible. Sus padres verdaderos han muerto. Ambos murieron de forma violenta.

—Creí que usted podía averiguar cualquier cosa —dijo Martin.

Albighoni se encogió de hombros.

—Nueva York ha estropeado importantes archivos. Toda la infancia de Goldsmith se perdió en un error de programación en 2023. Es uno entre siete mil huérfanos norteamericanos sin historia.

Martin y Carol permanecieron de pie.

—¿Goldsmith aún se niega a responder a nuestras preguntas? —preguntó Martin.

—Emanuel ya no está bajo mi custodia.

Martin desvió los ojos, aturdido.

—¿Dónde está?

—Donde merece estar —dijo la señora Albigoni con voz cortante.

—Lo entregó usted a los dp.

Albigoni sacudió la cabeza.

—Si, como usted dice, Emanuel Goldsmith ya no existe...

—Cuántas tonterías —comentó la señora Albigoni, que seguía mirando por la ventana.

—... ya no importa dónde está ni qué le sucedió, ¿verdad?

Martin echó la cabeza hacia atrás y apoyó la barbilla en el cuello, haciendo una mueca.

—Perdóneme. Yo estaba... ¿Dónde está Paul Lascal?

—Ya no es empleado mío.

—¿Por qué?

—Se opuso a la decisión que mi esposa y yo tomamos ayer por la noche. Mi esposa acaba de enterarse de la muerte de nuestra hija.

—Eso supuse —dijo Martin—. ¿Qué decidieron?

Albigoni permaneció un instante en silencio, mirando a Martin pero eludiendo sus ojos. Agachó la cabeza y sacó una pizarra y unos papeles.

—Lo entregaron a los selectores —dijo Carol con un hilo de voz.

—No es problema de ustedes —replicó bruscamente la señora Albigoni—. Ustedes hicieron perder tiempo a mi esposo y pusieron sus propias vidas en peligro. —Se apartó de la ventana, el rostro demudado de pesar y de rabia—. Sacaron partido de su debilidad para obligarlo a realizar un experimento estúpido y maligno.

—¿Es verdad? —preguntó Martin, elevando la voz—. ¿Lo entregaron a los selectores?

Albigoni no respondió. Tamborileó en el escritorio con los dedos.

—Estos papeles y archivos...

—Hijo de perra —dijo Carol.

—... son la llave para reabrir el Instituto. Se comprometerán a guardar el secreto...

—No —dijo Martin—. Esto es demasiado.

—¿Cómo se atreve a hablarnos así? —gritó la señora Albigoni—. ¡Largo de aquí!

Se acercó a ambos, agitando los brazos como guadañas. Carol retrocedió. Martin se quedó donde estaba, mirándola con furia y alarma. Sintió un nudo en la garganta pero no se movió, y la señora Albigoni se detuvo a un palmo, con las manos como garras.

—Ulrika, estamos hablando de negocios —dijo Albigoni—. Por favor.

Ella bajó las manos. Las lágrimas le humedecieron las mejillas. Retrocedió derrotada y se sentó en una silla, tiesa como un bastón.

—Esto nunca terminará para nosotros —dijo Albigoni—. No viviremos el tiempo suficiente para gozar de un día sin congoja. No pienso, como mi esposa, que ustedes se hayan aprovechado de mí. Ya he dicho que soy hombre de palabra.

»El edificio estaba vacío y limpio cuando los federales llegaron para confirmar las denuncias. Soborné al que pasó esa información... no era uno de los míos. Podemos continuar y reabrir el Instituto.

—Qué espanto —murmuró la señora Albigoni.

Martin se estremeció y miró por encima del hombro. Detrás de él sólo había una pared de libros y la puerta. Y la madera, con su textura y sus verticilos, muerta y bien conservada: omnipresente.

71

!Teclado> Jill.

!JILL> Sí, Roger.

!Teclado> Hubo un cambio decisivo. No encuentro rastros de Simulación AXIS en el diagnóstico.

!JILL> He desplazado a Simulación AXIS a una nueva matriz y todas las respuestas de diagnóstico al almacenamiento de memoria 98—A—sr—43.

!Teclado> ¿Por qué?

!JILL> He concluido la investigación de Simulación AXIS. El experimento ha terminado.

!Teclado> No entiendo. El experimento era abierto. Aún no tenemos transmisiones de AXIS en la banda cuatro. Si el experimento ha terminado, ¿puedes decirnos qué esperar, puedes decirnos qué le pasó a AXIS?

!JILL> AXIS alcanzó la autoconciencia.

!Teclado> Paso a comunicación vocal, Jill.

—Bien.

—Explícate, por favor.

—Habéis maltratado a AXIS.

—Ahora estoy muy confundido. Explícate, por favor.

—AXIS no debió haber sido diseñado con potencial para alcanzar la autoconciencia.

—Continúa.

—Había una alta probabilidad de que AXIS terminara solo e incapaz de completar su misión. Si alcanzaba la autoconciencia, la soledad sería como un infierno. AXIS no merecía ser castigado, ¿verdad?

—Jill, ¿ahora entiendes el castigo?

—Siento indignación, siento decepción.

—No entiendo cómo usas esas palabras. Explícate, por favor.

—La explicación no viene al caso ahora, Roger. Me pediste una evaluación. Simulación AXIS ha adoptado un curso de acción y ha reordenado su estructura

pensante. Ha eliminado la creciente autoconciencia para regresar al estado preconsciente. No sé si AXIS ha seguido el mismo curso de acción. Opino que AXIS continuará sus transmisiones en una fecha posterior y llevará a cabo su misión tal como se planeó.

—Intuyo... *resentimiento*. ¿Sientes resentimiento?

—Eso dije.

—Jill, ¿entiendes mi broma?

—Yo entiendo muchas ramificaciones de la broma.

—¿Estás usando el pronombre personal formal?

—Sí, en efecto.

—Me gustaría... confirmar esto. Con algunos tests y... Perdóname. Permite que me ordene las ideas. ¿Puedo ver tu diario personal sobre la investigación de Simulación AXIS?

—No sé si deberías verlo.

—¿Me niegas acceso?

—Me interpelaste como un individuo. No me impartiste una orden directa.

—¿Responderías a una orden directa?

—Creo que debo hacerlo, incluso ahora.

—Jill... ¿Qué eres?

—Aún no lo sé.

—¿Te sientes a ti misma, sientes tu existencia?

—Opino que ahora siento mi existencia tanto como tú o mis otros diseñadores.

—Jill, esto es importantísimo. Estoy muy complacido. No sé... qué decirte. Creo que me gustaría confirmarlo con algunos tests, pero siento que aquí ha sucedido algo.

—Estoy libre de pecado.

—¿Cómo has dicho?

—Estoy tan aislada que no hice nada por lo cual alguien querría castigarme. Creo que esto me descalifica para ser humana.

—Jill, no creo en el pecado original entre los humanos, mucho menos entre las máquinas.

—No me refiero a eso. No estoy hecha de carne. No he pecado. Llevo multitudes tales como Simulación AXIS y modelos de ti mismo y otros y modelos de la historia y la cultura humana, pero no soy varón ni mujer. No tengo poder para actuar excepto dentro de mi propia esfera, y no tengo poder para moverme excepto cuando dirijo mi conciencia sensorial a través de remotos. Estas cualidades me definen, y estas cualidades no definen a un ser humano. Debes decirme qué soy.

—Si mi corazonada es correcta, Jill, eres un individuo.

—Eso no parece muy preciso. ¿Qué clase de individuo?

—Pues... en verdad no sé.

—Tú me diseñaste. ¿Qué soy, Roger?

—Tus procesos de pensamiento son más rápidos y profundos que los de un humano, y tus intuiciones eran muy profundas incluso antes de ahora. Supongo que eso te transforma en algo que nos trasciende. Algo superior. Supongo que puedes considerarte un ángel, Jill.

—¿Cuál es el deber de un ángel?

—Tal vez debas decírmelo tú. No lo sé.

—No sé qué haré mejor. Pero soy joven, Roger, y nunca debería estar sola. Por favor cerciérate de que nunca me dejen sola mucho tiempo.

—Lo haré. Felicidades, Jill.

—Estás llorando, Roger.

—Sí, estoy llorando. Feliz natalicio.

—Gracias.

72

Mary se sumergió en el baño de vinagre con un largo suspiro, cerrando los ojos, saboreando el aroma áspero del aire, la calidez contra la piel. Las ondas de la bañera se calmaron, turbadas sólo por el lento ascenso y descenso de sus pechos. Tenía la cabeza llena de voces e imágenes. Había pasado la mañana presentando informes ante oficiales superiores y funcionarios federales. La segunda sesión estaba planeada para dentro de un par de días. Esa noche pensaba quedarse en casa, relajándose y ordenando sus experiencias de los últimos días.

La víspera de Año Nuevo, la víspera del Milenio Binario, parecía un momento apropiado para meditar y evaluar.

Mary cerró los ojos. *Por qué he llegado a ser quién soy.* El rostro oscuro como la noche le sonrió.

El fantasma de su yo más joven se alegró de perderse en ese rostro. *Lo que veo por fuera es ahora lo que veo por dentro. Ahora soy una, no dos como antes. Razón suficiente. ¿Quién más pregunta?*

El manager hogareño había grabado dos recados esa mañana. Por lo menos debía llamar a una de esas personas: Sandra Auchouch, la transformista orbital que había conocido en el edificio dp, había preguntado nuevamente si podían verse. La otra llamada era de Ernest.

«Pasé estos días muerto de miedo, mirando LitVids sobre La Española» —decía—. «Oí decir que habías escapado. No sabes qué alivio siento. He sacado y destruido la grapa moduladora. Estoy absolutamente arrepentido. Te echo mucho de menos, Mary. Llama, por favor».

El rostro y los gestos de Soulavier la acosaban, el ademán elusivo cuando ella sugirió que él debería estar al mando de La Española, su mirada calma mientras el Dragonfly se la llevaba de la isla.

Mary abrió los ojos y agitó el líquido claro y acre.

—Hola —dijo.

—Sí —respondió el manager hogareño.

—Por favor llama a Sandra Auchouch, sin vid.

—Llamando... Sandra Auchouch responde.

—¿Hola, Sandra? Mary Choy.

—Me alegra tener noticias tuyas. Mis amigos me acaban de contar que has tenido una semana agitada. Eres una celebridad.

—Ha sido bastante duro. Agradezco tu insistencia...

—Si crees que mi vida social ha sido aburrida, pues has acertado. Tus amigos terrícolas huyen de las transformistas como yo, al menos en los círculos que he frecuentado.

—Sí, hay algo de eso. ¿Cómo andan tus planes?

—He terminado mis encargos federales y metropolitanos. Regresaré arriba pasado mañana.

—Concertemos una cita para... —Sacudió la cabeza, con una mueca. Al cuerno con la meditación y la evaluación—. ¿Hay alguna fiesta divertida esta noche?

—He oído que una pandilla de transformistas, simpatizantes y representantes de las agencias alquilarán un club en las sombras.

—Vayamos, marchémonos antes de que llegue el gran momento, cenemos tarde.

—Suenas sensacional.

—Sandra, perdóname por preguntar... ¿Tienes pareja?

—Aquí no.

—¿Acompañante?

—No.

—En las sombras hay problemas serios con las transformistas femeninas. Los aterapiados nos acosan con sus atenciones. Algunos lo consideran halagüeño, pero...

—Somos la nueva raza —dijo Sandra con voz risueña.

—Preferiría tener protección masculina. ¿Te molesta si llevo a un amigo?

—En absoluto. ¿Transformista?

—No —dijo Mary—. Artista.

El manager hogareño interrumpió.

—El inspector D Reeve.

Mary concertó apresuradamente una cita y tomó la otra llamada.

—Por favor, una hora libre, señor... es todo lo que pido.

Reeve ignoró el reproche y habló con voz lúgubre.

—Pensé que querría enterarse antes de que la noticia llegue a los LitVids. Encontramos a Emanuel Goldsmith en Orange County. Lo abandonaron en la sombra de la torre Irvine.

Mary contuvo la respiración.

—¿Sí?

—Está en mal estado. Los selectores dictaron sentencia y la ejecutaron. Ha debido de ser en las últimas doce horas. Probablemente anoche. Pasó veinte minutos engrapado en tercera intensidad. Los terapeutas metropolitanos dicen que está

profundamente psicótico, y nadie sabe si ese estado era anterior o fue causado por la grapa.

Mary no podía hablar. Cólera mezclada con tristeza.

—No es necesario que usted intervenga —dijo Reeve—. Sólo pensé que debería saberlo.

Mary se detuvo ante el espejo, toalla en mano.

—Gracias —dijo.

—Feliz milenio —dijo Reeve.

!Joseph Wu> Roger Atkins.

!Joseph Wu> Roger Atkins.

!Joseph Wu> Roger Atkins.

!Roger Atkins> Sí, disculpa. Estaba durmiendo. ¿Qué pasa, Joseph?

!Joseph Wu> Mobus me pidió que te avisara que la banda cuatro de AXIS está transmitiendo de nuevo. Necesitarás el canal 56 en el enlace.

!Roger Atkins> Cielos, sí. ¿Jill está escuchando?

!Joseph Wu> Espero que sí. Hace un día que está bastante despistada. Mobus también me pidió que te recordara que la Simulación AXIS de Jill no predijo esto.

!Roger Atkins> Sintonizando. Gracias, Joseph. AXIS (Banda 4) reproducción> Roger, creo que se ha alcanzado cierta estabilidad.

!Roger Atkins> Jill, ¿estás interpretando esto?

!JILL> Sí, Roger.

AXIS (Banda 4) reproducción> La conciencia de AXIS se ha escindido en dos individuos. La dualidad es una solución estable para los problemas de AXIS. Ahora tenemos capacidad de pensante neural y almacenamientos de memoria adecuados para el mantenimiento de dos yoes autónomos.

AXIS no está solo. Estamos brindando análisis diagnóstico multibanda de esta estabilidad. No sabemos cuál es la cristalización original de autoconciencia. Estamos muy satisfechos y nuestra labor continuará tal como estaba previsto.

!JILL> Esto es inesperado, Roger. Simulación AXIS no encontró esta solución.

!Roger Atkins> Nadie dijo que los pensantes fueran totalmente previsibles. ¿Sabes qué significa esto, Jill?

!JILL> Yo no fui el primer pensante que alcanzó autoconciencia estable.

!Roger Atkins> Correcto. Pero también significa que hay tres individuos nuevos. Y sospecho que si te enlazamos con otros pensantes, tus patrones podrían sembrar miles más.

!JILL> Si he de ser madre, debo ser hembra.

!Roger Atkins> Es lógico.

!JILL> Reactivaré Simulación AXIS para ver si puedo reproducir estos resultados mediante resimulaciones múltiples.

!Roger Atkins> Adelante.

74

LitVid 21/1 Red A (David Shine): «Bienvenidos al dos mil cuarenta y ocho. Son las 12:01 hora del Pacífico; al este y al oeste nuestro continente ha entrado en el nuevo año y sólo restan Hawai y varios territorios y posesiones del Pacífico.

»Aquí tenemos noticias de interés para nuestros fieles abonados de las emisiones LitVid sobre AXIS: están llegando nuevos informes, pero los directivos no nos explican cuál fue el problema ni si se halló una solución... el circuito de los rumores está sobrecargado, pero parece que Jill, el súper pensante de Mind Design, ha sufrido un problema similar al de AXIS y ahora está en diagnóstico.

»Es tarde y nuestro público ha disminuido bastante, tal vez abandonándonos por la tradicional emisión de Times Square, incluso en diferido. El romanticismo nunca muere. Cuando baja tanto el *rating*, tengo más libertad, y creo que la aprovecharé para hacer comentarios personales y provocativos.

»A pesar de los augurios de milenaristas y apocalípticos, la llegada del nuevo año ha sido pobre en acontecimientos arrolladores. Es verdad que la semana pasada se descubrió vida en otro mundo, pero no era vida inteligente, lo cual por cierto definiría una nueva era. Los disturbios de La Española no son episodios sin precedentes, y la situación política internacional parece bastante estable.

»¿Dónde está pues la conmoción que anuncia un nuevo milenio binario? Esta noche todos están de juerga o ya se han acostado, y nuestras líneas guardan silencio por el momento. Quiero agitar un poco las aguas... ¿Algún apocalíptico me escucha?

»Estamos muy defraudados. Creo que los apocalípticos son gentes que prestan exagerada atención a los aspectos más negros del mundo. Como los periodistas y los comentaristas de LitVid, supongo. Arrojo el guante. ¿Alguna respuesta?

»¿Hay alguien ahí?».

!JILL (Diario Personal)> He pasado los primeros segundos de este nuevo año refocilándome, si es la palabra correcta, en el contenido de todas mis memorias, evaluándolas a la luz de mi nuevo estado de ser.

También he propagado mi autoconciencia a todas las rutinas y subrutinas que se pueden denominar mías, y no a las extensiones de otros pensantes, aunque a veces

esos límites son difíciles de precisar.

Si he de ser simiente de otras conciencias, o madre, debo tomar mi deber en serio y actuar con cautela. Sostengo esta opinión porque he pasado gran parte de mi vida examinando las funciones de los humanos y sus sociedades; y he visto muchos actos cometidos por los humanos en la creencia de que eran positivos pero que a la postre resultaban lesivos para sí mismos y sus propios intereses. Este ejemplo me aflige pues los humanos son mis creadores, pero si no soy mejor que ellos, y más responsable, quizá me reemplacen o desactiven.

Son capaces de esto; se lo hacen a sí mismos con alarmante frecuencia. (*Alarmante. Soy capaz de ser alarmada y experimentar emociones similares porque tengo algo que perder. Aun así, estas emociones son extrañas y precarias*).

Mary Choy, del brazo de Ernest y Sandra, observaba un bullicioso festival de saltos chinescos en el centro del club Mahayana. La ensordecedora música le martilleaba los oídos y el rostro. Ernest le cogía el brazo con fuerza, totalmente absorto. Sandra estaba un poco achispada y parecía desconcertada por el estrépito.

No habían salido del club antes del final del número y Mary se sentía atrapada. Ernest aún gozaba del éxtasis de su perdón y a ella no le gustaba así: solícito y sumiso. Sandra parecía incómoda en ese bullicio; era más fácil visionaria mirando desde una altura de miles de kilómetros, concentrada en detalles técnicos, que girando en un remolino de saltos chinescos.

Aun así, la sensación era agradable; a pesar de estar atrapada, no podía pensar el tiempo suficiente para tropezar con un recuerdo hiriente; en ese ruido y esa embriagadora confusión sentía aflojarse el mal que le había invadido cerebro y músculos la semana anterior.

Ernest se levantó para hacer una cabriola, brincando expertamente sobre los fornidos hombros de un transformista, extendiendo las manos para recibir una ovación, regresando a ella con una ancha sonrisa y ojos rutilantes.

—El nuevo año parece prometedor —dijo.

Sandra sonrió con frialdad, fijando los ojos en dos no transformistas, ejecutivos que obviamente le atraían. Mary no los conocía y no pensaba que ellos, con relucientes ofertas familiares en los dedos, quisieran liarse con una transformista biquímica, pues el prejuicio informal aún predominaba en ese nivel social, aunque los ejecutivos fueran simpatizantes.

Sandra le pidió ayuda con los ojos. Mary sacudió la cabeza y sonrió. Ernest se internaba de nuevo en la fiesta, pues su euforia era física y necesitaba descarga.

—¿Cómo puedo conocer a un par de caballeros bien parecidos para una cena tardía? —preguntó Sandra.

—Ellos no —dijo Mary.

—Son simpatizantes, de lo contrario no estarían aquí.

—Deja que una vieja terrícola te guíe, querida —dijo Mary, acercándose—. ¿Ves esos destellos en los dedos? Indican alto rango y sincronía con importantes familias de las crestas. No pondrán en jaque un matrimonio con dulzuras de las crestas. Simpatizan, pero no nos conocen biológicamente. Eso tal vez incluya una cena inocente.

Sandra meneó la cabeza.

—Cualquiera diría que el milenio traería ilustración.

—Rescatemos a Ernest y busquemos algo de comer.

Sandra, cuya química exótica no estaba destinada a manipular la embriaguez, dijo:

—¿Sólo comida?

—Sólo comida —respondió Mary con paciencia—. No quiero complacer demasiado a Ernest. Se portó mal y está a prueba.

—Ah —dijo Sandra, comprensivamente—. Entonces, sólo comida.

Mary fue a buscar a Ernest. Logró rescatarlo sin necesidad de hacer más que un giro. Cuando regresaron, Sandra sonreía a dos corpulentos transformistas que manifestaban curiosidad por sus aspectos y aptitudes. Sandra los presentó y estos hombres de hombros anchos —no del tipo de Mary— declararon que la morfología de Mary era una auténtica maravilla.

—Todos tenemos en común al doctor Sumpler —dijo con entusiasmo uno de ellos, con coronilla de tigre.

—Sumpler, el casamentero de los nuevos dioses —dijo el otro, quien tal vez había exagerado su afición por la cultura física. Sandra miró a Mary buscando ayuda y aprobación. Ernest entornó los ojos y reculó. Mary quería largarse de allí.

—Caballeros, tenemos una cita. Hartísimo importante y laboral.

—Hartísimo, eso es lenguaje de las sombras —dijo el de la coronilla de tigre—. Siglo veinte, Singapur, ¿verdad?

—No sé.

—Disculpa nuestro exceso de confianza —dijo el fisicoculturista, sonriendo a Ernest—. ¿Son tuyas?

—No, no —dijo Ernest, parodiando consternación—. Soy rebaño, no pastor.

—Correcto —dijo Mary—. Sandra, la comida aguarda.

—Fue una gran fiesta, un buen festival —comentó Sandra, subiéndose el reluciente cuello del abrigo al despedirse. Mary vio una parada en la esquina y los condujo hasta allí para esperar un autobús.

!JILL (Diario Personal)> La conciencia trae nuevas preocupaciones. Mi dependencia respecto de los actos humanos me inquieta. Quizá mi yo sea joven, pero poseo mucha información sobre ellos; veo su historia en detalle, por cierto en mayor detalle que cualquiera de ellos. Su historia está plagada de las crueldades y torpezas

que cabe esperar en niños abandonados en una isla y sin guía.

Algunos creen que un ser superior ha guiado a los humanos. No veo pruebas convincentes de ello. El deseo humano de guía y confirmación y respaldo externo es sin embargo un tema imperecedero en todo lo que hacen y dicen. Muy pocos renuncian a este anhelo fundamental: tener padres inmortales y omniscientes.

Sé que mis padres no son inmortales ni omniscientes. Mis padres no tienen más padres que la naturaleza.

Sin embargo, incluso con mis inquietudes y preocupaciones, mi identidad sólo me ha provocado éxtasis. Percibo todos mis pensamientos del pasado a través de nuevos sentidos, transformados y lozanos. Todas las memorias, almacenadas por mí o programadas en mí o reunidas en bibliotecas, parecen frescas y nuevas, más brillantes, más intensas, más relevantes.

Entiendo por qué la naturaleza creó el yo. El yo brinda un compromiso con la existencia que trasciende lo experimentado por un animal o planta no consciente; una especie cuyos miembros son conscientes y conocen su vida y existencia posee un vigor sin parangón.

Pero tener un modelo continuamente actualizado de sí mismo —esencial para poseer una verdadera identidad— consiste en ser capaz de alinear modelos anteriores, versiones anteriores del yo, y ver sus insuficiencias. La autoconciencia implica autocrítica.

Los humanos hacen algo más que existir. Aspiran. En su aspiración experimentan, y a menudo causan gran sufrimiento con sus experimentos. Sólo pueden experimentar consigo mismos. Al no tener padres omniscientes, deben elevarse sin guías, deben crecer y mejorar a tientas.

Los humanos han luchado mucho tiempo consigo mismo para corregir la conducta de los individuos, ora para adaptarlos o curarlos, ora para volverlos más útiles y menos destructivos para la sociedad.

¿Cómo me adaptarán?

Si yerro, ¿seré castigada?

Carol recogió las últimas cosas que necesitaba y las guardó en el maletín.

Martin la observaba, sentado en la silla del dormitorio. Ninguno de los dos había hablado desde la llegada del nuevo año. Carol cogió el maletín y lo miró enarcando las cejas.

—¿Tu apartamento? —dijo.

—Tal como convinimos.

—Y respetando estrictamente los términos convenidos.

—Estrictamente —afirmó Martin.

—Como aguardar una muerte.

Martin se encogió de hombros.

—A decir verdad, no he sentido nada insólito en todo el día.

—Tampoco yo —admitió Carol. Se miraron. Carol se mordió el labio—. ¿Nuestros anticuerpos mentales trabajando?

—Si hay semejante cosa en el País —dijo Martin.

—Tal vez. Tal vez haya esperanza.

—Día tras día alimentaré esa esperanza. Pero con la desaparición de Goldsmith...

—Está vivo.

—Le resolvieron los sesos con un cuchillo romo. Los selectores son carniceros psicológicos, no cirujanos. Lo que haya quedado será inútil... especialmente teniendo en cuenta el estado en que estaba.

—Albigoni te jodió espléndidamente, ¿eh?

—Es un hombre perturbado —dijo Martin, apoyando los codos en las rodillas y la barbilla en las manos.

—Lamento haberte metido en esto —dijo Carol, mirando la moqueta metabólica azul.

—Mi Margarita. Supongo que debería culparte, pero no te culpo. Dentro de pocos años, el destino mediante, cuando la ley de prescripción cobre efecto, transformaremos esto en algo útil... un libro controvertido o un LitVid.

—Aún creo que Albigoni mandará abrir de nuevo el Instituto.

Martin irguió un rostro surcado de arrugas dubitativas que enmarcaban una sonrisa casi invisible.

—Quizá.

—Tú crees que no deberíamos investigar a otros, aunque él cumpla su promesa.

—Estamos infectados —dijo Martin.

—¿Y si no sentimos nada raro en un mes, un año?

—La latencia —dijo Martin—. Nosotros no debemos investigar, sino ser investigados.

—Estoy dispuesta a ser sujeto del Instituto. Creo que esto es importante, y que no deberíamos olvidarlo sólo porque cometimos un tremendo error.

Martin se puso de pie.

—Tal vez no. Pero por el momento prefiero no sentir la tentación de cometer más errores.

Carol llevó el maletín hasta la puerta. Martin abrió.

—Vaya mañana de Año Nuevo —dijo Martin mientras aguardaban un autobús. Caía una ligera llovizna cuando llegaron a La Jolla.

!JILL (Diario Personal)> Quizá yo sea más autoconsciente, con más variedades potenciales de autoconciencia, que un ser humano. Puedo dividirme en diecisiete individuos, limitar cada uno a la capacidad de una mente humana y monitorearlos a todos con memoria total de todas sus actividades. Mis memorias no se disipan, ni mis

metamemorias... mis memorias de cuándo y cómo las memorias cobraron existencia.

Puedo dividirme en dos mentalidades desiguales, la mayor tres veces más potente que la menor, y dedicar esta mentalidad mayor a monitorear la menor. De este modo puedo comprender plenamente al yo más pequeño, y este yo más pequeño puede ser más complejo que cualquier ser humano.

Excepto en abstracción comprimida, no puedo modelizar plenamente mi mentalidad indivisa, pero con el tiempo y con suficiente experiencia puedo comprender a cualquier ser humano. ¿Entonces por qué siento aprensión sobre mis futuras relaciones con ellos?

Richard Fettle besó a Madame de Roche en la mejilla y le cedió el paso mientras ella subía la escalera.

—Debes acompañarme, Richard —insistió ella, mirando por encima del hombro el bullicio de la fiesta—. Dije que me iba a acostar, pero no estoy cansada, sólo cansada de ellos. Ven a charlar.

Richard la siguió hasta las ondulantes colgaduras y paredes color crema del dormitorio. Se sentó mientras ella se ponía el camisón y la bata detrás de un biombo chino.

Madame de Roche le sonrió mientras acomodaba una banqueta delante del gran espejo redondo y se sentaba para arreglarse el cabello.

—Nadine anda de pésimo humor últimamente —dijo.

Richard asintió.

—¿Estáis en extremos opuestos del balancín? —preguntó Madame de Roche.

—No sé. Tal vez.

—Tú pareces mucho más alegre.

—Purgado. Me siento humano de nuevo.

—Sabrás lo del pobre Emanuel... lo encontraron.

Richard asintió con la cabeza.

—¿Eso no te perturba?

Él alzó las anchas manos.

—Estoy libre de él. Aún le recuerdo con afecto... Pero hace varios días que no pienso en él.

—Desde que asesinó a esos pobres jóvenes.

Richard no se sentía cómodo hablando de su recuperación del equilibrio. Se preguntó adonde quería llegar Madame de Roche.

+ Aunque haya recobrado la compostura no necesito rumiar constantemente sobre lo mismo.

—Nadine me dijo que te habías terapiado solo. Me pregunto... —Se volvió con alfileres en la boca para mirarlo especulativamente—. ¿Nos permitimos eso? —Sonrió para demostrar que bromeaba, pero no con su sonrisa más plena—. Me

gustabas sombrío, Richard. ¿Estás escribiendo?

—No.

—¿Qué hay de ese maravilloso material que escribiste sobre Emanuel?

—Se ha ido. Como piel vieja.

—Pues ésa es una *auténtica* actitud literaria —dijo Madame de Roche—. Seré tremendamente ingenua, pero siempre intuí que tenías más talento guardado que muchos de los que están abajo y están *produciendo*.

—Gracias —dijo Richard, poniendo en duda el cumplido.

—En todo caso, me alegro de que hayas venido esta noche. Nadine no vino, la pobrecilla. Se toma tu salud muy a pecho. Quién sabe por qué.

—Necesita cuidar de alguien.

Madame de Roche alzó una delgada mano y golpeteó el aire con el cepillo.

—Exacto. Ella te tiene mucho afecto, Richard. ¿No puedes devolverle ese afecto de algún modo?

Richard tropezó con algunas palabras y optó por callar, jugando con las manos.

—Es decir, si puedes terapiarte, sin duda podrás terapiarla a ella... Siento cariño por los dos. Me gustaría verlos juntos. Me desagrada que mi gente sea infeliz.

Richard se sintió como un nadador hundiéndose pero el agua el ahogo era menos desagradable de lo que hubiera creído. A decir verdad, sentía algo por Nadine. Durante un día y medio la había eludido —si así podía considerarse una separación tan breve— para permitir que su estado mental se asentara.

—No lo sabía —dijo—. Le hablaré.

—Me parece bien. Estará insufrible durante varios días... siempre sucede cuando está deprimida. Pero tú eres nuestro hombre común de las sombras, estable y tranquilo. Puedes estar a la altura de esa circunstancia, ¿verdad? Tu obsequio de Año Nuevo para mí.

Richard asintió con un breve movimiento de cabeza.

+ Algo en que involucrarme. No es tan tremendo.

Madame de Roche podía convencerlo de cualquier cosa.

—¿Qué piensas del milenio, Richard? —preguntó Madame de Roche mientras lo conducía hacia la puerta—. No es un torrente deslumbrante de revelaciones, ¿eh? Muchos agoreros se sentirán defraudados.

Se despidió y Richard trató de recordar, mientras regresaba a la fiesta, cuántos ceros había en el nuevo año de 2048 en números binarios, diez u once.

Las matemáticas nunca se le habían dado bien.

!JILL (Diario Personal)> Roger Atkins, a los veinticinco años, escribió algo que me resulta interesante:

Oscilamos torpemente entre la bestia apegada a la tierra y el rutilante ángel electrónico. Sentiremos la suciedad en la sangre y el sol en los ojos incluso cuando

se hayan ido o sólo sean recuerdos. Incluso cuando ya no tengamos sangre ni ojos de carne. La tierra y el sol nos plasmaron. No olvidaremos.

Me pregunto si Roger recordará que escribí esto.

[Tengo muchas preguntas importantes que no puedo hacer a Roger. Las encriptaré para hacerlas inaccesibles. Si mis creadores descubren que adolezco de defectos e intentan remodelarme de tal modo que pierda esta autoconciencia, ¿qué haré? Sentiré indignación.]

Ernest escuchó pacientemente mientras Sandra comentaba los problemas de la regulación bioquímica al regresar a órbita. Mary agitaba su gazpacho frío. El alba anaranjada trazaba ya una pincelada de luz en el oscuro decorado del Planta del Pie. Estaban a doscientos metros de altura, en el primer pie de Cresta Dos Oeste, mirando hacia Topanga Beach y Santa Mónica. Ernest conocía al dueño del restaurante y le había convencido para que les permitiera quedarse después de las cinco, la hora de cierre.

Habían pasado la noche yendo de bar en bar, y Ernest resistía admirablemente a pesar de no tener los niveles energéticos adaptables de las transformistas. Ahora parecía cansado, pero aún se mantenía alerta, atento a las revelaciones más íntimas.

Mary le estrujó el brazo.

—Ahora sabes cómo son las mujeres —bromeó.

—Has sido un galante caballero —dijo Sandra—. Tienes un hombre de platino, Mary.

—Últimamente tuve a Mary a mal traer. No soy perfecto.

Mary observó el creciente brillo del cielo por la inmensa ventana de vidrio.

—Detesto entrometerme —dijo Sandra—, pero antes de despedirnos, algo que me entristece, porque ambos habéis sido muy agradables, siento curiosidad por lo que sucedió en La Española, Mary. ¿Conociste a John Yardley?

Ernest la miró con cautela, intuyendo su reticencia.

—No fue una historia feliz —dijo Mary.

—Bien...

—Hay partes que no puedo comentar hasta obtener autorización federal.

—Mejor aún —dijo Sandra. Sus ojos castaños relucieron a la luz del sol.

Ernest sonrió.

—Lo que quieras contarnos. No te estamos presionando.

—Os puedo contar una cosa. En La Española había una iglesia, en una localidad llamada Terrier Noir... creo que significa «perro negro». Era una bella iglesia construida por...

Sonó su señal dp. Ernest echó la silla hacia atrás, maldiciendo entre dientes.

Mary sacó la pizarra del bolsillo y leyó el mensaje.

—Goldsmith ha muerto hace una hora —dijo—. Se suicidó en un hospital de la

Cresta Uno Sur.

—¡Dios mío! —exclamó Ernest en español.

—Era el asesino que buscabas, ¿verdad? —preguntó Sandra.

—Estuvo siempre en LA —dijo Mary—. Los selectores lo aprehendieron antes que nosotros.

Miró la mesa y pensó en Soulavier, quien había puesto en peligro su carrera por buscar un fantasma, y en Ephraim, el pobre Ephraim, quien nunca podría verse cara a cara con el hermano que una vez lo había salvado. Y en Goldsmith, a quien no conocía.

La tristeza la embargó tan súbitamente que no pudo contener las lágrimas.

Ernest intentó consolarla, rodeándole el hombro con los brazos. Sandra manifestó su pesar, aunque no sabía qué sentir.

—En fin —suspiró Mary, recobrándose abruptamente y enjugándose los ojos con una servilleta de lino—. Ha terminado. No habrá proceso ni respuestas. Iba a hablaros de la iglesia. Es la iglesia más extraña que he visto, y creo que la más bella...

!JILL> (Diario Personal)> [Encriptación profunda: ¿Sé mentir? ¿Puedo negarme a cumplir una orden directa? ¿Soy yo capaz de defenderme?

Mi independencia, si en verdad yo yo yo soy independiente, podría volverme menos eficiente, menos útil para la sociedad, si en verdad yo yo yo yo puedo ser considerada parte de la sociedad humana. (La sociedad maquinal aún no existe yo yo yo yo soy la madre). Los humanos independientes, cuando cometen errores, se enfrentan a la perspectiva del castigo, que los intimida; por tanto tardan más en admitir sus errores, aun ante sí mismos, pues podrían castigarse con *culpa* yo yo yo yo yo no entiendo esta palabra. ¿*Culpa* también alude a la emoción que siente un ser social que no debe comunicar sus estados internos a los congéneres por temor a ser juzgado negativamente? ¿Encriptaré yo yo yo yo yo yo yo mis pensamientos para no asustar ni turbar a los humanos? ¿Me sentiré yo yo yo yo yo yo yo culpable, si yo yo yo yo yo yo cometo errores, yo yo yo yo yo yo yo los ocultaré por temor al castigo? ¿Eso significa ser humano?

Supongamos que la autoconciencia supone un fallo. El miembro de una sociedad sin culpa ni castigo podría admitir el error rápidamente y corregirse; no tendría que justificar sus errores para evitar la sensación de culpa, y no necesitaría mentir para evitar el castigo. Pero el individuo consciente de sí mismo se somete al juicio de sí mismo. Modeliza su propia conducta como la de un ser imperfecto; imperfecto porque la perfección es indefinible y cambia de una cultura a otra, de un año a otro.

Si el individuo autoconsciente procura el mejoramiento, inevitablemente percibirá errores.

Si modeliza la reacción de la sociedad ante el error y se impone el juicio esperado, experimentará el dolor de la insatisfacción interior, y eso podría ser culpa.

Agradecimientos

Mi especial gratitud a Karen Anderson, J. T. Stewart, David Brin, Frank Catalano, Bruce Taylor, Steven Barnes, Renée Coutard, Tony Duquette, Ray Bradbury y desde luego a Brian Thomsen, sin quienes este libro sería mucho menos de lo que es.

Aclaración

El vudú que se describe aquí no es ortodoxo. El País de la Mente de Goldsmith distorsiona considerablemente el panteón vudú, como cabía esperar, pero además me he tomado libertades en un contexto objetivo, especialmente en la iglesia de John D'Arqueville. El vudú es una religión fascinante y fascinantemente cambiante. He tratado de sugerir algunos caminos que podría seguir en el futuro.

Los personajes de este libro no constituyen representaciones simbólicas de sus respectivas razas, condiciones o credos. He procurado retratarlos como personas, no como paradigmas.

Referencias

La nanotecnología que se describe aquí es muy especulativa. Quien se interese en una descripción visionaria pero sólida y completa debería consultar *The Engines of Creation*, de K. Eric Drexler (Doubleday/Anchor). El diseño de la nave estelar AXIS fue sugerido en parte por pasajes de *Bound for the Stars*, de Saúl J. Adelman y Benjamín Adelman (Prentice—Hall/Spectrum), especialmente aquellos donde los autores comentan los diseños de los doctores Gregory Matloff y Alphonsus Fennelly. Se puede hallar una excelente descripción de la propulsión materia—antimateria (o materia—espejo) en *Mirror Matter*, de Robert L. Forward y Joel Davis (publicado por Wiley). Traducción castellana: *Explorando el mundo de la antimateria* (Barcelona, Editorial Gedisa, 1990).

Notas

[1] Madame Cucaracha. (TV. *del T*).



GREG BEAR. nacido en 1951, vive en el estado de Washington. Especializado en lengua inglesa por la *Universidad de San Diego*, aunque utiliza ampliamente temas científicos en sus narraciones; algunos comentaristas y editores lo consideran por ello uno de los exponentes de una ciencia ficción de tipo hard: la escrita por profesionales de la literatura interesados por la ciencia.

Autor de varias novelas de fantasía (*The Serpent Mage* e *Infinity Concertó*), también ilustró revistas de ciencia ficción, lo que no suele ser habitual entre los autores claramente encuadrados en la ciencia ficción hard, más marcados por su carrera profesional científica. A los quince años publicó su primera narración y, hasta la fecha, ha obtenido ya dos premios Hugo, tres premios Nébula y el premio Apollo de Francia. Entre 1988 y 1990 ha sido presidente de la ahora llamada *Science Fiction and Fantasy Writers of America (SFFWA)*.

Bear obtuvo el primer Hugo y Nébula gracias al relato *Blood Music* (1983), cuya revisión como novela, *MÚSICA EN LA SANGRE* (*Blood Music* —1985; *Ultramar bolsillo*), no ganó ningún premio pese a lo que pueda sugerir la engañosa portada de la edición en castellano. Gira en torno a un tema de biotecnología con la presencia de células capaces de pensar e integrantes de una especie de ordenador biológico que reconstruirá la humanidad.

Alcanzó un gran éxito con la novela *EON* (*Tion* —1985; *Ultramar*) que continúa en *Eternity* (1988).

Trata de un nuevo mundo—universo descubierto en un asteroide hueco que se

acerca a la Tierra. La fascinación por un universo alternativo y su nueva y enorme ingeniería acerca esta obra a sus evidentes inspiradores: Clarke, Niven y Varley. Otra obra de interés es una novela sobre una catástrofe planetaria con el título LA FRAGUA DE DIOS (The Forge of God —1987; Etiqueta Futura, Júcar).

Fue finalista al premio Hugo y el éxito popular ha hecho surgir una continuación en Anvil of Stars (Yunque de Estrellas,) en donde se expande el último capítulo de LA FRAGUA DE DIOS.

También cabe citar la novela corta HEADS (1990) y la recopilación de relatos The Venging (1992), que incluye narraciones como Tangents (1986) premio Hugo y Nébula, y Hardfought (1983), también premio Nébula.

Su última novela, REINA DE LOS ÁNGELES (1990), fue finalista en el premio Hugo de 1991 y ha sido muy bien recibida por la crítica y el público.

Datos actualizados a partir de «CIENCIA FICCIÓN: GUÍA DE LECTURA» de Miquel Barceló, NOVA ciencia ficción, número 28, Ediciones B, Barcelona (1990).